

*CURSO PRÁCTICO
DE*

TEOLOGÍA

BÍBLICA

3

Profesor Francisco Lacueva Lafarga

***CURSO PRÁCTICO
DE***

**TEOLOGÍA
BÍBLICA**



ÍNDICE GENERAL

Introducción	11
--------------------	----

Parte I - Dios Creador

Lección 1	Posibilidad del conocimiento de Dios	17
Lección 2	Nombres bíblicos de Dios	25
Lección 3	Historia de la doctrina sobre la Trinidad	31
Lección 4	Análisis del misterio trinitario	37
Lección 5	Examen de las porciones bíblicas trinitarias	47
Lección 6	Nuestra comunión en el misterio trinitario	55
Lección 7	Características generales de las perfecciones divinas...	61
Lección 8	Ráíces últimas de perfección divina: simplicidad e infinitud	67
Lección 9	La eternidad de Dios	75
Lección 10	La inmutabilidad de Dios	83
Lección 11	La omnisciencia de Dios	91
Lección 12	La omnipresencia de Dios	101
Lección 13	La omnipotencia de Dios	111
Lección 14	La santidad de Dios	135
Lección 15	La benevolencia de Dios.....	145
Lección 16	Las eternas decisiones de Dios	163
Lección 17	Elección y predestinación; términos y escuelas.....	175
Lección 18	La elección es por gracia de Dios; la reprobación, por culpa del hombre	187
Lección 19	Dios en la creación y conservación del Universo	197
Lección 20	Dios en la providencia y gobierno de los seres creados	219

Parte II - Dios Redentor

Introducción	239
Lección 1 Lugar de la Cristología en la Teología	241
Lección 2 Errores sobre Cristología	247
Lección 3 Nombres de Cristo	257
Lección 4 Cristo, unigénito del Padre	263
Lección 5 Cristo, verdadero Dios.....	269
Lección 6 Cristo, verdadero hombre	283
Lección 7 Cristo, revelador del Padre	291
Lección 8 Cristo, el Mesías prometido	299
Lección 9 El misterio de la unión hipostática	305
Lección 10 Errores sobre Soteriología.....	315
Lección 11 Cristo, el Sustituto de la humanidad pecadora	325
Lección 12 Cristo, el Sumo Sacerdote.....	335
Lección 13 Aspectos específicos de la obra de la redención.....	345
Lección 14 ¿Cómo expresa la Biblia la obra de la redención?.....	355
Lección 15 ¿Por quiénes murió Cristo?	361
Lección 16 La función intercesora de Cristo	369
Lección 17 Cristo, el Gran Resucitado	375
Lección 18 Cristo, Cabeza de la Iglesia	385
Lección 19 Cristo, Rey de Israel	393
Lección 20 La Segunda Venida de Cristo	405

Parte III - Dios Santificador

Introducción	415
Lección 1 ¿Quién es el Espíritu Santo?.....	419
Lección 2 Historia de la doctrina sobre el Espíritu Santo	425
Lección 3 El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento	435
Lección 4 El Espíritu Santo en la vida de Jesús de Nazaret	441
Lección 5 El Espíritu Santo en la Iglesia.....	449

Lección 6	El Espíritu Santo en la justificación del impío	455
Lección 7	Concepto bíblico de fe y de arrepentimiento.....	463
Lección 8	Concepto bíblico de la gracia	483
Lección 9	Presentación adecuada del Evangelio de salvación	505
Lección 10	La seguridad de salvación del creyente	511
Lección 11	Símbolos, tipos e ilustraciones del Espíritu Santo.....	523
Lección 12	El Espíritu Santo en la santificación	533
Lección 13	La habitación del Espíritu Santo en el creyente.....	551
Lección 14	El sellado del Espíritu Santo	563
Lección 15	El bautismo del Espíritu Santo	569
Lección 16	La llenura del Espíritu Santo	577
Lección 17	El Espíritu Santo en la glorificación del creyente	589
Lección 18	Otros ministerios del Espíritu Santo	603
Lección 19	Señales de la presencia del Espíritu Santo en el corazón del hombre	611
Lección 20	Los dones del Espíritu Santo	617
Bibliografía	633

**CUESTIONARIO GENERAL
DEL CURSO
DE TEOLOGÍA BÍBLICA**

Este CURSO PRÁCTICO DE TEOLOGÍA BÍBLICA está destinado a servir de guía para el CURSO DE FORMACIÓN TEOLÓGICA EVANGÉLICA, publicado hace tiempo por CLIE, y que ha recibido general aceptación. Especialmente, sirve de guía, de complemento y de puesta al día de los tomos II (*Un Dios en Tres Personas*), IV (*La Persona y la Obra de Jesucristo*) y V (*Doctrinas de la Gracia*).

Ya el CURSO presente transpira elementos devocionales, pero, además, he querido añadir en cada una de sus tres PARTES un cuestionario al final de cada una de las lecciones. El cuestionario tiene por objeto *hacer pensar*, más bien que escribir respuestas más o menos atinadas. Las preguntas pueden ser también muy útiles para estudios semanales (o más frecuentes), tanto a nivel de toda la congregación, como en grupos y en la Escuela Dominical *casi a todos los niveles*.

Los lectores pueden colaborar sugiriendo nuevas preguntas. Y no tengan ningún reparo en expresar sus opiniones, aunque no coincidan con la del autor, con tal que estén dispuestos a ir conjuntamente a la palabra de Dios, única norma de fe y de conducta para unos y otros.

INTRODUCCIÓN

«*Conociendo a Dios*» es el título de un libro del teólogo inglés J. Packer, editado por CLIE. Es un libro profundo, pero claro y de un tono devocional que calienta el corazón del lector desde el primer momento de su lectura, por lo que lo recomendamos encarecidamente ya de entrada.

El propio Señor Jesucristo dijo al Padre (ver Jn. 17:3): «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado». Y todo creyente cristiano que se precie de serlo ha de poner todo su empeño en conocer, cada vez más y mejor, de un modo íntimo, cordial y experimental, a ese Dios que, sin mérito alguno por nuestra parte, tuvo a bien, *desde toda la eternidad*, escogernos en Cristo para que fuésemos santos y predestinados a ser adoptados por hijos y herederos suyos y a ser hechos semejantes a la imagen de su Hijo; y, una vez nacidos, hizo efectivo su llamamiento eterno y, mediante la redención llevada a cabo por su Hijo, y el sellado personal de su Espíritu, nos justificó y glorificó y nos santifica cada día en la medida en que nos dejamos conducir por su Espíritu Santo.

Vamos a proponer ahora una especie de axioma que repetiremos más de una vez en el presente Curso: *Todo lo que nos afecta personalmente en nuestra relación de criaturas con nuestro Hacedor, tanto en el plano natural como en el sobrenatural, es planeado por el Padre, ejecutado por el Hijo y aplicado por el Espíritu Santo*. De ahí que este Curso esté compuesto de tres partes, una para cada Persona de la Trina Deidad. Si dicho axioma no se tiene en cuenta o no se entiende de forma debida, se incurre en graves errores doctrinales y prácticos.

El hecho de que tratemos de cosas espirituales y tan prácticas para la vida cotidiana del creyente no significa que hayamos de ahorrarnos el

seguimiento de un método que nos garantice, en la medida de lo posible, ser totalmente fieles a lo que nos enseña la palabra de Dios, sin dar crédito a tradiciones humanas ni a las lucubraciones de una filosofía, de cualquier tipo que ésta sea. Conforme nos lo enseñó en el SETECA de Guatemala el profesor Norman Geisler, entonces catedrático de Apologética en el Seminario Teológico de Dallas, una correcta metodología bíblica debe cubrir las siguientes etapas:

1. *Inducción*. Consiste en tomar los necesarios datos revelados, analizándolos cuidadosamente y teniendo en cuenta el contexto próximo, así como el remoto (el tenor general de las Escrituras sobre la materia que se estudia). Necesitamos aquí echar mano de una recta hermenéutica.

2. *Deducción*. Una vez analizados los elementos que nos provee la palabra de Dios, en actitud de oración, fe y humildad, tratar de obtener un conjunto sólido de doctrina, por medio de las conclusiones que de los datos revelados se derivan. No olvidemos que nuestra mente es renovada (Ro. 12:2), no para dejar de pensar, sino para comenzar a pensar de modo correcto según Dios (¡la mente de Cristo!).

3. *Sistematización*. Los resultados obtenidos mediante la deducción se clasifican ahora, según el tema que nos ocupe, para formar el material lo más completo posible de verdades doctrinales y prácticas. Esta sistematización no daña en nada a la pureza de la palabra de Dios, pues sólo consiste en presentar de forma temática y ordenada los datos que se contienen en la Biblia.

4. *Retroducción*. Después de haber llevado a cabo la sistematización, todo teólogo sincero y sin prejuicios de «escuela» debe contrastar su «sistema» con los datos revelados que, en la primera etapa, halló por *inducción*. Así se dará cuenta de si sus estudios han ido por buen camino o si, por el contrario, en algún punto se ha desviado de lo revelado por Dios en las Sagradas Escrituras.

Para finalizar esta Introducción, vamos a hacer una afirmación de fe que nos guiará con mano segura durante todo el Curso: *Creemos con toda firmeza y seguridad que el único método recto de interpretación de la Biblia*

es el que está fundado en el sentido literal, es decir, el que las Escrituras expresan conforme a las comunes normas gramaticales, mediante sus distintas figuras de dicción, y dentro del contexto histórico y geográfico en que fue transmitida por Dios la revelación. Esto quiere decir que no admitimos ninguna clase de liberalismo bíblico ni el método de la neoortodoxia, propugnado especialmente por Karl Barth (1886–1968), según el cual la Biblia no es ella misma la palabra infalible de Dios, sino el instrumento falible por medio del cual Dios se revela a sí mismo en Cristo, a fin de que podamos tener un encuentro personal con el Salvador. Lo peligroso de la neoortodoxia reside precisamente en la parte de verdad que contiene.

Aprovecho la oportunidad para estampar otro axioma de suma importancia: *Las medias verdades son las peores mentiras*, porque la mente humana sólo pica en el cebo del error cuando éste se halla oculto bajo la máscara de la verdad.

Parte I

DIOS CREADOR

LECCIÓN 1

Posibilidad del conocimiento de Dios

David comienza el Salmo 19 diciendo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos». En el mismo tono, dice el apóstol Pablo en Romanos 1:19-20 sobre el castigo que espera a quienes «detienen con injusticia la verdad»: «porque lo que de Dios se conoce es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y divinidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa». Un testimonio parecido presentó el mismo Pablo a su paso por Listra (ver Hch. 14:15-17). Por otra parte, leemos en Hebreos 11:3: «por la fe entendemos que el universo fue enteramente organizado por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve no fue hecho de cosas visibles». Se requiere, pues, una actitud de fe para admitir el hecho mismo de la creación del universo. Esta actitud de fe es posibilitada por la universalidad de una iluminación sobrenatural, especialmente eficaz desde el momento en que se manifestó al mundo «la luz verdadera que, viniendo a este mundo, alumbra a todo hombre» (Jn. 1:9; véase también Jn. 8:12; 9:5).

Sin embargo, la masa general de la humanidad, por obra de la actividad satánica, resiste a la verdad de Dios, a la gracia y al perdón y se endurece en su actitud de incredulidad (Jn. 3:19-21; Ef. 2:2). Hay un velo tenebroso sobre los ojos de los que se pierden, «en los cuales el dios de este mundo cegó los pensamientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4:4).

La Biblia no nos ofrece silogismos filosóficos para demostrar la existencia de Dios. El texto sagrado comienza presentando a Dios vivo y activo: «En el

principio creó Dios...» (Gn. 1:1). *Toda prueba racional de la existencia de Dios tiene su eficacia real desde una actitud de fe.* El corazón humano es, de por sí, tan perverso y engañoso (Jer. 17:9), que, a pesar de la evidencia, se aferra a su orgullo y autosuficiencia y rehúsa rendirse humildemente ante el creador (Ro. 1:21ss). De ahí que el ateísmo en todas sus formas (escéptico, agnóstico, dogmático y práctico) nunca es fruto espontáneo de la mente humana, tanto educada como inculta, sino que es siempre un fenómeno reactivo, es decir, de una reacción contra Dios, aun cuando esta reacción contra Dios sea, en muchos casos, subconsciente.

En efecto, los argumentos del ateísmo contra la existencia de Dios carecen de toda base científica. Estos argumentos se reducen a dos:

1°. Dios no es necesario. La ciencia moderna puede explicarlo todo, sin tener que recurrir a la existencia de un Ser Supremo, invisible y extramundano.

2°. La existencia de tanto mal en el mundo es incompatible con la existencia de un Dios que, o no es bastante bueno y justo para evitar tanta desgracia, o no es bastante sabio y poderoso para dirigir y controlar la marcha del universo, especialmente de la humanidad.

Al segundo de estos argumentos responderemos en la lección 13. Sobre la omnipotencia de Dios.

Contra el primero, responderemos lo siguiente:

- A) Tanto en el orden del universo, como en la aparición y progresión de la vida y en la marcha de la historia, se percibe una impresión de causalidad y finalidad, que sólo pueden explicarse por la intervención de un Ser Supremo, quien todo lo crea, lo dirige y lo controla. Ni la pura casualidad ni la ciencia, por sí misma, pueden explicar adecuadamente la armonía del Universo.
- B) Si no existe un Dios Personal, Creador y Remunerador, quedan sin respuesta los grandes porqués del hombre: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? No sólo eso. El ser humano sería víctima de una frustración existencial, engendro abortivo de una naturaleza que le negaría una satisfacción que concede al paquidermo y al insecto, al cetáceo y al infusorio.

¿QUÉ DIREMOS DE LAS PRUEBAS RACIONALES DE LA EXISTENCIA DE DIOS?

Cuatro son los principales argumentos racionales que se han propuesto a lo largo de los siglos para demostrar la existencia de Dios.

1. Argumento ontológico

Existe bajo dos formas:

- A) *A priori*. Así lo propuso el primero Anselmo, arzobispo de Canterbury (1033-1109): Dios es el ser más perfecto que se puede concebir; luego tiene que existir; de lo contrario, podríamos concebir algo mayor que él, es decir, *algo existente*. La falacia de este razonamiento es evidente, pues Anselmo da un salto indebido de orden lógico de las ideas al orden ontológico de los seres existentes. Descartes y Leibniz lo propusieron también bajo otra forma, pero con la misma falacia.
- B) *A posteriori*. El famoso fraile dominico Tomás de Aquino (1225-1272) compuso lo que él llamó «las cinco vías» para demostrar por raciocinio natural la existencia de Dios. Resumo así la que es su «vía» central: Todo lo que vemos es *contingente*, es decir, *podría no existir*, puesto que no tiene en sí mismo la razón de su existencia; por tanto, si existe, debe su existencia a otro ser; y éste, a otro, y así sucesivamente, hasta llegar a un ser *necesario*, que tenga en sí mismo la razón de su existir. A este ser llamamos Dios. A esta argumentación, un científico puede oponer tres objeciones:
- (a) Como ya advirtió Kant (1724-1804), tal argumento demostraría, a lo más, la existencia de un ser extramundano, una especie de arquitecto del Universo, pero no precisamente la del Dios de los cristianos.
- (b) La ciencia ha mostrado que lo *contingente* no es la masa atómica o la energía constante del Universo, sino las distintas formas que la diversa composición atómica y molecular ofrece a nuestra percepción.
- (c) El hecho de que un ser pueda no existir no da pie para afirmar que deba a otro su existencia, pues un mundo eterno en cuanto a su estructura nuclear, aunque podría no existir, puede también haber existido siempre sin necesitar una causa exterior, máxime cuando está comprobado que la materia no es inerte, sino que las partículas subatómicas están en continuo movimiento.

2. *Argumento teleológico*

El Universo presenta una exquisita adaptación del sujeto al objeto, del órgano a la función, de los medios a los fines, etc. Esto supone la existencia de una inteligencia anterior y superior al mundo, que haya programado dicha adaptación; de lo contrario todo lo que existe sería producto del azar. A este argumento, pueden oponerse dos serias objeciones:

- A) La mencionada adaptación podría explicarse por un proceso evolutivo en el que cada ser y su medio exterior obrasen por interacción mutua en progresión dialéctica ascendente.
- B) Los dos factores condicionantes de dicha adaptación (causalidad y finalidad) podrían explicarse por la existencia de una causa inmanente al mundo, sin identificación posible con el Dios de la Biblia (así lo explicó, entre otros, B. Spinoza-1632-1677).

3. *Argumento psicológico*

La conciencia nos avisa de una ley moral, común a todos los hombres, que se impone a cada individuo de la especie humana como una norma anterior y superior a él (ver Ro. 2:14-15). Una ley de tal universalidad implica la existencia de un Legislador Supremo, anterior y superior a la especie humana. Los fautores del psicoanálisis objetarán a este argumento que lo que la Biblia llama «el testimonio de la conciencia» no es otra cosa que una superestructura moral impuesta al «Yo» desde fuera y constituida por el conjunto de normas religiosas, morales y sociales que configuran la conducta del hombre y presionan desde los estratos más profundos de nuestra psicología. Es lo que S. Freud (1856-1939), inventor del psicoanálisis, llamó «Súper-Yo».

4. *Argumento histórico*

Los etnólogos están de acuerdo en que, desde la más remota antigüedad, y en las regiones más distantes del globo, el ser humano ha creído en la existencia de un Ser Supremo, como única explicación posible a los fenómenos de la meteorología, de la fertilidad, etc. Aunque esta creencia haya quedado corrompida, en la mayoría de los casos, por el politeísmo, el animismo y otras perversiones, la creencia en la divinidad ha subsistido y subsiste hoy día, aun en

los pueblos más civilizados. Más aún, los modernos investigadores han mostrado, con suficiente evidencia, que el monoteísmo es cronológicamente anterior al politeísmo y que las naciones más civilizadas fueron abandonando el politeísmo para llegar al monoteísmo pasando por el henoteísmo (diferentes «dioses» protectores de las naciones respectivas –ver, p.ej., Jos. 24:15-18; 2 R. 5:17). El ateo responderá a este argumento que la idea de Dios surgió del miedo y de la ignorancia de los primeros homínidos en sus primeras confrontaciones con las desconocidas fuerzas de la naturaleza. Si se ha mantenido hasta hoy entre los pueblos más civilizados, ello se debe a la persistencia del *mito*, bajo la forma de «arquetipos» o símbolos ancestrales del inconsciente colectivo, como afirma C.G. Jung (1875-1961).

Esto viene a crear un serio problema teológico, porque, si se niega a la razón humana el poder de percibir y demostrar la existencia de Dios, el argumento de Pablo en Romanos 1:19-20 cae por su base y, con él, nuestra fe en la palabra infalible de Dios. Por eso, es preciso hacer aquí una distinción muy importante:

- A) Si se considera a la razón humana *según su capacidad esencial*, todo ser humano cuyas facultades mentales funcionen sanamente puede ver *el eterno poder y divinidad de Dios, de modo que no tiene excusa*.
- B) Si se considera a la razón humana *según su condición existencial de ser caído, alienado, desintegrado*, entonces tiene efecto lo que dice Pablo en 1 Corintios 2:14.

Concluimos este punto con otro de los que yo califico como «axiomas de suma importancia»: El conocimiento humano se da a dos niveles, el de la pura razón y el de la fe. Del primero al segundo hay un salto cualitativo, no cuantitativo, es decir, las cosas de Dios sólo se pueden percibir cuando el Espíritu Santo ha comenzado en el corazón del hombre la obra de la conversión, como advirtió también el Señor Jesús a Nicodemo (Jn. 3:3-8). Quizá la parte más práctica del axioma tenga que ver con el mejor modo de proceder de un creyente en su obligación de dar testimonio de su fe (ver 1 P. 3:15). Aunque se dé el caso de que nuestros conocimientos de la palabra de Dios no sean muy extensos ni profundos, y nuestros conocimientos científicos y filosóficos sean nulos, siempre podremos decir, como Felipe a Natanael: «Ven y ve» (Jn. 1:46); y, en último término, como dijo el recién curado ciego de nacimiento: «una cosa sé: que siendo ciego, ahora veo» (lit. Jn. 9:25)

***DIOS HA TENIDO A BIEN REVELARSE A NOSOTROS
PERSONALMENTE***

Al comienzo de esta lección mencionábamos el Salmo 19:1. En los versículos 1-6, dicho Salmo nos presenta la revelación *general* de Dios mediante la obra de la creación; en versículo 7 y siguientes trata de la revelación *especial* por medio de su «ley» (heb. *torah*, que significa fundamentalmente «dirección»). Mediante su palabra escrita, Dios nos ofrece un mensaje de salvación y enseñanza, claro y completo, tanto para el pecador irremediabilmente perdido en sí mismo, como para el ya creyente, cuya peregrinación por esta vida está iluminada por esa misma palabra (Sal. 119:105). Esta palabra de Dios, contenida en las Sagradas *letras* (lit. en 2 Ti. 3:15) interpela a cada ser humano, exigiendo de él una respuesta de la que depende su destino eterno, puesto que, sin esta *respuesta de fe* «es imposible agradar a Dios» (He. 11:6). También interpela a cada una de las iglesias (ver Ap. 2:7, 11, 17, 19; 3:6, 13, 22).

Es importante señalar que el conocimiento que la revelación de Dios nos proporciona al nivel de la fe, por estar basado no en la evidencia natural, sino en la autoridad infalible de un Dios que no puede engañar ni engañarse, no es un ciego presentimiento en la oscuridad, sino verdadero «saber» que supera la calidad y la importancia de todos los demás «saberes», puesto que es un «saber para salvación» (2 Ti. 3:15), fruto de una mente renovada (Ro. 12:2), con lo que se sublima y perfecciona toda la óptica espiritual del hombre.

Pero, al mismo tiempo, el hecho de que la fe nos introduzca en el conocimiento de Dios por la vía del *corazón* («con el corazón se cree» Ro. 10:10), hace de la fe una entrega –entrega total, sin condiciones– antes que una mentalidad. En efecto, aunque sea la mente la que capta la luz, es el corazón el que abre las ventanas al sol de la verdad. De ahí que dijese el Señor a los judíos que se negaban a recibir el mensaje del evangelio: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios» (Jn. 7:17). Este es el verdadero conocimiento de Dios (Jn. 17:3), cordial, comunicativo, experimental, amoroso, sin el cual de nada sirve toda la erudición teológica o bíblica (v., entre otros lugares, 1 Co. 8:13; Stg. 2:19).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 1ª

- 1ª *pregunta* ¿Qué le sugiere 1 Timoteo 6:3 con respecto al valor espiritual, práctico, de la doctrina bíblica?
- 2ª *pregunta* Dice Grudem (*Systematic Theology*, pág. 16, hacia el final) que «la teología debe ser cantada, rezada y vivida». ¿Qué relación tiene entonces el estudio con el culto, en la opinión de usted?
- 3ª *pregunta* ¿Por qué suele ser inútil discutir con un incrédulo sobre temas religiosos?
- 4ª *pregunta* ¿Cuál es la actitud correcta del creyente al poner por obra el encargo de Cristo en Hechos 1:8? Nótese que la Biblia no presenta el Evangelio como una «exclamación», ni como una «declamación», sino como una «proclamación».
- 5ª *pregunta* ¿En qué acto del culto tiene lugar esa «proclamación» con gestos simbólicos que no necesitan palabras?
- 6ª *pregunta* ¿En qué condición espiritual y en qué circunstancias es más fuerte la experiencia interior de usted acerca de la existencia y del carácter santo de Dios?
- 7ª *pregunta* ¿Le causa frustración el hecho de que, por mucho que conozcamos a Dios (ver Jn. 17:3), nunca acabaremos de crecer en ese conocimiento, *incluso en la feliz eternidad del Cielo*?

LECCIÓN 2

Nombres bíblicos de Dios

Los nombres con que la Biblia describe a Dios son muchos y muy variados. Ello se debe al método pedagógico de Dios, quien se adapta a la debilidad de nuestra mente para penetrar en el Infinito y nos ofrece, como en un arcoiris, Su esencia y naturaleza. Estas sólo se abren a nosotros en la medida en que Dios ha tenido a bien revelarnos su intimidad absolutamente trascendente.

Es cierto que Dios se definió a Sí mismo, de alguna manera, a Moisés, cuando, desde la zarza ardiente que no se consumía, le dijo: «Yo soy el que soy». Y añadió: «Así dirás a los hijos de Israel: El YO SOY me ha enviado a vosotros:» (Éx. 3:14). Luego volveremos sobre esto, al hablar de los nombres simples de Dios.

De los nombres atribuidos a Dios en las Escrituras, unos son simples; otros, compuestos de El (singular abreviado de Elohim); otros, compuestos de Yahweh (Jehová, en la versión Reina-Valera y en la Biblia de los llamados «Testigos de Jehová»).

1. Nombres simples

- A) *El, Elah, Eloah, Elohim*. Elohim es el primer nombre que se aplica a Dios en la Biblia (Gn. 1:1) y se refiere genéricamente al ser de Dios en cuanto que es Creador y Rector Supremo del Universo y de cada uno de los seres creados. No es un nombre propio de nuestro Dios vivo y verdadero, pues la Biblia lo usa también con referencia a los dioses falsos (Sal. 95:3), a hombres (Gn. 33:10) y, especialmente, a gobernadores y jueces (Sal. 82:6, comp. con Jn. 10:34), por ejercer una función que, por derecho propio,

pertenece a Dios. Aparece preferentemente en plural para denotar intensidad de poder y majestad, pero no indica, de suyo, pluralidad de persona, lo cual es claro en lugares como Génesis 1:1, donde el verbo está en singular.

- B) *Yahweh* (abreviado: *Yah*). Con este nombre, nos presenta el texto original del A. Testamento a Dios en relación protectora y salvadora con respecto a Su pueblo, tanto que, en un mismo versículo (p.ej. en el cap.2 –también en el 3– de Gn.), aparecen juntos Yahweh-Elohim, dando a entender así la distinta relación que cada uno connota. La connotación salvífica de *Yahweh* o *Yah* se hace manifiesta en el nombre de *Yeshúah* = *Jesús*, que significa «Yahweh salva».

Sólo en el gran Día de la Expiación era permitido al Sumo Sacerdote pronunciar en el Lugar Santísimo este nombre inefable, mientras todo el pueblo asistente caía sobre su rostro, diciendo: «Bendito sea Su nombre, cuyo Reino glorioso es por los siglos de los siglos» (comp. Lc. 1:31, 33 y Jn. 18:6, donde, al decir Jesús «YO SOY», los que le van a prender retroceden y caen sobre sus rostros).

- C) *Adonay*. Este nombre, que nuestras versiones traducen por *Señor* indica de modo especial el gobierno omnipotente de Dios, a quien todo está sujeto. El hebreo *Adonay* es un plural mayestático en estado constructo, es decir, coordinado con otro vocablo, aunque su uso bíblico lo ha fijado como en estado absoluto.

2. Nombres compuestos de «EL»

- A') *El-Shadday*. Suele traducirse por «Dios Todopoderoso», con lo que vendría a ser equivalente del griego *Pantokrátor*. Sin embargo, esta traducción que tanta aceptación ha encontrado entre los teólogos, se debe a una incorrecta versión de la Vulgata Latina. Su verdadero sentido, tal como dice Hertz (o.c., pág. 58) es «Dispensador de beneficios». Scofield hace notar con acierto (Biblia anotada, págs. 24-25) que *Shadday* procede de «shad» = pecho materno, de donde el bebé saca su alimento, descanso y satisfacción; de modo que la mejor versión sería «El Todo-Suficiente». Para profundizar en este nombre de Dios, véase la lección 13 de este Curso (ver Gn. 17:1-8)
- B') *El-Elyón*. Este nombre, que el griego del N.T. vierte por «Hypsistós Theós» = *Dios Altísimo* (Gn. 14:18, 19, 22; Sal. 78:35), describe a Dios como el

que, desde arriba, es el «poseedor de todos los bienes del Cielo y de la Tierra». Es curioso que un gentil como Melquisedec conociera a Dios por este nombre y le sirviese como rey-sacerdote, por lo que Abram «le dio el diezmo de todo» (Gn. 14:20, comp. con He. 7:1-17).

- C') *El-Olam*. Se traduce por «Dios Eterno». El hebreo «*olam*» tiene diversos significados, aunque su sentido primordial es el de algo «oculto»; de ahí que signifique: (a) *un tiempo oculto*, al que no se lo conoce principio ni fin; en este sentido se aplica a Dios, para designar su eternidad. Así tenemos también la expresión hebrea «*meolam adolam*» = desde el tiempo hasta el tiempo, esto es, desde toda la eternidad y hasta toda la eternidad (Sal.90:2); (b) *el afán de investigar el universo*, correspondiendo al griego «*aión*», como en Eclesiastés 3:11. Ambas ideas (la de algo secreto, inescrutable, y la de *eterno*) se combinan en el nombre *El-Olam*.
- D') A los nombres compuestos de *El*, ya citados, ha de añadirse *El-roí* = «Dios me ve» (Gn. 16:13). A pesar de las apariencias, este *roí* es distinto del *roí* de Sal. 23:1, como puede apreciarse en el hebreo.

3. Nombres compuestos de «*Yahweh*».

- A») *Yahweh-Elohim*. Aparece por 1ª vez en Génesis 2:4 (donde comienza realmente el cap. 2) y lo vemos así, invariablemente, en el resto del capítulo 2, así como en el 3. Aparecen aquí combinados dichos nombres para darnos a entender que, después de referirnos la creación del hombre como *la parte más noble del universo material*, salido de las manos de Elohim, el Génesis se dispone a centrar nuestra atención en los detalles de la formación del primer hombre y de la primera mujer, así como de la tentación, la caída y la consiguiente expulsión de ambos del Paraíso. El significado profundo de este nombre compuesto tiende a señalar nos una peculiar relación de Dios con el hombre, como el Poderoso Salvador, a quien, a pesar de los fallos humanos, no se le escapan las riendas de la Historia (v. Gn. 3:15).
- B») *Adonay-Yahweh*. Este compuesto, que aparece primero en Génesis 15:2, sirve para dar un énfasis especial al carácter del «Señor Bondadoso y Poderoso» que revela primordialmente una relación íntima de Dios con sus hijos, más bien que la trascendencia que el nombre «*Yahweh*» comporta. Es de notar el contexto en que Abram suplica a Dios como «galardón supremo» un hijo que sea el heredero de las promesas (ver Gn. 12:1-3).

Génesis 15:6 es clave para el concepto de justificación por la sola fe (ver Ro. 4:1-5).

C») *Yahweh-Tsebaoth*. Su verdadera traducción es «Yahweh de las huestes». Este título no se halla en el Pentateuco, ni de modo directo en Josué o Jueces, raras veces en Salmos, pero copiosamente en Jeremías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Para más detalles, véanse las lecciones 12 y 13 del presente Curso.

D») *Yahweh-Elohey Israel* = «Yahweh, Dios de Israel» (ver Jue. 5:3; Is. 17:6).

(F») Finalmente, hay en la Biblia otros nombres compuestos de *Yahweh*, que nos limitaremos a enumerar:

1) *Yahweh-jireh* = «Dios proveerá» (Gn. 22:13, 14).

2) *Yahweh-rofėja* (no rafah!) = «Yahweh te sana» (Éx. 15:26).

3) *Yahweh-nissí* = «Yahweh, mi bandera» (Éx. 17:8-15).

4) *Yahweh-shalom* = «Yahweh-paz» (Jue. 6:24).

5) *Yahweh-roí* = «Yahweh, mi pastor» (Sal. 23:1).

6) *Yahweh-tsidkénu* = «Yahweh, nuestra justicia» (Jer. 23:6).

7) *Yahweh-shammah* = «Yahweh, allí» (Ez. 48:35).

8) *Yahweh-meqadishkbem* = «Yahweh, vuestro santificador» (Éx. 31:13).

ENTODOSLOS COMPUESTOS DE LA LISTA PRECEDENTE, LA PRIMERA PARTE HA DE TRADUCIRSE POR *YAHWEH*, NO POR *DIOS*.

4. Equivalencia de los nombres hebreos de Dios en el N.T.

Los nombres simples de Dios que aparecen en el hebreo del A.T. tienen su equivalencia en el griego del N.T. del modo siguiente:

1) Al hebreo *Elohim* corresponde el griego *Theós*.

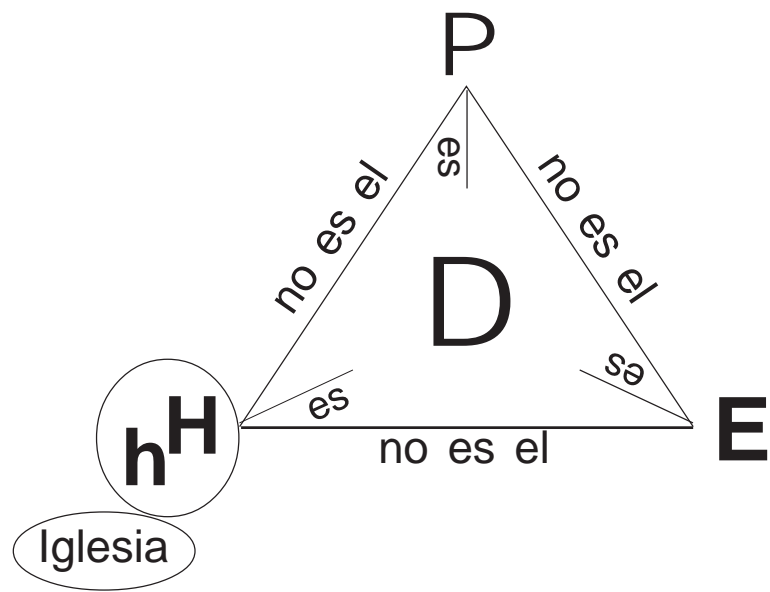
2) A *Yahweh* corresponde el griego *Kyrios* (o *Kúrios*), conforme a la versión de los LXX, que no se atrevieron a transcribirlo por *Iabé* (como aparece en el Pentateuco Griego Samaritano) por falsa reverencia, pero nos ofrece una magnífica oportunidad –contra los «Testigos»– para darnos cuenta de que, al llamar el N.T. *Kyrios* a Jesucristo, le otorga el nombre más propio de *Yahweh*. Cuando ese *Kyrios* se toma como equivalente del hebreo *Adonay*, indica autoridad y supremacía.

3) Pero hay en el N.T. un tercer nombre griego: *Despótes*, que da la idea de «amo», «dueño» o «propietario» y se aplica: (A) a Dios Padre en Lucas 2:29; Hechos 4:24 y Apocalipsis 6:10; (B) a Cristo en 2 Pedro 2:1 y Judas v. 4.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 2

- 1^a *pregunta* ¿Cómo se muestran la sabiduría, el amor y el poder de Dios al habernos hablado en nuestro propio lenguaje?
- 2^a *pregunta* ¿Qué pensamientos le sugiere el nombre *El-Shadday* de Génesis 17:1, debidamente traducido?
- 3^a *pregunta* ¿Qué le dice el nombre *Yahweh-Tsebaoth*, si se considera usted, como debe ser, en su condición de «militar» cristiano? (véase 2 Ti. 2:3).
- 4^a *pregunta* ¿Qué nombres compuestos de *El* o *Yahweh* le resultan más reconfortantes y estimulantes para Vd. mismo?
- 5^a *pregunta* ¿Van dirigidos esos nombres (p.ej., «*Yahweh-mi-pastor*») sólo a los israelitas o a todos, judíos y no judíos? ¿Cómo lo demostraría usted, Biblia en mano? Por esta vez, le voy a dar una pista importante: Romanos 15:4.
- 6^a *pregunta* ¿Cuál le parece el motivo de que, en Apocalipsis 1, le sean atribuidos a *Cristo* nombres y símbolos que la Biblia suele reservar para Dios *Padre*? La comparación de Apocalipsis 1:7 con Zacarías 12:10 y Juan 19:37 sirve para ver lo que tantos «expertos» no ven.



LECCIÓN 3

Historia de la doctrina sobre la Trinidad

1. ¿Qué significa, para nosotros, el vocablo «Trinidad»?

El vocablo «Trinidad», que mejor llamaríamos «Triunidad», sirve para expresar la verdad bíblica de que el único Ser Divino existe y subsiste en tres Personas realmente distintas. También se utilizan con el mismo sentido los términos «Santísima Trinidad», «Trina Deidad», «Trinidad Divina».

Aunque ya existía, por ejemplo, en la filosofía hindú el número ternario para designar un conjunto armónico de «dioses» (Brahma, Vishnú y Shiva), la realidad de *un solo Dios en tres personas* es exclusiva y típica del Cristianismo.

Para el judaísmo, la clara enseñanza del N.T. acerca de la Trina Deidad forma parte del «escándalo» del Cristo crucificado (ver 1 Co. 1:23). Numerosos lugares de los Evangelios (p.ej. Mt. 26:63-66; Jn. 5:18; 10:30-33) nos muestran que lo que realmente llevó a Cristo a la Cruz, en la parte que desempeñaron las autoridades judías, fue el tenerse por «*el Hijo de Dios*», «*haciéndose igual a Dios*».

El mismo *velo* que les oscurece a los judíos la comprensión de lugares como el Salmo 22 o el capítulo 53 de Isaías (comp. 2 Co. 3:14-15) queda expresado en las siguientes frases de un rabí palestino del siglo IV que el rabino Hertz (o.c. págs. 921 y 923) cita para confirmar su aseveración de que la creencia en la Trinidad es una violación del monoteísmo y de que los judíos que aceptaron el Cristianismo «oscurecieron el cielo del monoteísmo de Israel al enseñar la novedosa doctrina de una “filiación divina”, identificando con Dios a un hombre nacido de mujer, y abogando por la doctrina de la Trinidad». Dice así el rabí del siglo IV:

«Son extraños esos individuos que creen que Dios tiene un Hijo y que ha permitido que muriera. El Dios que no pudo sufrir el ver a Abraham a punto ya de sacrificar a su hijo, y exclamó: “¡no extiendas tu mano sobre el muchacho!”, ¿cómo iba a presenciar impertérrito la inmolación de Su Hijo, en vez de reducir a pavesas el Universo entero?»

2. Errores antiguos acerca de la Trinidad

A) *Subordinacionismo*. La influencia del neoplatonismo en los círculos eruditos de las iglesias orientales durante los siglos III y IV, junto con los ataques lanzados desde el judaísmo y el gnosticismo, hicieron brotar el error de que sólo el Padre es verdadero Dios, siendo las otras dos Personas seres creados, nunca iguales al Padre, aunque participantes de lo divino en cierta medida, siempre limitada. Este error se divide en dos:

(a) *Arrianismo*, que debe su nombre al presbítero de Alejandría Arrio (¿256?-336), quien defendía que el Verbo era criatura del Padre, al que había servido de instrumento para crear todo lo demás. Contra este error, el Concilio de Nicea (año 325) afirmó que «Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios verdadero, nacido –no creado– del Padre, IGUAL EN ESENCIA (gr. *homoúision*) AL PADRE...»

Viendo en dicha fórmula conciliar una negación de la Trinidad, en lo que toca a la distinción real de las Personas, se forzó una fórmula de compromiso (incluso por razones políticas) en el año 360, por la que se declaraba que el Hijo no era *homoúsios* = de la misma esencia, sino más bien *homoioúsios* = de esencia «semejante» a la del Padre.

Esta vino a ser la religión oficial del Imperio (de ahí su penetración y supervivencia en los godos, visigodos y ostrogodos, etc.), hasta que la muerte de los emperadores que favorecían al arrianismo, y la reflexión bíblico-teológica de tres grandes escritores eclesiásticos (Basilio de Cesarea, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa) recondujeron a la Cristiandad a la fe de Nicea, confirmada en el Concilio de Constantinopla el año 381.

(b) *Macedonianismo*, llamado así del patriarca de Constantinopla Macedonio (muerto hacia 370). Así como el arrianismo hace del Verbo una criatura del Padre, el macedonianismo hace del Espíritu Santo una criatura del Hijo. A los partidarios de esta herejía se les llamó también en griego «pneumatómakhoi» = los que combaten contra el Espíritu.

- B) *Monarquianismo*. El subordinacionismo enfatiza de tal modo la distinción entre las Personas de la Trinidad, que les atribuye diferencias *esenciales*. Del lado opuesto, el monarquianismo enfatiza tanto la igualdad de las Personas, que borra realmente la Trinidad, haciendo de ella un conjunto de fases o modos de una sola Persona Divina. Se divide igualmente en dos clases:
- (a') *Monarquianismo dinámico*. Admite en Dios una sola persona y ve en Cristo un mero hombre, cuya conciencia de ser portador del *Lógos* de Dios fue creciendo bajo el influjo poderoso del Espíritu de Dios hasta merecer honores divinos o *apoteosis*, pero sin ser jamás Dios en su esencia. Así el *Lógos* no es sino la revelación del Padre, mientras que el *Espíritu* es el poder de Dios que controlaba todas las palabras y las obras de Cristo. El principal fautor de esta herejía fue el patriarca de Antioquía Pablo de Samosata (¿200?-¿273?). Este error ha revivido en la era moderna con mayor virulencia entre los «unitarios» de todos los colores.
- (b') *Monarquianismo modalístico*, también conocido con el nombre de Sabelianismo, de Sabelio, también del siglo III, quien reconocía en Dios *una sola persona* con tres «modos» distintos de manifestarse: como Creador (Padre), como Redentor (Hijo) y como Santificador (Espíritu Santo). Al poner en Dios una sola persona, tuvo que ser el Padre mismo, tomando en Cristo el «modo» de Redentor, quien padeció y murió en la Cruz. Sin darse cuenta de lo que dicen, hay creyentes que, al orar a Dios (¡Padre!) llegan a expresarse de forma sabeliana: «Te damos gracias, Señor, porque viniste a este mundo a morir por nosotros...»
- C) *Triteísmo*. Este error consistió en sostener que las tres personas divinas son tres *individuos* de la misma naturaleza divina, esto es, tres dioses iguales en todos los atributos o perfecciones del Ser Divino. Cayeron en este error algunos seguidores del monofisismo tardío, como Juan Ascunages y Juan Filópono, por no acertar a concebir tres personas en un solo ser *individual*. En el mismo error cayó el nominalista Roscelino durante la Edad Media.

El influjo de la filosofía platónica hizo que algunos escritores eclesiásticos del siglo IV (en concreto, el ya citado Gregorio de Nisa), sin caer en la herejía, trataran de explicar el misterio de la Trinidad de forma poco correcta. Como para Platón lo verdaderamente *real* era el mundo de las *ideas*, mientras que los individuos de una misma especie eran repeticiones contingentes y transitorias

de una sola *forma ideal* (la especie ideal universal con su auténtica realidad), Basilio de Nisa, tomando pie de esta filosofía, argüía que, así como de Santiago, Juan y Pedro podemos decir que son *un hombre*, a pesar de ser tres individuos, así también del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se puede decir que son *un solo Dios* aunque sean tres personas distintas.

3. Errores modernos acerca de la Trinidad

Ya hemos mencionado el unitarismo. La Teología Liberal no es sino una forma más de unitarismo (o unitarianismo). Lo mismo se puede decir de los socinianos. También niegan la Trinidad los «Testigos». El Modalismo ha surgido también recientemente en una secta carismática que se denomina «Sólo Jesús» y bautiza únicamente en el nombre del Hijo. Para ellos, «Padre» y «Espíritu Santo» son meros títulos del único Dios verdadero, el cual es solamente Jesús.

El Modernismo Teológico va más allá de todos estos errores, pues llega a poner en duda, y hasta negar, la personalidad de Dios. Y, si se niega un Dios personal (como parecen hacer, por ejemplo, los ya fallecidos P. Tillich y J.A.T. Robinson), ya no tiene razón de ser el hablar de una o más personas en Dios.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 3

- 1^a *pregunta* ¿Cuál le parece que ha sido la causa, en todas las etapas de la Historia de la Iglesia, de que los escritores eclesiásticos más eruditos no hayan logrado exponer correctamente el misterio trinitario? ¿Es *una* sola causa, o se trata de un conjunto de factores?
- 2^a *pregunta* ¿Son suficientes una condición espiritual y una conducta irreprochable para penetrar sin fallos en el interior de las verdades divinas? El modo como responda Vd. a esta pregunta mostrará si tiene ideas claras o confusas acerca de este tema.
- 3^a *pregunta* ¿Qué le faltaba a Nicodemo «el maestro del Israel» (Jn. 3:10, literalmente) para estar en regla en orden a «entrar en el Reino»? ¿No tenía todo lo que se necesitaba –las *siete* maneras de «nacer de nuevo», según la tradición rabínica– para ser «perfecto»? Sin embargo, es precisamente a este hombre a quien le dice Jesús: «*Os es necesario nacer de nuevo*». Comparar Filipenses 3:5 y siguientes.

LECCIÓN 4

Análisis del misterio trinitario

I. INTRODUCCIÓN

Vamos a insistir, antes de nada, en algo con que comenzamos la INTRODUCCIÓN de este curso. *No hay en esta vida nada tan importante como el conocimiento personal de Dios.* Un conocimiento que ha de ser íntimo, cordial, experimental, *conducente a la vida eterna* (ver Jn. 17:3).

¿Cómo se obtiene este conocimiento íntimo, experimental, de Dios? Lo que es Dios en Sí, y lo que Él quiere de nosotros en cada momento, se conoce en base a tres factores conjuntos:

- A) por Su Palabra
- B) por Su Espíritu
- C) por Su Providencia (las circunstancias en que nos coloca)

Como la revelación especial de Dios quedó consumada cuando «*nos habló en Hijo*» (He. 1:2, lit.), estudiando y contemplando la persona, la enseñanza y la conducta toda de Jesús a través de los Evangelios, llegamos a percatarnos de que fue el Hijo quien nos hizo la *exégesis* de Dios (véase el original griego de Jn. 1:18), mientras que el Espíritu Santo nos hace la *eiségesis* (ver Jn. 16:13).

Es cierto que el original de Juan 16:13 no utiliza ese término, sino que emplea el más expresivo *hodegései* = «guiará por el camino», pero la idea es de Alguien que se pone al frente de una expedición para mostrar el camino a quienes le siguen.

Recuérdese ahora lo que digo, resaltado en cursiva, en el tercer párrafo de la Introducción de este Curso (pág. 13), acerca de las actividades peculiares de cada Persona Divina, y se entenderá que, por fuerza, ha de ser el Espíritu Santo el encargado de guiarnos a *lo profundo de Dios* (1 Co. 2:10-13). Sin Su actividad personal, no se puede *acoger* (lit.) las cosas de Dios (1 Co. 2:14), porque la razón no regenerada se mueve –ya lo dijimos– en un plano *cualitativamente inferior* al de la fe. Sin el «nacimiento de arriba», no se puede ver, ni entrar, al plano de la fe (ver Jn. 3:3, 5).

1. *¿En qué consiste el misterio trinitario?*

A esta pregunta podemos contestar sencillamente que *el misterio trinitario consiste en que tres Personas realmente, infinitamente, distintas tienen en común una sola esencia, sustancia y naturaleza individual*. En la Encarnación del Verbo ocurre exactamente al revés: *Una sola Persona subsiste en dos naturalezas completas*.

Dios, pues, no es impersonal, ni unipersonal, ni una «persona colectiva», sino *tripersonal* (véase Mt. 28:19; Jn. 10:28-30). La gramática nos dice que «yo», «tú», «él» son pronombres *personales*, y Jesús los usa así en los capítulos 14-17 de *Juan*. Pero la personalidad divina, simple (inmutabilidad) e infinita (inmensidad) trasciende infinitamente el concepto de persona angélica o humana. Con todo, Génesis 1:26 nos pone ante la «analogía», como veremos más adelante. SON, PUES, PERSONAS.

He nombrado la «analogía». Para los lectores que desconozcan los términos filosóficos, voy a dar una breve explicación: Un término puede aplicarse a dos seres distintos de tres modos diferentes: 1) Por *univocidad*, cuando se aplica a ambos de forma *total*; por ejemplo el término «hombre» se aplica a Juan y a Pedro de esta forma; es *unívoco*. 2) Por *equivocidad*, cuando se aplica a dos seres *porque suena igual*, pero el significado es distinto; por ejemplo el término «vela» puede significar una vela de navío, una vela de cera y una vela de estar velando a un enfermo; es *equivoco*. 3) Por *analogía*, cuando se aplica a dos seres que son de distinta naturaleza pero tienen entre sí alguna conexión de tipo simbólico o metafórico, ya sea por metonimia o por sinécdoque. Dos ejemplos de cada caso: En Apocalipsis 5:5-6, se llama al Señor Jesús «León» y «Cordero», no siendo lo uno ni lo otro por naturaleza, pero sí por doble simbolismo, bien conocido. Otro ejemplo de analogía diferente: El término «ser» se aplica a un *ser humano* y al *Ser Divino*, pero sólo en parte resulta la semejanza, ya que el Ser

de Dios trasciende infinitamente el concepto del ser humano, ya que nosotros tenemos un ser *que nos ha sido dado*, mientras que Dios es el ser, *sin ninguna limitación y en virtud de su misma esencia, nadie se lo ha dado*. Pero, al fin y al cabo, Dios es «un Ser» y nosotros tenemos «un ser»; hay semejanza, *analogía*, no es un *equivoco*, pues lo único que se opone al Ser infinito no es un ser limitado, sino la *nada*. Otras nociones de especial importancia son las de «sustancia», «esencia» y «naturaleza», que vamos a aplicar ahora a Dios.

Al hablar de «sustancia», ponemos de relieve que todo es, en Dios, *sustancial*, necesario en su propia auto-sustentación como un Ser que realmente existe y que, además, para Su propia perfección no necesita (y repugna a la simplicidad de su Ser) de ninguna otra faceta del ser que se adhiera («accidente») a Su sustancia para calificarla o determinarla, como lo hace un adjetivo a un sustantivo (en gramática) o un color a un objeto (en la realidad física). Así es como los eclesiásticos occidentales de los primeros siglos entendían el término griego *hypóstasis*, como sinónimo del latín *substantia*. Después tuvieron que inventar el vocablo latino *subsistentia* para que los orientales no se escandalizasen por el significado de «persona» = máscara del actor de teatro.

Al decir «esencia», damos a entender lo que Dios es, el Ser Divino que nosotros sólo podemos captar refractado, como el arcoiris, en un conjunto de atributos (mejor, perfecciones) que pertenecen en exclusiva a cada una de las Personas Divinas en lo que tienen de común a las tres. Estas perfecciones *esenciales* son por su propio concepto *incomunicables*.

Finalmente, al decir «naturaleza», destacamos el aspecto de la Deidad que, según nuestra comprensión limitada de la misma, representa en el seno de la Trina Deidad el principio interior, o fuente más profunda, de la *conducta* de las Personas Divinas, no sólo en lo que tienen de común a las tres, sino también de propio y peculiar de cada una, tanto en el seno mismo de la Deidad (hacia dentro), como en el modo de comportarse de cara al Universo creado y, en especial, de cara a seres puramente espirituales (los ángeles) o que constan de espíritu y materia (los hombres). Estas perfecciones son *comunicables*, lo cual es de enorme importancia para la vida espiritual del creyente.

2. *¿Cómo adquirimos el concepto de persona divina a través de la analogía?*

La propia palabra de Dios nos ofrece en los tres primeros capítulos del Génesis datos suficientes para poder vislumbrar el concepto de Persona Divina mediante el análisis de la personalidad humana. Clave: Génesis 1:26-28.

La personalidad humana puede analizarse en dos planos:

- A) En el plano *psíquico-existencial* (el plano real = lo que *somos*) la personalidad humana posee tres características: Dominio responsable de sí mismo, conciencia refleja de sí mismo y alteridad irrepetible, ya que Dios no hace dos seres humanos iguales.
- B) En el plano *ético-esencial* (el plano ideal = lo que *debemos ser*), la personalidad humana posee otras tres características: Dependencia, inteligencia y comunión tridimensional (con Dios, con el prójimo, consigo mismo –«integración».)

Ambos planos aparecen en Génesis, capítulos 1-3.

Comencemos por analizar las primeras frases de Génesis 1:26, donde el original hebreo dice: *Naaseh Adam betsalménu kidmuténu* = *Hagamos a Adam* (el ser humano) *en nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*. Tras de los prefijos *be* y *ke*, que corresponden respectivamente a nuestras preposiciones *en* y *según*, están los nombres *tsélem* = imagen, cuya raíz *tsl* significa «sombra», y *demut*, cuya raíz comporta la idea de «efigie». Ambos a una nos dan la idea de que el ser humano fue creado como algo que se asemeja mucho a su Creador. ¿Dónde se percibe, en la misma Biblia, esa semejanza?

- A') En el plano *psíquico-existencial* (el plano real). A continuación de la frase arriba explicada, continúa el texto de Génesis 1:26 diciendo: «... y *ejerzan dominio...*» Los vv. 27 y 28 constituyen una paráfrasis del v. 26. La 2ª característica (conciencia refleja) se ve, sin ir más lejos, en Génesis 2:23 y 3:6-7. La 3ª (alteridad irrepetible) se ve en la responsabilidad estrictamente *personal* que la palabra de Dios carga sobre todo ser humano, como se palpa en Gn. 3:8-13, donde el ser humano *caído*, y, por tanto, *alienado*, trata inútilmente de cargar sobre «otro» su responsabilidad.
- B') En el plano *ético-esencial* (el plano ideal). La dependencia radical del ser humano es obvia desde el momento en que nuestros primeros padres reciben del Creador el programa de acción señalado por Dios en forma de mandamientos y, especialmente, el gran mandamiento de «prueba de dependencia» (Gn. 1:28-29; 2:16-17). La 2ª característica (inteligencia) se percibe ya en el hecho de «poner nombre» a todos los animales (Gn. 2:19-20). La 3ª (comunión espiritual con Dios –en primer lugar) se ve ya en Génesis 3:8; primero, positivamente: «Y oyeron la voz de Yahweh Dios

que se paseaba en el huerto al aire del día» (lit.); después, negativamente: «... y el hombre y la mujer se escondieron de la presencia de Yahweh Dios entre los árboles del huerto». Ha desaparecido la «comuni3n» y ha aparecido el «extrañamiento», la «alienaci3n».

Para, m3s detalles, véase mi libro *El hombre: su grandeza y su miseria* (CLIE), p3ginas 64-101.

3. *Diferencia entre personalidad y persona* (señalarlo mediante diagrama)

La *personalidad* es la diferencia real que constituye a una persona y la distingue de otra, mientras que la *persona* es todo el ser individual partiendo del 3pice de cada persona. De ah3, la *mutua inmanencia de las tres personas divinas*, es decir, cada una est3 dentro de las otras dos, ya que todo lo que pertenece al Ser Divino en su esencia y naturaleza es com3n enteramente a las tres.

Por otra parte, la personalidad no es agencia ejecutiva, sino simplemente *centro de atribuci3n y responsabilidad* (quién actúa). La naturaleza, en cambio, con sus elementos integrantes, es el principio o la *agencia ejecutiva del sujeto* (con qué actúa). Por ejemplo, *yo* soy quien pienso, pero pienso *con* mi mente y mi cerebro. As3 que, no es mi cerebro el culpable de un mal pensamiento, sino yo.

4. *Evoluci3n hist3rica del concepto de persona*

Tres son los factores que, a lo largo de los siglos, han contribuido a que la compresi3n del misterio trinitario en general, y la del concepto de «persona» en particular, resultase extremadamente dif3cil.

- A) La impropiedad de nuestro lenguaje para expresar lo divino.
- B) La dificultad de obtener una ex3gesis equilibrada ante la confrontaci3n de dos escuelas que sosten3an un m3todo diametralmente opuesto en la interpretaci3n de la Escritura Sagrada, agravada la dificultad por la diferente mentalidad teol3gica de Oriente y Occidente.
- C) La influencia que las distintas escuelas fil3sóficas han tenido en los sistemas teol3gicos de cada 3poca.

El ya citado Gregorio de Nisa había acuñado, para expresar el misterio trinitario, la fórmula griega: «μία ουσία, τρεις hypostáseis», = una esencia, tres personas, dando a «hypóstasis» el sentido de *persona*. Pero la palabra «hypóstasis», traducida al latín, es «substantia», y es natural que los occidentales, latinos, no admitiesen «sustancia» como sinónimo de «persona», sino de «esencia». Por eso, usaron el vocablo «persona» en sentido jurídico, como «alguien con plenos derechos civiles».

Por otra parte, los orientales, griegos, no podían admitir el término «persona» («prósopon» en griego), porque significaba la máscara con que los actores de teatro cubrían el rostro, no sólo para caracterizar a sus personajes, sino también porque, a través de la máscara, las voces «per-sonabant», es decir, resonaban de modo que pudiesen llegar a todo los puntos del auditorio. Por eso, estos teólogos preferían el término «hypóstasis» como sinónimo de «persona».

Los teólogos medievales no quedaron contentos con los términos antedichos e inventaron el vocablo *subsistentia*, aunque después esto provocó mayor confusión, ya que *subsistir* expresa la idea de *existir por sí mismo*, lo cual es propio de Dios en cuanto a su Ser *individual*. Además, en nuestra lengua castellana, «subsistencia» significa los bienes de consumo, lo cual expresamos cuando decimos, por ejemplo: se han encarecido las subsistencias.

Para un estudio más profundo y más provechoso sobre este tema, recomiendo la lectura del libro *Dios, uno y trino* de J. Auer (Herder), págs. 330-363. Transcribo el párrafo final de toda la sección, que, a su vez, es copia del párrafo con que el famoso escritor eclesiástico Agustín de Hipona cierra su gran libro «Sobre la Trinidad»:

«Líbrame, Señor, de la palabrería que padezco dentro de mi alma. Es digna de compasión a tus ojos y recurre a tu misericordia... Hablamos mucho y no alcanzamos la meta, y la conclusión del razonamiento debe ser ésta: Él lo es todo. Así, pues, cuando te alcanzamos, ha de tener fin lo mucho que hablamos y lo que no hemos conseguido. Y sólo tú continúas siéndolo todo en todas las cosas. Sólo una cosa podemos repetir sin fin: alabarte todos cuantos en ti somos uno. Tú, Dios único. Tú, Dios trino; lo que en estas líneas (libros) he dicho tuyo, haz que también lo reconozcan los que son tuyos. Y si algo he dicho de mi cuenta, ¡ignóralo tú y que lo ignoren también los tuyos! Amén».

5. Algunas otras consideraciones devocionales

- A) Puesto que tenemos en «comuni3n» con Dios (ver 2 P. 1:4) la naturaleza divina (no en «participaci3n» –véase la diferencia de vocablos en el original griego de 1 Co. 10:16-17), la mutua inmanencia divina ha de reflejarse en la Iglesia corporativamente y en cada uno de los creyentes. Jes3s or3 al Padre: «... para que todos sean uno; como t3, oh Padre, en m3 y yo en ti, que tambi3n ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea (presente de subj.-continuativo) que t3 me enviaste» (Jn. 17:21).
- B) La inmanencia mutua (entre el Padre y el Hijo, entre los creyentes entre s3 y con las personas divinas), manifiesta en el texto de Juan 17:21, aparece simplificada, pero al mismo tiempo, reforzada por el uso del verbo griego *m3nei* = permanece (el m3s fuerte para expresar una residencia fija y amorosa) en 1 Juan 4:16: ... Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios en 3l».
- C) Para apreciar debidamente lo que significa el gran privilegio de compartir, de forma real, (aunque con diferencia infinita de calidad y grado) la naturaleza divina con las tres personas de la Deidad, debemos tener en cuenta que eso se obtuvo al precio inmenso de la sangre del Cordero inocente de Dios. Como dice J. Stott en su excelente libro *Basic Christianity*, p. 61, «para apreciar la obra que Jes3s llev3 a cabo, hemos de entender qui3nes *somos* nosotros, as3 como qui3n era 3l. Su obra fue llevada a cabo por nosotros. Fue obra de una persona por personas, una misi3n emprendida por personas necesitadas a cargo de la 3nica persona competente para salir al paso de la necesidad de ellas. Su competencia se basa en su deidad; nuestra necesidad se basa en nuestro pecado». Y, unas p3ginas despu3s (p3g. 107), como respondiendo a la pregunta del carcelero de Filipos: «¿Qu3 debo hacer para ser salvo?», responde: «Es claro que debemos hacer algo. El cristianismo no es mera aquiescencia pasiva a una serie de proposiciones, por verdaderas que sean. Debemos creer en la deidad y la salvaci3n en Cristo, y reconocernos como pecadores necesitados de su salvaci3n; pero esto no nos hace cristianos. Tenemos que dar a Jesucristo una respuesta personal, entreg3ndonos sin reserva a 3l como nuestro Salvador y Se3or» (traduzco del ingl3s. Los anteriores subrayados son de J. Stott).
- D) Otra consideraci3n de inmensa importancia en el terreno devocional es que el precio de nuestra redenci3n, al que hemos aludido en la consi-

deración anterior, se obtuvo mediante el sacrificio cruento de una *Persona Divina*. En el punto 2 de esta Lección 4 (pág. 14), mencioné que, en la Encarnación del Verbo, ocurre al revés que en el misterio trinitario, pues «*una sola Persona subsiste en dos naturalezas completas*». Esto significa, ni más ni menos, que, en virtud de la «unión hipostática», *es una Persona Divina la que sufrió la muerte de cruz por ti y por mí*.

(El concepto de «unión hipostática» será tratado ampliamente, Dios mediante, en la Parte II de este Curso, donde estudiaremos la Persona y la Obra del Hijo).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 4

- 1ª pregunta* Si en lugar de existir un Dios tripersonal, como es en realidad, hubiese un Dios unipersonal, ¿cree usted que, por eso, quedaría limitado nuestro progreso espiritual?
- 2ª pregunta* Una de las enseñanzas que se desprenden del «Yo soy el que soy» de Éxodo 3:14 es que Dios no necesita de nada ni de nadie para existir y ser lo que es. En otras palabras, Dios es «autosuficiente». ¿Significa esto alguna contradicción con la necesidad de «darse», implicada en la frase de Juan (1 Jn. 4:8, 16) «Dios es amor»? Por una vez, quiero dar la respuesta que da ocasión a provechosas reflexiones: Dios es «autosuficiente», pero no «autosatisfecho».
- 3ª pregunta* ¿Se ha percatado Vd. bien de lo que significa el que haya sido una Persona divina (tan Dios como el Padre) la que ha dado su vida para librarnos –a usted y a mí– de la miseria eterna en el Infierno e introducirnos a la comunión más íntima posible con Dios en la felicidad eterna del Cielo?
- 4ª pregunta* ¿Se ha percatado igualmente de que ha sido Dios Padre el que ha iniciado personalmente esa obra de salvación, siendo llevado a ello por el único motivo de su infinito amor misericordioso hacia débiles y hostiles pecadores? (véase Ro. 5:6-10).

LECCIÓN 5

Examen de las porciones bíblicas trinitarias

I. INTRODUCCIÓN

Como veremos luego, el N.T. nos ofrece numerosas porciones en las que claramente se expresa la Trinidad de Personas dentro de la Deidad. ¿Ocurre lo mismo en el A.T.? Tres son las opiniones de los teólogos sobre este punto:

- A) Este misterio está explícito en muchos pasajes del Antiguo Testamento. A mi juicio, esta afirmación no puede sostenerse, pues equivaldría a tachar de mala fe a *todos* los rabinos judíos inconversos.
- B) En el Antiguo Testamento no hay ningún *indicio* de la Trinidad. Creo que también esta opinión es falsa, (a) primero, porque esto supondría un salto poco pedagógico en el progreso de la revelación especial de Dios; (b) segundo, porque, si así fuese, los judíos habrían tenido toda la razón al rechazar la divinidad de Cristo.
- C) Con base en el Nuevo Testamento, el misterio trinitario puede vislumbrarse en muchos lugares del A.T. Como muy bien escribió Agustín de Hipona, «el N.T. está *latente* en el Antiguo; el A.T. está *patente* en el Nuevo». Esta es, sin duda, la opinión correcta.

1. *¿Qué tratamos de demostrar?*

Para que todos los puntos de esta doctrina queden claros, vamos a desglosar la materia en las siguientes proposiciones:

- 1.1. La Escritura nos habla de tres Personas realmente distintas en Dios.
- 1.2. Cada una de estas tres Personas es Dios «entero».
- 1.3. Las tres Personas –Padre, Hijo, Espíritu Santo– son un solo y único Dios.
- 1.4. El Hijo procede del Padre.
- 1.5. El Espíritu Santo procede del Padre y, de algún modo, también del Hijo.

Procederemos ahora a demostrar cada una de estas proposiciones.

1.1 La Escritura nos habla de tres Personas realmente distintas en Dios

- A) Supuesto que nadie niega la personalidad ni la deidad del Padre (entre quienes tengan la Biblia por norma de su fe), los lugares del A.T. en los que aparece de algún modo la Trinidad de Personas de Dios son: Génesis 1:2-3, donde el *Espíritu* ejecuta la *Palabra* de Dios (el Padre); Génesis 1:26, donde el «hagamos» no es un plural intensivo o mayestático como en el v. 1, puesto que el verbo está en plural; Génesis 3:22: «... el hombre ha venido a ser como *uno de nosotros*»; Génesis 11:7: «descendamos» –este lugar no es tan fuerte–; Isaías 48:16 «... allí estaba *yo* (el «Enviado» de Yahweh)... *Adonay-Yahweh* y su *Espíritu*»; Isaías 61:1 «El *Espíritu de Adonay-Yahweh* está sobre *mí*, porque *me* ungió Yahweh».
- B) Los textos trinitarios del N.T. son los siguientes: Mateo 3:16-17 (comp. Mr. 1:11; Lc. 3:22); Mateo 28:19 –porción especialmente importante, por cuanto la repetición de la conjunción «y», como del artículo determinado, muestran la real distinción de las Personas, mientras que el singular «nombre» indica la *unidad* de esencia–; Hechos 2:32-36 «A este *Jesús* resucitó *Dios*... exaltado a la diestra de Dios, y recibida del *Padre* la promesa del *Espíritu Santo*, derramó esto que veis y oís» –donde es de notar que el *Hijo*, exaltado a la diestra del Padre, derrama el Espíritu Santo, lo «envía» (comp. Jn. 15:26), lo que no podría hacer si no fuese tan Dios como el Padre y el Espíritu–; 1 Corintios 12:4-6, donde a cada Persona Divina *se atribuye* una función peculiar para el buen desarrollo de la edificación de la Iglesia –el «Señor» del v. 5 se refiere claramente al Hijo, como veremos, D.m., en la Parte II de este Curso–; 2 Corintios 13:14 es un texto parecido y todavía más explícito que el anterior; Efesios 1:3-14: Esta preciosa porción, que algunos autores pasan por alto, admite una clara división –aun cuando se solapan algunos versículos: vv. 3-6 aluden al Padre; vv. 7-12, al Hijo; vv. 13-14, al Espíritu; Efesios 4:4-6 «... un solo *Espíritu*... un solo *Señor*... un solo *Dios y Padre*».

A estos textos, para un estudio completo del tema, pueden añadirse los siguientes: Romanos 8:14-17; 15: 15-16; 2 Corintios 1:21-22; Gálatas 4:4-6; Efesios 2: 18-22; 3: 14-17; 5:18-20; 2 Tesalonicenses 2:13-14; Tito 3:4-6; Hebreos 2:2-4; 10:28-30; 1 Pedro 1:1-2; 4-14; Judas vv. 20-21; 1 Juan 3:23-24; 4:11-16 (en cuanto a 1 Jn. 5:7, M. García Cordero, en su *Teología de la Biblia*, vol. II, pág. 467-B.A.C., dice lo siguiente: «sólo aparece en las versiones latinas y parece ser una incrustación apologética de los priscilianistas»).

1.2 Cada una de las tres Personas es Dios «entero»

Para este punto, así como para los ya enunciados 1.3, 1.4 y 1.5, véanse las págs. 147-166 de mi libro *Un Dios en tres Personas*. Como este libro fue redactado en 1974, pienso –veintiún años más tarde– que es menester añadir, o corregir, lo siguiente, hasta el término de esta lección 5:

- A) En la pág. 147, sección A), línea 3, después de la referencia de Hechos 17:28, añadir: a la luz de Génesis 2:7 y Lucas 4:38 (Adán, *hijo* de Dios).
- B) En la pág. 149 (final punto 2, y con la vista puesta en la nota 19 –al pie de la página–, añadir: (ver 1 Jn. 2:22-23 –la lógica de Juan es contundente: «Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre». En efecto, si en Dios no hay un *Hijo eterno*, tampoco puede haber un *Padre eterno*, ya que los términos *Padre-Hijo* son correlativos).
- C) En la pág. 143, C), b»), hay dos líneas repetidas.
- D) En la pág. 156, después de la nota 22bis de pie de página, y haciendo también referencia a la nota 13 –pie de la p. 142–, conviene añadir: La preposición griega «pros», lo mismo aquí que en otros lugares, tiene el significado de « de cara a». Por eso tras haber escrito que «el Verbo estaba de cara a Dios», es decir, de cara al Padre, Juan tiene sumo interés en recalcar de inmediato que ese mismo Verbo «era Dios», énfasis que se nota en la inversión gramatical que presenta el original, donde literalmente dice: «y Dios era el Verbo», con el sujeto al final –según indica el artículo– y el predicado al principio –sin artículo, ya que designa, no la persona, sino la naturaleza–. ¿Y quién escribe eso? Un judío cristiano, ferviente monoteísta, como manda Deuteronomio 6:4. Bastaría esto para refutar el infundio de los «Testigos», quienes traducen: «... era un dios». La diferencia entre Juan 1:1 y Hechos 28:6, a pesar de la semejanza gramatical, es notoria, pues los que hablan en Hechos 28:6 son paganos y politeístas (comp. con Hch. 14:11-18).

- E) En la pág. 159, línea 7, después de «estropeado y echado a perder», se puede insertar la siguiente ilustración: Cuando una máquina o un artefacto cualquiera se estropea, lo mejor es llevarlo a la misma firma o factoría que lo fabricó.
- F) En la pág. 160, línea antepenúltima, donde en el paréntesis se lee «ruaj», es menester corregirlo, poniendo en su lugar «nishmath» = aliento, que es el vocablo hebreo que allí figura, aunque es sinónimo de «ruaj».
- G) En la pág. 161, al final de la línea 4, conviene añadir: como un imán (ver Mt. 6:21 –donde está el tesoro, allá se va el corazón).
- H) En la pág. 163, línea 11, además de las dos referencias (Jn. 1:14; 5:26), añadir otras 3 del mismo Evangelio (Jn. 3:3-8; 4:14; 7:37-39).
- I) En la pág. 165, línea 13 apartado B), añadir, después de la cita de Romanos 8:9; que al Espíritu Santo se le llama también *Espíritu de Jesús* (Hch. 16:7) y *Espíritu de su Hijo* (Gá. 4:6).

2. Observaciones acerca del «Filioque»

Del tema del «Filioque» = «y del Hijo», trato en mi libro *Un Dios en tres Personas*, págs. 163-166 y, sin negar lo que digo allí, debo hacer algunas aclaraciones y precisiones, por haber profundizado más en este asunto recientemente, de la mano del Profesor de Salamanca Dr. Xabier Pikaza, especialista en Teología Trinitaria, en un libro que ya recomendé en la INTRODUCCIÓN: *Dios como Espíritu y Persona*.

La teología tradicional ha sostenido que el Hijo, el *Lógos*, procede del Padre por la vía mental, la del intelecto, mientras que el Espíritu, el *Pnéuma*; procede del Padre y del Hijo (lat. a Patre *Filioque*) o *del Padre por el Hijo* (a Patre *per Filium*), por la vía *cordial*, la de la voluntad. Pero esto no es, quizás, más que una especulación filosófica, ya que la Biblia no llama al Verbo «el Hijo de la mente» del Padre, sino «el hijo de su *amor* (Col. 1:13, lit.).

Dice Orígenes con acierto:

El amor es la Deidad misma. Dios es amor. Cristo es el Hijo del amor. El Espíritu Santo es Espíritu de amor. De una misma y única fuente de la Deidad paterna proceden, por vía de amor, el Hijo y el Espíritu Santo. La abundancia del amor que emana del Espíritu Santo se difunde en el corazón de los santos, a fin de que los perfectos participen de la naturaleza divina.

Alguien podría pensar que, si el Hijo es «el Hijo del amor» del Padre, ¿para qué necesitamos que haya una *tercera* Persona Divina como «Espíritu de amor»? A esto pueden dar cumplida respuesta las siguientes lúcidas líneas del Dr. Pikaza:

Hijo es quien recibe el ser del Padre. Pero sólo puede realizarse como Hijo si es que acoge el ser y lo devuelve, en gesto de contemplación que se explicita en forma de comunión. Hay, por tanto, un *camino de donación* que va del Padre al Hijo. Pero hay al mismo tiempo, otro *camino de respuesta* que va del Hijo al Padre. En este mutuo don es donde viene a estar fundamentada, del modo más perfecto, la comunión de esencia del Hijo con el Padre (o.c. p. 55).

Aunque Pikaza no aporta textos bíblicos a favor de sus afirmaciones, no resulta difícil hallarlos en abundancia. Por ejemplo, dice Jesús en Juan 5:20: «Porque el Padre *ama* al Hijo y le muestra todas las cosas que él (el Padre) hace». Y en Juan 15:9-10: «Como el Padre *me ha amado*, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco *en su amor*». Como es obvio, el mandato de Cristo de permanecer en su amor no significa *en el amor que él nos tiene*, sino *en el que nosotros hemos de tenerle a él* (de lo contrario, nuestra unión justificante se quebraría con la comunión santificante). Una mirada a 1 Juan 4:16b basta para confirmarlo (ver también Jn. 17:24b).

Un paso más y llegamos a lo que, en realidad, constituye el núcleo de la personalidad, tanto en Dios (en grado perfecto e infinito) como en el ser espiritual (ángel y hombre –éste, en su perfección final): ES UNA RELACIÓN *CONSTITUTIVA*, PUES TIENE SU ENTRAÑA Y RAZÓN DE SER EN OTRO («ad alium»).

Así dice Pikaza:

El *Padre* tiene su autoconciencia y realidad fuera de sí (en el Hijo); y el *Hijo* tiene su autoconciencia y realidad fuera de sí (en el Padre); el *Espíritu Santo* ratifica la unión de esa doble autoconciencia en forma de conciencia comunitaria, en eso que podríamos llamar el paso del yo-tú al nosotros de la realidad definitiva. Dios se puede concebir de esta manera como el proceso fundante de la personalidad (o.c., pág. 123).

Abundan en *Juan* y *1 Juan* los textos que muestran esta mutua inmanencia (lo que los griegos llamaban *perikhóresis* y los latinos *circumincesión*) del Padre y del Hijo en el Espíritu (ver, p.ej., Jn. 14:11; 16:15; 17:10, 21; 1 Jn. 1:3; 2:23; 3:24; 4:13). Y conforme a 2 Corintios 13:14, donde hay «comunidad» entre, y con, las Personas Divinas, allí está el Espíritu Santo.

Eso tiene para mí otra derivación que me ilumina mejor el sentido del grito de angustia del Hijo de Dios en la Cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿a qué fin me desamparaste?» (Mt. 27:46; Mr. 15:34 –en ambos textos, literalmente). Si podemos decir, con toda razón, que la rotura de la comunión espiritual entre el Padre y el Hijo fue, durante tres horas de «eclipse», infinita (por lo que significaba en la sustitución, y porque todo lo que hay en el interior de Dios es infinito), ¿cómo podría haber sido restaurada pronto, y por entero, si ambos –Padre e Hijo– no estuviesen perfecta y eternamente ligados entre sí por el Espíritu eterno? (ver He. 9:14).

Llegamos así al final de estas reflexiones sobre la estrechísima unión de las tres Personas Divinas por su propia constitución personal intratrinitaria. Así es como podemos ya valorar los pros y los contras del *Filioque*, como lo hace Pizaka, en su citado libro, págs. 196-198, que resumo en el punto siguiente.

3. ¿Qué ventajas y desventajas tiene la aceptación del *Filioque*?

- A) La aceptación del *Filioque* («y del Hijo») por la Iglesia (tanto romana como reformada) tiene dos ventajas: (a) Sirve para expresar una toma de conciencia de la Iglesia sobre la estrecha unión de las tres Personas de la Deidad; (b) Sirve para entender mejor, desde la experiencia espiritual del creyente, el misterio de la inmanencia intratrinitaria. Dice Pizaka: «Un Espíritu y un Hijo que se encuentren desligados entre sí y que solamente vengan a implicarse en la raíz común del Padre, terminan resultando incomprensibles».
- B) Por otro lado, la actual formulación del *Filioque* tiene graves inconvenientes: (a') Sitúa al Padre y al Hijo en un plano de total igualdad en su espiración del Espíritu, rompiendo la exclusiva primariedad *fontal* del Padre; (b') desemboca en una originación apersonal del Espíritu, pues parece surgir de una misma realidad común, *esencial*, no estrictamente personal, de Dios: (c') «supondría el sometimiento del Espíritu a Jesús y, en consecuencia, el sometimiento del Espíritu al poder de una determinada jerarquía eclesial (al papa como vicario de Cristo)» (X. Pizaka, o.c., p. 198).

Por consiguiente, y según ha sugerido P. Eudokimov (citado por Pikaza), el *Filioque* es ortodoxo siempre que se encuentre compensado por el *Spirituque* correspondiente. El Espíritu procede del Padre por el Hijo o *a Patre filioque*; el Hijo, por su parte, procede a *Patre Spirituque* (del Padre y del Espíritu). Otro teólogo ruso ortodoxo, S. Verkhovsky, ha presentado una solución dialéctica (síntesis de las fórmulas griegas –vertical– y latina –triangular–) del problema del *Filioque*:

El *a Patre* del principio se completa por medio del *per Filium* y *per Spiritum*, suscitándose de esa forma un movimiento trinitario en dos direcciones: (a) Por un lado, se pasa desde el Padre por el Hijo al Espíritu, para retornar así hacia el Padre; (b) en la otra mano, se va desde el Padre por el Espíritu hacia el Hijo, retornando al Padre. La vida de Dios se identifica con ese movimiento dual de perijóresis que vincula a las personas desde el Padre y con el Padre, realizando de esa forma la única esencia divina» (citado por Pikaza, o.c. págs. 202-203).

Después de tales profundidades teológicas, no se me ocurre cosa mejor para terminar esta Lección 5 que transcribir dos líneas del Kempis que aparecen en la 1ª página de su *Imitación de Cristo*:

«¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad si no eres humilde, por donde desagradas a la Trinidad?»

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 5

- 1ª *pregunta* ¿Cree usted que las reflexiones teológicas sobre si el Espíritu Santo procede también del Hijo tienen alguna importancia para la vida espiritual del creyente?
- 2ª *pregunta* Después de leer la sabia reflexión del Kempis a favor de la humildad, ¿cree usted que merece la pena profundizar en el misterio trinitario?
- 3ª *pregunta* De la presente lección, ¿qué porción bíblica o qué reflexión teológica le ha servido a usted de mayor provecho espiritual?

LECCIÓN 6

Nuestra comunión en el misterio trinitario

I. INTRODUCCIÓN

Acerca de este tema, son 3 las posturas diferentes:

- A) Algunos místicos medievales, como Eckart, llegaron hasta sostener una identificación de tipo panteísta; al menos, en expresiones tan audaces como la siguiente: «Sin mí, Dios no podría ni engendrar el Verbo».
- B) Al otro extremo van autores que niegan (K. Barth) o parecen negar (L.Sp. Chafer) la analogía del ser; para éstos, no es posible ni la imitación de la Trina Deidad.
- C) En mi opinión, el justo medio está en las afirmaciones siguientes: (a) Es posible la imitación de la Trina Deidad en sus funciones intratrinitarias; (b) Siempre a escala humana, la comunión (ver el griego original de 2 P. 1:4) nuestra en la naturaleza divina nos introduce en la intimidad de la Familia de la Trina Deidad (véase Jn. 14:23) hasta unas profundidades que sólo en el Cielo podremos vivir y entender.

1. ¿Cómo se imita al Padre?

1.1. Proclamando (pronunciando) la Palabra (el Evangelio), con lo que, de algún modo, se *engendra* a Cristo en los oyentes (ver Gá. 4:19) y se engendra a los oyentes en Cristo (ver 1 Co. 4:15).

1.2 Alentando el Espíritu (ver Ef. 5:18-19), con lo que se imita la *inspiración* conjunta del Padre y del Hijo.

1.3. Participando en las *actividades* de la Iglesia, ya que las actividades (gr. *energémata*) tienen como agente principal a *Dios* (Padre), como puede verse en 1 Corintios 12:6.

2. ¿Cómo se imita al Hijo?

2.1. En la *obediencia* hasta la muerte (véase Fil. 2:7-8; He. 10:5ss.), en respuesta a la Palabra del Padre, con la que expresa Su voluntad (ver Mt. 4:4; Lc. 4:4; Jn. 4:34). ¿Podemos decir, como Jesús, «Mi comida es hacer la voluntad del Padre»? ¡Alimentarse, vivir, de obedecer a Dios!

2.2. En su *humildad*, hasta el vaciamiento de sí mismo (ver Fil. 2:7-8). No hay modo de ser llenos, si no estamos vacíos de nosotros mismos («negarse a sí mismo») y dependemos en todo de la acción de Dios (éste es el verdadero sentido de Hab. 2:4 «el justo, por su fidelidad vivirá»):

2.3 En su *ministerio* (= servicio –no mando–, griego: diakonía –de la Iglesia, como puede verse en 1 Co. 12:5; Gá. 5:13). Como él mismo dijo, en Mateo 20:28: «... el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para *servir* (¡para ser útil!) Y para dar su vida en rescate por muchos». ¡Esto sí que es desvivirse del todo! (comp. 2 Co. 12:15). ¿Y nosotros? ¿Somos comodones, egoístas? ¿O estamos dispuestos a desvivirnos por el hermano o la hermana?

3. ¿Cómo se imita al Espíritu Santo?

3.1. En el *amor* con que él corresponde al Padre *amante* y al «Hijo de su amor» (Col. 1:13).

3.2. En la *unión* que él lleva a cabo de 3 maneras:

- A) Horizontal en la cumbre intratrinitaria, uniendo al Padre y al Hijo.
- B) Vertical en ambos sentidos (de la Trina Deidad a nosotros y de nosotros a la Deidad), uniendo a las tres Personas Divinas con nosotros, y uniéndonos a nosotros con la Trina Deidad.
- C) Horizontal en la base, uniendo estrechamente a los creyentes entre sí, como miembros de un solo Cuerpo que es la Iglesia.

3.3. En el uso de los *dones*, como puede verse en 1 Corintios 12:4.

4. *El equilibrio trinitario en la Iglesia*

Como acabamos de ver por 1 Corintios 12:4-6, aplicada, en los puntos 2, 3 y 4 de la presente lección 6ª, respectivamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, la Iglesia, a imitación de la Trina Deidad (en perfecto *equilibrio* intratrinitario), sólo funciona bien cuando hay en equilibrio perfecto entre la *actividad* (no el activismo –iniciativa y protagonismo humanos), la proclamación del *mensaje*– en *ministerio* ortodoxo, competente y preparado, y el *entusiasmo*, no autogenerado, sino «inspirado» y fomentado en la oración, para ser expresado en un testimonio y una predicación donde el calor y el poder de arriba son manifiestos. Es algo que no se improvisa y que no puede suplirse con gritos y gestos, más propios de un actor de teatro que de un ministro de Dios y de un testigo del Señor Jesucristo (Hch. 1:8).

En todo esto, no puede olvidarse la doble vertiente de *misterio* y *misión* –los dos elementos complementarios de la esencia de la Iglesia.

- A) Como *misterio*, la Iglesia es la congregación de los hijos de Dios que forman un solo Cuerpo, teniendo a Cristo por Cabeza, por Esposo y por cepa en la que están injertados para dar fruto suave a Dios Padre; ovejas de un solo rebaño, con Jesús como Buen Pastor. Es una hermandad espiritual en la que todos y cada uno deben preocuparse por el bienestar de todos los demás. Ese bienestar incluye *espíritu, alma y cuerpo* de cada hermano y hermana: lo espiritual, lo moral, lo psicológico y lo material, pues la *persona* es un todo integrado, no un espíritu incorpóreo, como puede verse por lugares como Lucas 19:10 (*todo* estaba perdido, y todo necesita búsqueda y salvación); 1 Corintios 6:19-20 (también nuestro *cuerpo* es templo del Espíritu Santo, comprado a precio para glorificar a Dios en el *cuerpo* –¡los MSS más antiguos no incluyen lo de «y en vuestro espíritu!»); 2 Corintios 5:10 (ante el tribunal de Cristo, hemos de dar cuenta de todo lo que hemos hecho «*por medio del cuerpo*» –lit. ¿Y qué es lo que nuestro espíritu puede hacer sin que en ello intervenga nuestro cuerpo? Para concebir la idea más sublime, nuestro espíritu necesita la colaboración del cerebro, que, al fin y al cabo, es materia); 1 Tesalonicenses 5:23 (también el *cuerpo* ha de ser «preservado irreprochable» en la Venida del Señor).
- B) Como *misión*, la Iglesia es: (a) *sal de la tierra* (Mt.5:13), no para regenerar lo podrido, sino para preservar de la corrupción lo sano. ¿Preservamos

o corrompemos aún más? (ver Ef. 4:29); (b) *luz del mundo* (ver Mt. 5:14-16; Fil. 2:15; Ef. 5:8; 1 Ts. 5:5; 1P. 2:9; 1 Jn. 1:7; 2:10). ¿Damos luz, de la *luz verdadera*? (ver Jn. 1: 4-9; 8:12; 9:5; 12:46). ¿O acaso nuestras palabras y nuestra conducta causan confusión y mayores tinieblas entre las personas que nos rodean o nos observan?; (c) *testigos del Amor crucificado y resucitado* (ver Hch. 1:8). El amor ama a la persona *entera* (v. lo dicho en A). Por eso, la Iglesia y cada creyente han de procurar el bien de *todos* (a imagen de Dios –Sal. 145:9; Gá- 6:10– nótese los dos círculos: «a todos» –el más amplio–; «especialmente a los de la familia de la fe» –el más íntimo). Cada cristiano debe poner por obra la parábola del *buen samaritano* (Lc. 10:30-37). Aun cuando el cristianismo no es un manifiesto revolucionario, por su propia esencia –por tratar al hombre como a un todo, tiene ineludiblemente una dimensión social. Por ese motivo, no me explico cómo puede haber personas que se llamen cristianas, e incluso enteras denominaciones, que descuidan o ignoran esta dimensión social del Evangelio (a veces, no sólo con relación a los «de fuera» –el círculo amplio–, sino también con relación a «los de la familia de la fe»). De ahí, las torcidas, o parciales, interpretaciones del vocablo «cuerpo» –escueto en el original griego– en 1 Corintios 11:29. ¡Se olvida todo el contexto, tanto anterior como posterior!

Al otro extremo se llega en lo que ya está acuñado como *Teología de la liberación*, donde, partiendo de una relativización de la *liberación* llevada a cabo por Yahweh en favor de su pueblo Israel, se saca la conclusión de que los valores materiales de la salvación tienen cierta prioridad sobre los valores espirituales. No se puede trastornar impunemente la correcta subordinación de los medios, por el trastorno en la subordinación de los fines. Es cierto que lo que se salva o se pierde no es el *alma*, sino la *persona*, y la sustitución de «alma» por «persona» en algunos Salmos es sólo una figura de dicción (sinécdoque = la parte por el todo); sin embargo, no cabe duda de que, en la jerarquía de los elementos integrantes de la persona, lo espiritual ocupa la cima.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 6

- 1ª pregunta* Insisto sobre el mismo tema. ¿Cree usted que las reflexiones sobre la imitación de la Trina Deidad pueden ser provechosas para la vida espiritual, o piensa que son malabarismos teológicos y ganas de «rizar el rizo»?
- 2ª pregunta* ¿Qué nos sugieren, para su imitación, textos como Juan 4:34; Filipenses 2:7-8; Mateo 20:28 y Salmos 145:9, entre otros muchos?
- 3ª pregunta* ¿Es usted de los que piensan que el creyente no debe tener ningún contacto con el mundo? ¿En qué sentido entiende el vocablo «mundo»? Para dar la respuesta adecuada, lea detenidamente Juan 17:9-26.

LECCIÓN 7

Características generales de las perfecciones divinas

I. INTRODUCCIÓN

Como Dios es un Ser Infinito y, al mismo tiempo, Purísimo = *Ser* sin mezcla de no-ser: sin mancha, sin límites, sin accesorios que se adhieran al Puro-Ser, nuestro entendimiento (impuro, limitado, encasillado en una zona del ser) no puede captar toda la grandeza y belleza espirituales de ese Infinito y Purísimo Ser. Por eso, la Biblia nos presenta, de boca del propio Yahweh (Éx. 34:6-7) el recuento de aquellas perfecciones con las que Él mismo quiso que su pueblo lo reconociera, adorara y sirviera.

1. Las 13 perfecciones de Dios

En la citada porción de Éxodo 34:6-7 leemos lo siguiente (pondré por mi cuenta la numeración de las perfecciones): «Entonces pasó Yahweh por delante de él (Moisés) y proclamó: “Yahweh es (1) Yahweh, (2) Dios, (3) compasivo y (4) apiadado, (5) lento para la ira y (6) abundante en misericordia y (7) verdad; (8) el que guarda misericordia a millares –comp. Éxodo 20:5–, (9) el que perdona la iniquidad, (10) la transgresión y (11) el pecado, (12) pero no lo deja impune, (13) sino que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación”».

Varios detalles destacan en esta numeración de perfecciones reveladas por el propio Dios a Moisés:

- A) Moisés y el pueblo deben saber que el único Dios que sabe, quiere y puede *salvar* es *Yahweh*, el Dios de Israel. Con esto tienen bastante para creer y confiar en él y depender exclusivamente de él.
- B) Yahweh no necesita así expresar por separado Su infinitud, omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, santidad, benevolencia, etc. Le basta con poner de relieve Su disposición a compadecerse, frenar Su ira, mostrar Su abundante misericordia y perdonar. *Así* quiere especialmente ser reconocido por los Suyos. Jonás (v. Jon. 4:2) recuerda cuatro de estas perfecciones de bondad con un «sabía yo» que, en el original es el gran verbo hebreo *yadóa*. Nada menos que *nueve* de las *trece* perfecciones enumeradas en Éxodo 34:6-7 reflejan esta faceta bondadosa de Dios.
- C) Aunque la pedagogía misma de un buen Padre le obliga, por decirlo así, a emplear la disciplina (perfecciones enumeradas como 12 y 13, a la vista de Hebreos 12:16-11), este castigo –que puede ser de tipo físico, sin olvidar los factores de herencia, mala educación y mal ejemplo por parte de los padres– no va más allá de la *cuarta* generación, mientras que Su misericordia se extiende a *millares*, no sólo de personas, sino también de generaciones, como se ve por otro lugar semejante: Éxodo 20:5-6. Además, el número mil no marca aquí un límite, sino que equivale al *infinito potencial*.

2. ¿Representa el vocablo «Yahweh» una «definición» de Dios?

El A.T. nos define a Yahweh como el *Santísimo* en la triple repetición de, p.ej., Isaías 6:3, equivalente a un superlativo. En el N.T. hallamos tres definiciones expresas de Dios: «Dios es Espíritu» (Jn. 4:24) que refleja Su *naturaleza esencial*; «Dios es luz» (1 Jn. 1:5), que expresa Su *santidad* ontológica y moral; y «Dios es amor» (1 Jn. 4:8, 16), donde se recalca, por repetición, Su *benevolencia* sin límites.

A primera vista, Éxodo 3:13-14 parece darnos, de labios del propio Dios, una auténtica, especial, definición de Dios; ahora bien, ¿es así? Veamos lo que dice literalmente el texto sagrado: «*Y dijo Moisés a Dios: He aquí yo voy a los hijos de Israel y les digo: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”, y me dicen: “¿Cuál (es) su nombre?, ¿qué les diré?” Y dijo Dios a Moisés: “YO SOY EL QUE SOY” (heb. Ehyeh asher ehyeh-lit. Vendré a ser el que vendré a ser) me ha enviado a vosotros*».

Por el contexto vemos que Moisés, aun apelando a un «Dios conocido» («*El Dios de vuestros padres*»), pregunta por su «nombre», no por una «etiqueta» –no es ése el sentido de «nombre» entre los israelitas–, sino por *hechos* que den *fama* al Dios de Israel ante el pueblo y ante las demás naciones. «¿*Cuál es su nombre?*» equivale, según Hertz (o.c., pág. 215) a preguntar: «¿*Cuáles son los hechos poderosos (comp. Éx. 9:16) que puedes referirnos de Él –cuál es su poder– para que podamos dar oídos al mensaje que nos traes de su parte?*».

Tengamos en cuenta que los israelitas están en Egipto desde hace muchos años, y están sufriendo una dura esclavitud a manos de los egipcios. No les importan las definiciones metafísicas –ni aun teológicas de su Dios. Quieren saber si este Dios de sus padres que ha hablado a Moisés tiene poder y voluntad para sacarles del atolladero. De ahí que Yahweh se apresure a añadir en el versículo siguiente (v. 15): «*Y dijo todavía Dios a Moisés: “Así dirás a los hijos de Israel: Yahweh, Dios de vuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob me ha enviado a vosotros”. Este (es) mi nombre para siempre, y éste (es) mi recuerdo de generación en generación*». Como diciendo: «*Yo soy el de siempre; como estuve con vuestros padres, estaré con vosotros por todas las generaciones*». Ahora sí que podían los israelitas confiar en que su liberación era segura y estaba próxima.

Podemos resumir diciendo que el vocablo YHWH (sin las vocales) indica tres conceptos, escalonados de la manera siguiente, partiendo del más importante desde el punto de vista histórico-gramatical:

A) *Dios no cambia*. Su eterna fidelidad y su misericordia inmutable se manifiestan más y más en la liberación y guía de su pueblo.

B) *Dios es trascendente, inefable*. No hay palabras que puedan expresar lo que Dios es y lo que puede hacer por su pueblo.

C) *Dios existe por sí mismo*. Dios tiene en sí mismo la fuente y razón de su ser, su vida y su poder. Por eso, *ha sido siempre y será*: es eterno.

3. ¿*Cuál es la expresión correcta: «a se» o «per se»?*

Para contestar a esta pregunta, copio primero de mi libro *UDETP*, pág. 55:

Los escritores eclesiásticos y los teólogos de todos los tiempos han visto en el «YO SOY EL QUE SOY» la expresión del «*existir por sí mismo*» que distingue radicalmente a Dios de todos los demás seres y que es, por

decirlo así, el concepto primordial de la naturaleza divina, del que todos los atributos divinos fluyen espontáneamente y en el que todos encuentran Su pureza, su infinitud y su perfección. La Teología Medieval lo acuñó en la frase latina «*Esse per se subsistens*» = el ser que existe y subsiste por sí mismo, de donde le ha venido a este concepto el nombre de «aseidad» o «perseidad». Sin embargo, es preciso insistir en que no se trata de un concepto metafísico, frío, abstracto, sino de *una manifestación activa y concreta del eterno ser de Dios*.

A esto, que escribí en el año 1974, debo añadir ahora la siguiente matización: De esos dos vocablos, *aseidad* y *perseidad*, me parece más acertado el de *perseidad* (J. Auer. o.c., págs. 371ss., prefiere el de *aseidad*), puesto que el de *aseidad* sugiere, en mi opinión, que Dios es *causa de sí mismo*, error funesto y peligroso, porque equivaldría a poner en Dios un momento –por breve que fuese– en que *estaría actuando como causa antes de existir como efecto*. En cambio, la *perseidad* da a entender que Dios tiene en su misma esencia la razón de su existencia. Dicho de otro modo: DIOS ES EL ÚNICO SER NECESARIO.

4. Modos de distribuir en clases las perfecciones divinas

Dejo para los interesados en disquisiciones filosófico-teológicas todo lo que digo en mi libro *UDETP*, págs. 63-67 y, de todas las clasificaciones allí apuntadas, me quedo con la división de las perfecciones divinas en *comunicables* e *incomunicables*.

Las primeras se afinan en la *naturaleza* divina, como principio radical de conducta, y pueden resumirse en dos: *santidad* y *benevolencia*. No sólo es posible su comunicación por parte de Dios, sino también obligatorio de nuestra parte el imitarlas. De ellas trataremos respectivamente en las lecciones 14 y 15 del presente volumen. Las incomunicables se afinan en la *esencia* divina, por lo que son exclusivamente propias de las tres Personas de la Deidad. De ellas trataremos en las lecciones 8 a la 13, inclusive.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 7

- 1ª pregunta* ¿Está usted de acuerdo en que, como ha dicho un autor inglés, «Dios no permite que se derrame innecesariamente ni una sola lágrima de sus hijos»?
- 2ª pregunta* El famoso escritor inglés C.S. Lewis, que escribió cosas tan hermosas en su libro *The Problem of Pain* (El problema del dolor –hay edición castellana), sufrió una grave crisis de fe al final de su vida porque Dios no obró como él quería respecto a la salud de una joven inválida, con la que se había casado movido por una compasión que se transformó en total enamoramiento. ¿Dónde cree usted que radicó este grave fallo de C.S. Lewis? ¿Qué debemos hacer cuando las cosas no marchan por el camino que deseábamos nosotros?
- 3ª pregunta* ¿De qué forma reacciona cuando en los medios de comunicación (prensa, radio, televisión) es deshonrado el carácter santo de Dios?

LECCIÓN 8

Raíces últimas de las perfecciones divinas

I. INTRODUCCIÓN

Discuten los teólogos sobre cuál es la perfección *radical* de Dios, es decir, la que da su razón de ser y su tono diferencial a todas las demás perfecciones divinas. Tres son las opiniones acerca de esto, siendo así tres las perfecciones respectivas que reclaman para sí el ser *raíz* de las demás: la infinitud, la simplicidad y la unicidad. Es mi opinión que la perfección radical es la *simplicidad*, de la que se derivan las demás. Voy a tratar de demostrarlo.

1. ¿En qué consiste la simplicidad de Dios?

Entendemos por *simplicidad* la perfección por la cual Dios es el *Ser Purísimo*, sin posible composición. Si yo digo de un objeto que es «de oro puro», quiero decir que es todo oro, y sólo oro. Pero si esta *pureza* la elevo a la suprema y universalísima categoría del «ser», eso significa que Dios es *el ser por esencia, sin mezcla de no-ser*.

En efecto, Dios tiene en sí mismo su razón de existir, nadie le ha dado el ser, no lo tiene prestado, *es el ser mismo, sin defecto alguno ni limitación, porque la noción de ser no puede incluir dentro de sí su contrario = el no-ser*. Esto hace que Dios sea infinito y, al mismo tiempo, absolutamente único.

A primera vista, esta simplicidad de Dios parece un obstáculo para que en él pueda haber tres Personas realmente distintas. Sin embargo, es menester tener en cuenta que la simplicidad se refiere a la *esencia*, al «ser», de Dios, que es uno

y único en las tres Personas divinas. A su vez, estas tres Personas no son partes o sustancias de las que Dios se componga, puesto que cada una de las tres Personas es Dios entero, como ya vimos en la lección 5 de esta Parte.

2. *¿Qué damos a entender cuando decimos que Dios es infinito?*

«Infinito», como lo expresa el vocablo mismo, significa «no-limitado». No lo limita su *esencia*, porque es el ser *puro*; no lo limita su *naturaleza*, porque es *Espíritu*; no lo limita el *espacio*, porque es *inmenso*, y no lo limita el *tiempo*, porque es *eterno*.

La Biblia tiene, entre otros muchos lugares, dos porciones especialmente relevantes a este respecto: 1 Reyes 8:27, donde Salomón reconoce esta perfección divina en su oración con ocasión de la dedicación del templo, y Hechos 17:24-28, donde Pablo se apoya en esta perfección para exponer la falsedad de las deidades veneradas por los atenienses.

Esta infinitud de Dios no debe concebirse como un inmenso océano en el que todos los seres creados estén inmersos, sino como una pura *energía* capaz de estar viva y activa, entera y al mismo tiempo, en todos y cada uno de los lugares y seres posibles y existentes (más sobre esto, en la lección 12 de esta Parte).

3. *Dios es uno, único e indivisible*

La verdad fundamental de la doctrina del A.T. está expresada en Deuteronomio 6:4, cuya única versión correcta es la siguiente: «*Escucha Israel: Yabweh es nuestro Dios, Yabweh es único*». Recomiendo la lectura de J. Auer, o.c. págs. 445-454, para entender bien esta perfección divina.

La unidad única e indivisible de Dios aparece igualmente expresada en el N.T., precisamente junto a una clara revelación de la Trina Deidad (v. p.ej. 1 Co. 8:6; Ef. 4:6; 1 Ti. 2:5).

Para ofrecer una mayor información, podemos decir que hay tres clases de unidad:

- A) *Unidad predicamental o numérica*. Cada ser individual es «uno» entre los de su misma clase, de forma que se le puede numerar: uno, dos, tres, etc. Esta unidad no es aplicable a Dios, porque es radicalmente diferente de todo ser; no puede ser «uno de tantos» de una misma serie.

- B) *Unidad trascendental o esencial*. Cada ser individual es también «uno» en el sentido de estar *integrado en sí mismo* y diferenciable de cualquier otro ser. Cuanto más perfecto es algo en la escala del *ser*, mejor *integrado* se halla. Lo podemos observar fácilmente ascendiendo desde el mineral, cuya integración no va más allá de la cohesión molecular y atómica de sus fragmentos, hasta llegar al Sumo SER, cuya integración se asienta en la *simplicidad* radical de su esencia.
- C) *Unidad de singularidad o unicidad*. Es la que corresponde a un ser por su condición irreplicable de *necesidad existencial* y de *suficiencia inalienable*. Voy a aclarar esto, pues es muy importante para demostrar que no puede haber dos seres que puedan llamarse «el Dios verdadero». En efecto, Dios tiene que ser individualmente *único*. Puesto que Dios es el *Ser Purísimo* que trasciende géneros, especies y diferencias, si hubiese dos Dioses verdaderos, tendríamos que: (a) no podrían diferenciarse en *nada*, ni siquiera en ser «dos números de la especie divina», pues esto comporta la composición de número y especie; (b) ninguno de los dos sería *soberano* y, por tanto ninguno de los dos sería verdadero Dios. En efecto, la soberanía de Dios requiere, no sólo ser el «Señor y Gobernador Supremo», sino también el que todos los demás seres le estén sometidos, lo cual sería imposible si hubiese dos Dioses iguales. Un ejemplo sencillo lo ilustrará: Supongamos que ambos Dioses se disponen a crear el mundo. Tendrán que ponerse de acuerdo; ¿o podrá acaso el uno impedir que el otro lleve a cabo su decisión? A la legua se ve que la libertad absoluta y la independencia esencial del Ser Supremo quedan destruidas. Notemos que cada uno de ellos tiene su mente individual propia, su propia voluntad, su propia capacidad de acción, etc. No es el mismo caso que el que vemos en Génesis 1:26 «*Luego dijo Dios: Hagamos al hombre, etc.*», pues aquí las tres Personas de la Deidad actúan con una misma mente individual, una sola voluntad, una misma agencia de ejecución.

4. Dios es Soberano

El vocablo «soberano» significa que algo o alguien está «sobre» los demás. Esta soberanía se aplica a Dios de dos maneras:

- A) Soberanía de *posición*, por la cual Dios es infinitamente superior a todo lo creado.

- B) Soberanía de *poder*, por la que Dios es omnipotente, tiene el supremo y absoluto poder sobre todo lo creado. Las Escrituras nos revelan la forma perfectísima con que Dios ejercita su poder de dominio, dirección y control. Por una parte, no es un dictador que impone arbitrariamente sus leyes; por otra, no es un soberano efímero y transitorio que necesita un día abdicar o delegar su función suprema.

La Biblia nos dice, a este respecto, que Dios *tiene un plan* (Hch. 15:18), plan que *abarca todo el destino del Universo* (Ef. 1:11); que Él *controla perfectamente* (Sal. 135:6); que, a pesar de implicarle en todo lo que sucede, *le exime de toda complicidad en el mal* (Pr. 16:4); y que, en último término, redunda admirablemente en la «alabanza de su gloria» (Ef. 1:14).

Más sobre esto, en las lecciones 13 y 20 de esta Parte.

5. Dios es Espíritu Purísimo

Resumiendo lo que digo en mi libro *UDETTP*, págs. 74-75, diré que el vocablo «espíritu» puede tomarse en tres sentidos: (A) de «fantasmas» (ver Lc. 24:37, 39); (B) de «aliento vital» y «viento» (véase Gn. 2:7; Ez. cap. 37; Jn. 3:3-8). En este sentido se entiende, cuando hablamos del Espíritu Santo; (C) de naturaleza «inmaterial, invisible» (ver Jn. 4:24). En este sentido, el vocablo «Espíritu» define la *naturaleza* de Dios como Alguien que carece totalmente de materia y figura corpórea y no cabe asignarle extensión, dimensiones ni puede entrar en composición con lo que es material (ver Lc. 24:39; Is. 40:18, 25; Ro. 1:20; Col. 1:15; 1 Ti. 1:17). Sin embargo, en la Persona del Hijo preencarnado, del «Ángel de Yahweh», puede tomar la figura real de un «varón» (v. p.ej. Gn. caps. 16, 18 y 22, entre otros muchos).

Tomando ahora este último sentido, veremos que hay tres modos de existir con una naturaleza *espiritual* (a) El ser humano es compuesto de materia y espíritu; más preciso: de cuerpo orgánico y alma espiritual. *Tiene* un espíritu, pero *no es* un espíritu. La Biblia habla del «espíritu del hombre» (1 Co. 2:11) y de los «espíritus de los justos» (He. 12:23), pero cuando menciona «espíritus», sin más, podemos estar seguros de que trata de seres inmateriales (v. p.ej. Lc. 11:26; 1 P. 3:19). (b) Los ángeles, tanto los buenos como los malos, *son* espíritus *puros*, porque carecen de materia en su constitución física, aunque la Biblia llama *inmundos* a los demonios por su condición *moral*. (c) Dios es llamado Espíritu *Purísimo*, no sólo porque carece de materia como los ángeles, sino también

porque sólo Él posee la simplicidad radical del *ser*, como vimos anteriormente. Es cierto que las Escrituras nos presentan a Dios como teniendo ojos, oídos, manos, brazos, corazón, etc., pero se trata de la figura de dicción llamada «antropomorfismo», con la cual la palabra de Dios se adapta a nuestro modo de expresar la vida de relación entre las personas, ya que nuestro Dios es un Dios *personal*.

Nuestra dificultad en formarnos una idea *propia, adecuada*, de las realidades espirituales se basa en el hecho de que nuestro conocimiento directo de las cosas depende del mundo que abarcan nuestros sentidos. Sólo lo material, o lo envuelto en materia, es *directamente* experimentable. Pero el hecho de que no podamos ver, oír y palpar un objeto no significa que sea inexistente. En realidad, lo espiritual es superior a lo material en la escala del «ser»; por tanto, tiene una realidad *superior*. Nadie ha visto el talento de un Einstein o el genio militar de un Napoleón, pero se han conocido por sus efectos: los descubrimientos científicos de Einstein y las victorias impresionantes de Napoleón. De modo parecido, la Biblia nos dice que *nadie ha visto jamás a Dios* (Jn. 1:18; 1 Ti. 6:16), pero también nos dice que *su eterno poder y deidad se hacen claramente visibles desde la creación del mundo* (Ro. 1:20), así como su revelación especial ha añadido un conocimiento más perfecto de su carácter santo y misericordioso (ver Sal. 19).

Respecto a este punto, sólo resta añadir, para evitar confusiones, que los vocablos «espíritu», «espiritual», «espiritualidad», suelen significar algo muy diferente de lo que aquí estamos tratando: *Todo lo que afecta a la percepción de las profundidades de Dios..., las cosas que son del Espíritu de Dios* (1 Co. 2:10-14), algo que supone una iluminación sobrenatural, de vida eterna (véase Jn. 1:4, 9) y es producto de la implantación de la divina naturaleza (2 P. 1:4), con lo que se obtiene una «renovación de la mente» (Ro. 12:2), es decir, una completa *re-orientación* de unas facultades espirituales –en cuanto a su naturaleza física–, pero que estaban orientadas exclusivamente, de modo egocéntrico, hacia el propio sujeto, sin apertura real ni hacia Dios ni hacia el prójimo.

6. *Conclusión devocional*

Quiero terminar esta sección general sobre las perfecciones divinas, traduciendo del inglés el párrafo con el que C.C. Ryrie concluye su exposición. Dice así:

Para concluir, un pensamiento importante acerca de las perfecciones de Dios: describen el único Dios verdadero que existe. El hombre crea sus propios falsos dioses a los que puede manipular y controlar. El pueblo cristiano se forja, a veces, un concepto erróneo o deficiente de Dios por la misma razón –para poder manipularlo o para no tener que confrontar al Dios verdadero y vivo. Pero el único Dios real que existe es el que se revela primordialmente en la Biblia, y que se revela por estos atributos o perfecciones de su ser. Para poder conocer a este Dios vivo y verdadero, se requiere un milagro de la bondadosa revelación de Sí mismo. El caminar en adoración con este Dios vivo y verdadero es el privilegio de todos los que le conocen.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 8

- 1^a *pregunta* ¿Le dice algo, para su vida espiritual, el hecho de que Dios es el puro ser?
- 2^a *pregunta* No cabe duda de que lo material es palpable y , por ello, ofrece *evidencia directa* de su existencia; en cambio, lo espiritual no se presenta a nuestra mente con *evidencia directa*, pues no nos entra por vía sensorial. De ahí, el porcentaje tan alto de materialismo en nuestra sociedad occidental, tanto a escala nacional como internacional. ¿Se explica por sí mismo este fenómeno o necesita una explicación más profunda?
- 3^a *pregunta* Abundando en lo mismo, ¿qué podemos hacer para cambiar este modo de devaluar las realidades espirituales? También los creyentes estamos en peligro de ceder ante la fascinación de lo concreto (placer, poder, dinero, posición social, etc.), máxime teniendo en cuenta la condición del ambiente en que nos movemos.
- 4^a *pregunta* ¿Por qué se siente Dios tan celoso contra las imágenes de toda clase –incluso las que tienden a representar al único Dios verdadero en figuras externas o hasta en formas mentales? La respuesta de usted es de una importancia incalculable.
- 5^a *pregunta* ¿Puede la soberanía absoluta de Dios disminuir nuestra confianza al dirigirnos en oración al «trono de la gracia»?
- 6^a *pregunta* ¿Cree usted que el problema sobre la unicidad de Dios tiene su raíz en el dilema que presenta a cada ser humano sobre la clase de «Amo» que tiene que escoger, o en el conocimiento lo más profundo posible del Dios que se nos ha revelado en la Biblia, en Jesucristo y en la experiencia personal mediante su Espíritu?

LECCIÓN 9

La eternidad de Dios

I. INTRODUCCIÓN

La eternidad de Dios es una perfección que nos interesa de modo especial, porque, si sabemos que nuestro Dios siempre ha existido y nunca dejará de existir, podemos estar seguros de que todo lo que nos afecta como a hijos suyos amados está, y ha de estar por siempre, bajo su dirección y control.

1. *La eternidad frente al tiempo*

Los filósofos, tanto antiguos (p.ej. Agustín de Hipona, el emperador romano Marco Aurelio) como modernos (p.ej. Balmes, Heidegger, Sartre), han disertado largo y tendido sobre el tiempo y la eternidad. Pero el creyente cristiano, para analizar lo eterno y lo temporal, va a la Biblia antes que a cualquier filósofo, porque en la Biblia halla la revelación especial, personal, que Dios ha hecho de sí mismo a nosotros los hombres y, de este modo, nos ha declarado infaliblemente lo que vale su *eternidad* frente a la efímera *transitoriedad* humana. De ello nos advierte, entre otras porciones bíblicas, el Salmo 90 (léanse despacio los vv. 1-12).

Es curioso constatar que, mientras los países limítrofes de Israel (Siria, Egipto, Asiria, Caldea, Grecia, Roma) ponían a sus dioses un comienzo de existencia, la Biblia presenta a un Dios sin principio, sin fin, sin cambio ni sucesión.

El cristianismo recibió esta enseñanza bíblica y la ha mantenido incólume, a pesar de las distorsiones que la verdad revelada ha sufrido, a lo largo de los siglos, en las distintas ramas de la cristiandad. El filósofo romano-cristiano Boecio († 524 d.C.) definió la eternidad de Dios del modo siguiente: «La posesión

perfecta, y simultáneamente total, de la infinita vida divina». Por su parte, el filósofo griego del siglo IV a.C., Aristóteles, definió el tiempo de la siguiente manera: «La numeración del movimiento según un antes y un después».

La definición que Boecio dio de la eternidad merece un análisis detallado: (a) Habla de «vida», con lo que este vocablo implica en cuanto al ejercicio de las facultades de toda índole. (b) Esta vida es «infinita», puesto que es «divina». (c) Por eso, es «poseída perfectamente» –es decir, tenida y disfrutada– por Dios. Una vida inactiva, triste, miserable –como la de los condenados en el Infierno– no es *vida eterna*, sino *existencia inmortal*. (d) Esta vida infinita, Dios la posee *por entero* en cada uno de los momentos lógicos en que nuestra mente imagina una *duración que carece de cambio y sucesión*; por eso añade Boecio «simultáneamente total».

2. Algunas ilustraciones

- A) Para nosotros, que vivimos en el tiempo, la noción de *eternidad* resulta extremadamente difícil de comprender. Así que cualquier ilustración se queda corta de alcanzar su objetivo. Quizás algún alumno acertará a hallar alguna más expresiva que las dos que voy a poner a continuación.
- B) Así como el eje de una rueda se mueve en torno a sí mismo (rotación) y se mantiene siempre a la misma distancia de cada uno de los puntos de su circunferencia, los cuales van sucediéndose en un movimiento de traslación en torno a su eje, también la eternidad es como un punto central que abarca –y desborda– todos los tiempos, a los cuales está –a cada uno– simultáneamente presente.
- C) En lo alto de una torre está un hombre viendo pasar una procesión muy larga por una calle estrecha. Los que van en la procesión sólo pueden ver con claridad a los que van inmediatamente delante de ellos. Pero el hombre de la torre puede ver toda la procesión desde el principio hasta el final. Así Dios, desde lo excelso de su eternidad, puede ver con toda claridad a todos y a cada uno de los que van pasando por este mundo en una sucesión de generaciones sin solución de continuidad.

3. ¿A quiénes, y a qué, se aplica en la Biblia el término «eterno»?

Las Sagradas Escrituras aplican el término «eterno»:

- A) *A Dios* (v. p.ej. Gn. 21:33). Citando a Schnackenburg, dice el profesor de Salamanca M. García Cordero (*Teología de la Biblia*, I, pág. 285): «Los hebreos no se imaginan la *eternidad* como otro modo de ser, sino que prolongan indefinidamente la línea del tiempo para atrás y para adelante. Todo entra dentro de la generación y corrupción, excepto la divinidad».
- B) *A la misericordia y fidelidad (o verdad) de Dios*. Es curioso que la Biblia no aplica *expresamente* dicho término a ninguna otra perfección divina, sino sólo a Su misericordia y fidelidad. Ver Salmo 103:17 y 100:5, entre otros muchísimos lugares.
- C) *Su pacto*. Ver por ejemplo Isaías 55:3; Jeremías 32:40.
- D) *La verdadera vida que está en Cristo (Jn. 1:4)*. Esta es una constante en el N.T., ya desde Mateo 19:16.
- E) *El fuego y el castigo* al que están abocados los condenados al Infierno. Ver por ejemplo Mateo 18:8; 25:41, 46. Pero, como ya dijimos antes, la *existencia* de los condenados en el Infierno no merece el nombre de «eternidad», porque no se la puede llamar «vida». Más bien, habríamos de llamarla «perpetuidad».

Resta añadir que el vocablo hebreo *olam* = *eterno*, en el sentido explicado más arriba por Schnackenburg, difiere algún tanto del vocablo griego *aiónios*, con el que N.T. expresa la eternidad, cuya etimología (*aeí-on*) significa «lo que existe siempre» (sin embargo, los conceptos son equivalentes).

4. Textos bíblicos que expresan la eternidad de Dios

Los textos bíblicos que expresan la eternidad de Dios pueden dividirse en cuatro grupos:

- A) «*Desde el siglo y hasta el siglo*» (Sal. 90:2). En Génesis 21:33, tenemos, como nombre propio de Dios, el vocablo compuesto «*El-Olam*» = «*Dios-eterno*». En Sal. 90:4, hay un claro contraste con «el día de ayer *que pasó*», donde el énfasis intentado por el autor sagrado no está precisamente en «ayer» sino en «pasó»; nada mejor para dar una idea de lo que es el tiempo pasado frente a la eternidad de Dios. Ver también Deuteronomio 32:40; Salmo 103:17 –ya citado–, Isaías 26:4.
- B) «*Yo, Yahweh, el primero y yo mismo con los postreros*» (véase Is. 41:4; 43:10-13; 44:6; 48:12; Ap. 1:8, 17). El «YO SOY» de Éxodo 3:14, en el que

se pone de manifiesto la inmutabilidad de Dios (ver el contexto posterior -vv. 15-18), implica también su eternidad, como veremos en la lección 10. Es muy notable el hecho de que el Señor Jesús repitió 5 veces, escueto, el «Yo SOY» (ver Jn. 8:24, 28, 58, 18:5, 8). Entre ellas, resalta de modo especial Juan 8:58, donde el lector esperaría un «Yo era» no un «Yo soy» en un presente que indica, a las claras, la *eternidad* del Hijo de Dios, frente al «llegase a ser» (lit.) de Abraham. Los judíos entendieron bien que eso equivalía a reclamar para sí la Deidad (v. 59). Igualmente notable es Juan 18:5, donde -con la mayor probabilidad, los que se disponen a arrestar a Jesús, con Judas a la cabeza, dan un paso atrás y se postran rostro a tierra, no porque el Señor llevase a cabo un prodigio, sino porque, en ese «YO SOY», habían entendido el nombre sagrado de «Yahweh».

- C) «*Por generación de generaciones*», o «*de generación en generación*» (ver Sal. 90:1; 102:24). Con estas expresiones se indica que Dios cubre y rebasa todas las generaciones y, también, que no hubo quien le precediera en la existencia ni en el poder, ni habrá jamás quien le suceda o le sustituya.
- D) «*Desde lo antiguo...*» (Sal. 102:25; Hab. 1:12). La Biblia se abre con «*En el principio creó Dios...*», donde *Elohim* nos es presentado existente, vivo y activo, ya «en el principio», es decir, cuando comenzó el tiempo al comenzar a existir lo temporal, el Universo de lo invisible y lo visible (ver Col. 1:16). De ningún modo hace Génesis 1:1 *simultánea* la existencia de Dios con la del Universo creado, pues el tiempo no pudo preceder a la acción creadora de Dios; antes de crear, ya tenía que existir necesariamente el poder creador; ¿de dónde, si no, habría salido? Comentando Isaías 44: 6, dice M. García Cordero (o.c., pág. 287): «El Dios de Israel no sólo antecede a la formación del cosmos, sino que dirige la historia universal, preexistiendo a los acontecimientos primeros de los avatares humanos».

5. *Consideraciones de carácter devocional*

- A) Sabiendo que tenemos un Padre *eterno*, podemos decir con David (Sal. 31:15): «*En tu mano están mis tiempos*» (¡sólo dos palabras en el original hebreo!) Todas las vicisitudes de mi vida están previstas y ordenadas, o al menos permitidas y controladas, por mi Dios eterno, que es, además, infinitamente sabio, amoroso y poderoso. Por eso, esta perfección divina cobró tal importancia entre los judíos que, unido a una reverencia mal

entendida hacia el nombre de Yahweh, les incitó a sustituirlo, en tiempos recientes, por el de *Eterno*.

- B) David menciona en el Salmo 31:15, como acabamos de ver, «mis tiempos». Cada uno de nosotros, si somos hijos de Dios, puede repetir esa frase. «*En tu mano están mis tiempos*». En su triple vertiente, «mis tiempos» son *mi pasado, mi presente y mi futuro*. Del *pasado*, podrían inquietarme mis pecados, pero Dios me dice (Jer. 31:34; He. 10:17) que los *ha olvidado* y los ha borrado para siempre de su eternidad, si los confieso con sinceridad y arrepentimiento. Dios me ve *blanco y limpio* (Is. 1:16-18), tan blanco como a su propio Hijo (Ro. 5:19; 2 Co. 5:21). Del *presente*, nada debería inquietarme (Ro. 8:28; 1 P. 5:7). Y para el *futuro*, siempre es válida su promesa en Hebreos 13:5, que dice literalmente: «*De ningún modo te dejaré ni de ningún modo te desampararé*».

A este respecto, podemos añadir algunas otras consideraciones que añaden profundidad a lo dicho: (a) Dios no tiene memoria, porque lo tiene todo presente (la memoria es de lo pasado o lo oculto). Al decirnos (He. 10:17): «*Y nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades*», no puede expresar de modo más fuerte que ese olvido es tan eterno como Su propia eternidad; (b) De ahí se deduce que, si Dios ha olvidado mis pecados, yo no tengo porqué recordarlos. Es cierto que resulta peligroso «*olvidar la purificación de los pecados pasados*» (2 P. 1:9), pero eso no es lo mismo que «*olvidar los pecados pasados*». En realidad, resulta morboso, dañino –algo que al diablo le agrada mucho– el que los buenos hijos de Dios (suelen ser los de conciencia más delicada) se entretengan, en lugar de avanzar en la formación positiva del carácter cristiano (ver 2 P. 1:5-8) en «*estar siempre pescando en el mar del olvido de Dios*», como alguien ha dicho con galana frase. (c) También es de notar que el verbo con que el original griego de Mateo 27:46 y Marcos 15:34 dice literalmente: «*... me desamparaste*» es el mismo con que Dios nos dice en Hebreos 13:5 «*... de ningún modo te desampararé*». **NO NOS DESAMPARARÁ PORQUE YA DESAMPARÓ POR NOSOTROS A SU PROPIO HIJO.**

¡Qué pensamiento! ¡No lo olvidemos!

- C) A veces, hemos de tomar decisiones inaplazables y difíciles. En esos momentos, lo que más necesitamos es buscar el rostro de Dios en oración y estar enteramente dispuestos a tomar el camino que Él nos indique. Los pasos que hemos de seguir están claramente marcados en Su palabra:

- (a) En primer lugar, tenemos que *presentar* toda nuestra persona en el altar del sacrificio (Ro. 12:1).
- (b) Así estaremos en condición de *ir siendo transformados, mediante la renovación de nuestra mente* (Ro. 12:2a).
- (c) Equipados de este modo, podremos *comprobar lo que Dios quiere que hagamos: lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto* (nótese la gradación, de menos a más -Dios no se conforma con mediocridades). Romanos 12:2b.
- (d) Dios dispone de tres medios eficaces para mostrarnos Su voluntad: Su palabra (He. 5:14), Su Espíritu (Ro. 8:14) y Su providencia (Ro. 8:28). Él irá cerrando las puertas falsas, y nos dejará abierta la única por LA QUE NOS QUIERE LLEVAR.
- (e) Así podremos decidirnos sin ansiedad presente ni remordimiento posterior y estaremos también capacitados para aconsejar a otros hermanos que se hallen en situaciones semejantes a la nuestra.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 9

- 1ª pregunta** ¿Cuál es la 1ª reflexión que le produce la verdad bíblica de la eternidad de Dios?
- 2ª pregunta** En nuestros días, la teoría de la aniquilación final de los condenados, después de su presentación ante el Gran Trono Blanco de Apocalipsis 20, está ganando favor en algunos grupos siempre tenidos por «evangélicos». ¿Cree usted que tal enseñanza está de acuerdo con la palabra de Dios? ¿Qué textos o porciones podría esgrimir al instante contra la tal teoría? Para mí, los más adecuados son –entre otros– Mateo 25:46, por el paralelismo que establece el griego *aiónios* (= eterno) en ambos miembros del versículo, y Apocalipsis 14:11, por la claridad de la fraseología «el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche». Creo que esas frases tienen fuerza suficiente para hacer estremecerse a todo inconverso que las considere atentamente.
- 3ª pregunta** Salmos 31:15 y Hebreos 10:17 son dos lugares que a mí me consuelan mucho; ¿le producen a usted el mismo efecto, o prefiere otras porciones?
- 4ª pregunta** El monje Bernardo de Claraval (1090-1153), con base en el concepto de «eternidad» ya explicado en el texto, dice que, de algún modo, se puede convertir el tiempo en eternidad: «Mediante la contrición (arrepentimiento por amor a Dios), se transforma el *pasado*, por muy negro que haya sido; mediante la fe, se transforma el *presente*; y mediante la esperanza paciente, se transforma el *futuro*». ¿Cree usted que este pensamiento le puede servir de algún provecho espiritual? ¿Podríamos decir, por eso, que está de acuerdo con la palabra de Dios? ¿Por qué?

LECCIÓN 10

La inmutabilidad de Dios

I. INTRODUCCIÓN

La inmutabilidad de Dios es una consecuencia necesaria de su eternidad. El aspecto central de la eternidad es «sin cambio ni sucesión». Este aspecto, como dijimos en la lección 9, no se da en la «vida inmortal, *eterna*» del creyente, porque el ser creado es necesariamente temporal y, por tanto, sujeto al «antes y después».

1. ¿Qué significa el que Dios sea inmutable?

Significa, como lo indica el vocablo mismo, que Dios no puede *cambiar*. En efecto, lo que cambia es porque *deja de ser o tener* algo que era o tenía anteriormente, o porque *comienza a ser o tener* algo que anteriormente no era o tenía. De ahí que, si Dios pudiera cambiar, dos de sus perfecciones radicales, su infinitud y su simplicidad, fallarían:

- A) Fallaría su *infinitud*, pues al perder algo, dejaría de ser infinito; habría, pues, dos porciones *limitadas*: la que perdió y la que quedó; pero dos porciones limitadas no pueden dar una suma *ilimitada*. Y si comenzó a ser o tener lo que no era o tenía, ya no era, en un principio, *infinito*; y nada que se le pudiera añadir –no siendo de suyo infinito, podría hacer que el resultado fuese *infinito*.
- B) Fallaría también su *simplicidad*, porque el que pierde algo, ya era *compuesto*; y si comienza a ser o tener lo que antes no era o tenía, aunque fuese simple en un principio, pasa a tener composición en sí mismo.

2. ¿Qué dice la palabra de Dios?

- A) Leemos en Salmos 102:25-28: «Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. / Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; / pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán. / Los hijos de tus siervos habitarán seguros, y su descendencia será establecida delante de ti».
- B) La misma inmutabilidad eterna es atribuida a la palabra de Dios según Isaías 40:8: «Sécase la hierba, y la flor se marchita, porque el viento de Yahweh sopló en ella; ... mas la palabra de nuestro Dios permanece para siempre».
- C) En la misma línea se expresa el propio Dios por boca de Isaías (Is. 51:6): «... los cielos se desvanecerán como humo, y la tierra se desgastará como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores, pero mi salvación será para siempre, mi justicia no será abolida» He querido subrayar estas dos frases, por el consuelo que aportan a los hijos de Dios.
- D) Pero el testimonio directo, y más explícito, de boca del mismo Dios, lo hallamos en Malaquías 3:6: «*Porque yo, Yahweh, no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.*»
- E) En Santiago 1:17, hallamos la inmutabilidad de Dios por medio de una bella ilustración astronómica. Dice así de Dios «Padre de las luminarias», «con el cual no hay variación ni sombra de vuelta» (lit.).

Teresa de Ávila, la que la Iglesia de Roma llama «Santa Teresa de Jesús», expresa esta perfección divina en uno de sus bellos poemas:

Nada te turbe
nada te espante
Todo se pasa
Dios no se muda
la paciencia
todo lo alcanza
quien a Dios tiene
nada le falta
sólo Dios basta.

«Dios no se muda» –dice Teresa de Ávila. Permítaseme un pensamiento que, a primera vista, parece jocoso, pero comporta una gran profundidad teológica: *Dios no se muda, porque no se ensucia*. Nosotros necesitamos *mudarnos*, cambiar de ropa, porque, con nuestro sudor o nuestra falta de higiene, ensuciamos la ropa; pero a Dios *no le alcanza ninguna suciedad, porque no hay suciedad física o moral que se le pueda adherir*.

3. Consecuencias derivadas de esta perfección divina

- A) Dios no se puede volver atrás de sus palabras ni de sus promesas ni de sus dones: «Porque los dones y el llamamiento de Dios son sin remordimiento» (lit.). No se puede volver atrás, *porque sólo tiene una Palabra, su Verbo* (véase Jn. 1:1, 14; 2 Co. 1:18-20; 2 Ti. 2:13; He. 1:1-2; 1 Jn. 1:1; Ap. 19-13).
Los hombres tenemos muchas palabras, *cambiamos*, hoy decimos *sí*, y mañana decimos *no*; no somos fiables (ver Jer. 17:5); pero Dios *no puede cambiar*; si hoy dice *sí, te amo, te perdono, te doy vida eterna*, no puede decir mañana lo contrario. Por eso dice el salmista (Sal. 102:28): «Los hijos de tus siervos habitarán seguros».
- B) Esto nos lleva a estudiar el sentido del verbo *arrepentirse* (en hebreo *nijam*) en el A.T., verbo que, curiosamente, de las 40 veces que ocurre, 35 se aplican a Dios, y las 5 restantes no tienen connotación espiritual. Respecto de este verbo hebreo, es conveniente notar: (a) que no implica ningún «cambio de mentalidad» –lo contrario del griego *metanoein*; (b) que, en su raíz, se advierte un aspecto de «consolarse, reanimarse», lo que explica muchos de los textos que aduciremos luego.
- C) De acuerdo con lo que acabo de decir, es menester advertir que Dios *no puede arrepentirse* de sus designios eternos, de sus promesas ni de sus amenazas. Su «arrepentimiento» sólo puede darse en su relación con el ser humano, pues un mismo sujeto puede actuar de dos modos diferentes, sin cambiar él mismo, sino sólo el objeto sobre el que actúa. Un par de ilustraciones iluminarán lo que afirmo y aclararán el tema al lector: (a) Un mismo sol derrama su calor sobre un trozo de barro y lo *endurece*; lo derrama sobre un trozo de cera y la llega a *derretir*. El sol *no cambia*. (b) A un ciclista que corre ligero, impulsado por el viento que le da de espaldas, le parece que ha cambiado la dirección del mismo viento, si él se da media vuelta y comienza a correr en sentido contrario; pero no es el viento el que ha cambiado, sino él mismo.

D) Casos dignos de examinarse de cerca:

(a) *Génesis 6:6*: «Y se arrepintió Yahweh de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón». Es la humanidad antediluviana la que se ha corrompido (v. 5). De ahí, el castigo tremendo que va a enviar.

(b) *Éxodo 32:14*: «Entonces Yahweh se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo». A quien no conozca bien la palabra de Dios, este versículo tiene que dejarle estupefacto. Es menester analizar el contexto anterior, especialmente desde el versículo 7. Resulta conmovedor el contraste del «tu pueblo» (v. 7 –Habla Yahweh) con el «tu pueblo» del v. 11 (habla Moisés).

(c) Merece la pena examinar algunos aspectos de la oración de Moisés, contenida en *Éxodo 32:11-14*. También es digna de estudiarse otra oración de Moisés en el capítulo siguiente (*Éx. 33:12-17* –corríjase, en el v. 15, el «conmigo» de la RV):

(1) es una oración sumamente *eficaz*, como se ve por el v. 14 (v. Stg. 5:16b); (2) Es una oración sumamente *inteligente*, pues apela, en primer lugar, a la *gloria* de Dios (v. 12) y, en segundo lugar, a la *promesa* irrevocable –y con juramento– hecha a los patriarcas; (3) No puede pasarse por alto la última frase del v. 10, que habría supuesto una grave tentación para un corazón menos generoso que el de Moisés; (4) Como detallaremos en la lección 11, tanto la eficacia real de la oración como la seguridad de la programación eterna del gobierno de Dios en los planes de su Providencia, dependen del conocimiento *cierto* que Dios tiene de los llamados «futuribles».

E) Hemos dicho que el verbo hebreo *nijam* se atribuye, casi en exclusiva, a Dios mismo. Para el arrepentimiento del ser humano, el hebreo del A.T. usa el verbo *shub* (o *shuv*) que, en realidad, significa *volverse* en el sentido que damos, en castellano, al verbo *convertirse*. Eso mismo es lo que significa, en el griego del Nuevo Testamento, el verbo *epistrépho* (ver, p.ej., 1 Ts. 1:9). El verbo griego que el N.T. usa comúnmente para el arrepentimiento del ser humano es *metanoéin*, cuyo sentido real es «cambiar de mentalidad» –lo cual tiene una relevancia peculiar, dirigido a los oyentes judíos (nótese el contraste entre Hch. 2:38 –«arrepentíos», y Hch. 16:31 –«cree»). Sin embargo, el verbo *metanoéin* = arrepentirse, equivale a «creer» o a «convertirse» (ver, p.ej., Hch. 17:30; 20:21).

4. *La inmutabilidad de Dios no es una «calma inerte», sino una «actividad constante»*

En efecto, «inmutabilidad» no es sinónimo de «inmovilismo». Así como el agua del mar –sin perder ninguna de sus propiedades– está en continuo movimiento, también Dios está en movimiento eterno, por cuanto la vida se muestra en el movimiento. Dios lo mueve todo y, aunque nada ni nadie puede «mover» a Dios –en el sentido de obligarle o inducirle a hacer algo que Él no esté dispuesto de antemano a hacer–, puede, sin embargo, sentirse *afectado*. «conmovido», por la conducta del ser humano. La Biblia nos lo presenta con sentimientos como el amor y la ira, y con emociones como los celos y el furor. Es «un Dios *celoso*» (véase Éx. 20:5; 34:14; Dt. 4:24; 5:9; 6:15; Nah. 1:2), pero sin las imperfecciones de los celos humanos, pues sus celos son siempre santísimos y plenamente justificados.

De tal modo se ha implicado Dios sentimentalmente en los problemas y las angustias de su pueblo, que la Biblia usa el verbo hebreo *Yadóa* = *conocer*, en sentido de la mayor intimidad (ver el primer caso de este sentido en Gn. 4:1), para expresar esta especie de «identificación» de Dios con su pueblo. Tres ejemplos, entre muchos otros: Éxodo 3:7, final: «*he conocido sus angustias*»; Isaías 63:9: «*En toda angustia de ellos, él fue angustiado*» (el texto hebreo actual dice lo contrario –es una de las correcciones de los escribas); Jeremías 31:3: «*Con amor eterno te he amado; por tanto, te he traído con misericordia*» (comp. con Jn. 6:44: «... atrajere»).

5. *Aplicaciones devocionales*

- A) Todo ser humano, en cuanto imagen de Dios, puede, y debe, aspirar a la inmutabilidad activa, mediante la «fidelidad a sí mismo, unida a la maduración del propio ser» (Auer). Esto forma parte del proceso de «integración» (ver lección 8, 4, (B)). En el ser humano, un ser «caído», el proceso de «integración» es el remedio para el proceso de «desintegración» producido por el pecado. Nótese, por ejemplo, la «desintegración», en forma de triple *enajenación* en Génesis 3:9-13, y la «integración» en Lucas 15:15-17 (¡Qué expresivo ese «*Y vuelto en sí*» –lit del v. 17! Luego, ¡había estado «fuera de sí!»).
- B) El creyente tiene motivos muy superiores para aspirar a esa *maduración* integradora, pero sólo puede hacerlo dependiendo siempre de la gracia de Dios y del poder del Espíritu Santo.

- C) En el Cielo, la inmutabilidad de los creyentes será perfecta, sin ser forzada o impuesta, porque la libertad de una voluntad dedicada, sin mengua alguna, a Dios será indefectible a causa de la visión directa del Sumo Bien.

La libertad de la voluntad humana, mientras estamos en estado de prueba, aunque se trate del creyente más espiritual, se halla malignamente inclinada a causa del peso del pecado, cuya presencia no desaparece hasta la muerte; por lo que las decisiones del ser humano se hacen teniendo delante de sí el mal y el bien, que aparecen así relativizados. Pero en el Cielo, la visión del Sumo Bien «en directo» no estará afectada por ninguna clase de mal por parte del sujeto, por lo que la voluntad será atraída ineludiblemente hacia su objeto, que es el «bien».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 10

- 1ª pregunta* ¿Qué porción, o porciones, de la palabra de Dios acerca de la inmutabilidad de Dios le impresionan más? Cada uno puede hallar conclusiones personales de un texto determinado. Por ejemplo, a mí, el que Dios no pueda cambiar me ofrece, en consecuencia, la verdad consoladora de que *no puede* faltar a su palabra dada. El gran teólogo holandés H. Bavinck, por su parte, halla en la inmutabilidad divina, frente a la mutabilidad humana, la diferencia radical entre el Creador y la criatura, entre el *ser* y *llegar a ser*: «Toda criatura –dice (*The Doctrine of God* –Banner of Truth–, pág. 149)– está continuamente haciéndose. Está cambiando, esforzándose constantemente, busca descanso y satisfacción, y halla este descanso en Dios, sólo en Él, pues sólo Él es puro ser y no haciéndose. De ahí que en la Escritura Dios es llamado con frecuencia la «Roca». Este parece ser también el pensamiento de Agustín de Hipona cuando acuñó la célebre frase «Nos hiciste, Señor, para Ti, y está intranquilo nuestro corazón hasta que descanse en Ti».
- 2ª pregunta* Para mí tiene grandísima importancia el proceso de integración del que hablo en esta lección, punto 6, A), así como en la lección 8, punto 4, B). ¿Suscita el mismo interés en usted.?
- 3ª pregunta* En Lucas 15:17-20, tenemos un ejemplo de verdadero arrepentimiento, con restauración de la comunión perdida; ¿cuál de los tres elementos que allí se mencionan es el que falta en muchos casos de creyentes que no progresan y en muchísimos casos de personas que se condenan, haciendo bueno el conocido proverbio «El infierno está empedrado de buenas intenciones»?
- 4ª pregunta* ¿Le causa a usted alguna insatisfacción que el libre albedrío quede inhabilitado en el Cielo para decidir entre el mal y el bien? La respuesta a esta pregunta depende de la que se dé a esta otra: ¿Es el pecado una «suficiencia» o una «deficiencia»? En otras palabras, ¿es una «fuerza» o una «debilidad»?

LECCIÓN 11

La omnisciencia de Dios

I. INTRODUCCIÓN

Esta lección, así como las lecciones 12 y 13, tratan de tres aspectos de la *infinitud* de Dios: La *omnisciencia* = lo sabe *todo*; la *omnipresencia* = está presente en *todo* y la *omnipotencia* = lo puede *todo*. Estas tres perfecciones divinas están maravillosamente expuestas en el Salmo 139, por lo que basaremos en ese Salmo gran parte de nuestro estudio de dichas perfecciones. Vemos la omnisciencia en los versículos 1-6, la omnipresencia en los versículos 7-12, y la omnipotencia en los versículos 13-18.

Insisto en que la Biblia no ofrece lucubraciones filosóficas, sino que expone las verdades de Dios de una forma concreta, plástica, acomodada a la mentalidad semítica del pueblo de Israel.

1. ¿Qué relación guarda la omnisciencia de Dios con objetos diferentes?

Ya hemos dicho que *omnisciencia* significa «saberlo todo». Dios todo lo conoce de modo *exhaustivo*, porque es infinito en cada una de sus perfecciones: *Todo* lo conoce *totalmente*, hasta los más nimios detalles. Y su conocimiento de las multitudes no es *general* (el conjunto, la «masa») sino *universal* (abarcando por igual al grupo y a cada uno de los individuos *particulares*).

Los objetos del conocimiento de Dios pueden dividirse en tres grupos, atendiendo a su relación con la existencia real:

- A) Lo *posible*, que, como lo indica el vocablo, no halla por parte de la omnipotencia divina ningún obstáculo para *poder* existir. Por eso, su ámbito es tan extenso como la propia omnipotencia de Dios, entendida del modo que explicaremos en la lección 13.
- B) Lo *existente*, en cualquiera de los tres tiempos de la existencia: pasado, presente y futuro, ya que todos ellos aparecen *presentes* al conocimiento de Dios en su única y simple visión *eterna* de la Trina Deidad (como los distintos puntos de una circunferencia respecto al centro del círculo -ver la lección 9, 2, C).
- C) Lo *futurible*, que no es meramente «posible», puesto que guarda cierta conexión con la existencia real; tampoco es «existente», porque nunca ha existido, ni existe ni existirá; *pero existiría* («sucedería») *si se diese un determinado «cuadro» de circunstancias que no se van a dar*. Entre otros casos de futuribles que la Biblia nos ofrece, voy a seleccionar dos muy claros:
- (a) *1 Samuel 23:10-13*. Saúl anda persiguiendo a David, y éste va escondiéndose, pero le dan aviso de que los filisteos atacan la ciudad de Keilá. Tras consultar a Dios, inflige a los filisteos una gran derrota. «Y fue dado aviso a Saúl que David había venido a Keilá» (v. 7). Saúl se dispone a descender a Keilá para acabar con David y sus hombres, pero David se entera de las maquinaciones de Saúl (vv. 8-9) y consulta a Dios por medio del efod del sumo sacerdote, haciéndole dos preguntas: «¿Descenderá Saúl?, ¿Me entregarán los vecinos de Keilá?» Ambas preguntas contesta Dios afirmativamente (vv. 10-12). «*David entonces se levantó con sus hombres... y salieron de Keilá... Y vino a Saúl la noticia de que David se había escapado de Keilá, y desistió de salir*» (v. 13). DIOS SABÍA DE CIERTO LO QUE HABRÍA SUCEDIDO SI DAVID SE QUEDA EN KEILÁ; PERO DAVID SALIÓ DE ALLÍ, Y SAÚL NO SE HIZO CON ÉL. *No sucedió, pero hubiera sucedido si...*
- (b) *Mateo 11:20-24*. El Señor Jesús asegura que si hubiese hecho en Tiro y Sidón los milagros que había hecho en Corazín y Betsaida, se habrían arrepentido en saco y ceniza hacía tiempo. Jesús lo sabe con su ciencia divina y lo asegura, siendo algo que no había sucedido ni iba a suceder. Se trata, pues, de un «futurible», que entra de lleno en el ámbito de los objetos de la omnisciencia de Dios.

2. *Verdades importantes que guardan conexión con el conocimiento de los llamados «futuribles»*

Como ya anunciamos al comienzo de la lección 10, verdades tan importantes como la eficacia real de la oración y la seguridad de la programación eterna de los planes de la providencia de Dios dependen enteramente del conocimiento cierto que Dios tiene de los «futuribles».

- A) Primero, *en cuanto a la oración*. Si el conocimiento de Dios se extiende únicamente a lo *posible* y a lo *existente*, Dios ve una oración de un ser humano en su *realidad futura*, la tiene *presente*. Pero, ¿es presente *porque la ve*, o la ve *porque está presente ante Él*? En el primer caso, su visión *causa* la existencia de la oración, y ésta ocurrirá forzosamente, siendo el hombre orante poco menos que una máquina accionada por «control remoto». En el segundo caso, la visión que Dios tiene de la oración humana *va siguiendo* el orden de los acontecimientos, *y no puede tenerla programada de antemano*. Sin embargo, mediante el conocimiento de los futuribles, Dios contempla dicha oración en un cuadro de circunstancias lógicamente anterior a la existencia –uno entre muchos posibles– y es completamente libre para decretar su existencia futura, al mismo tiempo que respeta, capacitándola, la espontaneidad de la oración. No podemos olvidar que la oración no tiene por objeto *informar* a Dios de nuestras necesidades o de nuestros problemas, sino *tomar conciencia* nosotros mismos de esas necesidades y de que en todo dependemos de Dios, y sólo a Él hemos de acudir, en último término, a fin de solucionar nuestros problemas.
- B) Segundo, *en cuanto a la seguridad de la programación de los planes de la providencia de Dios*. Me parece que, después de lo dicho en el párrafo anterior, este punto queda suficientemente claro. En efecto, si lo «futurible» escapa al conocimiento *cierto*, seguro, de Dios, todo lo que acontece en la realidad de cada día es algo que sucede *fatalmente, porque Dios lo decreta así* o, por el contrario, los acontecimientos de cada día *van por delante y Dios los ve como quien ve pasar las distintas secuencias de un programa de televisión*. Con el conocimiento de los «futuribles», la visión de Dios *va siempre por delante de los acontecimientos, pero sin forzar su existencia*.

3. ¿Cómo expresa la Biblia la omnisciencia de Dios?

- A) La Biblia nos habla del *total* conocimiento que Dios tiene de todas las cosas. Analicemos brevemente los seis primeros versículos del Salmo 139:

«Yahweh, me has escudriñado y has conocido.
 Tú conoces mi sentarme y mi levantarme,
 Entiendes mi pensamiento desde lejos.
 Mi senda y mi reposo abarcas (o, investigas minuciosamente)
 Y de todos mis caminos estás enterado.
 Porque no hay palabra en mi lengua,
 He aquí, Yahweh, conoces ella entera.
 Me has cercado por detrás y por delante,
 Y has puesto sobre mí tu palma (de la mano).
 Asombroso (es ese) conocimiento fuera de mi (comprensión)
 Elevado está, no puedo con él».

Después de una afirmación general (v. 1), David va detallando el conocimiento exhaustivo que Dios tiene de su conducta en todas los aspectos de la vida cotidiana. El «sentarse y levantarse» (v. 2a) especifica las dos actitudes para estar por casa; y, en todo tiempo el «pensamiento» (el vocablo, que sólo sale dos veces en la Biblia –significa más bien «inclinación» o «deseo») no cesa de sacar a nivel de conciencia lo que hay en el fondo del corazón; «desde lejos» (v. 2b) da a entender que en la distancia que media entre el Cielo –la morada de Dios– y la tierra, por la que se arrastran los mortales, tanto los grandes como los pequeños son insignificantes, demasiado pequeños como para desafiar al conocimiento exhaustivo de Dios (comp. Sal. 138:6). La «senda» y el «reposo» (v. 3), señalan dos actividades que tienen que ver con el trabajo del hombre: salir de casa para dedicarse al oficio que cada uno desempeña, y volver a casa a reposar del esfuerzo realizado durante el día. Los «caminos» (v. 3b) indican aquí el comportamiento con los demás. En sentido parecido habla el Salmo 138:5 de «los caminos de Yahweh». La «palabra en mi lengua», a la que se refiere David (v. 4a) y que Dios conoce bien toda «entera», no es sólo «lo que la boca va a decir de lo que el corazón rebosa», ni siquiera –lo que es mucho más– el pensamiento de tal palabra, cosa que algunos parapsicólogos pueden adivinar por diversos medios, sino hasta

el «deseo» o «inclinación» del corazón (v. el v. 2), prestos a ser expresados, primero en la mente, después en la lengua. David ve en este conocimiento exhaustivo de Dios una especie de cerco o asedio (v. 5), en el que él se ve encerrado totalmente, incapaz de escapar al escrutinio minucioso de Dios: «por detrás y por delante» le rodea Dios; por debajo le sujeta el suelo; ¿escapará por arriba? ¡Oh, no! La palma de la mano de Dios le cierra el paso y le sujeta (comp. v. 10). Todo esto llena de asombro al salmista; resulta demasiado elevado para él, está fuera completamente de su comprensión. (Otros lugares que confirman este conocimiento pleno que Dios posee de las cosas y, especialmente, de los seres humanos, son: 1 S. 2:3; Job 12:13; Sal. 94:9; 147:4; Is. 29:14-16; 40:27-28; 45:9 –citando en Ro. 9:20 con expresiones similares–; Ro. 11:33-34; 1 Jn. 3:20 «*Dios es mayor que nuestro corazón y él sabe todas las cosas*» ¡sumamente consolador!).

- B) La Biblia menciona los «ojos de Dios» que ven y penetran todo. Ver, por ejemplo, *Génesis 16:13-14* «Dios que me ve» y que da origen a uno de los nombres compuestos de Dios: *El-roí* (heb.); 1 Samuel 16:7; 2 Crónicas 16:9; *Job 28:24; 31:4; 34:21*; Salmos 33:13-14; Proverbios 5:21; 15:3; Amós 9:4, 8; Mateo 6:4-6.
- C) La Biblia nos dice que Dios «conoce», «prueba», «escudriña», *el corazón* (las intenciones) y *los riñones* (los impulsos instintivos) Ver Salmos 7:9b; Jeremías 11:20; 17:10; 20:12 (la RV1960 emplea los vocablos «mente» o «pensamiento» en lugar de «riñones» –lo cual sólo sirve para crear confusión). En el Nuevo Testamento nunca aparece dicho binomio, sino que se mencionan aparte: el *corazón* en Lucas 16:15; Hechos 1:24; 15:8; los *riñones* (lomos) son mencionados 8 veces, de las que *Hebreos 7:10* es iluminador por muchas razones.
- D) En fin, el «conocimiento» de Dios en forma de «sabiduría» alcanza tal relieve en los libros Poéticos del A.T., especialmente en *Proverbios*, que su personificación literaria parece apuntar a la Persona del «Logos» pre-encarnado, como en Proverbios 8:22-31, de donde es más que probable que Juan tomase su noción del «Verbo de Dios», revelador del Padre.

4. *La verdad como realidad trascendental, y como objeto del conocimiento*

- A) Hablar del *conocimiento* es hablar de la *verdad*, que es el objeto de la mente, así como el objeto del sentimiento es la *belleza*, y el objeto de la voluntad es el *bien*. Pero la *verdad* puede ser de tres clases:

- (a) Verdad *ontológica*; es la *realidad* cognoscible de cada ser: el «ser» mismo, frente a una mente capaz de captarlo.
- (b) Verdad *lógica*; es la relación correcta de la mente con la realidad de un ser determinado. Lo contrario es la *ignorancia* o el *error*, no la mentira. Hay juicios *falsos* que no son *mentirosos*, y hay juicios *mentirosos* que no son *falsos*.
- (c) Verdad *ética*; es la «práctica» de la verdad, y puede, a su vez, ser de dos clases: (1) la verdad *expresada* (veracidad); (2) la verdad *vivida* (fidelidad). Ejemplos de cada una, tomados de la Biblia: De la «ontológica», Juan 14:6 «Yo soy... la verdad»; 1 Tesalonicenses 1:9 «... al Dios vivo y verdadero». De la «lógica», Juan 17:17 «... tu palabra es *verdad*»; Juan 8:32 «... y conoceréis la *verdad*». De la «ética expresada», 1 Juan 1:6 «... mentirosos, y no practicamos la *verdad*». De la «ética vivida», Efesios 6:14 «... ceñidos vuestros lomos con la *verdad*».
- B) Para un judío, la principal *verdad* es la *ética* en su doble vertiente de *fidelidad* y *veracidad*. La verdad ética, como dice Ryrie (*Basic Theology*, p. 44), «exige del sujeto tres cualidades que garanticen su verdad: debe ser *veraz*, *fiel* y *consecuente*, esto es, firme -consciente de lo dicho y pensado». Recordemos, una vez más, que el israelita, como todo semita, no concibe la verdad como «desvelación» de lo oculto, al estilo de la filosofía griega y romana, sino como una «seguridad», con la cual pueda pisar siempre en terreno firme, en «roca», no en «arena».
- C) Dios posee –es– la *Verdad* infinita en sus cuatro clases: *Es* la realidad infinita, tiene un *conocimiento* perfecto de toda verdad, y es infinitamente *santo* para *vivir* y *expresar siempre la verdad*: *no puede ignorar nada, ni equivocarse, ni engañar ni mentir*: Romanos 4:4 «Dios veraz» Tito 1:2 «... Dios que no miente»; Hebreos 6:18 «es imposible que mienta». Más aún, la expresión personal interna y eterna de la verdad por parte del Padre *da origen a la Persona del Hijo* (EL VERBO DE DIOS).
- D) El predominio del sentido *ético* en la noción de *verdad* explica la preponderancia que adquiere en la Biblia el sentido íntimo, cordial, experimental, del verbo «conocer» (hebr. *yadóa*). En este sentido entran aquí el conocimiento *positivo* (la *aprobación*) de Dios (ver, p.ej., Jer. 1:5; Ro. 8:29 «de antemano *conoció*»; 1 Co. 8:3; 13:12; Gá. 4:9; 2 Ti. 2:19), así como su conocimiento *negativo* (la *reprobación*) de Dios (ver, p.ej., Mt. 7:23 «Nunca os *conocí*»; Mt. 25:12 «De cierto os digo que *no os conozco*») –¡Qué cosa tan terrible ser un *desconocido* para Dios! Siempre resulta

incómodo, cuando una persona es presentada a otra, oír: «No tengo el gusto de conocerle», a pesar de que con eso, no suele ser mucho lo que se juega uno, pero *los desconocidos de Dios están abocados al Infierno eterno, ¿quién no temblará?* También guarda conexión con esto «el libro de la vida» (v. Sal 69:29; 139:16 –en el hebreo–; Is. 46:9-11; Dn. 7:10; Ap. 3:5; 13:8; 17:8 y 20:12 –en 22:19, la variante más fidedigna es «árbol de la vida»).

5. Consecuencias devocionales de esta perfección divina

- A) La omnisciencia de Dios, unida a su infinito poder y a su infinito amor, es un grandísimo consuelo para todo verdadero hijo de Dios. Me consuela y me anima, hasta despreocuparme de lo que puedan pensar y decir de mí los demás, así como de cualquier maquinación que puedan planear contra mí (ver Sal. 56:8-11; especialmente, el v. 8). Lo que ha de preocuparme es lo que Dios piensa de mí, cómo me ve, sabiendo que sus ojos me siguen por todas partes, si me *aprueba* o no en cada acto mío (ver Ap. 2:2, 9, 13, 19; 3:1, 8, 15 «Yo conozco tus obras»). Además, recordemos que Dios no nos ve como números de una «masa», sino como si tú o yo fuésemos la única persona que existe en este mundo, y abarcando los detalles más insignificantes y los problemas de menor envergadura de la vida cotidiana.
- B) Dios, desde su *eternidad* (sin principio, sin fin, sin variación), piensa *siempre* en mí y en todo el conjunto de factores que cooperan para mi bien (ver, p.ej., Sal. 40:17 «Aunque yo estoy afligido y necesitado, *Yahweh* piensa en mí»; Salmos 144:3 «Oh Yahweh, ¿qué es el hombre para que lo tengas en cuenta, o el hijo de hombre para que te preocupes de él?»; Romanos 8:28 «Mas sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien» –lit.). Es una manera de indicarnos que Dios hace converger la acción de todos los factores que integran un determinado cuadro de circunstancias a favor de quienes le aman. Para mí, si soy verdadero hijo de Dios, no existe la *suerte*, ni buena ni mala, ni lo que llaman «el destino» o «ya estaba escrito», sino sólo LA PROVIDENCIA DE MIPADRE CELESTIAL.

Para una reflexión de mayor profundidad sobre lo que acabamos de ver, esto es, que Dios *piensa siempre en mí*, quiero hacer notar que la mente divina, como todo lo que pertenece a la esencia y a la naturaleza de Dios,

está siempre en acto, no pasa en ningún momento del no pensar al pensar, o viceversa –se mueve en una eternidad sin variación–; ese «paso» sólo es posible en nosotros (y en los ángeles), que nos movemos en el «antes y después» del tiempo. Por otra parte, el pensamiento de Dios abarca necesariamente todo detalle, y por entero; ya, que, de lo contrario, no sería un acto *radicado en la infinitud*.

- C) Ante un Dios que *siempre me ve*, no cabe ninguna de estas dos posturas opuestas: (a) No hay motivo para la timidez, el desánimo, el desconcierto o la desesperación, puesto que sabemos que la mirada de nuestro Padre *nos protege*. (b) Por otra parte, ante un Dios que penetra con su mirada hasta los recovecos más profundos y escondidos de nuestro corazón, no cabe el fariseísmo, la hipocresía, la autosuficiencia o la hueca justificación de sí mismo. Dice a este respecto el Apóstol en 1 Corintios 4:3-5 «Yo en muy poco tengo el ser *enjuiciado por vosotros o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo*. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso quedo absuelto (lit. justificado); pues *el que me enjuicia es el Señor*. Así que, *no juzguéis nada antes de tiempo*, hasta que venga el Señor, el cual sacará a la luz también lo oculto de las tinieblas, y *manifestará las intenciones de los corazones*; y entonces cada uno recibirá su alabanza *de parte de Dios*» (RV 1977). Es cierto que, como decía el antiguo proverbio romano, «la mujer del César no sólo tiene que ser buena, sino que ha de parecerlo». Para buen testimonio ante nuestro prójimo (el de dentro y el de fuera de la Iglesia), hemos de mostrar al exterior la «buena conciencia» que llevamos dentro.

Voy a referir una anécdota que leí hace algún tiempo y que podrá ser de utilidad a mis lectores. Dos creyentes están trabajando en la misma oficina, cuando a uno de ellos se le escapa una palabrota. Avergonzado, se excusa de la manera siguiente: «No sé cómo se me ha podido escapar tal expresión, pues no la llevaba dentro». A lo que el otro replicó rápidamente: «Si no la hubieses llevado dentro, no te habría podido salir afuera». ¡Buena lógica!

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 11

- 1ª pregunta** ¿Significa la frase de Salmos 90:4 que Dios *olvida* las cosas después de mil años? ¿Cuál le parece a usted que es el verdadero sentido de la frase?
- 2ª pregunta** El Salmo 90:4 dice que mil años ante los ojos de Dios «son como el día de ayer que pasó», es decir como *un día*. Pedro va más lejos, pues dice: «... para con el Señor un día es como *mil años*» (2 P. 3:8). ¿Cómo puede ser esto? ¿Para qué necesita Dios tener ante Sus ojos un día *tan largo*? ¿Cuál le parece a usted que es la implicación doctrinal de esta frase?
- 3ª pregunta** ¿Cómo puede Dios actuar en el tiempo, si lo tiene todo presente desde Su eternidad?
- 4ª pregunta** ¿Cómo puede Dios, *que no tiene tiempo*, estar involucrado en las cosas de seres como usted y yo, que nos movemos necesariamente en el tiempo?

LECCIÓN 12

La omnipresencia de Dios

I. INTRODUCCIÓN

Cuando en una casa se muere un miembro de la familia o se ausenta para no volver, queda una silla vacía a la hora del yantar. Unas veces se retira la «inútil» silla; otras veces, la familia no quiere retirarla, para mejor recordar así al padre o al hermano que se marchó. Cuando el Señor Jesús se marchó a los Cielos, los discípulos no retirarían aquella parte del diván que el Señor ocupaba en compañía de ellos al celebrar la última Pascua antes de su muerte. En todo caso, siempre serían conscientes de la presencia oculta de quien les había dicho: Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, *allí estoy en medio de ellos*» (Mt. 18:20). Y algunos días después: «... *y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*» (Mt. 28:20).

Pero no es sólo la presencia oculta del Señor Jesús la que siempre nos acompaña cuando estamos reunidos en su nombre. En cualquier lugar en que nos encontremos, y aunque nos hallemos solos, junto a nosotros, y dentro de nosotros, se hallan residiendo *como en su propia morada* tres Personas, *las tres Personas de la Santísima Deidad*, nos demos cuenta o no (ver Jn. 14:23b). ¿Qué tiene esta presencia de especial? Lo veremos luego.

1. *¿Es lo mismo inmensidad que omnipresencia?*

Es preciso distinguir entre *inmensidad* y *omnipresencia*. La inmensidad es un atributo *absoluto*, es decir, le compete a Dios con independencia del Universo

creado. Dios ya era *inmenso* antes de crear los cielos y la tierra; por decirlo de alguna manera, *Él mismo era su propio lugar*. En cambio, la omnipresencia es un atributo *relativo*, es decir, dice relación a un lugar que no es el mismo Dios. El Dios *inmenso* llegó a ser *omnipresente* cuando creó los espacios como lugares donde colocó los distintos seres creados. Por consiguiente,

- A) *Inmensidad* es la perfección divina por la cual las tres Personas de la Deidad, en la infinitud de su único ser espiritual, trascienden todo espacio y dimensión, estando presentes *en sí mismas* en comunión íntima y eterna, «antes que el mundo fuese» (Jn. 17:5).
- B) *Omnipresencia* es la perfección divina por la cual las tres personas de la Deidad, en virtud de su misma *inmensidad*, están necesariamente presentes, *con toda la plenitud de su ser*, en todos y cada uno de los lugares existentes y posibles. Dice Ryrie (*Biblia de Estudio*, pág. 1820): «Dios está en todo lugar, pero no está en todas las cosas». Entiendo perfectamente esta afirmación del gran expositor de la palabra de Dios, pero también las cosas son «lugares». Ahondando un poco más en esto, podemos decir que Dios, *sin identificarse con las cosas* (panteísmo), las abarca todas, no como un océano donde todo estuviese inmerso, sino *como energía pura e infinita, al par que simple e indivisible, toda en cada lugar, toda en las infinitas porciones en que podamos dividir, con nuestra imaginación el espacio creado*. Dios está en el centro mismo de nuestro ser, más adentro que nosotros mismos.

2. Distintos modos de estar Dios en las cosas

A) Por razón de su inmensidad, Dios simplemente *está* en todo lugar y, como ya he dicho, en todas las cosas *en cuanto que son lugares*.

B) Conforme a la palabra de Dios, Dios *reside*, esto es, *mora* de un modo especial: (a) «en los cielos de los cielos», como veremos luego; (b) en el santuario (antes, el Lugar Santísimo en el templo; ahora, en la Iglesia –ver 1 P. 2:5–; después en el Cielo –véase Ap. 6:9; 7:15; 8:3, 11:19; 14:15, 17; 15:5, 8–); (c) en cada creyente en particular (véase Jn. 14:23; Ro. 8:11; 1 Co. 3:16; 6:19; 1 Co. 6:16; Ef. 2:19-22; 1 P. 5:1-5). Más aún, por nuestra *comunión* en la naturaleza divina (ver 2 P. 1:4), se da una *mutua inmanencia* entre la Trina Deidad y nosotros (véase Jn. 14:20, 23; 17:21, 23, 26; 1 Jn. 4:16).

3. Análisis de los lugares bíblicos más importantes

A) Como ya mencionamos en la lección 11, los versículos 7-12 del Salmo 139 tratan de la *omnipresencia* de Dios. Dicen así:

«¿Adónde me iré de tu espíritu?
 ¿Y adónde huiré de tu presencia?
 Si subo a los cielos, allí estás tú;
 Y si en el Seol trato de acostarme, he aquí, allí estás tú.
 Si tomara las alas del alba
 Y emigrara hasta el confín del mar,
 Aun allí me alcanzaría tu mano,
 Y me agarraría tu diestra.
 Si dijese: Al menos las tinieblas me cubrirán,
 Y el día se tornará noche alrededor de mí,
 Ni aun las tinieblas encubren de ti;
 Y la noche es tan luminosa como el día;
 Lo mismo te son las tinieblas que la luz» (RV 1977).

Aquí el cantor y poeta David alcanza cumbres muy elevadas en el terreno de la poesía. «¿Adónde me iré...?» –dice, como dando a entender que le resultaría imposible sustraerse a la esfera de la influencia divina, a la influencia de un «espíritu» con una actividad tan asombrosa como la mostrada en Génesis 1:2. Aunque subiese a lo más alto (v. 8) –el Cielo–, o descendiese a lo más bajo –el Seol, la morada de las sombras o almas de los difuntos–, siempre se le haría encontrar una «presencia» infinita, divina. Acerca del v. 9, dice Witton Davies (citado por A. Cohen, *The Psalms*): «Para los antiguos (semitas, griegos, romanos etc.) la diosa del alba tenía alas con las que se levantaba del océano oriental y, en el curso del día, cubría todo el firmamento. El salmista hace un feliz uso de esta imagería, sin comprometer en lo mínimo su monoteísmo». El «mar» (v. 9b) es, por supuesto, el Mediterráneo, el límite extremo hasta el que podían volar «las alas del alba». El v. 10 expresa la seguridad que tiene David de que, dondequiera que él se halle, siempre se encontrará a sí mismo dentro de la esfera del control de Dios. En los versículos 11 y 12, expresa la inutilidad de querer evadirse de la vista de Dios refugiándose en la oscuridad, puesto que la visión perfecta, infinita, de un Dios que

es Luz (ver 1 Jn. 1:5), penetra la oscuridad más densa lo mismo que el lugar más soleado.

Resumiendo las enseñanzas de esta porción, dice Ryrie (*BT*, pág. 41): «David se pregunta si hay algún lugar al que pueda alguien escapar de la presencia de Dios (¡Jonás!). Su respuesta es *no*, porque su omnipresencia no está limitada por el espacio (v. 8), ni retrasada por la velocidad (vv. 9-10), ni afectada por la oscuridad (vv. 11-12)».

B) *1 Reyes 8:27*. En su larga oración con ocasión de la dedicación del templo (vv. 23-53), dice Salomón en el v. 27: «Pero, ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, y los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¡cuánto menos esta casa que yo he edificado!»

Para mejor entender este versículo, es preciso saber que la Biblia distingue *tres* cielos:

(a) el *primer* cielo, o cielo atmosférico, donde Pablo sitúa «las huestes espirituales de maldad» (Ef. 6:12). Desde allí, Satanás, a quien probablemente encomendó Dios en un principio la supervisión de nuestro sistema solar, dirige y controla a sus agentes, los demonios –sus «huestes»– para que vigilen su territorio («este mundo de tinieblas») y promuevan toda clase de maldad, mientras él mismo, como dice Pedro (1 P. 5:8), «anda alrededor buscando a quien devorar»; por supuesto, no a los del mundo, que «yacen en el Maligno» (1 Jn. 5:19 lit.), sino a los creyentes, pues a ellos se dirige Pedro (v. los vv. 9 y 10). El diablo *da vueltas* en un doble movimiento: (1) de «rotación» en torno a cada creyente, para ver por dónde le puede entrar mejor, después de saber –como sabe– cuál es el punto débil, que suele ser un hábito mal controlado; no es preciso que sea un «vicio»; puede ser una «virtud» mal equilibrada (p.ej. un celo «santo» porque las cosas de la iglesia marchen mejor, pero imponiéndose de modo dictatorial); (2) de «traslación», llegando hasta donde se lo permite la longitud de la cadena con que Dios le sujeta –por los males que causa dondequiera que hay un grupo de fieles hijos de Dios, podemos decir que esa cadena es tan larga como el orbe de la tierra.

(b) El *segundo* cielo o cielo «estelar», que es en la Biblia el cielo de los *ángeles* en general y de las *estrellas*. Es notable a este respecto Isaías 40:26, donde se menciona «su ejército» (heb. *Tsebaam* = «ejército de ellas»). El plural de dicho vocablo hebreo es bien conocido (-----), pues entra en composición con *Yahweh* o *Elohim*, formando los nombres de

Dios «Yahweh de los ejércitos» y «Dios de los ejércitos», que mencionaremos en detalle en la lección 13.

(c) El *tercer* cielo, o cielo empíreo (del griego *pyr* = fuego, por el «fuego consumidor» de que Dios se reviste para castigo o disciplina (ver He. 12:29). De él habla expresamente Pablo en 2 Corintios 12:2, donde él oculta humildemente su nombre en la experiencia de «un hombre en Cristo, que hace catorce años fue arrebatado hasta *el tercer cielo*». Allí escuchó, en «visión y revelación del Señor» (v. 1), por tanto, desde el trono mismo de Dios y del Cordero, «palabras inefables que no le es permitido al hombre expresar» (v. 4) ¡Privilegio singular, sin duda!

Volviendo, pues, al texto que nos ha dado lugar a esta disquisición sobre los tres cielos –1 R. 8:27–, se comprende el asombro de Salomón ante la perspectiva de que Dios establezca su morada en el templo que él se dispone a dedicar a Dios: Salomón confiesa que «los cielos de los cielos», el extremo-límite superior del Universo, no pueden *contener* a Dios, ya que la inmensidad divina exige que la presencia de Dios se desborde hasta un punto sin límite posible. La noción que Salomón tiene de la omnipresencia de Dios es la misma que su padre David muestra en el Salmo 139, vv. 7-12.

C) *Hechos 17:24-25, 28b*. En estos vv. dice así Pablo, durante su mensaje-discurso a los filósofos de Atenas:

«El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas,

ni es servido por manos de hombres como si necesitase de algo; *pues él es quien da a todos vida y aliento (respiración) y todas las cosas.*

... ..

Porque en él vivimos, y nos movemos y somos (existimos).».

Pablo aquí (v. 24) da a entender a los sabios de Atenas que sólo es menester una pizca de sentido común para darse cuenta de que el Dios que creó el cielo y la tierra no puede quedar confinado dentro de un templo hecho por manos humanas. En lugar de necesitar ser servido por los hombres (v. 25), es Él quien provee de todo a todos. Y añade que, a pesar de esa trascendencia de Dios, *es muy fácil hallarle, pues no está lejos de cada uno de nosotros* (v. 27), *porque en él vivimos, y nos movemos*

y *existimos* (v. 28). Cita aquí Pablo del poeta cretense Epiménides (600 a.de C.), quien, refiriéndose a Zeus (el Júpiter de los romanos), dice así:

«Los cretenses excavan una tumba para ti,
¡oh, Santo y excelso!
Mentirosos, malas bestias, vientres ociosos; (v. Tit. 1:12).
Pues tú no estás muerto para siempre;
Tú estás vivo y resucitado;
porque en ti vivimos y nos movemos,
y tenemos nuestro ser»

(Citado por S.J. Kistemaker, *Acts*, pág. 636).

No es que Pablo esté de acuerdo con el contexto en que aparece la frase; únicamente se aprovecha de ella en la medida que conviene a la tesis que él defiende –conforme a la Biblia– sobre la omnipresencia del Dios verdadero. Esta libertad de Pablo, al aprovecharse de las obras de autores paganos e idólatras, debería convencer a muchos creyentes para los que la mención de filosofías y teologías es una profanación.

D) Son muchos más los lugares bíblicos, que muestran esta perfección divina de la *omnipresencia*; nos limitaremos a mencionarlos: Salmos 135:6; Proverbios 8:31; Isaías 40:3; 66:1; Jeremías 31:31-34; Ezequiel 16:60-63; 36:22-36; Oseas 4:4-14; Amós 5:21-25; 9:1-4; Mateo 5:14-16; 12:6; 21:42-44; Marcos 14:56-59; 15:29ss. y 38; Juan 2:14-22; 3:13; 4:20-24.

Para información de nuestros lectores, añadiremos algo muy interesante que se desprende del diálogo que sostienen Eliseo y Naamán en 2 Reyes 5:15-17. En el entusiasmo que le presta su milagrosa curación, Naamán le dice a Eliseo (v. 17):

«Te ruego, pues, ¿de esta tierra no se dará a tu siervo la carga de un par de mulas? Porque de aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni ofrecerá sacrificio a otros dioses, sino a Yahweh». Era un época en la que estaba muy arraigada la creencia de que cada deidad tenía señorío y poder en un determinado territorio; por eso pide Naamán, de *la tierra de Israel*, «la carga de un par de mulas», para ofrecer *sobre ella* sus sacrificios al Dios de Israel, al que acababa de reconocer (v. 15) como el único verdadero Dios *en toda la tierra*, no sólo en Israel.

4. *Un lugar mal interpretado (1 Co. 15:28)*

- A) Algunos expositores bíblicos, a quienes no se puede tachar de liberales o modernistas, sostienen, con base en 1 Corintios 15:28, que el Hijo de Dios se despojará, al fin, de su naturaleza humana. Este es un grave error, pues «el Cordero» (evidentemente, el Hijo en su naturaleza humana), recorre todo el libro del Apocalipsis, hasta llegar al final, al «trono de Dios y del Cordero» (Ap. 22:1, 3). Si el Hijo de Dios se despojase, al final, de su naturaleza humana, tendríamos los siguientes graves inconvenientes:
- (a) Nos quedaríamos *sin poder ver a Dios* por toda la eternidad, pues a Dios sólo se le puede ver directamente en Jesucristo (v. Jn. 14:9, comp. Con 1 Ti. 6:16; también, Jn. 1:18). Los lugares que hablan de «ver a Dios» (p.ej. Mt. 5:8, Ap. 22:4) significan «gozar de favores especiales de Dios» o «tener una comunión más íntima con Él».
- (b) La grandiosa alabanza al «Cordero» (Ap. 5:9-14) cesaría para siempre, poco después de iniciarse, pues acabamos de decir que el «Cordero» connota evidentemente al Hijo *en su naturaleza humana*. El motivo más elevado de alabanza y gratitud a Dios por la obra de la redención a nuestro favor, y en nuestro lugar, quedaría sin su manifestación más notoria: las cicatrices de aquellas llagas por las cuales aparece, en Apocalipsis 5:6, «en pie, como inmolado».
- B) El famoso jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) fundador del evolucionismo teísta, sostenía que la creación entera evoluciona en un movimiento ascendente, hacia una complejidad creciente y una conciencia cada vez más elevada, hasta converger finalmente en un centro supremo, Jesucristo, que es lo que él llamó «el punto Omega». Cuando esto llegase a su definitiva realización, ese ingente Cristo –todo el cosmos con Cristo por Cabeza–, Dios sería «todo en todos», con una presencia que se acerca al panteísmo, aunque no es cierto que él fuese panteísta, sino más bien «panenteísta».
- C) La correcta interpretación de 1 Corintios 15:28 es la siguiente: Una vez que haya cumplido su objetivo la *función* mediatorial (ver 1 Ti. 2:5) que el Hijo de Dios asumió para la salvación de la humanidad, Dios el Padre será «todo para todos» directamente, sin necesidad del «Camino» (ver Jn. 14:6; He. 10:20), para que todo vuelva a quien fue el principio de todo. Cesará, pues, la *función* mediatorial, pero jamás cesará el *Mediador*.

5. Reflexiones de carácter devocional

La omnipresencia de Dios y su omnisciencia (véase lección 11) están íntimamente ligadas, de forma que las consideraciones de carácter devocional que hicimos allí sirven también aquí. Si nos percatamos en cada momento de que Dios nos está viendo siempre y en todo lugar, también será fácil percatarnos de que estamos siempre en Su presencia: Él, presente a nosotros; nosotros, presentes a Él. Formarse el hábito de andar siempre en la presencia de Dios es una de las más importantes ocupaciones de todo creyente espiritual. Y, como la omnisciencia, también la omnipresencia es un atributo de «dos filos»: consuelo y ánimo para los creyentes espirituales; preocupación para los carnales.

Con esta perfección divina, quedan a salvo tanto la trascendencia de Dios como su inmanencia. Dice J. Auer (o.c., págs. 481-482): «Cuanto más aísla al hombre la vida moderna en estos tiempos de ciudades, fábricas y rascacielos, tanto más importante resulta el ahondar en la verdad de la omnipresencia de Dios, con la conciencia creyente del “estar en Cristo” ... del “ser uno con todos los otros en Cristo”, de la inhabitación del Espíritu de Dios y, por ende, de la Santísima Trinidad en nuestro corazón...»

No sólo «aísla al hombre la vida moderna», como bien dice Auer, sino también dificulta la comunión con Dios. La vida en las grandes ciudades, con todo lo que comporta (ruido enorme de vehículos y factorías, la mucha competición en el trabajo, o el paro forzoso, la prisa en todo), contrasta con la paz y la relativa tranquilidad de los medios rurales, especialmente para el labrador, quien tiene que mirar al cielo aunque no sea persona religiosa. Es una pena que, ya sea por una mejor capacitación profesional de los hijos, o por mayores oportunidades de ascender en el plano de lo social, político o financiero, se obliguen muchos padres a emigrar del campo a la capital. En cierto modo, se entiende la intención de A. Cowler, cuando decía: «Dios plantó el primer jardín; Caín edificó la primera ciudad».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 12

- 1ª pregunta* Se entiende que el Ser infinito esté en todas partes, pero, ¿cómo es posible que esté también *entero* hasta en cada uno de los más pequeños sub-átomos? ¿Podría dar una explicación de esto con base en las perfecciones radicales de Dios?
- 2ª pregunta* Por otra parte, ¿cómo es posible que Dios *esté en todo lugar*, sin confundirse con las cosas, *que son también lugares*?
- 3ª pregunta* Si Dios está en todo lugar, también estará en el Infierno; ¿cree usted que esto presenta alguna dificultad, teniendo en cuenta lo que Dios nos dice en Su palabra? ¿De dónde podría venir la dificultad? ¿No es el Infierno *la ausencia de Dios*? Ver *Mateo 25:41*, pero ver también *Amós 9:1-4*.
- 4ª pregunta* A veces, suele utilizarse como ilustración el caso de una esponja totalmente empapada de agua (comp. Hch. 17:28); pero, ¿por dónde falla esta ilustración en darnos una noción adecuada de la omnipresencia divina?
- 5ª pregunta* Ahora no pongo una pregunta, sino una consideración de carácter devocional, de tremenda profundidad. La hace H. Bavinck (o.c., pág. 164), sin citar la fuente. Traduzco del inglés.

«Cuando Vd. desea hacer algo pecaminoso, se retira del público al interior de su casa donde ningún enemigo pueda verle; de aquellas habitaciones de su casa que están abiertas y visibles a los ojos de los hombres, Vd. se retira a su habitación más privada; incluso en esa habitación, teme que alguien pueda observarle desde algún otro lugar; entonces se retira Vd. al interior de su propio corazón, allí se pone tranquilo a pensar, pero él está todavía más adentro que el propio corazón de Vd. Por consiguiente, sea cual sea el lugar al que Vd. se escape, allí está él. Pero, del interior de Vd. mismo, ¿adónde podrá huir? ¿No irá Vd. consigo mismo a cualquier lugar al que huya? Pero, comoquiera que hay Uno más

interior aún que Vd. mismo, no hay lugar alguno al que pueda Vd. escapar de un Dios airado, sino al Dios reconciliado. No hay lugar en absoluto al que Vd. pueda escapar. ¿Huirá Vd. de Él? ¡Huya hacia Él!»

¿Qué le parece? Esa última frase de Bavinck me recuerda algo que me enseñaron de seminarista cuando estudiaba teología: «¿Tienes miedo de Dios? ¡Échate en sus brazos!»

LECCIÓN 13

La omnipotencia de Dios

I. INTRODUCCIÓN GENERAL

Por su importancia y por su extensión, el tema de esta lección requiere ser tratado en dos partes distintas.

PARTE 1ª

LA OMNIPOTENCIA DE DIOS Y EL CONSUELO DEL CRISTIANO

1. Introducción

Esta perfección divina tiene dos vertientes: una, clara, consoladora; otra, oscura, inquietante. Por eso dividimos en dos partes la lección. En esta primera parte, vamos a considerar la vertiente *clara*. Es ahí donde esta perfección resulta para mí el atributo más consolador.

En efecto, imaginemos una madre junto al lecho de su hijo único, que está próximo a expirar. Esa madre *ama* inmensamente a su hijo y *conoce* la medicina que podría curarle en un instante, pero *no puede* obtenerla, ya sea por falta de dinero o porque no hay tiempo para hacerla llegar hasta el enfermo ¡Qué tragedia!

Pero, como veremos en la lección 15, Dios es un Padre infinitamente *amoroso* (con sentimientos paternos y *maternos*), que es, a la vez, *omnisciente* y *omnipresente*: *AMA, SABE Y PUEDE*. Por consiguiente, el hijo de Dios puede descansar tranquilo en medio de las más fieras tempestades.

2. ¿Qué entendemos por «omnipotencia»?

Cuando decimos que Dios es *omnipotente* (palabra latina que, en castellano, es *todopoderoso*) damos a entender que Dios *puede hacer cuanto quiere, pero sólo puede querer lo que va de acuerdo con todas y cada una de sus demás perfecciones*.

La razón de esto es clara, porque las perfecciones divinas son *una misma cosa en Dios*, aunque nosotros tengamos que verlas por separado, del mismo modo que el blanco solar se refracta en los siete colores del arcoiris.

Entre nosotros los humanos, limitados por esencia y pecadores por naturaleza, las distintas facetas de nuestra conducta están muy lejos de guardar un equilibrio perfecto; pero en Dios, infinito en su esencia y santísimo en su conducta, las perfecciones guardan un perfecto equilibrio en la infinita pureza de su ser simplicísimo: Su misericordia es justa, y su justicia misericordiosa; su poder es bondadoso, y su bondad poderosa; etc.

3. Limitaciones impuestas a la omnipotencia de Dios

Por lo que hemos dicho al comienzo del punto 2, podemos colegir que hay ciertas *limitaciones* impuestas a la omnipotencia de Dios:

- A) *Limitaciones impuestas por su naturaleza* (las impone su santidad). Por ejemplo, Dios no puede mentir (Tit. 1:2); no puede ser tentado a pecar (Stg. 1:13); no puede negarse a sí mismo (2 Ti. 2:13 –¡qué consolador! ver el punto 6).
- B) *Limitaciones impuestas por su propia voluntad* (las impone su fidelidad). Por ejemplo, se limitó a Sí mismo de algún modo: Cuando decidió no escatimar a su propio Hijo (Ro. 8:32); no romper algunas resistencias (Ro. 9:17); (v. también Ro. 9:22-23, comp. con 2:4-5 y Mt. 25:34,41); escoger a Jacob, no a Esaú (Ro. 9:13).

4. Cuatro aspectos de la voluntad omnipotente de Dios

- A') Voluntad *creativa*: Es la voluntad de Dios como *agencia operante* (ver Gn. 1:1 «en el principio creó...»).
- B') Voluntad *decretiva*. Es lo que Dios *decide* hacer y se especifica en lo que se llama «decretos de Dios», que pueden ser *absolutos* o *condicionados*. De ellos trataremos, D.m., en las lecciones 16 y siguientes.

- C') Voluntad *preceptiva*: Como indica el vocablo, es lo que Dios *preceptúa*, o manda, hacer. Este precepto: (a) Se cumple *necesariamente* en seres no racionales (véase Is. 34:16 –de animales–; 40:26 –de estrellas). (b) Se cumple *voluntariamente*, (ver Jos. 11:9, 15). (c) Se cumple *condicionalmente*, cuando Dios hace depender del hombre el resultado (ver Hch. 17:30 «... *manda* a todos los hombres... que *se arrepientan*» –pero no todos se arrepienten).
 (d) *No se cumple*, porque Dios no desea el resultado, sino que se manifieste la disposición del sujeto (ver Gn. 22:10-13; comp. He. 11:17-19).
- D') Voluntad *permissiva*. Es lo que Dios *no impide* que se haga, por razones que estudiaremos, Dios mediante, en la PARTE 2ª de esta lección 13. Al hablar de voluntad *permissiva*, tratándose de Dios, no se quiere dar a entender que «haga la vista gorda», como suele decirse, sino que respeta las leyes físicas que Él mismo estableció y el albedrío del hombre, según veremos después. Es, pues, cosa muy distinta de cuando nos referimos a una sociedad «permissiva» respecto a la moral pública, o a unos padres «permissivos» respecto a la falta de vigilancia y control de sus hijos e hijas.

5. Examen de los textos bíblicos

A") Acudamos de nuevo al Salmo 139:13-18, que dice así:

«Porque Tú has hecho mis riñones;
 Me has entretejido en el vientre de mi madre.
 Te daré gracias, porque estoy hecho de modo formidable y admirable;
 Admirables son tus obras,
 Y mi alma (lo) conoce en gran manera.
 No estuvo encubierta mi estructura de Ti,
 Cuando fui hecho en secreto
 Y recamado en las partes más bajas de la tierra.
 Mi embrión vieron tus ojos,
 Y en tu libro todas ellas* estaban escritas
 Los días que fueron formados
 Cuando ni uno (había) entre ellos**.

* Todas ellas = Los miembros que habían de desarrollarse del embrión; según otros, los días que David había de vivir.

** Así dice el texto hebreo actual, pero debe leerse: «Y para él (el embrión) hubo uno (día) entre ellos».

Para mí, ¡cuán difíciles (son) tus pensamientos, oh Dios!
 ¡Cuán grandes son sus conjuntos!
 (Si) los contase, más que la arena serían numerosos;
 (Si) me despierto, aún sigo contigo».

(Versión literal)

Un breve análisis de esta porción, no sólo nos iluminará en cuanto a un mejor conocimiento de la palabra de Dios, sino que nos ofrecerá la oportunidad de reflexionar seriamente sobre la gratitud que le debemos al Señor por las maravillas que ha hecho en nosotros.

Comienza David mencionando los «riñones», sede de las reacciones instintivas. Aquí, además parece ser que los menciona como representativos de todos los órganos interiores del cuerpo. ¡Qué belleza encierra ese «entretejido» de la 2ª parte del versículo 13! El cuidado de Dios en todo el proceso de la gestación, a fin de que cada uno de los genes cumpla con su función. Esta idea reaparece, más evolucionada, en el versículo 15. En ambos versículos se compara la formación del cuerpo al telar del tejedor, donde el Señor lleva a cabo ese admirable «recamado».

Este pensamiento llena de asombro y gratitud al salmista, como expresa en los versículos 14 y 17. El asombro llega hasta un pavor, muy bien indicado con el adjetivo «formidable», cuyo sentido exacto (del latín «formido» = temor) es «digno de temerse»; el hebreo tiene *noraót*, y en él se aprecia bien la raíz, que es el verbo –tan frecuente en el Antiguo Testamento *yaró* = «temer». Añade que su «alma», sinónimo de la persona –pero con un matiz especial de «interioridad»– «lo conoce en gran manera» (heb. *yoda'at meod*).

El versículo 16, con sus 4 líneas, es de una profundidad extraordinaria. La mención del «embrión» es más importante de lo que parece a primera vista, pues no solamente indica el cuidado de Dios en la formación de esa primera célula del organismo humano, con todo su sistema de cromosomas y genes, sino también porque nos ayuda a comprender que, desde el inicio del embarazo, hay en el vientre de la madre *un ser humano*, con las implicaciones que esto supone para la cuestión –tan debatida hoy– de la legalidad y licitud del aborto. Sea cual sea la interpretación que se dé al «todas ellas», lo cierto es que junto a la omnipotencia, se implica aquí de nuevo la omnisciencia divina. Dice el rabino A. Cohen, en su comentario inglés a *Salmos*, lo siguiente respecto a esa frase: «Los antiguos

comentaristas opinaban que se trata de todos los miembros que se habían de desarrollar partiendo del embrión. Ahora se cree que tenemos aquí la doctrina de la predestinación. Dios tiene un libro donde está registrado, con relación a cada persona, desde el estado embrional el número de días que ha de vivir». Conforme al *qeré* (la «lectura»), la frase final, como hemos dicho antes, dice así: « Y para él (el embrión) hubo uno (día) entre ellos». Con esto se refuerza más, si cabe, el cuidado de Dios en la formación del embrión.

- B”) Varias veces es nombrado Dios bajo el epíteto «Yahweh» –o Dios– de las huestes» (heb. Yahweh Tsebaoth), vertido al griego por los LXX como *pantokrátor* («todopoderoso»), desde Amós 3:13 –1ª vez en el A.T. De las 10 veces que ocurre *pantokrátor* en el N.T., 9 lo son en Apocalipsis (1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7,14; 19:6,15 y 21:22), lo cual es muy significativo y sumamente iluminador en cuanto a la soberanía de Dios, que ha de resplandecer de modo especial en el «día de Yahweh», cuando todo ser creado que se oponga «contra Yahweh y contra su Ungido» (Sal. 2:2-lit.) habrá de someterse de grado o por la fuerza. En cambio, *El-Shadday* de Génesis 17:1, que las versiones en general suelen traducir por *Todopoderoso*, significa más bien *Todosuficiente*, pues la raíz *shad* significa el pecho materno, donde el niño recibe *todo* lo que necesita para una alimentación sana y abundante ¿No nos emociona esto? ¿No nos dice, una vez más, que el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo es, a un mismo tiempo, *Padre y Madre* para cada uno de Sus hijos?
- C”) Otra porción notable es Isaías 40:12-31. Todo el capítulo merece un estudio atento. Podría titularse «La liberación de Sión por el Dios omnipotente» y está redactado a dos niveles: uno, próximo y específico, referido a Israel como nación; el otro, remoto y genérico, en referencia a los creyentes del N.T., como se ve por las numerosas citas que de él extraen Mateo, Marcos y Juan (v. 3), Lucas (vv. 3-5), Santiago y Pedro (vv. 6-8), Juan en Apocalipsis (v. 10), y Pablo (v. 13). Ver, para todo Romanos 15:4. Comienza el capítulo con una emotiva exhortación al consuelo ¡Cómo condesciende Dios con su pueblo en ese «doble ha recibido» del versículo 2! Los vv. 10-11 no dejan lugar a dudas sobre la intención escatológica del autor sagrado; las citas de Isaías 62:11 y Apocalipsis 22-12 del v. 10 avalan esto mismo. La única respuesta que puede, y debe, darse a las preguntas del v. 12 es que sólo el Dios Todopoderoso puede medir, reunir y pesar tan enormes masas del mundo material y darles la

conveniente forma, figura y proporción. Las naciones (heb. *goim*, vocablo con que la Biblia designa a todo pueblo que no es el israelita) son comparadas, primero (v. 15a) a «la gota de agua del cubo» -lit.; después (v. 15b), a su «peso como una mota» -lit.; más tarde (v. 17a) a la «nada»; y, finalmente (v. 17b), «menos que nada». Para no entretenernos demasiado en detalles, aunque son merecedores de un estudio más amplio, es muy digno de consideración el versículo 29 en su 2ª Parte, que dice así literalmente: «Y al totalmente destituido de fuerzas, le *multiplica* el vigor». ¡Qué paradójicas son las matemáticas divinas! La aritmética humana nos asegura que el *cero*, multiplicado por el *infinito*, da *cero*; necesita, al menos, un *uno a la izquierda*. En cambio, con el inmenso poder de Dios, el *cero*, multiplicado por el *infinito*, *da infinito*.

D”) Por este camino de la omnisciencia y de la omnipotencia conjuntas va también Jeremías 32:17-23. Una nueva metáfora, que es también un antropomorfismo, hallamos en esta porción: la del «brazo extendido» (vv. 17 y 21; sale también en Éxodo 6:6; Deuteronomio 4:34; 5:15; 7:19; 9:29; 11:2; 26:8; 1 Reyes 8:42; 2 Reyes 17:36; 2 Crónicas 6:32; Salmos 136:12; Jeremías 27:5; Ezequiel 20:33 y 34; y Hechos 13:17 -donde dice «levantado» que es equivalente). A estos lugares, hay que añadir Isaías 52:10, donde ese «brazo extendido» aparece «desnudado», es decir, «remangado». Todas son figuras de expresión para dar a entender el poder omnímodo de Dios. Por otra parte, los Evangelios ponen en boca de Jesús frases que no sólo ponen de relieve la omnipotencia de Dios, sino también el poder de la fe (la fe como «poder») para compartir de modo relativo y dependiente la omnipotencia divina. Los lugares más representativos son Mateo 17:20, en que Jesús achaca a la falta de fe la impotencia humana para echar cierta clase de demonios; Mateo 19:26, donde la imposibilidad de entrar en el reino de Dios con las fuerzas puramente naturales es descrita por Jesús del modo siguiente: «Con hombres, esto es imposible; mas con Dios, todas las cosas (son) posibles» (vers. lit.). Martin Buber, en su libro *Dos clases de fe*, se apoya en el sentido literal que acabamos de dar y lo razona diciendo que, para un israelita, decir que «para Dios todo es posible» era casi una tautología, pues, a esas alturas de conocer a Jesús, ellos no lo habrían puesto en duda; en cambio, la participación, por fe, de la omnipotencia divina era una nueva enseñanza, no conocida expresamente. Y, en cuanto a la fe, que traslada montañas, dice J. Auer (*Dios uno y trino*, pág. 422) lo siguiente: «No se refiere (Cristo) al poder humano, sino a la

recompensa divina de la fe, porque la fe misma es gracia y no un logro humano». Teniendo en cuenta que el autor es un «católico», resulta un estupendo testimonio; únicamente creo advertir que confunde la fe como «gracia» con la fe como «poder».

- E”) Sinónimos que expresan también el gran poder de Dios: (a) *Fuerza*, como «recurso para obrar» (comp. Fil. 4:13 «Para todo tengo fuerzas en el que me da el poder» -lit.); (b) *actividad* (gr. *enérgeia* -¡energía!), el poder en acción (v. 1 Co. 12:6; Fil. 2:13 -comp. con Ef. 2.2-; Fil. 3:21); (c) «libertad, potestad, autoridad» (gr. *parrhesía*) para actuar, sin que nadie pueda impedirselo (Hch. 1:7; Jud. v. 25); (d) «señorío, soberanía, dominio absoluto» (gr. *krátos* comp. «democracia» = soberanía del pueblo). Todos estos sinónimos, con una pequeña adición y sin el de «libertad para expresarse» (*parrhesía*), se hallan en un solo versículo: Efesios 1:19: «grandeza» (gr. *mégethos*), «poder» (gr. *dúnamis*); «actividad» (gr. *enérgeia*); «soberanía» (gr. *krátos*) y «fuerza» (gr. *isjús*).

6. Reflexiones de carácter devocional

«Todas las naciones delante de él son como nada» (Is. 40:17; ver 5, C”). Si así es con respecto a todas las naciones *colectivamente*, según indica el hebreo, ¡cuánto menos que nada seremos delante de Dios cada uno de nosotros en particular! Sin embargo, cuando nos ha tocado el Señor con su gracia y nos ha elevado hasta compartir la naturaleza divina, ¡Qué grande es nuestra condición y nuestro destino eterno!

Todo lo que Dios hace, por su omnipotencia, con relación a nosotros sus hijos, lo hace para nuestro bien (ver, p.ej., entre otros lugares, Dt. 29:29; 2 Cr. 20:6-9; Ro. 15:4). Dios es *necesariamente*, por exigencia de Su propia naturaleza, **altruista; es absolutamente imposible que sea egoísta**, (a) por su *infinitud*; no hay en él ningún hueco para llenar; (b) por su *amor* generoso, absoluto, total. Dios *no tiene amor ¡Dios es Amor!*

Otra de las, aparentemente, «paradojas» divinas: El poder de Dios se muestra, sobre todo, en nuestra debilidad. Dice Pablo en 2 Corintios 4:7 «Mas tenemos el tesoro éste en vasos de barro, para que la grandeza extraordinaria (gr. *hyperbolé* de donde viene «hipérbole») del poder sea de Dios, y no de nosotros». Y, más adelante, en el capítulo 12:9-10, añade: «Y me ha dicho (el Señor -v. 8): Bástate mi gracia, porque mi poder *se perfecciona* (gr. *teléitai* -en presente continuativo: mientras dura la «debilidad», que también es continua) *en la debilidad*.

Por tanto, de buena gana me gloriaré (lit. me jactaré) más bien en mis debilidades, para que habite (gr. *episkenóse* –lit. esté acuartelado ¡qué sugestivo!) sobre mí el poder de Cristo...; porque *cuando* soy débil *entonces* soy fuerte». Nótese el fuerte contraste, evidente en el original. En otras palabras, el «*lleno*» de Dios *sólo se vuelca donde hay «vacío»*. No se pueden estrechar unas manos amigas con manos «llenas»; hasta los guantes sobran, si no se quiere quebrantar la etiqueta.

Me contaba hace muchísimos años un tío mío, acerca del gran violinista Pablo Sarasate (1844-1908) que, actuando en un gran teatro, rogó a una persona cualquiera del auditorio que subiese al escenario y aflojase las cuerdas de su violín según se le antojase y, una vez hecho esto, tomó Sarasate su violín y dijo al auditorio: ¿Qué desean Vds. que toque? Le bastó un acorde con el instrumento e inmediatamente tocó con envidiable virtuosismo la pieza deseada. Así también, el ser humano y, en especial, el ministro de Dios, debe dejar a un lado su «suficiencia» para someterse a la poderosa «eficiencia» divina. Dice literalmente Pablo en 2 Corintios 3:5: «No que por nosotros mismos seamos suficientes para tener en cuenta algo como de nosotros mismos, sino que la suficiencia nuestra (viene) de Dios». Para una comunicación clara del sentido, prefiero, entre todas, la versión de la Nueva Biblia Española, que dice así: «No es que de por sí uno tenga aptitudes para poder apuntarse algo como propio. La aptitud nos la ha dado Dios»

Reflexión final: *Total desconfianza de nosotros mismos; total confianza en Dios.*

PARTE 2ª

LA OMNIPOTENCIA DE DIOS Y EL PROBLEMA DEL MAL

1. Introducción

Cuando hablamos del problema del mal, hemos de entender que no es un «problema» de Dios. Dios no tiene «problemas»; tiene las soluciones a los problemas. El *problema* es del hombre, y su raíz está en el *pecado* del hombre. Leemos en Isaías 59:1-2, con referencia a Israel, extensible a todo pecador impenitente: «He aquí que no se ha acortado la mano de Yahweh para salvar, ni se ha endurecido su oído para oír, sino que vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han escondido de vosotros su rostro para no oír» (lit.).

No puede estar más claro. La *iniquidad* hace separación entre el pecador y Dios, y esta separación es, en cierto modo, *infinita*, porque va desde la orilla de un miserable gusano pecador hasta la orilla de un Dios infinitamente santo, grande y poderoso ¡Qué problema! ¿Cómo podrá el pecador remontar esa distancia infinita, que le separa de Dios? El hombre no puede hacer absolutamente nada, *pero Dios lo ha hecho absolutamente todo*: Ha dispuesto, en la persona del gran Pontífice (vocablo que significa «hacedor de puentes»), Jesucristo, el «puente» suficientemente largo (infinito, por su condición de Hijo Único del Padre) como para pasar, desde el Dios justo y misericordioso hasta el hombre inicuo y pecador, hecho «*único Mediador entre Dios y los hombres*» (1 Ti. 2:5), y «*trayendo en sus alas salvación*» (Mal. 4:2).

Sin embargo, no todo *mal* es debido al pecado del hombre ni está destinado a castigar el pecado. Este asunto es mucho más complicado de lo que parece, y hay que estudiarlo con sumo cuidado. Vamos a ello.

2. *El mal, en general, frente a la omnipotencia de Dios*

- A) La pregunta que aflora a los labios de quienquiera que contemple la cantidad de males, físicos y morales, que hay en el mundo, es la siguiente: ¿Si Dios lo puede todo, por qué consiente tanto mal? Pensamos en las catástrofes que cada día nos refieren los medios de comunicación: derrumbamiento de edificios mal edificados o mal cuidados o atacados; volcanes en erupción, inundaciones, sequías, granizo destructor de cosechas, hambre y miseria por escasez de alimentos en condiciones infrahumanas, etc. Y lo que es peor, los males procedentes de la perversidad del hombre: ataques violentos, persecuciones, torturas, asesinatos a sangre fría, explotación de obreros, de mujeres, de niños, aberraciones sexuales, etc.
- B) Hay que advertir, de entrada, que la Biblia *no soslaya* el problema del mal, pero tampoco lo *explica* ni nos dice cómo *hay que domesticarlo*, sino cómo *hay que contrarrestarlo* haciendo el bien (ver Gá. 6:9-10 y 1 Jn. 3:16-18), poniendo además de nuestra parte todo lo posible para prevenirlo, detenerlo y remediarlo.
- C) La Biblia también nos emplaza a que nos atrevamos a contender con Dios. Veamos la extraña, pero eficaz, forma de hablarle Dios a Job. Tenemos a Eliú, aquel interlocutor inesperado, dando fin a su largo discurso con la sabia frase «Él (el Dios Todopoderoso –vv. 22-23) no estima a ninguno

que es sabio de corazón» (lit., por lo que Eliú está usando el sarcasmo para fustigar a Job). Así termina el capítulo 37 del libro. Comienza ahora el capítulo 38 del modo siguiente: «Y respondió Yahweh a Job desde el torbellino, y dijo: ¿Quién (es) éste que oscurece el consejo (el plan del gobierno de Dios) con dichos sin conocimiento? Cíñete ahora, como varón, tus lomos, pues te preguntaré y me contestarás». Job había dicho (13:22): «Llama luego, y yo responderé; o yo hablaré y respóndeme tú». Dios ahora acepta el reto, y le pregunta a Job. Y, después de manifestar (caps. 38:4-39:30) Su sabiduría y omnipotencia de un modo que al lector podría parecer un «show» extraño e innecesario, pero eficaz para Job, le dice de nuevo (40:2):

«¿Acaso disputará con Shadday el censor?
El que critica a Dios, responda a esto» (lit.).

Veamos ahora cómo responde Job (vv. 4-5):

«He aquí, he sido ligero, ¿Qué te responderé?
Mi mano pongo (lit. puse) sobre mi boca.
Una vez hablé, pero no responderé (de nuevo);
Dos veces, mas no continuaré (lit. no añadiré)».

«Una vez... Dos veces» ¿qué clase de iteración es la que tenemos aquí? Es probable que se refiera, respectivamente, a 9:22: «¡Todo es uno! Por eso, he dicho: “Al íntegro (heb. *tam*) y al malvado extermina”», y a 13:20: «Al menos, dos cosas no hagas conmigo; entonces no me esconderé de tu presencia».

Pero el Señor no se da por satisfecho con esta respuesta de Job, pues en ella no ha manifestado arrepentimiento, sino sólo vergüenza. Por tanto, Yahweh vuelve a retarle desde el torbellino (vv. 6-10). Para mejor saborear esta bella porción, voy a transcribir la acertada paráfrasis que de ella hace el famoso expositor M.L. Malbim (1809-1879), citado por el rabino Dr. V.E. Reichert:

«Te pregunto: Si pudieras tener brazo y fuerza como Dios, y fueses capaz de tronar con una voz como la de Él, y atemorizar a todos los tiranos, ¿tornarías entonces vano mi juicio y mi gobierno? ¿Me condenarías entonces, a fin de quedar tú justificado? Si, al tener un poder como Dios, gobernases el mundo de modo diferente, a fin de demostrar que mi gobierno es incorrecto e injusto, adórnate entonces de majestad».

Por fin, después que Dios ha dado a Job mayores pruebas de Su sabiduría y de Su poder (40:15-41:34), la confusión da paso en el ánimo de Job a una confesión emocionante y a un sincero arrepentimiento (42:1-6).

«Respondió entonces Job a Yahweh, y dijo:
Reconozco que todo lo puedes,
Y que ningún plan tuyo puede ser estorbado.
¿Quién (es) éste que oscurece el consejo con dichos sin
conocimiento?»

Job recuerda ahora vivamente, en el versículo 4a, lo que le dijo Dios en 38:2, y continúa diciendo (vv. 3b y c):

«Así, pues, intenté hablar, sin entender,
De cosas demasiado maravillosas para mí,
que no conocía».

Y vuelve a obsesionarle lo que Dios le había dicho en 38:3:

«... Yo te preguntaré, y tú me contestarás».

Llega al fin la gran confesión y el sincero arrepentimiento de Job (42:5-6):

«De oídas (sólo) había oído de ti,
Pero ahora mi ojo te ha visto,
Por tanto, aborrezco (mis palabras) y me arrepiento,
Sobre polvo y ceniza» (versión literal).

Como puede verse por esta versión literal del original, Job no dice «*me* aborrezco». Dios no desea que aborrezcamos nuestra propia persona, a la que tanto ha amado, y ama, Él, sino nuestros *malos hechos*. Así que, en ese versículo 6, lo que ha de suplirse es lo que, al citarlo, hemos puesto entre paréntesis, esto es, «mis palabras», lo que equivale a «retracto lo dicho por mí».

Hay en el libro de *Job* un par de versículos que a mí me place mucho citar por la riqueza doctrinal que encierran; se trata de 9:32-33. En ellos, el pobre Job, aturdido por el modo de actuar Dios con él, y que él no comprende, después de haber llegado al borde de la blasfemia (¿sólo, al borde?) En el versículo 24, por fin, como quien cae agotado después de una lucha desigual, dice lo siguiente en los vv. mencionados:

«Porque no es hombre como yo, para que yo le responda
Y vengamos juntamente a juicio.
No hay entre nosotros árbitro
Que ponga su mano sobre nosotros dos».

No habla Job de hallar un juez, sino un árbitro, un buen juez de paz, un hombre sensato y justo, aprobado por ambas partes y que, según las costumbres de la época, reconciliase a los enemistados poniendo una mano *sobre* (heb. *al*) uno de ellos, y la otra *sobre* el otro. Siendo un hombre *justo* podía, en cierto modo, «igualar» a ambos, estando él a la altura de rango, por lo menos, de ambos. Era demasiado fácil hallar un hombre sensato y bueno que estuviese a la altura de Job, pero ¿quién podría hallarse que estuviese a la altura de Shadday, del Todopoderoso o, mejor, del Todosuficiente?

En este punto, y en aquella lejana fecha, Job no podía sospechar (estúdiese, sin embargo, 19:23-27) que llegase un día en que su *goel*, su Redentor, hecho el «pariente más próximo» suyo, le había de vindicar y salvar. Ése iba a ser el «árbitro» deseado, el cual, por ser hombre como Job, podría poner una mano sobre él y, por ser Dios, igual al Padre, podría poner la otra mano sobre Dios mismo.

Como Pablo en Romanos 11:33-34, también nosotros podemos decir, al llegar a este punto: «¡Oh profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» «Porque hay... un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti. 2-5). ¡Ahí tienes, Job, tu árbitro añorado!

Se quejan algunos hermanos, y con razón, de que gran cantidad de pastores evangélicos y predicadores de la palabra de Dios obtengan casi toda su «información» de las condiciones cívico-sociales del entorno y de los medios de comunicación. En cuanto a este libro de Job, que tales y tantas lecciones encierra sobre puntos fundamentales de doctrina y práctica, aparte de mi comentario en el Mateo Henry, recomiendo a mis lectores la lectura y estudio de otros cuatro comentarios a *Job*, y extrastraré de ellos algunos breves párrafos que estimulen el apetito de todo lector estudioso y preocupado por la necesidad de sus prójimos, al mismo tiempo que está deseoso de progresar en la vida espiritual.

Para no mostrar mis preferencias personales, lo haré por orden alfabético de apellidos de los autores respectivos. Comienzo, pues por el de José M. Martínez (*Job, la fe en conflicto*. CLIE, 1982) que, en las páginas 248-249 dice así:

«Job había estado haciendo de sí mismo el centro no sólo de su vida sino del universo. La reivindicación de su inocencia era para él lo más importante. Dios mismo tenía que someterse a sus demandas de justicia y responder a sus preguntas. Y Dios, en vez de darle respuestas –lo que habría sido muy fácil–, multiplica los interrogantes: “¿Quién eres tú?”, “¿dónde estabas tú?”, “¿puedes tú?”, “¿sabes tú?” Dios, gran maestro, quiere salvar a Job de su ensimismamiento que le impedía ver las cosas en su perspectiva correcta. Pero no usa el método de la explicación. Nada le dice del carácter probatorio de su desgracia. No hace ni la más leve referencia a la contención con Satán descrita en el prólogo, lo cual habría bastado para abrir sus ojos y devolverle la paz de espíritu. Dios tiene que curar a su siervo de su presunción, sincera pero equivocada. A tal fin, nada más eficaz que poner al descubierto la verdadera identidad del hombre con su cúmulo de misterios y limitaciones.»

Ahora le toca el turno a S. Stuart Park (*Desde el torbellino*. Publicaciones Andamio, 1991). Podemos leer, en las páginas 344-345 de su citado libro:

«Durante su suplicio, Job no ha cometido más delito que hablar, defender su integridad ante sus acusadores, interpelar a Dios, implorar su intervención, “disputar” con Él. El hombre Job, profundamente consternado ante la supuesta enemistad de su otrora amigo, Dios, expresa su dolor, asombro y desolación».

«¿Se puede pedir más a un hombre de carne y hueso? Callar hubiera sido morir, y las palabras de Job, cálidas y torrenciales, a oídas de un compasivo Dios, sólo pueden haber significado amor, reverencia, temor, y anhelo de comunión».

.....

«En segundo lugar, Job ha manifestado en todos sus discursos la posibilidad de error, la certeza de que si está equivocado, Dios le juzgará. Job no es un ángel incorpóreo, ni una bestia llevada por sus instintos naturales. Job es un hombre que lucha con la tentación, que conoce su capacidad de desviarse, que ha comulgado con una terrible oscuridad. Su alejamiento de la comunión con Dios ha removido los cimientos de su ser, le ha confrontado con la más terrible duda: aquello que más temió le ha sobrevenido con furia y poder».

Cito de Ernesto Trenchard († 1972), en *Exposición de Job* (dentro de *Los libros de la Sabiduría*, Editorial Literatura Bíblica, 1972), página 130, lo siguiente:

«Quedamos asombrados al oír lo que Dios tiene que decir a su siervo. Durante largos y repetidos discursos, unos hombres, según la luz que tenían, habían luchado con los problemas de las obras providenciales de Dios en la Tierra, y sobre todo discurrían sobre su teodicea, o sea, proceso judicial divino frente a buenos y malos. El caso de Job destacó la pregunta: “¿Por qué sufren los justos?”, y ya hemos oído la “contestación-fórmula” de los “amigos”, en contraste con las profundas luchas psicológicas y espirituales de Job mismo. Habríamos esperado, pues, una clara respuesta de parte de Dios: “Los justos sufren porque también andan a través del valle de dolor, y gimen como los demás. Sin embargo, en mi providencia ordeno que el mal se les vuelva en bien. Los malos están bajo mis juicios, pero si por determinaciones relacionadas con mi providencia soberana, prolongo en ciertos casos su aparente prosperidad, será con el fin de adelantar mis propósitos en cuanto a los fieles en la Tierra”. En lugar de una clara solución como la sugerida –a la cual Eliú se había acercado bastante– Dios reafirma el *misterio* de sus obras en la creación».

Finalmente, traduzco del inglés unos párrafos de la pluma de Warren W. Wiersbe, en *Be patient* (Scripture Press, 1992). El libro entero es digno de citarse, y a quienes entiendan suficientemente el inglés lo recomiendo encarecidamente. Dice así en la página 143 de dicho libro:

«La tormenta que Eliú había estado describiendo estalló por fin y Dios habló a Job desde la tormenta. La respuesta a los problemas de Job no era una *una explicación acerca de Dios* como la que habían dado los tres amigos de Eliú, sino *una revelación de Dios*. Los cuatro hombres habían declarado y defendido la grandeza de Dios, pero habían fracasado en persuadir a Job. Cuando Dios desplegó Su majestad y grandeza, humilló a Job y lo llevó al lugar de una sumisión callada delante de Dios. Ese fue el punto decisivo».

«El psicólogo suizo Dr. Pablo Tournier escribió en su libro *Culpa y Gracia* (Harper y Row, pág. 86): ‘Porque la respuesta de Dios no es una idea, una proposición como la conclusión de un teorema; es Él mismo. Se reveló a Sí mismo a Job; Job halló contacto personal con Dios».

«Preferimos que Dios nos hable al sol, pero algunas veces tiene que hablarnos desde la tormenta. Así fue como habló a Israel en el Monte Sinay (Éx. 19:16-19; He. 12:18) y siglos después a Elías (1 R. 19:8-11). Ezequiel vio la gloria de Dios en una tormenta y oyó la voz de Dios que le hablaba (Ez. 1-2). Experimentar esta majestuosa demostración del poder de Dios hizo a Job apto para recibir el mensaje que Dios tenía para él».

Quedamos, pues, en que a toda persona humana que, como Job –más o menos–, está sufriendo alguna de las que solemos llamar «calamidades», lo que le conviene no es una *explicación*, sino un *revelación*. Y, seguramente, la tendrá de parte de Dios si se mantiene en sintonía con él. Sin embargo, la palabra de Dios también da, si no «explicaciones», sí al menos, «razones» del modo de obrar de Dios con relación al problema del mal en el hombre. Esto es lo que veremos ahora: primero, por lo que respecta al mal físico; después, por lo que respecta al pecado.

3. *La omnipotencia de Dios frente al mal físico*

- A') Partimos del hecho evidente para todo el mundo: Tanto buenos como malos disfrutan de las condiciones físicas de la salud y del ambiente, y sufren las mismas incomodidades, enfermedades y calamidades del entorno. Dice Jesús, en su exhortación al amor de «prójimos» y «enemigos» lo siguiente: «Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, *que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos*» (Mt. 5:43-45) En el mismo sentido se pronuncian Pablo (Hch. 14:15-17), Pedro –de refilón– (Hch. 10:34) y Santiago (Stg. 5:7-11).
- B') Dios ha establecido unas leyes físicas (gravedad, impenetrabilidad, etc.), cuyo efecto sólo en casos extraordinarios suspende. No se entretiene haciendo a cada paso «milagritos», como los que cuentan los incrédulos y supersticiosos fieles de la Iglesia de Roma (ver Lc. 13:4-5, del que hablaremos en detalle en el punto 5). ¿Qué explicación tienen, pues, las «apariciones» del Señor y, sobre todo, de la Virgen María? ¿Y cómo se explican curaciones como las que, bajo testimonio unánime de los médicos, se dan con frecuencia en Lourdes? Voy a responder a esto:

(a) En cuanto a las supuestas «apariciones», sabemos hoy lo suficiente, gracias a la Psicología Profunda, para detectar una alucinación en niños y personas proclives a la sugestión, cuando han recibido continuas narraciones sobre el amor, la intercesión, la preocupación, etc. de la Virgen, hasta que, un día, de repente comienzan a «ver» de veras. No hace mucho, un niño de unos once años, que nunca había salido –según el dicho popular– de las faldas de su madre, fue internado en un colegio religioso. A los pocos días, pidió permiso para verme y me contó, entre sollozos, que había comenzado a ver, cada mañana, la imagen de su madre en la pared de su dormitorio: Su estado emocional lo había preparado para la alucinación.

(b) Por lo que respecta a las innegables «curaciones» que se llevan a cabo en lugares como Lourdes, permítanseme dos observaciones importantes: Primera, la fe personal, subjetiva, se estimula hasta un grado muy alto mediante las exhortaciones de los clérigos, el ánimo que dan los familiares y amigos, en una atmósfera de sugestión colectiva que favorece a la mente del enfermo en el influjo que el cerebro ejerce sobre el organismo para remediar las disfunciones del mismo; segunda, que dichas curaciones remedian lo «funcional», no lo «orgánico»; p.ej. se sana una cojera debida a una artritis, pero no se le restituye a un cojo la pierna amputada. En cambio, los milagros del Señor y de los apóstoles llegaban hasta lo orgánico (incluso, a la resurrección de un muerto), no sólo a lo funcional.

4. *La omnipotencia de Dios frente a los crímenes del hombre*

En cuanto al pecado, que es el verdadero *mal*; y, en especial, frente al desenfreno moral y a la violencia desatada con creciente virulencia, la palabra de Dios:

- A'') Nos describe su *origen*. Génesis 3:1-5 nos presenta a la primera mujer poniéndose en peligro al aceptar una conversación con el diablo y caer en la tentación de *desconfianza de Dios* que el Maligno le presentó. Este es el origen y la raíz de aquel pecado, como lo es de *todo pecado* que el ser humano comete cuando la experiencia del mal le confronta con el poder, la sabiduría y el amor de Dios.
- B'') Nos muestra su efecto en el corazón. Es iluminador el trastorno que se produce en el ánimo de Eva, tan pronto como ha cedido a la tentación

de desconfianza: «Y vio la mujer que el árbol era *bueno para comer* (la concupiscencia de la carne), y que era *agradable a los ojos* (la concupiscencia de los ojos), y árbol codiciable *para alcanzar la sabiduría* (saber tanto como Dios, no sólo lo bueno, sino también lo malo –esto es, la ostentación vanidosa)» (Gn. 3:6, comp. con 1 Jn. 2:16). Tanta maldad, a partir de ahí, se ha acumulado en el corazón del hombre, que, en Jeremías 17:9 leemos: «Más engañoso que todo, es el corazón, y sin remedio; ¿quién lo comprenderá?» (Biblia de las Américas).

Si el capítulo 3 es el de la *caída*, el capítulo 4 es el del primer fratricidio (v. 8) y de la primera poligamia (v. 23)

C”) Nos revela la puesta en acción de un terrible misterio: «*el misterio de la iniquidad*» (2 Ts. 2:7). Este misterio, cuya puesta en acción en la misma era apostólica nos es anunciada por Pablo, es algo tan siniestro que la maldad humana no da una explicación aceptable de tal fenómeno; es algo diabólico, como se mostrará a su tiempo (vv. 9-12) La palabra de Dios, sin embargo, nos dice claramente que es Dios mismo el que, por sus justos juicios, proporciona la entrada en acción de dicho ministerio (v. 11).

D”) Nos expresa su extensión:

(a) Por contagio *personal*. La Biblia compara el pecado con la lepra; por eso, toda la ceremonia del examen de la lepra comprende los mismos elementos que se requieren para el examen y limpieza legal del pecado, como puede verse con un estudio atento del capítulo 14 del Levítico. En efecto, el pecado –como la lepra de la que nos habla la Biblia– mancha, corroe, contagia y, en su grado de «notoriedad exterior peligrosa», priva de la comunión con el resto de la congregación.

(b) Por contagio *generacional*. Desde la proclamación que, de Su gloria, hizo Dios a Moisés en el Sinay (Éx. 34), la última de las características de la gloriosa naturaleza divina es: «que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta *la tercera y cuarta generación*». Este contagio se efectúa de dos maneras Primera, por *procreación*, pues hay pecados especialmente nocivos para los genes; genes que, ya de por sí, trasvasan de padres a hijos muchas características similares; segunda, por *imitación*, pues, en una convivencia tan íntima y prolongada, los hijos se sienten estimulados a copiar gestos, dichos y actitudes de sus progenitores.

E”) Pero la Biblia nos propone también el único remedio que Dios ha estipulado y provisto para ese profundo mal del hombre, que es el pecado.

Y lo ha hecho con respecto a los tres aspectos del pecado; culpa, poder y presencia.

(a) En cuanto a la *culpabilidad* del pecado, Dios ha obrado por *sustitución*. Por ser culpables, somos responsables ante el Juez Supremo. Pero «Al que no conoció pecado, por nosotros (Dios) lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Co. 5:21). «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo a sobre el madero (lit), para que nosotros estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia» (1 P. 2:24). «Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 P. 3:18). « Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Ro. 6:10-11). Por supuesto, para que esta sustitución alcance a una persona, es necesario que esa persona acepte la transacción (ver 2 Co. 5:19-20) y reciba al Señor en su corazón (ver 1 Jn. 5:9-12). También el creyente ya convertido necesita confesar arrepentido sus pecados para quedar limpio de ellos (ver 1 Jn. 1:5-10), pero si es verdadero creyente, no puede perder la salvación eterna.

(b) En cuanto al *poder dominador* del pecado, dos son los requisitos para contrarrestarlo: uno *legal*, por el cual el pecado pierde sus derechos sobre el pecador. Esto es lo que se nos describe en Romanos 6:1-11, especialmente en el v. 6, donde el verbo griego *katargethé* no significa «destruido» (¿a qué vendría entonces la exhortación del v. 12?), sino «contrarrestado» o, mejor aún, «desactivado»; el otro requisito es *real*, es decir *experimental*, mientras que el primer requisito, por ser *legal*, es *judicial*. Eso es lo que Pablo desarrolla en Romanos 6:12-23. Ese «poder» del pecado requiere la intervención de otro «poder» superior, que es el poder del Espíritu Santo. Por eso, dice Pablo en Romanos 8:12-13: «Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis (lit. vais a morir, es decir, tenéis encima la obra de la muerte, que era lo propio de la etapa anterior de vuestra vida); mas si por el Espíritu hacéis morir (lit. vais dando muerte) las obras de la carne, viviréis». La vida del hombre nuevo, que ha resucitado con Cristo, es una vida fortalecida por el poder de la resurrección del Señor, por eso es eficaz en la tarea cotidiana de «ir dando muerte a las obras de la carne». Así que el poder es del Espíritu Santo; pero ese poder queda inactivo sin la cooperación de nuestro esfuerzo diario.

- (c) En cuanto a la *presencia* permanente del pecado en nosotros. Esta es la presencia que tan vivamente sentía Pablo dentro de sí mismo (Ro. 7:14-24), de tal modo que sentía nostalgia por el día aquel en que esa presencia iba a desaparecer, como lo expresa en Romanos 8:22-23: «Porque sabemos que toda creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, *la redención de nuestro cuerpo*». Esa «redención» no es otra cosa que el «rescate» de la esclavitud de la muerte, que tiene su fuerza por el pecado, «ya que el aguijón de la muerte es el pecado; y el poder del pecado, la ley» (1 Co. 15:56).

5. Una lección magistral

Hemos visto que, en el caso de Job, Dios no le da *explicaciones*, sino que le da *revelaciones* de Su majestuosa, infinita, grandeza. De modo parecido obra el Señor Jesús cuando es confrontado con el problema del mal. Lo hace en Lucas 13:1-5, que voy a copiar vertido literalmente del original:

«En esta misma sazón, estaban presentes allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Y respondiendo (Jesús), les dijo: «¿Pensáis que estos galileos fueron más pecadores que todos los galileos, porque han padecido tales cosas? ¡No, os digo! Antes bien, si no os arrepentís, todos igualmente pereceréis. O aquellos los dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que fueron más deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalem? ¡No, os digo! Antes bien, si no os arrepentís, todos del mismo modo pereceréis».

Vamos a analizar por partes esta porción de importancia singular:

- A”) No sabemos cuál fue el incidente que motivó la cruel masacre de Pilato con los galileos que se mencionan en el versículo 1. Es muy probable que se refiera al caso en que Pilato (según Flavio Josefo) tomó dinero del tesoro del Templo para financiar un acueducto. Ante las protestas de las turbas, Pilato envió al Templo soldados armados, en traje de paisano, y se ensañó *precisamente* con los galileos que se hallaban allí ofreciendo sacrificios en el altar de los holocaustos. Como Herodes era el tetrarca de

Galilea, y Pilato era el gobernador romano de Judea, la enemistad entre ambos era grande, fomentada por los mutuos celos, ya que Pilato era un gobernador del Imperio, pero no era rey como Herodes; y, por otra parte Herodes era rey (mejor dicho, un reyezuelo), pero Pilato era el que representaba el poder (por entonces, incontestable) de Roma. Ahora, tengamos en cuenta lo siguiente:

(a) Jesús era tenido por galileo, por lo que el hecho le afectaba a él. Es como si le dijeran: «Jesús, ¡qué paisanos tienes!»

(b) El proceder de Pilato enturbiaría todavía más su relación con Herodes, lo que da un énfasis paradójico a la oración de la Iglesia en Hechos 4:27: «Porque verdaderamente *se unieron contra tu Santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato...*»

B^o) ¿Cuál fue la reacción del Señor ante un hecho que todos conocían? Si no condenaba el proceder de Pilato, sería tenido como partidario del romano opresor. Y, si defendía los derechos de las víctimas ya acusaba al gobernador, los líderes religiosos judíos podrían arrestarle y llevarle al tribunal de Pilato. Como vemos por Juan 9:2 y 34, los judíos creían que ciertas calamidades eran castigo de pecados graves. Este había sido también el error de los «amigos» de Job. CRISTO DEJÓ BIEN CLARO QUE LAS TRAGEDIAS HUMANAS NO SIEMPRE SON CASTIGO DE DIOS.

C^o) Pero, del mismo modo que Yahweh con Job, tampoco Jesús les dio a estos cuentistas explicaciones «teológicas» del hecho. Nosotros nos habríamos sentido tentados a explicar, por ejemplo, que Dios creó al hombre como un ser libre, responsable, muy diferente de los brutos animales, etc., y que, por tanto, Dios lo trata siempre con mucho respeto, atrayéndole de manera que pocas veces se apercibe de la moción divina, y hasta cuando el hombre resiste a Dios y persiste en su impenitencia, Dios no fuerza la «máquina», sino que respeta esa libertad.

D^o) En lugar de darles esa clase de explicaciones, Jesús da, en el v. 4, un paso más en el problema del mal, como si dijera: «Os lo voy a poner más difícil. El caso que voy a citar no ocurrió fuera de vuestros dominios, sino en la propia Jerusalén. Las víctimas no fueron unos despreciables galileos, sino judíos de pura sangre. No estaban protestando contra las autoridades, sino cumpliendo con su sagrado deber de alertar a una población en caso de peligro. Y, sobre todo, *la torre de Siloé no cayó empujada por manos humanas: ¿a quién le echaréis la culpa de esta tragedia?*». ¿Qué iban a contestar? ¿«a Dios»? NO OS ARON BLASFEMAR...

El contexto siguiente nos hace ver que, a esto, los «cuentistas» no respondieron; al contrario, lo más próximo que leemos (v. 17) es que «*se avergonzaban todos sus adversarios*».

(E'') Jesús, en sus respuestas de los vv. 3 y 5, elevó la argumentación de ellos a un principio general: «Si Dios castiga así a los pecadores, será menester que os arrepintáis, pues todos sois pecadores». Así que la pregunta correcta que nos toca formular, a ellos y a nosotros, no es ¿Por qué murieron los unos o los otros?, sino ¿Qué hemos hecho nosotros de bueno para continuar viviendo? ¿No será una señal especial de la paciencia amorosa de Dios hacia nosotros? (ver 2 P. 3:9).

Cuentan del famoso poeta inglés J. Milton (1609-1674) que, cuando ya era viejo y estaba ciego desde el 1652, le visitó el rey Carlos II de Inglaterra, hijo de Carlos I, que había sido decapitado por los puritanos republicanos, y le dijo: «Juan, tu ceguera es castigo de Dios por la parte que tuviste en la conspiración contra mi padre». A lo que Milton respondió: «Si haber perdido la vista es castigo de Dios, ¿qué me dices de tu padre, que perdió la cabeza?»

6. Reflexiones de carácter devocional

- (A'') Puesto que la Biblia nos da a entender (véase 4, A'') que raíz del primer pecado del hombre fue la *desconfianza del amor de Dios*, nuestra constante actitud ha de ser de *confianza total, absoluta y constante en Dios*. Nuestro Padre conoce el fin desde el principio y sabe muy bien lo que nos conviene en cada momento; y si permite que nos suceda lo que llaman «calamidad» o «desgracia», sabemos que Él sabrá sacar bien del mal. En Génesis 50:20, tenemos de labios de José la mejor exposición de esta doctrina bíblica: «Vosotros –dice José a sus hermanos– pensasteis el mal contra mí, mas Dios lo pensó para el bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo» (lit.) comp. con Romanos 8:28.
- (B'') En nuestros mismos días, tenemos ejemplos heroicos de esta confianza total en Dios. Tengo ante mis ojos el último libro del Dr. Larry Crabb, *Finding God* (Scripture press, 1994 –2ª reimpresión, 1995), que recomiendo vivamente a todo el que pueda entender el inglés escrito. El argumento de este libro es precisamente cómo llegar a esa confianza total en Dios, por muy adversas que parezcan ser las circunstancias. No me quiero poner

a mí mismo como modelo de esta heroica actitud; tiemblo ante ello, aunque sé –con la cabeza– que es *lo mejor*. El autor mismo dice haber encontrado a Dios de veras, después de muchas desdichas que, para mayor prueba, le sobrevinieron cuando había orado por un mejor conocimiento de Cristo. No quiero citar ningún pensamiento de este maravilloso libro, pues no sabría qué escoger y qué dejar. Me limitaré a traducir la Dedicatoria: «A la memoria del Dr. Carlos Smith, un mentor que oró para que retornara su cáncer si eso le había de acercar más a Dios. En su último año encontró a Dios en la medida que jamás había conocido anteriormente. Y luego, murió –de cáncer.» ¿No es algo escalofriante? Pero, ¡qué hermoso! comp. Habacuc 3:17-18. Dios quiere que le busquemos a Él antes que a sus dones.

(C^o) En cuanto a los motivos que pueda tener Dios para permitir tanto pecado, que llega a límites increíbles de perversidad, tengamos en cuenta:

(a) que Dios creó al hombre con libre albedrío y con una mente apta para deliberar, pesando los pros y los contras antes de tomar la decisión pertinente. Es cierto que, a causa de la caída original, el albedrío humano perdió su *capacidad* para hacer lo que agrada a Dios, pero no perdió su *libertad* de elección en lo que respecta al plano natural de lo familiar, lo civil, lo social y aún lo religioso (ver Ro. 1:19 y ss.). En otras palabras, todo ser humano es todavía *responsable* ante Dios, a quién tendrá que rendir cuentas un día. Por supuesto, también el que ha recibido la justificación mediante la fe tendrá que rendir cuenta ante el tribunal de Cristo (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10).

(b) que cada uno segará lo que sembró. Lo mismo que quien siembra cebada, no puede esperar cosecha de trigo, tampoco quien ha violado a una mujer o ha dañado gravemente una reputación puede esperar una cosecha de favor y de buen nombre.

(D^o) Finalmente, el buen cristiano sabe que todo el mal que pueda acaecerle por hacer el bien al prójimo, por dar honor, gloria y servicio a Dios, por ser consecuente con su testimonio en favor de Cristo y del Evangelio (no por imprudencia suya ni por infortunio natural), le sirve de gozo (véase Jn. 16:33; Hch. 5:41; Ro. 8:17-18; Fil. 1:29; Col. 1:24; 1 P. 3:8-18; 4:14-19). En realidad, toda tribulación ha de significar para el cristiano:

(a) una purificación (Mal. 3:3; Jn. 15:2; Ro. 3:3-5; 1 P. 1:7). Es cierto que, si la plata o el oro tuviesen sensibilidad cuando el crisol les hace hervir para separar de ellos la escoria, se quejarían por la atrocidad del dolor.

De igual manera, si la vid tuviese sensibilidad, gritaría de dolor cuando es podada, pero el viñador lo hace para que dé más y mejor fruto.

(b) Sufrir, y aun ver, una tribulación es como un clarinazo desde el Cielo, que nos advierte de que estamos aquí *de paso* y de que nuestra verdadera patria está arriba, en los cielos (ver Ecl. 7:2; Fil. 3:20; 1 P. 2:11). Nótese, en este último lugar, los dos vocablos griegos *paroíkous* y *parepidémous*, que nuestra RV 60 vierte por *extranjeros y peregrinos*; el 1º, de donde procede el castellano «parroquia», presenta nuestro «estado legal» = no somos del mundo, no pertenecemos al *conjunto urbano de los apegados a la tierra, a lo temporal*; el 2º presenta nuestra «condición itinerante», pues «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir» (He. 13:14); por eso, nos exhorta Pedro a que «nos abstengamos de las pasiones carnales que combaten contra el alma» (1 P. 2:11b –B. de las Américas).

(c) Y, lo que es ya de una calidad sublime, sufrir *por el bien de la Iglesia* implica una *comunión con los sufrimientos de Cristo*, como se desprende de Colosenses 1:24b, que traduzco al pie de la letra: «Ahora me gozo en los padecimientos a favor vuestro, y *estoy completando lo que falta de las aflicciones del Cristo* en mi carne a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia». Para lo de «estoy completando», Pablo emplea el verbo griego *antanapleró*, cuyo sentido puede verse mejor si lo descomponemos por partes = *antí*, frente a; *aná*, de repetición; *pleró*, estoy llenando. ¿Es que faltaba algo en la redención llevaba a cabo por Cristo en la Cruz? No faltaba nada en cuanto a la *obtención* de la redención, pero sí en cuanto a la *aplicación* de la redención, que debe ser llevada a cabo mediante el ministerio de la Palabra por el poder del Espíritu (Jn. 3:5). En esta fase de la *aplicación*, pues, hay que situar la labor a la que se refiere Pablo en este versículo. Para hablar con toda exactitud habríamos de decir (comp. con la última frase de 1 Co. 15:10) que no era Pablo *quien completaba las aflicciones del Cristo*, sino que el propio Cristo, con quien Pablo estaba juntamente crucificado, y que vivía en Pablo (Gá. 2:20), era *quien completaba, en Pablo, lo que faltaba en el plano de la aplicación de la redención de sus propios padecimientos*.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 13

- 1ª *pregunta* Nuestros primeros padres fracasaron, no por querer ser «como Dios», sino por querer serlo por cuenta propia. El creyente tiene comunión con la Trina Deidad en la naturaleza divina (2 P. 1:4) y es exhortado a *imitar a Dios* (Ef. 5:1, comp. con Mt. 5:48). Sin embargo, esas tres porciones deben interpretarse *dentro de su contexto*. Analizando éste, ¿podría Vd. decir en qué punto sería pecado querer ser como Dios en el área de las perfecciones incommunicables? ¿Por qué?
- 2ª *pregunta* ¿Sería más fácil esa imitación de Dios a la que me refiero en la pregunta anterior, cuando estemos en el Cielo?
- 3ª *pregunta* ¿En qué forma podemos imitar la omnipotencia de Dios?
- 4ª *pregunta* ¿En qué punto, y por qué medio, podemos unir el carro de nuestra *impotencia* al carro de la *omnipotencia* divina?
- 5ª *pregunta* ¿Va la voluntad preceptiva de Dios en contra de nuestra libertad? ¿Por qué?
- 6ª *pregunta* ¿Está usted contento/contenta, acerca del cuerpo, del sexo, del alma y de las facultades mentales que Dios le ha dado?
- 7ª *pregunta* No cabe duda de que la existencia del mal, especialmente del mal moral (la violencia, el egoísmo, el orgullo, la perversidad, en general, del hombre) presenta un grave problema contra la bondad, la sabiduría y el poder de Dios. ¿Está satisfecho con las enseñanzas que, a este respecto, hemos dado en la *Parte 2* de esta lección? ¿Tendría usted la misma satisfacción si acabase de sufrir un accidente que le dejase inválido, o de perder un hijo en la flor de la vida y con un brillante porvenir por delante?

LECCIÓN 14

La santidad de Dios

I. INTRODUCCIÓN

Las perfecciones divinas que hemos estudiado hasta ahora son de las que llamamos *incomunicables*, porque están radicadas directamente en la esencia divina, con sus dos raíces de infinitud y simplicidad. Por ello, ninguna criatura –ya sea humana o angélica– puede *participar* de ellas, aunque puede *imitarlas*. Pero hay otras perfecciones divinas que, por estar radicadas directamente en la naturaleza divina, principio fundamental de la conducta divina (según nuestra pobre manera de distinguir en Dios lo que es en Él una misma y única realidad interior), pueden ser comunicadas –siempre a nivel creado y en grado limitado– al hombre y al ángel.

La naturaleza actúa por medio de las facultades espirituales, que son tres: inteligencia, sentimiento y voluntad, entendidas no por su capacidad de aproximación a su objeto, sino por la pureza y amor con que actúan. Esto es lo que debemos entender cuando nos referimos al modo ejemplar y perfecto con que Dios actúa en todo lo que piensa, desea, quiere y lleva a cabo. La pureza de la naturaleza divina se expresa mediante la frase «DIOS ES LUZ» (1 Jn. 1:5), y de ella trataremos en la presente lección. Su benevolencia se expresa mediante la frase «DIOS ES AMOR» (1 Jn. 4:8, 16); de ésta trataremos en la lección 15.

La comunión en la naturaleza divina comporta, por consiguiente, el capacitarnos para pensar como Dios piensa, desear lo que Dios desea, querer lo que Dios quiere, amar como Dios ama y actuar como Dios actúa. Y algo que puede sernos muy útil en el plano devocional es el pensamiento (patente en múltiples lugares del texto sagrado) de que **LO QUE HACE FELIZ A DIOS NO ES PRECISAMENTE LO INCOMUNICABLE** (las perfecciones radicadas en su esencia),

SINO LO COMUNICABLE (las perfecciones radicadas en su naturaleza). ¡DIOS GOZA CUANDO SU PUEBLO GOZA, Y SUFRE CUANDO SU PUEBLO SUFRE! Y por eso, en virtud de la comunicabilidad de Su naturaleza, pide a Su pueblo *que haga lo mismo* (Ro. 12:15).

1. Vocablos bíblicos

La *santidad* presenta múltiples facetas que reflejan su ajuste al patrón ejemplar de la santidad de Dios y se expresan en la Biblia mediante vocablos distintos. Destacan los siguientes:

- A) El hebreo *qadosh* (raíz -qad = cortar) al que corresponde el gr. *hágios* (de «házoimai» = venerar), e indica SEPARACIÓN.
- B) El hebreo *tsaddiq-tsedbeq* = justo, al que corresponde el griego *díkaios* (de «dike» = justicia), e indica RESPETO A LOS DERECHOS AJENOS.
- C) El hebreo *asher* = recto, que no se aparta de la norma (lo contrario de «tortuoso»), e indica *determinación de llegar a la meta justa sin desviaciones*. ¡Curiosamente, el vocablo para «recto» = *asher*, es el mismo para decir en hebreo «feliz, dichoso, bienaventurado» (ver Sal. 1:1).
- D) En el griego del N.T. hallamos también *hósios*, que ya desde el griego clásico indicaba una rectitud incorruptible, *sancionada*. (Esto es, garantizada y defendida), por lo que se distingue de *díkaios*, con garantía de sanción *por ley humana*, y de *hierós* = algo consagrado a los dioses y, por ello, «intocable» en cierto modo para el ser humano corriente. De ahí el nombre neutro *hierón*, con el que la Biblia designa el Templo de Jerusalén.
- E) Finalmente, hallamos también en el gr. del N.T. *hagnós* = «puro», es decir, limpio de contaminación legal y de mancha moral. Con esto, se entienden mejor lugares como 2 Corintios 7:11; 11:2; 1 Timoteo 5:22; Tito 2:5; 1 Pedro 3:2 y 1 Juan 3:3.

2. Trascendencia e inmanencia de la santidad de Dios

Entendemos por «trascendencia» la distancia infinita que separa al Ser Supremo de todo lo creado, y por «inmanencia» la cercanía infinita con que este mismo Ser Supremo lo penetra todo y lo expone a la luz de Su pureza absoluta. Tomados juntamente ambos extremos, podemos describir la santidad de Dios

como «Bondad Mayestática», por la cual el Ser Supremo es, al mismo tiempo, infinitamente distinto y distante de todo lo creado y, por otra parte, infinitamente cercano y penetrante, llegando hasta compartir con los Suyos los gozos y las tristezas, las penas y las alegrías. Derriba al que se ensalza y ensalza al que, humilde y contrito se derriba ante Él. Encuentra manchas en el más limpio y desciende hasta lo más sucio y vil sin mancharse, a la manera como el sol ilumina el estiércol y lo expone a la luz, pero él mismo no se mancha; sus rayos están tan puros cuando tocan el suelo como cuando brillan o arrebolan las nubes en el cielo.

3. La Biblia atribuye de distintas maneras a Dios la santidad

- A) La primera vez que la Biblia llama a Dios «el Dios Santo» es, curiosamente, en 1 Samuel 6:20, por boca de los habitantes de Bet-semes: «Y dijeron los de Bet-semes: ‘Quién podrá mantenerse en pie en presencia de Yahweh el Dios Santo este?’» (lit). Todo este capítulo y el siguiente están penetrados del *pavor sagrado* que la trascendencia de Dios inspira. Los filisteos, que tan ufanos estaban por haber capturado el Arca del Pacto, en la que veían representado al Dios de Israel (ver cap. 4:7), la han devuelto llenos de pánico por el tremendo castigo que Dios ha infligido a los filisteos en todas sus tierras, desde Asdod a Ecrón (cap. 5). El mismo *pavor sagrado* se respira en 2 Samuel 6:1-10, a raíz de aquel desdichado episodio en el que todos los actores, incluido el propio rey David, se portaron de un modo tan indigno e irreverente.
- B) De ahí, la santidad –esa santidad que infunde pavor– que la Biblia atribuye al *Nombre*, esto es, al prestigio notorio que Dios adquiere para Sí mediante Sus actos de poder, justicia y misericordia. Dice David en Salmos 103:1: «Bendice, alma mía, a Yahweh, y todo mi interior el nombre de su santidad» (lit.). «El nombre de su santidad» es un hebraísmo que equivale a «su nombre santo». También puede observarse el paralelismo de sinonimia, por el que «el nombre» sustituye a «Yahweh». En Amós 2:7, cuya frase final dice literalmente: «con el fin de profanar el nombre de mi santidad». Dios no se refiere en este texto al pecado de fornicación *en sí*, sino a las prácticas inmorales asociadas con el culto a la diosa Astarté. En Amós 4:2, leemos: «El Señor (heb. Adonay) Yahweh ha jurado por su santidad», equivalente a «su santo nombre». Respecto a lo que he dicho del «Nombre», como «fama» o «prestigio» que Dios adquiere con su poder, etc., leemos

en Habacuc 3:2: «Oh Yahweh, he oído lo que se dice de ti (lit. *lo que tú haces oír*), y temo» (perfecto ingresivo en hebreo).

- C) En el N.T., se llama a Jesús «el santo de Dios» (Mr. 1:24; Lc. 4:34), hasta aplicársele en algunos lugares, lo de «el Santo» en exclusiva (ver Lc. 1:35; Hch. 3:14; 1 Jn. 2:20; Ap. 3:7). Según los MSS más fiables, en Juan 6:69, la última frase es «el santo de Dios». En la oración, que el grupo de fieles reunido –al parecer, en el Aposento Alto– elevan al «dueño» (lit.) que hizo todo cuanto existe, dicen «tu santo Hijo Jesús» (Hch. 4:27, 30). He mencionado de pasada Lucas 1:35, pero ese versículo merece mayor atención por la incorrecta puntuación que las versiones nuestras aplican a la última frase: «por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios». Esta puntuación insinúa que, precisamente *por nacer de María en virtud de la acción del Espíritu Santo*, sin «conocimiento de varón» por parte de ella, *el Santo Ser, es decir, Jesucristo, sería llamado HIJO DE DIOS*. La consecuencia lógica es, en este caso, que *Jesús es el Hijo del Espíritu Santo; y María, Esposa del mismo Espíritu Santo*. Con la debida puntuación, esta grave herejía queda anulada. Las versiones católicas, más atentas que las nuestras al fondo teológico del texto sagrado, puntúan el versículo como es debido. Escojo la lectura del NTT por su maravilloso ajuste al original: «por lo cual también lo que nacerá será llamado Santo, Hijo de Dios».

4. Pasos que Dios ha dado en la santificación de su pueblo

- A') Desde que, con el llamamiento de Abram (después, Abraham) en Génesis 12:1, empieza de lleno la historia de la salvación, Dios separa un pueblo para Sí, pacta con este pueblo un convenio de santidad (ver en especial Lv. 19:2), y le da una ley santa (Ro. 7:12), un ceremonial sagrado, como se ve a todo lo largo del Levítico, y unas promesas también santas (ver Sal. 105:42).
- B') En cuanto estuvo de su parte, Dios preservó del pecado y del error a su pueblo, le aplicó los necesarios correctivos como un buen Padre, lo fue conduciendo con su gracia, Su Espíritu y Su palabra de instrucción y reprensión. Sus promesas de una sanación/salvación final de Su pueblo (véase Sof. 3:17; Mal. 4:2; Ro. 11:25-29) nunca han sido anuladas.
- C') Aquel pueblo de dura cerviz y corazón de piedra *revivió* tras la deportación a Babilonia (ver Ez. caps. 36 y 37) y se curó para siempre de la

idolatría y el culto a varios dioses (ver 1 R. 18:21), aferrándose con tal fuerza al monoteísmo, que quedaron, en su mayoría incapacitados para entender que pudiera darse una pluralidad de personas en la única deidad. Ver, por ejemplo, Juan 5:17-18; 8:58-59; 10:30-33.

- D') Pero quienes habían aprendido la verdadera lección de la humildad y el sincero arrepentimiento, vinieron a constituir «el remanente de Israel» (ver Is. 1:9; Sof. 3:12-13) y, al nacer Jesús, fue reconocido por el «remanente» de su tiempo: María y José, los pastores (Lc. 2:8-20), «el justo y piadoso Simeón» (Lc. 2:25 –¡nótese que la Biblia no lo llama *anciano*! Es una falsa tradición), la profetisa Ana (Lc. 2:36-38), los discípulos (ver, p.ej., 1:37-49) y cuantos, al convertirse al Señor, ven que el velo es retirado del corazón de ellos (2 Co. 3:14-16).
- E') En el N.T., el plan de Dios para la santificación de Su pueblo adquiere nuevas dimensiones. En Isaías 5:1-7, «la casa de Israel» (v. 7) es presentada como una viña que Yahweh de las huestes había plantado con predilección y protegido con todo cuidado; pero, en lugar de las uvas exquisitas que tenía derecho a esperar, le había dado agraces (v. 4). Ahora, esa viña ingrata y vil va a ser sustituida por una sola cepa, «la vid verdadera» (Jn. 15:1), esto es, la genuina, la que da fruto que corresponde a la calidad de la planta; es Cristo, y «separados de él nada podemos hacer» (v. 5); es un injerto destinado a copiar en nosotros los rasgos de la vida de Jesús (ver Ro. 6:5). No sólo eso, sino que Cristo se constituye en Cabeza de su Cuerpo que es la Iglesia (Ef. 1:22-23; 5:23; Col. 1:24). Finalmente, Cristo es el Esposo, y la Iglesia es su Esposa (ver Jn. 3:28-29; Ef. 5:23-32; Ap. 19:7-9). Cada iglesia local (ver 2 Co. 11:2-3) es Esposa de Cristo. No es, pues, bíblica la idea de que sólo las monjas y demás religiosas de la Iglesia de Roma son «esposas de Cristo».

5. Consideraciones para reflexionar personalmente

- (A^o) Si nuestra santidad no refleja por igual la trascendencia y la inmanencia de Dios (ver Stg. 1:27 –la trascendencia aparece en la última frase; la inmanencia en la penúltima)– *no es genuina*. La preocupación por los demás (Jn. 13:34-35; Ro. 12:9-21; 1 Co. 12:12-27; Ef. 5:1-2; Fil. 2:2-4; 1 Jn. 3:16-18; 4:20-21) es de la esencia misma del cristianismo. ¿Cuál es el secreto? Vamos a ver un ejemplo sublime en la primitiva cristiandad (Hch. 4:24-35). «Un mismo sentimiento» (v. 24) movió a los reunidos en el «culto»

a orar con inteligencia, corazón y eficacia, lo mismo que a desprenderse de todo egoísmo en aras del amor fraternal. Dice textualmente el v. 32: «Uno solo era el corazón y el alma de la multitud de los que habían creído...». Donde hay eso, hay armonía y ausencia de chismes, discusiones y divisiones.

- B") Nótese qué bien se desarrolla toda la conducta cristiana (cultural, conyugal, familiar, social), siempre que el creyente recibe la llenura del Espíritu (Ef. 5:18-6:9), la cual no es exclusiva de unos cuantos, sino imperativa para todos, pues todos *fueron sellados con el Espíritu Santo al creer en el Evangelio* (Ef. 1:3-13; los tres verbos de este versículo están en el mismo tiempo; no cabe ninguna separación cronológica). Respecto a la santificación en el plano conyugal, Pedro nos ofrece, en 1 P. 3:1-7, una sapientísima exhortación a mujeres y a maridos. La frase final dice así: «... para que vuestras oraciones no sean estorbadas» -RV 77. Copio de mi comentario en M. Henry: «Si las mujeres prestan a los maridos el debido respeto, y los maridos a las mujeres la debida consideración, esas oraciones suben al trono de la gracia sin estorbos en el tráfico que va en dirección al cielo. Pero si hay disensión, resentimiento, rencillas sin solucionar ni perdonar (como heridas no vendadas) esas oraciones hallan un estorbo, una barrera, en su ascenso; las señales de "tráfico" pregonan un "desvío"». Por su especie de «instinto religioso», las mujeres caen más fácilmente en la equivocación de pensar que cuanto más se dediquen a Dios (a la «obra» que sea, dentro o fuera de la iglesia), menos tienen que preocuparse de los maridos y, a veces, de los hijos.
- C") Por ser Jesús «el Santo» (ver el punto 4, C), los cristianos somos también «santos» (véase Hch. 9:13; Ro. 1:7; 16:15; 1 Co. 1:2, etc.). De dos maneras: (a) *posicional* (ver 1 Co. 1:30); (b) *experimental y progresiva* (ver Ro. 8:4-11; Gá. 5:16-25; Col. 2:6-7; 1 P. 1:2). La primera es fruto de la obra de Cristo; la segunda es efecto de la operación del Espíritu Santo. En someterse a la acción santificadora del Espíritu está *la voluntad de Dios* (1 Ts. 4:3 -gr. *thélema* = lo que Dios quiere). De ahí la exhortación de Pablo en Romanos 12:1ss., convocando a un «culto de consagración personal en el altar del sacrificio».
- D") Sabemos que la culpa del pecado es limpiada por la sangre de Cristo (v. 1 Jn. 1:7) y que el *poder* del pecado es contrarrestado, a nivel judicial por nuestra complantación con Cristo (Ro. 6:5-6), y a nivel experimental

haciendo morir las obras de la carne por el Espíritu (Ro. 8:13); pero la *presencia* del pecado (que tan vivamente sentía Pablo –ver Ro. 7:17) no desaparece hasta que llegue «la redención de nuestro cuerpo» (Ro. 8:23). Por eso, en todo tiempo, el cristiano tiene que estar armado con «toda la armadura de Dios» (Ef. 6:13-17) para resistir las asechanzas del diablo (Ef. 6:11) y no dejarse dominar por las tres concupiscencias que imperan en el mundo: «la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos y la jactancia de los bienes terrenos» (NTT). La última de estas tres concupiscencias, que yo parafraseo de este modo: «la ostentación vanidosa del tren de vida» ataca desdichadamente a no pocos de los líderes y «personas importantes» de nuestras iglesias, con lo que el liderazgo espiritual se pone en manos del poder temporal que son los «bienes terrenos» (gr. *Tou bíou*, la misma expresión de 3:17: *ton bíon tou kósmou* = «los bienes de este mundo»). ¡Qué materia de reflexión para todo creyente! Estas concupiscencias fueron el primer efecto del primer pecado de Eva (Gn. 3:6), y con ellas tentó el diablo al Señor (véase Mt. 4:3-11; Lc. 4:3-12). Jesús venció brillantemente la tentación, y lo mismo debemos hacer nosotros también (ver 1 Jn. 3:3) por medio de la fe que venció al mundo (ver 1 Jn. 5:4-5).

E”) Cinco siglos antes del nacimiento de Cristo, Esopo, el famoso fabulista griego, estampó en la fábula de *las dos alforjas* la verdadera condición del ser humano: En la alforja que tenemos delante, llevamos los defectos ajenos; por eso los vemos con tanta claridad. En la que va colgada a nuestra espalda llevamos los defectos propios; por eso nos cuesta verlos. La Biblia nos ofrece, no una fábula, sino una aplicación de la moraleja de Esopo a la vida real *de un gran hombre de Dios*: Isaías, quien, en el capítulo 5 de su profecía, repite *seis veces* (vv. 8, 11, 18, 20, 21 y 22) ese «¡Ay de los...!», señalando con el índice a los grandes prevaricadores de la casa de Israel, pero ante la visión de la gloria de Yahweh de las huestes es presa del pavor y vuelve el índice hacia sí mismo, diciendo: «¡Ay de mí! ¡Estoy perdido!» (el verbo heb. no significa *morir* –aunque esto se incluye–, sino *quedar arruinado*). Sólo si nos paramos a contemplar la infinita santidad de Dios y nuestra propia indignidad para estar en Su presencia, aprenderemos a no fijarnos en las faltas y defectos ajenos, y a corregir los nuestros con la gracia de Dios.

F”) Y esto nos lleva a una última consideración de carácter devocional acerca de este tema de la santidad de Dios. Es probable que no haya nada tan importante para nuestra salud espiritual como el vernos constantemente

a nosotros mismos en la presencia de Dios, bajo su mirada escrutadora, penetrante, a la que no se oculta ni el más leve asomo de rivalidad, envidia o resentimiento que alberguemos en el fondo de nuestro corazón contra cualquier persona, especialmente si es un hermano o hermana en la fe cristiana. Antes de pensar un juicio temerario, consideremos que Dios lo ve y lo juzga, ¿nos atreveremos a darle pábulo? Antes de decir una palabra hiriente, desdeñosa, burlona, consideremos que «Dios la sabe toda antes de que esté en nuestra lengua» (Sal. 139:4); ¿nos atreveremos a pronunciarla? Nos tienta el diablo, o algún mal sujeto o nuestra propia concupiscencia para llevar a cabo una acción indigna de un creyente, ¿nos atreveremos a llevarla a cabo, sabiendo que Dios nos está viendo? ¿Por qué no comenzar *ahora mismo* a echar mano de este saludable remedio?

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 14

- 1ª pregunta** Vemos en la santidad de Dios dos aspectos complementarios: Su distancia infinita del pecado y Su dedicación absoluta a mantener el honor y la dignidad de Su Santo Nombre. Porciones como Génesis 2:3; Éxodo 20:11; 26:33; 29:44; 30:25-33; Salmos 22:3; 24:3; 71:22; 78:41; 89:18; 99:3, 5, 9; Isaías 1:4; 5:19, 24; 6:3, etc., nos presentan suficientemente la santidad de Dios en su doble vertiente. La consecuencia es la siguiente: Hemos de ser santos, precisamente porque Él es Santo; solamente así se muestra que somos Su pueblo, Sus hijos (véase Lv. 11:44-45; 19:2-6; 20:26; Zac. 14:20-21 –escatológico–; Ro. 12:1; 2 Co. 6:14-18; 7:1; Ef. 2:21; 5:26-27 –escatológico–; He. 12:10, 14; 1 P. 1:16). ¿Qué formas de conducta cree Vd. que se ajustan a estas demandas de santidad en nuestra vida cotidiana, y qué formas *no* se ajustan, aun cuando tengan a veces «apariencia de piedad» (2 Ti. 3:5)?
- 2ª pregunta** Descendiendo a casos concretos de la Palabra de Dios, mi opinión personal acerca de la santidad genuina y práctica se fija especialmente en tres porciones del N.T., como buenas «pruebas» para pasar el «examen»: 1ª) *1 Juan 3:16-18*, para todo creyente con bienes de este mundo; 2ª) *Lucas 10:30-37*, especialmente para varones; 3ª) *1 Pedro 3:1-6*, específica para casadas con maridos difíciles. ¿Le parecen atinadas estas porciones, o tiene Vd. preferencia por otras?
- 3ª pregunta** Santiago (1:23-25) compara «la perfecta ley» con un espejo en que cada uno de nosotros puede ver sus defectos. ¿Lo mira usted –lo miro yo– de frente, o de lado (dirigido hacia otros)?
- 4ª pregunta** ¿Tiene Vd. adquirido el hábito de sentirse *visto fijamente* por Dios, por dentro y por fuera, en cada momento de su vida? No es necesario, por supuesto, tener siempre conciencia directa de esta presencia divina.

LECCIÓN 15

La benevolencia de Dios

I. INTRODUCCIÓN

Como ya anticipábamos en la lección 14, la *benevolencia* de Dios se expresa mediante la frase «DIOS ES AMOR» (1 Jn. 4:8, 16). Aunque no podamos asegurar que, al repetir la frase, Juan intentó poner el AMOR en un nivel superior al de la LUZ (la *benevolencia* más alta que la *pureza*), lo cierto es que esta perfección llama nuestra atención dos veces en un mismo capítulo de la Biblia. Para destacar la primacía absoluta del amor (en nosotros, como comunión en el amor de la Trina Deidad), basta leer 1 Corintios 13 –todo el capítulo, hasta esa frase final: «mas el mayor de éstos, el amor» (lit.).

1. ¿Qué entendemos aquí por AMOR?

De un excelente artículo de Claude Wiéner, en *Vocabulario de Teología Bíblica* (VTB), editado por Herder (Barcelona, 1977), páginas 75 y siguientes, extractamos lo siguiente:

«Dios es amor». «Amaos los unos a los otros». El hombre, antes de llegar a esta cima de la revelación del N.T., debe purificar las concepciones totalmente humanas que se forman del amor, para acoger el misterio del amor divino, el cual pasa por la cruz. La palabra «amor» designa, en efecto, gran cantidad de cosas diferentes, carnales o espirituales, pasionales o pensadas, graves o ligeras, que expansionan o que destruyen. Se ama una cosa agradable, a un animal, a un compañero de trabajo, a un amigo, a los padres, a los hijos, a una mujer. El hombre bíblico conoce todo esto...

Con frecuencia se mezcla en ello el pecado, pero también hallamos rectitud, profundidad y sinceridad bajo palabras habitualmente sobrias y discretas.

Israel, poco llevado a la abstracción intelectual, da con frecuencia a las palabras una coloración afectiva: para él, conocer es ya amar; su fidelidad a los vínculos sociales y familiares (*jesea*) está totalmente impregnada de arranque y de espontaneidad generosa (cf. Gn. 24:49; Jos. 2:12 y ss., Rut 3:10; Zac. 7:9).

En una palabra, el hombre bíblico sabe el valor de la afectividad (cf. Pr. 15:17), aun cuando no ignora sus riesgos... Cuando la noción de amor penetra su psicología religiosa, está completamente cargada de una experiencia humana densa y concreta. Al mismo tiempo, suscita numerosas cuestiones. Dios, tan grande, tan puro, ¿puede abajarse a amar al hombre, pequeño, pecador? Y si Dios tiene la condescendencia de amar el hombre, ¿cómo podrá el hombre corresponder con amor a ese amor? ¿Qué relación existe entre el amor de Dios y el amor de los hombres? Las religiones se esfuerzan, cada una a su manera, por responder a estas cuestiones, cayendo ordinariamente en uno de dos extremos opuestos: relegar el amor de Dios a una esfera inaccesible, a fin de mantener la distancia entre Dios y el hombre, o profanar el amor de Dios convirtiéndolo en un amor totalmente humano, a fin de hacer a Dios presente al hombre. A estas búsquedas metafísicas o místicas responde la Biblia con claridad. Dios ha tomado la iniciativa de un diálogo de amor con los hombres; en nombre de este amor, los induce y les enseña a amarse unos a otros».

Hasta aquí, Claude Wiéner. Creo que, con estas claras ideas en mente, podremos entender mejor todo lo que diremos a continuación.

2. *El amor, como tendencia hacia el bien*

Así como la mente *tiende* hacia la verdad objetiva, así también la voluntad (no como agencia ejecutiva, sino como inclinación a un objeto) *tiende* hacia el bien concreto. *Tender* hacia algo equivale a *extenderse* hacia ese «algo». Pero, en esta *extensión*, que es una *tensión*, la mente y la voluntad (el «corazón») actúan en dirección opuesta: La mente *tiende* hacia la verdad *para poseerla*; la voluntad-inclinación *tiende* hacia el bien *porque ha sido poseída por él*. De aquí se deduce una consecuencia de suma importancia para la vida espiritual: *Somos*

poseídos por aquello que amamos. Por eso dice el Señor: «No os hagáis tesoros en la tierra, ... sino haceos tesoros en el cielo... *Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*» (Mt. 6:19-21).

Ahora bien, el que es poseído se convierte en «siervo» del que lo posee. Y la alternativa de «dueño» es única: *o Dios o Mamón* –el dinero personificado (Mt. 6:24 –muy cerca de los vv. antes citados).

Pero hay otra consecuencia sumamente consoladora para «el que permanece en amor» (1 Jn. 4:16): **se da una mutua inmanencia entre Dios y él:** «Dios permanece en él, y él en Dios» (así continúa el v. que acabamos de citar). Es una interpenetración amorosa (la noción bíblica de «conocimiento») entre el creyente y la Trina Deidad (ver también Jn. 14:23), donde el Padre toma la iniciativa, para llevarla a cabo por el Hijo, y sellarla con el Espíritu con garantía de perpetuidad.

3. *Distintos modos de tender el amor de Dios hacia algo o alguien*

En Dios no cabe la tendencia egoísta hacia el bien, *a la no difusión del bien propio*; en otras palabras, en Dios es imposible el amor de *concupiscencia*, porque: (a) Dios es infinitamente *rico* –el Universo entero es suyo; él lo creó, lo conserva, lo dirige y controla; (b) Dios es infinitamente *altruista*. No sólo es propio de su naturaleza *el dar* (ver Stg. 1:17), sino *el dar con el mayor sacrificio posible de Su parte* (ver, p. ej., Jn. 3:16). Más aún, dentro de la Trina Deidad, *cada Persona vive de darse a las otras dos*.

Pero hay una doble tendencia en Dios, siempre actuante y también *comunicable* a los creyentes, ya que éstos *tienen comunión en la naturaleza divina* (2 P. 1:4), lo cual tiene inmensa importancia para la reflexión devocional.

- A) Tendencia hacia el bien que ya existe –amor de *complacencia*. Dios se complace en todo bien, así como le disgusta todo mal que ve. Esta tendencia se extiende *únicamente* al presente, no al pasado ni al futuro. Por ejemplo, se complace en el *justo cuando es justo*, *no* cuando no era todavía convertido ni cuando comete injusticia después de convertido. Esto es algo que la palabra de Dios nos enseña a cada paso, avisándonos que *la justicia de hoy no cubre la injusticia de mañana, ni la injusticia de hoy mancha la justicia de mañana* (ver Ez. 33:12-20). **LO MISMO HEMOS DE HACER LOS CREYENTES, COMO HIJOS DE DIOS.** «Detestando lo maligno, apegándonos a lo bueno», nos dice Su palabra (Ro. 12:9b

-lit.). La idea -bastante extendida- de que Dios *se complacía desde la eternidad en los que habían de ser salvos CUANDO AÚN NO LO ERAN*, no tiene ningún fundamento en la Biblia.

B) Tendencia hacia el bien ajeno que no existe, pero que se desea que exista -amor de *benevolencia*. Con este amor Dios *ama al perdido* y desea que sea salvo y venga al conocimiento de la verdad (véase, p.ej., Lc. 19:10; 1 Ti. 2:4; 2 P. 3:9). Aquí está el origen de la *gracia* como «favor de Dios al hombre», algo que el ser humano por sus propias fuerzas no puede alcanzar ni merecer. En realidad no es sólo un *favor inmerecido*, sino también *desmerecido*, como se ve por el clímax que establece Pablo en Romanos 5:6-10 (*débiles... pecadores... enemigos*). Ahora bien, el amor de benevolencia tiene también sus *exigencias*:

(a) En la benevolencia hacia el *inconvertido*, el amor de Dios exige que se satisfagan las demandas de Su justicia santa. Ésta es, en realidad, una exigencia de Dios consigo mismo, ya que el *inconvertido* no puede hacer nada que merezca su justificación, y queda satisfecha con la obra de la Cruz (ver 2 Co. 5:19, 21).

(b) En la benevolencia hacia el ya *justificado*, el amor de Dios exige la dedicación entera del creyente, partiendo del corazón, llegando hasta el sacrificio de la vida entera y alcanzando un tono propio del verdadero culto a Dios (Ro. 12:1-2). Sin una dedicación cordial, en sinceridad de vida, de nada sirve la «religión» (ver Os. 6:6; Mt. 5:23-24; 9:13; 12:7; Stg. 1:26-27; 1 Jn. 3:16-18).

4. Necesidad de someterse a la disciplina

La Biblia no deja lugar a dudas de que el amor de Dios no sólo se muestra en *regalar favores*, sino también en *imponer correcciones*. De lo contrario, Dios no sería un *buen Padre*, y los creyentes no seríamos hijos, sino *bastardos* (He. 12:6-11). La disciplina de Dios tiene de peculiar:

A') Que *no se equivoca*, ni (a) en el *punto* donde ataca, pues va directamente a lo que necesita corrección, cosa en que muchas veces se equivocan los padres terrenos, ni (b) en la *medida* con que ataca, pues corrige hasta el nivel máximo de conveniencia para el sujeto, ni más ni menos, cosa en que también yerran a veces los padres terrenos, por parte de más o por parte de menos, ni (c) en la *motivación* que le lleva a corregir, pues

siempre corrige por amor y con justicia, cosa que muchas veces se echa de menos en las correcciones de los padres terrenos, muchos de los cuales actúan en sus correcciones por otros motivos que no son el verdadero *amor* al hijo o a la hija.

B') Que actúa siempre con eficacia *en el interior* del sujeto, a una profundidad inaccesible para los padres terrenos, por muy bien que éstos conozcan los mejores métodos de la pedagogía. Esta eficacia de la disciplina de Dios se lleva a cabo en dos niveles distintos, pero complementarios:

(a) *Extirpando lo malo*, tanto por medio de Su palabra, que es «como *martillo* que quebranta la piedra, y como *fuego*» que calcina lo quebrantado (Jer. 23:29), como por Su Espíritu, encargado de poner un *corazón nuevo, corazón capaz de vibrar al unísono con el corazón de Dios*, que sustituirá al corazón de piedra (Ez. 36:26, 27). Aquí cabría tratar de la *contrición*, pero lo dejamos para la Parte 3, que es su lugar.

(b) *Mejorando lo bueno*, como se hace con los metales preciosos en el crisol, ya sea *apartando la escoria de lo nocivo o inútil* (ver 1 Co. 3:15; He. 12:29), ya sea *refinando para aumentar los quilates*, privilegio reservado para aquellos a quienes Dios llama a una comunión más íntima con Él (ver Is. 13:12; Mal. 3:3).

5. *Vocablos del Antiguo Testamento que expresan el amor de Dios hacia Su pueblo*

En respuesta a la petición de Moisés de ver la gloria de Dios (Éx. 33:18), Dios responde «*proclamando el nombre de Yahweh*» (Éx. 34:5), que, como se ve por los vv. 6 y 7, equivale a describir las trece características esenciales y naturales de Dios –una de las razones por las que el número 13 es de buena fortuna para los judíos. Voy a traducir los versículos mencionados como lo hace admirablemente la Biblia de las Américas, ajustadísima al original, excepto en lo de cambiar el YHWH por «el Señor». Iré numerando, al mismo tiempo, cada característica:

«Entonces pasó Yahweh por delante de él, y proclamó: 1) Yahweh, Yahweh, 2) Dios 3) compasivo y 4) clemente, 5) lento para la ira 6) y abundante en misericordia 7) y verdad; 8) el que guarda misericordia a millares, 9) el que perdona la iniquidad, 10) la transgresión 11) y el pecado, 12) y que no tendrá por inocente (al culpable); 13) el que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación».

Notará el lector que, de las trece características que cualifican el modo de ser y actuar de Dios, *once* muestran Su benevolencia; sólo *dos* manifiestan el lado austero de Su justicia en no dejar impune el pecado. Véase en la lección 13, *Parte 2ª*, 4, D”), (b), lo que digo acerca de la característica nº 13 («el que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación»). Respecto a la nº 12, observará el lector que he puesto en paréntesis lo de «al culpable» (la B. de las Américas, como de costumbre –también la RV anterior al 1960 lo hacía–, lo pone en cursiva). No es posible hacer de la frase hebrea *venaqqéh lo yennaqqéh* una versión que, siendo ajustada al original, sea al mismo tiempo comprensible. Literalmente dice: «y absolviendo, no absuelve». Los rabinos dan una explicación plausible: «absolviendo –al arrepentido, pero no absolviendo –al que no se arrepiente».

Voy ahora a explicar las once primeras características:

(1) «*Yahweh, Yahweh*» Es el Nombre más sagrado. Como ya dijimos en la lección 2, 1, B), expresa la actuación protectora y salvadora de Dios hacia Su pueblo. El Talmud entiende esta repetición como una indicación de que Dios es siempre el mismo Dios misericordioso, tanto cuando el hombre ha pecado, como antes de que haya pecado: el cambio que debe efectuarse, se ha de hacer en el corazón del pecador, no en la naturaleza de la Deidad. En mi opinión, es una frase completa en la que, como ocurre en hebreo –donde el verbo *ser* no se expresa–, fácilmente se entiende el sentido: «Yahweh es Yahweh». Es siempre el mismo Dios amoroso, misericordioso, perdonador, etc.

(2) «*Dios*». En hebreo *el* –abreviatura de *elohim*–, en su primario sentido, no en el de «fuerte» (como en la RV), pues ese significado está totalmente fuera del contexto de *benevolencia*. Nos presenta a Dios como al Creador, Gobernador y Dueño del Universo, especialmente en su relación con la humanidad.

(3) «*Compasivo*». En hebreo, *rajúm* (comp. Lm. 3:22 «sus compasiones» –heb. *rajamáiw*). Lo de «misericordioso» vendrá después, aunque de otra forma. Cada vocablo tiene su significado específico, y no debe confundirse con ningún otro. Esta característica presenta a Dios lleno de comprensión, simpatía y afecto hacia los sufrimientos y miserias, producto de nuestra debilidad física y moral.

(4) «*Clemente*». En hebreo, *jannún*, de la misma raíz que *jen* = «gracia», en sentido de favor inmerecido. Presenta a Dios como quien se *apiada* de la

aflicción, la opresión, la miseria, etc., ajenas. La diferencia entre esta característica y la anterior («compasivo») está en que la «clemencia» añade a la «compasión» el ánimo de llevar a cabo lo que la compasión supone de «impresión emocional» en el corazón de Dios. en una palabra, la «gracia» lleva a cabo la «compasión» que Dios siente.

(5) «*Lento para la ira*». El hebreo dice expresivamente: «*largo de rostro*» (o, mejor, «largo de narices»), antropomorfismo que, en mi opinión, significa que, al contrario que los humanos que se crispan, aprietan los dientes y contraen los músculos faciales, Dios tiene siempre, ante la provocación, un rostro relajado, distendido, tranquilo.

(6) «*Abundante en misericordia*»: En hebreo, *rav-jesed*; «abundante» (*rav*), dice más que «grande» (heb. *gadhól –gadól*), pues, como indica su etimología, da idea de algo que ha crecido hasta «desbordarse», alcanzando siempre un nivel inmensamente más alto que el merecimiento que pudiese obtener cualquier ser humano.

(7) «... y *verdad*»; es decir, «*abundante de igual modo en verdad*» (heb. *rav-jésed veemet*), donde *emet* = «verdad» –como siempre en Dios– es de algún modo, sustitutivo de «fidelidad», pues la *verdad práctica* de Dios consiste en ser *fiel a Sí mismo*, como ya dijimos en la lección 11, 4, B). Comp. con la exhortación de Pablo a «seguir la *verdad en amor*» (Ef. 4:15). Si bien se mira, la frase completa «*abundante en misericordia y verdad*» tiene un tono trinitario, pues el «desbordamiento» bien se puede aplicar al Padre (comp. Jn. 3:16 «de tal manera amó Dios...»), la «misericordia» (etimol. «*corazón inclinado hacia la miseria*») es el *amor compasivo* de Dios, «*derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo*» (Ro. 5:5), mientras que la «verdad» está sólidamente asentada en la «palabra de Dios» (Jn. 17:17b), especialmente, en la *Palabra* con mayúscula, **el Verbo (Lógos) de Dios** (Jn. 1:1, 14, etc). Ese mismo equilibrio trinitario ha de reflejarse en cada creyente y en la comunidad eclesial (ver todo el punto 4 de la lecc. 6).

(8) «*El que guarda misericordia a millares*». En hebreo, *notzér jeséd la-alafim*. En atención a los patriarcas (Abraham, Isaac, Israel), muestra su amor maravilloso, inmerecido, a mil generaciones de sus descendientes; donde «mil» no es un número cerrado, sino que equivale a «por siempre» (comp. Ro. 11:29), en contraste con «la *tercera* y la *cuarta* generación», en cuanto a «castigar» (lit. visitar) la iniquidad de los padres.

(9) «*El que perdona la iniquidad*». En hebreo, *nosé avón* (o *awón* –vocablo específico para expresar la «iniquidad», la «infracción de la ley», perpetrada con entera deliberación y hostilidad hacia el Dador de la Ley). Dios muestra aquí su longanimidad ante el desafío que el inicuo presenta.

(10) «*El que perdona... la transgresión*». El hebreo *peshá*, afín –pariente– de *pasa* (pasar, ¡la pascua! En Éx. 12:11-12, 27), significa específicamente «transgresión», vocablo latino que equivale a *traspasar un límite* –el límite que la ley de Dios pone ante nuestra libertad, con el fin de que no se desmande, con perjuicio de nosotros mismos, puesto que los mandamientos de Dios no están ordenados a destruir, sino a dirigir y proteger, nuestra libertad.

(11) «*El que perdona... el pecado*». El hebreo *jattaáb* es una forma del vocablo –raíz *jet* = «pecado, obstáculo, barrera», «desvío de la meta deseable», «errar el blanco». Esa forma *jattaáb*, que aquí vemos, es sumamente expresiva, pues es enteramente *el mismo vocablo* que significa «ofrenda por el pecado», con lo que se insinúa lo «tremendo» del remedio que Dios hubo de aplicar –¡la Cruz!– para borrar de nuestra existencia el pecado que nos condenaba.

En cuanto a otros vocablos hebreos con que en el A.T. se expresa el amor de Dios, diremos que, de los muchos que podrían citarse, destacan cinco:

- A) El verbo *abéb*, que sirve para expresar tanto el amor de Dios como el del hombre, e incluso el «amor» hacia objetos inanimados como el alimento (Gn. 27:4), la sabiduría (Pr. 4:6), el sueño (Pr. 20:13), la agricultura (2 Cr. 26:10) y el bien (Am. 5:15).
- B) El nombre *ahabá*, que expresa primariamente el amor humano, como se ve en el uso frecuente que de este vocablo se hace en el *Cantar de los Cantares*, aunque también se usa para expresar el amor divino (véase Is. 63:9; Jer. 31:3; Os. 11:4; Sof. 3:17). Incluso fonéticamente, el hebreo *ahabá* se parece al griego *ágape*, pero éste alcanza un nivel mucho más elevado que aquél.
- C) El nombre *dod*, que tiene un matiz sexual en cuanto a que sirve para expresar la relación «amante»-«amada», y en este sentido ocurre muchas veces en el *Cantar*.
- D) El nombre *jeséd*, ya mencionado varias veces en esta misma lección, que expresa un incansable amor, lleno de misericordia hacia el necesitado.

- E) Finalmente, el verbo *yadád* = «echar suertes, escoger», «amar, preferir», y el nombre derivado *yadíd* = «amigo preferido, predilecto». Por eso, para indicar que Dios escogió a Salomón, entre los demás hijos de David, para suceder a su padre, el mismo Dios, por medio de Natán, le impuso el nombre de *Yedidi-Yah* (Reina-Valera, *Jedidías*), como puede verse en 2 Samuel 12:25. El nombre *yadíd* (o, en su forma constructa, *yedíd*) es usado en un contexto poético para designar al «amigo amado», como puede verse en Deuteronomio 33:12; Salmos 60:6; 108:6; 127:2; Isaías 5:1 (dos veces); Jeremías 11:15.

6. Vocablos del N.T. que sirven para expresar el amor de Dios

Existen en griego varios vocablos para expresar el amor, pero, entre los cuatro principales, sólo dos tienen aplicación con respecto a Dios.

- A') El primero y principal de ellos es el verbo *agapán* = «amar», y el nombre derivado *agápe*, ya mencionados. Es un amor *sublime*, que tiene sus raíces en el Cielo (ver 1 Jn. 3:1), aunque dé sus mejores frutos en la Tierra, por la pura benevolencia del Trino Dios. Es un amor que se satisface con *darse*, incluso cuando no hay correspondencia (y aun cuando no se espera esa correspondencia). Es, de parte de Dios, total altruismo, purísima generosidad; a este nivel, no puede llegar ninguna criatura. En la LXX, sirve, casi siempre, para verter el verbo hebreo *abéb*.
- B') El verbo más usado en el griego clásico para expresar el amor es *philéin*, pero se usa muy poco en la LXX. Ocurre 25 veces en el N.T. y tiene un tono cálido, entrañable, emocional, propio de la verdadera amistad y no se satisface si no hay correspondencia. Para notar su contraste con el verbo *agapán*, voy a citar dos lugares, ambos en *Juan*:
- (a) *Juan 11:3*. «Enviaron, pues, las hermanas para decir (a Jesús): Señor, he aquí el que *amas* (gr. *philéis*) está enfermo...» *Versículo 5*: «Y *amaba* (gr. *egápa*) Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro». Con el verbo *egápa* (en pret. imperf.), de nivel superior, engloba a los tres, pero el verbo *philéis*, cálido, de amistad entrañable, emocional, se reserva para Lázaro.
- (b) *Juan 21:15-17*. Aquí, el contraste es más notable todavía. En las dos primeras preguntas, Jesús se dirige a Pedro mediante el uso del verbo *agapán* («*ámasme?*» –gr. *Agapás me?*), pero Pedro no se atreve a usar un verbo que implica una generosidad tan grande, y le responde con el verbo

philéin («tú sabes que te amo» –gr. *philó se*). Así que, en la tercera pregunta, Jesús condesciende a usar el mismo verbo que Pedro había empleado: «Le dijo la tercera vez... *¿me amas?* (gr. *philéis me?*)». Pedro se entristece, al adivinar que estas preguntas de Cristo podrían corresponder a sus tres negaciones de Cristo, y responde: «Señor, tú lo sabes (gr. *óidas*) todo; tú conoces (gr. *ginóskeis*) que te amo (gr. *philó se*)». Jesús ha condescendido bajando al nivel de Pedro, pues usa ahora el mismo verbo que Pedro ha usado al responder a las dos primeras preguntas, y, conociendo por su presciencia divina, que Pedro se iba a entristecer esta tercera vez, opta por usar el verbo del amor cálido, entrañable, característico de este Apóstol, a fin de paliar algún tanto la tristeza saludable que le va a causar. Hay otro detalle que no debe pasar sin mención. Al decir «tú *sabes* que te amo», Pedro ha usado el verbo *óidas*, y también lo ha hecho en la 1ª parte de su 3ª respuesta; pero en la 2ª parte ha cambiado ese verbo por el de mayor intimidad y profundidad *ginóskeis*.

Otros dos vocablos griegos que también significan «amor», y son frecuentes en el griego no bíblico, jamás se usan en el N.T. Son los siguientes:

- C) *Storgé* = «amor», en sentido de afecto entre padres e hijos, o entre hermanos (del verbo *stérgeo*). El adjetivo que indica lo opuesto a *storgé* = «*ástorgos*», que ocurre únicamente en Romanos 1:31 y 2 Timoteo 3:3 y está muy bien traducido en la Reina-Valera por «sin afecto natural», influyó lo suficiente en la ausencia de *storgé*.
- D) *Eros*, que expresa un amor posesivo, de tinte sensual, cuando no sexual. Hay un agudísimo contraste entre *éros* y *agápe*. «*Eros* –dice L. Morris (*Testaments of Love*, pág. 128)– tiene dos características principales: es un amor que se otorga a quien se lo merece y es un amor que desea poseer. *Agápe* está en contraste con *éros* en ambos puntos: es un amor que no depende del merecimiento ajeno y es un amor que no busca poseer; por el contrario, se da sin atención a los méritos y es un amor que busca dar» (traduzco del inglés).

7. *Ciertos términos bíblicos que están estrechamente relacionados con el amor benévolo de Dios*

- A) *Bondad*. Es un término genérico para designar la benevolencia de Dios hacia los hombres como *criaturas* Suyas (ver, p.ej., Hch. 14:17).

- B”) *Gracia*. Como ya se dijo anteriormente, es el *favor* no merecido; en nuestro caso (ver Ro. 5:6-10), des-merecido.
- C”) *Longanimidad*. Es un vocablo tomado del latín, y significa «largura de ánimo», como se ve por el griego «*makrothumía*»; expresa la paciencia para frenarse a sí mismo ante la provocación ajena, por lo que resulta muy adecuado para referirse a la paciencia de Dios; y quedaría más claro el sentido, si en las versiones se tradujese por «longanimidad» (la Reina-Valera lo vierte por «paciencia», –véase en 1 P. 3:20 y 2 P. 3:15, donde ocurre dicho vocablo). El término gr. *hupomoné* = «paciencia», en el sentido de aguantar, no a las personas, sino las circunstancias no suele usarse de la Deidad. Su misma etimología da a entender que, ante circunstancias adversas, el sujeto *permanece* (*moné* viene del verbo *méno* = permanecer) *bajo* (gr. *hupó*) la adversidad, como quien aguanta un peso arrojando el hombro. El secreto está en arrijar «los dos hombros», no «uno solo», para que se equilibre el peso.
- D”) *Misericordia*. El vocablo griego correspondiente a este término cuya naturaleza conocemos bien, como amor de Dios inclinado cordialmente hacia la miseria, es *éleos* (el verbo correspondiente es *eleín* o *eleán*) y no debe confundirse con *oiktirmós* = «compasión», que la Reina-Valera vierte por «misericordia» en los 5 únicos lugares en que ocurre en el N.T. (Ro. 12:1; 2 Co. 1:3; Fil. 2:1; Col. 3:12 y He. 10:28; en este último, la 1960, cambia «sin misericordia» por «irremisiblemente» –también la 1995; la 1977, «sin compasión»).

8. Consideraciones de carácter devocional

Además del mucho material de contenido devocional, estudiado en la presente lección, caben otras muchas reflexiones en que el tono devocional abunde. Ahí van algunas.

Como en Dios están, unidas en la simplicidad de Su esencia, todas las perfecciones posibles, y en grado infinito, en Él hay lo mejor de los sentimientos maternos, tanto como de los paternos. Por eso, el amor de Dios es infinitamente mayor, más puro y más efectivo, que el de todas las mejores madres del mundo juntas. Lea atentamente el lector Isaías 49:14-16 y 66:12-13. De niño, y de mayor, escuché más de una vez la insinuación –con vistas a fomentar la devoción a la Virgen María– de que el Pródigo de Lucas 15 se marchó de casa porque, seguramente, *no tenía madre*. Es cierto que Lucas no menciona a la

madre, *porque no hace ninguna falta*, ya que el interés de Jesús, en esa parábola, es precisamente presentar, en el padre del Pródigo, a Dios Padre con unos sentimientos que conjugan *lo mejor del amor paternal y maternal*.

Hay quienes llegan a pensar que la *misericordia*, por esa inclinación emocional hacia la miseria, tiene cierto tono de «debilidad». ¡No hay tal cosa! Como dice J. Auer (*Dios Uno y Trino*, pág. 552), «la misericordia no tiene nada de débil, es siempre una virtud fuerte, vinculada a la gracia de Dios». Es como la rama del árbol frutal que se dobla, no por debilidad, sino por la abundancia de fruta que soporta.

La Biblia nos recalca que nuestro Padre del Cielo es «el Dios de toda consolación» –de toda clase de consuelo–. En sólo *cinco* vv. (ver 2 Co. 1:3-7), ocurre *diez* veces el nombre *paráklesis* = «consolación» o el verbo correspondiente *parakaléin* = «consolar». Es una porción muy adecuada para prestar consuelo, alivio y fortaleza a quienes están pasando por un trance extremadamente penoso (una grave depresión, una enfermedad sin remedio, dudas y temores ante una muerte próxima, etc.).

También nos dice la Biblia que Dios *com-padece*, esto es, *padece con* los Suyos. Nótese, en Éxodo 3:7, la frase final: «*he conocido* –el verbo de la intimidad sentimental– sus angustias». Igualmente, en Isaías 63:9 «*En toda angustia de ellos, Él fue angustiado*», donde hay dos detalles de gran importancia:

- A) El vocablo hebreo para «angustia» es *tsar*, que significa «estrechez» (ese mismo es el significado del vocablo, de origen latino, «angustia»). Para un judío, «falta de libertad por opresión o persecución por parte de algún enemigo»; de ahí, la expresión «sacar a lugar espacioso» o «poner en lugar espacioso» (véase 2 S. 22:20; Sal. 18:19; 31:8; 118:5), como sinónimo de «conocer la libertad de movimientos, lejos de la opresión o persecución del enemigo».
- B) En la lista de las correcciones hechas por los *soferim* o encargados de los textos sagrados, figura Isaías 63:9, donde cambiaron un *wau* por un *álef*, de modo que donde el texto decía «En toda angustia de ellos, *(hubo) angustia para Él*», vino a decir «En toda angustia de ellos, *no (hubo) angustia (para Él)*»; pero un circulito blanco sobre el *álef* avisa que se ha hecho una corrección. Sin duda fue una falsa reverencia lo que les incitó a realizar el cambio. Por fortuna, nuestras versiones traducen *lo que estaba escrito antes, no lo que aparece actualmente en el texto hebreo*.

Algo muy notable, al leer la Biblia, es que Dios no recrimina a los Suyos, cuando, puestos en una angustia extrema, en una situación límite, se dirigen a Él de un modo irreverente, incluso lindando con la blasfemia. Véase, por ejemplo, todo el Salmo 88, así como los vv. 38-51 del Salmo 89. Muchas de estas quejas «irreverentes» se hallan en la parte poética de *Job*. Destacan, por su crudeza «blasfema», 9:24 «La tierra es entregada en manos de los impíos, y él (¡Dios!) cubre el rostro de los jueces. Sino es él, ¿quién es?», y 10:13 «¿Y me aguardabas esto en tu corazón? *Bien veo que esto entraba en tus designios*» (vers. Nácar-Colunga). En 9:24, Job atribuye a Dios la injusticia y la negligencia de los jueces; les «cubre el rostro» para que hagan la vista gorda ante el sufrimiento de los inocentes; y en 10:13 se queja de que, después del cuidado con que Dios lo formó (ver también v. 8), ahora se ha vuelto su enemigo; y lo peor, según Job, es que esta hostilidad de Dios hacia él *entraba en Sus designios eternos*.

Lo grandioso es que, como dije al comienzo del párrafo anterior, Dios *no recrimina, no condena, este modo de hablar* de David, de Job, etc., porque comprende muy bien el trance por el que están pasando, y hasta se complace de que, en tales circunstancias, los Suyos desahoguen en Su presencia la amargura de su corazón.

Este amor inmenso del Dios misericordioso, compasivo, lento para la ira, etc., debe servirnos a Sus hijos de *modelo para imitarle*. Consideremos las siguientes porciones:

- A”) *Oseas 6:6* «Misericordia quiero y no sacrificio», esto es, antes de ofrecer a Dios cualquier acto de culto (aunque sea culto de adoración), socorrer, consolar, aliviar, al necesitado es lo *primero* que Dios requiere. Esta es «la religión pura y sin mácula» de la que habla Santiago 1:27. Comp. también Mateo 5:23-24.
- B”) *Mateo 5:43-48*. La «perfección» de que aquí (v. 48) habla Jesús es una madurez espiritual –imitadora de Dios– por la que debemos extender nuestro amor a *todos*, no sólo a quienes nos aman, sino también a los que nos aborrecen (**no se trata de la «perfección absoluta»** –ver Filipenses 3:10 y ss). Un lugar paralelo es Lucas 6:36 «Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso». ¿Y qué mejor base bíblica para todo esto que Salmos 145:9? Dice David: «**BUENO YAHWEH PARA TODOS, y sus misericordias sobre todas sus obras!**» (lit.). Por eso, en Gálatas 6:10 dice Pablo: «Así que, según tengamos oportunidad, *hagamos bien a todos*, especialmente a los de la familia de la fe».

C”) *Efesios 5:1-2* «Sed, pues imitadores de Dios como hijos amados. Y *andad en amor* (el amor debe motivar toda nuestra conducta), como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante». Es una consecuencia de lo que acaba de decir en 4:32. Comp. con Colosenses 3:13-14.

El amor, como dice Auer (o.c., pág. 586), «representa la meta de toda la madurez del hombre, y lo que el individuo sabe del amor, no es lo que el amor es en sí, sino lo que él personalmente puede entender y realizar como ‘amor’ en su estado presente». En otras palabras, el amor como cima de la vida espiritual sólo *se sabe* y *se saborea* (es una misma la etimología de ambos verbos) como vivencia que tiene su experiencia fructuosa en la andadura de cada día. Aquí viene una pregunta: ¿Es el amor algo espontáneo o reflejo? Me explicaré. Supongamos una pareja en la que el amor auténtico, de entrega generosa, de atención cariñosa, de preocupación diligente del uno por el otro (cf. Ef. 5:22-23), *no fue lo que indujo a uno de los contrayentes (o a los dos) a llegar al casamiento, sino que fue únicamente el «flechazo», o el dinero, la comodidad, la presión de los familiares, etc., lo que condujo a la boda.* Ya sea que la vida posterior se desarrolle con refriegas o con un pacto, implícito o explícito, de una «paz» conveniente, ¿pueden los cónyuges –o, al menos uno de ellos– *motivarse mediante una reflexión serena*, a fin de llegar a un nivel aceptable de verdadero amor, cariñoso, atento, servicial, hacia su cónyuge? Hay quienes responden dando por imposible tal cambio, «por falta de espontaneidad». Mi respuesta clara y segura es «¡Sí!». Y me apoyo en una razón convincente: Si no fuese por reflexión espiritual, estimulada por el Espíritu Santo, ¿cómo podríamos llegar a amar a Dios? ¿No es esa reflexión la que nos hace ver los *motivos* que tenemos para amarle? Y, si esto es factible respecto al Dios infinito, invisible y terrible, ¿no lo será respecto a alguien a quien tenemos siempre delante y que es como «hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn. 2:23)?

Creo que es J. Moltmann quien ha dicho (quizá resume su pensamiento): «Aunque amar es sufrir, amar es vivir». R. Descartes estableció la base de su filosofía sobre el aforismo: «Pienso luego existo». Mejor podríamos nosotros establecer la clave de nuestra conducta sobre este otro: «Amo, luego vivo».

La mayor injuria que se le puede hacer a Dios es dudar de Su amor y, por ello, desconfiar de Él. Ver la lección 13, *Parte 2ª* 6, A”” y B””. ¿No fue precisamente ese el *primer pecado* de un ser humano? Satanás tuvo la partida ganada (Gn. 3:1-6) tan pronto como pudo conseguir que Eva desconfiase del amor total

de Dios y pensase que Dios podía tener envidia de que una criatura humana conociera el bien y el mal como lo conoce Él . Pero esa no es la única forma en que esa clase de pecado se comete. Siempre que nos quejemos, mental o verbalmente, de las circunstancias, del mal tiempo, de nuestra «mala suerte». etc., etc., *estamos desconfiando del amor total de Dios hacia nosotros.*

El amor es el único «soldador» (¡soldadura autógena!).

A^{”)} En sentido *horizontal arriba*, esto es, entre las Personas de la Deidad. Ver, por ejemplo, Juan 17:21 –no se menciona el E. Santo, porque no es necesario, ya que Él es precisamente el «vínculo personal» de la unión, como puede verse comparando el versículo 23 con Efesios 4:3 «la unidad del Espíritu».

B^{”)} En sentido *vertical*, entre la Trina Deidad y los creyentes (ver Ro. 5:5b «el amor de Dios *ha sido derramado* en nuestros corazones *por medio del Espíritu Santo* que nos fue dado» (lit.). Nótese lo de *ha sido derramado*, muy expresivo para dar a entender que el Espíritu Santo tiene su mejor símbolo bíblico en el *aceite, que se derrama* para consagrar, santificar, sanar, capacitar, etc. Ver también Juan 14:23; 1 Juan 4:16.

C^{”)} En sentido *horizontal abajo*, entre los creyentes mismos como miembros del mismo Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (v. 1 Co 12:13ss; 2 Co. 13:14; Ef. 1:22-23; 1 Jn. 1:3). Esta reflexión, de ser «el cuerpo de Cristo y miembros cada uno por su parte» (1 Co. 12:27 –RVR 77; literalmente, «miembros de una parte», esto es, *cada uno es parte de los demás*), debería prevalecer siempre que hay roces, resentimientos, envidia, celos, rivalidades, etc., en la comunidad eclesial.

Termino este punto con una reflexión que va, de cierto, hasta «lo profundo de Dios» (1 Co. 2:10). Dios el Padre, al pronunciar internamente todo Su Ser Personal, da origen al *Verbo*. El Padre y el Hijo, en su eterno alentar (*espirar*) el amor mutuo hacia el Bien Divino, dan origen al *Espíritu Santo*. Si repasamos la lección 4, punto 6, y toda la lección 6, veremos cómo podemos imitar –no compartir– estas funciones intratrinitarias de la Deidad. Puedo asegurar a mis lectores que ese repaso será un estímulo para muchas consideraciones de carácter devocional acerca del amor y de ese Dios que *es AMOR*. ¡Ah! Y si se sienten desanimados, porque «les van mal las cosas», lean y mediten esta porción ejemplar, *única* en la Biblia a este respecto: «Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; *con todo, yo me alegraré en Yahweh, y me gozaré en el Dios de mi salvación*» (Hab. 3:17-18).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 15

Además del mucho material que hay en el texto, serán de provecho las siguientes consideraciones:

- 1ª pregunta** Dice Grudem: «La misericordia de Dios es Su bondad hacia los que están en apuros, Su gracia es Su bondad hacia los que sólo merecen castigo, y Su paciencia es Su bondad hacia los que continúan pecando durante largo tiempo» (o.c., pág. 198). Conviene leer con frecuencia Salmos 34:8; 84:11; 100:5; 106:1; 107:1; 119:68; 145:9; Mateo 7:11; Lucas 18:19; Hechos 14:17; Romanos 8:28, 32; Hebreos 12:10.
- 2ª pregunta** En cuanto a *imitar* la bondad de Dios, nos exhortan y animan a ello porciones como Salmos 16:11; 42:1-2; 73:25-26; Lucas 6:27, 33-35; Gálatas 6:10; 2 Timoteo 3:17.
- 3ª pregunta** En esta pregunta, y en las restantes de la presente lección, me limitaré a resumir o extraer pensamientos provechosos de W. Grudem. Dice, por ej. (o.c., pág. 199): «Lo de “Dios es Amor” significa que es de la *esencia* de Dios darse. Esto indica que así era antes de la fundación del mundo (Jn. 17:24). El Padre ama, se da, al Hijo (Jn. 3:35), y el Hijo corresponde a este amor del Padre (Jn. 14:31). Esto implica necesariamente al E. Santo» (el subrayado es mío). Grudem no presenta ningún texto de esto último, pues no los hay explícitos, pero personalmente entiendo que el E. Santo como Don personal del Padre (Ro. 5:5) y, necesariamente, *también* del Hijo (ver Jn. 16:14-15) es el vínculo de unión personal del Padre y del Hijo y tiene en común con ambos, por decirlo así, el mismo «corazón» para amar, tanto a nivel intratrinitario como a nivel eclesial (ver, respectivamente, Jn. 17:21 y Ef. 4:3, comp. con Col. 3:14).
- 4ª pregunta** Otra porción que es, a un mismo tiempo, trinitaria y eclesiológica, respecto al amor de Dios, es *1 Juan 4:7-16*. Si la lee usted detenidamente, se percatará de lo que afirmo.

5ª *pregunta* También me parece especialmente iluminador a este respecto el siguiente párrafo de Grudem:

«Uno de los hechos más asombrosos en toda la Escritura es que, así como el amor de Dios implica el darse para hacernos felices, así también nosotros podemos corresponder dando de nosotros mismos (a Dios, se entiende) y produciendo realmente gozo en el corazón de Dios (ver Is. 62:5; Sof. 3:17-18)».

6ª *pregunta* Finalmente, veamos este pensamiento de C.S. Lewis:

«*Cuando* haya aprendido a amar a Dios mejor que a lo que más quiero en la tierra, amaré lo que más quiero en la tierra mejor que lo amo ahora».

¡Hermoso pensamiento, digno del talento de C.S. Lewis! ¡Lástima que, para confusión suya, no pasó él mismo la «prueba» del «examen» que ahí propuso para conocimiento general de sus lectores! Es preciso añadir que Dios nos libre de creernos autosuficientes para pasar esa «prueba» sin depender de Su gracia. Cuando le llega a cada uno ese momento, las cosas se ven de modo muy diferente del modo como las vemos, en frío, en los demás.

LECCIÓN 16

Las eternas decisiones de Dios

I. INTRODUCCIÓN

De aquí en adelante, vamos a estudiar, guiados siempre por el Espíritu Santo y la palabra de Dios, lo que a muchos les parece el lado «sombrio» de la asignatura. Hablar de «elección», «predestinación», «decretos eternos» de Dios, etc., puede ocasionar turbación en la mente y en el corazón de muchas personas que, por no conocer bien las Escrituras (ver Mt. 22:29; Mr. 12:24), sufren innecesariamente y carecen de la consolación que las Escrituras proporcionan (ver Ro. 15:4).

Para comenzar con buen pie el estudio del que, para muchos, es un espinoso problema, nada mejor que extraer unos párrafos del artículo que bajo el título *Linderos y tropezaderos*, escribió el gran siervo de Dios, C.H. Mackintosh:

«La doctrina de la elección en su debido lugar, en vez de ser un tropezadero en la senda de buscadores angustiados, vendrá a ser lindero bien fijado por los antiguos, como también por los apóstoles inspirados de nuestro Señor y Salvador Jesucristo...»

«Pero todos sabemos que una verdad *sacada de su lugar* es más peligrosa que un error manifiesto. Si alguien se levantara a decir claramente que la doctrina de la elección es falsa, deberíamos rechazar, sin titubeos, sus palabras; pero quizá no estemos tan bien preparados para hacer frente a otro que, aun cuando admita que tal doctrina es verdadera e importante, la saca del lugar que Dios le asignó. Esto último es lo que constantemente se ha hecho, para perjuicio de la verdad divina y oscurecimiento de las almas de los hombres».

«¿Cuál es, pues, el verdadero lugar de la doctrina de la elección? Su lugar verdadero, el que Dios le asignó, es para los de casa –para consolidar a los *creyentes* verdaderos. En vez de esto, el enemigo la pone *fuera de la casa*, para servir de tropezadero a los *buscadores* angustiados...»

«Para el buscador angustiado, es de todo punto necesario que tenga en cuenta que los beneficios de la muerte de Cristo le pueden ser aplicados, no por ser «uno de los elegidos», sino por ser *un pecador perdido*».

«¿Dónde es presentado el conocimiento de la elección como requisito indispensable, como una noción esencial, para aceptar la salvación? En ninguna parte de la Palabra de Dios. Mi único derecho a obtener la salvación es que soy un pecador miserable, merecedor del infierno...»

Para demostrar que su posición es la verdadera, Mackintosh cita lugares bien conocidos, como 1 Tesalonicenses 1:4-5; Marcos 16:15; 1 Timoteo 1:15; Lucas 19:10; Romanos 5:6, 8, 10. Y, ya casi al final de su artículo, concluye con palabras de exquisita sabiduría:

«En cuanto a las almas angustiadas que se turban a sí mismas con preguntas acerca de la elección, queremos mostrarles que no está de acuerdo con la mente de Dios el que presenten semejante dificultad. Dios se dirige a ellas en la posición exacta en que las ve y en el que se pueden ver a sí mismas. Se dirige a ellas como *pecadoras*, y eso es exactamente lo que son. *Ninguna otra cosa hay para cualquier pecador sino salvación, en el momento en que él ocupa su verdadero lugar como pecador*. Esto es suficientemente sencillo para cualquier alma sencilla. Hacer preguntas sobre la elección es clara incredulidad. Es, para ponerlo de otra forma, rechazar lo que está revelado, apoyándose en lo que está escondido; es rehusar lo que *puedo* conocer, basándome en lo que *no puedo* conocer».

1. *Decretos, designios, planes*

Estos tres vocablos suelen usarse como sinónimos, pero difieren en su verdadero significado. Ch.C. Ryrie (*Basic Theology*, págs. 311-312 –hay trad. castellana) los somete a un análisis agudo y concluye que, debido a la variedad de casos y circunstancias en que la providencia y el gobierno de Dios actúan y controlan con relación a los agentes racionales y libres, la palabra «decreto»

no expresa bien una trama de decisiones tan complejas por parte de Dios. El término «plan» –dice Ryrie– podría ser «demasiado neutral, como si Dios hiciese la obra inicial y luego diera de mano el control». Por consiguiente, opta por el término «designio».

Para ilustrar lo que el vocablo «designio» significa aquí y, de paso, aclarar por qué lo escoge en lugar de los otros dos, Ryrie pone el siguiente símil: «El vocablo “designio” nos pone ante la vista el término “arquitecto”, el cual nos sirve de ayuda en esta doctrina. Dios es el Arquitecto de un plan que incluye todas las cosas, pero las incluye en una variedad de relaciones. Los planes de los arquitectos son detallados. También lo es el plan de Dios. En la construcción de un edificio, los expertos pueden predecir que un cierto número de obreros sufrirán heridas y, en algunos casos, un pequeño porcentaje de ellos perderán incluso la vida. Estas penosas estadísticas se incluyen en la planificación del edificio; no obstante, no tendríamos al arquitecto por responsable de las heridas ni de las muertes (suponiendo que han tomado las convenientes medidas de seguridad). El descuido, la negligencia de las normas y aun la violación de las medidas de seguridad son, de ordinario, las causas de los accidentes, pero, ¿de quién es la culpa? De los individuos que son descuidados o negligentes. Así también el plan de Dios ha sido designado de forma que la responsabilidad por el pecado recaiga sobre el individuo, aun cuando Dios haya incluido a sabiendas en Su plan el pecado.»

En mi opinión, los vocablos clave para todo este tema son «designio», también llamado «consejo» (aunque tienen distinto matiz, como luego explicaré), y «decisión» o «decreto» –también tienen distinto matiz–. Las respectivas etimologías nos ayudarán a conocer con exactitud el significado de cada uno de ellos:

- A) *Designio*. Viene del latín *designare*, de *de* y *signum* = «señal, marca», «insignia, bandera». Es sinónimo de «diseño» = «traza, delineación de un edificio o de una figura» (D. de la R. Academia). El matiz, pues, que destaca en el término «designio» es *el esbozo del plano del arquitecto*. Este esbozo, en el plan de Dios, lleva dibujados ya todos los perfiles de la historia de la humanidad.
- B) *Consejo*. Viene del latín *consilium* = «deliberación, consulta». El matiz que aquí destaca es la *previa* (al menos, lógicamente) *reflexión* sobre los pros y contras de la decisión que se ha de tomar. En Dios, como es obvio, no pueden darse distintos momentos de reflexión y decisión, etc., pero la palabra de Dios nos presenta (ver Gn. 1:26) una «decisión» de la Trina

Deidad en cuanto a la creación del hombre. Como nada de lo que sucedió (y está sucediendo) después, pudo tomar por sorpresa a Dios, hemos de imaginarnos a la Trina Deidad «en consulta previa» –aunque sea un antropomorfismo– antes de decidir, *con todas las consecuencias*, la creación del hombre. Esto lanza un enorme foco de luz sobre la Cristología en particular y sobre el resto de la Teología en general.

- C) *Decisión*. Del latín *decidere* = «cortar», «resolver», «decidir». El matiz característico de este vocablo es *marcar una línea desde la que se da un paso adelante, dando así por terminada cualquier deliberación previa*. La decisión es, pues, como un paso irreversible, que señala el final de una alternativa; por eso resulta tan doloroso, muchas veces, dar este paso que, al mismo tiempo, es inevitable.
- D) *Decreto*. Viene del verbo latino *decernere* = «determinar», «decidir»; del simple *cernere* procede el castellano «cerner» y ambos significan lo mismo: *separar una cosa de otra con la que se hallaba unida*. Se cierne para separar el trigo de la granza, y la harina del salvado. El matiz que lo distingue de la «decisión» es que el *decreto significa la resolución de carácter político o gubernativo, emanada de un jefe superior, ya sea éste del plano civil, político, militar o religioso*. La *decisión*, en cambio, es *una determinación a actuar, tomada por cualquier persona con referencia a cualquier asunto*.

Designio y *decreto* son los términos suficientes para estudiar la actuación de la providencia y del gobierno de Dios en relación con los agentes libres y responsables del Universo, que son los ángeles y los seres humanos. El *designio* es el diseño del plan de Dios a este respecto, y el *decreto* es la resolución a ponerlo por obra en el decurso de la historia.

2. *Decretos absolutos y decretos condicionados*

En la lección 13, *Parte 1ª*, 4, B), mencionamos ya la división de los decretos de Dios en *absolutos* y *condicionados*, y anunciamos también que los trataríamos en las lecciones 16 y siguientes. Nos toca ahora hacerlo.

Antes de entrar en materia, es preciso insistir en una observación de suma importancia: Cuando hablamos de «los decretos de Dios», nos referimos a lo que de ellos conocemos por la revelación que de Sí mismo ha hecho Dios en las Sagradas Escrituras, ya que los decretos divinos son, de suyo, desconocidos

para nosotros (ver Dt. 29:29). Pero de la palabra de Dios inferimos que hay dos clases de decretos:

- A') *Absolutos*, que se cumplen eficaz e infaliblemente. Son expresados en el Nuevo Testamento por medio de los términos «elegir», «elección», «beneplácito» –también traducido como «buena voluntad»–, «designio», entendido como emanación de una «voluntad decidida», «predestinación», «predestinar», «presciencia», «predeterminación», «proponerse», «propósito».
- B') *Condicionados*, que se cumplen *bajo condición establecida por Dios mismo*, lo cual no significa que el ser humano les otorgue eficacia mediante el cumplimiento de la condición *cambiándolos en absolutos*, ya que el cumplimiento de la condición por parte del hombre (ya sea la *fe* para la salvación inicial, ya sea la *confesión* para continuar, en la comunión con Dios, el proceso de la salvación progresiva o santificación) sería imposible sin la *enérgeia* o «fuerza activa», mediante la cual Dios capacita al ser humano, a fin de que éste pueda ejercitar la fe, el arrepentimiento y, globalmente, la *conversión* = «darse la vuelta». El hombre no añade, de suyo, *nada* a la obra salvífica de Dios, pero puede resistirla, y aun endurecerse en esa resistencia, por justo juicio de Dios.

3. Análisis de los términos bíblicos respecto a los decretos de Dios

Por ser este volumen un manual de texto, no un libro de consulta, no podemos entretenernos, como desearíamos, en analizar todos los detalles, tanto bíblicos, como específicamente teológicos, sobre el tema.

Aparte de las grandes obras de teología, como la *Systematic Theology* de L.Sp. Chafer (hay traducción en castellano) y del *Curso de Teología Dogmática* de Auer-Ratzinger (católicos, pero tienen cosas muy buenas), lo mejor que conozco, para quienes entiendan el inglés, es el *Evangelical Dictionary of Theology*, editado por W.A. Elwell.

- A") Para el estudio de los decretos *absolutos*, analicemos 3 porciones en las que ocurren todos los términos mencionados en el punto 2, A').
- (a) *Efesios 1:4-11*. No voy a transcribir aquí todo el texto. Tome el lector su Biblia y vaya siguiendo palabra por palabra:

Versículo 4. «escogió» (gr. *exeléxato*, donde son de notar: la preposición *ex*, de extracción; el verbo *légo*, en aoristo de indicativo y en su significado de «escoger», no de «decir»; la terminación *ato*, propia de la voz media, con lo que el sentido es: «escogió para Sí». ¿Con qué objeto? Lo dice Pablo a continuación: «para que fuésemos santos...». Una ilustración: Un jefe de empresa escoge, de entre varios solicitantes, un cierto número de ellos. Su objeto es que prospere su empresa; para eso, ha tenido en cuenta las aptitudes de los elegidos. Es obvio que aquí se rompe la analogía con la elección divina, en la que Dios no tiene en cuenta mérito alguno por parte de los escogidos.

Versículo 5. «habiéndonos predestinado» (gr. *proorísas* –también aoristo de indic. en la voz activa, de *proorízo*, comp. de *pro*, prepos. de anterioridad y *orízo* = «señalar, determinar», de donde viene el cast. «horizonte» = «el que señala la línea divisoria entre el cielo y la tierra o el mar». Otra ilustración: El mencionado jefe de empresa, después de escoger para su empresa a cierto número de individuos, asigna a cada uno un «destino» para trabajar en una determinada oficina, taller, etc., de la empresa. ¿Cuál es el objeto de la predestinación divina? Es un objetivo triple, como puede verse en esta misma porción: *Objetivo primordial:* «para alabanza de la gloria de su gracia» (vv. 6, 12 y 14 –al final de cada sección trinitaria del pasaje). «La gloria de su gracia» es el brillo que resplandece en el favor gratuito de Dios hacia nosotros, miserables pecadores» *Objetivo instrumental y formal:* «para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo» (v. 5). *Objetivo final:* La «herencia» (v. 11), de la que habla 1 Pedro 1:3-4. Quedan en el versículo 5 dos términos muy interesantes: *eudokían* = «buena voluntad», o, del latín, «beneplácito»; también sale en el versículo 9, y en ambos debería traducirse de la misma forma. Este término nos presenta la buena disposición que siempre existe por parte de Dios. El otro vocablo es *thelématos*, que va regido por *eudokían* y significa la voluntad concreta (esto es, *lo que Dios quiere*, como se ve por la terminación *matos*), pero en forma de *deseo benévolo*. Lo estudiaremos, pues, en los *condicionados*, donde está su propio lugar.

Versículo 9. Aquí tenemos un nuevo vocablo: *proétheto* = «se había propuesto» –también aoristo de indic., voz media. Compuesto de *pro*, ya conocido, y una forma del verbo *títhemi* = «fijar». De aquí tenemos el

castellano «prótesis» = fijación de dientes y muelas postizas, así como de ojos, dedos, brazos, piernas, etc., artificiales, para sustituir a los naturales que se perdieron o se echaron a perder. Aquí, pues, se trata de que Dios *fijó de antemano el beneplácito de Su voluntad*; esto es, se propuso establecer el tiempo y el modo en que el misterio de la Iglesia había de tener su inicio y su consumación (v. 10). Notemos que «el cual» (v. 9) no concierne con «misterio», sino con «beneplácito», como se ve en el griego.

Versículo 11. Aquí se repiten dos términos ya estudiados (*prooristhéntes* = «habiendo sido predestinados», del verbo que ya salió en el versículo 5 –ahora, en aoristo de participio, voz pasiva, y *thelématos*, que salió también en el v. 5), pero salen también tres vocablos nuevos: *próthesin* = «propósito», es decir, «fijación previa» –en el versículo 9 analizamos el verbo correspondiente; *energóntos* = «del que activa» (NBE –¡ésa es la mejor versión!). Nos interesa este vocablo, bien traducido, porque nos servirá mucho en las lecciones 17 y siguientes. «Activar», en el N.T. es «poner en el sujeto una fuerza que le capacite para obrar con eficacia». El tercer vocablo nuevo, específico de los decretos *absolutos*, es *boulén* = «diseño», ya estudiado en el punto 1, párrafos preliminares, además de A) y párrafo final de dicho punto. Para no engañarse en cuanto al significado verdadero de *boulén*, es menester percatarse de que su verbo correspondiente *no es bouléuomai*, cuyo significado primordial es «deliberar», sino *boulomai*, cuyo significado primordial es el de «querer eficazmente».

(b) *Romanos 8:29-30.* Hallamos aquí un vocablo nuevo. *Proégno*, y otro ya conocido, *proórisen*, que salió en Efesios 1:5 y 11, aunque no en el mismo tiempo del verbo. *Proégno* = «conoció de antemano», no significa un acto de pura presciencia, sino que, según el sentido primordial que la Biblia da al verbo «conocer», indica una «predilección especial» de Dios; en realidad, equivale a «escogió», con lo que el verbo «predestinó» (vv. 29-30), se une al «conoció de antemano» en una concatenación similar a la de los verbos «escogió» y «habiéndonos predestinado» de Efesios 1:4 y 5 respectivamente. Notará el lector que, en el versículo 29, se nos declara un objetivo de esta predestinación: «*ser modelados conforme a la imagen de su Hijo*» (versión *Las Grandes Nuevas*). Es el mismo objetivo *instrumental-formal*, que ya vimos en a), v. 5, aunque tiene aquí un matiz distinto, que no viene al caso analizar.

(c) *Hechos 2:23*. Este versículo tiene una importancia extraordinaria, pues en él aparecen en escena *todos los actores* que intervinieron en la muerte del Señor: En él vemos que la crucifixión de Cristo no fue el final desdichado de un milagrero impostor, sino la ejecución del plan que Dios abrigaba en su pecho desde toda la eternidad (ver 1 P. 1:2 = ¡jojo con Ap. 13:8! Es necesario traducirlo como está en la 1977). Aquí tenemos que «Jesús nazareno» (v. 22) fue «entregado por el determinado consejo (gr. *orisméne boulé* = «el destino que la voluntad del Padre le había fijado») y anticipado conocimiento (gr. *prognósei*, aquí en sentido claro de presciencia) de Dios». Aquí tenemos al principal responsable de la muerte de Cristo: ¡Dios! Pero no el culpable. La culpabilidad está bien descrita a continuación: «prendisteis y matasteis por manos de inicuos crucificándole». En este «prendisteis y matasteis» están representados sólo actores judíos. Los líderes religiosos y civiles de Jerusalén, y Judas, aunque éste se suicidó, víctima del remordimiento, cuando vio que la cosa «iba de veras». Sin duda, el principal culpable de este grupo judío fue Caifás (ver Mt. 26:65-66; Jn. 11:49-50; 18:14). Los ejecutores instrumentales de la ejecución no eran judíos, sino *gentiles*, como se ve, no sólo por lo que sucedió realmente, sino especialmente por el griego *anómon*, que significa «sin ley» (comp. con Ro. 2:12-14). El principal culpable de este grupo fue Pilato, sin llegar a la culpabilidad de Caifás (ver Jn. 19:11), pues él «sabía que por envidia lo habían entregado» (Mt. 27:18, y ver también el v. 24), pero fue un cobarde (ver Jn. 19:8), de los que encabezan la lista de los condenados al Infierno (ver Ap. 21:8). Los soldados no sabían lo que allí estaba ocurriendo; a ellos va dirigida, sin duda, la referencia que hallamos en Lucas 23:34. Resumiendo: Los culpables de la muerte de Cristo fueron los que, negándose a reconocer en él al verdadero Mesías de Israel, trataron de deshacerse de él –y lo consiguieron por un poco de tiempo–, pero el principal responsable que movía y controlaba todos los hilos de la trama fue Dios el Padre que, por medio de esa muerte en cruz, se proveía a Sí mismo del único sacrificio aceptable para la redención del mundo al precio de la sangre de Su Hijo.

(B^o) Vamos ahora con los decretos *condicionados* de Dios. Aquí no tenemos grandes porciones en qué apoyarnos, aunque ya vimos en Efesios 1:5, 9 y 11 tres vocablos (*eudokían*, *thelématos* y *energóuntos*) que pertenecen a este grupo. Los lugares que vamos a examinar son los siguientes:

- (a') *Hechos 17:30*. Ante aquellos filósofos supersticiosos del Areópago, Pablo proclama valientemente el Evangelio y, aludiendo a las falsas nociones acerca de Dios –corrientes entre los paganos– (vv. 28-29), dice a continuación: «... (Dios) advierte seriamente a todos los hombres que todos en todas partes se arrepientan» (lit.): Es conveniente tener la versión literal para no confundirse. Por tanto, Dios no *manda* (Pablo no usa el verbo *entéllein*), sino *advierte* (gr. *parangéllei* = «proclama») a todos los hombres *sin distinción* la necesidad de arrepentirse para salvarse. Pero el hecho es que *no todos* se arrepienten. Estamos, pues, ante un *deseo cordial* de Dios, no ante un *decreto absoluto, eficaz*.
- (b') *1 Timoteo 2:4*. Como una primera razón por la que es menester orar *por todos los hombres* (v. 1), Pablo dice que Dios (v. 3) «*desea (thélei) que todos sean salvos y lleguen al pleno conocimiento (epígnosin) de la verdad*» (lit.). Tomemos nota de tres detalles dignos de mención acerca de esta afirmación del Apóstol: 1) *Desea*, lo cual está expresado por el verbo *thélei* y avalado por el hecho de que *no todos se salvan*; 2) *todos*. Aquí, como en muchos otros lugares, el gr. *pántas* (distributivo) significa *todos sin excepción*; 3) el verbo *sothénai* = «sean salvos», está en voz pasiva, como indicando también que el deseo de Dios obtiene su eficacia mediante el cumplimiento de una condición; es creer (ver Jn. 3:16): «... *para que todo (pas) el que cree... tenga vida eterna*».
- (c') *Mateo 23:37; Lucas 13:34*. En estas porciones, idénticas en los vocablos que hacen al caso, Jesús expresa un *deseo*, tantas veces acariciado, respecto a la salvación de Israel, que no ha sido correspondido. Dice así el texto sagrado: «... *¡Cuántas veces quise (gr. ethélesa = «deseé») juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis (ethelésate = «deseasteis») Al persistente deseo benévolo de Jesús, se opone la falta de deseo, la no correspondencia de los habitantes de Jerusalén. Como diciendo: «A pesar de todo mi esfuerzo, de mi buena voluntad, me habéis rechazado: ¡Yo quise... y no quisisteis!» Faltó también aquí la condición mencionada en los dos lugares anteriores («cambiar de mentalidad», «creer»), y el deseo de Cristo fue *ineficaz*.*
- (d') *Juan 5:21*. «Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo *a los que quiere (gr. thélei) da vida*». A primera vista, hay paralelismo entre la primera parte del v. y la segunda, pero es un paralelismo parcial: sólo en lo que respecta a «da vida». Que el verbo *thélei* comporta, para ser eficaz, el cumplimiento de la condición de siempre,

se ve por los vv. 24 y 25: «... *El que oye mi palabra y cree al que me envió*, tiene vida eterna... Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos (espiritualmente) oirán la voz del Hijo de Dios; y *los que la oigan*, vivirán». (e) *Lucas 9:23*. «Y decía (Jesús -v. 18) *a todos: Si alguno quiere (thélei)* venir en pos de mí...». Este precioso versículo, digno de ser bien meditado por todo cristiano, es una llamada al discipulado, no a la salvación eterna como tal, pero nos ayuda a ver de nuevo el significado del verbo *thélein*, en sentido de buen deseo. No cabe duda de que son muchos los creyentes que abrigan alguna vez, o continuamente, este *buen deseo*, pero las más de las veces se queda en «buena intención», y ya dice un refrán que «el infierno está empedrado de buenas intenciones».

No quiero acabar este tema sin advertir a mis lectores que en vano buscarán en las obras de los teólogos y de los expositores bíblicos los *decretos condicionados de Dios*. La razón, a mi juicio, es que todos los vocablos bíblicos que significan «decreto», «designio», «elección», «predestinación», «propósito», etc., tienen que ver con los que llamo «decretos *absolutos*», mientras que los «*condicionados*» no aparecen en la Biblia expresados en términos que suenen a «decreto».

4. Reflexiones de carácter devocional

Supongo que el lector habrá hallado en muchos conceptos de la lección presente abundante materia para reflexiones de carácter devocional, pero no está de más añadir algo más directamente aplicable a la vida de cada día. Tendré en cuenta especialmente a pastores, predicadores y, en general, dedicados a la Obra a tiempo completo o como ministerio que absorbe la mayoría de su tiempo.

Una primera consideración que no se debe olvidar es la que, de la mano de Mackintosh, expusimos al comienzo de esta lección: El tema de la elección y la predestinación es *para los de casa* -los creyentes-; a *los de fuera* -los que todavía no han rendido su corazón al Señor- hay que proclamarles el Evangelio puro y simple: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo» (Hch. 16:31). El creyente bien formado sabe que *no puede perder la salvación*, y esto le ha de servir de gran consuelo y paz, sean cuales sean las opiniones que se expongan sobre el tema de la elección dentro de la comunidad donde está integrado, siempre que no se desvíen de los cauces necesarios para asegurar que no es una opinión absolutamente antibíblica. Desde luego, la verdad de la seguridad de la salvación para el creyente genuino, es algo fundamental para sostener otra

verdad radical: la justificación por medio de la fe. Ahora bien, podría ocurrir, y ocurre a veces, que un creyente carnal que *comienza a tener una conciencia delicada*, sienta dudas de si *su conversión fue genuina o no*. ¿Fue puramente por la conciencia de su miseria, el anhelo de escapar de una condenación eterna, la hermosura y amor hacia el que por salvarle murió en la cruz? ¿O fue, quizás, por complacer a los amigos o a los familiares, porque los demás hermanos o hermanas ya «habían dado el paso», porque había en la congregación personas muy simpáticas o atractivas o por hacerse a la idea de que, disfrutando de muchos bienes de fortuna, el poder, los primeros puestos, y hasta el liderazgo, estarían pronto al alcance de la mano? Si, en realidad, *fue una de estas bastardas motivaciones –o varias de ellas– lo que le indujo a simular una conversión no existente, y ahora ha caído en la cuenta... LE QUEDA UN REMEDIO: RECTIFICAR LA MOTIVACIÓN*, y... a empezar la carrera de una vida fiel al Señor.

La consideración de pertenecer «a los de casa» por la pura gracia de Dios, que se fijó en mí desde la eternidad para incluirme en el número de los «elegidos», me tiene que llenar de amor, humildad y gratitud a Dios, a la Trina Deidad. ¿Cómo osaré despreciar a nadie, minar el buen nombre de un hermano o hermana, juzgar temerariamente a alguien, rehusar el saludo, el afecto o el perdón a quien –cierto o imaginado– me ha ofendido, si estoy persuadido de mi indignidad, de que soy pecador e indigno de que Dios me mire con ojos de bondad?

Si ejerces el ministerio de la predicación o de la enseñanza, procura, en primer lugar, que tus pensamientos, tus palabras y tus actitudes muestren que realmente estás persuadido de que los decretos de Dios están basados en Su amor, Su sabiduría, Su soberanía majestuosa –que no tienen nada de arbitrario, sino que son infinitamente justos y santos. Si no hay en tu interior esta persuasión, no te quepa duda de que saldrá al exterior tu inconsecuencia, siendo para el prójimo una piedra de tropiezo. Recuerdo el daño espiritual que me causó –cuando yo estaba aún demasiado «tierno» en la fe– la expresión de un pastor evangélico que, en un día de granizo y fuerte viento helador, dijo como «primer saludo»: «¡Qué día tan miserable!» A veces, el modo de quejarse de los elementos atmosféricos puede estar cerca de una blasfemia contra la providencia de nuestro Padre. Por fortuna, el «saludo» que he citado, fue en nuestra casa, no desde el púlpito. Recordemos que el mal no está en las circunstancias, sino en nosotros mismos. Esto me recuerda una de las genialidades del escritor inglés Chesterton. El editor de un diario londinense propuso una encuesta para ver cuál pensaban los lectores era la causa principal de los males de este mundo. Chesterton replicó con esta lacónica misiva: «Señor Director: ¡Yo lo soy! Le saluda, Chesterton».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 16

Además de las consideraciones devocionales expuestas en el texto mismo de la lección, pueden ser de provecho las preguntas siguientes:

- 1ª pregunta* ¿Le causa inquietud lo que hemos estudiado acerca de los decretos divinos, o contribuye a la paz de su espíritu?
- 2ª pregunta* ¿Se sentiría más a gusto, más tranquilo, si Dios hubiese dejado totalmente en las manos de usted mismo el asunto de su salvación eterna, o prefiere que ésta dependa ante todo, primeramente, de una decisión de Dios?
- 3ª pregunta* Sin embargo, esto de dejar las cosas en manos de Dios, ¿no contribuye a que uno se sienta poco estimulado para trabajar en el asunto de la propia salvación (conversión y santificación)?

LECCIÓN 17

Elección y predestinación; términos y escuelas

I. INTRODUCCIÓN

Aunque la mayoría de los términos acerca del tema que nos ocupa han sido estudiados ya en la lección 16, quedan por estudiar algunos otros que conviene conocer para formarnos una noción más completa y exacta de muchos detalles de singular importancia. Otra novedad será que, en esta lección, procuraremos afinar los conceptos teológicos, no para que *añadan doctrina* a lo que sabemos por la Biblia, sino para que nos ayuden a *pensar con lógica* y, así, estar mejor preparados para *deducir las conclusiones pertinentes*, tanto a nivel doctrinal como devocional.

1. Términos que conviene definir con precisión y exactitud

Las definiciones que aparezcan entre comillas están tomadas de la *Biblia de estudio Ryrie*, página 1.821. Ryrie es un maestro consumado en el arte de definir y de ilustrar.

- A) *Elección*. Es el acto por el cual Dios, desde antes de la creación del Universo, en Su eternidad, ha escogido para Sí un pueblo o una persona individual.
- B) *Predestinación*. Acto por el cual, simultáneamente con la elección, Dios ha predeterminado y fijado el destino de los elegidos. Como vimos en la lección anterior, punto 3, A”), (a), versículo 5, ese destino tiene un triple

objetivo, que no vamos a repetir aquí. La predestinación incluye, por orden lógico –no cronológico– cuatro facetas, cuyos términos fueron estudiados también en la lección 16 y son:

- (a) Un *preconocimiento* (ver el verbo en Ro. 8:29), que trae una intimidad afectiva especial, fruto de una predilección cordial por parte de Dios.
 - (b) Una *elección*, que lleva consigo una separación, por la cual algunos son seleccionados, en función de la «buena voluntad» de Dios, por el designio soberano de Dios.
 - (c) Una *destinación*, que tiene como meta uno o más objetivos, según lo estudiado en la lección 16.
 - (d) Un *propósito*, según el cual queda *fijada* (y decretada) la ejecución de todo lo que implica la *predestinación* de los *elegidos*, según la *predilección* divina.
- C) *Presciencia*. Es el «previo conocimiento de todas las cosas incluidas en el actual curso de los acontecimientos». Puede entenderse de dos maneras:
- (a') Como un previo conocer *mental* –Dios lo sabe porque lo *ve*; es decir, lo *prevé*. Este sentido mental se reconoce mejor cuando va unido a un acto de la voluntad de Dios, como en Hechos 2:23, donde la predestinación («determinado consejo») y la presciencia («anticipado conocimiento») actúan de consuno.
 - (b') Como un previo conocer *cordial* –Dios lo sabe porque lo *quiere*, como en Romanos 8:29.
- D) *Preterición*. Del latín «praeter ire» = «marchar eludiendo algo o a alguien», es el acto por el cual «Dios pasa por alto a los no elegidos». Esta preterición puede ser de dos clases:
- (a'') En forma de reprobación *positiva*. Es la que defienden los calvinistas radicales (también llamados «ultracalvinistas»). Según ellos, Dios ha determinado *positivamente*, con un designio previo de Su soberana voluntad, que cierto número de seres humanos sean dejados en su estado caído y condenados al Infierno para siempre. Los refutaremos en la lección 18.
 - (b'') En forma de reprobación *negativa*. Es cierto que Dios «desea que todos sean salvos» (1 Ti. 2:4), «no queriendo (gr. *me boulómenos*) que algunos perezcan, sino que todos obtengan cabida en (el) arrepentimiento» (2 P. 3:9 –versión literal), pero también es cierto que Dios deja de su mano a quienes se obstinan en la incredulidad (ver 1 P. 2:8). En la lección 18 desharemos la ambigüedad que, a primera vista, presenta la frase final del último lugar citado.

- E) *Retribución*. Es el acto por el cual Dios da a cada ser humano, en último término, la respuesta correspondiente a lo que cada uno haya escogido en su propia *opción fundamental* (ver Ro. 2:6ss). Entiendo por «opción fundamental» la *decisión radical* que un ser humano, con plena deliberación acerca de los valores fundamentales de la vida, toma para marchar por el camino de la virtud y la obediencia, o por el camino del pecado y de la rebeldía contra Dios. Esto no significa que esta *opción* no pueda ser vuelta del revés por la gracia soberana de Dios.

2. *Monergismo, sinergismo, energismo*

Recordarán los lectores que, en la lección 16, punto 3, A), (a), versículo 11, les adelantamos que el vocablo «*energoúntos*» nos serviría mucho en las lecciones 17 y siguientes. Aquí lo vamos a ver, aunque será en la lección 20, cuando haremos el mayor uso de él.

- A') *Monergismo* (del gr. *mónos*, único, y *érgon*, obra) es el sistema teológico, según el cual, Dios es el que obra todo en la justificación del pecador, de forma que éste *-por ser un cadáver espiritual- recibe irresistiblemente* el influjo de la gracia, sin tener opción a acogerla o rechazarla. Este sistema va asociado al calvinismo radical, tanto supralapsario como sublapsario. Explicaremos estos términos en el punto 4 de esta misma lección. El monergismo no tiene base bíblica alguna.
- B') *Sinergismo*. Viene de *syn* (o *sun*) = con, y *érgon*. Sostiene que, en la salvación, Dios con Su gracia, y el ser humano con el ejercicio de su libre albedrío, concurren paralelamente, aporta cada uno su parte, pero es el hombre quien actúa decisivamente con su libre albedrío, del que tiene la capacidad de tornar *eficaz* una gracia que era, de suyo, *suficiente sólo en potencia*. Este sistema va asociado al arminianismo. Es cierto que el N.T. usa cinco veces el verbo *sunergéo*, y doce veces el nombre *sunergós*, pero en ninguno de los casos se refiere a la acción conjunta de Dios y el hombre en la obra de la justificación del impío.
- C') *Energismo* (del gr. *en* = en, y *érgon*). Es el único con base en el original del N.T. y es vocablo de mi invención, mientras no se demuestre que algún otro lo «descubrió» antes que yo. Son 34 las veces que uno u otro de los vocablos compuestos de *en* y *érgon* ocurre en el N.T., pero los que realmente hacen a nuestro propósito son 1 Corintios 12:6; Filipenses 2:13 y, en menos escala, Hebreos 4:12.

3. Calvinismo y arminianismo

Se entiende por *calvinismo* (toma su nombre de Juan Calvino) el sistema teológico que pone el énfasis en la *soberanía de Dios*. Dios elige y predestina a un cierto número de seres humanos a la salvación eterna, dejando a los demás en su estado de condenación (este «dejar» adquiere diversos matices, más o menos duros, según se trate del calvinismo supralapsario, infralapsario o sublapsario).

Por *arminianismo* (de Jacobo Arminio) se entiende el sistema teológico que, admitiendo la soberanía de Dios en la iniciativa de la salvación, sostiene que esa salvación depende de la *decisión del libre albedrío*, una vez que el agente humano ha recibido la luz y la gracia que se dan en común a todos los seres humanos. En este sistema, Dios elige y predestina guiado por Su prescencia, por la que ve de antemano a los que, mediante su fe, aceptan al Señor Jesucristo como su salvador personal, necesario y suficiente. También el arminianismo adquiere diversos matices que estudiaremos más adelante.

Es lamentable que, entre los «protestantes», estos dos sistemas teológicos hayan polarizado las opiniones de los creyentes hasta el punto de aferrarlos a sistemas inventados por hombres y a «dogmatizar», aun en contra de la palabra de Dios, causando así discordias y divisiones en las iglesias evangélicas, con descuido de la sana doctrina fundamental y con evidente falta del necesario amor fraternal.

Dice así C.H. Mackintosh en el artículo ya citado «*Linderos y tropezaderos*», y bajo el subtítulo «Calvinismo y arminianismo»:

«No escribimos para ofender al lector... No estamos tratando con personas, sino con escuelas de doctrina y sistemas de teología, de los que suplicamos con la mayor vehemencia a nuestros amados lectores que se aparten de una vez y para siempre. Ninguno de ellos contiene la verdad entera, plena, de Dios. En todos ellos hay ciertos elementos de verdad; pero la verdad es neutralizada a menudo por el error; y aun cuando pudiésemos hallar un sistema que no contenga más que la verdad, si no contiene toda la verdad, su efecto sobre el alma es pernicioso, porque conduce a una persona a jactarse de tener la verdad de Dios cuando, en realidad, sólo se ha agarrado a un sistema humano que contiene un solo aspecto de la verdad».

4. *Distintas formas de calvinismo*

Las distintas formas del calvinismo difieren entre sí por el modo de *disponer la secuencia de los decretos divinos en un determinado orden*. Nos referimos, por supuesto, a un orden *lógico* «signos de razón» en la mente de Dios, no *cronológico*.

A'') Los *supralapsarios* (término que significa que Dios ha llevado a cabo la «elección» de los escogidos en un signo *anterior (supra) a la caída (lapsus) original* –más aún, *anterior a la creación del hombre*), disponen los decretos divinos de elección, predestinación y reprobación en el orden siguiente:

- (a) Destinar a unos a la salvación, y a otros a la condenación.
- (b) Crear a los seres humanos.
- (c) Preparar la caída de esos seres humanos.
- (d) Proveer salvación para los elegidos en el primer decreto.
- (e) Aplicar la salvación a los elegidos, y la condenación a los no elegidos. (reprobación *positiva*).

Aunque parezca increíble, todavía hoy existen bastantes supralapsarios, sin querer pecatarse de que el primer decreto condena, no sólo a *inocentes*, sino también a seres que aún no existen y, por ello, no han tenido ninguna oportunidad de ejercitar su libre albedrío en un sentido o en otro.

B'') Los *sublapsarios* («sub» = «por debajo» de la caída –«lapsus»), disponen los decretos mencionados en este orden:

- (a') Crear a los seres humanos.
- (b') Permitir (no impedir) la caída de esos seres humanos.
- (c') De esa «masa general de condenación», elegir a unos para salvación, dejando a otros en su estado de condenación (reprobación *negativa directa*).
- (d') Proveer salvación para los elegidos.
- (e') Aplicar la salvación sólo a los elegidos.

Aquí es menester trazar una línea divisoria que separe a los supralapsarios y sublapsarios de los infralapsarios, pues tanto los *supra*, como los *sub*, están de acuerdo en un punto sumamente importante: **AMBOS GRUPOS DEFIENDEN LA LIMITACIÓN DE LA OBRA DE LA REDENCIÓN**; es decir, sostienen que *Cristo No murió por todos los hombres, sino solamente por algunos*.

- C'') Los *infralapsarios* («*infra*» = «muy por debajo» de la caída) disponen los decretos de Dios del modo siguiente:
- (a'') Crear a los seres humanos.
 - (b'') Permitir (tolerar) la caída de los seres humanos.
 - (c'') PROVEER SALVACIÓN PARA TODOS LOS SERES HUMANOS.
 - (d'') Elegir a muchos para salvación «mediante la fe», dejando en su justa condenación a quienes se obstinan en resistir a la gracia (reprobación *negativa indirecta*, puesto que no han sido previamente destinados a esa resistencia).
 - (e'') Aplicar la salvación a todos aquellos que, por la gracia de Dios, han dejado de resistirle.

Como puede verse por el decreto (c'') de los infralapsarios, éstos defienden la *universalidad* de la obra de la redención; es decir, sostienen que CRISTO MURIÓ POR TODOS LOS HOMBRES *SIN EXCEPCIÓN*.

5. Origen del sistema infralapsario

El sistema infralapsario debe su origen a un teólogo francés, M. Amyraut (1596-1664), seguidor de Calvino. Asustado por las conclusiones del sínodo de Dort (1618-1619), en especial por la que sostenía que la obra de la redención estaba *limitada* a los elegidos, afirmó que dichas conclusiones no reflejaban el verdadero pensamiento de Calvino y propugnó una vuelta a la que, según él, es la recta interpretación de los escritos del gran reformador. En este sentido, propuso una predestinación condicional universal, sosteniendo que Dios quiere la salvación de todos los seres humanos, bajo la condición de que crean. Así, la redención de Cristo fue potencialmente suficiente para todos, aunque sólo sea eficaz para los elegidos; esta limitación se debe, no a una elección de Dios, sino a la universal depravación humana. También sostenía que la doctrina principal de la teología cristiana no es la predestinación, sino la fe que justifica.

En mi opinión, el único error de Amyraut en este punto fue afirmar que su posición era la misma que la de Calvino. Para ver si es cierto o no lo que acabo de decir, le basta al lector con leer lo que Calvino dice en sus *Instituciones de la religión cristiana*, III, capítulo 23, párrafo 7, donde él mismo admite que es «terrible» –pero existente– el «decreto» por el cual Dios previó que la caída de Adán arrastraría a la ruina eterna, sin remedio, a tantas naciones y gentes, juntamente con sus niños; y lo previó PORQUE LO TENÍA ORDENADO.

Los principales seguidores de Amyraut fueron H. Heppe, R. Baxter, S. Hopkins, A.H. Strong y L.Sp. Chafer, quienes afirman que el amiraldianismo «representa una vuelta al verdadero espíritu de la Santa Escritura» (véase el *Evangelical Dictionary of Theology*, artículos *Amyraut* y *Amyraldianism*).

6. *Distintas formas de arminianismo*

Ya dijimos en el punto 3 de la presente lección que el arminianismo debe su nombre a Jacobo Arminio (1560-1609). Su verdadero nombre era Jakob Hermandszoon. Calvinista en sus comienzos, fue encargado de replicar al supralapsario Gomaro, pero fue convenciéndose de su error al adherirse al calvinismo sublapsario y se fue inclinando hacia el sistema de Melancton. Sus tesis, con énfasis en la *presciencia* divina, pueden verse en el libro de E. Trenchard y J.M. Martínez *Escogidos en Cristo*, páginas 253-256. Otro enfoque, algún tanto diferente, de las tesis de Arminio, puede verse en *Nuevo Diccionario de Teología*, editado por S.B. Ferguson, D.F. Wright y J.I. Parker, trad. Por H. Duffer y publicado por la *Casa Bautista de Publicaciones*, artículo *Arminianismo*.

Escojo, por su claridad, la forma en que Trenchard y Martínez presentan la disposición de los decretos divinos, en cuanto a la predestinación, en el sistema de Arminio. Resumo lo mejor que puedo:

- A) Designar a su Hijo, Jesucristo, como redentor de la humanidad mediante su obediencia al Padre en el sacrificio de la Cruz, y comunicador por su propio poder, de la salvación obtenida.
- B) Recibir en su favor a quienes se arrepintiesen y creyesen en Cristo y llevar a efecto la salvación de los que perseverasen hasta el fin, así como la condenación de los que se negasen a arrepentirse y creer.
- C) Administrar de manera suficiente y eficaz los medios necesarios para el arrepentimiento y la fe.
- D) Salvar finalmente a quienes, por su presciencia, vio que, por medio de Su gracia preveniente, *creerían* y, por Su gracia subsiguiente, *perseverarían*. Igualmente previó a los que *no creerían ni perseverarían*.

Esto no quiere decir que todos los arminianos admitan todas y cada una de estas tesis de Arminio. En realidad, el arminianismo es un sistema muy complejo, especialmente por el influjo que las ideas de Melancton tuvieron en el pensamiento de Arminio y de sus sucesores.

Un punto que no se puede perder de vista es que, mientras Calvino establecía su sistema sobre la base de la *soberanía de Dios*, y hacía de la *gracia eficaz* de Dios el secreto de la seguridad de la salvación del creyente, Lutero ponía la cruz de Cristo en el centro de su sistema, y hacía de la *fe* la garantía de salvación final. Teniendo en cuenta que, en el sistema de Lutero, la *fe se puede perder*, la consecuencia obvia es que también *se puede perder la salvación*.

La complejidad de factores que intervinieron en la formación del sistema luterano ha servido para que su unidad doctrinal se haya resquebrajado de tal modo, que ya no se puede hablar de un luteranismo, sino de varios. Como información que puede ser útil al lector, diré que de los dos principales reformadores, Lutero (1483-1546) era el más viejo, Calvino (1509-1564) era 26 años más joven, mientras que Melancton (1497-1560) era 14 años más joven que Lutero, y 12 años más viejo que Calvino.

Un luterano alemán, místico y teósofo, llamado Jakob Boehme (1575-1624), ejerció gran influencia, no solo en Alemania, sino principalmente en Inglaterra. Su influencia fue especialmente decisiva en un teólogo inglés, formado en Cambridge, William Law (1686-1761), famoso por su obra devocional *Una Seria Llamada a una Vida Devota y Santa*. Esta obra se convirtió en la lectura favorita de diversos líderes cristianos como Juan Wesley, (1703-1791) y Jorge Whitefield (1714-1770).

Por otra parte, los llamados Hermanos Moravos que, influidos por Boehme, habían influido a su vez a W. Law, entraron en contacto personal con J. Wesley, por medio del moravo Pedro Böhler, que había llegado a Inglaterra. De todo esto, nació el *metodismo*, llamado así por el estricto método de virtud y disciplina que sus fundadores, con J. Wesley a la cabeza, se impusieron desde el principio. En lo estrictamente doctrinal estaban de acuerdo en un punto: El creyente espiritual, mediante la práctica constante de la virtud, puede llegar, por la gracia de Dios, a un nivel tal de santidad, que ya no puede decirse que comete *pecados*, sino *faltas*. Esto es puro *perfeccionismo*, contrario a la Escritura (basta con un texto: 1 Jn. 1:8-10).

Otro punto del metodismo, que tiene que ver directamente con el tema que nos ocupa, es el heredado de Lutero sobre la posibilidad de perder la salvación por haber perdido la fe. Si a esto se añade la influencia de Melancton, hombre de notoria piedad, como lo había sido Arminio, fácilmente se comprenderá el arminianismo de los metodistas. Conviene añadir de inmediato que J. Whitefield se vio libre del contagio de estas dos enseñanzas de Wesley por su fuerte convicción calvinista sublapsaria.

En España y gran parte de América Latina, el arminianismo ha corrido una suerte muy diversa. Dejando a un lado el movimiento pentecostal, de raíces también muy diversas (incluido el metodismo), el arminianismo hispano está marcado por dos facetas muy distintas. 1) La firme creencia en la seguridad de la salvación; 2) La noción *sinergista* de la conversión por la *decisión* estrictamente personal. La forma en que, algunas veces, desde el púlpito, se urge a los inconversos *a tomar la decisión*, resulta sumamente peligrosa, no sólo por el lado psicológico, causando una angustia terrible en personas que se sienten perdidas por no haber tenido la valentía de haber levantado la mano o haber salido al frente, sino también por el lado estrictamente doctrinal exhortando a *buscar a Dios*, cosa que solo pueden hacer los que *ya fueron encontrados por Dios* (ver Ro. 10:20).

7. Reflexiones devocionales

Todo lo explicado en la presente lección podría parecer a muchos lectores demasiado técnico y seco, no muy apto para sacar de ello consideraciones de carácter devocional. Pero no es así. Todo creyente verdadero puede gozarse en el hecho cierto de que su salvación es segura *¡no la puede perder!* Contra quienes sostengan lo contrario, puede esgrimir confiado la palabra de Dios. Vamos a repasar brevemente las porciones principales:

Juan 6:37-40. Nótese especialmente el versículo 39: «Y la voluntad del Padre que me envió, es *que no pierda yo nada de todo lo que él me da*, sino que lo resucite en el día final» (RV 1995).

Juan 10:28-30. Hablando de la imposibilidad de que *perezcan* sus ovejas, añade Jesús contundentemente (v. 29): «Mi padre que me las dio, es mayor que todos, *y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre*». Hay quien dice: ¿Y si ellas mismas se escapan? A esto respondemos que de nada serviría estar en las manos de Dios, si uno mismo se puede escapar. ¿Podría Pablo entonces terminar con tono triunfal el cap. 8 de Romanos?

Juan 17:11-12. Jesús es un pastor que saber *guardar eficazmente a Sus ovejas*; vv. 12b «... *a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición*».

1 *Pedro 1:3-5*. En estos vv. Pedro describe las cualidades maravillosas de la «herencia» que nos está *reservada en los cielos*. Pero no es sólo la herencia la que está allí bien guardada, sino que *también nosotros estamos «reservados por el poder de Dios»*.

1 *Juan 5:13*. De entre los muchos lugares de esta Epístola en los que Juan emplea con fiado el verbo «saber» = estar seguro, destaca este lugar, vertido del mejor modo por la *Biblia de las Américas*: «Estas cosas os he escrito a vosotros, que creéis en el nombre del Hijo de Dios, *para que sepáis que tenéis vida eterna*».

Los arminianos de Wesley alegan que la fe se puede perder y, de ese modo, se pierde también la salvación. A esto hay que responder:

Que no es, en realidad, *la fe la que salva, sino la gracia*. La fe es únicamente como el «tenedor» o la «cuchara» con que tomamos el verdadero «alimento» que es la gracia.

En segundo lugar, que *la fe es sostenida por la gracia*. Si ha existido una fe auténtica, que llevó a una conversión genuina, esa fe podrá quedar escondida bajo las cenizas de una crisis espiritual, pero *allí está*, aunque el propio sujeto piense que está perdida; el Señor la ve, la guarda, y prepara el camino del regreso. Cuando el Señor anuncia a Pedro que, en aquella noche, le va a negar por tres veces, le profetiza, sin embargo, lo siguiente, *Lucas 22:32*, vertido también de modo excelente por la *Biblia de las Américas*: «*pero yo he rogado por ti PARA QUE TU FE NO FALLE; y tú, una vez que hayas regresado, fortalece a tus hermanos*».

Todo esto nos ha de llenar de alegría, ánimo y consuelo, sabiendo que estamos en buenas manos y que nuestra salvación eterna no se puede perder de ninguna manera.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 17

- 1^a *pregunta* Después de estudiar esta lección, ¿qué juicio le merece la insistencia de muchos predicadores en provocar, a toda costa, una inmediata «decisión» de parte de los inconversos?
- 2^a *pregunta* ¿Con qué sistema de los estudiados en esta lección se siente usted –sinceramente– más a gusto, no sólo en el plano mental, sino también en el de la experiencia íntima espiritual?
- 3^a *pregunta* ¿Qué sistema, de los expuestos en esta lección, contribuye mejor a fomentar la confianza que tiene usted en Dios?
- 4^a *pregunta* De modo especial, si es usted un convertido del catolicismo o de alguna ideología pagana –no totalmente atea–, ¿abriga aún alguna superstición, como llevar al cuello algún pequeño «amuleto»? Le confesaré que a mí lo que más me costó, hasta producirme cierto «terror», fue romper el escapulario de la Virgen del Carmen, del que se nos había enseñado que quien muriese con él puesto, no caería en las llamas del Infierno.
- 5^a *pregunta* ¿Cree usted que algunas cosas le salen bien «por suerte», o que otras no le salen bien por tener «mala suerte»?
- 6^a *pregunta* Si se halla con ansiedad, dolor, depresión, etc., trate usted de nombrar cinco cosas buenas que *ya* le han sucedido hoy, y escríbalas.

LECCIÓN 18

La elección es por gracia de Dios; la reprobación, por culpa del hombre

I. INTRODUCCIÓN

Conforme a lo explicado en las lecciones anteriores, 16 y 17, donde decimos «elección», incluimos también la «predestinación»; en fin, todo lo que depende de los «decretos absolutos» de Dios. Y donde digo «reprobación», entiendo la «reprobación negativa indirecta», tal como la sostienen los infralapsarios o amiraldianos.

1. ¿A qué se debe la anomalía que parecen presentar los dos miembros contrapuestos en el título de la lección?

Esta aparente anomalía se debe a que la *salvación personal* es puro regalo del amor misericordioso de Dios (ver Ef. 2:8-9), mientras que la *reprobación* no se debe, según la Biblia, a ningún designio reprobador de Dios, sino pura y simplemente a la voluntaria incredulidad del ser humano que se obstina en su resistencia a la gracia. Véase, a este respecto, Juan 1:4-13; 3:16-21, 33-36; 5:24; 6:35-45; 8:24; 9:39-41; 15:22-24; Hechos 7:51; 13:48; 17:30; Romanos 1:20-21; 2:4ss; Efesios 1:4ss; 1 Timoteo 2:4-6; 2 Pedro 2:1; 3:9; 1 Juan 2:2; 5:10; Apocalipsis 2:21; 22:17.

2. *Porciones bíblicas donde se advierte claramente la diferencia en el modo de actuar de Dios con respecto a los elegidos y a los réprobos*

- A) *Mateo 25:31-46*. De esta porción, hay que notar el contraste entre el v. 34 y el v. 41. Dirigiéndose el Rey a los de la derecha (v. 34), les dice: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado...» ¿para quién? «*para vosotros*» El reino, «la vida eterna» (v. 46) está designada por Dios para los elegidos. Dirigiéndose después a los de su izquierda (v. 41) les dice: «Apartaos de mí, malditos» –nótese que ahora no añade «de mi Padre»–, al fuego eterno preparado... ¿para quién?, ¿para *vosotros*? ¡No! «*preparado para el diablo y sus ángeles*» ¡Qué elocuente es la diferencia en el modo de dirigirse el Rey al primer grupo y al segundo!
- B) *Romanos 2:4-5*. Nótese de nuevo el contraste. Traduzco literalmente: «¿O menosprecias la riqueza de su benignidad, y de su tolerancia y de su longanimidad, ignorando que *su benignidad te guía al arrepentimiento? Mas, por tu dureza y por tu corazón impenitente, atesoras para ti mismo ira en el día de ira y revelación del justo juicio de Dios*». Vemos, pues, que el designio de Dios es siempre *para bien*. Es culpa del *corazón obstinado* el que, en lugar de obtener «*la riqueza de la benignidad de Dios*», «*atesore uno para sí mismo la ira de Dios*».
- C) *Romanos 9:22-23*. Este lugar es, para mí, el más expresivo, no sólo porque en él hallamos los vocablos «preparó», «preparados», similares a los de Mateo 25:34 y 41, sino también porque está en un contexto en que Pablo se dirige al posible contradictor, que se atreve a altercar con Dios, siendo un miserable «vaso de barro» en las manos soberanas del «alfarero». Nótese bien el contraste, y traduzco de nuevo literalmente: «Mas, si Dios, deseando (gr. *thélon*) mostrar la ira y dar a conocer lo poderoso de Él, soportó con mucha longanimidad los vasos de ira *bien preparados para destrucción*» ¿por quién?, ¿por Dios? No dice eso Pablo. Ellos mismos se han preparado bien para destrucción. Y continúa el Apóstol sin solución de continuidad –traduzco también literalmente– (v. 23): «Y (si), con el fin de dar a conocer la riqueza de Su gloria sobre los vasos de misericordia *que de antemano preparó para gloria*» ¿Quién los preparó? ¿Ellos a sí mismos? ¡No! Aunque el original no tiene explícito el pronombre *autós* = él, el verbo está en tercera persona del singular, por lo que no cabe duda de que el sujeto del verbo *proetóimase*n = «de antemano preparó» no puede

ser otro que Dios mismo. Como verá el lector, Pablo deja en elipsis el «Y qué...», con que el v. 22 comienza en nuestras versiones. No le hace falta. Además, así da mayor viveza y energía a su argumentación.

3. Lugares que los calvinistas radicales suelen aducir en contra

- A') *Éxodo 7:3*. Antes de aprobar a Faraón por medio de señales milagrosas y plagas, dice Dios en esos vers: «Yo endureceré el corazón de Faraón», decisión que se confirma por lo que Pablo dice en Romanos 9:17-18, que termina: «... y al que quiere («*thélei*») endurecer, endurece». A esto respondemos que la afirmación del versículo 3 está en un futuro profético, que comporta el justo juicio de Dios ante la obstinación persistente de Faraón. En efecto, después de esta declaración de Dios a Moisés, leemos (9:12): «Pero Yahweh endureció el corazón de Faraón». Y aun así, todavía leemos en 9:35 que «el corazón de Faraón se endureció». Y, ¡cosa curiosa!-, después de lo que dice Dios en 10:1, que viene a ser una narración histórica de lo sucedido en 9:12, todavía se repite por otras seis veces que Yahweh *endureció el corazón de Faraón* (10:20; 10:27; 11:10; 14:4; 14:8 y 14:17).
- B') *Romanos 9:13-24*. De nuevo volvemos a esta porción, donde muchos hallan argumentos abundantes contra nuestra tesis, pues parece ser que aquí la soberanía de Dios no tiene «contemplaciones» y hace cuanto le viene en gana, por duro que sea. Véase, en especial, los vv. 13, 16, 18, 20 y 21. A esto respondemos lo siguiente, analizando brevemente cada uno de los vv. que los calvinistas radicales nos presentan:
- (a) *Versículo 13* «Como está escrito (cita de Mal. 1:2-3): *A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí*». Puesto que la referencia es a un tiempo en que Esaú y Jacob no habían nacido todavía (v. 12, comp. con Gn. 25:23), el odio de Dios a Esaú parece predeterminado en Su designio. A esto respondemos, primero, que «aborrecer» en ese lugar como en otros (ver, p.ej., Lc. 14:26) no significa «odiar positivamente», sino «amar secundariamente» o, como en el caso de Romanos 9:13, «dar de lado, por preferir a otro». Pero además, como se infiere por la frase del v. 12 «el mayor servirá al menor», Pablo no está tratando para nada de la condenación eterna de individuos, sino de preferencias que Dios tiene con una familia, tribu, grupo racial, etc., dejando de lado a otras familias, tribus, etc., aunque también pertenezcan a la misma estirpe que la primera. Este es el caso aquí, pues no

hay un lugar en la Biblia en que se nos diga que Esaú sirvió a Jacob, mientras que el Dios que siempre perdona a *Israel*, se ensaña en cambio con *Edom* (ver Mal. 1:2-5, con las referencias en pie de página), nombres que corresponden respectivamente a *Jacob* y *Esaú*.

(b) *Versículo 16*: «Así que no depende del que quiere (gr. *thélontos*) ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia». Otra vez parece ser que la salvación o la condenación dependen únicamente del designio soberano de Dios. De nuevo respondemos que Pablo no está tratando aquí de salvación o condenación eternas, sino de que sus preferencias misericordiosas no dependen del deseo o del esfuerzo humano, porque, en realidad, no cabe deseo sincero de Dios, ni esfuerzo humano por hallarle, sin la previa gracia de Dios. Hay quienes han visto en este versículo una alusión, en primer lugar, a Isaac, que *quiso* bendecir a Esaú y, después, al propio Esaú, que *corrió* a buscar la caza para hacer el guisado a su padre, pero Dios *mostró Su favor* a Jacob, no a Esaú. Sin embargo, el texto no hace aplicación a un caso particular, sino que establece un principio general de la soberana actuación de Dios.

(c) *Versículo 18*: «Así pues, del que *quiere* (*thélei*) tiene misericordia, y al que quiere (*thélei*) endurece» (lit.). Los calvinistas supra y sublapsarios continúan argumentado contra nosotros con base también en este versículo. No hace falta decir mucho más en respuesta a esto, después de lo que llevamos dicho en este mismo punto 3, A'), así como en el análisis del versículo 16, en (b). Pero, al poner Pablo, como premisa para la conclusión del versículo 18, la cita que de Éxodo 9:16 trae en el versículo 17, es menester insistir en este caso, máxime por haber sido precisamente del v. 18, de donde tomó pie Calvino para elaborar su teoría de la reprobación negativa directa. Éxodo 9:16 dice así al pie de la letra: «Y por esta razón *he hecho que estés de pie, para hacer que veas mi fuerza y a fin de declarar mi nombre en toda la tierra*». El verbo que Pablo emplea para «te he levantado» (*exégeira*) tiene el sentido de «poner en escena para desempeñar un papel importante», y se aparta aquí de la LXX, para verter bien el sentido del verbo hebreo que estando en la forma llamada «Hifil» (causativa activa), significa «hacer que uno se mantenga en pie». Por lo tanto, el texto sagrado no dice que *Dios, hiciera nacer a Faraón para ejecutar Sus designios contra él*, sino que le puso en el trono de Egipto a fin de que mediante su actuación obstinada, ya prevista por Dios, se

hiciera famoso el nombre de Yahweh, al sacar con mano fuerte a los israelitas de la esclavitud de Egipto.

(d) *Versículos 20-21*: «Al contrario, ¿quién eres, tú, oh hombre, que le contestas a Dios? ¿Dirá acaso el objeto modelado al que lo modela: Por qué me hiciste así? ¿O no tiene el alfarero derecho sobre el barro de hacer un vaso para uso honroso y otro para uso deshonroso?» (*Biblia de las Américas*). Pablo pone como ejemplo el caso del alfarero, bien conocido por el episodio de Jeremías 18. Como vemos por 2 Timoteo 2:20, el propio Pablo lo tenía bien grabado en su memoria. De aquí arguyen nuestros adversarios: Así como el alfarero, de la misma masa de arcilla, modela recipientes distintos y otros objetos para fines diversos, así también, Dios es soberanamente libre en el modo de conducirse con la humanidad. La respuesta a esta argumentación de los calvinistas radicales, la hemos dado ya en el punto 2, C), al analizar los vv. 22 y 23, que siguen inmediatamente a los que analizamos aquí.

C') *Hebreos 12:17*. Dice así en la *B. de las Américas*: «Porque sabéis que aun después cuando quiso heredar la bendición, fue rechazado, pues no halló ocasión para el arrepentimiento (lit. «Porque no halló lugar de arrepentimiento»), aunque la buscó con lágrimas». Es una pena que, no sólo nuestros adversarios se basen en este texto para su tesis, sino que muchísimos de quienes *no tienen nada de calvinistas*, no vean lo que significa: AQUÍ NO SE HABLA PARA NADA DEL ARREPENTIMIENTO DE ESAÚ –a quien sólo interesaban los beneficios materiales de la bendición de primogenitura–; si Esaú hubiese buscado lugar para su propio, sincero, arrepentimiento, Dios no se lo habría negado (v. 2 P. 3:9). QUIEN NO PODÍA ARREPENTIRSE, ES DECIR, VOLVERSE ATRÁS DE LA BENDICIÓN QUE HABÍA OTORGADO A JACOB, ERA ¡ISAAC!

D') *1 Pedro 2:8B*. Hablando de los que se obstinan en su incredulidad (v. 7), dice Pedro en la segunda mitad de este versículo: «Los que tropiezan de continuo al no dejarse persuadir por la palabra, a lo cual también fueron destinados» (vers. estrictamente lit.). Nuestros adversarios arguyen que aquí se dice con toda claridad que los incrédulos estaban *destinados positivamente a persistir en su incredulidad*. Pero no es eso lo que realmente dice el texto sagrado. La frase no quiere decir que estuvieran destinados a *seguir en su incredulidad* (o a *ser desobedientes*, como se lee en la RV), sino a *tropezar*, y eso, *por causa de su incredulidad*.

4. ¿Es lo mismo «regeneración» que «nuevo nacimiento»?

Aunque este tema pertenece a la Parte III de este *Curso*, conviene tratarlo ya aquí, porque nos ayudará a ver claro, tanto en esta lección como en las lecciones 16, 17 y 20.

Encuentro en los autores de signo tan diverso como los calvinistas, los arminianos y los católico-romanos, una rara unanimidad en este punto.

- A") Oigamos primero a los calvinistas sublapsarios: «Regeneración es el “nacimiento” por el cual se comienza esta obra de la nueva creación, así como la santificación es el “crecimiento” por el cual continúa». (J.I. Packer, en el *Evangelical Dictionary of Theology*, ya mencionado, pág. 924).
- B") Pasamos ahora a un calvinista infralapsario: «*B. Regenerando... Definición*. El acto de ser nacido de Dios, quien imparte vida eterna» (Ch.C. Ryrie, en su Biblia de estudio Ryrie –ed. castellana–, pág. 1.826).
- C") Vamos a oír ahora a un arminiano: «*La regeneración, o el nuevo nacimiento... La regeneración viene a ser igual al nuevo nacimiento, y las expresiones que estudiaremos nos hacen ver que el hombre, al pecar, perdió la vida verdadera, puesto que se separó de Dios, única Fuente de vida. Por tanto, le es necesario “nacer otra vez” por medio de una obra divina aceptada humildemente y por la fe»* (E. Trenchard, en *Estudios de Doctrina Bíblica*, pág. 241).
- D") Finalmente, veamos lo que dice un «católico». Hablando del bautismo, dice: «Ha sido para el catecúmeno un nuevo nacimiento del agua y del Espíritu (Jn. 3:5), un baño de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo... Todo se resume en la cualidad de hijo de Dios (1 Jn. 3:1) que le confiere una dignidad incomparable» (Francois Amiot, en *Vocabulario de Teología Bíblica*, pág. 120).

Pero, ¿es así la cosa, según piensan autores de signo tan diverso? Sin ánimo de jactancia, creo que se equivocan. Lo que voy a decir ahora lo defendí en 1990 en presencia de teólogos y expositores de variadas opiniones, aunque predominaban los calvinistas sublapsarios. No espero que se convencieran, pero lo cierto es que se callaron.

Veamos primero los vocablos que usa la Biblia a este respecto:

El hebreo del A.T. expresa por el verbo *yalad* tanto el «engendrar» como el «nacer». La LXX vierte este verbo de diversas maneras, por lo que no nos sirve.

El griego del N.T. nos proporciona los siguientes términos:

(a) *Anagennán*. Ocurre únicamente dos veces en todo el N. T. y significa, en la voz activa, «engendrar de nuevo» (1 P. 1:3) y, en la voz pasiva, «nacer de nuevo» (1 P. 1:23). Sólo Pedro tiene, pues, este verbo.

(b) *Gennán*. Ocurre noventa y seis veces y significa, unas veces, «engendrar» (voz activa), «ser engendrado» (voz pasiva) y, otras veces, «dar a luz, parir» (voz activa), «nacer» (voz pasiva). No siempre es fácil escoger el significado adecuado, pero hay lugares en que el contexto lo declara. Mt. 1:20 y 2:1 constituyen dos casos evidentes: En Mt. 1:20 la frase griega «*tò en autè genethén*» sólo se puede verter por «lo que *se ha engendrado* en ella», puesto que esta revelación del ángel a José tiene lugar mucho antes del nacimiento de Jesús. En cambio, en Mt. 2:1, la frase griega «*Toú dè Iesoú genethéntos en Bethléem tés Ioudáias*» solo se puede verter por «Y después de *nacer* Jesús en Belén de Judea». porque, aunque Jesús fue *concebido, engendrado*, en Nazaret, el texto dice claramente que nació de Belén.

(c) *Tíktein*. Este verbo sale diez y ocho veces en el N. T., y *siempre* significa «dar a luz, parir» (voz activa) y «nacer» (voz pasiva). De las dos formas sale en el mismo contexto que hemos visto antes: Mateo 1:21 y 23 «*téxetai*» «dará a luz»; Mateo 1:25 «*éteken*» = «dio a luz»; y Mateo 2:2 «*ho tejthéis basiléus tón Ioudáion*» = «el *nacido* rey de los judíos». ESTE VERBO NUNCA ES USADO EN EL N.T. EN SENTIDO ESPIRITUAL.

El lugar que mejor hace a nuestro caso es *1 Pedro 1:23*: «pues habéis renacido, no de *simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios* que vive y permanece para siempre» (RV 1995). La mención de la «simiente» nos conduce a la «siembra de la palabra» que el Señor expuso y explicó en la parábola del sembrador (Mt. 13:3-9, 18-23). Esta semilla de la palabra, mediante la operación del Espíritu Santo (v. Jn. 3:5) penetra muchas veces en terrenos donde no prospera (comp. Mt. 13:20-22 con He. 6:1-8; 2 P. 2:20-22 y, ¿por qué no?, Mt. 12:43-45 –nótese la proximidad de esta última porción con 13:3ss subrayada por la expresión «Aquel día» del v. 1; el episodio de la madre y los hermanos de Jesús es como un paréntesis dentro del mismo día). Detengámonos en *Mateo 12:43-45*, que nos dice así en la *B. de las Américas*: «Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, pasa por lugares áridos buscando descanso y no (lo) halla. Entonces dice: “Volveré a mi casa de donde salí”; y cuando llega, (la) encuentra desocupada, barrida y arreglada. Va entonces, y toma consigo otros

siete espíritus más depravados que él y, entrando, moran allí; y el estado final de aquel hombre resulta peor que el primero. Así será también con esta generación perversa.» Era una generación que conocía al verdadero Dios, tenía pacto de desposorio con El (por eso la llama Jesús «generación perversa y *adúltera*» -v. 39) y tenía en Su palabra luz, guía, consuelo, aviso y promesa. Pero se cegaron por rechazar la Luz Verdadera (v. Jn. 1:4-5,9; 8:12; 9:5, 39-41; 12:46).

Por consiguiente, «la semilla de la palabra» y «la luz verdadera». *Sobrenatural* -puesto que con esa *iluminación comienza la manifestación de la vida eterna* (Jn. 1:4), que alcanza a *todo hombre* (v. 9), actúan en el primer momento de la «generación espiritual» y continúan actuando, «creciendo» hasta que llega el tiempo de «dar a luz». Pero, del mismo modo que un feto puede ver frustrado su nacimiento por un accidente exterior o interior del útero de la madre, así también una *vida espiritual* que comenzó en el espíritu de un ser humano puede frustrarse y no llegar al «nacimiento nuevo» o «nacimiento de arriba» (en Jn. 3:3, 7 es preferible, por su claridad doctrinal, la segunda versión). Con esta diferencia entre la generación y el nacimiento, lugares tan difíciles a primera vista, como los dos arriba citados, Hebreos 6:1-8 y 2 P. 2:20-22, y el más fácil de Mateo 12:43-45, se entienden perfectamente, y se huye de los extremos que se manifiestan en muchos teólogos y expositores bíblicos:

- A”) El de los que ven en los citados textos una *apostasía* después de la *conversión*, negando así la verdad de la seguridad del creyente.
- B”) El de los que ven en los citados textos la ausencia total de la operación del Espíritu Santo y de la Palabra en quienes así se comportan.

Que la condición de las personas aludidas en Mateo 12:43-45; Hebreos 6:1-8 y 2 Pedro 2:20-22 es *mucho peor que antes de conocer la verdad*, es evidente, no solo por el análisis de los textos mismos, sino también porque *cada nueva resistencia a la verdad conocida* produce un nuevo endurecimiento del corazón y una ceguera espiritual más tenebrosa, por justo juicio de Dios. Suelo decir muchas veces en mis mensajes, como un aviso de tremenda solemnidad: «Nadie sale de un culto de evangelización en la misma condición espiritual en que entró: o se ha producido una convicción de estar perdido, con el anhelo de acudir al Salvador, o se ha rechazado de nuevo la gracia de Dios que se ofrecía al pecador en el mensaje del Evangelio».

Aquí se implica una doble responsabilidad: 1) La del que *oye* la Palabra, como acabo de decir; 2) La del que *proclama* el mensaje, pues debe esmerarse

en exponerlo de forma clara, sencilla y completa; de lo contrario, la responsabilidad del que oye disminuye en la misma medida en que la suya aumenta.

Antes de terminar esta lección, quiero hacer un par de consideraciones sobre *Mateo 12:43-45*, del que ya he dicho algunas cosas en relación con los destinatarios primarios, que eran los escribas y fariseos del tiempo de Jesús. Hay también ahí consideraciones de carácter devocional con respecto a los destinatarios secundarios: todos cuantos se vean retratados en el hombre que describe Jesús en ese pasaje. Varios detalles son altamente aleccionadores:

- A””) Los espíritus inmundos –los demonios– no «hallan descanso» si no habitan en el interior de los seres humanos; (comp. el v. 43 con Mt. 8:28-31). Así como Jesús se fatiga por sanar y salvar (ver Jn. 4:6), así el diablo y sus ángeles, los demonios, se fatigan por arruinar y destruir. Brilla así el gran *amor* de Dios a los hombres, y se manifiesta el tremendo *odio* del diablo a Dios y a los hombres.
- B””) Cuando el demonio se marchó ante la operación del E. Santo, que había comenzado su obra en este hombre, la vida del hombre *cambió para bien*. Es cosa frecuente en casos de pseudo-conversos; con mucha frecuencia, estos individuos parecen más entusiastas y convencidos que los realmente convertidos (ver Mt. 13:20 –¡éste es el caso! Cada palabra es digna de un detenido análisis).
- C””) la «casa» –el interior de este hombre– quedó así «barrida y arreglada», pero estaba «desocupada», vacía. Dice Warren W. Wiersbe sobre este lugar: «Una reforma no fue suficiente. La reforma pudo limpiar, pero no pudo llenar. La nación debió haber recibido al Salvador y quedar llena de vida espiritual; En lugar de eso, el pueblo Lo rechazó, y el final fue destrucción». Y continúa: «Hay una aplicación personal. No es suficiente con limpiar la casa; debemos también invitar al ocupante adecuado. Los fariseos estaban orgullosos de sus “casas limpias”, *¡pero sus corazones estaban vacíos!* La mera religión, o una reforma, no salvará. Debe existir una regeneración, el recibir a Cristo en el corazón... No podemos ser neutrales acerca de Jesucristo» (o.c., vol. I, pág. 44).

Creo que ya tenemos, con lo dicho, suficiente materia para reflexiones de carácter devocional.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 18

- 1ª *pregunta* ¿Está usted satisfecho del modo como analizo los textos bíblicos con los que trato de probar mi tesis enunciada en el título mismo de la lección, así como de la explicación que doy de los textos presentados por los calvinistas supra- y sublapsarios, o tiene usted alguna objeción que oponerme? No dude en decírmelo con toda sinceridad, pues puede ayudarnos a todos a un mejor entendimiento de la palabra de Dios.
- 2ª *pregunta* ¿Qué juicio le merece, sinceramente, la distinción que hago en la última parte de la lección, entre «regeneración» y «nuevo nacimiento»?

LECCIÓN 19

Dios en la creación y conservación del Universo

Por su gran extensión, vamos a dividir en dos partes la presente lección.

PARTE 1ª

LA OBRA DE LA CREACIÓN POR EL TRINO DIOS

I. INTRODUCCIÓN

Las funciones de la Deidad son de dos clases:

- A) *Interiores a la misma Deidad.* Son las que relacionan a cada una de las Personas con las otras dos. En éstas, las Personas de la Deidad se distinguen realmente unas de otras.
- B) *Exteriores a la Trina Deidad.* Son las que relacionan a la Deidad *conjuntamente* con los seres creados. En éstas, las tres Personas actúan en unión perfecta, aunque cada una de ellas pone una marca peculiar suya, que refleja lo que esa misma Persona lleva a cabo dentro de la Deidad. Así pues, *es un solo Dios el que obra al exterior, pero son tres las Personas de la Deidad que obran al exterior.*

1. *Noción de creación*

Crear equivale a «sacar de la nada», lo cual no significa que la «nada» sea algo de donde se pueda producir un ser, puesto que, de la *nada, nada* se puede

sacar. El verdadero sentido de la frase es que el poder infinito de Dios tiene en exclusiva *la capacidad de hacer que exista un ser que no preexistía ni en su forma, ni en su constitución molecular ni en su masa atómica*. Los ángeles y los seres humanos pueden *hacer* cosas de una materia preexistente; sólo Dios puede *crear* el ser en sí. Por ejemplo, un carpintero hace una mesa, pero no crea la madera de la cual hace la mesa. Hebreos 11:3 (bien traducido, no como en la RV) lo dice claramente: «Por fe entendemos que el universo (lit. los siglos) fue preparado por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve *no fue hecho de cosas visibles*» (*B. de las Américas*). Bien se ve la importancia de colocar cada palabra en su debido lugar.

2. *¿Cómo expresa la Biblia el acto creador de Dios?*

El verbo hebreo para «crear» es *bará* y sale en Génesis 1:1, siendo la segunda palabra de la Biblia hebrea. Este verbo no siempre significa «sacar de la nada», puesto que la Biblia lo usa a veces como sinónimo de *asáh* = «hacer», y de *yatsar* = «modelar» (o «moldear»); pero *siempre que ocurre en el A.T. indica una acción exclusivamente divina*. Isaías 45:7 es un versículo en que salen los tres verbos mencionados.

Para un pueblo semita como el hebreo, hecho a entender lo concreto, lo práctico, lo imaginativo, lejos del talante especulativo de los filósofos griegos y romanos, «crear de la nada» habría sido una frase sin sentido; por eso, vemos usado el verbo *asáh* = «hacer», como sinónimo de «crear» (Gn. 2:4), lo mismo que el verbo *yatsar* = «modelar, formar» (Sal. 90:2). La razón más poderosa para afirmar que en Génesis 1:1 y lugares paralelos, el verbo *bará* significa «crear de la nada», es que la finalidad primordial de Moisés al escribir el capítulo 1 del Génesis fue asentar el monoteísmo del pueblo hebreo sobre una base firme: la de que *Elohim*, el único Dios verdadero, había creado *todo cuanto existía* fuera de Él; que *absolutamente todo lo hecho, había sido hecho por Su Palabra, el VERBO DE DIOS* (Jn. 1:1, 3). Si Dios hubiese coexistido, en Su eternidad, con otro ser cualquiera, material o espiritual, no creado por Él, los israelitas habrían tenido motivo (válido o no) para sentirse inclinados al politeísmo.

3. *¿Fue la creación un acto libre de Dios?*

El panteísmo, el ocultismo gnóstico –especialmente, en su forma más elevada: la Teosofía– y algunos filósofos, tanto antiguos como modernos, sostienen

que Dios creó el mundo por la necesidad de «expansión» de su Ser o, al menos, de su Bondad. Pero la Biblia nos asegura que Dios lo ha hecho todo *por el deliberado designio de Su voluntad* (Ef. 1:11; Ap. 4:11), puesto que *no necesita de nadie ni de nada* (ver Hch. 17:25). Es muy cierto que «el bien tiende a difundirse», pero esa «tendencia» es, en Dios, totalmente *libre* de ponerse por obra, pues no existe fuera de Dios ningún ser tan elevado que pueda imponer al Ser Divino una *necesidad*, de cualquier clase que sea. Si existiese un ser, o una fuerza de tales proporciones, vendría a ser un ente *necesario y, por tanto, divino*, por donde llegaríamos a una u otra forma de panteísmo.

4. La creación del Universo tuvo lugar en el tiempo

Para entender este punto, tenemos que proceder por pasos:

- A') Dios obra siempre desde el fondo de su propio Ser, que es *eterno*; por tanto, el acto de crear tiene su *principio* en la eternidad de Dios, la cual abarca y rebasa todos los tiempos.
- B') Pero aquí no tratamos del *principio* creador, sino del *término* creado. Y este término no es eterno, sino temporal, lo cual significa que el mundo fue creado *en* el tiempo o, más exactamente, *con* el tiempo. Pero antes de ese primer instante temporal, pudo haber existido otro mundo diferente del actual.
- C') Así que el «antes» y el «después» son categorías «relativas» = «antes de algo, después de algo», con lo que se indica una relación con la existencia de otros seres, eternos o temporales. Lugares como Proverbios 8:22; Juan 17:5 y Efesios 1:4 nos dan a entender que el mundo no ha existido siempre. Sería aventurado sostener que lo de «*En el principio...*» de Génesis 1:1 asegura también que el mundo es temporal, ya que podría preguntarse «*En el principio... ¿de qué?*» (véase lo dicho en A').
- D') La razón humana, por sí sola, no puede demostrar, ni que el mundo *haya tenido un comienzo temporal*, ni que *no lo haya tenido*. Está muy puesto en razón que el mundo haya tenido un comienzo; y esto es *precisamente lo que nos dice la Biblia*. Pero negar que el mundo podría haber existido *siempre, sin comienzo temporal*, equivaldría a sostener que *hubo un primer momento en el que Dios no pudo crear*. Sin embargo, esto no significaría que el mundo fuese *eterno*, ya que la eternidad es exclusiva de Dios (ver lección 9 de esta Parte I), ni que fuese *necesario*, puesto

que siempre dependería de Dios en su existir, es decir, sería lo que llamamos *contingente* (que puede existir o no existir).

- E) Quienes no entienden las cosas de Dios (ver 1 Co. 2:14) llegan a decir que, antes de la creación del mundo, Dios «tuvo que aburrirse» al *estar solo*. A esto respondemos:
- (a) En primer lugar, como la eternidad es una *duración perpetua sin antes ni después*, Dios no pudo aburrirse porque *no tuvo tiempo* para aburrirse.
 - (b) En segundo lugar, Dios no es una sola persona dentro de la Deidad, sino que en Dios existen y subsisten tres Personas realmente distintas, pero en estrechísima comunión de verdad y amor unas con otras, lo que hace de la Deidad un océano de infinita *felicidad, comunicable a los seres creados, aunque Dios es totalmente libre para comunicarse al exterior, o para dejar de hacerlo* (véase el punto 3 de esta parte 1ª de la lección).
 - (c) Y en tercer lugar, las tres Personas de la Deidad no están ociosas, ya que, en el Ser simplicísimo e infinitamente perfecto, la *existencia y la actividad son una misma cosa* (ver la lección 8ª).

5. ¿Para qué hizo Dios el mundo?

A la pregunta: «¿Qué fin se propuso Dios al crear el mundo?», responderé distinguiendo tres clases de fines:

- A) *El fin último que se quiere conseguir*. Con respecto a este fin, la Biblia no deja lugar a dudas: DIOS HA HECHO PARA SU GLORIA TODO LO QUE HA CREADO (véase Pr. 16:4; Is. 43:7; 48:11; Ez. 36:22; Ro. 9:17; 11:36; Ef. 1:5, 6, 12; 3:3, 9, 10; Ap. 4:11).
- B) *El sujeto que se ha de beneficiar de la consecución del objetivo*. Con respecto a esto, el sujeto que se beneficia *no es Dios*, el cual es, por un lado, infinitamente rico; y por otro lado, infinitamente generoso, altruista, porque DIOS ES AMOR (véase la lección 15). En realidad, la GLORIA de Dios consiste en *ser el único que puede sanar, salvar y hacer feliz al ser humano* (ver especialmente Jer. 2:13, donde Dios se lamenta de ver a Su pueblo buscando sucedáneos con quienes satisfacer su sed de protección, de salvación, de felicidad). El sujeto es, pues, el ser humano.
- C) *El medio supremo, y extremo, de conseguir los dos objetivos anteriores*. Este medio ha sido el «vaciamiento» que de su GLORIA de Dueño supremo hizo el Hijo de Dios en su naturaleza humana, al *despojarse de su forma*

majestuosa y terrible, para vestirse de la forma de esclavo, con todas las consecuencias requeridas por el estado de «destitución» de la humanidad (véase Lc. 19:10; Ro. 3:23-26; 8:32-34; 2 Co. 5:14-21; 8:9; Ap. 5:9-10).

Si bien se mira, en el objetivo que tuvo Dios al crear –supuesta la prescencia de la caída de la humanidad–, se combinaron maravillosamente los tres fines que acabamos de exponer: El *fin* que Dios se propuso es Su Gloria única de Salvador, pero el *sujeto que se beneficia* de esa Gloria es el ser humano caído y levantado, y ello *se consigue mediante* la redención llevada a cabo en la Cruz. De ahí que el Nombre de Dios es santificado en la medida en que Su Reino (la irrupción salvífica de Su infinita misericordia) se abre paso en la tierra mediante el cumplimiento de Su voluntad, siendo el medio necesario para el cumplimiento exacto de esa tendencia misericordiosa de Dios la entrega a la muerte en cruz de Su único Hijo (véase Jn. 3:16; Hch. 2:23; Ro. 8:32; Gá. 3:13; Fil. 2:8).

6. *¿Qué nos dice el relato de la creación (Gn. 1:1-27)?*

El relato de la creación del mundo, conforme se nos ofrece en Génesis 1:1-27, nos enseña varias verdades fundamentales que se van a exponer a continuación:

- A””) *Todo lo hecho por Dios fue sacado, en un principio, de la nada*, sea cual sea la interpretación que se haga del v. 1, ya que este versículo puede entenderse de dos maneras:
- (a) Es una especie de «título general» de la creación, que se irá detallando en el resto del capítulo.
 - (b) En este versículo 1, Moisés trata globalmente de una *primera creación* del Universo, sin especificar la forma en que la tierra estaba *ordenada* (véase v. 2, como referencia).
- B””) *Dios se dispuso inmediatamente a «poner orden» en aquella materia prima de la tierra*, que el versículo 2 nos describe como un *abismo* (heb. *tehom*) acuático. El problema que la primera parte del versículo 2 nos plantea es el siguiente: ¿Qué significa el vocablo hebreo *tóhu*, que la RV 1960 vierte por «desordenada»? También aquí caben dos modos de interpretación:
- (a’) «Desordenada» significa «sin ordenar»; la ordenación será narrada en los versículos siguientes.

- (b') «Desordenada» significa «en desorden», como algo «caótico». En favor de esta segunda interpretación está el hecho de que dicho vocablo ocurre también en Isaías 45:18, donde leemos: «... Él (Dios) la estableció (la tierra) y no la hizo *un lugar desolado* (hebr. *Tóhu*)» (B. de las Américas). Si se adopta esta interpretación, se infiere un hecho terrible que tuvo lugar en un tiempo no definido entre la primera creación del mundo y el estado en que el versículo 2 nos describe la tierra. Este hecho tuvo que ser la rebelión de Lucifer, el «querubín protector» que se menciona en Isaías 14:12-17 y Ezequiel 28:12-17.
- C'') *En los versículos 3-5, se nos describe la creación de la luz y vemos la primera separación:* Dios separa la luz de las tinieblas. La Biblia no nos dice cómo se llevó a cabo la creación de la luz, pero no está fuera de razón el que, con el «big bang» o sin él, Dios inundara el Universo con una luz que había de condensarse después formando las estrellas y el sol mismo como una de ellas, AUNQUE NO ES ESA LA RAZÓN QUE LA BIBLIA DA DEL ORIGEN DEL SOL (vv. 14-18).
- D'') *A la separación de luz y tinieblas, siguen otras dos separaciones:* 1) *entre las aguas de abajo y las de arriba* (vv. 6-8); 2) *entre las aguas de abajo y «lo seco»* (vv. 9-10). Terminadas las separaciones, va a comenzar una triple decoración.
- E'') *La primera decoración la lleva Dios a cabo en la tierra, donde establece un «hábitat» conveniente para el hombre y lo adorna con espléndida vegetación.* Una advertencia al lector: Se repite una frase (vv. 11, 12), que debe traducirse como en la RV 1995: «... árbol que dé fruto según su especie» (v. 11); «... y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su especie». Según su *especie*, no según su *género*, ya que el vocablo hebreo es el mismo de v. 21, donde la penúltima frase dice: «y toda ave alada según su especie». Esta enseñanza tiene mucha fuerza para atacar la teoría de la evolución, la cual no puede darse sino dentro de «la misma especie».
- F'') *La segunda decoración (vv. 14-18) tiene por objeto iluminar la estancia del hombre.* Así se nos enseña que todo astro fue creado por Dios para beneficio del ser humano; no hay estrellas malignas ni soles que puedan suplantar al verdadero Dios. De este modo, queda anulada la idolatría estelar y se quita el miedo a los maleficios astrológicos (ver Jer. 10:2). Otra advertencia importante: La segunda parte del v. 14 debe traducirse como en la RV 1977 o, mejor aún, como en la Biblia de las Américas: «... y sean

para señales y para estaciones y para días y (para) años». Además de *iluminar*, separando el día de la noche, las lumbreras tienen otras cuatro funciones que les han sido asignadas por Dios mismo:

(a”) «Servir para *señales*»; es decir, para ayudar al hombre a saber su posición en cualquier lugar de la tierra en que llegue a encontrarse, como su primitiva «brújula». Por ej., viendo siempre fija en su sitio a la estrella polar con respecto a la constelación de la que forma parte, el hombre aprendió dónde estaba el norte, etc.

b”) «Servir... para las *estaciones*», esto es, para arreglar el calendario en cuanto a las cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño, invierno; también, para fijar los tiempos de la siembra y de la siega.

c”) «Servir... para los *días*» = probablemente, como calendario de especiales días, antes de que el vocablo para «estaciones» (*moadim*) llegase a ser sinónimo de «festivales». Para el pesimista Jacob, «los días de los años» (Gn. 47:9 –tres veces los nombra en ese versículo) eran como un mal recuerdo de lo mucho que había sufrido.

d”) «Servir... para... los *años*» = probablemente, como calendario anual, regido entre los hebreos, por la luna –aunque el año solar estuvo vigente en varios períodos de la historia de Israel.

Antes de pasar adelante, quiero advertir al lector:

Primero, que, aunque Moisés se está refiriendo aquí a la creación, ya tiene en cuenta la santificación del día 7º, que vendrá en Génesis 2:3; por lo que los *días* del versículo 14 del capítulo 1º adquieren un énfasis especial, apuntando hacia el sábado.

Segundo, que el vocablo hebreo para «lumbreras» o «luminarias» (vv. 14-16, en los que sale cinco veces) es *meorot*, distinto de *or* = luz, indicando así que las «lumbreras» irradian luz, pero no son la luz misma.

Tercero, que tanto la «luz» como las «lumbreras» son hechura de Dios y de Él dependen, no sólo en su existencia sino también en su funcionamiento. En fin de cuentas, Dios es «el que forma la *luz* y crea las *tinieblas*» (Is. 45:7 –B. de las Américas).

G”) *La tercera decoración tiene lugar en las aguas de abajo y en el aire atmosférico (vv. 20-22)*. La última frase del versículo 20 dice así en el original: «frente a la faz de la expansión de los cielos». En estos versículos son dignos de análisis dos detalles:

a^o) La «expansión» (heb. *Reqía*), que ya salió por primera vez en el versículo 6 y ocurre otras siete veces antes del versículo 20, era para los hebreos como una bóveda metálica, en la que estaban como «claveteadas» las estrellas. Dios las cubría con una cortina azul al amanecer, y descorría la cortina al llegar la noche. En Isaías 40:26 se nos presentan las estrellas como «huestes de Yahweh», a las que Dios pasa lista una por una, «llamándolas por sus nombres y ninguna deja de acudir». ¡Cuánta poesía, dentro de la realidad! (ya lo mencionamos en la lección 12 punto 3, A) y B), (b), aunque de pasada y sin más detalles).

(b^o) Respecto a los animales que se mencionan en los versículos 20 y 21, leemos al comienzo del 22: «Y Dios los bendijo...» para que proliferaran y se multiplicaran, siendo ya seres animados y semovientes, además de ser dados a Adán como sus primeros compañeros y servidores; en cambio, no bendice las plantas, porque el crecimiento de éstas depende enteramente del sol, de la lluvia y de la condición del terreno, no de lo que a ellas se les ocurra hacer.

H^o) *Después del producto del agua, viene ahora (vv. 24-25) el producto de la tierra.* Extraña, a primera vista, hallar más animales después de la frase del versículo 21: «y *todo* ser viviente que se mueve». Quizás nos ayuden a entenderlo las siguientes consideraciones:

(a^o) Se describen en los versículos 24-25 los animales que mayor ayuda prestan al hombre, especialmente los cuadrúpedos domesticados que el hebreo indica mediante el vocablo *behemáh* = «bestia», término no equivalente a «monstruo marino», etc. (como en Job). Nótese que, en castellano, decimos también «bestia de carga», aunque se trate de animales domesticados.

(b^o) Precisamente por estar más allegados al hombre y por haber sido creados el mismo día que el hombre, parecen englobados en la bendición que Dios imparte a la pareja humana (v. 28).

(c^o) Lo mismo que, respecto a las plantas y a los animales del día quinto, Dios no los crea directamente, como hizo con los objetos de los días primero y segundo, sino que manda: «Produzca la tierra (v. 11)... Produzcan las aguas (v. 20)... Produzca la tierra (v. 24)». De este modo, la palabra de Dios refuta implícitamente dos errores funestos: *Primero*, la creencia pagana en dioses de la fertilidad; *segundo*, la evolución de unas especies vivientes en otras; no son producto de una mutación genética, sino del potencial fértil que Dios implantó en la tierra el primer día de la creación.

I^o) *Viene por fin la coronación de la obra creadora de Dios con la formación de la primera pareja humana (vv. 26-27 y cap. 2:7, 21-22).* Las consideraciones principales que nos sugiere la creación del primer hombre y la primera mujer son las siguientes:

(a^o) Hasta ahora, Dios había creado los seres de una forma impersonal: «Sea la luz (v. 3) ... Haya expansión (v. 6) ... Júntense las aguas (v. 9) ... Produzca la tierra (v. 11), etc.». Pero en el versículo 26 habla de forma personal: «*Hagamos...*», dando así a entender que el ser humano era algo totalmente diferente de todo lo creado hasta entonces. Al mismo tiempo, es un detalle contra la teoría de la evolución, detalle que será confirmado y corroborado en Génesis 2:7.

(b^o) Además, el verbo está en plural. No sirve como explicación decir que *Elohím* es plural, y, por eso, no es extraño que el verbo esté en plural. También en 1:1 es plural, pero el verbo «creó» *está en singular*. Tampoco es probable que sea un plural mayestático, que no se halla, p.ej., en 18:21. Lo más probable es que sea un plural llamado «deliberativo». Si sólo tuviésemos la revelación del A.T., sería muy difícil probar apodícticamente que esa «deliberación» implica un consejo de varias personas, pero, teniendo ya en el N.T. una revelación clara y explícita de la Trinidad (basta con Mt. 28:19), podemos decir que la Trina Deidad está insinuada aquí, lo mismo que en 11:7 y, mejor aún, en 3:22 «... como uno de *nosotros*». Véase también la sección 5^a punto 2. 1 (A).

(c^o) La pareja humana («macho y hembra» -v. 27, lit.) que Dios creó en la mañana del día sexto *no es anterior a la pareja cuya formación se nos describe en Génesis 2:7, 22, ni diferente de ella*. Es una pena que todavía haya «preadamitas» entre nosotros, y precisamente en las filas evangélicas. ES UN SOLO HECHO, NARRADO DE DOS MANERAS DIFERENTES. En 1:26-27, Elohím, como único Creador del Universo, crea *también* al primer hombre y a la primera mujer, aunque como algo totalmente diferente de lo anterior. En cambio, en 2:7 y 22, *Yahweh Elohím*, el nombre que cualifica al Dios de Israel, concreta su actuación en la formación de la primera pareja humana, con vistas a la que, desde el capítulo 3, será la «historia de la salvación».

(d^o) En la formación de Adam, Dios es representado como un alfarero que moldea un vaso de arcilla. En efecto, el hebreo del versículo 7 para «formó» es *yitsér*, y el participio activo del mismo verbo es *yotsér*, que significa «alfarero» y sale cuatro veces en Jeremías 18:1-4. Esto me da

ocasión para una consideración devocional: Aunque en el episodio de Jeremías 18, la referencia directa es a la «casa de Israel» (v. 6), como las Escrituras «se escribieron para nuestra enseñanza» (Ro. 15:4), cada uno de los hijos de Dios, si alguna vez nos sentimos como «rotos» –por lo que sea–, recordemos que podemos ser, sí, una «vasija rota», pero no en el suelo, sino «en su mano», en la del alfarero divino. EN ESAS MANOS, INCLUSO «ROTOS», «ECHADOS A PERDER» ESTAMOS SEGUROS.

(e^{***}) En cambio, para la formación de la mujer, Dios no es representado como un alfarero, sino como un albañil que construye un edificio, pues el hebreo del v. 22 para «hizo» es *yibén*. El verbo es *banáh* (infinitivo *banóh*), cuya raíz *bn* indica intuición, más frecuente en la mujer que en el hombre. Además, ese verbo tiene derivados muy significativos, como *ében* = «piedra» y *ben* = «hijo», lo que indica que los hijos son como las «piedras» que la madre da a luz para construir el hogar de la familia. Esto se presta a muchas consideraciones que no pueden analizarse en el presente volumen; ocuparían demasiado espacio.

(f^{***}) Como la primera mujer fue formada del primer hombre, no cabe pensar en otra pareja de la que surgiera la esposa de Adam. Ni Adam ni Eva tuvieron suegros.

7. ¿Es fiable el relato del Génesis?

Los expositores bíblicos y los teólogos liberales y modernistas sostienen que el Génesis, como el resto del Pentateuco, no fue escrito por Moisés, sino que todo ello es una recopilación tardía de diversos documentos, legendariamente atribuidos a Moisés, sin fundamento histórico de ninguna clase. Pero el ataque frontal a la Biblia ha surgido en especial de R. Bultmann y sus seguidores de todos los bandos, según los cuales «no sólo los once primeros capítulos del Génesis, sino todo el resto del Pentateuco, contiene únicamente cuentos para referirlos a los niños de la Escuela Dominical» (así se expresa también el *Nuevo Catecismo Holandés*, publicado con el Visto Bueno de los obispos católicos de Holanda).

Para Bultmann, no sólo el A.T., sino el N.T. nos trae, de parte de un Dios lejano y desconocido, un vago mensaje envuelto en «mitos», es decir, fábulas parecidas a las de otras religiones y llenas de elementos sobrenaturales, incompatibles con los conocimientos científicos que, en los últimos siglos, ha alcanzado la humanidad.

Contra todo esto se levanta incólume la palabra de Dios. El propio Señor Jesucristo dice en Juan 5:45-47: «No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a Mí, *porque de Mí escribió él*. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?»

La palabra de Dios nos presenta *lo que es historia, como verdadera historia, no como fábulas o cuentos para los niños*. De lo contrario, el mismo Dios aparecería ordenando o garantizando un engaño o una falsificación en el mensaje que, con su revelación, se ha dignado dar a la humanidad perdida, a fin de que cada ser humano pueda obtener enseñanzas fiables en cuanto al tema de la salvación, algo cuya importancia y urgencia nunca se enfatizan demasiado.

Pero es triste que tantas y tantas personas de toda clase y condición se sientan tan embaucados por nuevas doctrinas, que les parece hacer el ridículo si no siguen la corriente. Dice a este respecto R. Kittel (citado por Hertz, o.c., pág. 939): «La presunción de falsificación puede ser una de tantas hipótesis que, una vez lanzadas, se repiten con tanta frecuencia que, por fin, todo el mundo cree que están suficientemente demostradas. Entonces, quien no las cree es tenido por ultraconservador y anticientífico, y ¿quién se atrevería en nuestros días a cargar sobre sí el sambenito de quedar desfasado?»

Un par de observaciones nos ayudarán a entender lo fundamental de una hermenéutica correcta de la Biblia:

- A) Todo lo científico incluido en el contexto del mensaje de salvación de las Escrituras se narra de una forma popular, al alcance de todos –hombres de ciencia y pastores de ganado–, según la percepción semita de los fenómenos y según la cosmovisión oriental. También los occidentales, aún en nuestros días nos expresamos de una forma *popular –no científica–* cuando decimos: «el sol sale a tal hora; el sol se pone a tal hora».
- B) Es menester conocer la mentalidad hebrea, ya que la inspiración divina se acomoda al modo de pensar y al estilo de escribir de los escritores sagrados, así como tiene también en cuenta el léxico que cada uno manejaba y la documentación oral escrita de que disponía. Si se desconoce la mentalidad hebrea, concreta, plástica, imaginativa, se pierde de vista que el léxico y la temática del Nuevo Testamento están inmersos en los conceptos del Antiguo Testamento, y el lector de la Biblia se expone a perder el sentido verdadero de vocablos como, «salvación», «verdad», «justicia», «fe», «gracia», vida, «camino», etc.

8. ¿Creación o evolución?

Sabemos ya lo que significa la frase «creación de la nada» o, simplemente, «creación» cuando se trata de algo que sólo Dios puede hacer. Y tenemos en cuenta especialmente, al plantearnos la pregunta que sirve de título al presente punto, el origen del hombre: «¿Salió directamente de las manos de Dios, como leemos en Génesis 2:7, o surgió por evolución de un primate superior?»

Antes de responder a esto, debemos decir que la «evolución» es de dos clases:

- A) *Atea*, que, sin tener en cuenta a Dios, sostiene que todo se ha originado por procesos naturales, tanto en cuanto al origen de la primera substancia viva como en cuanto al origen de nuevas especies.
- B) *Teísta*. Esta tuvo su más erudito defensor en el jesuita francés P. Teilhard de Chardin (1881-1955), por lo que bien puede llamársele el padre del evolucionismo católico. Según su propia opinión, desde la primera molécula formada hace millones de años, el mundo evoluciona en espiral ascendente –desde dentro– hacia una mayor complejidad molecular: desde el caos al cosmos, de la biosfera a la noosfera, hasta desembocar un día en el «punto-Omega», Cristo, cuando «Dios sea todo en todos» (1 Co. 15:28). Parece ser que Teilhard interpretó este versículo, no en sentido *panteísta* (todo es Dios), sino *panenteísta* (todo está en Dios –lo cual es cierto– véase Hch. 17:28, pero no en el sentido de «absorción en Cristo», como lo vio Teilhard). Dentro del evolucionismo teísta hay diferentes opiniones:
 - (a) Unos sostienen que Dios se limitó a poner en marcha el «mecanismo», poniendo en la primera ameba o protozoo unicelular el potencial necesario para todo el proceso de la evolución.
 - (b) Otros, que Dios, después de ese primer paso, únicamente intervino directamente, controlando los genes para la aparición del primer ser humano.
 - (c) Otros, en fin, que Dios estuvo, después del primer paso, dirigiendo y controlando cada una de las mutaciones genéticas del proceso de la evolución.

He nombrado las «mutaciones», porque, en realidad, el tema de los «mutantes» es clave para la defensa y refutación del evolucionismo.

Ch.C. Ryrie define las mutaciones del modo siguiente: «Las mutaciones son cambios pequeños y repentinos en el código genético de la DNA, que pasan a la prole, haciendo que esta sea diferente de sus progenitores en características bien señaladas» (BT, pág. 174 –hay traducción de esta obra en castellano).

Algo muy esencial en este proceso es la llamada «selección natural». Oigamos de nuevo a Ryrie: «La selección natural es el mecanismo que preserva los cambios causados por las mutaciones. Cuando tiene lugar un cambio que es beneficioso para el organismo, la selección natural preserva este cambio, sencillamente porque es beneficioso. Cualquier cambio dañino deja de ser preservado, pues la selección natural lo excluirá de la línea, puesto que es inútil.» (o.c., pág. 174 –traduzco de la edición inglesa, por lo que las páginas no coincidirán con las de la edición en castellano).

9. *La teoría evolucionista carece de base, tanto bíblica como científica*

En cuanto a su base *bíblica*, basta con repasar el punto 7 de la presente lección. Pero, incluso en el terreno puramente científico, la evolución se enfrenta con graves problemas. Por ejemplo:

- A) ¿Es cierto que la selección natural preserva siempre los cambios beneficiosos? ¡No hay tal cosa! Los experimentos llevados a cabo con la mosca del frutal por T. Dobzhansky mostraron «el carácter deletéreo de la mayoría de las mutaciones».
- B) ¿Es cierto que las mutaciones ocurren con la mayor frecuencia en el proceso evolutivo? ¡Nada más falso! En los citados experimentos con la mosca del frutal se comprobó que *sólo una mosca, de entre un millón*, llega a desarrollar un cambio.
- C) ¿Es cierto que las mutaciones producen nuevos genes? *Nuevos genes* son necesarios, no sólo para la producción de una nueva especie, sino también para la producción de un nuevo órgano en una especie ya existente. Pero, si esto fuera cierto, ¿de dónde nos han llegado los dientes, *cuando los protozoos carecen de dientes*?
- D) ¿Es cierto que, dado el tiempo suficiente –por ejemplo, dos mil millones de años–, se han podido formar todos los organismos vivientes, a partir de la primera proteína? Dice Ryrie (o.c., pág. 177): «La probabilidad de formación de una sola molécula de proteína por azar es *de uno entre la*

unidad seguida de 243 ceros». Y esto, de una sola molécula; ¿qué diremos en cuanto a obtener una 2ª molécula? ¿Y cuántas clases de proteínas se necesitarían antes de que existiera un solo organismo vivo? En la célula de Morowitz, según J.F. Coppedge (citado por Ryrie, o.c., pág. 176), «las 239 moléculas de proteína necesarias incluían por lo menos 124 especies diferentes de proteína».

- E) El hecho del desarrollo de la vida en nuestro planeta y, sobre todo, el hipotético origen de la vida a partir de la materia inerte, es mucho más difícil de ocurrir por azar que si se echasen al aire todas las letras de todas las linotipias del mundo *y saliese compuesto, por el azar –es decir, por casualidad–, el Quijote que escribió Cervantes.*

No quiero terminar este tema de la evolución sin antes hacer una seria advertencia al lector:

Todo lo que hemos dicho en refutación de la teoría evolucionista está bien para el que ya cree en la palabra de Dios como norma suprema de instrucción doctrinal y práctica, pero ruego al lector que, si llega a verse confrontado con un científico que conozca bien el tema, no se enrede en argumentos de ninguna clase con él. Al incrédulo no se le debe responder con argumentos científicos de ninguna clase, ni siquiera con explicaciones racionales de la Biblia. Eso no sirve más que para perder el tiempo y, casi siempre, para dejar en mal lugar nuestra defensa de la fe cristiana (lea atentamente 1 P. 3:15). El hecho atestiguado por la palabra misma de Dios es que «el hombre animal (gr. *psujikós*) no acoge (gr. *déjetai*) las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque se examinan espiritualmente» (1 Co. 2:14). Repito aquí lo que ya dije en la lección 1, punto 4 (ver desde el último párrafo «Concluimos...» hasta el final de la lección): El ser humano puede conocer a dos niveles, el de la razón natural y el de la fe. El paso del nivel de la razón al de la fe supone un salto cualitativo, no meramente cuantitativo. En otras palabras, la razón humana no regenerada, no renovada por el Espíritu Santo (ver Ef. 1:18) está a un nivel del suelo, que no corresponde al nivel del Cielo, de las cosas de Dios y, por tanto, es imposible que capte las cosas que están en un nivel totalmente superior. Al incrédulo impenitente sólo se le puede decir: «cree y conocerás, como yo creí y entiendo»; o aquel otro magnífico testimonio del recién curado ciego de nacimiento: «una sola cosa sé: que, siendo ciego, ahora veo» (Jn. 9:25b –versión literal).

PARTE 2ª
DIOS EN LA CONSERVACIÓN DEL UNIVERSO

I. INTRODUCCIÓN

Siendo la enseñanza de la conservación del Universo por parte de Dios una doctrina explícita de la palabra de Dios, me extraña sobremanera que autores evangélicos como L.S. Chafer, Ch.C. Ryrie y A.H. Strong no digan ni una sola palabra de ella. En cambio, Ludwig Ott, en su obra *Grundriss der Katholischen Dogmatik*, págs. 86-87 (traducida a muchos idiomas –entre ellos el castellano–, dedica al tema una tesis entera).

Sin embargo, no voy a extraer de la obra de L. Ott ningún argumento de carácter teológico, aunque citaré algunos conceptos que Tomás de Aquino plasmó en su *Summa Theologica*, parte 1ª cuestión 104, artículo 1.

1. Noción de conservación

Entendemos por «conservación» el acto por el cual Dios mantiene en la existencia a todo lo que ha creado. Este acto, como se desprende de lo que Dios nos enseña en Su palabra, es continuo y afecta directamente al *ser* mismo de las cosas. Dice Tomás de Aquino en el lugar citado: «Todo efecto depende de su causa según aquello por lo que es su causa. Pero hay que tener en cuenta que algunos agentes son causa de sus efectos sólo en cuanto al *hacerse*, no en cuanto al *ser*..., pues un albañil es causa de la casa en cuanto al hacerla, pero no directamente en cuanto a su *ser*...»

«Ahora bien, así como el hacerse de algo no puede continuar si cesa la acción del agente que es causa de la cosa en cuanto al hacerse, así tampoco puede continuar el ser de una cosa si cesa la acción del agente que es causa del efecto, no sólo en cuanto al hacerse, sino también en cuanto al ser».

2. Dos maneras de conservar

Hay dos maneras de conservar, de igual modo que hay dos maneras de perder:

- A) *Conservación indirecta*. Consiste en vigilar para que nada ni nadie destruya una cosa o la saque del lugar que le pertenece por su condición,

lo cual es expresado en el griego del N.T. por medio del verbo *phulássein*. Una ilustración muy sencilla: Si compro un kilo de carne y lo dejo encima de la mesa, tengo que vigilar para que no se lo coma el gato o el perro.

- B) *Conservación directa o positiva*. Consiste en *preservar* de la destrucción poniendo en la cosa algo que le impida echarse a perder. Sigo con la misma ilustración: Si compro un kilo de carne y no lo pongo de inmediato en la nevera, tendré que empaparlo de sal para que no se corrompa; no se habrá *perdido* porque alguien se lo haya llevado, sino porque se habrá *echado a perder*.

Pues bien –y esto puede servir incluso de consideración devocional–, de las dos maneras se perdió el hombre: se alejó de la comunión con Dios –se escondió de Él– y se echó a perder por el pecado (los *dos males* que menciona Dios por boca de Jeremías. ver Jer. 2:13). Por eso dijo Jesús (Lc. 19:10) que había venido «*a buscar y salvar lo perdido*».

3. *¿Es la conservación una creación continua?*

Teniendo en cuenta que la existencia de los seres creados, por ser *temporales*, es como un conjunto de momentos en que se distribuye su ayer, su hoy y su mañana, ¿será menester que Dios haya de comunicarles el ser como si fuera nuevo en cada momento?

A esta pregunta tenemos que responder de forma negativa, porque, si ése fuera el caso, Dios tendría que estar, en cada momento aniquilando las cosas y devolviéndoles la existencia.

La conservación directa por parte de Dios implica que Su acción consiste en mantener a cada cosa en la existencia que les otorgó al crearlas, a cada una según la condición que corresponde a su naturaleza particular, que será distinta según se trate de un ángel, de un ser humano, de un animal bruto o de una piedra. Pero en todos estos seres, tan diferentes, será verdad que, en cada momento de su respectiva existencia, es tan dependiente de Dios como en el primer momento en que salió de las manos divinas.

4. *Examen de los lugares bíblicos*

- A) Dice Jesús, en Juan 5:17: «*Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo*». El Dios que descansó de la obra de la creación del Universo en el 7º día

(Gn. 2:2-3) no descansa nunca, ni siquiera guarda *la fiesta de precepto* en la obra de la conservación y, especialmente, en la obra de la salvación de los perdidos y de la preservación de Sus hijos.

- B) El ser humano, con sus problemas, con sus miserias, con sus trabajos y contrariedades, es objeto de un cuidado especial de Dios. Por eso, aunque leemos en Mateo 10:29 que ni un pajarillo cae a tierra sin el consentimiento de Dios, Pablo puede asegurar, en 1 Corintios 9:9-10: «En la ley de Moisés está escrito. “No pondrás bozal al buey que trilla”. *¿Se preocupa Dios por los bueyes* o lo dice enteramente por nosotros? Sí, por nosotros se escribió esto, porque con esperanza debe arar el que ara; y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto» (RV 1995 –corrijo un poco la puntuación para mayor claridad).
- C) La Biblia nos presenta numerosos testimonios de esta preocupación especial que Dios tiene con respecto a los Suyos. Por su gran cantidad, me limito a citar los siguientes lugares: Génesis 28:15; 49:24; Éxodo 14:29-30; Deuteronomio 1:30-31; 2 Crónicas 20:15-17; Job 1:10; 36:7; Salmos 31:20; 32:6; 34:15, 17, 19; 37:15-20; 121:3-8; 125:1-2; Isaías 43:2; 63:9; Jeremías 30:7-11; Ezequiel 34:11-16; Daniel 12:1; Zacarías 2:5; Mateo 6:25 y ss.; Romanos 8:28; 1 Corintios 10:13; 1 Pedro 3:12; Apocalipsis 3:10.

Hay dos lugares más que quiero resaltar por su singular belleza, y recomiendo al lector los estudie en la *Biblia de las Américas*, si la posee. Caso de no tenerla, la RV 1995 le servirá.

- D) *Salmos 91:1-4, 9-13*. Me limitaré a transcribir los versículos 1 y 4:

«El que habita al abrigo del Altísimo (heb *Elyón*)
Morará a la sombra del Omnipotente» (heb. *Shadday*)

.....

«Con sus plumas te cubre,
Y bajo sus alas hallas refugio;
Escudo y baluarte es su fidelidad» (Biblia de las Américas).

«La *sombra* del Omnipotente» (mejor, «del Todosuficiente») es una imagen frecuente en la Biblia, para expresar plásticamente la protección de Dios bajo la figura del ave que cobija bajo sus alas a sus polluelos, como lo confirman las expresiones del versículo 4. Véase cómo lo expresa de manera parecida David en Salmos 17:8:

«Guárdame como a la niña de tus ojos;
escóndeme a la sombra de tus alas» (Biblia de las Américas).

Aquí se añade otra imagen muy significativa: «La pupila del ojo», de cuya salud depende el que nuestra visión pueda ser clara.

Acerca del verdadero significado de *Shadday*, ya hemos hablado en las lecciones 2 y 13. Si estamos refugiados a la sombra, bajo las alas del Todosuficiente, no sólo estaremos bien protegidos, sino que *nada nos faltará* (Sal. 23:1).

Al llegar a este punto, ¿quién no recordará con tristeza las palabras del Señor Jesús en Mateo 23:37?

«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise (gr. *ethélesa* –“deseé”) juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (RV 1960).

E) *Isaías 40:29-31*:

«Él da esfuerzo al cansado
Y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.
Los muchachos se fatigan y se cansan,
los jóvenes flaquean y caen;
mas los que esperan en Jehová
tendrán nuevas fuerzas,
levantarán alas como las águilas,
correrán y no se cansarán,
caminarán y no se fatigarán» (RV 1960).

Entre las bendiciones que David enumera en Salmos 103:2-5 está el sustento suficiente para levantarse cada mañana «rejuvenecido como el águila» (v. 5), que después de volar incansable durante todo el día, repone sus fuerzas durante la noche, para volver a volar al día siguiente con el mismo brío. ¿Qué mejor modo de terminar esta sección que considerando estas verdades que la palabra de Dios nos ofrece para nuestro consuelo, estímulo y contentamiento? No quiero dejar sin mención otro lugar igualmente confortador: «El ETERNO DIOS ES TU REFUGIO, Y AQUÍ ABAJO LOS BRAZOS ETERNOS» (Dt. 33:27 –RV 1960). *¡Son los brazos de Dios, eternos y omnipotentes, los que aquí abajo –en esta vida terrenal– nos sostienen!*

Ahora bien, los dos lugares en que se nos enseña del modo más explícito la conservación *positiva y directa* del Universo por parte de Dios son los siguientes:

- F) *Colosenses 1:17*: «Y él (“el Hijo” del v. 13) es (es decir, “ha existido”) antes de todas las cosas, y *en él todas las cosas se conservan unidas juntamente*» (gr. *sunésteken*). El verbo *sunésteken*, compuesto de *sun* = «con» y *ésteken* = pretérito perfecto del verbo *hístemi* = «poner, colocar», expresa la idea de que todo el Universo adquiere su consistencia y se mantiene en su debida cohesión, gracias a la acción del Hijo de Dios, del Verbo por quien todas las cosas fueron creadas (v. 16, comp. con Jn. 1:3). He dado la versión literal del versículo.
- G) *Hebreos 1:3*. «Quien (“el Hijo” del v. 2) siendo el resplandor de su gloria (la del Padre) y la impronta de su ser real, y *llevando todas las cosas con la palabra de su poder...*» (vers. lit.). Aquí se expresa la misma idea que en *Colosenses 1:17*, pero de modo diferente, pues en *Hebreos 1:3* no son propiamente las cosas las que *se asientan conjuntamente* en el Hijo, sino que es el Hijo quien, en virtud de su palabra poderosa, sostiene todas las cosas como en su puño, de modo que, si abriese la mano y las dejara caer, perderían, no sólo su condición y su sentido, sino también su mismo ser = su existencia. Aunque las versiones suelen traducir el participio griego *phéron* por «sosteniendo» o «quien sostiene», la idea del verbo *phéron* «llevando» (comp. con 2 P. 1:21) añade *movimiento*; en otras palabras, en la conservación de las cosas, el Hijo no se limita a «sostener», como en reposo, sino que las «va conduciendo» en su caminar por la existencia temporal.

Para finalizar esta lección con un pensamiento altamente confortador y estimulante, repetiré lo que ya he dicho en otro lugar: ¡ESTAMOS EN BUENAS MANOS! ¡NO HAY MOTIVO PARA EL MIEDO O EL DESASOSIEGO!

CUESTIONARIO

*Preguntas para la lección 19**I. Sobre la Creación*

Al hablar de la *creación*, hemos visto que su único beneficiario es el *hombre*. Así pues,

- 1ª pregunta* ¿Se ha preguntado usted alguna vez, o con frecuencia, «cuál es el objetivo principal de mi vida»? Además de las porciones vistas en el texto, lea y medite Salmos 16:11; 73:25-26; 84:1-2,10; Isaías 62:5; Sofonías 3:17-18; Romanos 5:2-5; Filipenses 4:4; 1 Tesalonicenses 5:16-18; Santiago 1:2; 1 Pedro 1:6, 8; y un largo etcétera.
- 2ª pregunta* Entra dentro de lo posible el que alguno de mis lectores tenga acerca de la evolución *teísta* una opinión diferente de la del Dr. Ryrie. Para información del lector, debo decir que son muchos (además de los *numerosos* entre los católicos) los que, tanto entre los grandes rabinos (como Hertz) como entre los evangélicos (como A.H. Strong), están a favor de la evolución *teísta*. Aquí tenemos un problema de conciencia: En muchas iglesias evangélicas (sobre todo, en España y en la América Latina), sostener la evolución *teísta* equivale a una horrible herejía; ¿se debe uno callar, o es preferible poner las cosas en su sitio?
- 3ª pregunta* Prescindiendo de la opinión concreta que usted mantenga, ¿se atrevería a decir que *la evolución teísta va directamente contra la palabra de Dios, bien entendida*? Le aseguro que, en el fondo, estamos ante un caso en que necesitamos aplicar las normas de una hermenéutica adecuada.

II. Sobre la conservación

- 1ª pregunta* Dice Grudem (o.c., págs. 316-317):

«Al preservar todas las cosas que ha hecho, Dios hace también que mantengan las propiedades con las que las creó. Dios preserva el agua

de tal modo que continúa obrando como agua. Hace que la hierba continúe obrando como hierba, con todas sus características distintivas... Hace que el papel en el que está escrita esta frase continúe obrando como tal papel, de forma que no se disuelva automáticamente en el agua y se marche flotando o se transforme en algo vivo y comience a crecer. Mientras no actúe sobre él otra parte de la creación y, con ello, se cambien sus propiedades (por ejemplo, mientras no lo queme el fuego y se convierta en cenizas), este papel continuará obrando como papel mientras Dios preserve la tierra y la creación que ha hecho».

¿Qué sentimientos suscitan en usted estas reflexiones sobre la conservación de las cosas como *continua tarea de Dios*?

2ª *pregunta* Abundando en lo mismo, Grudem hace de Colosenses 1:17 el siguiente comentario:

«La frase “todas las cosas” se refiere a cada cosa en el universo (ver v. 16), y el versículo afirma que Cristo conserva todo lo que existe –en él continúan existiendo o “pertenecen” (B. de las Américas). Ambos versículos indican que, si Cristo cesase en su continua actividad de sostener todas las cosas en el universo, todo, excepto el Trino Dios, cesaría al instante de existir».

Cita, para confirmarlo: Nehemías 9:6; Hechos 17:28 y 2 Pedro 3:7.

LECCIÓN 20

Dios en la providencia y gobierno de los seres creados

I. INTRODUCCIÓN

Después de tratar acerca de la obra divina en la creación y en la conservación del Universo, es obvio preguntarse: ¿Termina ahí la acción de Dios sobre sus criaturas o tiene Dios una intervención ulterior en el comportamiento de los seres creados? A esta pregunta, la palabra de Dios da una respuesta inequívocamente afirmativa, como veremos luego.

1. ¿Son una misma cosa la providencia y el gobierno de Dios?

Aunque hay autores que parecen confundir la providencia y el gobierno de Dios sobre los seres creados, los conceptos son distintos, puesto que la *providencia* comporta la *planificación* o *programación* del modo de comportarse Dios con respecto a los seres creados, mientras que el *gobierno* se refiere a la *ejecución de los planes divinos*.

2. Concepto bíblico de «providencia divina»

La Biblia no tiene, ni en hebreo ni en griego, vocablos que definan el concepto teológico de «providencia», sino que nos presenta a Dios preocupándose en concreto de los seres creados e impartiendo lo necesario y conveniente para que cada uno, según su respectiva naturaleza, pueda realizar su existencia.

El hebreo del A.T. resume, no obstante, en el vocablo *pequddáb* = «protección», la acción benéfica de Dios hacia los Suyos (ver, p.ej., Job 10:12). La LXX vierte dicho término por *episkopé* = «visitación», «supervisión», y en este sentido ocurre 4 veces en el N.T.: Así que tampoco nos ayuda a formarnos una noción exacta del concepto de providencia, según lo hemos formulado en el punto 1 de la presente lección. Si se estudia la palabra de Dios en todo su contexto, vemos que la providencia de Dios:

- A) *Supone una presciencia eficaz* del futuro. Nada puede tomar a Dios por sorpresa.
- B) *Comporta una planificación general* de la historia del mundo y de la humanidad.
- C) *Requiere un gobierno eficaz*, con todos los medios necesarios para llevar a cabo infaliblemente, sin que nada ni nadie pueda impedirlo, todo lo que Dios ha programado como que ha de suceder.

3. *¿En qué consiste el gobierno que Dios ejerce sobre los seres creados?*

Esta pregunta requiere dos clases de respuestas:

- A) En lo que afecta a los minerales, a los vegetales y a los animales brutos, el gobierno de Dios no plantea ningún problema, pues todos ellos, cada uno según su respectiva naturaleza, realizan sus funciones llevados de un impulso interior que no pueden impedir ni controlar espontáneamente.
- B) Otro caso muy diferente es el de los ángeles y los seres humanos, todos los cuales disponen de libre albedrío para tomar decisiones de un modo responsable. Ahora bien, el tema de los ángeles no nos incumbe, especialmente porque todos ellos tuvieron ya su tiempo de *prueba* y están voluntariamente *fijados* en el bien o en el mal.

El problema queda, pues, limitado a lo siguiente: ¿De qué forma, en virtud de las decisiones eternas de Dios, se realizan en el tiempo la conjunción de la acción de Dios con el ejercicio del libre albedrío de los seres humanos? Planteado de este modo el problema, y antes de responder de inmediato, será útil dar un rápido repaso a la historia de la Iglesia para ver cómo ha evolucionado el pensamiento teológico sobre el tema, desde que los escritores eclesiásticos empezaron a ocuparse de él.

4. *Historia de la controversia*

La controversia en el tema que nos ocupa no surgió en los tres primeros siglos. Casi únicamente por motivos de apologética, las posturas diferentes comenzaron a dibujarse como reacción al respectivo entorno filosófico de los escritores. Los orientales, enfrentados con el maniqueísmo fatalista, sistema fundado por el persa Manes (216-276), tuvieron que defender principalmente el lado de la libertad humana, poniendo el énfasis en la *presciencia* de Dios para explicar el modo de actuar de Dios con los hombres, por lo que han venido a ser conocidos como «intelectualistas», mientras que los occidentales, por la tremenda influencia de Agustín de Tagaste (354-430), obispo de Hipona –él mismo había sido maniqueo en su juventud–, hubieron de oponerse, primero al pelagianismo y después al semipelagianismo, poniendo el énfasis en la *predestinación* y en la *eficacia de la gracia*, por lo que han venido a ser conocidos como «voluntaristas». De un modo u otro, ambos bandos han venido sosteniendo sus respectivas posiciones hasta nuestros días. Voy a tratar de resumir cuanto pueda la historia de la controversia.

- A) *El pelagianismo*. Pelagio, austero monje inglés (360-422), negó el pecado original y añadió que nuestros primeros padres eran ya mortales antes de cometer el primer pecado. Según él, el albedrío del hombre está suficientemente capacitado para obtener la salvación y merecer la vida eterna mediante la práctica de la virtud, sin necesidad de ninguna gracia interior. Agustín de Hipona le replicó el año 415, comenzando así la gran controversia. Al refrendar las demás iglesias la posición de Agustín, el pelagianismo ya no levantó cabeza.
- B) *El semipelagianismo*. Al refrendar el obispo de Roma, capital del Imperio, la condena unánime de la herejía pelagiana, Agustín pronunció su célebre frase: «*Roma locuta, causa finita*» = «habló Roma, se acabó el pleito». Pero el pleito no acabó, a pesar de los buenos deseos de Agustín, ya que, casi un siglo más tarde, surgió una tendencia intermedia, especialmente en un monasterio de Marsella, por lo que dicha tendencia recibió el nombre de «la herejía de los marselleses». Sólo en el siglo XVI o comienzos del XVII, recibió el nombre de «semipelagianismo», con el que se le conoce desde entonces. Fue condenada como herejía en el II Concilio local de Orange (529) y, con mayor solemnidad, en el Concilio Universal (o Ecuménico) de Trento (1545-1563). Pero sus principales fautores (algunos de ellos

canonizados como «santos» por la Iglesia de Roma) habían muerto mucho antes del Concilio de Orange.

Sus enseñanzas pueden resumirse del modo siguiente: Es necesaria la gracia de Dios para salvarse, pero el libre albedrío humano es suficiente para buscar y merecer dicha gracia, y para perseverar en ella, una vez obtenida. Ponían esta comparación: Un enfermo tiene poder para darse cuenta de su enfermedad y para hacer venir al médico, aunque sólo la medicina le va a curar.

Con estos presupuestos doctrinales, es normal que no creyesen en ninguna predestinación *previa a lo que Dios ve* que cada ser humano (incluidos los niños que mueren antes de llegar al uso de razón) va a hacer (creer o no creer). De este modo, los niños que mueren antes del uso de razón sin haber sido bautizados («regeneración sacramental») son condenados al Infierno *por lo que Dios ve que habían de hacer si llegasen a mayores*.

- C) *Desviación escolástica en la Edad Media*. La controversia sufrió diferentes variaciones, al compás de las diversas corrientes culturales, hasta llegar al siglo XII, en el que se hizo famoso Pedro Lombardo (1100-1160), por ser el primero que, en Occidente, escribió en cuatro libros sobre todos los temas de la teología católica, que pronto comenzó a llamarse «escolástica» por su arraigo filosófico en la escuela de Aristóteles. A Pedro Lombardo se le ha llamado «Maestro de las sentencias», por el modo de distribuir en «sentencias» las cuestiones de la teología.

Un siglo más tarde, brilló con luz propia un monje dominico, de noble familia suabia, Alberto el Grande (1193-1280), de una erudición extraordinaria. Pero quizás fue su mayor éxito el tener por alumno al italiano Tomás de Aquino (1225-1274), cuya obra magna, la *Suma Teológica*, de tal modo llegó a convertirse en el manual por excelencia de la teología católica, que fue el único libro posado sobre la mesa central del Concilio de Trento junto a la Biblia. De dicho libro, en la 1ª sección de la 2ª parte, cuestión 113, artículo 3, quiero copiar unas pocas líneas que nos permiten ver el pensamiento de Tomás sobre el tema que nos ocupa:

«Dios lo mueve todo conforme al modo de cada cosa: como vemos que, en las cosas naturales, de un modo son movidas las cosas pesadas, y de otro modo las cosas ligeras, por la diversa naturaleza de cada una. De ahí que él mueve a los hombres a la justicia (esto es, a la justificación

–el paréntesis es mío) según la condición de la naturaleza humana. Ahora bien, el hombre tiene, de acuerdo con su propia naturaleza, ser de libre albedrío. Y, por tanto, en quien tiene el uso del libre albedrío, no hace Dios la moción a la justicia sin el movimiento del libre albedrío; pero de tal modo infunde el don de la gracia santificante, *que, juntamente con él, mueve también el libre albedrío para aceptar el don de la gracia en aquellos que son capaces de esta moción*» (el subrayado es mío).

Aún había de nacer un escocés, llamado Juan Duns *Scotus* («el escocés»), mejor conocido en España por «Escoto» (1266-1308), monje franciscano de raras, pero profundas ideas, cuya principal característica fue oponerse al sistema de Tomás de Aquino, poniendo en la voluntad de Dios, que él concebía *absolutamente omnipotente* (contra lo dicho en los puntos 2 y 3 de la *Parte 1ª* de la lección 13) la causa eficaz de las acciones humanas. Por otra parte, su franciscanismo brilló de modo sublime al dar al amor de Dios la primacía sobre Su conocimiento de las cosas.

Lo peor de la teología escolástica fue desviarse de las nociones de fe, gracia, justicia, etc., conforme se nos presentan en la palabra de Dios. Esto afectó grandemente a las declaraciones dogmáticas del Concilio de Trento, haciendo imposible su acercamiento a las posiciones de los reformadores. No podemos dejar la mención del Concilio de Trento, porque, cuando éste se celebró, ya había nacido la Compañía de Jesús, fundada por el guipuzcoano Ignacio de Loyola (1491-1556). Fueron precisamente los jesuitas españoles quienes jugaron en Trento un papel decisivo, en especial Diego Laínez (1512-1565), que fue el 2º Superior General de la Compañía, a la muerte de Ignacio. Siendo los jesuitas los abanderados de la Contrarreforma, la oposición a las enseñanzas de los reformadores, de marcado tono «voluntarista», les hizo convertirse en los campeones a favor del libre albedrío. Voy a copiar solamente el canon 4º de la sesión 6ª del Concilio (año 1547):

«Si alguien dice que el libre albedrío del hombre, movido y despertado (lat. *excitatum*) por Dios, de ningún modo coopera asintiendo a Dios que lo despierta y lo llama, para que así se disponga y prepare a obtener la gracia de la justificación, y que no puede disentir, si quiere, sino que, como una cosa inanimada, no hace absolutamente nada y se comporta de modo meramente pasivo, sea anatema».

Quizás pensará alguno de mis lectores: «En parte, tenía razón en esto el Concilio de Trento». Sí, también a mí se me ocurre ese pensamiento. Lo malo es que sólo *en parte* tenía razón. Y, cuando la verdad es sólo *a medias*, es la peor de las mentiras, pues inculca el error con esa parte de la verdad. La enseñanza de Roma se había desviado fundamentalmente de la palabra de Dios y, por otro lado, ante una postura tan radical como la de los Reformadores, la cosa no tenía remedio.

D) *La controversia a partir de Trento*. Veamos primero lo que ocurre en la Iglesia de Roma:

(a) *El tomismo*. Radicalizando la postura de Tomás de Aquino sobre el modo de la *moción* divina con respecto a los agentes libres, el dominico Domingo Báñez (1528-1604) defendió con ardor la eficacia intrínseca de la gracia por decreto absoluto de Dios.

(b) *El molinismo*. El jesuita Luis de Molina (1535-1601), contra Báñez, defendió que la gracia *suficiente* a todos ofrecida, se *hace eficaz* por la cooperación del libre albedrío. Para mantener el concepto de predestinación de acuerdo con la fe católica, recurrió a la «ciencia media», que es el conocimiento de los «futuribles» (véanse los puntos 1 y 2 de la lección 11). Mención aparte, dentro de la escuela jesuítica, merece el cardenal Roberto Belarmino (1542-1621) que apoyó la noción de «gracia eficaz» en la «supercomprensión» o «superconocimiento» que Dios tiene de todas las cosas, incluyendo los agentes libres.

(c) *El agustinismo*. Este sistema fue propuesto primeramente por el cardenal italiano Enrique Noris (1631-1704). Defiende la eficacia intrínseca de la gracia, pero no al estilo del tomismo de Báñez, sino con base en una *atracción* afectivo-emotiva por parte de Dios (v. el punto 6 de la presente lección). Aunque fue tachado de «jansenista» por algunos, él siguió fielmente a Agustín en esto, y sus escritos fueron reconocidos como claramente ajustados a las enseñanzas de la Iglesia.

(d) *El sincretismo hacia dentro*. Fundado por Honorato Tournely (muerto en 1729), llegó a tener gran prestigio gracias al apoyo que le prestó Alfonso M. de Ligorio (1696-1787). Este sistema enseña que Dios da a todos gracia *suficiente* para orar; y al que ora, le da gracia *eficaz* para salvarse.

(e) *El sincretismo hacia fuera*. Lo llamo así, porque los teólogos que voy a mencionar creyeron que era posible un acercamiento a las tesis de

Lutero, apoyándose en Agustín acerca de los temas de la gracia y de la predestinación, como se habían apoyado también en Agustín los reformadores Calvino y Lutero. Los principales fueron Miguel de Bay, conocido como Miguel Bayo (1513-1589), Jansenio el Joven (1585-1638) y Pascual Quesnel (1634-1719). Los tres fueron condenados respectivamente por los Papas Pío V, Inocencio X (ya había muerto Jansenio) y Clemente XI. También el famoso científico Blas Pascal (1623-1662) tomó partido por los jansenistas, defendiendo brillantemente esa causa, en la polémica contra los jesuitas.

(f) ⁴*Las nuevas corrientes dentro de la Iglesia de Roma*. Entre los grandes teólogos de nuestro tiempo destaca el alemán Karl Rahner (1904-1984), director de la *Enciclopedia Teológica*, publicada por Herder en su edición castellana, en 6 tomos a doble columna. Del artículo *Conversión*, firmado por el propio Rahner, extracto lo siguiente:

«Desde el punto de vista de la naturaleza formal de la libertad, la conversión es la decisión fundamental por Dios mediante un uso religioso y moralmente bueno de la facultad de elección, así como el compromiso con él que abarca la vida en su totalidad...

»El libre retorno del hombre a Dios ha de verse siempre bíblica y sistemáticamente, como una respuesta producida por la gracia divina a la llamada de Dios, que da al llamar aquello mismo hacia lo que él llama...

»El contenido del llamamiento... es invitación (que obliga y facilita su seguimiento) a admitir a Dios, que se comunica a sí mismo, libera con ello la existencia de los “ídolos” esclavizadores... y da el valor para esperar la redención y libertad definitivas en la “posesión” inmediata de Dios como nuestro futuro absoluto».

Muchas otras cosas dice Rahner que, como éstas, extrañarán a muchos lectores. Y es que los conceptos teológicos de Rahner están entramados en su filosofía existencialista, pues él fue alumno favorito del filósofo Martín Heidegger (1889-1976), que fue, en realidad, el fundador del Existencialismo (véase mi libro *Catolicismo Romano*, publicado por CLIE, donde trato del Existencialismo en la lección 13).

Veamos a continuación cómo ha evolucionado la controversia en las iglesias surgidas de la Reforma:

(a') *Los calvinistas supralapsarios y sublapsarios* (véase el punto 4 de la lección 17) sostienen que la gracia divina es siempre *eficaz e irresistible*, y que se otorga solamente a los predestinados para la vida eterna. Haremos la crítica de este sistema al refutar el monergismo en el punto 5 de la presente lección.

(b') *Los luteranos se diversifican de las formas más variadas*. El pensamiento de Lutero, en cuanto a la incapacidad del inconverso para responder a la gracia de Dios, fue más radical todavía que el de Calvino pues fue Lutero quien, en su libro *sobre el esclavo albedrío*, como él lo titula, dice las frases siguientes:

«El albedrío del hombre es como un asno, puesto en medio de un camino. Si lo monta Dios, quiere y va donde quiere Dios. Si lo monta Satanás, quiere y va a donde quiere Satanás».

Sin embargo, la influencia de su amigo, el humanista F. Melancton, hizo que Lutero limase sus aristas. De ambas actitudes de Lutero han surgido distintas tendencias que no hace al caso analizar aquí.

(c') *El socinianismo*, que tomó este nombre de Lelio Socino (1525-1562) y de su sobrino Fausto Socino (1539-1604) es, en este tema, una forma más de pelagianismo, además de negar la deidad de Jesucristo (a lo que no se atrevió Pelagio).

(d') *El arminianismo* (ya definido en el punto 3 de la lección 17) tomó su nombre, como ya sabemos, de Jacobo Arminio, de cuyas enseñanzas ya hemos tratado en los puntos 3 y 6 de la lección 17. En lo que concierne al tema de la conjunción de la gracia con el albedrío humano, se puede resumir su doctrina del modo siguiente: La gracia salvífica es común, se da universalmente a todos; es siempre suficiente y se la puede resistir; así que la voluntad del hombre es libre y coopera con la gracia de Dios, en lugar de recibir de la gracia la capacitación para obrar. El arminianismo es, pues, sinergista. Lo refutaremos igualmente en el punto 5 de la presente lección.

(e') *El amiraldianismo*, del que ya tratamos en el punto 5 de la lección 17. Ya dije allí que no estoy de acuerdo con este sistema *en su pretensión de sostener la verdadera doctrina de Calvino*, pero en líneas generales, viene a sostener lo mismo que yo defiende con el nombre de «energismo». Llevaré a cabo esta defensa en el punto 6 de la presente lección.

(f) *El metodismo*, del que ya dijimos mucho en el punto 6 de la lección 17, sólo nos interesa ahora en una faceta que es común al metodismo arminiano de Wesley y al calvinista sublapsario de Whitefield: En que afirman que la conversión se efectúa siempre por *crisis* (de un «golpe») y nunca por *proceso* (paulatinamente). Atacaré esta enseñanza, que considero equivocada, en el punto 7 de la presente lección.

5. *La gracia de Dios no actúa por «monergismo» ni por «sinergismo»*

- A) *La gracia de Dios no actúa enteramente SOLA en la conversión.*
- (a) Si el albedrío humano no participase en absoluto en la recepción de la gracia, serían inútiles las exhortaciones al arrepentimiento (ver Hch. 17:30) o a despertar de la muerte espiritual (ver Ef. 5:14). En efecto, ¿qué respuesta puede dar un «cadáver»?
- (b) Si la gracia de Dios fuese siempre «irresistible», ¿qué responsabilidad se les puede exigir a los que no la reciben? Los réprobos podrían decir en el día del Gran Juicio Final: «somos condenados injustamente, porque nunca se nos ofreció la oportunidad de actuar ante la gran alternativa de recibir o rechazar la gracia». Ver también 2 Corintios 5:20: «Reconciliaos con Dios».
- (c) Si sólo los elegidos reciben gracias que les conduzcan a la salvación, ¿dónde queda la buena voluntad de Dios de que «todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad»? (1 Ti. 2:4). Seguramente que, quien desea un fin, debe proporcionar los medios necesarios para conseguirlo. El buen «deseo» de Dios a favor de *todos los hombres* sería un sarcasmo si *no todos* tienen acceso a la salvación.
- (d) La Biblia habla de modo muy diferente cuando se trata de la preparación para salvación y de la preparación para condenación (véase, p.ej., Mt. 25:34 y 41; Ro. 2:4 y 5; y, especialmente Ro. 9:22 y 23). *Dios* prepara para salvación; el impío *se prepara a sí mismo* para condenación. Pero, si la gracia divina obra de modo «monergista», no cabe duda de que es Dios quien, directa o indirectamente, prepara para lo uno y lo otro.
- B) *La gracia de Dios no actúa EN PARALELO con el albedrío humano.*
- (a') El libro de *Hechos* nos ofrece numerosos casos de conversión «de muerte a vida» (Jn. 5:24) y, en todos ellos, vemos la acción soberana de la gracia divina quebrantando la resistencia del pecador. La lista se abre

con Hechos 2:37, donde el verbo no está en voz media, como da a entender la RV, sino en voz pasiva: « *fueron punzados* en el corazón». El Espíritu Santo les ha convencido de pecado y buscan la «salida»; una vez conocida, *reciben la palabra* (v. 41) y acogen la semilla incorruptible (1 P. 1:23). Es el Señor quien «añade a la iglesia» (v. 47). En 4:4, vemos que son «muchos» los que han creído después del segundo mensaje de Pedro, hasta llegar a ser 5.000 el número de los varones convertidos. En 5:14, se nos dice literalmente que «no obstante, más y más *eran añadidos* , creyendo en el Señor, una multitud, no sólo de hombres sino también de mujeres». En 7:51 y ss., vemos un caso de *resistencia* que Dios no quebranta. La «fe» de que se nos habla en 8:12-13 no ofrecía ninguna garantía, como vemos por el contexto posterior. En 8:34-37, vemos la conversión de otro a quien Dios había preparado el corazón. En el capítulo 9 tenemos el gran acontecimiento de la conversión de Saúl Pablo. El v. 5 insinúa que Pablo sentía, desde 8:1 quizás, el «aguijón» de la conciencia, pero el quebrantamiento total de su resistencia aparece en los vv. 6 y ss. En 9:35, siguen las conversiones. Otro ejemplo de gracia «tumbativa» lo tenemos en 10:44-48. E igualmente, en 16:14 y 30 (nótese lo de «el Señor *abrió* el corazón de ella»). También, en 13:12; 17:34; 19:5.

(b') Mención aparte merece 13:48, cuya última frase dice al pie de la letra: «y creyeron cuantos *habían sido ordenados* a vida eterna». El verbo que he subrayado está, en efecto, en pretérito pluscuamperfecto de indicativo de la voz pasiva. Es un verbo de talante militar, cuyo sentido primordial es: «poner en orden de batalla» (comp. con Lc. 7:8, donde ocurre este mismo verbo). Es curioso notar que, mientras los arminianos tratan de negar que la frase mencionada tenga fuerza de gracia eficaz, el jesuita J. Leal, de quien podría esperarse un esfuerzo por compaginarla con el molinismo, diga lo siguiente en su comentario a este lugar: «Se refiere al llamamiento eficaz, la vocación eficaz a la fe, que es la puerta para la vida eterna».

(c') Son también notables los textos que nos presentan la *fe* como un *favor* , esto es, como una *gracia* de Dios. Dice Pablo en Filipenses 1:29: «Pues a vosotros *se os ha hecho el favor* , en atención a Cristo, no sólo de *creer en él* , sino también de padecer por él» (lit.). En cambio, la frase de Efesios 2:8b: «... y *esto* , no de vosotros; de Dios (es) el *don* » no puede tomarse como referida directamente a la *fe* , aunque es su antecedente más próximo, pues «esto» es del género neutro en griego, mientras que «fe» es

del género femenino. Pablo engloba la fe en este regalo de Dios, porque es Dios quien toma la iniciativa en la «salvación» que el versículo 8 menciona como obtenida *por gracia*.

(d') También se nos presenta la *fe* (el «creer») como un producto de Dios que, por medio de su palabra, implanta la «semilla» en el corazón del inconverso y le da el crecimiento necesario (ver 1 Co. 3:5-7).

(e') Es cierto que la *salvación se ofrece a todos* (ver, p.ej., 1 Ti. 2:4-6), pues para *todo hombre* alumbra la luz verdadera que es para vida eterna (ver Jn. 1:4, 9; 8:12; 9:5, 39). Pero también es cierto que la salvación del hombre es obra de la libre, pura y *soberana iniciativa* amorosa de Dios (véase Sal. 3:8; Jon. 2:9; Ef. 2:1-10; Tit. 2:11; He. 2:10).

C) *Hay textos de los que se abusa, como si tuvieran algo que ver con el tema de la conversión de la fe o de la gracia salvíficas.*

(a'') La frase de Jesús, en Mateo 9:22, Marcos 5:34, Lucas 8:48, «*tu fe te ha salvado*» no se refiere a la fe salvífica, sino a la «fe de milagros», fe en el poder sanador de Jesús.

(b'') En Mateo 17:20; 21:21, Jesús habla de la «fe que traslada montañas». Es una «fe» de *poder; un don* (ver 1 Co. 12:10), a lo más; no una *gracia* de salvación. Y, como todos los «dones» (gr. *jarísmata*) de nada sirve si no va acompañada del amor (ver 1 Co. 13:2).

(c'') En Juan 15:5, dice Jesús a sus discípulos: «... porque separados de mí (lit. *sin mí*) *nada podéis hacer*» Este versículo no se refiere a llegar a la *justificación por la unión con Cristo, sino a dar fruto permanente mediante la comunión con él.*

(d'') El himno 126 del Himnario Evangélico tiene un Coro, en el que, por cuatro veces, se exhorta al inconverso a «buscar a Dios», cosa que no puede hacer (ver Ro. 3:11-23; 8:7 y 10:20 -donde Pablo, citando de Is. 65:1, pone en boca de Dios lo siguiente: «Fui hallado de los que *no me buscaban*; me manifesté a los que *no preguntaban por mí*»). No es el inconverso quien *busca a Dios*, sino que es Dios quien *busca al pecador*. Sólo el pueblo escogido es exhortado a «*buscar a Yahwéh*» (ver, p.ej., Dt. 4:29; 2 Cr. 7:14; Sal. 105:4). Es cierto que Pablo, en Hch. 17:27, habla de buscar a Dios *palpando*, es decir, a ciegas; pero, ¿cuál es el resultado práctico? (ver Ro. 1:20 y ss.).

(e'') Todavía es más grave el abuso que se hace de Apocalipsis 3:20: «Mira que estoy a la puerta y doy aldabadas» (NTT –es la versión más exacta de este v.), puesto que este versículo no tiene nada que ver con la

conversión, sino con la *comuni3n* (comp. con Hch. 16:14, que ya hemos mencionado en B), (a').

(f') Otro abuso, aunque no tan grave, es el que se hace de los siguientes textos: *1 Corintios 15:10*: «Pero por la *gracia* de Dios soy lo que soy...». La «gracia» a la que Pablo se refiere aqu3 no es la «gracia-favor» que justifica, sino la «gracia-poder» del apostolado, que le capacitaba para el cumplimiento de su ministerio apost3lico. *2 Corintios 3:5*: «no que *seamos suficientes de nosotros mismos* para pensar algo como (precedente) de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia (procede) de Dios» (lit.). De nuevo, la «suficiencia» o «aptitud» a la que se refiere aqu3 Pablo no es la que se requiere para un acto que prepare para la justificaci3n o la merezca, sino la que le *hac3a apto para su ministerio*; lo aclara el contexto posterior: «el cual tambi3n nos hizo aptos (como) *ministros* de un nuevo pacto...» (v. 6). *Filipenses 2:12-13*: «... continuad llevando a cabo la *salvaci3n* de (vosotros) mismos con temor y temblor; porque es Dios quien obra (gr. *ho energ3n*) en vosotros tanto el desear como el obrar (gr. *energ3n*) sobre (gr. *h3per*) la buena voluntad» (vers. lit. –aunque las tres 3ltimas palabras griegas, *hup3r t3s eudok3as*, son susceptibles de varias interpretaciones). Sea cual fuere la interpretaci3n que se d3 a los tres 3ltimos vocablos, lo que importa es se3alar que Pablo no se refiere aqu3 a la «salvaci3n» en su primera fase (la justificaci3n), sino en su segunda fase (la santificaci3n).

EN LOS TRES LUGARES TRATADOS EN ESTE PÁRRAFO, LO QUE PABLO QUIERE EVITAR ES EL *MONERGISMO HUMANO*: EL QUE EL MINISTRO DE DIOS, O UN CREYENTE CUALQUIERA O COMUNIDAD ECLESIAL, SE CREA CON APTITUDES SUFICIENTES PARA PRESCINDIR DE LA ACCI3N CONJUNTA DE DIOS.

6. *En la conversi3n del imp3o, la gracia de Dios actúa en forma de atracci3n*

Nos atenderemos 3nicamente a lo que dice la Biblia sobre el tema, sin tener en cuenta las especulaciones filos3ficas o teol3gicas.

- A) La palabra de Dios nos declara abiertamente que Dios *conoce exhaustivamente al ser humano*. Basta con leer atentamente *1 Samuel 23:1-13*; *Salmos 139:1-6*; *Hebreos 4:12-13*. Para m3s detalles, repasar la lecci3n 11.

- B) La palabra de Dios nos dice también que el *corazón* del hombre (sus pensamientos, planes y propósitos) están en manos de Dios de tal modo que «a todo lo que quiere (Yahweh) lo *inclina*» (Pr. 21:1).
- C) La palabra de Dios afirma explícitamente que Dios doblega la voluntad del hombre *por medio de una atracción amorosa*. Los siguientes lugares bastarán:
- (a) *Jeremías. 31:3*. Dice aquí el Señor a su pueblo Israel: «Con amor eterno te he amado, por eso *te he atraído* con misericordia» (B. de las Américas).
- (b) *Oseas 11:4*. Aquí habla Dios de un modo similar al anterior: «Con cuerdas humanas *los atraje*, con cuerdas de amor».
- (c) *Juan 6:44*. Dice así este v. al pie de la letra: «Nadie puede venir a mí, a no ser que el Padre que me envió *lo arrastre* (gr. *elkúse*)». La acción de «atraer» es descrita por el propio Señor como la de un pescador que echó al mar la red barredera y la está arrastrando hasta su barco. En efecto, Dios el Padre, el que *elige, llama y justifica*, es el gran «Pescador de hombres», que echa al mar de la vida Su red barredera y la llena de los «peces» que eligió. Esa red no se va a romper de ningún modo, sino que llegará a puerto seguro, como *regalo del Padre al Hijo* (Jn. 17:6, 9, 11, 12). En su comentario a *Juan*, tiene Agustín de Hipona unos pensamientos de gran belleza, con base en el verbo «arrastrar» del versículo que estamos analizando, de donde extracto lo siguiente: Agustín pone en boca de un imaginario interlocutor esta pregunta: «Cómo puedo creer voluntariamente, si soy arrastrado?» Y él mismo responde:

«Yo digo: no sólo eres arrastrado voluntariamente, sino también voluptuosamente... Pues si al poeta le fue permitido decir “a cada uno le arrastra su placer” (Virgilio, *Égloga 2, 64*); no la coacción, sino el placer; no la obligación, sino la delectación; ¿con cuánta mayor fuerza debemos decir que es arrastrado hacia Cristo todo hombre que se deleite en la verdad, que se deleite en la felicidad, que se deleite en la justicia, que se deleite en la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo? Tienen los sentidos sus delectaciones ¿y no tendrá el alma las suyas?... Dame alguien con un corazón amante y entenderá lo que digo. Dame un corazón con deseos y con hambre; un corazón que se sienta desterrado y con sed, y que suspire por la fuente de la patria eterna; ese tal sabrá de qué estoy hablando. Pero, si hablo a alguien que tenga un corazón frío, no comprenderá lo que digo».

- D) La palabra de Dios deja igualmente en claro que, dejada a sus propias fuerzas, la voluntad humana actúa en forma de *resistencia a la gracia* (véase, p.ej., Is. 5:1-4; Mt. 11:20-24; 23:37; Jn. 3:17-21; 5:39-40; 6:35-36, 64; 8:43-47; 10:25-26; 15:22-25; Hch. 7:51; 9:5; Ro. 1:18: «*detienen* –ponen como una “barrera”– con injusticia la verdad»).
- E) La palabra de Dios nos da a entender, de igual manera, que esta resistencia natural del libre albedrío es *quebrantada* por la gracia eficaz de Dios de dos modos distintos:
- (a') De un modo *rápido*, «tumbativo», como en los casos de los oyentes de Pedro el día de Pentecostés (ver Hch. 2:37-42), del propio Pablo (ver Hch. 9:3-6), de Lidia (ver Hch. 16:14) y del carcelero de Filipos (ver Hch. 16:27-34).
- (b') De un modo *lento*, cuando la acción del Espíritu Santo en el quebrantamiento de la resistencia humana «se toma tiempo» –por decirlo de alguna manera– para llevar a cabo la obra salvífica de la gracia mediante el suave control de «los movimientos psíquicos inconscientes y vitales» (J. Auer, *El Evangelio de la Gracia*, pág. 280, publicado por Herder) y el concurso providencial de las circunstancias. Éste fue, sin duda, el caso de los primeros discípulos de Jesús y el de la mayoría de las conversiones, como muchos de nosotros podemos testificar. En mi opinión, los predicadores que insisten en sus invitaciones, con oratoria sentimental, a «tomar una decisión» están suplantando la labor del Espíritu Santo y llegan a causar en algunos oyentes daños irreparables.
- F) Pero la palabra de Dios nos dice también que, muchas veces, por justo juicio de Dios y en castigo del endurecimiento persistente del corazón humano, la resistencia del albedrío *no es quebrantada por la gracia*, sino aumentada para mayor condenación del individuo recalcitrante. Son numerosos los casos que de esto nos presenta la palabra de Dios. Véase el caso de Faraón (Éx. caps. 7 al 11), el de los que rechazan las advertencias de la sabiduría (Pr. 1:20-31) y la voz de Dios (Is. 65:11-12; 66:1-4), así como el caso de los paganos idólatras que se mencionan en Romanos 1:21-32. Especialmente grave es el caso del pecado contra el Espíritu Santo (véase en Mr. 3:29: «... es reo de juicio eterno» –aunque los MSS más fiables dicen: «... de pecado eterno»).

No obstante, téngase en cuenta que sólo la muerte cierra definitivamente la puerta de la esperanza. A este respecto, es curioso y sumamente consolador

el hecho de que, todavía al final del *Apocalipsis* (22:17), la palabra de Dios lanza una última invitación, como un eco de la que hace el Señor en Isaías 55:1-3. «El agua viva», que Jesús ofreció a la mujer samaritana en Juan 4:10, 14, se ofrece a todos en última instancia: «... Y el que tiene sed, venga; y *el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente*».

7. Consideraciones de carácter devocional

Lo primero que, en el plano devocional, quiero inculcar en mis lectores es lo que ya escribí, prestado de Mackintosh, en la Introducción de la lección 16^a: *La doctrina de la elección es para «los de casa»*. La única pregunta que debemos hacernos cada uno de nosotros, si nos consideramos «hijos de Dios», es: «¿Soy de veras un creyente verdadero o me estoy engañando a mí mismo?» Me temo que hay más de uno en nuestras filas, que tiene motivo para hacerse la pregunta, pero no se la hace, de «confiado» que está en su propia «justicia».

Si puedes decir con toda sinceridad, en la presencia de Dios, que estás seguro de haber recibido a Cristo en tu corazón, después de haberte visto a ti mismo como un miserable pecador, perdido sin remedio y necesitado de salvación, ahora que eres de «los de casa», te quedan dos obligaciones ineludibles: La primera, asegurar bien el edificio espiritual de tu vida cristiana con los materiales que se mencionan en 2 Pedro 1:5-7. El material más alto, el que protege y vivifica a todos los demás es, por supuesto, el último que menciona Pedro en dicho lugar: el «amor» (gr. *agápe* –de la misma clase que el que se menciona, p.ej., en Jn. 3:16; Ro. 5:5, 8; 1 Jn. 3:1; 4:16). La segunda, tomar conciencia de la gran responsabilidad de hacer conocer el Evangelio a los perdidos, cumpliendo así la gran Comisión que el Señor encomendó a los suyos. No dijo: Esperad a que la gente vaya a vuestras reuniones de evangelización y, entonces, procurad hacer unas «invitaciones» tan bien preparadas que persuadan a los bien dispuestos por el Espíritu Santo, y si no, al menos os dejarán tranquilos con el deber cumplido». ¡NO! Él dijo: «*Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.*» (Mr. 16:15).

Finalmente, algo que se echa en falta en muchas comunidades cristianas, sobre todo en ciertas denominaciones, y no sólo en España, es algo más de preocupación por la condición moral, psicológica y económica de muchos de nuestros conciudadanos; «en el mayor grado» (gr. *málista* –es un superlativo, no un comparativo), «de cara a los domésticos de la fe» (lit.), pero, en un círculo más amplio, también «hacia todos» (Gá. 6:10, -lit.). He mencionado el «amor» en

el párrafo anterior. Si reinase el verdadero «amor» en nuestras congregaciones, aunque no fuese de manera perfecta, todo marcharía mejor: hacia dentro y hacia fuera. Y la deuda del amor es una deuda que nunca se acaba de pagar (v. Ro. 13:8), porque el amor nunca es tan grande que podamos decir: ¡Ya es bastante! Si Dios hubiese dicho alguna vez a cualquiera de nosotros: «Ya es bastante», ¿qué sería de nosotros?

¡Ojalá se pudiera decir de cada uno de nosotros, como individuos y como congregaciones, lo que tanto gozo daba a Pablo recordar acerca de los fieles de Tesalónica, cuando menciona «la obra de vuestra fe, el pesado trabajo de (vuestro) amor y la paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesucristo, *pues sabemos*, hermanos amados de Dios, *vuestra elección*» (1 Ts. 1:3-4, -lit.).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 20

1ª *pregunta* Dice Grudem (o.c., pág. 687):

«Ya sea que adopte usted una posición reformada o arminiana sobre el tema de la elección, ¿puede usted pensar en algunos beneficios positivos en la vida cristiana que parecen experimentar más frecuentemente que usted los que sostienen la opinión opuesta a la suya? Aun cuando usted no esté de acuerdo con la otra posición, ¿puede hacer una lista de algunas útiles inquietudes o verdades prácticas acerca de la vida cristiana, que podría usted aprender de esa posición? ¿Hay algo que calvinistas y arminianos podrían hacer para aportar un mayor entendimiento y una menor división sobre este tema?»

2ª *pregunta* Después de estas reflexiones de Grudem, ¿tiene usted alguna experiencia personal, en su presentación del evangelio a inconversos, de que podría haber añadido algo de verdadera importancia?

3ª *pregunta* ¿Podría usted hallar fácilmente en su Biblia cuatro o cinco porciones verdaderamente aptas para presentar con toda claridad a la gente el llamamiento del evangelio? Pienso ahora en el libro de John Blanchard, *Right with God* (hay traducción castellana). ¡Qué maestría en la exposición y qué buen conocimiento de la gente en su comunicación!

4ª *pregunta* ¿Cree usted firmemente que, por medio de la predicación, Jesús mismo dirige hoy personalmente a la gente las palabras que contienen la invitación del evangelio?

5ª *pregunta* Si los inconversos se percataran de que es Cristo mismo quien se dirige a ellos de esta manera, ¿cómo piensa usted que les afectaría en cuanto al modo de responder al evangelio?

6ª *pregunta* Si entró el mal en el mundo a pesar de que Dios no lo intentó ni quería que lo hubiese allí, ¿qué garantía tenemos de que no será cada

vez mayor el mal que Dios no intenta ni quiere? ¿Y qué garantía tenemos de que podrá usarlo para Sus designios, o incluso de que podrá triunfar sobre él? ¡De seguro que esta no es una alternativa deseable!

- 7ª *pregunta* Hábilmente se las arregla el calvinista sublapsario W. Grudem en solucionar el problema de la conjunción de fuerzas (el poder de Dios al hacer que el hombre use su albedrío de una forma determinada), sin que Dios sea culpable en absoluto de las decisiones pecaminosas del ser humano. Por ejemplo, dice en la o.c., pág. 322, lo siguiente: «Decir que Dios *no pudo* hacer un mundo en el que *nos hace escoger voluntariamente...* es, simplemente, limitar el poder de Dios». A esto respondo yo que, para mí, el nervio de la cuestión no está en que Dios *pueda* crear un mundo en el que *nos haga escoger voluntariamente* hacer una cosa u otra, sino en que el hombre *pueda o no resistir una moción de Dios en un sentido determinado*, conservando íntegro su albedrío para escoger entre el mal y el bien. En otras palabras, en mi opinión, si *toda gracia de Dios es «irresistible»*, *hemos acabado con la responsabilidad humana*. ¿Qué le parece a usted?

Parte II

DIOS
REDENTOR

INTRODUCCIÓN

Como esta obra no tiene por objeto sustituir a la Serie que lleva por título CURSO DE FORMACIÓN TEOLÓGICA EVANGÉLICA, sino que sirve para completarla –en cuanto a los volúmenes correspondientes– a nivel devocional y como guía para penetrar en las profundidades de la Palabra de Dios a fin de conocerle más y mejor de un modo experimental, remito al lector al tomo IV del mencionado Curso, *La Persona y la Obra de Jesucristo*, en cuanto a la introducción que allí escribí en el año 1979.

Dice J. Auer (*Curso de Teología Dogmática*, IV/1, pág. 38): «El conocimiento y comprensión de Jesús exige sobre todo que “aprendamos” en su seguimiento (Mt. 9:13; 11:29) y le “imitemos” (1 Ts. 1:6; 1 Co. 4:16...). Al haber sido la *oración* a su Padre celestial el centro de la vida de Jesús en este mundo, según el testimonio de los Evangelios..., la oración personal es un camino especialmente adecuado para la comprensión de Jesús» (el subrayado es suyo). Y, en el prólogo al tomo IV/2 de la misma obra, añade J. Auer los siguientes bellos pensamientos: «Espero, por lo demás, que este manual estimule a quien lo toma en sus manos, no sólo como un compendio doctrinal, sino también como un florilegio de puntos básicos para sus reflexiones teológicas y para sus meditaciones religiosas, a todo cuanto exige un auténtico trabajo creador en teología: apertura a la realidad única del objeto teológico; sentido para los diversos métodos que aquí son necesarios y buena disposición para ponerlos en práctica; una idea clara de que *para saber es preciso creer* y de que la existencia y conducta deben proceder de este conocimiento de fe» (el subrayado es mío).

Deseo y espero esmerarme en que, a la profundidad del contenido, vayan unidas la concisión y la claridad en la exposición ¡una tarea nada fácil!

Todo lo que escribí en la *Introducción* a la Parte I de la presente obra es valedero para esta Parte II. Por tanto, exhorto al lector a que repase atentamente dicha *Introducción*.

Finalmente, para evitar confusiones, voy a hacer una aclaración muy importante: Como se verá en el estudio de este volumen, *Cristo es el centro de la teología bíblica*, pero eso no significa que sea su principio originante ni su fin último; nos bastan tres versículos para probarlo: Juan 3:16; 14:6 y 2 Corintios 5:19. El propio título de la presente Parte lo dice ya claramente: «Dios Redentor»; es decir, *Dios el Padre es, en definitiva, quien redime y salva, en Cristo y mediante Cristo*.

El Autor,
FRANCISCO LACUEVA

Malmesbury (Inglaterra), a 18 de abril de 1997

LECCIÓN 1

Lugar de la Cristología en la Teología

I. INTRODUCCIÓN

Ya dije en la INTRODUCCIÓN general a esta Parte que Cristo es el *centro* de la teología bíblica, pero no es el principio ni el fin. De la misma manera que Dios el Padre es el primer principio en la creación del Universo, en la programación de la historia y en el gobierno del mundo, así también es el primer principio en la redención de la humanidad pecadora y en la aplicación de dicha redención mediante Su Santo Espíritu. Igualmente es el último fin, como puede probarse por Juan 14:6 y 1 Corintios 15:27 y 28, entre otros lugares.

1. El testimonio de Jesús mismo en Juan 14:6

En Juan 14:6, dice Jesús a sus discípulos: «Yo soy el camino, y la verdad y la vida; *nadie viene al Padre, sino mediante mí*». Jesús aparece aquí como el *único* camino para llegar al Padre; pero eso mismo indica que la meta es el Padre, no él.

2. El testimonio de Pablo en 1 Corintios 15:27-28

Para dejar completamente claro el sentido de cada frase en esta porción, quiero suplir en paréntesis los sujetos y términos de cada frase gramatical: «Porque todas las cosas las sujetó (el Padre) debajo de sus pies (los de Cristo). Y cuando dice (la Escritura) que todas las cosas han sido sujetadas a él (sometidas

a Cristo), claramente se exceptúa aquel (el Padre) que sujetó a él (a Cristo) todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas (a Cristo), entonces también el Hijo mismo se sujetará al que (se someterá al Padre) le sujetó a él (al Hijo) todas las cosas, *para que Dios (el Padre) sea todo en todos*».

Pablo dice aquí inequívocamente que llegará un día en que Dios el Padre *lo será todo en todos*, sin necesidad del camino ni de ninguna clase de intermediarios; ¿cuál es el motivo? Lo apunta Pablo en el v. 24 de la misma porción: Una vez acabado el gran conflicto entre el bien y el mal, reducidos a la impotencia todos los enemigos, *Cristo entregará el reino al Dios y Padre*. Terminada la función mediatorial de Cristo, pero sin ser destruida la naturaleza humana del Mediador, tendrá su cumplimiento pleno la profecía escatológica de Isaías 54:13: *Todos serán enseñados directamente por Dios el Padre*.

II. CRISTO EL CENTRO DEL UNIVERSO

1. Cristo, el centro del Cristianismo

Cristo es el centro del Cristianismo de un modo que no se da en ninguna otra religión. Copio del profesor Griffith Thomas un párrafo que también aparece al comienzo de la INTRODUCCIÓN de mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo*:

«El Cristianismo es la única religión del mundo que se basa en la Persona de su Fundador. Uno puede ser un fiel mahometano sin que tenga nada que ver con la persona de Mahoma. Igualmente puede ser un verdadero y fiel budista aunque no sepa de Buda absolutamente nada. Con el Cristianismo pasa algo totalmente diferente. El Cristianismo está ligado a Cristo de un modo tan indisoluble, que nuestra visión de la Persona de Cristo comporta y determina nuestra visión del Cristianismo».⁽¹⁾

1. W.H. Griffith Thomas, *Christianity is Christ* (Grand Rapids, Eerdmans, 1995), pág. 7 (traduzco del inglés).

2. Cristo, el centro del Universo

Una porción de contenido doctrinal muy rico a este respecto es Colosenses 1:15-17, que dice así: «El cual (Cristo) es imagen de Dios invisible, primogénito de toda creación; pues *en él* fueron creadas todas las cosas, las que (están) en los cielos y las que (están) sobre la tierra, las visibles y las invisibles, ya (sean) tronos, o señoríos, o principados o potestades; todas las cosas han sido creadas *por medio de él y hacia él*; y él es (existe) antes de todas las cosas, y *todas las cosas tienen en él su consistencia*» (versión literal).

La centralidad de Cristo con respecto al Universo entero no puede quedar más clara. Dice M.J. Scheeben en su obra *Los misterios del cristianismo*, citado por J. Auer (IV/I, pág. 22): «Como el sol en el centro de los planetas, hállese Cristo en medio de las criaturas como corazón de la creación, del cual derrámase luz, vida y movimiento a todos los miembros de la misma, y hacia el cual gravitan todos, a fin de que en él y mediante él descansen en Dios..., para dar en él y mediante él a Dios la gloria que él exige de su creación».

3. Cristo, centro de la Historia

Cristo es asimismo el centro de la Historia de la humanidad. Más de la mitad de la humanidad datan los hechos históricos adoptando como fecha central la del nacimiento del Salvador. Así, la Historia queda dividida en dos mitades: «antes de Cristo» y «después de Cristo». En el plano teológico, la fecha central es la del primer Viernes Santo, cuando el Señor fue crucificado en el Calvario. La Historia de la Salvación está orientada, desde el Paraíso Perdido (Gn. 3) hacia la Cruz, y apuntará retrospectivamente a la Cruz en el Paraíso Recuperado (Ap. 22:1 –¡el trono del Cordero!).

4. Cristo, centro de la «geografía»

Podemos incluso considerar a Cristo como el centro de la «geografía», ya que, en el juicio de las naciones (Mt. 25:31-46) y, por extensión, en el Juicio Final (Ap. 20:11-15), la humanidad queda dividida en dos lugares que tienen por centro a Cristo: «Y pondrá las ovejas *a su derecha*, y los cabritos *a su izquierda*». Los de la «derecha», los «benditos del Padre», *irán a heredar el reino preparado para ellos*. Los de la «izquierda», los «malditos», *serán despedidos al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*. Cada uno de los detalles del texto que

he subrayado es digno de especial atención, pero los dejo a la reflexión personal del lector ¿a qué lado va a estar usted en el último día?

5. *Cristo, el centro de nuestra vida cristiana*

Finalmente, Cristo es el centro de nuestra vida cristiana; y, con esto, comienza ya lo específicamente devocional de la presente lección.

Esta centralidad puede expresarse de un modo general, mediante la frase «en Cristo», explícita en los escritos de Pablo, como luego veremos, pero que aparece también, aunque implícitamente, en Juan (ver Jn. 14:20; 15:1-7).

Pablo nos traza explícitamente toda la trayectoria de la centralidad de Cristo en nuestra vida cristiana:

- A) El Espíritu Santo nos bautiza incorporándonos a la Iglesia, que es «el cuerpo de Cristo» (1 Co. 12:13). Equivale al «bautizados hacia Cristo» que vemos en Gá. 3:27.
- B) Por eso mismo, Cristo viene a ser la Cabeza de ese Cuerpo (ver Ef. 1:22-23; 4:12-16; 5:23-32).
- C) Así, el cristiano se hace «una sola carne con Cristo», siendo Él el «esposo», no sólo de la Iglesia entera (Ef. 5:23-32), sino también de la iglesia local (ver 2 Co. 11:2).
- D) En virtud de la estrecha unión con Cristo, el cristiano participa legalmente (posicionalmente) del *status* de Cristo, quedando identificado con Él (a) en Su muerte (Ro. 6:1-11); (b) Su sepultura (Ro. 6:4); (c) Su resurrección (Col. 3:1); (d) Su ascensión a los cielos (Ef. 2:6); (e) Su reinado (2 Ti. 2:12); (f) Su gloria (Ro. 8:17).
- E) Finalmente, en cuanto a su condición personal (experimentalmente), el cristiano tiene a su alcance «el poder de la resurrección de Cristo» (Fil. 3:10). Este poder ejercerá su plena eficacia cuando el Señor venga (Fil. 3:20-21), es decir, en la *escatología*, pero el *ésjaton* = «lo último» está obrando ya en el creyente por su misma unión vital con Cristo, ya que *en Cristo, el ésjaton ha llegado a su plenitud*; EN LA CABEZA, EL ÉSJATON ESTÁ YA CONSUMADO. LOS MIEMBROS ESTÁN AHORA CRECIENDO PARA LLEGAR A LA ESTATURA (O A LA EDAD) PLENA DE CRISTO-CABEZA (ver Ef. 4:13). Más sobre esto, en la lección 17 (Cristo, el Gran Resucitado).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 1

- 1ª pregunta* La cabeza de nuestro cuerpo físico participa de las limitaciones, debilidades y enfermedades de nuestro organismo; ¿en qué se diferencia la condición de nuestra Cabeza-Cristo a este respecto?
- 2ª pregunta* Suponemos que usted, lector, es un verdadero creyente, no un fal-so profesante; ¿es para usted Cristo realmente el centro de toda su vida?
- 3ª pregunta* Respecto al «poder de la resurrección de Cristo» (Fil. 3:10), ¿puede usted decir, como Pablo (Fil. 3:12-14): «No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús»?
- 4ª pregunta* Si es usted un lector interesado en la materia del CURSO, pero no es convertido, le exhorto a reflexionar sobre Mateo 25:31-46 y le repito la pregunta que hago en el punto 4 de la presente lección: ¿a qué lado va a estar usted en el último día?

LECCIÓN 2

Errores sobre Cristología

I. INTRODUCCIÓN

Como el presente CURSO tiene su énfasis en lo práctico y devocional, no voy a exponer en detalle todas las herejías cristológicas a lo largo de la Historia de la Iglesia, con sus complicados matices. Exhorto al lector a que las lea en mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo*. Voy a resumir aquí lo principal, aclarando bien la parte de la materia que es objeto de los ataques enemigos. Los errores sobre Soteriología los reservo para la lección 10.

II. ERRORES CONTRA LA DIVINIDAD Y CONTRA LA HUMANIDAD DE JESUCRISTO

1. Los ebionitas

Según éstos, Cristo fue un mero hombre, sobre quien el Espíritu de Dios descendió en el Bautismo, a fin de capacitarle para Su obra, pero le abandonó en el Calvario. Contra ellos escribe Juan (1 Jn. 5:5-6) que el Espíritu mismo da testimonio de que Cristo no sólo vino *mediante agua* (en el Bautismo), *sino mediante agua y sangre* (en el Calvario).

2. Los cerintianos

El error de éstos es muy parecido al de los ebionitas, pero se basa principalmente en el gnosticismo. La gnosis sostiene que, en el plano del *ser*, la

materia es mala, aunque amoral en el plano del *obrar*. Por eso, no pudo haber consorcio real entre Dios y el hombre, sino que Jesús fue un ser terrenal al que se asoció temporalmente un espíritu superior. Contra ellos escribe Juan lo que leemos en 1 Juan 2:22; 4:2-3; 5:6.

3. *Los docetas*

El vocablo *doceta* viene del gr. *dokéin* que significa «parecer». Éstos, gnósticos también como los cerintianos, optaban por la solución más sencilla: Cristo fue un ser celestial que tomó un cuerpo aparente, etéreo, formado en el Cielo y venido a la tierra a través del útero de María, pero sin ser concebido por ella. Contra ellos escribe Juan lo que leemos en Juan 1:14 («*se hizo carne*» -lit.); 1 Juan 4:2-3. Ver también 1 Timoteo 3:16 y Hebreos 2:14.

4. *El arrianismo*

Ya estudiamos este error, en su contexto trinitario, en la Parte Primera de este CURSO.

En lo que tiene de común con los unitarios de todos los tiempos, el arrianismo sólo reconoce una Persona en la Deidad; el Verbo y el Espíritu son meras agencias del único Yahweh (Dt. 6:4).

En lo que respecta específicamente a la Cristología, Arrio, no sólo negaba la plena Deidad de Cristo, sino que también negaba la integridad de su naturaleza humana, diciendo que el Verbo se había unido a un cuerpo humano carente de alma, sustituyendo así al principio vital, el alma racional, de la naturaleza humana de Cristo.

Tenemos así la peor forma de monofisismo (véase en la sección IV de la presente lección). Bueno será examinar las bases de su error:

- A) En cuanto a la disminución de la Deidad en Cristo, el error de Arrio se debe a que no podía concebir una *generación eterna que no tuviese principio*. Sin embargo, la palabra de Dios nos dice que el Verbo no tuvo principio, pero eso no quita nada a *ser engendrado eternamente por el Padre; más aún, la propia generación exige que Padre e Hijo sean coeternos* (ver 1 Jn. 2:22).
- B) En cuanto a la disminución de la naturaleza humana en Cristo, Arrio pensaba que si Cristo poseía una *naturaleza humana completa*, por

fuerza tendría también una persona humana, con la independencia que su libre albedrío le proporcionaría. No obstante, el hecho de que Cristo posea una naturaleza humana completa no le hace «independiente del Padre», sino totalmente sumiso a Él por la acción santificante del Espíritu de Dios. Por otra parte, sin el libre albedrío, la muerte de Cristo no habría sido voluntaria ni meritoria (ver Jn. 10:17-18).

III. ERRORES CONTRA LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

1. *El monarquianismo*

Esta herejía, imperante en el siglo III de nuestra era, sostenía que en Dios hay una sola Persona con diferentes *funciones* (Pablo de Samosata) o diferentes *modos* de manifestarse (Sabelio), por lo que dicho error se divide en *dinámico* y *modalístico* respectivamente. Todo lo que dije ya en la Parte I del CURSO, lección 5., tiene aquí su validez, por lo que remitimos al lector a dicha lección.

2. *El socinianismo*

Debe su nombre a Fausto Socino (1539-1604), cuyas opiniones quedan admirablemente expuestas por P. Kubricht en el *Evangelical Dictionary of Theology*, pág. 1.031, col. 2^a. Dice así (traduzco del inglés):

«Socino creía que la Escritura debe ser interpretada racionalmente. Esta estructura filosófica le llevó a negar la deidad de Cristo. En su opinión, Cristo tuvo una naturaleza humana y no llegó a ser Dios hasta después de su resurrección, cuando el Padre delegó al resucitado Jesús algo de su poder divino... Socino no creía que la muerte de Cristo en la cruz proporcionase el perdón de los pecados, pues Dios pudo perdonar los pecados sin la necesidad de la expiación de Jesús. El arrepentimiento y las buenas obras alcanzan el perdón de Dios. Socino negaba el pecado original, la predestinación y la resurrección del cuerpo (excepto para unos pocos elegidos que fueron realmente concienzudos seguidores de Jesús)».

Vista su base racionalista para la interpretación de las Escrituras, el socinianismo no es sino el precursor del modernismo.

3. *El modernismo*

Voy a simplificar lo que digo en las páginas 65-69 de *La Persona y la Obra de Jesucristo*.

Para mí, los dos puntos principales que tipifican la herejía modernista son los siguientes:

- A) Jesucristo era un hombre como los demás, aunque fue adquiriendo progresivamente la persuasión de que Dios estaba llevando a cabo en él Su obra.
- B) El *Jesús histórico* (el aceptado por la crítica racionalista) es una persona muy distinta del *Cristo de la fe* (el inventado por la entusiasta autosugestión de la primitiva comunidad cristiana).

Los factores que han confluído para formar esta imagen modernista de Jesús son tres:

- A) El racionalismo, al establecer la razón humana como único árbitro para discernir lo misterioso (lo que no entendemos hoy, pero la ciencia lo descubrirá algún día) de lo normal (lo corriente que todo el mundo puede entender).
- B) El sentimentalismo, al sostener que el único modo de entender lo religioso es la vía *subjetiva* (el encuentro emocional con el Dios desconocido), no la vía *objetiva* del conocimiento (la investigación imparcial de los hechos históricos).
- C) El existencialismo, al situar en la zona de lo incognoscible todo lo que trasciende los datos de la experiencia sensible.

Por tanto, para no ser atraído por las sirenas de estos errores modernistas, el creyente debe conocer el modo de refutarlos:

- (a) Contra el racionalismo, ha de afirmar la *necesidad de la fe* como el único modo de dar el salto cualitativo desde el plano natural de la razón.
- (b) Contra el sentimentalismo, ha de sostener que la comunidad primitiva de la Iglesia, lo mismo que el apóstol Pablo, basaba su fe, no en fantasías

ni alucinaciones de una autosugestión colectiva, sino en *hechos* diligentemente atestiguados (véase 1 Co. 15:1-8, como también Jn. 20:24:29; Hch. 5:29-32).

(c) Contra el existencialismo, ha de reconocer que hay una *dialéctica* correcta, cuando se analizan los distintos aspectos de la realidad para dar una imagen más exacta del objetivo cognoscible, pero no es «científico» apoyarse en la trascendencia de lo religioso para negar la validez perpetua de las verdades de fe (ver He. 13:8; Jud. v. 3).

IV. ERRORES CONTRA LA HUMANIDAD DE JESUCRISTO

1. *El apolinarismo*

Esta herejía debe su nombre al obispo de Laodicea, Apolinar (310-390), quien defendía contra los arrianos la divinidad de Cristo, pero negaba que la naturaleza humana del Verbo poseyese espíritu propio, capaz de deliberar voluntariamente y de obrar libremente. No le negaba un alma como principio vital del cuerpo –a diferencia de Arrio que, como vimos, le negaba también esto–, pero sí un verdadero espíritu humano como el nuestro. Se apoyaba en las siguientes razones:

- A) Es imposible que una persona posea *dos* voluntades propiamente dichas; la voluntad es un atributo de la persona. Esto es falso, porque la voluntad, como toda agencia ejecutiva, es parte de la *naturaleza*, no está incluida en la *personalidad*, que es puro centro de atribución y responsabilidad.
- B) Si Cristo hubiese poseído un espíritu propio, capaz de decidir y obrar libremente, habría podido negarse a sufrir y morir, anulando así el plan de Dios de redimir a la humanidad perdida. Refutaremos esto en la lección 7, haciendo ver que, en la actuación de su libre albedrío, la sumisión de Cristo al plan del Padre no disminuía en él la función normal de su psicología.

2. *El monofisismo y el monotelismo*

Dejamos la exposición y refutación de estos errores para la sección V de la presente lección. Nueva luz obtendremos acerca de estos errores al estudiar

la lección 9, que trata del misterio de la unión hipostática, al que dichos errores se oponen *exagerando la unión*, así como el nestorianismo se opone al misterio *anulando la unión*.

V. ERRORES CONTRA LA UNIÓN HIPOSTÁTICA

1. *El nestorianismo*

Aunque el obispo de Mopsuesto, Teodoro (350-428) preparó el camino para esta herejía, fue su discípulo, el patriarca de Constantinopla Nestorio (380-451) su verdadero fundador. Sostenía que cada una de las dos naturalezas de Cristo poseía su propia personalidad, admitiendo entre ambas naturalezas una unión accidental de mutua pertenencia, moral, afectiva, etc., pero no *sustancial y personal*, como la palabra de Dios nos la presenta. Se apoyaba en una base falsa: la de que, *a cada naturaleza individual corresponde una persona o «hypóstasis»*. Digo que es una base falsa, porque la *persona* responde a la pregunta «¿quién?», mientras que la *naturaleza* responde a la pregunta «¿con qué?»; por tanto, no existe absurdo al afirmar: UN SOLO «QUIEN» PUEDE OBRAR, UNAS VECES «CON» UNA NATURALEZA, OTRAS VECES «CON» OTRA, Y OTRAS VECES «CON» AMBAS A UN MISMO TIEMPO.

Cuando hayamos estudiado las lecciones 6, 7 y 9, entenderemos mejor por dónde se opone esta herejía a la palabra de Dios, lo mismo que el monofisismo y el monotelismo.

2. *El monofisismo*

Este vocablo es compuesto del gr. *mónos* = único, y *phúsis* (o *physis*) = naturaleza. Sobre la misma base falsa del nestorianismo, de que *a cada naturaleza individual corresponde una persona o «hypóstasis»*, el monofisismo sostenía que, una vez hecha la unión hipostática, sólo había en Cristo una naturaleza, aunque fuesen dos las naturalezas que existían antes de la unión.

Mientras que sólo existe una forma de nestorianismo, en el monofisismo hay diversas formas de explicar el modo de existir de las naturalezas una vez realizada la unión. Esto se debe a que los autores del monofisismo no estaban tan versados en teología como Nestorio.

El principal adalid del monofisismo fue el monje Eutiques (378-454), superior de un monasterio, afirmando, según parece, que la naturaleza humana de Cristo fue absorbida, hasta cierto punto, por la divina. Otros sostenían que era la naturaleza divina la que se había anonadado, entendiendo así el verbo *ekénosen* = «se vació» de Filipenses 2:7 (lit.). Pero la forma típica del monofisismo es la que sostiene que las dos naturalezas *se mezclaron* de forma parecida a lo que ocurre en una aleación de metales o en una combinación química, resultando una tercera naturaleza distinta de las dos anteriores.

A todo esto se opuso la gran mayoría de los pastores y de la propia grey cristiana. Los obispos comenzaron a reunirse en Concilios que han venido a llamarse «ecuménicos», por suponerse que representaban a todo el orbe católico. El arrianismo había sido condenado en el Concilio I de Nicea (año 325). El nestorianismo, en el Concilio de Éfeso (año 431). El monofisismo lo fue en el Concilio de Calcedonia (año 451), donde se definió solemnemente y de manera inequívoca (extraigo el párrafo principal): «Que uno y el mismo Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, ha de ser reconocido *en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación*; sin que en manera alguna sea suprimida la diferencia de las naturalezas a causa de la unión, sino quedando más bien a salvo la propiedad de cada naturaleza, y concurriendo ambas en una sola persona y subsistencia» (el subrayado es mío). Como puede verse, el Concilio condenó también el nestorianismo junto con el monofisismo.

3. *El monotelismo*

Después de la solemne y explícita declaración de Calcedonia, podría pensarse que ya no se necesitaba ninguna otra declaración «dogmática» para entender correctamente lo que sobre la persona divino-humana de Jesucristo nos dice la palabra de Dios. Pero los conceptos filosóficos volvieron a oscurecer el panorama de la cristología. Si había en Cristo dos naturalezas completas, ¿habría también dos voluntades? ¿Y cuál de las dos tomaría las decisiones? ¿Qué papel ejerce la persona única en el modo de obrar? Por mala inteligencia del concepto de «persona», el monotelismo dio a dichas preguntas respuestas falsas, sosteniendo que en Cristo había *una sola voluntad* decisoria (gr. *mónos* = único, y *thélesis* = voluntad) y *una sola energía* = agencia principal de operación; por lo que a esta herejía se le puso también el nombre de *monenergismo*.

El principal fautor de esta herejía fue el patriarca de Constantinopla Sergio (murió el año 638), aunque parece ser que él no negó la existencia en Cristo

de dos voluntades en cuanto agencias ejecutivas, sino la *iniciativa espontánea* de la voluntad humana para ponerse en acción por sí misma. Pero, incluso con esta salvedad, el monotelismo ponía en peligro la declaración de Calcedonia, pues iba en detrimento de la integridad de la naturaleza humana, al negarle una voluntad capaz de decisión y operación enteramente propias, por lo que fue condenado en el Concilio III de Constantinopla (años 680-681). El Concilio declaró que: «en él (Cristo) hay dos voluntades naturales y dos modos naturales de obrar...; y que esas dos voluntades naturales no se oponen mutuamente..., sino que la voluntad humana sigue (= obedece) y no resiste ni se opone, sino más bien se somete, a su omnipotente y divina voluntad».

Después de esta declaración quedan pendientes algunas cuestiones que analizaremos en la lección 9.

4. *El adopcionismo*

Por no dejar cabos sin atar, resumo también lo que digo en mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo* (págs. 53-54) sobre esta herejía, también llamada «la herejía española», por ser sus fautores los obispos españoles Félix de Urgel (muerto en el 800) y Elipando de Toledo (muerto en el 808). Afirmaban que Jesucristo fue siempre Hijo *propio* (ver Ro. 8:32) de Dios, por su generación eterna del Padre; y en esto eran completamente ortodoxos. Pero sostenían también que, *en cuanto hombre*, como «el hijo de David», fue *también hijo adoptivo espiritual* de Dios (aunque en grado y calidad inmensamente superiores a nosotros), desde su Bautismo hasta su Resurrección. Lo que les movió principalmente a pensar de esta manera herética fue su anhelo pastoral de evangelizar más eficazmente a los musulmanes que habían invadido España el año 711, pues también éstos creían en Jesús como gran profeta e hijo adoptivo de Dios.

La confusión doctrinal de estos dos obispos se debía a no tener en cuenta que la adopción es algo estrictamente *personal*; en otras palabras, *no se adopta a una naturaleza, sino a una persona, ya que, en tratando de «filiación», la relación «Hijo-Padre» implica necesariamente dos sujetos = dos personas*. Por tanto, es correcto decir que la naturaleza humana de Cristo *no es hija* de Dios, pero no es correcto sostener que este *hombre, personalizado en la Persona del Verbo, no es Hijo propio de Dios*.

El adopcionismo fue condenado en el Sínodo de Francfurt en el año 794, y ya no levantó cabeza hasta que, en el siglo XIX, surgió el modernismo.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 2

- 1^a *pregunta* ¿Cuál le parece al lector que es la raíz viciosa, dentro del corazón humano, que le inclina a negar el asentimiento a las verdades de la fe? Contrastar la actitud del Faraón en Éxodo 5:2 con la de Pedro (Jn. 6:69), del recién curado ciego de nacimiento (Jn. 9:38), de Marta (11:27), Tomás (Jn. 20:28) y el propio Juan (1 Jn. 4:14-16).
- 2^a *pregunta* ¿No le parece al lector que también interviene en este rechazo de la verdad otra raíz viciosa del corazón humano, derivada de la anterior, pero distinta de ella? Le doy una pista: ¿a qué nos compromete, por ejemplo, el reconocimiento de que Dios es una *realidad* y que Cristo es el Señor y Dueño, que se dio por entero para nuestra salvación?
- 3^a *pregunta* Esta vez, en forma de reflexión devocional: La mayor parte de las herejías consideradas en la presente lección comportan, al menos implícitamente, una negación del gran amor de Dios a la humanidad perdida, haciendo de Cristo una especie de «Dios disminuido», como si fuese deterioro para el carácter del Dios infinito venir a este mundo a «servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:28), o, por el lado de la humana naturaleza, mutilarla de forma que no sufriera lo que los Evangelios y las Epístolas del N.T. nos describen en los relatos de la Pasión y Muerte de nuestro Salvador. Todo creyente debe hacer suyas las palabras de Juan en 1 Juan 4:16a: «*Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros*».

LECCIÓN 3

Nombres de Cristo

1. *Jesús*

Comienzo por este nombre, por ser el primero que aparece en el N.T. Es cierto que, ya en Mateo 1:1, aparece el nombre de «Jesucristo» (también en el v. 18) y en los versículos 16 y 17 del mismo capítulo ocurre el nombre «Jesús» y, dos veces, «Cristo»; pero es en el versículo 21 donde se trata explícitamente de poner nombre a «lo engendrado en María» (v. 20).

A éste se refiere el ángel cuando le dice a José (v. 21): «Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre *JESÚS*, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». El ángel mismo da la traducción de dicho nombre, pues *Jesús* (*Yeshúab* en hebreo) significa «Yahweh salva».

2. *Cristo*

Este nombre es la transliteración del gr. *Jristós*, que significa «ungido» y corresponde al hebreo *Mashiaj* (arameo, *Meshiaj*). En Israel se ungía a sacerdotes, profetas y reyes. También se aplicaba el aceite al leproso (ver Lv. 14:15-18) como símbolo de la purificación llevada a cabo por el Espíritu Santo, cuyo símbolo principal es el aceite (ver Ro. 5:5, donde Pablo usa el verbo «derramar» en conexión con la operación del Espíritu Santo en el corazón del creyente). Jesús fue ungido por el Espíritu Santo al ser concebido en el seno de María (Lc. 1:35) y experimentó una unción especial en su Bautismo (véase Mt. 3:16 y paralelos), a fin de capacitarle para su ministerio público.

3. *El Hijo del Hombre*

No menos de 80 veces ocurre este título en los Evangelios, siempre de labios del propio Jesús y siempre también en 3ª persona. Respecto de este nombre conviene notar lo siguiente:

- A) No es título de humillación, sino de gloria, como se ve por Daniel 7:13 y ss. Rectificando, con una mejor información, lo que escribí en mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo*, pág. 72, diré que todo el escenario de Daniel 7:13 y ss. es de tono escatológico y apocalíptico, y el Mesías «es presentado ante el Anciano de días (Dios) de acuerdo con la etiqueta de una corte regia» –dice el rabino A. Cohen (*Commentary on Daniel*) sobre la última frase del v. 13, «y le hicieron acercarse delante de él»-. Como dato curioso, el mismo autor cita de otro rabino lo siguiente, en relación con Daniel 7:13: «Si Israel es digno, el Mesías vendrá cabalgando sobre las nubes; si no lo es, vendrá en forma de un pobre montado en un asno». De esta forma pensaba este rabino hacer compatible Daniel 7:13 con Zacarías 9:9.
- B) En general, los rabinos no liberales, no sabiendo cómo compaginar al «Siervo Sufriente» de Isaías 53 con el «Hijo del Hombre» de Daniel 7:13, inventaron dos Mesías: «el hijo de José», correspondiente a Isaías 53, y «el hijo de David», correspondiente a Daniel 7. Pero el propio Jesús declaró ser el *único* Mesías al unir en uno al Mesías de Isaías 53 con el de Daniel 7 en textos como el siguiente: «*El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres y le matarán; mas al tercer día resucitará*» (Mt. 17:22).
- C) ¿Por qué se refería Jesús a sí mismo en 3ª persona cuando hablaba del Hijo del Hombre? J. Jeremias, en su *Teología del Nuevo Testamento, I*, págs. 319-320, da una razón convincente: Eso se debe a la diferencia que Cristo quiere hacer resaltar entre el estado de debilidad en que se encontraba entonces y el estado de gloria en que había de encontrarse cuando viniese hacia el Padre envuelto en las nubes.

4. *Hijo de Dios*

Ciñéndonos aquí a la forma en que se aplica a Cristo este título, es menester que distingamos los diversos sentidos que tiene en el N.T.

- A) *Sentido ético-religioso*. Es el más probable en Mateo 17:24-27, que Cristo aplica a sí mismo implícitamente, como fiel súbdito del rey de los cielos.
- B) *Sentido de engendrado por obra del Espíritu Santo de modo sobrenatural*: Lucas 1:35, admirablemente vertido por la *Nueva Biblia Española*: «El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que va a nacer será santo, *se llamará Hijo de Dios*».
- C) *Sentido mesiánico*. Es el más corriente, y es menester no pasar de ahí, a no ser que el texto muestre claramente que lleva sentido trinitario. El continuo contacto con los «Testigos de Jehová» en tiempos recientes me ha vuelto cauto en extremo. Téngase en cuenta que una razón poco convincente en contactos con «Testigos», etc., es contraproducente. Por eso, Pedro exhorta a estar «siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que demande razón de la esperanza que hay en nosotros» (1 P. 3:15). No faltarán, por eso, porciones en el N.T. que demuestran la divinidad de Cristo, como veremos en la lección 6.
- D) *Sentido estrictamente trinitario, refiriéndose a Cristo como Dios Hijo, la 2ª Persona de la Deidad*. De todos los que cito en *La Persona y la Obra de Jesucristo*, págs. 75-76, escojo: (a) como *seguros*: Juan 20:28; Romanos 8:32 (no tan seguro); Colosenses 1:15-16 –conectado con Hebreos 1:3–; Hebreos 1:8; 1 Jn. 2:22-23 –conectado con 2 Juan, versículo 9; 1 Juan 5:20, «Este es el verdadero Dios...»–. De este último no tengo mucha seguridad, a causa de la frase precedente, dentro del mismo versículo: «... a fin de que conozcamos al que es verdadero», es decir, *al Padre*. (b) como *dudosos*: Mateo 3:17; 11:27; 16:16; 17:5; Marcos 9:7; Juan 1:34; 20:31; Romanos 1:3-4; 8:3; Gálatas 2:20; 4:4; Hebreos 4:14; 7:28; 1 Juan 3:8; 4:14-15; 5:5,9-13. (c) como *sin fuerza*: Marcos 1:1 (porque, además de ser *dudoso*, falta en importantes MSS); Hebreos 5:8 (porque ni siquiera lleva artículo).

5. El Señor

En el N.T., Cristo es el *Señor* por excelencia, llegando esto a ser una prueba implícita de su Deidad, ya que la versión griega del A.T. (la LXX o *Septuaginta*) usa *Kúrios* como equivalente del hebreo *Yahweh*.

Este nombre nos ofrece también una faceta muy práctica que tiene que ver con el testimonio del creyente en situaciones de persecución o de hostilidad por

parte de las autoridades civiles o del ambiente pagano y enemigo del Evangelio. 1 Corintios 12:3 es un lugar en que, habida cuenta del contexto histórico (Nerón ocupa el trono imperial), se transpira como un reto el grito de «¡JESÚS, EL SEÑOR!» (el original no lleva verbo), frente a la conminación de las autoridades a rendir honores divinos al emperador, gritando: «¡César, el Señor!»

6. Otros nombres

Entre otros nombres que, en el N.T., se aplican a Cristo, destacan los siguientes:

- A) *Cordero (de Dios)*, símbolo de su destinación al sacrificio.
- B) *Postrer Adán* (no «Segundo Adán»), por ser Cabeza de la humanidad restaurada, así como el primer Adán lo fue de la humanidad caída.
- C) *Sirviente* (gr. *diákonos*); ver especialmente Mateo 20:28.
- D) *Esclavo* (gr. *doúlos*, vertido comúnmente por «siervo»), que da idea de su *total dedicación a cumplir la voluntad del Padre*, como se ve especialmente en Filipenses 2:8.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 3

- 1^a *pregunta* ¿Qué sentimientos suscita en el corazón de usted el que una Persona de la Deidad, tan Dios como el Padre, se ofreciese voluntariamente a la muerte en cruz por usted y por mí, como *esclavo* del Padre y *servidor* de los hombres, miserables pecadores?
- 2^a *pregunta* Según Eclesiastés 7:1: «El nombre es mejor que el buen perfume» (el hebreo no dice «el *buen* nombre»). Aun los hombres más impíos suelen estar orgullosos de su «nombre». Pero, ¿qué le parece a usted de Cristo que, teniendo el Nombre más excelso («existiendo en la forma de Dios»), *se vació a sí mismo* de ese excelente Nombre, apareciendo en este mundo como un pecador cualquiera (ver Ro. 8:3), debiendo recibir de manos de Juan el bautismo de *arrepentimiento*? ¿Estaría usted dispuesto a que su «buen nombre» se viera injustamente vilipendiado, quizás incluso por algunos «hermanos en la fe»?
- 3^a *pregunta* Por otra parte, el «nombre» es, en la Biblia, sustituto de la persona. Tanto es así que, en el A.T., el vocablo *Yahweh* es sustituido, a veces, simplemente, por «el Nombre» (ver Lv. 24:11, 16). El nombre tenía mucha importancia en Israel ya desde el principio (véase incluso Gn. 2:22; 4:1 y, especialmente, 29:32-30:24). Sin embargo, entre nosotros no se le da importancia al significado del nombre, y los niños suelen llevar el nombre de su abuelo, de su tío o de su padre o, como en España, de santos y vírgenes, siendo numerosos los niños a quienes se les impone el nombre de «Jesús», «Salvador» o «Manuel» –cosa que ni los agnósticos hacen en Inglaterra–. Así se ven «Leones» más mansos que los corderos, «Clementes» extremadamente crueles con sus prójimos, «Píos» llenos de impiedad y «Claros» más oscuras que una negra noche. ¿Qué nombre, o nombres, lleva Vd.? ¿Es Vd. fiel a su significado? Ya que eso contribuye, en cierto modo, a la «verdad» de la persona.
- 4^a *pregunta* ¿Está usted dispuesto a dar su vida por Cristo, si llegase la ocasión en que se le pusiese en la alternativa de renegar de él o morir por él?

LECCIÓN 4

Cristo, unigénito del Padre

I. INTRODUCCIÓN

La Biblia nos dice que hay un solo Dios (Dt. 6:4), pero bajo un solo *nombre* enuncia tres *sujetos* bien distintos, como se ve por la repetición, no sólo del artículo, sino también de la conjunción copulativa y (Mt. 28:19).

Que esos tres son *personas*, aunque infinitamente distintas (pues todo lo real es, en Dios, infinito), es evidente por el uso de pronombres personales: «yo, tú, él» (ver Jn., caps. 14-17). El *Padre* nos es presentado como la Persona de la que proceden las otras dos, pero él no procede de otro. El *Hijo* procede del Padre por *generación*, como lo da a entender el nombre mismo de «Hijo». El *Espíritu Santo* procede del Padre (y del Hijo, por medio del Hijo o con el Hijo), como Aliento, Don (Ro. 5:5) y Sello (Ef. 1:13; 4:30) del Padre. El Padre es, pues, el *Principio Fontal* de la Trina Deidad; el Hijo es la *Expresión* del Padre; el Espíritu Santo es la *Impresión*, como todo sello.

A pesar de ser tres Personas infinitamente distintas entre sí, las tres tienen en común la misma esencia, sustancia y naturaleza, motivo por el cual están realmente identificadas en plena comunión de mente, voluntad, sentimientos y actividad.

Vamos a estudiar todo esto en detalle, aunque nos ceñiremos a lo que tiene que ver con el *Hijo de Dios*, ya que del Padre hemos tratado en la Parte Primera de este CURSO, y del Espíritu Santo trataremos en la Parte Tercera del mismo.

1. Cristo es el único Hijo de Dios Padre

Por lo dicho en la *Introducción* a la presente lección, vemos que en Dios hay tres Personas y sólo tres. Una de ellas, la 2ª, aparece como *Hijo de Dios* (ver la lecc. 3ª, punto 4), *Hijo propio* (Ro. 8:32; Gá. 4:4), *único engendrado* (gr. *monogénés*) del Padre (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; 1 Jn. 4:9).

Esto nos muestra que, en Dios, hay *un solo Hijo*, así como hay *un solo Padre*. Y, como el Hijo no tiene hijos (¡Dios no tiene nietos!), y el Padre no tiene padre ni esposa, se impone la conclusión de que el Padre es *única y totalmente Padre*, así como el Hijo es *única y totalmente Hijo*.

Esta conclusión, tan obvia que no necesita ulterior demostración, tiene para el creyente un efecto sumamente consolador. Dios se nos ha dado por entero, tanto en su Hijo (Jn. 3:16; 1 Jn. 4:9,14), como en su Espíritu (Ro. 5:5; 1 Jn. 4:13), y a Sí mismo –trinitariamente– como huésped operante en nuestro corazón, según promesa del propio Cristo (Jn. 14:23). Y, como dice Pablo en Romanos 8:32, si «no escatimó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él *todas las cosas*?».

Y todas las cosas son posesión nuestra si somos fieles hijos de Dios, pues el mismo Pablo nos dice (Ro. 8:17): «Y si hijos, *también herederos*; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados». Estas dos últimas frases, según aparecen en la Reina-Valera, podrían causar confusión y grave preocupación a muchos creyentes. Lo de «si es que» es una mala traducción, ya que el gr. *eíper* no es una conjunción condicional, sino consecutiva, según traduce magníficamente la *Nueva Biblia Española*: «... y el compartir sus sufrimientos es señal de que compartiremos también su gloria».

¿Percibe el lector todo el alcance que estas frases de Pablo tienen para el creyente? *Si Dios no tiene más que un Hijo, toda la herencia del Padre pertenece a ese Hijo único; y, si nosotros somos coherederos con Cristo de esa herencia, toda la herencia pasa entera a cada uno de nosotros, pues Dios no tiene otro Hijo con quien dividirla*. Digo que «pasa entera a cada uno», porque se ha de poseer en *comunión*, la cual no implica «repartir», sino «compartir».

2. Cristo es el Verbo de Dios hecho carne, Expresión Personal del Padre

Como en Cristo hay una sola Persona, que es el Hijo de Dios, es, por eso mismo, en Su constitución Personal (por decirlo de algún modo), *el Verbo del*

Padre, la total expresión personal del Padre en el seno de la Trina Deidad. Si Dios no se hubiese comunicado a la humanidad por medio de su Hijo, el íntimo conocimiento del Padre (que conduce a la vida eterna –Jn. 17:3) nos habría quedado para siempre oculto. Pero Cristo es precisamente el *Verbo hecho carne* (Jn. 1:14), a fin de darnos a conocer al Padre en una naturaleza humana como la nuestra, en nuestro lenguaje, con sus enseñanzas, con sus milagros y con toda su conducta de peregrino por la tierra. Como diremos en la lección 7 (Cristo, Revelador del Padre), «él nos ha hecho la *exégesis del Padre*» (Jn. 1:18). Véase también en la Parte I de este CURSO (DIOS CREADOR), la *Introducción* de la lección 4.

Quiero insistir en lo de «Expresión Personal del Padre», porque se presta a reflexiones muy provechosas. «Expresar» es el verbo frecuentativo de «exprimir». Lo de «frecuentativo» significa que quien está *expresándose*, está todo el tiempo «exprimiendo» lo que lleva en la mente y en el corazón; por eso dijo Cristo que, «de lo que rebosa el corazón, habla la boca». En efecto, sólo puede expresarse *lo que se lleva dentro*: Si se exprime un limón, no se puede esperar que salga zumo de naranja, o viceversa. Hago una pausa para preguntarle, lector: ¿Cómo se expresa usted? Por la forma en que se expresa, ¿pueden los que le rodean adivinar qué es lo que usted lleva dentro? ¿Qué temas afloran a sus labios con mayor frecuencia? ¿Enseñanzas bíblicas? ¿Temas políticos? ¿Resultados de fútbol? Le aseguro que los demás lo van a notar. Nunca olvidaré el caso de dos creyentes que están trabajando en la misma oficina, cuando uno de ellos, en su enfado, suelta una palabrota, y dice a renglón seguido: «No sé cómo se me ha podido escapar, pues no la llevaba dentro». A lo que él otro respondió inmediatamente: «Si no la hubieses llevado dentro, no te habría salido afuera».

3. *El Padre comunica a Cristo, su Hijo único, todo cuanto es y tiene*

Por ser Cristo, en cuanto Dios, el Hijo único de Dios Padre, tiene en común con el Padre todo lo que la Deidad comporta: «Todo lo que tiene el Padre, es mío» (Jn. 16:15a). Al engendrar al Hijo, el Padre le comunica, sin mengua ni división, todo lo que es y tiene, *excepto el ser Padre* porque esto: (A) es precisamente lo que hace que el Padre sea una Persona distinta del Hijo; (B) es lo que indica que el Padre es *total y únicamente Padre*, así como el Hijo es *total y únicamente Hijo*.

El hecho de que la Persona del Hijo *reciba* por generación todo lo que el Padre es y tiene, excepto la paternidad, no es indicio de que el Hijo haya carecido

en algún momento de existencia propia personal. Él tiene en Sí mismo la fuente del ser, lo mismo que el Padre y el Espíritu Santo pues *no es la naturaleza divina de Cristo la que es engendrada, sino su Persona*. En cuanto a enseñanzas bíblicas a este respecto, suele citarse como argumento apodíctico Juan 5:19-26, pero una investigación más seria y atenta me ha enseñado recientemente que tal argumento no prueba nada en absoluto, ya que lo que el Padre *muestra* (v. 20) y *dio* (v. 26, lit.) al Hijo no puede referirse a Cristo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; la 2ª. parte del v. 20 basta para probarlo: «...y mayores obras que estas le *mostrará* (jen futuro!), de modo que vosotros os maravilléis». *Es a la conciencia (mente) humana de Cristo a la que el Padre pudo mostrar algo por etapas, no a la divina, que el Hijo tiene en común con el Padre.*

Lo que nos impide, sobre todo, entender cómo es que, procediendo del Padre, sea el Hijo tan eterno como el Padre, es la diferencia entre la generación humana y la divina. En la generación humana, un padre es hombre antes de ser padre, no es en él la paternidad *consustancial* con su humanidad. Recuerdo, a este propósito, cómo se reían los niños de la Escuela Dominical cuando yo les decía que, si eran primogénitos, eran tan viejos como sus padres. Entonces yo les preguntaba: ¿Cuándo fue padre tu padre? No tenían otra alternativa que responder: «Cuando yo nací». ¿Ves? –le decía yo–, tu padre es más viejo que tú como hombre, pero no como padre.

Pero hay otra «generación» en los hombres que no es sexual y, aunque no da origen a una persona distinta, como lo es en Dios, sirve, no obstante, para iluminar algún tanto estos difíciles conceptos acerca de la generación divina. Yo puedo «concebir» en mi mente una idea sobre mí mismo o sobre algo distinto de mí. Si esta idea fuese clara y completa desde el primer instante y perdurase así durante toda mi existencia (incluso –aunque imposible– desde que fui concebido yo mismo), sería como un «hijo» engendrado por mí. Digo «hijo», no «feto», puesto que estaba completo desde el primer instante. Esto, que en mí es sólo una idea, es en Dios algo *real, sustancial, personal*. Por eso, el Hijo es a la vez, engendrado por el Padre y coeterno con el Padre, consustancial con Él. Y es también, como Expresión Personal, la *Gran Idea del Padre*, «En él, por medio de Él y en atención a Él, ha hecho Dios cuanto existe» (ver Col. 1:15-16), hasta quedar esa Idea admirablemente reflejada en su naturaleza humana, a la que Pablo se refiere en el lugar citado.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 4

Espero que el lector haya encontrado suficiente materia devocional en algunos puntos de la presente lección. Por eso, no le voy a hacer ahora demasiadas preguntas.

- 1ª pregunta* ¿Qué sentimientos suscita en usted el pensamiento de ser coheredero del único Hijo de Dios (Ro. 8:17)?
- 2ª pregunta* Si está usted sufriendo, sea cual sea la clase de ese sufrimiento, ¿cómo reacciona al leer Romanos 8:32? ¿piensa que todavía le *falta* algo que Dios le está negando?
- 3ª pregunta* Si a usted lo «exprimieran» espiritualmente, ¿cuánto saldría de Cristo en ese «jugo»?

LECCIÓN 5

Cristo, verdadero Dios

I. INTRODUCCIÓN

En las lecciones precedentes, hemos aportado ya suficientes datos para mostrar que Cristo es *Dios verdadero de Dios verdadero*. Pero es en la presente lección donde nos vamos a detener para analizar lo que la palabra de Dios nos enseña a este respecto.

Ya dije en la lección 3, punto 4, C), que «es menester no pasar de ahí (del sentido mesiánico), a no ser que el texto muestre claramente que lleva sentido trinitario».

Tenga en cuenta el lector que, en esta lección, no me voy a ceñir a los textos someramente vistos en la lección 3, punto 4, D), pues quiero prescindir de lo dicho entonces, aunque recomiendo al lector la lectura y estudio de mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo*, páginas 88-104, con las salvedades que haremos en su lugar.

1. La Deidad de Cristo, según el Antiguo Testamento

Ya puede suponer el lector que, al referirnos al testimonio del A.T., nos estamos refiriendo al Cristo preencarnado.

Jueces 13:17-22 (B. de las Américas, pero poniendo «Yahweh» en lugar de «el SEÑOR»): «Y Manoa dijo al ángel de Yahweh: ¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumplan tus palabras, te honremos? Y el ángel de Yahweh le respondió:

¿Por qué preguntas mi nombre, viendo que es maravilloso (margen: o, *incomprendible*)? Y Manoa tomó el cabrito con la ofrenda de cereal y los ofreció sobre una piedra a Yahweh, y (el ángel) hizo maravillas mientras que Manoa y su mujer observaban. Pues sucedió que cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel de Yahweh ascendió en la llama del altar. Al ver (esto), Manoa y su mujer cayeron rostro en tierra. Y el ángel de Yahweh no volvió a aparecer a Manoa ni a su mujer. Entonces Manoa supo que era el ángel de Yahweh. Y Manoa dijo a su mujer: Ciertamente moriremos, porque hemos visto a Dios».

Sin detenerme a comentar punto por punto esta porción, invito al lector a que considere los siguientes detalles:

- A) El ángel reprende a Manoa por preguntarle el nombre, que es *maravilloso* (*admirable* -RV), lo que nos refiere a Isaías 9:6 (pero véase lo que vamos a decir luego acerca de ese apelativo).
- B) El ángel acepta el sacrificio que se le ofrece en calidad de ser Yahweh (vv. 19-20).
- C) Manoa y su mujer prestan al ángel de Yahweh tributo de adoración, prosternados rostro en tierra (v. 20).
- D) Manoa y su mujer tienen la certeza de que han visto a Dios en el ángel de Yahweh (v. 21). Este conjunto de detalles nos asegura que aquí tenemos una prueba de la Deidad del Cristo preencarnado.

Isaías 9:6. Del niño que ha nacido (referido a 7:14), dice Isaías que «se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios fuerte, Padre perpetuo, Príncipe de Paz» (lit.). Todos los expositores cristianos ven en lo de «Dios fuerte» (heb. *El-Gibbor*) una prueba clara de la Deidad del niño, dando por supuesto que Isaías 9:6 es una profecía claramente mesiánica. Sin embargo,

- A) el niño, *históricamente*, no puede ser otro que Ezequías, hijo de Acáz, quien, por 1ª vez desde la división de Israel bajo Roboam, fue conjuntamente rey de Judá y de Israel, uniendo, como «Príncipe de Paz», ambos reinos.
- B) La forma en que el hebreo (v. 5 en la Biblia Hebrea) combina los cuatro pares de epítetos en dos *stanzas* y, suplido el verbo «ser», que no existe propiamente en hebreo, nos da la siguiente versión: «Admirable en aconsejar es Dios Poderoso, Padre perpetuo (esto es, «siempre Padre») es el Príncipe de Paz». Lo más probable es, así, que estos epítetos sean como el lema del gobierno de Ezequías. A favor de esta interpretación están,

tanto el contexto anterior (vv. 2-5) como el posterior (v. 7) de la misma porción.

Zacarías 3:2. Este es, en mi opinión, el texto del A.T. que mejor prueba la Deidad del Cristo preencarnado. Dice así: «Y dijo Yahweh a Satanás: Yahweh te reprenda...». Vemos aquí que el que habla es *Yahweh* y, con todo, se refiere a *Yahweh* en 3ª persona («Yahweh te reprenda»). Hay pues, aquí *dos que se llaman Yahweh*: Dios el Padre (el que «reprende») y su Ángel, que es el Cristo preencarnado. No me explico por qué la *Biblia de las Américas* tuvo que acudir a la versión siríaca de este lugar, cuando el texto hebreo está claro a este respecto.

Hay en *Zacarías* otros tres lugares donde se advierte una identificación, más o menos explícita, de Dios con el Cristo que había de venir:

- A) *11:12-13*, donde *Mateo 27:9* garantiza su cumplimiento en Cristo. Aunque *Mateo* dice: «entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías», *Feinberg* da la solución más probable: «La solución ha de buscarse probablemente en el hecho de que el nombre de Jeremías estuvo a la cabeza de toda la colección de los profetas, porque su profecía estaba colocada la primera» (Más detalles en mi comentario de *Matthew Henry* a este lugar).
- B) *12:10*. Está hablando Yahweh, y dice: «y me mirarán a mí, a quien han traspasado». Pero *Juan* nos garantiza (*Jn. 19:37*) que esta profecía tiene (ha de tener) cumplimiento en el Cristo crucificado.
- C) *14:1-5*. Quien lea detenidamente *Apocalipsis 19:11-21* no podrá menos de ver grandes semejanzas, especialmente *Zacarías 14:5* con *Apocalipsis 19:14*. Otros lugares que ayudan para apreciar esa semejanza son *Salmos 96:13*; *Isaías 66:15-16*; *Mateo 16:27*; *25:31* y *Judas, v. 14*.

2. La Deidad de Cristo, según el Nuevo Testamento

Aquí, como es normal después de la plenitud de la revelación especial de Dios (ver *He. 1:1-2*), tenemos pruebas mucho más claras y abundantes de la Deidad de Cristo.

Juan 1:1. «... Y DIOS era el Verbo», dice literalmente el original, colocando primero el predicado (sin artículo, porque denota la naturaleza divina) y después el sujeto con su correspondiente artículo, como si *Juan* presintiera la objeción

de que el Verbo podía estar de cara al Padre, pero sin ser Dios él mismo. Los «Testigos de Jehová» traducen: «Y el Verbo era un dios», apelando a Hechos 28:6, donde la traducción «era un dios» es correcta. La comparación no sirve, porque, (a) el énfasis en la construcción gramatical de Juan 1:1 es notorio; (b) quienes, en Hechos 28:6, «dijeron que era un dios», eran paganos que creían en muchos dioses, mientras que Juan era un judío fiel al monoteísmo de Deuteronomio 6:4. Ahora bien, ese Verbo de Juan 1:1 es el mismo que, según el v. 14, «se hizo carne y habitó (lit. acampó) entre nosotros», el mismo que nos ha hecho la exégesis del Padre (v. 18).

Juan 10:30. Jesús ha dicho (v. 28) que sus ovejas están seguras en su mano; en el v. 29 añade que están seguras en la mano de su Padre. Y, para mostrar que, en realidad, «no son dos manos distintas», agrega: «Yo y el Padre *uno* somos»; «uno» significa que tienen una misma naturaleza, no que sean la misma Persona (el numeral «uno» está, en griego, en género neutro, no en masculino –pues entonces designaría una única Persona).

Juan 14:8-10. A la petición de Felipe, Jesús responde: «... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre». Si quedase algo por ver del Padre que no se puede ver en Cristo, la contestación de Cristo perdería toda su fuerza; debería, entonces, haber dicho algo parecido a: «Ten paciencia, Felipe; ya llegarás un día a ver al Padre» (comp. con Hch. 1:6-7 para notar la diferencia –aquí Jesús no niega la futura restauración del reino, sino que el cumplimiento está oculto, en cuanto a «tiempo y sazón», en los consejos de Dios).

Juan 20:28. Ante la presencia de unas llagas abiertas en un cuerpo resucitado, pero que no manan sangre, Tomás exclama: «¡Señor mío y *Dios mío!*», equivalente al heb. «¡Yahweh-Elohim!» Hay quienes objetan que dicha frase no está en vocativo, sino en nominativo, como si fuese una exclamación referida a Dios Padre, no a Jesucristo; pero esta objeción no tiene ninguna fuerza, pues es corriente esta sustitución de casos, como vemos, p.ej., en Hebreos 1:8, donde el «oh Dios» está en nominativo.

Romanos 9:5, que dice literalmente: «... Cristo, el cual es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén». Por tanto, la sintaxis de la RV es incorrecta. En su comentario a *Romanos*, el gran expositor John Murray –a quien nadie puede tachar de «liberal»– dice de dicha frase: «Pablo suele aplicar las

doxologías a Dios, como distinto de Cristo (2 Co. 1:3; Ef. 1:3; comp. 1 P. 1:3). Es posible tomar la última parte del versículo como doxología a Dios, de forma que el título *Theós* no sería predicado de Cristo». Estoy de acuerdo con él, pues no cabe duda de que estamos ante una «doxología».

Filipenses 2:6. Dice literalmente: «quien, subsistiendo en (la) forma de Dios, no tuvo por cosa a que aferrarse el ser igual a Dios». De Cristo Jesús (v. 5), dice Pablo aquí que subsiste (gr. *hupárjon* –partic. de presente) en la *forma* misma de Dios Padre. Por *forma* se entiende, no la naturaleza divina, sino la *majestad gloriosa del «Amo»* que es connatural a la divina naturaleza y emana normalmente de ella. Cristo, en cuanto Dios, poseía esa «gloria» por la cual era *igual a Dios* (gr. *ísa Theó*) desde toda la eternidad (ver Jn. 17:5), y en la que apareció, en su estado de humillación, únicamente en su transfiguración (véase Jn. 1:14 – «y vimos su gloria», comp. con 2 P. 1:16-18). Más adelante, diremos algo más acerca de esto, pero lo dicho basta para percatarse de que Cristo es tan Dios como el Padre.

Tito 2:13. Dice textualmente: «aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación (gr. *epipháneian*) de la gloria del gran Dios y (del ?) Salvador nuestro Jesucristo». Gramaticalmente, no puede decidirse si Pablo se refiere a *una Persona* o a *dos*, pues hay muchos casos en el que el artículo determinativo está ausente delante de una expresión estereotipada como es la de «Salvador nuestro». Pero hay dos razones poderosas que me inclinan a pensar que se trata de *una sola Persona*, de Cristo: 1) Cuando el N.T. habla de la manifestación escatológica llamada «epifanía», no se refiere a Dios Padre, sino a Cristo (ver 2 Ts. 2 8; 1 Ti. 6:14-15; 2 Ti. 4:1, y comp. con Mt. 25:31; 1 P. 4:13). 2) En la apocalíptica judía nunca se habla conjuntamente de la manifestación de Yahweh y del Mesías.

Hebreos 1:1-14. Todo el capítulo está destinado, en la intención del escritor de esta epístola, a mostrar que Cristo es superior a los ángeles, no por ser de un grado cuantitativamente superior, sino por ser Dios, como se ve especialmente por el ya citado versículo 8, donde el texto dice: «Mas en cuanto al Hijo (dice): Tu trono, oh Dios, hasta el siglo del siglo». Ya dijimos que el uso del nominativo en lugar del vocativo no obsta a su aplicación a Cristo. Es cierto que el texto hebreo (Sal. 45:6) de donde está tomada la cita, dice: «Tu trono, Dios (o, «es –suplido– Dios»), eternamente y para siempre», pero el escritor de *Hebreos* hace uso de la versión de los LXX, puesto que le sirve para confirmar la tesis que

está defendiendo. Eso nos basta, pues al escribir bajo inspiración divina, nos da la garantía de que el sentido acomodaticio del griego tiene aquí plena validez probatoria.

1 *Juan 5:20*. En la lección 3, punto 4, D), ya presentamos este texto como *dudoso*, porque el pronombre demostrativo «éste» puede referirse al «Dios» del que se habla en los vv. precedentes, es decir, al Padre; máxime cuando leemos en este mismo v. 20, acerca del «Hijo de Dios» que «nos ha dado entendimiento para conocer *al que es verdadero*» –en este caso, sin duda alguna, el Padre. No obstante, tiene la fuerza que se le quiera dar a la construcción gramatical, teniendo en cuenta que la sintaxis del griego bíblico no funciona igual que la sintaxis castellana.

3. Lugares en que se atribuye a Cristo alguna prerrogativa divina

Vamos a enumerarlos, indicando qué prerrogativa es, pero sin detenernos a comentarlos por extenso, dejando al lector que los examine y pondere por su cuenta:

Mateo 18:20 (omnipresencia).

Marcos 2:10 (poder divino para perdonar pecados –comp. v. 7).

Lucas 7:48 (como en el anterior).

Juan 1:3-4 (creador de todo cuanto existe por creación).

Juan 1:48 (omnisciencia).

Juan 2:25 (omnisciencia).

Juan 5:19-23 (poderes divinos para resucitar, juzgar y ser honrado como el Padre).

Juan 8:58 (preexistencia eterna, reforzada por el presente «soy», cuando habría de esperarse «era»).

Juan 12:41 (alusión a Is. 6:1 y ss., donde la gloria es, claramente, la de Yahweh).

Juan 17:5 (ya lo hemos citado en el punto anterior, como prueba de divinidad).

Juan 17:21 (texto de gran profundidad teológica, pues implica la mutua inmanencia de las Personas divinas; no se menciona el Espíritu Santo, pues está implícito como «vínculo de unión»).

Colosenses 1:15-17 (donde aparece como imagen del Padre, increado, creador y eterno).

Colosenses 2:9 (residencia tangible de «toda la plenitud de la Deidad»).

Nótese que no dice «de la divinidad» –participación–, sino «de la Deidad»: la esencia divina.

Apocalipsis 22:13 (si se compara con 1:8, se ve que estos epítetos indicadores de la eternidad de Yahweh se aplican igualmente a Cristo).

4. *¿Se da en Cristo alguna subordinación con relación al Padre?*

A esta pregunta damos una doble respuesta:

- A) Si por «subordinación» entendemos la naturaleza divina de Cristo, no puede darse subordinación (contra arrianos y «Testigos»). Es cierto que Cristo, como Verbo del Padre, *vive del Padre*, pero también es cierto que el Padre, aunque no vive del Verbo, *sí vive de expresarlo*, por lo que, si se quiere ver alguna «dependencia», tendremos que hablar de «mutua interdependencia».
- B) Si por «subordinación» entendemos el aspecto funcional de Cristo Redentor, podemos ver en la Persona divino-humana del Señor una triple subordinación:
- (a) Por recibir del Padre la naturaleza divina, subsistiendo en él conjuntamente con una naturaleza humana, siendo de notar las porciones en que Jesús enfatiza el aspecto del principio fontal en el Padre (v. Jn. 5:24).
 - (b) Por ser el Mediador entre Dios y los hombres; aunque lo es en cuanto hombre (ver 1 Ti. 2:5), sin embargo no podemos olvidar que la Persona (último sujeto de atribución y responsabilidad) es única.
 - (c) Por el *vaciamiento* que se menciona en Filipenses 2:6-8 (ver también He. 10:5 y ss.).

Hechas estas aclaraciones, estaremos mejor preparados para pasar al punto siguiente.

5. *Textos más frecuentemente aducidos por los «Testigos de Jehová»*

Marcos 13:32 (comp. con Hch. 1:7): «Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, *ni el Hijo*, sino el Padre». Este texto sirve para echar por tierra lo que escribí en mi libro *La persona y la Obra*

de Jesucristo, lección 16, punto 5, D'), 2ª mitad del párrafo; en esto, seguí la corriente de casi todos los teólogos. A esta objeción contesto que Jesús, como en Hechos 1:7, se está refiriendo a un conocimiento que supera la capacidad natural de su mente humana, la cual adquiriría informaciones de esta clase, no en virtud de la unión hipostática, *pues la persona no es una agencia cognoscitiva*, sino mediante comunicación del Espíritu Santo desde la conciencia divina a la humanidad de Cristo; en el presente caso, dicha comunicación estaba «bloqueada» porque no entraba en su papel de «Revelador del Padre», pues habría significado una revelación imprudente y peligrosa por satisfacer únicamente una curiosidad. *Pero sí lo sabía con su mente divina, pues la tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo.*

Lucas 18:19 (se halla también en Mt. y Mr.): «Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? *Ninguno hay bueno, sino sólo Dios*». Hay quienes opinan que Jesús no niega ser «bueno» él mismo, sino que viene a decir: «Si me llamas bueno, me consideras implícitamente como Dios y, en ese caso, habrás de creerme, obedecerme y seguirme». Esta contestación podría servir como pensamiento devocional, pero, en mi opinión, no es válida, como se ve por la forma como Cristo se expresa. Lo que aquí expresa Jesús es que la bondad *absoluta, perfecta, infinita, sólo se halla en Dios como en su principio fontal.*

Juan 14:28 «... *el Padre, mayor es que yo*». Nótese el contexto anterior: Sube al Padre, precisamente para recuperar la gloria de la que se despojó al tomar sobre sí *la forma de siervo* (Fil. 2:7). Era en la *forma, no en la naturaleza divina*, donde Cristo era menor que el Padre.

Juan 17:3 «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, *el único Dios verdadero...*». Pero nótese que Jesús no dice: «*a ti, el único que es Dios verdadero*», sino: «*a ti, que eres el único Dios verdadero*», ya que también Cristo es «verdadero Dios». Tengo que confesar que actualmente no me convence del todo esta solución, apoyada en malabarismos gramaticales. Pienso que la solución es similar a la dada sobre Lucas 18:19: Al Padre se le puede atribuir como epíteto propio el de «Dios verdadero», por ser Él mismo *el principio fontal de la Deidad.*

1 Corintios 3:23 «y vosotros, de Cristo; y *Cristo, de Dios*». En este texto, como en *1 Corintios 11:3* («*Dios, la Cabeza de Cristo*»), se pone de relieve el papel de Mediador que Cristo, como hombre, ejerce entre Dios y los hombres.

1 Corintios 15:28 «entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas». Este texto fue explicado ya en la lección 1, Parte I, Punto 2º.

Efesios 1:3, 17 «El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... El Dios de nuestro Señor Jesucristo». Lo de «Padre» no ofrece ninguna dificultad, pero, ¿en qué sentido puede decirse que el Padre es *el Dios de nuestro Señor Jesucristo*? En el sentido de que el Padre es precisamente *el Dios que se nos ha revelado perfectamente en su Hijo Jesucristo*.

Filipenses 2:7 «sino que se vació a sí mismo...». Una vez más, acudimos a esta importante porción. ¿Se expresa aquí alguna disminución de la Deidad de Cristo? ¿Dejó de ser Dios al hacerse hombre? ¿O sufrieron, al menos, alguna mengua sus perfecciones divinas? ¡Nada de eso! ¿En qué consistió, pues, ese «vaciamiento»? *En que el Hijo de Dios, al tomar «la forma de siervo» (jde esclavo), renunció:*

- A) *A la pomposa majestad del Dios Soberano, Dueño del Universo e infinitamente «sagrado».*
- B) *Al uso independiente de sus atributos divinos, incluido el de comunicar el Espíritu Santo a los hombres en su estado de humillación (ver Lc. 24:32, 45, comp. con Jn. 16:7; Hch. 2:33). Fue ese «vaciamiento» el que comportó la «humillación» del Hijo de Dios. Nótese que Pablo no contrasta en esa porción la naturaleza divina de Cristo con la humana, sino «la forma de Dios» con la «forma de siervo». EL HIJO DE DIOS NO SE HUMILLÓ AL HACERSE HOMBRE, SINO AL HACERSE ESCLAVO, ya que, *al encarnarse, lejos de rebajarse a tomar una naturaleza humana, fue esa naturaleza humana la que fue «asumida por el Verbo», es decir, «ascendida» hasta el seno mismo de la Deidad, para constituir, junto con la naturaleza divina, UNA SOLA PERSONA DIVINO-HUMANA. Cristo es el Hombre perfecto, el Hombre ideal y modélico, en quien la humanidad tiene su centro, su remedio y su gloria.**

6. ¿Tenía Cristo conciencia de su Deidad?

Una de las frases aireadas por los herejes de todos los tiempos es que Jesús no tuvo conciencia de ser Dios o, por lo menos, que sólo después de la voz

escuchada en su Bautismo en el Jordán es cuando se percató de la alta misión que le había sido confiada y se persuadió de ser el *Hijo*.

No se pierda de vista que, en su naturaleza humana, Cristo *crecía*, ya desde el principio (Lc. 2:40) «en sabiduría, estatura y gracia», no sólo a vista de los hombres, sino también ante Dios. Y, cuando sólo tenía 12 años, de nuevo se nos dice lo mismo (Lc. 2:52), *mucho antes de ser bautizado en el Jordán*.

Vamos a dividir en dos grupos los textos probatorios correspondientes:

A) *Textos que prueban que Cristo tenía conciencia de su mesianidad:*

Mateo 5:22, 28, 32, 34, 39, 44, en los que la frase «*Pero yo os digo*» comporta una rectificación autoritativa de algún punto de la Ley, cosa que sólo el Mesías podía hacer.

Mateo 10:37 (ver también Lc. 14:26): «*El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí*». Sólo alguien superior a cualquier ser meramente humano podría atreverse a exigir para sí un amor superior al que se ha de tener a los propios padres.

Mateo 22:41-46 (y paral.). En una cita del Salmo 110:1, Jesús muestra (Mt. 22:44) que Él es el Mesías; no puede argüirse, con base en el gr. *kurío*, que también muestra su Deidad, porque el original hebreo dice literalmente: «Oráculo de Yahweh a mi señor» (Heb. *ladoní*, no «*ladonay*», como habría de ser si se afirmase su Deidad).

Otros textos que prueban la conciencia de su mesianidad, pero no prueban apodícticamente que también la tuviera de su Deidad (rectifico así lo dicho en mi libro *La Persona, etc.*, pág. 94) son:

(a) Lucas 2:49, donde resalta lo de «*mi Padre*» a renglón seguido (v. 48) de lo de «*tu padre etc.*»;

(b) Juan 20:17b: «... *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*». Aunque es cierto que esas frases tienden primordialmente a dar ánimo («a mi Padre, que es también vuestro Padre, etc.»), la diferencia se echa de ver igualmente, pues ni aquí ni en otros lugares dice Jesús refiriéndose a Dios «*nuestro Padre*». Mateo 6:9 y Lucas 11:2 no son una excepción, pues «Padre nuestro» va precedido de la frase: «*oraréis así...*».

B) *Textos que prueban que Cristo tenía conciencia de su Deidad:*

Mateo 11:27: «... y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar». La fuerza de este texto no está precisamente en lo de «ni al Padre conoce alguno sino el Hijo», porque para eso le bastaba la conciencia de su mesianidad, sino en lo de «*nadie conoce al Hijo sino el Padre*», pues esto insinúa, por lo menos, que *la profundidad de ese conocimiento es mutuamente correlativa*.

Juan 10:30; 14:9, ya estudiados en el punto 2 de la presente lección. Tienen su fuerza en que salen de la boca del propio Jesús; *Juan 20:28* sale de labios de Tomás, pero está claro que Jesús está de acuerdo; de lo contrario, Cristo debería haberle hecho rectificar.

Todos los demás textos que yo aduje, en mi libro *La Persona, etc., de Jesucristo*, lecciones 11 y 12, han de analizarse a la luz de lo dicho en la presente lección.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 5

- 1ª *pregunta* En Zacarías 3:2, vemos al «ángel de Yahweh» (el Cristo preencarnado) intercediendo eficazmente por el sumo sacerdote Josué, al que llama «un tizón arrebatado del incendio» (comp. Jud., v. 23: «A otros salvad, arrebatándolos del fuego»). Una nueva comparación, con Lucas 13:8-9, nos ayudará grandemente en el terreno devocional. Después de la exhortación al arrepentimiento, como único remedio para escapar de la perdición (vv. 3, 5), el Salvador *conecta* una parábola que hace al caso, como se ve por el comienzo del versículo 6 en el original, que dice así: «*Y decía esta parábola...*». La parábola tiene aplicación *directa* a los judíos de su tiempo, como se ve por 12:54 «*Y decía a la multitud...*»), pero, como toda Escritura, tiene aplicación extensiva a todos los hombres de todas las edades, especialmente a quienes llevamos algún tiempo leyendo y estudiando la palabra de Dios. En la persona del «viñador», podemos ver a Dios Padre y, en la del «obrero que tiene a su cargo el cuidado de la viña» a Cristo. Los «tres años» del versículo 7, vienen a ser, poco más o menos, el tiempo del ministerio público de Cristo hasta la fecha de la exposición de la parábola. Hágase el lector una buena imagen mental del episodio.
- 2ª *pregunta* Una vez hecha la «composición de lugar», como suele decirse, vea el lector la eficacia *divina* de la intercesión del «obrero» en Lucas 13:8-9, ya que, al fin y al cabo, *tienen la empresa en común* (comp. Jn. 10:30; 15:1ss –donde Cristo es la «cepa» y, por tanto, *se identifica con la viña misma*). Traduzco esos dos vv. 8 y 9 del original, que dice así: «Mas él, respondiendo, le dice: Señor, perdónala también este año, hasta que (yo) cave alrededor de ella y (le) eche estiércol; y si hiciese fruto... (¡el original queda en suspenso! –como diciendo: en ese caso, no hace falta decir que la perdonarás también–); y si no, *en adelante (tú) la cortarás*». ¿Se percata el lector de que quien está hablando así, es tan Dios como el Padre, el «obrero» tanto como el «viñador»? ¿Y no le conmueve la ternura inmensa que muestra esa frase última: «y si no (si no se arrepiente, si no hace fruto de arrepentimiento –comp. Lc. 3:8), *la cortarás tú*». Como diciendo: Tú tendrás

que hacerlo, porque yo que la vengo cuidando y me he encariñado con ella, no tengo corazón para verla perecer (comp. Lc. 19:41-44, y tenga en cuenta el lector que el verbo griego para «lloró» del v. 41 no es el mismo de Jn. 11:35; en Jn. 11:35, el verbo significa «derramó lágrimas», pero en Lc. 19:41 significa «lloró ruidosamente» = «a grito pelado», como solemos decir). Personalmente tengo que decir que pocos pasajes de la Escritura me han conmovido tanto como Lucas 13:9.

- 3^a *pregunta* Recordará el lector que, en el punto 2 de la presente lección, hemos presentado Juan 14:9 como una de las pruebas bíblicas de la Deidad de Cristo, pues dice: «El que me ha visto a mí, *ha visto al Padre*». Esto significa que *no hay en el Padre perfección divina que no resplandezca en el Hijo*. Pero, ¿no cree usted que aquí se da a entender algo más? En efecto, esa afirmación comporta también que *el Padre es enteramente como Cristo: Todo lo que resplandece en el Hijo, se halla igualmente en el Padre*. En el Padre está *implícito*; en Cristo, está *explícito* (ver Jn. 1:18).
- 4^a *pregunta* ¿Qué le dice al lector la frase de Pablo en Filipenses 2:6b «no consideró el ser igual a Dios *como cosa a la que aferrarse*»? ¿No le parece que, en esto como en todo, el «Postrer Adán» fue el reverso del «Primer Adán»? Vemos que nuestros primeros padres sucumbieron a la tentación de Satanás de «ser como Dios» (Gn. 3:5) por su propio camino, contra la voluntad de Dios. En cambio, Cristo, *siendo igual a Dios*, deja la «forma de Dios» y toma «la forma de esclavo», y le dice a su Dios y Padre: «Padre mío, yo no aspiro a estar ahora en tu trono (contraste con Ez. 28:2), nimbado de gloria y rodeado de servidores, yo sólo quiero ser un esclavito tuyo. *¡Aquí me tienes para hacer tu voluntad!* (He. 10:7). *Quiero hacer sólo y siempre lo que te agrada* (ver Jn. 8:29). ¿No le parece al lector que este comportamiento de Jesús debería avergonzarnos, confundirnos y humillarnos hasta el polvo, viendo al Creador de cielos y tierra *obedeciendo hasta la muerte de cruz como un esclavo*, mientras nosotros no sabemos soportar bien una palabra de reproche y hasta nos parece que los demás no nos consideran tan altamente como creemos merecer?
- 5^a *pregunta* ¿Piensa el lector que Jesús es el único en quien puede confiar tanto en esta vida como por la eternidad?

6ª *pregunta* ¿Se sentiría usted feliz, completamente feliz, uniéndose a miles y miles de creyentes de todos los siglos en la adoración *al que está sentado en el trono y al Cordero*? ¿O preferiría otra clase de ocupación que le parezca más placentera?

LECCIÓN 6

Cristo, verdadero Hombre

I. INTRODUCCIÓN

Vamos a estudiar en esta lección el lado estrictamente humano de Cristo. Conviene tener en cuenta que, en el Verbo Encarnado, pueden distinguirse *tres* clases de actividades:

- A) Las que pertenecen sólo a su naturaleza divina, sin participación de la humana, como, p. ej., conocer los secretos del corazón humano (ver Jn 2:25).
- B) Las que pertenecen a su naturaleza divina, pero con participación de la humana, como los milagros que hacía tocando a los enfermos, etc..
- C) Las que efectuaba mediante su naturaleza humana, sin participación de la divina, como dormir, comer, fatigarse, etc., aunque no ha de olvidarse que eran actividades *de la única Persona divina* (digo de la Persona, no de la naturaleza, divina). Demos un repaso a estos aspectos *humanos*:

1. En cuanto a su concepción y nacimiento

Que su concepción fue virginal, es cierto por Mateo 1:18 y Lucas 1:35, pero, contra la opinión de muchos, su nacimiento se ajustó a las leyes fisiológicas de toda mujer que da a luz por el útero (ver Lc. 2:23, donde dice explícitamente: «*que abre la matriz*»; ¿por qué habría de mencionar Lucas esa cita, si este caso fuese una excepción?).

Y que María, su madre, no fue *siempre virgen*, después de dar a luz a Jesús, se ve por varios lugares:

- A) En *Mateo 1:25* leemos textualmente «y no la *conocía* (el verbo está en pret. imperfecto, no en aoristo) *hasta que...*». Si el «hasta que...» no es argumento suficiente, en opinión de los expositores católicos (forzados por la tradición a creer en la perpetua virginidad de María), yo veo en el pretérito imperfecto «conocía» un lapso continuo de tiempo, *durante el cual* José no tuvo relaciones sexuales *con su legítima esposa*, hasta después de dar a luz a Jesús.
- B) *Marcos 6:3* nos menciona, como «hermanos» de Jesús, a *Jacobo, José, Judas y Simón*, además de sus «hermanas», cuyos nombres no menciona. Ahora bien, el vocablo griego para «hermano» es *adelphós*, derivado de *a* copulativa y *delphús* = útero, significando por tanto «salido del mismo útero» = ¡hermano de madre! Y no se diga que el griego significa también «primo», pues para eso hallamos en *Lucas 1:36* «*sungenís*» = consanguínea, y *Colosenses 4:10* tiene para «primo» *anepsiós*.
- C) Que estos *hermanos* de Jesús lo eran *según la carne, no espiritualmente*, se prueba por *Jn 7:5*. Por eso, Jesús, al morir, dejó a su madre a cargo del discípulo amado, no de sus hermanos incrédulos. Sin embargo, también éstos creyeron en Jesús después de su resurrección, como vemos por *Hechos 1:14*.

2. *En cuanto a sus facultades mentales, etc., propias de un ser humano*

Por *Lucas 2:40 y 52* vemos que Jesús «*crecía en sabiduría y estatura*». Se nos hace muy raro pensar que el Hijo de Dios, aun en cuanto hombre, tuviese que aprender a hablar, a escribir –¡a conocer y distinguir las letras hebreas!–, razonar, etc., lo mismo que a tenerse de pie (se hubiese caído, si no lo sostenían) y andar sin apresurarse demasiado al principio, etc. Negar estas cosas equivaldría a ser partidario del monofisismo (recuérdese la lecc. 2). Todavía más: En *Hebreos 5:8* leemos que «*aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia*». Aquí salta la pregunta: ¿Es que hay algo que Dios no sepa? Y la asombrosa respuesta ha de ser: Pues, sí; Dios sabe en teoría lo que es la obediencia; pero *en la práctica, experimentalmente*, no lo supo sino «*por lo que padeció*».

3. *En cuanto a las necesidades corporales del hombre caído*

Por los evangelios sabemos que Cristo:

- A) Sufrió hambre (véase Mt. 4:2; Lc. 4:2).
- B) Sufrió sed (Jn. 4:7; 19:28).
- C) Sufrió cansancio (Jn. 4:6).
- D) Sufrió frío en invierno (Jn. 10:22-23) y calor en verano (Jn. 4:6). Hay quienes dudan (o niegan) que Jesús pudiese contraer enfermedades. Es mi firme opinión que pudo contraerlas, pues llevaba la *semejanza de carne de pecado* (Ro. 8:3), pero si se hubiese contagiado de los enfermos que sanaba, habría quedado algún tanto disminuido su poder divino de sanar *de diferente manera que la de los médicos y los magos*.

4. *En cuanto a sus sentimientos y emociones*

Jesús tenía emociones y sentimientos humanos como los nuestros, no más débiles, sino más finos y fuertes, pues poseía un sistema nervioso que no estaba infectado por enfermedades ni por pecados personales; tampoco había heredado el pecado original, pues había sido santificado por el Espíritu Santo en el primer momento de ser concebido por María (ver Lc. 1:35). Ya hemos citado Juan 11:35, donde las lágrimas le acudían espontáneamente a los ojos por obra del afecto entrañable que profesaba a Lázaro (Jn. 11:3, 5). En cambio, los Evangelios no citan ningún caso en que Jesús se riese, aunque su sentido del humor está patente en casos como el que leemos en *Mateo 21:23-27* y paralelos. Lucas nos ha reservado, entre otras, las parábolas del Buen Samaritano (10:25-37) y del Hijo Pródigo (15:11-32), en las que brilla singularmente su ternura, así como en su prontitud a socorrer a los enfermos, a los pobres, a los desheredados, a los carentes de estudios superiores, a quienes los jefes religiosos y políticos del país tenían por «malditos» (ver, p.ej., Jn. 7:45-49; 9:34-38).

5. *En cuanto a su agonía en Getsemaní*

Es Lucas precisamente (22:44) quien usa el vocablo gr. «agonía» para referirse al *conflicto tremendo* que se desarrolló en el pecho de Jesús durante la tortura psicológica y moral que su voluntad humana experimentó, teniendo que decidirse entre el seguimiento del plan del Padre y la repugnancia instintiva a sufrir

una muerte que él conocía muy bien de antemano. En efecto, el gr. *agonía* significa «lucha», «conflicto», ya que fue en el Huerto donde Jesús tomó la decisión de «sufrir la cruz, menospreciando el oprobio, por el gozo puesto delante de él» (He. 12:2, comparar con Is. 53:11). Sin duda, el ángel que sólo Lucas menciona (también es él el único que menciona el sudor de sangre) fue enviado por el Padre para confortarle mediante el recuerdo de la multitud innumerable de las personas humanas que habían de salvarse por su obra sacrificial y que, sin ella habrían (habríamos) perecido sin remedio. Los vocablos que los tres Evangelios Sinópticos usan para describirnos la agonía de Jesús son muy significativos: Mateo 26:37-38 «*lupéisthai*» = *entristecerse*; «*ademonéin*» = *afligirse, sentir nostalgia del hogar paterno*; «*perílupos*» = *rodeada de tristeza*.

Marcos (14:33-34) repite el segundo y el tercero; pero, en lugar del primero, usa «*ekthambéisthai*» = *sentir pavor ante lo desconocido*. En su oración son dignos de notarse los detalles en los que Marcos (14:36) se diferencia de Mateo y Lucas; entre ellos, el uso del arameo *abbá* = Padre, connotando la ternura de un niño pequeño que acude a su «papá» en un momento de gran apuro. Tampoco deja de ser significativo el vocablo hebreo «Geth-shemaní» = «Lugar de la presa del aceite». Tanto «prensar» como «aceite» son símbolos que no necesito explicar.

6. En cuanto a sus padecimientos en la Cruz

Dejando para la lección 11 el análisis del «desamparo del Padre», el horrible tormento de la crucifixión al que alude Pablo en Filipenses 2:8b («... hasta la muerte, y muerte de cruz»), es suficiente para que meditemos sobre lo mucho que el Señor padeció por nosotros, *gustando la muerte por todos* (He. 2:9), donde el «gustar» no es precisamente «probar un poco de algún alimento o bebida para ver qué gusto tienen», sino *paladear la muerte sin paliativos* (véase por contraste de «gustos» el «Gustad» de Sal. 34:8), por lo que, cuando «le dieron a beber vinagre mezclado con hiel» (Mt. 27:34), una especie de «anestésico» que, por compasión, se suministraba a los patibularios, agrega Mateo que, «después de haberlo probado, no quiso beberlo». ¡Quería morir con plenas facultades mentales!

Este tema de los tormentos de Jesús, incluyendo no sólo la crucifixión, sino también la agonía en el Huerto, hace surgir en mi mente algunas preguntas a las que trataré de dar adecuada respuesta, aunque no exijo al lector que esté de acuerdo conmigo en todos los detalles:

- A) En la Cruz, Cristo derramó su preciosa sangre en expiación por nuestros pecados; ¿era necesario que derramase *toda* su sangre? En realidad, era necesario que derramase la sangre suficiente para producirle la muerte sacrificial (ver Lv. 17:11; He. 9:22) -a los animales no se les «exprimía» la sangre hasta la última gota-. Pero lo cierto es que, en esto como en todo, Cristo quiso mostrarnos su gran amor, permitiendo que, de su cadáver, saliese el suero y la sangre acumulados en el pericardio, cuando el soldado *le abrió el costado con una lanza* (Jn. 19:34). Si el lector posee el comentario de Matthew Henry, le invito a que lea lo que allí escribí sobre ese versículo.
- B) ¿Podía haber dominado Jesús los dolores que sentía por las heridas de los clavos y por la postura misma en que estaba crucificado? No cabe ninguna duda de que, con un mínimo de concentración, Jesús podía haber dominado el dolor, muchísimo mejor que los «gurus» cuando pasan por brasas o son atravesados con clavos sin derramar ni una gota de sangre; pero, como hemos dicho en A), su sacrificio no habría sido válido sin derramamiento de sangre.
- C) ¿Cómo es que Cristo «se acobardó» ante la perspectiva de la muerte en Cruz, cuando tantos mártires de la fe cristiana han muerto llenos de gozo en medio de tormentos de inimaginable crueldad? A esto, doy las siguientes respuestas:
- (a) Esos mártires morían por Cristo, con Cristo y consolados y ayudados por Cristo. Leemos en las *Actas de los mártires* de una cristiana, encarcelada por su fe y sentenciada a ser arrojada a las fieras en el Circo de Roma, que dio a luz en la prisión, gimiendo por la fuerza de los dolores del parto. El soldado que la custodiaba le dijo: «Si así te quejas ahora, ¿qué harás mañana cuando te despedacen los leones?» A lo que respondió ella: «Ahora sufro sola, pero mañana sufrirá Cristo conmigo». En cambio, Cristo murió en la más absoluta soledad moral y espiritual, pues no sufría *con* otros, sino *por* otros.
- (b) Todos morimos *porque todos hemos pecado* (Ro. 5:12; 1 Jn. 1:8, 10); «*la paga del pecado es muerte*» (Ro. 6:23). Pero Cristo era «el Santo de Dios» (Mr. 1:24); «*Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos*» (He. 7:26).
- (c) De los seres humanos, unos, los creyentes, mueren *sin* pecados porque les han sido perdonados (ver, p.ej., Hch. 10:43, entre otros lugares); otros,

los incrédulos, mueren *en* sus pecados (Jn. 8:24); y otros, los grandes criminales, mueren *por* sus pecados (Lc. 23:41). Pero Jesús «*llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero*» (1 P. 2:24). ¿Cómo pudo soportar tan tremendo y negro peso? «*Ofreciéndose mediante el Espíritu eterno, sin mancha, a Dios*» (He. 9:14). En mi opinión, este tormento de verse, no sólo cargado de pecados, sino «*hecho pecado por nosotros*» (2 Co. 5:21), tuvo que ser el más difícil de soportar.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 6

- 1ª pregunta** ¿Cree usted que la concepción virginal de Cristo tiene para nosotros alguna relevancia en el plano devocional? Aparte de lo que a usted personalmente se le pueda ocurrir, le diré que ese milagro es un recordatorio inequívoco de que la salvación nunca puede llegar por esfuerzos humanos, sino que tiene que ser obra de Dios mismo. En efecto, si consideramos los casos de Sara, Rebeca, Raquel, Ana (la madre de Samuel), Isabel, etc., vemos que *todas ellas* necesitaron un milagro de Dios para ser fértiles; en el caso de María, la madre de Jesús, el milagro es mucho mayor, pues concibió *sin obra de varón*. El mismo principio tiene su vigencia respecto a la elección de «portador de las bendiciones mesiánicas» –*siempre* es escogido el menor: Isaac, Jacob, José, Efraím..., David, Salomón. 1 S. 16:1-13 es una porción que merece atenta lectura a este respecto.
- 2ª pregunta** ¿Ha pensado alguna vez el lector en la profundidad que encierra Hebreos 4:15 cuando dice: «*no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue TENTADO EN TODO según nuestra semejanza, pero sin pecado*»? «EN TODO» significa, ni más ni menos, que sufrió *toda clase de tentaciones* que pueda sufrir cualquier otro ser humano. El hecho de que fuese *sin pecado* no quita nada a la clase, ni a la fuerza, de la tentación. Voy a poner una ilustración: Nuestro corazón, a causa de la presencia del pecado, es como un vaso de agua con posos de barro; si la tentación lo agita, el agua se enturbia por el barro del fondo; en cambio, el corazón de Cristo era como un vaso de agua limpia, sin posos de pecado; podía ser agitado tan violentamente como cualquier otro, pero no podía ser enturbiado.
- 3ª pregunta** Continuando con el tema de las tentaciones de Jesús, ¿no le parece al lector que tienen para nosotros una aplicación muy práctica? En cualquier situación en que estemos luchando contra alguna tentación, nos servirá de mucho provecho pensar en algunas situaciones de la vida terrenal de Jesús en las que tuvo que hacer frente a tentaciones muy parecidas a las que nos acometen en la vida ordinaria de cada día. Dejo de propósito para la lección 9 el tema de la impecabilidad de Cristo.

- 4^a *pregunta* Quizás el lector sufre, o ha sufrido alguna vez, hostilidad y persecución por parte de los enemigos de Cristo, e incluso ha podido sufrir malentendidos y hostilidad por parte de quienes se llaman «cristianos». ¿Recuerda el lector la advertencia de Pedro en su 1^a Epístola, capítulos 2:19-23; 3:9-18; 4:4, 12-19? Es especialmente notable lo que dice en 2:21: «*Pues para esto fusteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis en sus pisadas*». Si hemos sido «modelados conforme a la imagen de su Hijo» (Ro. 8:29), ¿qué otra cosa hemos de esperar? Pero hemos de esperarlo con gozo (ver Ro. 5:3; Col. 1:24), no con triste resignación.
- 5^a *pregunta* Después de reflexionar sobre todo esto, ¿piensa usted ahora en Jesús como siendo *más parecido a usted que lo que antes pensaba*? ¿Cree usted que le puede ayudar eso a orar más inteligentemente y con mayor eficacia?
- 6^a *pregunta* Por lugares como Mateo 12:48; 13:55-56; Marcos 6:3; Juan 2:1, 12, tenemos motivos para pensar que José, el esposo de María, y padre de Jesús a todos los efectos, excepto en su concepción, murió no mucho después del incidente en el templo (Lc. 2:41-52). Es notable que, de las dos únicas veces en que ocurre el vocablo gr. *tékton* (que significa «carpintero y constructor con madera»), Marcos, a diferencia de Mateo 13:35 «... *hijo del carpintero*» diga: «¿No es éste *el carpintero*...?» (Mr. 6:3). ¿Ha pensado el lector en lo que esto significa en la vida diaria de Cristo *antes de su ministerio público*? Porque eso sugiere que, ya en su adolescencia, Jesús creció como huérfano de padre, asumiendo progresivamente la responsabilidad del varón primogénito de la familia, y ganando su pan, *y el pan de su madre, hermanos menores* (¡cuatro!) *y hermanas, con el sudor de su frente*, manejando el escoplo y la lija de carpintero, quizá con manos encallecidas por el duro trabajo.
- 7^a *pregunta* No sé si, en consecuencia, habrá pensado el lector en lo que voy a decir a continuación: Aunque Jesús no fue un «padre de familia», es decir, *un hombre casado*, no cabe duda de que experimentó una extensa gama de situaciones y conflictos familiares, semejantes a los que experimentan hoy los padres de familia.

LECCIÓN 7

Cristo, revelador del Padre

I. INTRODUCCIÓN

Ya hemos dicho más de una vez en el presente CURSO que Cristo es el *Lógos* del Padre, su Palabra viva y personal (Jn. 1:1, 14) y que él nos dio a conocer al Padre, haciendo la *exégesis* del Padre (Jn. 1:18) con sus enseñanzas, sus milagros y toda su conducta; él nos dio la revelación definitiva y completa de Dios (He. 1:2) siendo así el gran *Apóstol* (He. 3:1), el gran *Enviado* (pues eso significa el gr. *apóstolos*) del Padre.

El envío de este Apóstol no comienza con su nacimiento humano, sino desde muy antiguo, como lo vemos por Miqueas 5:2: «... y sus *salidas* (o, *apariciones*) son desde antiguo, desde los días de antaño» (lit.). No se trata, pues, en este texto del origen eterno del Hijo. Estas «salidas» del Verbo van mencionadas en un epíteto que se repite a lo largo del A.T. = «El ángel de Yahweh» y que, sin duda, apunta al Cristo preencarnado con una Deidad igual a la de Yahweh, el Padre.

1. Profeta, vidente, visionario

Por lo dicho se puede ver que hablar de Cristo como Revelador del Padre equivale a tratar de la función profética del Señor. Pero es preciso distinguir entre los diferentes términos:

- A) *Profeta* (heb. *nabí*) es propiamente el que comunica un mensaje de parte de Dios; el gr. *prophétes* significa «el que habla delante, o en lugar, de otro».

- B) *Vidente* (heb. *roeh*) es propiamente el que, por revelación divina, *ve en lo que está oculto*, ya sea que lo esté por la distancia (es el caso de 1 S. 9:19-20, por ej.) o por la profundidad (es el caso de 1 S. 16:6-12).
- C) *Visionario* (heb. *jzeh*) es propiamente el que tiene alguna «visión» (es el caso de Am. 7:12, aunque la RV traduce «vidente», porque el vocablo «visionario» suele tener sentido peyorativo, pero no hallo otro que me sirva para distinguirlo de «vidente»). Aunque no se les llame así, este es también el caso de Isaías en Isaías 6:1 y ss. y el del apóstol Juan en *Apocalipsis*. Si analizamos el curso del profetismo en la historia de Israel, vemos que, en un principio, se dio con la mayor frecuencia el caso del «vidente», como vemos en Samuel. Pero, a medida que el pueblo se vuelve rebelde contra su Dios, el profeta usa la *visión* (hebr. *jazón*) que *vio* (heb. *jzah*), dos términos de la misma raíz que *jzeh* (ver Is. 1:1) para conminar al pueblo con amenazas expresadas en «visiones», «oráculos» y «cargas»; modos distintos de comunicar a Israel el mensaje de Dios como medida de admonición y reprensión de parte de un Dios amoroso y celoso.

2. El Ángel de Yahweh

En la *Introducción* de la presente lección, hemos aludido al epíteto «el Ángel de Yahweh», como una de las expresiones incluidas en el oficio profético de Cristo. Con ella, se nos presenta al Cristo preencarnado como especial Enviado de Yahweh que comunica al pueblo mensajes de consuelo y estímulo. Como ya vimos en el punto 1 de la lección 5, el Ángel de Yahweh es también *Yahweh* él mismo, con lo que tenemos una gran prueba de su Deidad.

Su primera «salida» o «aparición» la tenemos en Génesis 16:7-13, con un comunicado de ánimo y consuelo, no a un hombre, sino a una *mujer*; no a una israelita, sino a una *egipcia*; no a una señora, sino a una *esclava*. ¡Verdaderamente, nuestro Dios no tiene acepción de personas! Otros casos que no voy a examinar en detalle, dejando que el lector los estudie por su cuenta son: Génesis 18:2 y ss., especialmente los vv. 14 y 19; 22:11-12; 32:24, 29 –comp. con Jueces 13:18; Isaías 9:6, 30-; Éxodo 3:2-7; Jueces 13:3, 8, 18-20, 22-23; Zacarías 3:2.

3. Jesús, el «Lógos» del Padre

Repetidas veces hemos hablado en este CURSO de Cristo como el *Lógos* o Palabra viva y personal del Padre (Jn. 1:1, 14; 1 Jn. 1:1-2; Ap. 19:13). ¿De dónde

sacó Juan, aparte de la inspiración divina, la idea de Cristo como Verbo (gr. *Lógos*) de Dios? No, por cierto, de la filosofía platónica o gnóstica, sino de la propia Biblia del Antiguo Testamento.

Así, en Proverbios 8:22-31, se nos presenta la Sabiduría de Dios poéticamente personificada, como coeterna con Dios (vv. 22-26), creadora, con Él, de todas las cosas (vv. 27-30) y regocijándose con los hombres (la parte habitable de su tierra) y teniendo sus delicias con los hijos de los hombres (v. 31). Como digo en *La Persona y la Obra de Jesucristo*, pág. 249, «Para Juan, la personificación de la Sabiduría Divina en Pr. 8, no podía menos de tener una resonancia ampliada al hablar del *Verbo* por medio del cual Dios hizo todas las cosas. Por eso, se llama “verbo” en gramática al término que expresa el estado y la acción o pasión de los seres».

La misma idea, bajo otra forma, nos ofrece Juan en Apocalipsis 1:8; 21:6; 22:13 (no en 1:11), al hablar de «*Alfa y Omega*», aplicado por igual a Dios y a Jesucristo, pues viene a significar algo así como «la Enciclopedia completa de Dios de la A a la Z», pues Alfa y Omega son respectivamente la primera y la última de las letras del alfabeto griego. Pero no me cabe duda de que Juan tendría también en mente la frase de Jesús en Juan 14:6: «*Yo soy... la Verdad...*», con el sentido que la palabra «verdad» tiene en hebreo («*émeth*») –vocablo que comprende la 1ª letra del alfabeto = el alef, la de enmedio, el mem, y la última, el tau), con una expresividad lingüística extraordinaria.

Ampliando ideas de la *Introducción* de la lección 4ª, añadiré que Dios tiene una sola *Palabra* para *expresar*, así como tiene un solo *Sello* para *imprimir*; el Verbo *indica*, el Espíritu Santo *dedica*. Así, los milagros de Cristo son, a la vez, *portentos* (en los Sinópticos) y *señales* (en Juan); y el Espíritu de Dios introduce el «índice» (dedo que indica) en el interior de la persona (comp. Éx. 8:19 con Lc. 11:20), ¡*el dedo de Dios!* –reconocido como tal por los magos de Egipto, pero no por los fariseos de Jerusalén, de cerviz más dura que la de los magos de Faraón.

El Verbo nos hace la *exégesis* («sacar»); el Espíritu Santo nos hace la *eiségesis* («meter»), aunque el texto sagrado no usa ese vocablo, sino *hodegései* = «conducirá por el camino, yendo Él el primero», como buen guía (ver Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7, 13, comp. con 1 Jn. 2:20, 27). De estos textos, los más notables son Juan 14:26: «él os enseñará *todas* las cosas y os *recordará* (= “volverá a pasar por el corazón”) todo lo que os dije» (lit.) y Juan 16:13: «Mas cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os *guiará* (*‘hodegései’*) a toda la verdad» (lit.)

4. *La Biblia apunta siempre a Cristo*

Esto no significa que cada una de las frases y cada uno de los episodios de la Biblia tenga referencia a Cristo, pero gran parte de los grandes personajes del A.T. (Adán, Melquisedec, José, Moisés, Josué, David, Jonás), así como el sacrificio de Isaac, la serpiente levantada en el desierto y todos los sacrificios levíticos (e incluso el implícito de Gn. 3:21) fueron figura de Cristo.

Por eso, le dice el ángel a Juan en Apocalipsis 19:10b: «el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía», es decir, «la profecía tiene por objeto dar testimonio de Jesucristo». En esto, la Palabra y el Espíritu van siempre de acuerdo, porque tanto el Verbo como el Espíritu Santo son *un solo Dios*. Así que el Espíritu Santo que inspiró «las Sagradas Letras» (2 Ti. 3:15), «toda Escritura» (gr. *pása graphé* = *toda* distributivamente, esto es, toda y cada una de sus partes –en el versículo siguiente, v. 16), no puede contradecir, ni añadir o quitar nada, a la revelación hecha mediante el Verbo. Esto tiene una doble relevancia:

- A) En orden a admitir o no como genuinas las supuestas manifestaciones extraordinarias del Espíritu Santo, según que estén o no de acuerdo con la Palabra.
- B) En orden a creer o no creer las declaraciones que se nos hagan por parte de quienes nos aseguran haber tenido *visiones* (luces, presencia visible de Jesús, etc.) o haber escuchado *voces* audibles o haber experimentado otros fenómenos extraordinarios, espectaculares, como éxtasis, levitaciones, etc. En mi opinión, tales personas vienen a decirte, poco más o menos: «Estáte en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú» (Is. 65:5).

5. *Cristo ejerció la función profética en toda su extensión*

- A) Si entendemos por «profeta» el que habla delante, o en lugar, de otro, según el sentido primordial del vocablo, Cristo es el Profeta por excelencia, pues Él nos ha revelado a Dios y nos ha hablado las palabras de Dios (ver Jn. 14:10) por medio de enseñanzas directas y de *obras* (nótese el vocablo final de dicho vers.).
- B) El primer gran profeta de Israel, Moisés, dijo al pueblo poco antes de morir:

«Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Yahweh tu Dios; a él oiréis;

»conforme a todo lo que pediste a Yahweh tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Yahweh mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera.

»Y Yahweh me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho.

»Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mande» (Dt. 18:15-18).

- C) Con todo, cuando leemos los Evangelios, percibimos que el pueblo no vio en Jesús el profeta anunciado por Moisés; escasamente tenemos unas pocas referencias a Jesús como «un profeta»; por ejemplo Mateo 16:14 «o uno de los profetas»; Lucas 7:16 «*un gran profeta* se ha levantado entre nosotros»; Juan 4:19 «Señor, *me parece que tú eres profeta*»; Juan 9:17 «Y él dijo: *Que es profeta*».

Pero hay dos momentos en que la gente se da cuenta de que en Jesús se cumple lo dicho por Moisés: Juan 6:14 «*Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo*», y Juan 7:40 «Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: *Verdaderamente este es el profeta*».

- D) Después de estos testimonios en los Evangelios, no puede menos de extrañarnos el hecho de que en las Epístolas *nunca* se mencione a Cristo como *profeta*. Este hecho es especialmente significativo cuando leemos los primeros capítulos de *Hebreos*. El autor sagrado podía haberlo dicho al comienzo mismo de la Epístola, pero comienza así: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres *por los profetas*, en estos postreros días nos ha hablado *por Hijo* (o, *en Hijo*). Y, al comienzo del capítulo 3, donde tenía la mejor oportunidad para hacerlo, no dice: «... considerad al mayor profeta entre todos, Cristo Jesús», sino «considerad al *apóstol y sumo sacerdote* de nuestra profesión, Cristo Jesús». ¿Hay alguna razón para este silencio? Grudem (o.c., págs. 625-626) apunta dos, pero, en mi opinión, sólo la 2ª tiene fuerza: Los profetas del A.T., eran meros intermediarios, para comunicar al pueblo el mensaje de DIOS, por eso, toda la fuerza de su mensaje estaba en la frase: «Así dice Yahweh». En cambio, Jesús no dice: «Así dice Dios», sino: «*Pero yo os digo*», donde prueba que él no es un mero «profeta» al estilo

de los demás, sino Alguien que tiene autoridad divina, tanto como el Padre. Por consiguiente, los escritores de las Epístolas, *inspirados por Dios* (no se olvide), *obrarón correctamente al no mencionar a Cristo como profeta*. Sí hay mención, muy importante, en Hechos 3:22-23 (habla Pedro).

- E) Queda la otra faceta del profetismo: la de «vidente». También en esto, vemos a Cristo como el Vidente por excelencia, pues los Evangelios están llenos de casos en los que se nos dice que Jesús conocía *los pensamientos de sus interlocutores, así como lo que estaba ocurriendo a distancia*. Citar todos los ejemplos ocuparía muchas páginas; el lector los puede ir descubriendo mientras lee y estudia la Biblia; sólo menciono aquí dos: Juan 2:24-25; 4:17-18.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 7

- 1^a *pregunta* Leyendo algunas porciones de las Escrituras u oyendo cuando alguien las lee, o predica sobre ellas, ¿no es verdad, lector creyente, que podríamos decir como los de Emaús: «¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría (¡qué expresivo!) las Escrituras?» (Lc. 24:32).
- 2^a *pregunta* ¿Ha tratado usted alguna vez, de imaginarse vivamente, al leer los Evangelios, que Jesús mismo estaba al lado de usted, como ocurrió a los de Emaús, cuando «Jesús mismo se acercó, y *caminaba con ellos*» (Lc. 24»15)? ¿No le parece que ganaríamos mucho espiritualmente, si nos hiciésemos con frecuencia esa «composición de lugar»?
- 3^a *pregunta* ¿No es igualmente verdad que, a veces, damos mayor crédito en la práctica a opiniones de los teólogos, y aun a los «sabios» del mundo (políticos, intelectuales, sociólogos) que a la palabra de Dios?
- 4^a *pregunta* La experiencia propia y ajena me ha enseñado que, aun cuando sea el Espíritu Santo quien *nos abre camino a toda la verdad* (Jn. 16:13), tenemos de porciones importantes de la Escritura un conocimiento muy superficial, y hasta erróneo. ¿A qué cree usted que se debe este fenómeno? En mi opinión, se debe a una de estas tres causas (o a varias de ellas): (a) A que al individuo se le ha enseñado el asunto «torcidamente» y ha dado crédito, sin más, al maestro o predicador; (b) A que ha estudiado en algún centro (Instituto, Colegio, etc.) donde la doctrina bíblica está cuadrículada dentro de unos «patrones intocables»; (c) Al error de creerse «sabio en su propia opinión», con lo que el individuo en cuestión *ni siquiera escucha* a quien le proponga otra solución exegética.
- 5^a *pregunta* Hemos visto que Cristo es el «Vidente» por excelencia (ahora, además, glorificado); por tanto, conoce perfectamente lo que hay en nuestro interior (deseos, planes, motivaciones, autoexcusas y autoengaños, etc.); ¿es usted consciente de que a Él no se le oculta nada de lo que usted piensa, quiere, etc.? ¿No es verdad que nos comportaríamos de manera muy distinta, si fuésemos conscientes de su videncia profética y de su presencia divina?

LECCIÓN 8

Cristo, el Mesías prometido

I. INTRODUCCIÓN

Ya vimos en la lección 3 que el vocablo «Cristo» (griego, *Jristós*; en castellano, «Ungido»), es versión del hebreo *Mashiaj* –en arameo *Meshiaj*–, que en nuestras versiones castellanas aparece como «Mesías». Por cierto, en dicha lección olvidé mencionar el nombre «Emanuel» (aunque también es cierto que aparece en el cumplimiento de una profecía –Is. 7:14– y, por ello, implícitamente atribuido a Cristo). No obstante, junto con *Mesías* y *Jesús*, nos sirve para formarnos un concepto más completo de lo que el Señor significa para nosotros: *Mesías* es el que mejor lo presenta como profeta, *nabí*, del Padre; mientras que *Emanuel* (heb. *Immanuel*) nos lo exhibe en su solidaridad con nosotros («Dios con nosotros» –ver He. 2:11-18); y *Jesús* (hebr. *Yeshúab* = «Dios salva»), como portador de nuestra salvación, según lo declaró él mismo (ver Lc. 19:10; 24:26, 44, 46; Jn. 3:14, 15; 10:9-10; 12:47) y lo proclamaron los apóstoles (ver Hch. 4:12; Ro. 5:9; 1 Ti. 1:15; 2:4-6; Tit. 3:15; He. 7:25). Por eso es el único *camino* que lleva al Padre (Jn. 14:6).

1. Las profecías mesiánicas

Las profecías mesiánicas recorren en la Biblia un largo camino que comienza en el capítulo 3 del Génesis.

Veámoslas en detalle:

- Génesis 3:15*. Jesús es «la simiente de la mujer» que había de herir a la serpiente en la cabeza, siendo él herido en el talón, esto es, en su parte débil, que era su carne (comp. Gá. 4:4; He. 2:14; 1 Jn. 3:10).
- Génesis 12:3-7*. Compárese con Gálatas 3:8, 16. Abraham vio el día de Cristo (ver Jn. 8:56).
- Génesis 49:10*. «... Y a él se congregarán los pueblos» (comp. Jn. 12:32).
- Números 24:17*. «La estrella de Jacob... y el cetro» (comp. Mt. 2:1, 11; Ap. 22:16).
- Salmo 2*. Profetiza su reinado mesiánico, cuando regirá a las naciones «con vara de hierro» (v. 9), siendo el hierro, en la Biblia, símbolo de violencia drástica (aquí, legítima).
- Salmo 22*. Profetiza sus padecimientos y su liberación.
- Salmo 45*. Profetiza su fiesta nupcial en las bodas del Cordero (ver Ap. 19:9).
- Salmo 110*. Profetiza su sacerdocio perpetuo, «según el orden de Melquisedec» (comp. He. 7:1-17).
- Isaías 7:14*. Anuncia su nacimiento y su nombre Immanuel (comp. su pleno cumplimiento en Mt. 1:22-23).
- Isaías 9:6*. Presenta los títulos divinos del futuro Mesías (en mi opinión, no es lugar *seguro*).
- Isaías 11:1-5*. Profetiza la plenitud de los dones del Espíritu Santo sobre él (comp. Jn. 3:34).
- Isaías 53*. Profetiza con todo detalle la obra del Calvario y la satisfacción del Redentor por el fruto de su obra.
- Isaías 61:1-3*. Anuncia la proclamación que Cristo había de hacer de la Buena Noticia de plena liberación. Nótese que entre las dos mitades del v. 2 ocurre una distancia de muchos siglos: La primera mitad se cumplió en la Primera Venida de Cristo (véase Lc. 4:19, donde Jesús se paró, sin decir la segunda mitad del versículo, porque «el día de la venganza de Dios» apunta a su Segunda Venida).
- Isaías 63:1-6*. Anuncia precisamente el día en que vendrá a hollar a los enemigos, hasta que la sangre de ellos salpique los vestidos de él, como vemos en Apocalipsis 14:20 y 19:15.
- Jeremías 23:5-6*. Profetiza la venida de un descendiente de David que «reinará como Rey... hará juicio y justicia en la tierra» y «en sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado», lo que ha de tener pleno cumplimiento en el reino mesiánico milenar. Lo mismo, con frases semejantes, leemos en Jeremías 33:14-17.

Daniel 7:13 y ss. Nos presenta la ya conocida profecía acerca del «Hijo del Hombre».

Daniel 9:24-27 nos ofrece la famosa profecía de las 70 semanas, que también suele decirse «de los 70 sietes», aunque lo correcto es «70 unidades de siete». Destaco los siguientes detalles:

A) La única fecha posible de su comienzo es el año 445 a.C., que apunta al «día» en que habla Jesús en Lucas 19:42, como cumplimiento al final de las primeras 69 semanas (Dn. 9:26).

(B) En ese mismo versículo 26 se mencionan dos datos interesantes: 1) «se quitará la vida al Mesías y no tendrá nada (*«nada para él»* -dice escuetamente el hebreo) 2) «el pueblo de un príncipe que ha de venir» no puede ser más que el pueblo romano, con un imperio renovado bajo el amparo del Anticristo, «el príncipe que ha de venir».

(C) El versículo 27 no admite otra versión que la siguiente: «Y por otra semana (¿quién sino el príncipe al que se está refiriendo?) hará que se concierte (el verbo está en la forma *Hiphil*, causativa) un pacto con muchos; a la mitad de la semana, hará cesar el sacrificio y la ofrenda» (¡Esta es la 70 semana de años que faltaba!). Más detalles en mi libro *Escatología II*, lección 19.

Hageo 2:7. El nuevo templo se llenará de gloria cuando venga «el Deseado de las naciones», ya sea su sentido el de «el anhelo de todas las naciones por un *Libertador*», como opina Feinberg, o el de «el Mesías es el único que puede satisfacer», como opinan muchos otros.

Zacarías 9:9. Nos ofrece la profecía de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (comp. Mt. 21:5; Jn. 12:15).

Zacarías 12:10. Ya mencionado en la lección 5, punto 1; esta profecía está por cumplir, pero se anuncia ya en Juan 19:37 y Apocalipsis 1:7.

Malaquías 3:1. Donde se predice la aparición del Precursor –Juan el Bautista– (ver Mt. 11:10; Mr. 1:2; Lc. 1:76; 7:27) y la aparición súbita del Señor en el templo, como lo vemos, por ejemplo, en Juan 2:13 y siguientes. Respecto a Malaquías 3:1, dice Feinberg: «No podemos pasar por alto las tres innegables pruebas de la Deidad de Cristo que aquí se presentan: 1) Es identificado con Yahweh:...*preparará el camino delante de mí...*, dice *Yahweh de las huestes*; 2) es indicado como el dueño del templo: *a su templo*; y: 3) es llamado «el Señor a quien buscaban».

2. *¿Qué es lo más notable de algunas de estas profecías?*

Aunque tenga que repetir conceptos ya expresados en la lección 3, punto 3, diré que lo más notable de algunas profecías mencionadas en el punto 1 es que combinan Isaías 53 con Daniel 7. El propio Jesús identificó al Mesías triunfante con el Siervo sufriente en Mateo 17:22-23; 20:18-19; 26:24, 64 y paralelos. Los escribas y fariseos, y el pueblo en general, no acertando a unir los dos, concluyeron que habría *dos* Mesías: el Hijo de José (para sufrir) y el *Hijo de David* (para triunfar). Esa es la razón del comportamiento de Jesús al prohibir a los demonios y a los hombres sanados por él que divulgasen que él era el Mesías (ver, p.ej., Mr. 1:24, 43-45). Si leemos los dos últimos versículos –44 y 45– de ese capítulo, veremos que ese hombre, entusiasmado por la curación milagrosa que había experimentado, desobedeció del todo la orden de Jesús, haciendo con ello un flaco servicio al Salvador.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 8

- 1^a *pregunta* Muchas veces he pensado, sobre todo en mis años de clérigo de la Iglesia de Roma, que si yo hubiese estado en Jerusalén durante la Pasión y Muerte de Jesús, no le habría traicionado como Judas, ni le habría negado como Pedro ni le habría abandonado como los demás discípulos ¿Ha tenido Vd. alguna vez pensamientos parecidos a éstos? Espero que no, pues dicha actitud es signo de autosuficiencia espiritual. Recordemos que, si Pedro *se sostuvo aun en su fe*, fue porque Cristo oró por él para que su fe no faltase (Lc. 22:32). El instinto de autosuficiencia es tan fuerte que ni aun así dio Pedro su brazo a torcer; únicamente el canto del gallo (ver Lc 22:61) le sacó de su error.
- 2^a *pregunta* Pero, ¿no podía Jesús haber orado también para que Satanás no zarandease a Pedro turbándole el sentido hasta llegar a negar al Maestro (Lc. 22:31)? ¿Cuál le parece a usted que fue la razón de que Jesús orase para que la fe de Pedro no faltara y, sin embargo, no orase para que no cayese en la tentación de Satanás? Para mí, la razón está implícita, pero clara, en la 2^a parte del v. 32: «... tú, una vez vuelto, *confirma a tus hermanos*». Pedro había sido con frecuencia el portavoz, para bien (ver Mt. 16:16) o para mal (ver Mt. 16:22), de los demás apóstoles. Con esa experiencia amarga de su autosuficiencia fallida, Pedro había de fortalecer a sus hermanos, especialmente a sus hermanos en el ministerio, (a) a vencer en situaciones semejantes a la suya, cuando él fue derrotado; (b) a no deprimirse ni desesperar, si, como él, tenían alguna vez la debilidad de caer en la tentación.
- 3^a *pregunta* Teniendo en mente la profecía mesiánica de Malaquías 3:1 (comp. Zac. 12:10), ¿no habría sido suficiente con un Mesías *Enviado del Padre*, aunque no fuese *Dios como el Padre*? Dejemos aparte la razón general de que «Dios siempre hace lo mejor para Su gloria y para nuestro provecho». Sabemos por la Biblia que el Mesías que había de venir a este mundo a sufrir y a reinar es el Hijo de Dios, nada menos que *la Segunda Persona de la Deidad*. Pero estoy hablando en hipótesis, a fin de expresar mi opinión sobre el asunto y a riesgo de que la mayoría de mis lectores

no estén de acuerdo conmigo: (a) Es cierto que Dios *habría escatimado a su propio Hijo* (ver Ro. 8:32). (b) Igualmente es cierto que el mérito de Cristo en su sacrificio de expiación *no habría sido infinito*. (c) Pero, en mi opinión, Dios podía haber llevado a cabo la redención del linaje humano por medio de un Mesías meramente humano, con estas tres condiciones: 1) sin mancha de pecado (ver He. 7:25), 2) solidario con nosotros (ver He. 2:14), y 3) obrando en plena obediencia al Padre hasta la muerte en Cruz (ver Fil. 2:8). Negar esta «posibilidad» es ir más allá de lo que la Escritura revela, más de lo que nuestra redención requiere y, sobre todo, negar a Dios el Padre el poder de programar sus planes de distinto modo a como lo ha hecho. Únicamente el absurdo y el pecado están fuera del alcance de la omnipotencia divina.

LECCIÓN 9

El misterio de la unión hipostática

I. INTRODUCCIÓN

Hablar de la *unión hipostática* es hablar de la unión que existe en Cristo entre la naturaleza divina y la humana en la única Persona del Verbo, del Hijo de Dios. El vocablo «hipostática» procede del griego *hupóstasis* (o, *hypóstasis*) = »subsistencia«, en sentido de una realidad que subyace como «sujeto» a todas las características que integran la naturaleza de una persona. Dicha unión se llama *hipostática* porque se realiza directamente en la persona.

1. Distintas clases de unión

La unión entre varios seres puede ser de tres clases:

- A) *Accidental*, cuando se unen exteriormente, por mera agregación de sus masas, ya sea por *yuxtaposición*, como en un montón de piedras, o por *aleación* molecular, como ocurre con los metales o con agua y vino, por poner un ejemplo.
- B) *Sustancial esencial*, cuando de la unión de dos naturalezas resulta una tercera. Esta es la unión que existe entre el cuerpo y el alma en nosotros, y entre el oxígeno y el hidrógeno en el agua.
- C) *Sustancial hipostática o personal*, cuando dos naturalezas completas en sí mismas se unen directamente en la persona. Esta unión no se da en los seres creados; por eso nos resulta enteramente *misteriosa*, pues con-

siste en que una naturaleza humana completa en sí misma, pero carente de propia personalidad, es unida directamente a la Persona Divina del Verbo, *ya subsistente, desde toda la eternidad, en Su naturaleza divina.*

2. Consecuencias importantes de la unión hipostática

- A) Siendo *hipostática* dicha unión, sólo una Persona de la Deidad, la del Hijo, asumió la naturaleza divina al encarnarse, esto es, al hacerse hombre. De no ser así, las tres Personas de la Deidad se habrían encarnado, habrían nacido, etc. y habrían muerto sufriendo la muerte de cruz. Es cierto que, como en toda obra *al exterior* de la propia Deidad, las tres Personas intervinieron en la encarnación del Verbo, pero sólo el Verbo, la Segunda Persona de la Deidad, se encarnó. Explico esto con una ilustración sencilla: Una persona que se viste ayudada por otras dos, *sólo ella queda vestida, aunque son tres las que visten.*
- B) Habiendo en Cristo dos naturalezas completas en una sola Persona, como el Concilio de Calcedonia declaró contra nestorianos y monofisitas el año 451, y, por consiguiente, *dos voluntades naturales y dos modos naturales de obrar*, como declaró también el Concilio III de Constantinopla el año 681 contra el monotelismo, queda una cuestión difícil por resolver: ¿Cuál de las dos voluntades tomaba las decisiones de obrar en un sentido u otro? Si decimos que la divina, reducimos a la voluntad humana a un mecanismo sin espontaneidad propia; si decimos que la humana, la independizamos en cierto modo, con grave riesgo de la propia unión hipostática. En efecto, el Concilio III de Constantinopla aclaró que *«la voluntad humana sigue, y no resiste ni se opone, sino más bien se somete, a su omnipotente y divina voluntad»*. Esta declaración explica, pero no resuelve, la dificultad de la cuestión.

En su obra *Basic Theology*, Ch. C. Ryrie (pág. 251), presenta tres modos de resolver la dificultad: (a) Defendiendo la voluntad como «un complejo de conducta», como lo hace Buswell, hay que afirmar que en Cristo hubo dos «modelos de conducta» y, por tanto, dos voluntades, sin más. (b) Definiendo la voluntad como «la decisión moral resultante», según sostiene Walvoord, entonces la persona de Cristo siempre hizo una sola decisión moral; por consiguiente, sólo se puede hablar de una voluntad (contra Constantinopla) –algo parecido sostiene A. Strong, quien asegura paladinamente que el Concilio III de Constantinopla se equivocó. (c)

Finalmente, el propio Ryrie expone también su opinión: «Me parece – dice– que toda decisión surgía o de la “voluntad” de Su naturaleza divina o de la “voluntad” de Su naturaleza humana o de una combinación de ambas, haciendo que resulte apropiado hablar de dos “voluntades”».

En mi modesta opinión, ninguno de los tres resuelve el problema. Todo depende de lo que entendamos por «decisión»: Si por «decisión» entendemos la responsabilidad del *sujeto* por lo que se va a hacer, la cosa está clara: *no hay más que un sujeto, que es quien decide*; pero si se entiende como la facultad volitiva *con que* alguien, previa deliberación o instintivamente, se lanza a obrar, entonces la decisión, como los demás actos de una agencia operativa, *pertenece a la naturaleza con la que se hace*. Y, como la voluntad es una agencia operativa, por fuerza hay que sostener que *en Cristo hay dos voluntades en una sola Persona*.

- C) Así como la voluntad es una agencia operativa, la conciencia es una agencia *cognoscitiva*. Queda así planteada otra difícil cuestión: ¿Hay en Cristo una sola conciencia personal o dos conciencias naturales? En otras palabras, ¿se percataba Cristo, durante toda Su vida mortal, de que era, al mismo tiempo, Dios y hombre? Responde Ryrie (o.c., pág. 251): «Su Persona se percataba siempre de Sí mismo en cuanto a Su deidad y esa Persona crecía en autoconciencia con respecto a Su humanidad». Por su parte, J. Auer, en el tomo IV/1 de su Obra, refiriéndose al problema del «yo en Jesucristo», dice:

«Hemos de decir que la respuesta al problema del yo en Jesús no se puede dar de un modo claro y categórico, sino más bien a modo de descripción de las experiencias humanas, que pueden ofrecer una comprensión análoga también del misterio de la unión hipostática. Pienso en esta experiencia humana: la frase “yo me digo a mi mismo yo” contiene el yo como “sujeto” y como “predicado” ... Mi autoconocimiento nunca puede alcanzar en la conciencia a mi mismo yo personal y real, sólo llega hasta el yo preobjetivado de la conciencia... Intentemos entender ahora lo que ocurriría en Cristo, si él pronunciase la frase “yo me digo a mi mismo yo”. En tal caso, tendríamos que empezar afirmando que en esa frase hablaría, ante todo, el *Logos* divino como yo sujeto, y lo diría en su espíritu creador y divino..., de tal modo que el yo predicado en esa expresión se identificaría realmente con el yo que es el yo sujeto de la frase en cuestión. En él, la frase “yo me digo a mi mismo yo” se convierte necesariamente en la frase “Yo soy yo”».

Espero que el lector haya captado las profundidades de esa lucubración psicológico-teológica, propia de un talento típicamente alemán. Ciertamente, el psicoanálisis nos ha ayudado grandemente a penetrar en los recovecos de la «psiquis» humana. Con esta sola ayuda, me atrevo a decir que, en mi opinión, la solución es más sencilla: La conciencia es, en realidad, la función cognoscitiva por la que nuestra mente tiene ante sí:

- (a) las normas religiosas, morales y sociales que se nos han impuesto desde la niñez (lo que Freud tituló el «Súper-Ego»);
- (b) la presión de nuestros instintos desde el fondo de un corazón que la palabra de Dios nos presenta como «engañoso y perverso» (Jer. 17:9);
- (c) un almacén de recuerdos de toda clase, al que se suman cada día los efectos de las impresiones de cada día en nuestra vida de relación, ya sea incitándonos al bien o al mal;
- (d) además de las normas morales *aprendidas*, hay en la mente de cada ser humano un conjunto de normas *innatas*, como escritas por Dios mismo en el corazón de cada ser humano (v. Ro. 2:14-15). Todo esto aparece, como procesado por una computadora, en la pantalla de la conciencia y allí se ve el *sujeto* a sí mismo como *objeto*, lo mismo que a todo lo demás que no es su mismo «yo», pero que ya le pertenece a él.

Puestas así las premisas, podemos responder así a la pregunta sobre si en Cristo hay dos conciencias y sobre si es consciente de Su Deidad con la conciencia humana, y de Su humanidad como perteneciente a Su Persona con la conciencia divina.

Respondo que *hay un solo sujeto que es consciente de ambas cosas, que es consciente de Su Deidad con su conciencia divina y de Su humanidad con su conciencia humana, y que el paso de una conciencia a otra es normal dentro de la unión hipostática, a no ser que la comunicación se vea interceptada por una actuación extraordinaria del Espíritu Santo, como ocurrió en el Calvario durante «el desamparo de Dios».*

3. ¿Fue impecable Cristo?

Aunque también esto podría figurar en el punto 2, como consecuencia de la unión hipostática, es preferible tratarlo aparte. Vamos a ir por pasos:

- A) La voluntad humana de Cristo no era una máquina, sino una facultad operativa, dotada de libre albedrío; únicamente, que este libre albedrío no se hallaba dañado como el nuestro por el pecado original. *Podía*, pues, pecar, en el sentido de que no estaba forzado por causas externas o internas a elegir el bien y evitar el mal.
- B) Pero, si se tiene en cuenta que el mismo Espíritu Santo que lo había santificado en el momento mismo de su concepción, guiaba todos sus pasos presentándole el cumplimiento de la voluntad del Padre como lo único bueno y deleitoso de que vivir (ver Jn. 4:34), su privilegio y su mérito (como de un agente libre) está en que *podía no pecar*, lo cual es una *fuerza*, mientras que el *poder pecar* es una *debilidad*.
- C) Hay otro factor de primera importancia, por el cual Cristo era *absolutamente impecable*: En virtud de la unión hipostática, el único sujeto de atribución y responsabilidad en Cristo era la Persona del Verbo. Por lo cual, si Cristo hubiese pecado, podríamos decir que Dios, esto es, *una Persona de la Deidad, había pecado*. Lo cual va directamente contra el Ser infinitamente Santo, cuya santidad infinita habría dejado de existir por la intrusión del pecado en el interior de la Deidad.

4. ¿Es impersonal la naturaleza humana de Cristo?

En la lección 2, IV, sobre los errores contra la unión hipostática, vimos que, contra el error monofisita, las dos naturalezas, divina y humana, de Cristo están *completas* en sí mismas: El Verbo asumió una naturaleza humana *tan completa como la nuestra*, la cual no subsiste en sí misma, sino en la Persona del Hijo de Dios.

¿Significa esto que la naturaleza humana de Cristo es *impersonal*, ya que a cada naturaleza humana individual le pertenece su *propia personalidad*? Respuesta: Es cierto que la naturaleza humana de Cristo carece de personalidad propia (de lo contrario, habría *dos personas* en Cristo), pero no por eso es «impersonal», sino más bien «empersonal», es decir, *la personalidad infinita del Hijo de Dios, con Su infinito poder de «subsistir», extiende a la naturaleza humana la subsistencia de la divina, de tal forma que subsista así como naturaleza humana completa en el orden del ser, así como es completa en el orden del existir*.

5. *En Cristo se da la comunicación mutua de «idiomas»*

Vamos a explicar la terminología:

Entendemos por «idioma», en el presente contexto, las propiedades y atribuciones propias de cada naturaleza: Por ejemplo, fatigarse es propio de la naturaleza humana, pero ajeno totalmente a la divina. Por otro lado, la omnipotencia es propia de la naturaleza divina, pero totalmente ajena a la humana.

Entendemos por «comunicación mutua de idiomas», el paso libre de propiedades de una naturaleza a la otra, no directamente, sino en virtud de la unión hipostática. De esta forma podemos decir ortodoxamente: *Jesús de Nazaret es Dios*; e igualmente: *Dios murió por nosotros en la Cruz*.

Al haber en Cristo una sola Persona divino-humana, todo lo que se dice de una puede decirse de la otra, con tal de que se haga en concreto (por ej. Cristo es Dios), pero no en abstracto (p.ej. la humanidad de Cristo es divina); otra afirmación correcta: Dios murió por nosotros; pero no: la divinidad murió por nosotros; en efecto, *Cristo* y *Dios* connotan la Persona; *divinidad* y *humanidad* connotan las naturalezas.

6. *¿Qué dicen las Sagradas Escrituras?*

Ninguna de las cosas que estoy diciendo tendría validez en absoluto si no estuviese respaldada por las enseñanzas de la palabra de Dios.

- A) Si examinamos el N.T., vemos que hay varios lugares que parecen mutuamente incompatibles y nos preguntamos, p.ej., ¿cómo podía Jesús ser omnipotente y, al mismo tiempo, débil? ¿Cómo pudo marcharse de este mundo y, no obstante, estar presente en todas partes? ¿Cómo podía aprender, siendo omnisciente? Y así sucesivamente. Sin embargo, si nos atenemos a la declaración del Concilio de Calcedonia de que en Cristo hay dos naturalezas distintas, las cuales retienen sus propiedades respectivas, aunque permanecen juntas en una sola Persona, comenzamos a ver claro en este asunto.
- B) Volvemos entonces al texto sagrado y vemos claramente que una de las naturalezas de Cristo hace cosas que la otra no hace. Por ejemplo
- (a) Refiriéndonos a la naturaleza humana de Cristo, podemos decir que ascendió a los cielos y ya no está en este mundo (ver Jn. 16:28; 17:11; Hch. 1:9-11). En cambio, con respecto a su naturaleza divina, podemos

decir que Jesús está en todas partes (véase Mt. 18:20; 28:20; Jn 14:23). Podemos, pues, decir que ambas cosas son ciertas: que ascendió al cielo y que está con nosotros. De igual manera, podemos decir que Jesús tenía treinta años, poco más o menos (ver Lc. 3:23), si nos referimos a su naturaleza humana, y que ha existido eternamente, si nos referimos a su naturaleza divina. En su naturaleza humana, Jesús era débil y se fatigaba (véase Mt. 4:2; 8:24; Mr. 15:21; Jn. 4:6), pero en su naturaleza divina era omnipotente.

(b) Especialmente chocante es la escena aquella en el Mar de Galilea, donde Jesús se durmió en la barca, a pesar de la tormenta, seguramente porque estaba muy cansado (ver Mt. 8:24). Pero tuvo fuerzas para erguirse y, con una sola palabra, calmar el viento y el mar (Mt. 8:26-27). Aquí, la debilidad de su naturaleza humana ocultaba completamente la omnipotencia de la divina, hasta que esa omnipotencia se abrió paso con una palabra del soberano Señor de Cielos y tierra.

(c) Quienes llaman «inconcebible» a la doctrina de la encarnación del Verbo preguntan, a veces, si el bebé envuelto en pañales en el establo de Belén estaba, al mismo tiempo, «sustentando todas las cosas con la palabra de su poder» (He. 1:3). A esa pregunta hemos de responder con toda firmeza: *Sí, porque aquel bebé era ya, desde el principio, verdadero Dios y verdadero hombre*. Y ese mismo bebé, cuando llegó el tiempo de morir en la cruz, siguió eternamente vivo en cuanto Dios; sin embargo, aseguramos con la misma firmeza que, en Cristo, *Dios experimentó la muerte, porque el sujeto era una Persona de la Deidad*.

- C) Ya hemos citado en otro lugar el extraño lugar (Mr. 13:32) donde Jesús dice: «Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, *ni el Hijo*, sino el Padre». Los autores que yo conozco, incluido Grudem (o.c., pág. 561) explican este texto refiriéndolo a la limitación de su naturaleza humana. Para mí, esa explicación es insuficiente; si lo fuese, también podríamos decir: «El hijo no es Dios, porque no lo sabe todo». En mi opinión, es preciso aclarar que *el Hijo no sabía el día ni la hora, porque el paso de la conciencia divina a la humana estaba, en este punto, obstruido porque el Padre era el único que lo tenía en su poder* (comp. Hch. 1:7).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 9

- 1ª *pregunta* ¿Cómo se sentiría usted si el Hijo de Dios, al hacerse hombre, se hubiese despojado de su Deidad?
- 2ª *pregunta* En la lección 5, punto 4, hemos dicho que el Hijo de Dios no se rebajó al hacerse *hombre*, sino al hacerse *esclavo*, pues al hacerse hombre, una naturaleza humana como la nuestra (pero sin pecado) fue asumida por el Verbo para subsistir en la Persona Divina del Hijo, de forma que, como acabamos de decir en la presente lección, punto 4, todo lo que se afirma de la 2ª Persona de la Deidad en concreto, se puede decir también del hombre Jesucristo en concreto. Entre otras consecuencias prácticas de esta enseñanza (ver el punto 5 de la presente lección), ¿se ha dado cuenta usted de que ésta es la razón de que podamos, y debamos, rendir culto de adoración a la humanidad de Cristo, sabiendo que la adoración se dirige a una persona y que, en esa naturaleza humana, la única persona es la Segunda Persona de la Deidad?
- 3ª *pregunta* Otra consecuencia de lo mismo, que dignifica inmensamente a la naturaleza humana de Cristo es que, al ser asumida por la Persona del Verbo, una naturaleza humana como la nuestra, con todas las debilidades inherentes a su estado de humillación y que, de no haber sido asumida por el Verbo, habría podido pecar, obtuvo el inefable privilegio de la impecabilidad. ¿Había caído usted en la cuenta de lo que esto significa para el honor y la dignidad de nuestra humanidad?
- 4ª *pregunta* Por el otro lado de la unión hipostática, ¿cree usted que la naturaleza humana de Cristo ha podido darle a su naturaleza divina algo que no poseía antes de la unión? Sé que son cosas obvias, pero no siempre nos paramos a reflexionar sobre ellas. Tres cosas ha recibido la Deidad de Cristo de su naturaleza humana, las cuales no tenía antes de la unión: A) La capacidad de experimentar los sufrimientos y la muerte que experimentamos los humanos; B) La capacidad de comprender por propia experiencia lo que los demás hombres experimentamos en todo orden,

incluso en el de las tentaciones de toda clase; C) La capacidad para ser nuestro sustituto en Su sacrificio, cosa que no habría podido ser en Su naturaleza divina.

- 5^a *pregunta* Volviendo otra vez al punto 6 de la presente lección, B) (b), sobre la escena en el lago de Galilea (Mt. 8:24-27), ¿no es cierto que nos impresiona grandemente el que un hombre fatigado hasta el extremo de quedarse dormido durante una furiosa tormenta, requerido urgentemente por la poca fe de los apóstoles, se irguiera súbitamente y calmase, con voz omnipotente, los vientos y el mar? ¡*Fatigado y Omnipotente!* ¡Qué paradoja! Pero esta aparente «paradoja» fue una realidad totalmente consecuente con el misterio de la unión hipostática.
- 6^a *pregunta* Hay una frase muy significativa en la confesión que hace de Jesús el buen ladrón (v. Lc. 23:41): «...mas éste no practicó cosa alguna *fuera de lugar* (gr. *átupon*)». Para entender bien esta frase que he vertido literalmente del original, es conveniente contrastar ese «átupon» (fuera de lugar) con su contrario: *tópos* = «lugar». Veámoslo, p.ej., en Ef. 4:27, donde dice Pablo a los fieles de Éfeso: «ni deis *lugar* al diablo». Eso quiere decir que, desgraciadamente, puede haber en nuestro interior algún «lugar» que está vacío de Cristo y, por ello, podría ser ocupado por el diablo. Se da «lugar» al diablo precisamente con los pecados con los que *se da tristeza al Espíritu Santo de Dios* (v. 30 de la misma porción), pero especialmente, por su estricta conexión gramatical, con *el enojo* del versículo 26. ¿Pensamos suficientemente en esta facilidad nuestra de tener algún *lugar* adecuado para el diablo, cuando Cristo *nunca tuvo lugar* sino para hacer lo que más agradaba al Padre y cuando él murió y resucitó para que nosotros no diésemos jamás lugar al diablo, sino que nos dejásemos conducir siempre por el Espíritu Santo?
- 7^a *pregunta* Ya dijimos en la lección 4, puntos 1 y 3, que, en cuanto Dios, Jesús era *total y únicamente Hijo*. Lo que no aclaré es lo siguiente, y lo hago en forma de preguntas al lector: Pero, ¿no pudo ser *padre* en cuanto hombre? Si tenía una naturaleza completa como la nuestra, y además era impecable, ¿por qué no pudo casarse y engendrar hijos que habrían sido «modelos» de sus conciudadanos?

Dejando al lector con sus reflexiones, diré por mi cuenta lo siguiente: En principio, esto no era posible porque la paternidad es algo «personal» y entonces tiene aplicación lo dicho en la lección 4, puntos 1 y 3 sobre la imposibilidad de que el Hijo fuese *Padre*. Descendiendo ahora a la naturaleza humana *en sí*, conviene advertir lo siguiente: (a) No es que a Cristo le faltara algo emocionalmente para contraer matrimonio; Cristo tenía un corazón humano lleno de amor a todos los niveles; (b) tampoco es porque el matrimonio le habría sido deshonoroso (ver He. 13:4); (c) ni porque entonces no habría estado «disponible en todo tiempo para todos». Como ya he dicho antes, la causa está en la *unicidad* de Persona en Cristo, y lo reafirmo con estas frases de A.M^a Javierre: «El Hijo es virgen porque el Padre tiene una paternidad tan radical y absoluta que no deja lugar para otra generación ni en el interior de la Trinidad ni en la misión del Hijo» (*Cinco días de meditación en el Vaticano* –Madrid, PPC, págs. 168-169).

LECCIÓN 10

Errores sobre Soteriología

I. INTRODUCCIÓN

En la lección 2, hemos analizado y rebatido los errores sobre Cristología. En la presente, vamos a analizar y rebatir los errores sobre Soteriología. Pero, antes de proceder a la exposición de los errores, conviene dejar aclarados los siguientes puntos:

- A) ¿Fue necesaria la Encarnación del Verbo?
- B) ¿Fue absolutamente necesaria la redención del humano linaje?
- C) ¿Ejerce el oficio sacerdotal de Cristo una sola función o ejerce dos? Respondemos por partes a dichas preguntas.

1. *¿Fue necesaria la Encarnación del Hijo de Dios?*

A esta pregunta es menester responder que, si por *necesidad* entendemos una exigencia intrínseca, ya sea por parte de Dios o por nuestra parte, o una obligación moral de Dios de enviar a Su Hijo a hacerse hombre, ya sea para redimirnos o para coronar de gloria una humanidad como la nuestra, la respuesta ha de ser: ¡No!

En primer lugar, Dios es absolutamente libre para programar la historia de la humanidad como a Él le plazca; y aun en el caso de que permitiese –como lo hizo– la caída de la raza humana por obra del pecado de nuestros primeros padres, el hombre pecador no merecía el Cielo, por supuesto; pero tampoco

merecía el Calvario; lo único que merecía era el Infierno. Y Dios habría obrado en completa justicia, si ésa hubiese sido nuestra suerte fatal.

Pero, en Dios, la justicia no es el único atributo motor de las decisiones divinas; hay que tener también en cuenta Su *amor*; un amor tan grande que le llevó a entregar a Su Hijo único a muerte de cruz por nosotros, miserables pecadores. Es cierto: El hombre caído no era digno de ser salvo, *pero era digno de Dios salvar al hombre*.

En realidad, si nos hemos planteado esta cuestión es porque en el seno de la Iglesia de Roma hay dos formas de responder negativamente a esa pregunta de *si fue necesaria la Encarnación del Verbo*:

- A) Tomás de Aquino (1225-1274), de la orden dominicana, a quien siguen todavía muchos manuales de texto católicos, sostuvo que la Encarnación sólo era absolutamente necesaria en el caso de que Dios exigiese una satisfacción que igualase en el mérito a la infinita culpabilidad del pecado del hombre, pues decía: «mediante su omnipotencia, Dios podía reparar la naturaleza humana de muchas otras maneras» (véase *Summa Theologica*, III, q. 1, art. 2).
- B) Juan Duns Scot (1266-1308), de la orden franciscana, a quien siguen los manuales de texto publicados por franciscanos y capuchinos, afirmaba que la Encarnación era, *en sí*, independiente del pecado del hombre, ya que la realidad de un Dios-Hombre es demasiado grande como para estar supeditada al pecado del hombre. A favor de su tesis invocan textos como 1 Corintios 15:45-47; Efesios 1:10, 21-23; 4:10; 5:31-32; Colosenses 1:15-17.

Pasamos a refutar ambos errores, comenzando por el de Tomás:

- A') En mi opinión, este punto de vista falla por dos lados, no sólo por uno:
 - (a) La Sagrada Escritura no deja lugar a dudas de que «*sin derramamiento de sangre, no hay remisión de pecados*» (He. 9:22).
 - (b) Por otro lado, hacer la culpabilidad del pecado *tan infinita como la satisfacción de Cristo en la Cruz* es, *en primer lugar*, psicológicamente falso, porque la voluntad humana es limitada en la producción de cualquiera de sus actos; y *en segundo lugar*, porque la palabra de Dios nos dice que «cuando abundó el pecado, *sobreabundó la gracia...*» (Ro. 5:20-21).

B') En cuanto a la tesis de la escuela franciscana, baste decir que la Sagrada Escritura siempre supone como única causa de la Encarnación del Verbo la redención de la humanidad caída (ver Lc. 19:10; Hch. 2:36; Ef. 4:10; Fil. 2:9-11; 1 Ti. 1:15 e incluso Jn. 12:32) y, por otra parte, los textos que los franciscanos invocan (véanse arriba) tienen también su explicación dentro de la opinión contraria, puesto que no carecen de resonancia redentora.

Se han hecho varios intentos de conciliar las dos opiniones, tomista y franciscana, que no voy a exponer aquí, pero remito al lector a mi libro *La Persona y la obra de Jesucristo*, págs. 148-149.

2. *¿Fue absolutamente necesaria la redención del humano linaje?*

Dejando para la lección 13 la definición completa de «redención», tanto en su sentido amplio como en el estricto, baste por ahora con decir que entendemos por «redención» *la obra de Cristo en la Cruz para procurar nuestra salvación*.

En este punto, y teniendo en cuenta que estamos tratando sobre los errores que conciernen al terreno de la Soteriología, nos preguntamos si hubo algún otro medio por el que la raza humana pudiese haber sido libre de la condenación sin que Dios enviase a Su único Hijo al mundo a morir por nosotros.

Acerca de este tema en concreto, los principales errores han sido los que a continuación señalamos:

- A) Pelagio (360-422), austero monje inglés, afirmó paladinamente que la obra de la redención no fue necesaria, ya que el pecado de Adán le dañó sólo a él y la justicia de Dios no exigía que la redención se hiciese en forma de expiación. Sin embargo, una investigación más seria ha mostrado que la paternidad de esas ideas no ha de atribuirse a Pelagio, sino a Celestio (véase el excelente artículo *Pelagius, Pelagianism*, en el *Evangelical Dictionary of Theology*, págs. 833-834).
- B) John Duns Scot, cuya posición hemos analizado ya en el punto 1 de la presente lección.
- C) Fausto Socino (1539-1604), italiano de nacimiento, pero asentado en Polonia desde 1578. Este fue más radical que los pelagianos, pues sostuvo que la Escritura debía ser interpretada según las normas de la razón; como consecuencia, negó que Cristo fuese Dios antes de Su resurrección

y sostuvo que la muerte de Cristo no procuró el perdón de los pecados, porque Dios podía perdonar los pecados sin necesidad de expiación por parte de Cristo.

- D) F.D.E. Schleiermacher (1768-1834), llamado el «padre de la teología liberal protestante», se educó bajo la influencia del pietismo, pero lo que más influyó en el desarrollo de su pensamiento teológico fue la lectura de las obras de Kant y de Spinoza y su asociación en Berlín con el floreciente movimiento romántico. Con estos apoyos, redefinió la religión como «un elemento único de la experiencia humana, ubicado *no en la facultad cognoscitiva*, que sólo produce un conocimiento indirecto de Dios, *sino en el sentimiento*, que proporciona una experiencia inmediata de Dios».
- E) En la Iglesia de Roma ha sido corrientemente aceptada la opinión de Tomás de Aquino, ya expuesta en la introducción de la presente lección. Modernamente, de los dos aspectos que constituyen el sacrificio de Cristo, su amor en la entrega voluntaria y el aspecto penal de sus tormentos en su pasión y muerte en cruz, el péndulo se ha inclinado demasiado del lado del amor, minimizando el aspecto penal, de acuerdo con la siguiente frase de un himno litúrgico: «*cuius una stilla saluum facere / totum mundum quit ab omni scelere*» = «de la que (la sangre de Cristo) una sola gota puede limpiar al mundo entero de todo crimen».

No voy a entrar en una refutación detallada de cada uno de estos errores. El lector puede hallar un tratado más completo en mi obra *La Persona y la Obra de Jesucristo*, págs. 272-299.

Por ahora, me limitaré a presentar las siguientes pruebas basadas enteramente en la palabra de Dios:

(a) Según 2 Pedro 2:4, «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron...». Y en Hebreos 2:16, leemos: «Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino a la descendencia de Abraham». Luego, en principio, Dios *no estaba obligado* a redimir a la humanidad caída.

(b) En Mateo 26:39 leemos que Jesús oró así en el Huerto: «*Si es posible*, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú». No cabe duda de que Jesús oró siempre conforme a la voluntad de Dios; sin embargo, este texto, más fuerte aún en Marcos 14:36 y Lucas 22:42, da claramente a entender que la muerte en cruz de Jesús era *inevitable*.

(c) En el camino a Emaús, ante la incredulidad de sus dos acompañantes,

les dice Jesús (Lc. 24:25-26): «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era *necesario* que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?» Jesús sabía que el plan de la redención exigía que el Mesías muriese por los pecados de su pueblo (comp. Mt. 1:21).

(d) Romanos 3:21-26 pone bien en claro que, estando todos perdidos, todos necesitaban la redención y, por eso, «Dios exhibió públicamente (a Cristo) como *propiciación por su sangre* a través de la fe, a fin de demostrar su justicia...» (v. 25 –B. de las Américas).

(e) La Epístola a los Hebreos abunda en lugares a favor de lo mismo (ver, especialmente, 2:17; 9:22-26; 10:4-7).

(f) Por otra parte, la Escritura nos dice que Dios, en virtud de su infinita santidad, no puede pasar por alto el pecado para siempre sino que tiene que visitarlo a su tiempo como se merece (véase Éx. 34:7; Nm. 14:18; Sal. 5:4-6; Nah. 1:2-3; Ro. 1:18; 3:25-26).

(g) En fin, Dios no habría entregado a muerte de cruz a Su propio Hijo por menos que por la necesidad de la expiación, pues Dios no hace cosas innecesarias a tanto coste (ver 1 P. 1:18-20).

3. Errores en cuanto a la naturaleza de la expiación

De estos errores, hay algunos que todo buen creyente ha de rechazar por fuerza; pero hay otros que, en mi opinión, *lo son*, pero no puedo imponer mi opinión a otros hermanos, buenos teólogos, pero equivocados ¡Juzgue el lector!

A) Errores que ningún creyente puede sostener:

(a) El pago por nuestro rescate fue dado a Satanás. Este error fue defendido primero por Orígenes (185-254), al que siguieron otros escritores eclesiásticos de los primeros siglos, especialmente Gregorio de Nisa (335-394). Orígenes fundaba su error en un falso concepto del reinado del diablo sobre la humanidad. Es cierto que el mundo está en poder del diablo (ver, p.ej., Lc. 4:5-6 –a lo que Cristo no responde–; Jn. 14:30; 2 Co. 4:4; 1 Jn. 5:19 «el mundo entero yace en el Maligno» es la vers. lit.; Ap. 11:15; 12:10-11). Es cierto que el diablo tiene «la potestad de las tinieblas» (Col. 1:13), pero ese reino no le pertenecía *por derecho*, sino que le fue regalado en bandeja por nuestros primeros padres en el Edén (Gn. 3:1-6). Ese *derecho* le fue arrebatado en la Cruz del Calvario *a favor de los*

que creen en Jesús, pero continúa ejerciéndolo *de hecho* en los que tienen «cegado el entendimiento» (2 Co. 4:4).

(b) La muerte de Cristo no fue la expiación cruenta por el pecado, sino sólo un modo por el cual mostró Dios cuánto amaba a los hombres haciéndose solidario de los sufrimientos de ellos. El primero que enseñó este error tan «romántico», fue el canónigo francés Pedro Abelardo (1079-1142). Así pues, la muerte de Cristo constituyó una enseñanza ejemplar del amor de Dios hacia nosotros, a la que debemos corresponder con amor agradecido, mediante el cual somos perdonados. Este error quita a la redención su carácter *objetivo*, y trastorna el concepto de sustitución, pues el amor a Dios no se estimula con el pensamiento de que Cristo sufrió *con nosotros*, sino *en nuestro lugar* (ver, p.ej., Mt. 20:28; 2 Co. 5:21; 1 Ti. 2:6).

(c) Fausto Socino, al que ya hemos mencionado en el p. 2, también negó que la justicia de Dios requiera un pago por el pecado; decía que la muerte de Cristo es un magnífico ejemplo de cómo se debe confiar en Dios y obedecerle. La diferencia entre este error y el de Abelardo es expuesta por Grudem (o.c., pág. 582) del modo siguiente: «Mientras la teoría de la influencia moral (Abelardo) dice que la muerte de Cristo nos enseña *cuánto nos ama Dios*, la teoría del ejemplo (Socino) dice que la muerte de Cristo nos enseña *cómo debemos vivir*» (las cursivas son mías). El texto principal en el que se apoyan los seguidores de Socino es 1 Pedro 2:21. Es cierto que Cristo es para nosotros un ejemplo incluso en su muerte, pero ese texto no agota todo lo que la expiación requiere según las Escrituras que hemos citado contra Abelardo, y que sirven igualmente contra Socino.

(d) Hugo Grocio (1583-1645), teólogo y jurista holandés, enseñó la llamada teoría gubernamental, según la cual, Dios no tenía por qué demandar el pago por el pecado, puesto que es omnipotente; el objetivo de la muerte de Cristo fue demostrar que la Ley de Dios había sido quebrantada y, como Dios es el Legislador y Rector del Universo, alguna clase de castigo debe sufrirse cuando se quebrantan sus leyes. Así pues, Cristo *no sufrió para pagar por los pecados de otros, sino para mostrar que, cuando se quebrantan las leyes de Dios, hay que sufrir algún castigo*. En este caso, la muerte de Cristo no sería una *satisfacción*, sino una *revelación*, de la justicia de Dios. Esta teoría va, como las tres anteriores, contra el concepto de sustitución vicaria, patente en los textos bíblicos citados contra Abelardo.

B) *Opiniones equivocadas de algunos teólogos, buenos creyentes*

Repetimos que dichos teólogos están equivocados según mi modesta opinión, pero dejo al lector que analice y juzgue por sí mismo.

a') Un número considerable de teólogos y expositores bíblicos de fuerte raíz «reformada» sostiene que Cristo nos redimió, no sólo *sufriendo* por nosotros la pena por el pecado, sino también *con su vida* de perfecta obediencia al Padre, cumpliendo así la Ley por nosotros *por activa y por pasiva*, para decirlo con una frase bien expresiva. En esta teoría, advierto un grave peligro de antinomianismo, pues se insinúa que por causa de la obediencia *activa* de Cristo, los creyentes quedamos exentos de cumplir la Ley. Jamás leemos en las Escrituras que estemos *exentos* de tal cosa, aunque sigo sosteniendo que la Ley, como tal, *no obliga* al creyente ¿Cómo puedo sostener una postura aparentemente contradictoria? Muy sencillamente: Tenemos un mandamiento *nuevo* (ver Jn. 13:34-35) que *sustituye* a los mandamientos del Decálogo, pero *no los abroga porque los incluye* (ver Ro. 13:8-10 –no cabe un testimonio más explícito). Lo que la *vida perfectamente santa de Cristo* consiguió no fue la *redención*, sino su *perfecta cualificación como único sumo sacerdote adecuado para ofrecer el sacrificio que la justicia de Dios demandaba* (véase He. 4:15 y, en especial, 7:26). Ruego al lector que lea también lo que escribí en *Ética Cristiana*, lección 20, punto 2.

b') Otro error que los mejores teólogos suelen evitar, pero en el que caen muchos hermanos bien intencionados, pero mal informados, es que Cristo murió para dar satisfacción a las demandas de *la ira de Dios*. Este error implica que Dios Padre fue movido por la cólera contra el pecado a entregar a Su Hijo a la muerte en cruz por nosotros. *No fue la ira de Dios, sino la santísima justicia de Dios la que demandaba tal muerte*. En realidad, fue el *amor*, no la ira, de Dios la que le movió a emprender en Cristo la reconciliación de la humanidad (ver 2 Co. 5:19). Pero el *amor* no era libre para efectuarla porque se oponían las demandas de la justicia (comp. Is. 59:1-2). Una vez cumplidas estas demandas, el amor de Dios se desbordó libremente para proveer salvación a «todo el que cree» (Jn. 3:16).

(c') Finalmente (y aquí entro en el error más controvertido) están los numerosos teólogos y expositores bíblicos fieles seguidores de J. Calvino, que *limitan* el efecto de la redención en favor únicamente de los *elegidos*. Dejando al lector que lea detenidamente cuanto escribí en *La persona y*

la Obra de Jesucristo, lección 44, me limitaré a decir que interpretar los numerosos lugares en que la Escritura habla de «todos» como «todos sin distinción», pero no «todos sin excepción», es una de las maneras de «torcer las Escrituras» (2 P. 3:16). Si el lector ha estudiado bien las lecciones 16, 17, 18, y 20 de la Parte I de este CURSO (Dios Creador), tendrá mucho adelantado para seguir mi pensamiento. El tema que nos ocupa será tratado con mayor extensión en la lección 15.

4. *¿Ejerce el oficio sacerdotal de Cristo una sola función o ejerce dos?*

El oficio sacerdotal es descrito admirablemente en Hebreos 5:1 (con aplicación a Cristo en el contexto posterior), que dice así literalmente: «Porque todo sumo sacerdote, tomado de entre los hombres, es constituido en favor de los hombres en las cosas que se refieren a Dios, para que presente tanto ofrendas como sacrificios por los pecados».

Esta descripción tiene en cuenta especialmente lo de «ofrecer sacrificios a Dios». Pero el hecho de que el sumo sacerdote esté puesto por Dios para que se interese «en favor de los hombres», muestra que está puesto también *para interceder*. Y esto se simbolizaba de modo especial en el incienso que, en el incensario de oro, quemaba el sumo sacerdote delante de Yahweh en el Lugar Santísimo el día de la Expiación (ver Lv. 16:12-13, comp. con He. 9:3-7).

Una de las diferencias radicales entre el sumo sacerdocio levítico y el de Cristo es que, por una parte, el sacrificio de Cristo fue único y de una vez para siempre (He. 10:12); y, por otra, su intercesión es perpetuamente constante, como leemos en Hebreos 7:25b: «viviendo siempre para interceder por ellos» («los que por él se acercan a Dios»).

Se preguntará el lector por qué entra este tema de la intercesión de Cristo dentro de una lección dedicada a tratar sobre los errores en Soteriología. La respuesta es: Porque hay un modo de errar en esta materia, extendiendo el ámbito de la intercesión de Cristo a los no salvos, como veremos en detalle en la lección 16.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 10

- 1ª pregunta** Acabamos de citar en el texto de la presente lección, punto 4, la frase de Hebreos 7:25b «viviendo siempre para interceder por ellos» (los salvos de gracia por fe –Ef. 2:8). La sintaxis de la frase es muy significativa, pues no dice: «viviendo para *interceder siempre* por ellos», sino «*viviendo siempre* para interceder por ellos» ¿Nota usted la diferencia? Para mí tiene gran importancia, más que en el plano puramente exegético, a nivel devocional, pues insinúa que el principal motivo de que Él permanezca vivo *hasta el fin de la historia del mundo* (ver 1 Co. 15:24-28) es *para poder así seguir intercediendo por nosotros*. Seguramente que esto nos ha de ayudar a que no se nos vaya de la memoria que «si alguien pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo justo» (lit.).
- 2ª pregunta** Si la causa primordial de la redención se halla en el amor y en la justicia de Dios, ¿piensa el lector que había dentro de él alguna cualidad, algún mérito, que demandase el amor de Dios, que inclinase a Dios a otorgarle a usted la salvación?
- 3ª pregunta** ¿Cree usted que la respuesta que da a la pregunta anterior le ayuda a estimar mucho más la sublimidad del amor de Dios a una persona como usted, que no merecía en absoluto tal amor? ¿Cómo se siente en su relación con Dios al percatarse de esto?
- 4ª pregunta** ¿Piensa usted que la vida de Cristo fue lo suficiente santa como para merecer la plena aprobación de Dios? Y, suponiendo que su respuesta sea afirmativa (como debe serlo), ¿piensa usted que su vida de perfecta obediencia al Padre añadió algo a la obra propiamente redentiva del calvario?

LECCIÓN 11

Cristo, el Sustituto de la humanidad pecadora

I. INTRODUCCIÓN

Estamos ahora ante lo que suele llamarse «el problema de Dios ante el pecado». Pero Dios no tiene *problemas*, sino *soluciones*. El «problema» del pecado es el «problema» del pecador. Dice Isaías (Is. 59:1-2): «He aquí que no se ha acortado la mano de Yahweh para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho *división* entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír».

Dios ama al pecador, es decir, desea hacerle el bien, no el mal, pero odia el pecado como *mal absoluto* del propio pecador y destructivo de la comunión con Dios. Dios es *amor* (1 Jn. 4:8, 16), pero también es *luz* (1 Jn. 1:5).

La solución de Dios al problema del pecado, según nos la presenta la palabra de Dios, es como sigue: No *condona* el pecado (no hace la vista gorda ante el pecado), pero tampoco *condena* al pecador, sino que lo *sustituye* por Su Hijo (2 Co. 5:21).

1. Dios tiende el «puente»

Por lo dicho (ver Is. 59:2) se ve que la sima que separa al pecador miserable del Dios justo y misericordioso es, en cierto modo, infinita en su «anchura»; hace falta un puente de infinita «largura» como para poder unir las dos orillas. Pues bien, Dios, en su infinita misericordia ha tendido ese puente en Cristo (ver 2 Co. 5:19-21), para que *todo aquel que cree* (Jn. 3:16b) pueda pasar del reino

de las tinieblas al reino de la luz (Col. 1:13). Cristo es el gran *Pontífice*, el *único Pontífice*, ya que «Pontífice» es un vocablo latino que significa: «el que hace de puente», o «el que hace puentes».

2. *¿Cuál ha sido el costo de ese «puente»?*

Por lo dicho se deduce que el «puente de salvación» le ha salido al hombre demasiado *barato*, tan barato que le ha sido otorgado totalmente *gratis*; y eso, cuando él no lo apetecía, sino que más bien se mantenía en rebeldía contra Dios (Ro. 5:6-10).

Pero lo que al hombre le ha salido otorgado *gratis*, a Dios le ha resultado extremadamente *caro*, porque «*fuimos rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo*».

Para evitar confusiones (como la que ocasiona la lectura de Ro. 3:25 en la RV), es preciso añadir de inmediato que no fue la *sangre* misma, sino el *derramamiento* de esa sangre, lo que tuvo el necesario valor sacrificial. Ya he dicho en otro lugar que era necesario derramar la sangre suficiente para causarle normalmente la muerte, y no más; pero él dio una prueba más de su generoso amor hacia nosotros, haciendo que saliese hasta la última gota de esa preciosa sangre.

De este modo, triunfó Dios en Cristo contra todos los poderes del mal (el diablo, el pecado, la muerte) y lo que parecía una derrota se ha convertido en una grandiosa y espectacular victoria (ver Col. 2:14-15).

3. *El desamparo del Hijo de Dios*

La sustitución efectuada en el Calvario alcanza honduras insondables que la palabra de Dios nos ayuda a vislumbrar: 2 Corintios 5:21 sirve para explicar el grito de Cristo en Mateo 27:46; Marcos 15:34 «Dios mío, Dios mío, *¿a qué fin me desamparaste?*» (vers. literal).

Antes de pasar adelante, ruego al lector que advierta la diferencia entre lo que suelen decir las versiones y lo que dice el original:

- A) Las partículas griegas *hinatí* = ¿para qué? (en Mt.) y *eis tí* = ¿hacia qué? (en Mr.), de ningún modo significan «¿por qué?» (diremos algo más sobre esto en las preguntas).

- B) El verbo no está en pretérito perfecto («me has desamparado»), sino en aoristo («me desamparaste»), lo que sirve para entender que el eclipse mental de Cristo había pasado. Si fue precisamente entonces cuando lanzó el grito, es porque el tormento de verse desamparado por el Padre fue tan intenso que no tuvo fuerzas para pronunciar palabra.

Hay versiones que traducen «abandonaste» o «has abandonado», en lugar de «desamparaste». Creo que, en cosas tan graves, hemos de procurar la mayor precisión posible. «Abandonar» tiene una connotación de ausencia *física*, mientras que «desamparar» tiene connotación de repugnancia *moral*. Lo explicaré con una ilustración: Una madre «abandona» a su hijo cuando se ausenta de él o lo despide de casa; pero lo «desampara» cuando no le presta la necesaria ayuda, aunque esté físicamente cerca de él. En el Calvario, el Padre estaba tan físicamente al lado del Hijo que compartía con él (como siempre) la misma Deidad; en cambio, lo desamparó como si volviese la cara al otro lado ante la repugnancia que le causaban los pecados con que estaba cargado, a pesar del amor permanente entre las tres Personas de la Deidad.

Después de lo dicho, me apresuro a prevenir contra una posible confusión. En efecto, el hecho de que Dios Padre continuase en todo momento amando al Hijo, máxime cuando este Hijo estaba dando el supremo ejemplo de su «obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:8), no es óbice para entender el *desamparo* en toda su negrura hasta el *quebrantamiento de su eterna comunión espiritual con el Padre*, ya que 2 Corintios 5:21 no dice que Dios hiciese a Cristo «víctima por el pecado», sino que «lo hizo *pecado*», ya que en la Cruz, Cristo estaba envuelto por el pecado de la humanidad, aunque su interior se conservaba completamente puro y santo, de lo contrario no habría estado debidamente cualificado para ofrecer su sacrificio de expiación (ver He. 7:25).

4. *¿Fue necesaria para nuestra redención la muerte de Cristo en cruz?*

A esta pregunta tenemos que responder afirmativamente: Fue necesario que Cristo muriera crucificado, porque, de lo contrario, habría muerto apedreado conforme a la Ley de Moisés (ver Dt. 21:18-23), con lo cual:

- A) No le habría salido sangre, necesaria para el sacrificio (véase Lv. 17:11; He. 9:22).

- B) Le habrían roto los huesos, contra Juan 19:36-37, a la luz de Salmos 22:16-17. Es muy notable el que, muy pocos años antes de la muerte de Cristo (ver Jn. 10:31-33), el poder romano había quitado a los judíos la facultad de ejecutar la pena capital por lapidación (ver Jn. 18:31-32).

5. «... Y por su llaga fuimos nosotros curados» (Is. 53:5)

Así vierte este lugar la RV. La Biblia de las Américas vierte: «... y por sus heridas (margen: o, llagas) hemos sido sanados». Pedro (1 P. 2:24) vierte el hebreo de este modo: «con cuya herida fuisteis sanados», pero siguiendo a la *Septuaginta* (LXX), donde leemos: «y con la herida de él nosotros fuimos sanados». Sin embargo, resulta sumamente interesante, y teológicamente importante, examinar el texto hebreo, que dice literalmente: «y con su azotaina (hubo) curación para nosotros». Pongo a continuación el hebreo, en su pronunciación castellana, porque nos ayudará en la explicación: «U**ba**jaburató («y con su azotaina») *nirpá* («curación») –se sule el verbo «haber»– *lánu* («para nosotros»)».

Dos detalles son dignos de análisis en ese pequeño fragmento de tres vocablos hebreos:

- A) Tras la primera *U*, que es el *vau* copulativo, convertido en *b* (o, *v*), porque la palabra siguiente (*bajaburató*) comienza por *b* (preposición de ablativo); queda así *jaburat* (azotaina, en singular), en estado *constructo*, por estar «aglutinado», no suelto, y la *o* final que es el sufijo de 3ª persona singular masculina. Ahora bien, *jaburah* (en estado *absoluto*) viene de la raíz *jabar*, que significa «unir», y así tenemos el nombre común *jaber*, que significa «asociado» con lo que *jaburató* lleva también, al menos, implícita la idea de «solidaridad de Cristo con nosotros», de acuerdo con Hebreos 2:14. Los dos conceptos de «sustitución» y «solidaridad» se unen así, dándonos la medida del amor con que Cristo se entregó voluntariamente por nosotros (ver Jn. 10:18; 2 Co. 8:9).
- B) El otro detalle, más importante todavía, es que el hebreo no dice: *nirpánu* («fuimos curados») ni *anáynu nirpánu* («nosotros –énfasis– fuimos curados»), sino *nirpá lánu* = «curación para nosotros». La diferencia es muy grande, pues, si dijese «fuimos curados», daría a entender que *todos* (Isaías se engloba a sí mismo con los rebeldes hijos de Israel) fuimos curados en la cruz de Cristo, lo cual es falso, pues sólo alcanzan curación los elegidos (implícitos en el «nosotros» de 1 P. 2:24); en cambio, si se traduce

–como debe hacerse según el original– «hubo curación para nosotros», estamos afirmando que Cristo, en la cruz, *hizo provisión de salvación abundante para todos*, aunque no todos se aprovechen de tal provisión a causa de la incredulidad. Este segundo detalle nos servirá mucho en la lección 15. Me alegra ver que Alec Motyer, uno de los mejores expositores de lengua inglesa, en su magnífico comentario a Isaías (*The Prophecy of Isaiah*, Inter-Varsity Press, pág. 429), dice: «it was “at the price of his wounds” that *we have healing*» (la cursiva es mía) = «fue al precio de sus heridas como tenemos curación».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 11

- 1ª *pregunta* Para poner de relieve el amor de Dios hacia nosotros al poner a Su único Hijo en la cruz como sustituto nuestro, suele usarse la siguiente ilustración: El juez de cierto lugar se ve obligado a intervenir en el caso de un hijo suyo a quien, de acuerdo con la ley de ese país, hay que sacarle los ojos por un crimen que ha cometido. El padre de ese muchacho, que es también el juez de su hijo, no puede dejarlo impune, pues contravendría las leyes del país, pero tampoco consiente en que le saquen los ojos, por el amor paternal hacia él. Obligado a dictar sentencia, da un extraño veredicto: Manda que le saquen un ojo a él mismo, y otro al hijo. Esta conducta es admirable, pero vea el lector cuánto dista de lo que ocurre con lo que Dios hace, como Juez y Padre, al poner a Su Hijo propio como sustituto nuestro en la cruz del Calvario: Ese juez humano, (a) se reserva un ojo para sí, en lugar de entregar los dos a favor de su hijo; (b) su hijo es un criminal que se merece la pena impuesta por la ley; (c) con ese veredicto, lo único que consiguen los ciudadanos de ese país es un pequeño *ejemplo* de amor paternal; (d) padre e hijo experimentan una *pérdida fisiológica irreparable*. En cambio, en la sustitución de Cristo en el Calvario, a) Dios no se reserva cosa alguna para Sí, sino que lo entrega todo por nosotros en el Hijo *a quien no escatimó* (Ro. 8:32); b) El Hijo no es un criminal, sino *«santo, inocente, sin mancha»* (He. 7:26); c) con ese veredicto, toda la humanidad queda provista con el único medio de salvación; no es un mero ejemplo, como ya expuse en la lección 10, punto 2, A), (c); y d) con la sustitución de Cristo en el Calvario, *nadie experimenta pérdida alguna*, pues la aparente derrota del crucificado resulta una grandiosa victoria (Col. 1:14-15), y con ese triunfo, el Evangelio, «la Buena Noticia», es *«poder de Dios para salvación de todo aquel que cree»* (Ro. 1:16). ¿Qué sentimientos suscitan en el corazón del lector estos pensamientos?
- 2ª *pregunta* Uno de los textos de mayor patetismo en el libro de *Job* es aquel en que, sintiéndose incapacitado para responder a Dios, expresa sus sentimientos con las siguientes palabras: «Porque no es (Dios) hombre como yo, para que yo le responda, y vengamos juntamente a juicio. *No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos»* (Job 9:33). Alude

Job a la costumbre de usar los buenos recursos de «un hombre de paz» que reconcilia a dos amigos enemistados entre sí, y lo hace poniendo una mano sobre uno de ellos, y la otra mano sobre el otro, significando con esto que está a un nivel igual, o superior, al de cada uno de los dos. Y aquí precisamente está el motivo de la depresión que a Job le causa este pensamiento: Podrá encontrarse fácilmente un «árbitro» que ponga la mano sobre Job, pero, ¿dónde se hallará el «hombre de paz», por bueno y poderoso que sea, que pueda poner la mano sobre Dios? El Calvario responde a Job: «Ese ‘árbitro’ existe, aunque tú no lo sabías: Jesucristo puede poner una mano sobre nosotros, porque es de nuestra raza, y puede poner la otra mano sobre Dios, porque es tan Dios como el Padre» (ver 1 Ti. 2:5; He. 2:14). Debo decir que, tantas veces como leo Job 9:33, no puedo menos de conmovirme; ¿le ocurre a usted algo parecido?

3^a pregunta Entre las muchas cosas extraordinarias acerca de Cristo está ser el único ser humano cuyo directo objetivo, y planeado por el Padre, al venir a este mundo fue *morir a manos violentas en una cruz*; lo llevaba en el nombre (ver Mt. 1:21). Otro detalle, tan extraordinario como el anterior, es su ofrecimiento voluntario y ansioso a sufrir esa muerte (ver Lc. 12:50; Jn 10:17-18). Si comparamos estos lugares con Juan 19:30b «Y *habiendo inclinado la cabeza*, entregó el espíritu», vemos un tercer detalle, también extraordinario, pues todos los seres humanos inclinan la cabeza después de morir, como abatidos por la guadaña de la Parca a la que no pueden oponerse; pero Cristo inclinó la cabeza antes de morir, como dando permiso a la muerte para que fuese como un esclavo fiel que sólo cumple los oficios que se le permiten, ya que, de no ser así, no se habría atrevido la muerte a cebarse en una Persona de santidad infinita. ¿No es verdad, amigo lector, que tantos detalles extraordinarios *para nuestro beneficio* deberían henchir nuestro corazón con himnos de alabanza y de profunda gratitud?

4^a pregunta En el punto 3 de la presente lección me he referido al *desamparo del Hijo de Dios*, pero quiero volver sobre eso, en el plano devocional, para analizar el vocablo griego *enkatélipēs* = «desamparaste». Dicho vocablo está compuesto de tres elementos: *en*, que significa «en, dentro de»; *katá* = «según, ajustándose a»; y *élipēs*, aoristo del verbo *leipo* = «dejar». Por consiguiente, mediante una perífrasis expresiva del significado conjunto del vocablo, podríamos verter del modo siguiente la pregunta de Cristo: «¿a qué

fin me has *dejado atado y encerrado?*» ¿No le parece a usted que el análisis del original nos ayuda muchísimo, no sólo a percibir la profundidad del sentido, sino también a conmovernos el corazón?

- 5ª *pregunta* Volviendo sobre el mismo texto, quiero poner de relieve la diferencia entre el «¿para qué?» (Mt. 27:46) y el «¿a qué fin?» (Mr. 15:34) por un lado, y el «¿por qué?» de las versiones que no se atienen al original, por el otro lado. La diferencia es enorme, ya que el «¿por qué?» tiene cierto tinte de oposición, casi de rebeldía, mientras que el «¿para qué?» indica confusión mental de una persona que, olvidando de momento, llevado por el intenso dolor, el objeto de sus sufrimientos, pregunta mansamente al Padre por el fin que se había propuesto al llevarle a la Cruz. ¿No es cierto, amigo lector, que estamos ante una notable diferencia y que esa diferencia nos ayuda a calibrar mejor la humildad, la mansedumbre y la obediencia de Jesús?
- 6ª *pregunta* En la lección 10, punto 5, de la Parte Primera (DIOS CREADOR) de este CURSO, insinué que Dios es *impasible* («inmóvil») en el sentido de que ninguna fuerza exterior a Él puede inducirle a obrar de un modo u otro, pero, ¿cómo podría ser impassible en Su corazón, cuando Su misma palabra nos dice que «conoce experimentalmente» (Éx. 3:7 –frase final), y «es angustiado» (Is. 63:9) *en toda angustia* de los suyos, «*puediendo compadecerse de nuestras debilidades*» (He. 4:15)? El mismo vocablo «compadecerse» indica la solidaridad en las fatigas y sufrimientos: «compadecer» = «padecer con». ¿No es cierto que estas consideraciones habrían de animarnos, no sólo a estarle mayormente agradecidos, sino también a seguir su ejemplo? ¿No es verdad que, a veces, nos parecemos al siervo de Mateo 18:28?
- 7ª *pregunta* Siguiendo con el tema de la pregunta anterior, escribe el poeta Luis Rosales: «Dios tuvo que hacerse hombre para aprender a llorar». Pero «llorar» es poco. Aparte del llanto «a grito pelado» (como suele decirse) que vemos en Hebreos 5:8, Cristo tuvo que aprender muchas otras cosas; en especial, lo que cuesta la obediencia (ver He. 5:8). Mejor que Rosales, el teólogo protestante J. Moltmann, en su valioso libro *The Crucified God* = «El Dios crucificado» (pág. 230), dice lo siguiente: «El que es capaz de amar es capaz también de sufrir, pues se abre también al sufrimiento que va implicado en el amor y, con todo, permanece superior a él en virtud de su amor». Y, más adelante (págs. 252-253), añade: «El que sufre no está

precisamente enojado ni se pone furioso y lleno de protesta contra su destino. Sufre porque vive, y está vivo porque ama... Por tanto, el que ama se vuelve vulnerable, puede sentirse herido y decepcionado. A esto se le puede llamar la dialéctica de la vida humana: vivimos porque, y en la medida en que, amamos. De este modo, experimentamos la vida y la muerte en el amor». Traduzco de la edición inglesa, y espero que estas hermosas reflexiones de J. Moltmann sean tan provechosas para el lector como lo han sido para mí.

- 8^a *pregunta* Termino el cuestionario de la presente lección con una consideración que no sé si le habrá pasado alguna vez por las mientes al lector. ¿No cree Vd. que Barrabás, una vez indultado y soltado de la cárcel (ver Lc. 23:13-25), tendría la curiosidad de ver en qué paraba todo aquello y seguiría la comitiva hasta llegar al Calvario y poder decir: «Ahí habría estado yo, si el gobernador hubiese soltado a Jesús en lugar de a mí»? Los Evangelios no dicen nada acerca de esto, pero Lucas (el evangelista de la «salvación») lo habría mencionado con gran gozo, si este malhechor, reconociendo en Cristo a su «doblemente sustituto» (como condenado al patíbulo y como portador de los pecados de los suyos), se hubiese llegado hasta el pie de la Cruz con una confesión similar a la del «buen ladrón» y hubiese obtenido allí mismo el perdón de todos sus crímenes. No obstante (y aquí está el pensamiento verdaderamente devocional), ¿no es verdad que tanto usted como yo podemos decir con la certeza con que lo habría hecho el propio Barrabás, «ahí debería estar yo»?

LECCIÓN 12

Cristo, el Sumo Sacerdote

I. INTRODUCCIÓN

A costa de repetir conceptos ya vertidos en las lecciones 10 y 11 vamos a tratar aquí directamente del oficio sacerdotal de Cristo.

La función sacerdotal es doble: ofrecer sacrificio e interceder. Es muy importante recordar este doble aspecto de la función sacerdotal, pues nos ayudará a entender la *unicidad* del sacrificio de Cristo y la *perpetuidad* de su intercesión, detalles en los que se diferencia de los sacerdotes levíticos.

El vocablo hebreo para «sacerdote» es *kohen*; el griego, *hieréus*. Y, ya de entrada, quiero hacer una observación importante: en el Antiguo Testamento, el sacerdocio de la nación israelita estaba representado delante de Dios por una *casta sacerdotal*. En cambio, en el Nuevo Testamento, no existe ninguna «casta sacerdotal». Todo el pueblo de Dios constituye globalmente un *sacerdocio regio* (ver, p.ej., 1 P. 2:9), en unión con el *único* a quien el N.T. llama *individualmente*, no sólo «sacerdote» (véase p.ej., He. 5:6; 7:17, 21 –en cumplimiento de lo profetizado en Sal. 110:4; 10:21), sino «sumo sacerdote» (gr. *arjieréus* –lit. «jefe de sacerdotes») en Hebreos 2:17; 3:1; 4:14 «gran sumo sacerdote»; 5:10; 6:20; 7:26; 8:1; 9:11. *Ningún líder o guía, ministro o pastor de creyentes es llamado «hieréus» en el N.T.*

Cómo puede haber, en iglesias que se llaman «cristianas», líderes que toman el nombre de «sacerdotes», «pontífices» y «sumos pontífices», es difícil de comprender a la luz de la palabra de Dios.

1. *¿En qué se diferencia el sacerdote del profeta?*

Cristo, como ya vimos en la lección 7, punto 4, es el Gran Profeta además de ser nuestro «Gran Sumo Sacerdote», pero el concepto de «sacerdote» no es el mismo que el de «profeta». Más aún, la función sacerdotal actúa en sentido inverso al de la función profética, porque el profeta habla de parte de Dios y de cara al pueblo, mientras que el sacerdote representa al pueblo de cara a Dios. La frase significativa del profeta es: «Así dice Yahweh», mientras que, en la mitra del sumo sacerdote campeaba la leyenda: «Santidad a Yahweh».

2. *Características del sacerdote*

Para conocer las características del sacerdote, basta analizar la descripción que nos proporciona Hebreos 5:1: «Pues todo sumo sacerdote, tomado de entre los hombres, es constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para presentar tanto ofrendas como sacrificios por los pecados» (vers. lit.).

Por aquí vemos que:

- A) *el sacerdote es tomado de entre los hombres*, porque, como hemos visto en el punto 1, actúa como representante de los hombres de cara a Dios (v. 1).
- B) *el sacerdote no es designado por los hombres, sino por Dios* (v. 4).
- C) *su actividad tiene que ver con las cosas que se refieren a Dios* (v. 1).
- D) *su función específica es presentar ofrendas y sacrificios por los pecados* (v. 1), pero dentro de esta función se incluye la *intercesión* como aspecto esencial de la función sacerdotal (ver He. 7:25).

3. *Cómo es el sacerdocio de Jesucristo*

El sacerdocio de Jesucristo, como ya apunté en la *Introducción*, es diferente del sacerdocio levítico porque:

- A) El sacerdocio levítico era ejercido exclusivamente por miembros de la tribu de Leví, mientras que Jesucristo no procede de la tribu de Leví, sino de la de Judá (ver He. 7:14).
- B) Los sacerdotes levíticos *«llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste (Cristo), por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable»* (lit. *intransferible* –He. 7:23-24).

- C) En cuanto a la función *intercesora*, la del sacerdocio levítico era *temporal*, pues, según hemos visto en (B), los sacerdotes levíticos tenían que «ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar», mientras que la intercesión de Cristo es *perpetua* (He. 7:25).

4. El sacrificio de Cristo, como antitipo de los sacrificios levíticos

El sacrificio de Cristo en el Calvario reúne en sí, de modo efectivo, las características de los cinco principales sacrificios del *Levítico* (ver Lv. 1:1-7:7), distintos entre sí, pero englobados como tipos del *sacrificio único* de Cristo. Estos sacrificios son como sigue:

- A) *Holocausto*, que significa, en griego, «todo quemado»; en hebreo recibe el nombre de *olah*, que significa «lo que sube», indicando la «subida» del alma del oferente al Cielo, dedicándose a sí mismo enteramente a Dios con este sacrificio. Incluye también *expiación por la contaminación legal* del propio oferente. En cuanto al *holocausto*, el sacrificio de Cristo contiene perfectamente el elemento de «dedicación» (ver He. 10:5-10, y compar. con Jue. 13:20), pero excluye el de *expiación por contaminación propia* (ver He. 7:26).
- B) *Ofrenda de alimento* (cap. 2:1 y ss.). En cuanto a este sacrificio, Cristo es, como decía P. Claudel, «enteramente comestible». El Señor habló de sí mismo como «el alimento que dura para vida eterna» (Jn. 6:27) «el pan de Dios que descendió del cielo y da vida al mundo» (Jn. 6:33; ver también los vv. 48-58). Alimento de pureza sin igual (He. 7:26). Es *verdadero* sacrificio, como se ve por el nombre que recibe en hebreo: *minjeh*, vocablo que, curiosamente, ocurre también en Malaquías 1:11 («ofrenda limpia»), algo que comentaré en el cuestionario.
- C) *Ofrenda de paz* (cap. 3). El original pone en plural este sacrificio: «ofrendas de paz» o, más apropiadamente, «sacrificio de amistad»; en hebreo, *zebaj shelamim*, siendo este vocablo plural de *shélem* = «alianza», no de *shalom* = «paz». De todos modos, el sentido de *reconciliación* está patente, como lo está en el griego *katallagés* = «de la reconciliación» en 2 Corintios 5:19, teniendo en cuenta que el significado primordial de *katallagé* es «transacción de intercambio». Basta leer atentamente 2 Corintios 5:18-21, para ver cómo se realiza en la cruz este «mutuo intercambio».

- D) *Sacrificio por el pecado* (4:1-5:13; 6:1 y ss.), donde «pecado» corresponde al hebreo *jatah*, vocablo que indica el «pecado» en su sentido genérico (no específico) de «errar el blanco», lo cual deteriora el curso de la acción, *manchando* la reputación del sujeto, por lo que se requiere una «*expiación* (purificación) *de la mancha*». Esta «limpieza» la produce *la sangre de Cristo* (ver 1 Jn. 1:7), en cuanto que fue derramada por nosotros en el Calvario.
- E) *Sacrificio por la culpa* (5:14-19; 7:1-7), en hebreo, *maal* = «prevaricación» (lit. «rotura de la fe dada»), o *asham* = «culpa». Nótese el énfasis, en 5:14, del hebr. *timol maal* = «prevaricare prevaricación». Pero la «culpa» no podía ser «con soberbia» (Nm. 15:30 -lit. «con mano alzada»- en señal de desafío descarado contra la Ley de Dios), porque en tales casos, el sacrificio estaba prohibido: «esa persona será cortada de en medio de su pueblo» (Nm. 15:30-31), es decir, tendrán que darle muerte. Únicamente, «si se hizo inadvertidamente, sin el conocimiento de la congregación» (Nm. 15:24 -B. de las Américas), cabe entonces sacrificio por la culpa. Es de tener en cuenta que lo de «inadvertidamente» no significa que se hubiese cometido *únicamente* por error, ignorancia, inadvertencia, etc.; incluía también todo pecado por debilidad ante la tentación; en fin, por cualquier causa *que no fuese la exceptuada en Nm. 15:30*. Quizá, por eso, el sacrificio por la culpa, al contrario que el sacrificio por el pecado, *no efectuaba una expiación completa*. Esta diferencia se nota en la distinta forma de rociar la sangre: (a) en el *sacrificio por el pecado*, el sacerdote rociaba según se describe en Levítico 4:5-7; (b) en cambio, *en el sacrificio por la culpa*, el sacerdote se limitaba a «rociar la sangre alrededor sobre el altar» (Lv. 7:2). Y, así como el sacrificio por el pecado necesitaba *expiación* simplemente, el sacrificio por la culpa requería *propiciación*. Es cierto que el texto sagrado no menciona el vocablo, pero lo indica claramente en el modo de rociar la sangre: cubriendo toda la parte superior del altar, ya que no podía hacerlo sobre el propiciatorio mismo, por estar el Arca en el Lugar Santísimo, al que únicamente tenía acceso el sumo sacerdote *una vez al año*.

De estos cinco sacrificios, tres son llamados «de olor suave» (o, grato): el holocausto (1:17), la ofrenda de alimento (2:9) y la ofrenda de paz (3:5); dos eran «de olor no grato»: el sacrificio por el pecado y el sacrificio por la culpa. También aquí es cierto que el texto sagrado calla lo de «de olor no grato»; en

mi opinión, porque la palabra de Dios evita mencionar en lo posible lo que no hay de placentero en los sacrificios y ofrendas de la Ley. Pero hago notar lo que dice, dentro del sacrificio por el pecado, Levítico 5:11b «*No pondrá sobre ella (la ofrenda) aceite, ni sobre ella pondrá incienso, porque es expiación*». Si recordamos que el aceite es el símbolo principal del Espíritu Santo, y el incienso es el símbolo de la oración (véase respectivamente Zac. 4:1-6 y Ap. 5:8; 8:3-4), notaremos el aspecto *no suave* de la expiación, comparado con el aceite y el incienso (2:1) de la ofrenda de alimento.

Hay en la obra del Calvario un aspecto redentivo (entendiendo «redención» en sentido amplio, genérico, como lo hemos hecho hasta ahora) que no ha tenido cabida dentro de lo mencionado acerca de los cinco principales sacrificios levíticos: el *rescate* o *redención* en sentido estricto, específico. La razón es que ese aspecto supone que se cumplió la *sustitución* por medio de la cual una persona «es salva de gracia mediante la fe» *en cualquier dispensación y, por tanto, también en la dispensación de la Ley*. El pueblo judío salió de Egipto *justificado* delante de Dios mediante la fe en la sangre del cordero pascual que era el símbolo por excelencia del *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn. 1:29). Léase atentamente el capítulo 12 del Éxodo, y compárese con Romanos 3:20. Pero esta sangre, como también la derramada por Cristo en el Calvario, resguardaba al pueblo de la acción del ángel exterminador, pero no salvaba automáticamente a cada individuo del pueblo, sino al que *ejercitaba una verdadera fe que, por fuerza, ha de incluir el arrepentimiento personal para que sea una auténtica «conversión»*. Por eso, en el gran Día de la Expiación, todo el solemne aparato sacrificial no bastaba para la reconciliación del pecador; *era necesario que cada individuo diese públicamente prueba de su arrepentimiento*; es preciso dejar los ídolos para volverse a Dios (ver 1 Ts. 1:9-10). Por dos veces exhorta el texto sagrado (Lv. 16:29, 31): «*afligiréis vuestras almas*». Comenta el gran rabino Dr. J.H. Hertz (o.c., pág. 484): «Sin esa confesión contrita, acompañada de la solemne resolución de abandonar el camino del mal, el ayuno en sí no es el cumplimiento del mandamiento divino ni del objetivo del Día de la Expiación».

Reservo para la lección siguiente (lección 13) el tratar de los aspectos redentivos del sacrificio del Calvario, que ya hemos visto reflejado como en sus diferentes tipos en los cinco principales sacrificios levíticos.

5. *Ámbito objetivo de la función intercesora de Jesucristo*

En la *Introducción* y en el punto 3 de la presente lección, he mencionado la intercesión de Cristo como parte de su función sacerdotal. Voy ahora a tratar brevemente sobre algo acerca de lo cual sufrí una grave confusión cuando escribí en *La Persona y la Obra de Jesucristo*, páginas 353-354, que, «en un círculo amplio, la intercesión de Cristo abarca a *todos*, en la misma forma que su obra redentora abarcaba a *todos*...».

Rectifico aquí dicho error mío, y necesito sólo unos pocos lugares para probar que la intercesión de Cristo alcanza únicamente a los *salvos*:

- A) *Romanos 8:34*. «¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió..., *el que también intercede por nosotros*». Es evidente, por el contexto de todo este capítulo 8, que Pablo *se refiere exclusivamente a los salvos*. Si alguien objeta –como han hecho ciertos teólogos– que esta función intercesora consiste únicamente en el acto de estar ante el Padre (1 Jn. 2:2) como perpetuo memorial de que Cristo mismo pagó la pena por nuestros pecados, le responderé que el verbo que el original usa, tanto en Ro. 8:34 como en Hebreos 7:25, es *entunjánein*, cuyo significado no es meramente el de «actuar como *representante* de alguien ante una 3ª persona», sino que comporta claramente el sentido de «presentar *demandas* concretas o *peticiones específicas* delante de alguien» (comp. con Hch. 25:24 y Ro. 11:2, donde ocurre dicho verbo griego).
- B) *Hebreos 7:25b*. «... viviendo siempre para *interceder* (gr. *entunjánein*) por ellos» (por «los que por él se acercan a Dios»). Los objetores son los mismos de (A) y la respuesta es igualmente la misma. El contexto anterior, que he puesto en el paréntesis, indica claramente que se trata de *salvos*.
- C) A la luz de esos dos lugares, podemos asegurar que lo de «*abogado tenemos para con el Padre*...» de 1 Juan 2:2, tiene que ver con una específica *intercesión de Jesucristo*, y *precisamente a favor únicamente de los salvos*, como lo muestra ese «tenemos» de Juan. Lo de «sino también por los (pecados) de todo el mundo» no puede aducirse en modo alguno como prueba de un «círculo amplio» donde quepa *todo el mundo*, pues este versículo 3 *no trata de la intercesión de Jesucristo, sino de su «propiciación»* (véase la primera parte del v.).
- D) Pero queda otro lugar de la máxima importancia: *Juan 17:9-21*. Jesús está orando al Padre con una petición específica: la unidad inquebrantable que

debe campar entre los testigos suyos ante el mundo (vv. 11, 21, 23) y dice: «Yo (enfático en el gr.) *ruego* (gr. *erotó*) acerca de ellos; *no ruego acerca del mundo* (de los no salvos), *sino acerca de los que me has dado...* (v. 9); *Padre santo, guárdalos en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, así como nosotros* (v. 11). *Mas no ruego únicamente acerca de éstos, sino también acerca de los que creerán en mí mediante la palabra de ellos*» (v. 20) (vers. lit.). De aquí se deduce: (a) que la intercesión de Cristo es *a favor de TODOS los creyentes, incluidos los que no vivían en tiempo de Cristo, pero estaban ya en la mente de Dios predestinados para creer y ser salvos*; (b) que la intercesión de Cristo es *a favor de SOLOS los creyentes*, como todo el contexto da a entender. De paso, añadiré que, como ha observado Trench (*New Testament Synonyms*, pág. 136), siempre que el texto sagrado presenta a Cristo orando al Padre, usa el verbo griego *erotán*, en términos de *igualdad* con el Padre, no el verbo *aitéin*, que comporta la súplica de un inferior ante un superior.

Vemos, pues, que en la intercesión de Jesucristo a nuestro favor, está el aspecto de su *mediación* como hombre (1 Ti. 2:5) junto con su *infinita eficacia intercesora* como Dios. Por consiguiente, «Jesús es la única persona en el universo entero, por toda la eternidad, que puede ser tal sumo sacerdote celestial, siendo verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, exaltado para siempre sobre los cielos» (Grudem, o.c., pág. 628).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 12

- 1ª *pregunta* Al tratar, en el punto 4 de la presente lección, de los cinco principales sacrificios del *Levítico* como *tipos* del único sacrificio de Cristo, ¿ha advertido el lector que Cristo efectuó el *antitipo global en el mismo orden en que aparecen allí*? En efecto, Jesús comenzó su vida terrenal *ofreciéndose totalmente al Padre en perfecta sumisión de «holocausto»* (ver He. 10:5-7); (b) se ofreció a nosotros *en ofrenda purísima de alimento*, como ya expliqué en el p. 4, (B); (c) a quienes aceptamos *por fe* ese alimento (ver Jn. 6:35, 47-48, 63-64), nos ha otorgado la *ofrenda de paz* (Ro. 5:1); (d) nos ha borrado la mancha del pecado *mediante su expiación* (1 Jn. 1:7, 9) y (e) nos ha perdonado la culpa *mediante su propiciación* (Ro. 3:25; 1 Jn. 2:2; 4:10). Pero, antes de procurarnos todos esos beneficios con su sacrificio, tuvo que *rescatarnos* del poder de las tinieblas al precio de Su propia sangre (ver 1 P. 1:18-19). Este «rescate» lleva consigo el aspecto de *redención* específica, estrictamente dicha.
- 2ª *pregunta* Si aplicamos estos 5 aspectos del sacrificio de Cristo a la experiencia personal del creyente, vemos que siguen un sentido *inverso* al que tuvieron en la experiencia sacrificial de Cristo. ¿Lo había advertido el lector? En efecto, el creyente ha tenido: a') que ser *rescatado* (es decir, «sacado del poder de otro») con un precio expresado en el verbo *redimir*, que significa (según su propia etimología) «volver a comprar». Una vez *rescatado y puesto en libertad*, tienen efecto, simultáneamente, b') la *propiciación* por sus culpas (comp. Lc. 18:13; He. 8:12); c') la *expiación* por sus pecados (ver He. 2:17) y d') la *reconciliación* con Dios (ver 2 Co. 5:20). Ahora es cuando e') puede ser para Dios *ofrenda pura* (Ro. 12:2 «... mediante la *renovación* de la mente...»; 1 Co. 6:11 «... mas ya *habéis sido lavados...*») y, finalmente, f') puede dedicarse a Dios por completo en *holocausto* (Ro. 12:1).
- 3ª *pregunta* Volviendo al aspecto de *redención*, ¿ha oído, o leído, el lector la famosa ilustración del «barquito»? En caso de que no la conozca, la voy a presentar aquí lo más brevemente que me sea posible: Un niño había hecho de madera un barquito y lo solía llevar al río para verlo navegar. Un

día, la corriente se le llevó el barquito que tanto estimaba. Pasaron los meses, pero una mañana, caminando por el pueblo, vio el barquito en el escaparate de una tienda –estaba a la venta, y a precio bastante alto–. El amo de la tienda rehusó entregarlo al niño mientras no le pagara el precio. El niño fue recogiendo, centavo a centavo, la propina que su papá le daba cada domingo. Por fin, tuvo el dinero necesario y compró el barquito. Mientras iba con él a casa, loco de contento, repetía una y otra vez: «Barquito mío, ahora eres doblemente mío, porque primero te *hice* y después te *compré*». Siempre encuentro conmovedora esta ilustración y la he usado para hablar a los niños en la parte del culto dedicada a ellos.

4ª *pregunta* ¿Recuerda el lector que, en el texto de la presente lección, punto 4, (B), dije, con referencia al vocablo hebreo *minjab* de Malaquías 1:11, que volvería sobre él en el cuestionario? Voy a hacerlo por lo que supone para mí de experiencia personal: Cuando yo había comenzado a ver la luz del Evangelio (2 Co. 4:4) y estaba convencido de que debía salir de la Iglesia de Roma, hice mi 1ª visita a D. Samuel Vila, por cuyo ministerio principalmente llegué al conocimiento de la verdad (1 Ti. 2:4). Todavía me quedaba una duda importante sobre el sacrificio de la Misa que, según la Iglesia de Roma, es «una renovación del sacrificio del Calvario», precisamente con base en Malaquías 1:11. Dije al Sr. Vila: «El sacrificio de Cristo en la Cruz fue ofrecido en un lugar determinado y en un día fijo, mientras que, en Mal 1:11, se habla de un sacrificio que se ha de ofrecer *en todo lugar y entre las naciones*». Recuerdo vivamente, a 36 años de distancia (era mayo de 1961), la prontitud con que D. Samuel abrió la Biblia por Hebreos 13:15, y me dijo: «Aquí tiene usted el sacrificio profetizado por Malaquías». No hace mucho hallé en Oseas 14:2 «... y te ofreceremos los *becerros* de nuestros labios» (vers. literal –comp. con el «fruto de labios» de He. 13:15), confirmación de la conexión de Malaquías 1:11 con Hebreos 13:15.

5ª *pregunta* En el texto de la presente lección, punto 4, (E), ¿recuerda el lector que, con referencia a Números 15:24, advertí que lo de «yerro con ignorancia» había de tomarse en sentido muy amplio; en realidad, por cualquier causa que no fuese la exceptuada en el v. 30? Quiero hacer partícipe al lector de la reflexión que ha suscitado en mí ese pensamiento: ¡Cuán grandes son la comprensión y la compasión de Dios hacia el pobre pecador! «*Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos*

polvo» (Sal. 103:14). Y, ¿no le parece al lector que, en esto como en todo, deberíamos imitar a nuestro Padre, y ser algo más comprensivos y compasivos con el prójimo, especialmente con los hermanos y hermanas que quizá no son, o no nos parecen, muy «espirituales»?

6ª *pregunta* A propósito de lo que acabo de decir, quiero traducir aquí la hoja de nuestro calendario correspondiente al día 9 de mayo del 1997 (lo escribo el día 12 del mismo mes y año), de la pluma de E. Fesche: «Vd. puede escoger sus amigos, pero no sus parientes. Podemos tener parientes que nos parecen muy poco deseables, pero nuestro Señor Jesús está dispuesto a llamar amigos Suyos, tanto a nosotros como a ellos (Jn. 15:15). Antes de tildar a alguien de “incorregible” o “imposible”, piense Vd. de nuevo en algunos de los que Él ha llamado a que sean Sus “hermanos”. Pablo se llama a sí mismo blasfemo y perseguidor, y nosotros mismos éramos probablemente tres cuartos de lo mismo. No ceje Vd. respecto a nadie. Dios ama a cada uno y le desea para Sí». Esto no puede menos de recordarme Romanos 14:4, donde Pablo dice: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme». ¿Había recordado el lector antes que yo este versículo?

7ª *pregunta* Acabo de leer lo siguiente, que espero será de provecho para el lector, como lo es para mí: «Todos dicen que el perdón es una estupenda idea, hasta que ellos tienen algo que perdonar» (C.S. Lewis).

LECCIÓN 13

Aspectos específicos de la obra de la redención

I. INTRODUCCIÓN

En la lección 12 hemos visto el cumplimiento de la función sacrificial de nuestro gran sumo sacerdote, Jesucristo, como *antitipo* de los 5 principales sacrificios del Levítico. En la presente lección, estudiaremos los aspectos específicos que, correspondientes a dichos sacrificios, se exhiben en el sacrificio de la Cruz. Los analizaremos en el siguiente orden:

- A) La muerte de Cristo en cruz fue un verdadero sacrificio.
- B) Ese sacrificio tuvo el aspecto particular de propiciación.
- C) También tuvo el aspecto de expiación.
- D) Igualmente tuvo el aspecto de reconciliación.
- E) Finalmente, tuvo el aspecto de redención en sentido estricto, particular o específico.

1. *¿Fue la muerte de Jesucristo un verdadero sacrificio?*

Después de lo dicho en las lecciones 10, 11 y 12, parecería algo superfluo tener que contestar a esta pregunta, pero lo vamos a hacer, aunque sea de forma breve.

- A) Como pecadores obstinados e incapaces de hacer cosa alguna en orden a nuestra salvación eterna, lo único que merecíamos era la *muerte*, la 1ª (Ro. 6:23) y la 2ª (Ap. 20:11-15) en justo castigo por nuestros pecados.

- B) Pero Dios, en su infinito amor, tuvo compasión de nosotros y, para pagar con la pena capital la muerte que merecíamos por nuestros pecados, Cristo murió en sacrificio por nosotros: «... se ha manifestado para destruir el pecado por el sacrificio de sí mismo» (He. 9:26b -B. de las Américas).

2. *El sacrificio de Cristo en la Cruz tuvo el aspecto de propiciación*

Pero, no sólo merecíamos *morir*, sino también *llevar sobre nosotros la ira de Dios* contra el pecado. Para retirar de nosotros la ira de Dios que tan justamente merecíamos, Cristo murió como *propiciación* por nuestros pecados: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Jn. 4:10).

Hebreos 9:5 usa el término gr. *hilastérion* (=«instrumento para propiciar») para designar la cubierta (heb. *Kapporeth*, del verbo *kafar* = cubrir) que, puesta sobre el Arca (ver Éx. 25:20; 31:18), escondía simbólicamente de los ojos de Dios las tablas de una Ley tantas veces quebrantada por los pecados del pueblo.

Además de Hebreos 9:5, encontramos en el N.T., en relación con este punto, los siguientes vocablos:

- A) El verbo *hiláskomai* en la oración del publicano en el templo (Lc. 18:13), oración que el creyente no necesita hacer, ya que la propiciación fue hecha de una vez por todas en el Calvario. Por eso dice Pablo: «¿Quién acusará (gr. *enkalései*, lit «encausará») a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (Ro. 8:33).
- B) El adjetivo *hileós* = «propicio», en Mateo 16:22, donde Pedro reprende al Señor con las palabras: «Propicio (sea Dios) a ti, Señor; de ningún modo será para ti esto» (lit.), y en Hebreos 8:12 (cita de Jer. 31:34) donde leemos textualmente: «pues seré propicio (habla Dios) a sus injusticias, y de sus pecados y de sus iniquidades nunca jamás me acordaré».
- C) El sustantivo *hilastérion*, ya citado en Hebreos 9:5, que ocurre en Romanos 3:25, con respecto a la sangre de Cristo.
- D) El sustantivo *hilasmós* = «propiciación», en 1 Juan 2:2; 4:10, y es de mucha más fuerza que *hilastérion*, pues nos describe a Cristo como encarnando en Sí mismo la propiciación hecha en el Calvario de una vez por todas, pero con resultado permanente hasta el fin de los siglos.

3. El sacrificio de Cristo tuvo el aspecto de expiación

Además de los obstáculos mencionados al comienzo de los puntos anteriores, está el de la contaminación por la mancha del pecado. En Habacuc 1:13, dice el profeta a Dios: «Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio...». Al Dios infinitamente santo le repugna, más que ninguna otra, la mancha del pecado.

Para que se vea mejor la conexión de la *culpa*, con la *mancha*, del pecado y, por tanto, la conexión de la *propiciación* con la *expiación*, el hebreo expresa la expiación con la forma *Pual* (intensiva pasiva) del verbo *kafar*, con el que se expresa la propiciación.

El uso de esta forma (*kupar*) es muy interesante, pues, como dice Gesenius, «esta forma se usaba para indicar las letras que se borraban al ser tachadas con el mismo estilete que se empleaba para escribir».

Por eso, en el Antiguo Testamento, hallamos *kupar*:

- A) en sentido de *anular* (Is. 28:18) y, con mayor frecuencia
- B) en sentido de *limpiar* o *expiar* (Is. 6:7; 22:14; 27:9).

En el Nuevo Testamento, los principales lugares son:

- A') *Hebreos 2:17*, donde el original tiene el verbo *hiláskomai*, pero con el claro sentido de «expiación». No es tan claro el caso de *Hebreos 10:6*, ya que en el original no aparece el término «expiación», que las versiones suplen.
- B') *Hebreos 1:3*, refiriéndose a la obra de Cristo, menciona la *purificación* (gr. *katharismón*) de nuestros pecados, con sentido claro de «expiación». El verbo de la misma raíz, *katharízein*, ocurre en 1 Juan 1:7, y precisamente en presente de indicativo, denotando así *una acción tan continua como pueda ser la de las caídas ocasionales en pecado*.
- C') *Hechos 3:19* nos presenta otro matiz de la expiación al usar el verbo *exaléiphein*, cuyo significado preciso es el de «blanquear con yeso, cal, etc.», más aún que el de «borrar». De paso, en mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo*, pág. 324, aparece *Hechos 3:17*. Corríjalo el lector; es una errata de imprenta.

4. *El sacrificio de Cristo tuvo el aspecto específico de reconciliación*

Por el pecado, el hombre está *separado de Dios* (ver Is. 59:1-2). Y, para superar ese obstáculo necesitábamos alguien que proveyese para nosotros una «reconciliación» con la que se restaurase nuestra comunión con el Dios justamente ofendido.

El pasaje del Nuevo Testamento que mejor expresa esta faceta de la obra del Calvario es 2 Corintios 5:18-20, que traduzco literalmente del original: «Mas todas las cosas proceden de Dios, *el que nos reconcilió consigo mismo* mediante Jesucristo (o, más probable, «Cristo» -sin «Jesús»), y nos dio el ministerio de la reconciliación, como que *Dios estaba reconciliándonos consigo en Cristo*, no teniéndoles en cuenta (a los hombres) sus pecados, y poniendo en nosotros *la palabra de la reconciliación*. Por tanto, estamos haciendo de embajadores a nombre de Cristo, como si Dios estuviera exhortando por medio de nosotros; (lo) requerimos en nombre de Cristo: Sed reconciliados (es decir, dejaos reconciliar) con Dios».

Notará el lector «más de una diferencia» en esta versión literal de dicho pasaje, pero, por ahora, me limito a decir que ese «os» que, en la RV, aparece delante del «rogamos» del v. 20, está ausente del original; y, con toda razón, porque Pablo no está exhortando a los creyentes de Corinto a «reconciliarse con Dios»; ¡ya lo estaban! Lo que Pablo dice ahí es, que cuando predica el Evangelio a la gente, como embajador en nombre de Cristo, requiere a los oyentes a *que se dejen reconciliar con Dios*.

Ya dije en la lección 12, punto 4, C) que los vocablos con que expresa el original la reconciliación: el verbo *katallasso* y el sustantivo *katallagé* indican una «transacción de mutuo intercambio»; un intercambio que está patente en el v. 21 de la porción citada. Con esta advertencia por delante, paso al análisis de una porción tan importante como 2 Corintios 5:18-20, donde la propiedad, la precisión y la claridad son necesarias en extremo.

- A) Antes de analizar el pasaje, es conveniente advertir, para evitar confusiones, que el Dios justamente airado con el mundo a causa del pecado, no se volvió de cara al mundo por *la reconciliación*, sino por *la propiciación*. Precisamente porque la propiciación había surtido su efecto, Dios *quedó dispuesto a reconciliarnos consigo en Cristo*.

- B) La *transacción* con que los términos griegos *katallásson* y *katallagé* expresan la «reconciliación», da a entender que, por parte de Dios, no quedaba ya ningún obstáculo para la salvación personal del pecador, pues la provisión estaba ya hecha de una vez por todas, como da a entender el participio de aoristo *katalláxantos* (= «que reconcilió») en el versículo 18, aunque mientras el sacrificio de Cristo en la cruz estaba realizándose, el aspecto reconciliatorio se extendía a cada uno de los momentos del sacrificio, como lo expresa el participio de presente *katalláson* en el versículo 19.
- C) El versículo 19 confirma la actitud conciliatoria de Dios, añadiendo que *no estaba teniendo en cuenta* (otro participio de presente) a los hombres sus *transgresiones* (gr. *paraptómata*, el mismo término que ocurre en Romanos 5:15, 16, 17 y 18, y significa propiamente, más bien que «transgresión» –en gr. *parábasis*– «una caída fuera de lugar»).
Ruego al lector que me disculpe por una pequeña equivocación que sufrí al escribir en la página 325 de mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo* que el verbo que Pablo emplea aquí («logizo») «es el mismo de Filemón 18», pues el verbo que aparece en el versículo 18 de la Epístola a Filemón no es *logizo*, sino *ellogéo*, si bien ambos son de la misma raíz, y también *logizo* puede significar «poner en la cuenta de alguien», aunque el verbo más apropiado para expresar ese concepto es *ellogéo*.
- D) Pero, como todos los demás aspectos de la obra de la Cruz, también este de la «reconciliación» es de carácter objetivo, es decir, hace referencia a la *obtención* de la redención. Para la *aplicación* de la obra redentora es necesario que el *sujeto*, cada sujeto individual, *se apropie por fe* el beneficio de dicha obra. Este aspecto es el que Pablo tiene en cuenta al escribir en el v. 20 «*Sed reconciliados con Dios*». Como diciendo: «Dios ya se dio la vuelta, ya está de cara a vosotros; ahora, lo que necesitáis (lo que necesita cada individuo en particular) es que os deis la vuelta vosotros y os pongáis así de cara a Dios».

5. *El sacrificio de Cristo tuvo el aspecto específico de «redención»*

Finalmente, como pecadores, estábamos en esclavitud; esclavitud de diversas formas: del diablo (1 Jn. 5:19), del pecado (Jn. 8:34; Ro. 6:11, 14 y 17-22;

2 P. 2:19), del poder de las tinieblas (Col. 1:13), del miedo a la muerte (He. 2:15) y de toda clase de error (Jn. 8:32).

Era, pues, menester para salir de tal, y tan variada, esclavitud, que alguien capacitado para tal misión saliese a pelear con el enemigo y nos *rescatase* de una servidumbre mucho más pesada que la de los israelitas en Egipto. Sólo nuestro Gran Mediador, Jesucristo, podía cumplir esa misión, por su poder infinito, como Dios, y por su solidaridad con nosotros –pariente más próximo–, como hombre.

- A) Él se nos dio en rescate en general: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y *para dar su vida en rescate por muchos*» (Mr 10:45; también Mt. 20:28).
- B) Él nos rescató del poder del diablo: «Para esto apareció el Hijo de Dios, *para deshacer las obras del diablo*» (1 Jn. 3:8).
- C) Él nos rescató de nuestros pecados al precio de su propia sangre (1 P. 1:18-20).
- D) Igualmente nos rescató del poder de las tinieblas, como vemos en Colosenses 1:13.
- E) En Hebreos 2:15, leemos: «y *librar* (Jesús –v. 9) a todos los que *por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre*». El versículo 14 dice bien claro que quien tenía «el imperio de la muerte» era «el diablo».
- F) Finalmente, Cristo nos libró de la servidumbre del error en todas sus formas cuando nos trajo, de parte del Padre, la verdad del Evangelio, como dice él mismo en Juan 8:31-32: «Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído a él: Si vosotros (enfático en el original) permanecéis (aoristo de subjuntivo) en la palabra la mía, verdaderamente discípulos míos seréis; y conoceréis la verdad, y *la verdad os libertará* (vers. lit.).

Recordará el lector que, en la lección 10, punto 3, A), (a), mencionamos el grueso e imperdonable error de quienes, en los primeros siglos de la Iglesia, sostuvieron que el precio de nuestra redención fue pagado a Satanás. Pero Satanás, siguiendo la comparación, no era el *dueño* de la cárcel, sino el *carcelero*, por justa permisión de Dios. Cuando hablamos de «precio» y de «pago», no debemos perder de vista que estamos usando términos metafóricos en los que la analogía no puede aplicarse a nuestro tema en cada uno de los detalles.

El escritor eclesiástico Gregorio de Nacianzo (335-390), combatiendo el referido error, dice lo siguiente: «Si el precio de la redención no se ha pagado a otro que al que retiene los cautivos, pregunto: ¿a quién se ha pagado, y por qué? Si al maligno, ¡qué afrenta!... Pero, si al Padre, para empezar, ¿cómo ha podido ser?, pues no era él quien nos retenía... En verdad es cosa notoria que el Padre lo recibió, no porque lo pidiese o lo necesitase, sino por la economía de la redención... a fin de librarnos él mismo, después de vencer al tirano por la fuerza, y reconducirnos a sí por medio de su Hijo el mediador». Por tratar este tema como si fuese una transacción enteramente igual a los intercambios naturales de «debo y pago», este escritor sufrió la confusión que su escrito revela. Debemos conformarnos con decir que nuestra redención nos salió a nosotros demasiado *barata* (gratis), y a Dios demasiado *cara* (con la muerte de su único Hijo).

Hasta aquí, hemos tratado de la «redención específicamente considerada» en su matiz de «rescate», pero la redención tiene también el matiz de «compra». Y el N.T. trata igualmente de este matiz. El «rescate» es expresado mediante los vocablos griegos *lútron* (Mt. 20:28; Mr. 10:45), el verbo *lutróo* (Lc. 24:21; Tit. 2:14; 1 P. 1:18), el sustantivo abstracto *lútrosis* (Lc. 1:68; 2:38; He. 9:12) y el sustantivo concreto *lutrotés* = «redentor» (Hch. 7:35). La «compra» se expresa mediante los verbos *agorázo*, que ocurre 30 veces en el N.T., de las que sólo hacen al caso 1 Corintios 6:20; 7:23; 2 Pedro 2:1; Apocalipsis 5:9, (en Ap. 14:3 y 4, este verbo tiene un sentido diferente del que usamos aquí) y *exagorázo*, el cual ocurre solamente 4 veces de las que únicamente *dos* (Gá. 3:13; 4:5) hacen al caso.

¿Cuál es la diferencia que existe entre esos dos verbos? La diferencia está en que *agorázo* sólo expresa el pago de la compra en el *agorá* o «plaza» principal de una localidad, mientras que *exagorázo*, además de la compra, implica también que el esclavo ha salido de la plaza («*ex*»), *porque ha preferido la libertad*, detalle que no está implicado en el verbo *agorázo*, como es obvio por 2 Pedro 2:1, lugar sobre el que volveremos en la lección 15.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 13

- 1ª *pregunta* En el punto 2, A) de la presente lección, he mencionado Ro 8:33, como prueba de que el creyente puede descansar seguro, sabiendo que Dios ya le es propicio, ¿ha pensado usted que esa seguridad se nos agranda aún más, si consideramos que Dios es el único Juez de este pleito? Si el Juez mismo nos declara inocentes, ¿qué más podemos pedir?
- 2ª *pregunta* En el punto 3, B'), he citado 1 Juan 1:7, haciendo ver que el verbo *katharízein* está en presente, con lo que se da a entender una acción continua; pero, ¿ha notado el lector que Juan no tarda en hacernos a la memoria (v. 2:1) que eso no debe servir para que abusemos de la abogacía de Cristo? Me parece escuchar al Señor Jesús, cuando le dice a la mujer sorprendida en el acto mismo del adulterio «Ni yo te condeno; vete, y no peques más» (Jn. 8:11).
- 3ª *pregunta* En el punto 4, D), hemos visto que de nada nos serviría el que Dios no nos tenga en cuenta los pecados, si nosotros (cada uno) no nos damos la vuelta y nos ponemos de cara a Dios. A este respecto, por su fondo devocional, copio de L.S. Chafer lo que yo mismo escribí en *La Persona y la Obra de Jesucristo*, p. 326: «Qué es, entonces, lo que se les ruega a los hombres que hagan? Sencillamente esto: Dios está satisfecho con la solución que la muerte de Cristo ha dado al problema del pecado, y ahora se le pide al pecador que quede satisfecho también él con lo que satisface a Dios» ¡Qué bien dicho! ¿No le parece? ¿Verdad que puede hacernos mucho bien, tanto a usted como a mí, pensar: Si Dios, cuyas exigencias con respecto al pago por el pecado son infinitas, está satisfecho con la obra de la Cruz, ¿será mi corazón más exigente que el de Dios, para no contentarme con lo que satisface a Dios?
- 4ª *pregunta* ¿Qué piensa del mensaje del Evangelio? ¿En cuál de estas tres categorías lo situaría usted –una «exclamación», una «proclamación» o una «declamación»? Digo esto porque, oyendo a ciertos hermanos, quizá bien intencionados, pero mal informados, la presentación del mensaje de salvación, es como una «exclamación» = «Cree en el Señor Jesucristo, y serás

salvo». Otros, aunque no lo digan, piensan que es una «declamación» y, por eso, se esfuerzan en *gritar* –cuanto más, mejor–, en hacer gala de dotes *oratorias* o en *repetir*, una y otra vez, invitaciones cargadas de emoción, aunque estén fríamente cortadas por el mismo patrón... Personalmente, esas actitudes me dan la *medida* aproximada de lo que el predicador *piensa* del Evangelio y de cómo lo *vive* él mismo. ¿No le parece al lector que el mensaje del Evangelio es, nada más y nada menos, una «proclamación»? ¡Eso es lo que significan las palabras de Pablo en 2 Corintios 5:20 «somos embajadores en nombre de Cristo...»

5^a pregunta Volviendo a la pregunta anterior, algún lector podrá decirme: «En su frase “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”, está copiando precisamente lo que Pablo y Silas dijeron al carcelero de Filipos, ¿se cree usted mejor capacitado que ellos, para decir que eso no basta?» A quien me diga esto, le replicaré: «Siga usted leyendo el texto sagrado (v. 32) y verá que la situación descrita en los versículos 27-30 requería, en principio, una «exclamación», pero antes de bautizarlo, le instruyeron convenientemente (comp. Hch. 2:37-40. Pedro no se conforma con la exhortación de los vv. 38 y 39). ¿Qué piensa usted, lector, sobre todo esto?»

6^a pregunta Una vez más, para nuestro provecho espiritual, vamos a reflexionar juntos, usted y yo, sobre lo que significa la frase de Pablo en 2 Corintios 5:19 «... *no tomándoles en cuenta* a los hombres sus pecados». Hagámonos la «composición de lugar»: Usted y yo tenemos una especie de «cuenta corriente» (cada uno, la suya) con respecto a nuestra posición delante del Dios infinitamente santo (por supuesto me pongo, y le pongo a usted, en la posición que ocupábamos antes de ser justificados). Nuestra cuenta no está a cero, ¡no! Tiene un «déficit» tan hondo como cabe en un pecador débil y rebelde (ver Ro. 5:6-10). Veamos ahora la «cuenta» del Señor Jesucristo: Como hombre, está limpia de déficits; como Dios, tiene un «superávit» *infinito*. Así lo dice Pablo: «cuando el pecado *abundó*, *sobreabundó* la gracia». Yo suelo poner la siguiente ilustración: En algunos lugares, he visto junto al mar o junto a un río una marca en un muro, con esta leyenda: «Hasta aquí llegó la inundación del año (el que haya sido)»; ésa fue la mayor inundación de la que existe informe o recuerdo». Aplicado al tema de nuestros pecados, podemos decir: «Hasta aquí –un nivel altísimo– llegaba el nivel de mi corrupción’»; pues, bien: Por encima de ese nivel funesto

–siempre, muy por encima–, ha llegado la inundación del amor de Dios y la gracia del Señor Jesucristo. ¿No le parece al lector que esto nos ayuda un poco a sentirnos más y más agradecidos a Dios por tan enorme beneficio?

- 7ª *pregunta* Abundando en el mismo tema, quiero hacer partícipe al lector de la impresión que tuve, hace muchos años, con la observación de un predicador inglés (era entonces mi pastor): «Para Dios, no hay nadie demasiado malo; puede haberlo demasiado bueno» (en realidad, no porque *lo sea*, sino porque *piense que lo es*). No hay más que leer Juan 9:40-41. ¿Es usted de los que, tácita o expresamente, se creen «demasiado buenos» para que Dios les conceda la salvación? Ante Dios que todo lo ve, no caben «caretas».
- 8ª *pregunta* Leemos en 2 Pedro 2:1 «Mas hubo también falsos profetas en el pueblo, como también habrá entre vosotros falsos maestros, los cuales introducirán solapadamente herejías destructoras y estarán renegando (gr. *arnoúmenoi* –participio de presente) al Dueño (gr. *despóten* –el mismo vocablo de Hch. 4:24) *que los compró*» (vers. lit.) Aquí hay un caso claro en que un pecador perdido es *comprado* (gr. *agorásanta* –participio de aoristo; transacción efectuada de una vez por todas); sin embargo, el esclavo del pecado se ha negado a salir de la plaza del mercado (falta el *ex* del verbo *esagoráo*), «renegado», es decir, «negándose a reconocer» *al Dueño* = Al Dios a quien, por derecho, le pertenece. ¿No es verdad, lector, que causa inmensa tristeza ver: A) Varios (no sabemos cuántos) seres humanos, obstinados en cerrarse a sí mismos el camino de la libertad; B) Falsos maestros del Evangelio; C) Introduciendo de forma que no se noten herejías destructoras; D) Negándose a reconocer la soberanía de Dios y de su Cristo, quienes lo han dado todo para salvarlos, pagando el precio; E) Comportándose en la forma, y con los funestos resultados, que se describen en los vv. 2-3, 13-22; y (F) «Trayendo sobre sí mismos rápida destrucción» (última frase del v. 1 –vers. literal)? Con 2 Timoteo 4:3-4 a la vista, ¿no le parece a usted que *ya* se está cumpliendo esta profecía? ¿No es cierto que hay motivo para preguntarse: Cómo es posible tanta maldad, tal obstinación, tan repugnante ingratitud, tanta indiferencia en un asunto en que nos jugamos la eternidad? Con todo, no tratemos de justificarnos a nosotros mismos, sino permanezcamos en humildad y en gratitud profunda al Dios por cuya gracia estamos en pie, esperando gozosos la salvación final.

LECCIÓN 14

¿Cómo expresa la Biblia la obra de la redención?

I. INTRODUCCIÓN

Bajo el título de la presente lección quiero dar a entender la necesidad de hallar una fórmula clara con que se expresen los elementos integrantes del *acto sacrificial de Cristo en la cruz del Calvario*.

Quizá nadie haya expuesto el tema con tanta claridad como el Dr. E.F. Kevan (ya fallecido), que fue durante varios años Rector del *London Bible College*, en su Curso por correspondencia, y en la parte correspondiente a la *Doctrina de la Persona de Cristo* (en inglés y a multicopista).

Contra los que arguyen que no deberíamos preocuparnos de doctrinas y teorías sobre el tema, sino contentarnos con el hecho *desnudo* de la redención, Kevan replica que nuestra interpretación de la obra de la Cruz «determina nuestra concepción de Dios y ésta, a su vez, determina no sólo nuestra teología, sino también nuestra religión y nuestra ética» (lecc. XII, pág. 1).

Urge, por consiguiente, analizar y ponderar los distintos elementos que integran la noción del acto sacrificial de Cristo.

1. Dios se ha comprometido con nosotros en Cristo

El origen y primer elemento que hay que tener en cuenta sobre esta cuestión es el *compromiso* que Dios ha adquirido consigo mismo, referente a nosotros, de salvar a la humanidad perdida por el pecado.

Este compromiso ha tomado, desde el principio, la forma de *pactos*, en su doble vertiente, la *soteriológica* y la *dispensacionalista* (véase mi libro *Escatología II*, págs. 249-263 –donde completo, y corrijo, lo que escribí en *La persona y la Obra de Jesucristo*, págs. 315-316). Una cosa es cierta, y nadie la puede negar: Desde el principio, y hasta el fin de la Historia, *la salvación ha sido siempre, y lo será siempre, de gracia mediante la fe.*

2. *Los elementos integrantes del acto sacrificial de Cristo en la Cruz son su obediencia voluntaria y su expiación penal*

- A) Si tomamos juntamente *Romanos 5:12-21; 1 Corintios 15:21, 22, 45-49; Hebreos capítulos 8-10*, nos pecataremos de lo siguiente: (a) La obediencia del Señor, libremente voluntaria (comp. Jn. 10:18; Fil. 2:8) fue el elemento *formal* (la «forma» determinante, en sentido escolástico), y de él obtuvo su sacrificio su valor intrínseco y su mérito personal; aquí tiene toda su fuerza la *solidaridad* que *Isaías 53:5-6* y *Hebreos 2:9-18* claramente expresan. (b) Los sufrimientos del Señor, en expiación penal por nuestros pecados, constituyeron el elemento *material*.
- B) Ambos elementos (obediencia y sufrimiento) son indispensables para que Dios efectuase y sellase en el Calvario el pacto de gracia (ver 2 Co. 5:19; He. 10:29). El uno sin el otro no habría sido suficiente para una redención *sustitutiva*. El primer elemento (la obediencia de Cristo) se extiende desde el momento de su entrada en el mundo (He. 10:5-10) hasta el acto de la entrega de su espíritu al Padre (Jn. 19:30); con este elemento Jesús es nuestro *representante*, aunque sólo en la Cruz adquiere fuerza *sustitutiva*, ya que Cristo nos salvó, no con su vida, sino *con su muerte*. El segundo elemento (la expiación penal) sólo tiene aplicación en los padecimientos de toda índole, sufridos por Cristo en su crucifixión; con este elemento, Jesús es entera y únicamente *nuestro sustituto*, de ningún modo nuestro *representante*, pues él sufrió el conflicto enteramente a solas (desamparado de todos).
- C) Si se admite esta forma de considerar los elementos integrantes del acto sacrificial de Cristo, se desvanecen, de una vez, dos peligros: (a) el peligro de *legalismo*, pues Cristo *no cumplió la Ley por nosotros*, sino para estar debidamente cualificado como gran sumo sacerdote nuestro (He. 7:26); (b) el peligro de *antinomianismo* («sin ley»), ya que el cristiano está «dentro de la ley de Cristo» (1 Co. 9:21 –vers. literal); esta *ley* es, ni más

ni menos, la «ley del amor» (ver Jn. 13:34-35), de la que dice Pablo lo que leemos, por ejemplo, en *Romanos 13:8-10* (no deje el lector de leerlo).

- D) Por rehusar admitir estos presupuestos, o por no entenderlos, muchos evangélicos fundamentalistas se mantienen, de un modo u otro, en el «legalismo», aunque ellos lo nieguen con todas sus fuerzas. Y otros, igualmente fundamentalistas, por insistir en que Cristo cumplió la ley «por nosotros», han caído, al menos inconscientemente, en una modalidad de «antinomianismo», ya que si «Cristo cumplió la Ley por nosotros», ¿por qué hemos de estar nosotros obligados a cumplir ninguna Ley de Dios?

3. Por tanto, la obra de Cristo en la Cruz consistió en una voluntaria expiación sustitutiva

Quiero reproducir aquí (copio de *La Persona, etc.*, pág. 318) la definición que, de la obra del Clavario, da Kevan en su Curso y en la parte correspondiente al tema, lección 12, págs. 8-11; «La redención (inglés, *atonement*) es aquella necesaria satisfacción de las demandas de Dios como *Amor Santo*, que él mismo, en la persona del *Dios-Hombre*, ha provisto por medio de los voluntarios sufrimientos penales del Señor Jesucristo como el sustituto por los pecadores» (los subrayados son suyos). De esta definición, entresaco lo siguiente:

- A) La redención es una obra *trinitaria*, como todo lo que Dios hace fuera del ámbito interno de la Deidad; pero, como siempre, cada una de las Personas de la Deidad obra al exterior de acuerdo con el modo de obrar dentro del ámbito intratrinitario: el *Padre*, por amor al mundo perdido, *envía al Hijo*; el *Hijo* hace la *exégesis del Padre*, asumiendo una naturaleza humana, en la cual *vive, actúa y muere*; y el *Espíritu Santo aplica*, a todo aquel que cree, la obra de la redención obtenida. Corrijo ahora parte de las líneas 3ª y 4ª de la pág. 319 de *La persona y la obra de Jesucristo*: Aunque las tres Personas obran conjuntamente en toda actividad al exterior, *sólo el Padre decide, elige, predestina, decreta, etc.*, como puede verse ya desde Génesis 1:26.
- B) En la redención, como en cualquier otra actividad, Dios obra de acuerdo con las demandas de su *amor* (salvar al pecador) y de su *santidad* (condenar el pecado). La condenación del pecado exige, de parte de la justicia divina, expiar la culpa y satisfacer la pena. Removido el obstáculo del pecado, el amor de Dios se derrama a raudales sobre el pecador.

- C) Sólo una Persona divino-humana podía satisfacer las demandas de la santidad y de la justicia de Dios: Tenía que ser *hombre* para hacerse *solidario del pecador, saliendo responsable de unos pecados que él no pudo cometer*; tenía que ser *Dios para que su sacrificio fuese perfecto en su cualidad y en el ámbito de su extensión*. Este fue el decreto de Dios, y así se cumplió, aunque, en mi opinión, Dios tiene suficiente poder para haber investido con la necesaria aptitud mediatorial a un Mesías enteramente santo, pero sin ser consustancial al Padre.
- D) De acuerdo con Levítico 17:11; Hebreos 9:22, entre otros lugares, la expiación del pecado requería *el derramamiento de tanta sangre como era necesaria para producir la muerte al Redentor*. Pero, siendo él inocente, era menester que diese su vida *voluntariamente* (ver Jn. 10: 17-18). Una expiación *forzada* no habría cumplido las normas éticas que requiere *la transacción en la que Dios opera la reconciliación del pecador con Él*.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 14

- 1^a *pregunta* ¿Cree que la vida de Cristo fue lo suficientemente buena como para merecer la aprobación de Dios? Y, supuesto que haya dado usted una respuesta afirmativa a dicha pregunta, ¿cree usted que la vida santa de Jesús fue bastante para expiar nuestros pecados? ¿De qué forma contribuyó su vida santa para obtener nuestra redención?
- 2^a *pregunta* Si Cristo le ha rescatado a usted de la esclavitud del pecado y del reino de Satanás, ¿hay todavía en la vida de usted zonas o áreas en las que podría verificar con mayor seguridad la realidad de tan venturosa experiencia personal? ¿Podría esa verificación servirle de mayor estímulo en su vida cristiana?
- 3^a *pregunta* ¿Cree que fue éticamente correcto el que Cristo pagase la pena por los pecados de usted? ¿Habría podido –o querido– usted rogar a Jesucristo a que le sustituyera en el sufrimiento de ese castigo? ¿Qué sentimientos y emociones suscita en el corazón de usted el pensamiento de que Cristo fuese su sustituto en la crucifixión?
- 4^a *pregunta* Advierte Pedro (2 P. 1:9) sobre la ceguera que comporta *el olvido de la purificación de los pecados antiguos*, es decir, de los pecados y delitos en los que estábamos muertos antes de que Dios se apiadase de nosotros (ver Ef. 2:1-5); pero, ¿no le parece a usted un tanto morboso el estar de continuo trayendo a la memoria cosas cometidas cuando éramos esclavos del pecado? ¿no será, incluso, peligroso? ¿Es lo mismo *olvidar los pecados* que *olvidar la purificación de los pecados*?
- 5^a *pregunta* Volviendo sobre lo mismo de la pregunta anterior, ¿en qué consiste, en opinión de usted, el que la más completa y emotiva exposición del mensaje de la cruz nos deje fríos, o con una emoción pasajera? ¿Qué sintió cuando escuchó por primera vez el mensaje del Evangelio? ¿Qué deberíamos hacer para «no dejar nuestro primer amor»? (Ap. 2:4).

6ª *pregunta* Aunque usted no sea pastor o predicador evangélico, como «testigo de Cristo» (Hch. 1:8), debe «estar siempre preparado para presentar defensa, etc.» (1 P. 3:15); ¿sabe cómo presentar el mensaje de salvación de forma sencilla, pero clara y completa? Esto es de la mayor importancia, pues gran parte de la responsabilidad por la falta de conversión de los oyentes *cae sobre Vd.* Algo que, a veces, se olvida en la exposición del Evangelio es que el oyente inconverso, antes de aprender lo que es la *salvación*, tiene que percatarse de su *perdición*; de una perdición que ni él ni nadie puede remediar, *sino solamente Cristo*. Y que este Cristo vino a este mundo precisamente *a salvar pecadores* (ver 1 Ti. 1:15).

LECCIÓN 15

¿Por quiénes murió Cristo?

I. INTRODUCCIÓN

Parecería innecesario tratar aquí este tema, después de lo que escribí en *La Persona y la Obra de Jesucristo*, lección 44. ¿No bastaría con copiar aquí un extracto de aquella lección? Sin embargo, lo trato de nuevo, aunque más concisamente, porque deseo aquilatar lo mejor posible todos los conceptos y, de paso, clarificar y rectificar ideas que, para los lectores del libro, hayan quedado un poco en el aire.

Estudie el lector las lecciones 16, 17, 18 y 20 de la Parte I de este CURSO (Dios Creador) y tendrá mucho adelantado para saber cómo situarse con respecto al tema.

Pero lo primero que necesitamos es plantearnos la cuestión en la debida forma.

- A) Una forma indebida de plantearla (Berkhof, Owen, etc.) es la siguiente: ¿Vino Cristo a morir *para salvar a todos los hombres o sólo a los elegidos*? Como sólo los elegidos son salvos, tenemos que responder (ya que eso nadie lo niega) que Cristo vino a morir *sólo* por los elegidos, pero, de ese modo, ¿estamos respondiendo debidamente a un planteamiento *indebido*!
- B) La forma correcta de plantear la cuestión es la siguiente: ¿Vino Cristo a morir *para proveer salvación completa para todos*, a sabiendas de que el Padre atraería hacia Cristo *a los elegidos* y dejaría justamente en sus pecados *a quienes rechazasen tal provisión*?

Este planteamiento se ajusta al modo amiraldiano de poner en orden lógico los decretos de Dios acerca de la salvación.

1. *¿Qué dice la palabra de Dios?*

De nada serviría polemizar con razonamientos teológicos, por ortodoxos que parezcan, si no se avienen con la clara enseñanza de la palabra de Dios. A ella, pues, debemos ir unos y otros.

- A) La palabra de Dios dice que *todos, elegidos y no elegidos*, estábamos perdidos sin remedio antes de que Dios interviniese a nuestro favor (ver, p.ej., Is. 53:6; Ro. 3:9-23; Ef. 2:1-5).
- B) La palabra de Dios dice que, para escapar de la perdición eterna, *cada cual tiene que creer en Jesucristo* (ver, p.ej., Jn. 3:16, 36; 6:40; Hch. 16:31; Ro. 3:21-28).
- C) La palabra de Dios dice que el Padre atrae hacia Cristo a los elegidos (ver Jn. 6:37, 44; 17:9, 12), pero ellos han de venir *mediante la fe* (Ef. 2:8).
- D) La palabra de Dios dice que Cristo murió *por los elegidos* (p. ej. Jn. 10:15; Ef. 5:25; 1 P. 2:24). Pero esto no excluye el que muriese también *por los demás hombres*. Lo veremos claro con una ilustración. Un hombre bondadoso y adinerado ve a un grupo de mendigos en la calle y les ofrece un gran banquete en el mejor hotel de la localidad. Algunos aceptan agradecidos; otros rechazan la invitación. Al llegar al hotel, sólo los que aceptaron figuran con su nombre en la lista de los invitados: pero eso no significa que la invitación fuese hecha *sólo* para los que la aceptaron.
- E) Pero la palabra de Dios dice también:
 - (a) Que Dios amó al *mundo*, esto es, a toda la humanidad perdida, y, consiguientemente, *dió a Su único Hijo en rescate por todos* (Jn. 3:16; 1 Ti. 2:6). Si ese objetivo estuviese restringido a sólo los elegidos, la palabra de Dios no habría podido usar esas expresiones.
 - (b) Que Dios *ha comprado* (por tanto, ha pagado el precio) a quienes *no son elegidos* (ver 2 P. 2:1). Todos los esfuerzos de los limitacionistas por torcer cada una de las palabras de este vers. han sido en vano.
 - (c) Que Dios desea sinceramente que *todos* sean salvos (1 Ti. 2:4; 4:10), lo que implica *una provisión suficiente para todos*. La Escritura no dice: «todos sin distinción»; luego debemos entender «todos *sin excepción*».
 - (d) Que Dios manda, a *todos sin excepción*, que se arrepientan (Hch.

17:30). Y, si lo «manda» (gr. *parangéllei*), necesariamente tiene que proveer, «para todos», la gracia suficiente para que puedan arrepentirse.

(e) Que Dios envió a Su único Hijo a morir como *propiciación por los pecados de todo el mundo* (1 Jn. 2:2). La frase *todo el mundo* (gr. *ho kósmos hólos*) sólo vuelve a salir en esta misma epístola (1 Jn. 5:19), donde nadie puede negar su sentido *universal*. Como dice Ryrie (o.c., pág. 321), el «vocablo “mundo” no siempre significa toda la gente (ver Jn. 12:19), pero ningún diccionario le da el sentido de sólo los elegidos».

(f) Que Jesús gustó (es decir, probó, paladeó) la muerte por (gr. *hupér* = a favor de) *cada uno* (gr. *pantós* –en singular, como forma distributiva de decir: «por todos y por cada uno en particular»)

(g) Que el Señor no retarda la promesa de la Segunda Venida, «sino que es paciente (gr. *makrothuméi* = «es longánime») hacia vosotros (¡corrija el «nosotros» de su Biblia, lector!, *no queriendo que algunos perezcan, sino que todos den cabida al arrepentimiento* (2 P. 3:9, vers. literal).

2. Esta provisión ilimitada estaba tipificada en el Día de la Expiación

La provisión ilimitada de salvación que hemos visto en el punto 1 está de acuerdo con la tipificación implícita que hallamos en el gran «Día de la Expiación» (heb. *Yom Kipur*) de Levítico 16, como se confirma por Hebreos 9:23-28.

Leemos en Levítico 16:3 «Con esto entrará Aarón en el santuario: con un becerro para *expiación* y un carnero para *holocausto*». Aquí están representadas las dos facetas del sacrificio de Cristo, excluidas en este Día la ofrenda de flor de harina y la ofrenda de paz; todo el cap. gira sólo entorno a la expiación y al holocausto. Para el tema de esta lección, únicamente nos interesa lo que dice acerca de la *expiación* A) por el pecado del pueblo en general; B) por los pecados e iniquidades del pueblo. Voy a presentar los vv. más importantes del capítulo 16, de la Biblia de las Américas que está más ajustada al original que otras versiones:

- A) Sobre el pecado del pueblo o, más exactamente, sobre los pecados *como manchas contaminantes*, dice Levítico 16:15-16, después de haberse referido al sacrificio que Aarón ha ofrecido *por sí mismo*: «Después inmolará el macho cabrío de la *ofrenda por el pecado* que es por el pueblo, y llevará su sangre adentro del velo (es decir, al Lugar Santísimo –comp.

Hebreos 7:27; 9:7, 12) y hará con su sangre como hizo con la sangre del novillo, y la rociará sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. Hará, pues, expiación por el lugar santo *a causa de las impurezas de los hijos de Israel y a causa de sus transgresiones, por todos sus pecados*; así hará también con la tienda de reunión que permanece con ellos *en medio de sus impurezas*».

- B) Sobre los pecados e iniquidades del pueblo *en cuanto a la culpa*, dicen los vv. 20-22 del mismo capítulo: «Cuando acabe de hacer expiación por el lugar santo, la tienda de reunión y el altar, presentará el macho cabrío vivo. Después Aarón *pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío* (gesto expresivo de la sustitución) y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel y todas sus transgresiones, todos sus pecados, *y poniéndolos sobre la cabeza del macho cabrío*, (lo) enviará al desierto por mano de un hombre preparado (para esto). El macho cabrío *llevará sobre sí todas sus iniquidades a una tierra desolada*; y (el hombre) soltará el macho cabrío en el desierto».

Queda todavía otro requisito legal por cumplir: Dice el versículo 27: «Pero el novillo de la ofrenda por el pecado y el macho cabrío de la ofrenda por el pecado, cuya sangre fue llevada dentro del lugar santo para hacer expiación, *serán llevados fuera del campamento* y quemarán en el fuego su piel, su carne y su estiércol» (comp. con He. 13:11-12 -¡holocausto!).

Espero que el lector se habrá dado cuenta de que, en el Día de la Expiación de Levítico 16, todos los detalles apuntaban claramente hacia la expiación llevada a cabo por Cristo en el Calvario. Como es obvio, el Día de la Expiación concernía primariamente a *los hijos de Israel* y, por tanto, estaba limitado por las fronteras de Israel, mientras que la expiación llevada a cabo en la Cruz se extiende a *los pecados del mundo entero* (1 Jn. 2:2).

Pero la semejanza más importante está en que ni el Día de la Expiación ni el sacrificio del Calvario tenían por objeto *quitar automáticamente los pecados*; en ambos casos, para la aplicación personal de los beneficios de la expiación, se expresa, de un modo u otro, la necesidad de la fe y del arrepentimiento *personales* (comp. el «*afligiréis vuestras almas*» -lit.- de Lv. 16:29, 31, con el «*arrepentíos*» de Mr. 1:15 y el «*reconciliaos con Dios*» de 2 Co. 5:20). Vea el lector en la lección 12, punto 4, E), las frases del gran rabino Hertz (o.c., pág. 484) a este respecto.

3. Algunos textos que NO sirven para confirmar mi punto de vista

En mi obra *La Persona y la Obra de Jesucristo*, páginas 336-337, uso a favor de mi tesis universalista dos pasajes del N.T., acerca de los cuales un estudio posterior me ha convencido que estaba equivocado. Estos pasajes son:

2 Corintios 5:14-15. «Porque el amor de Cristo nos constriñe, juzgando esto: que si uno murió a favor de todos, todos entonces murieron; y a favor de todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que a favor de ellos murió y resucitó» (lit. «fue levantado»). La muerte a la que Pablo se refiere aquí es la misma de Romanos 6:3-11, y sólo tiene aplicación con relación a los salvos.

Hebreos 10:26-31. «Porque si continuamos pecando deliberadamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad (comp. 1 Ti. 2:4; 2 P. 2:20), ya no queda sacrificio alguno por los pecados (comp. Nm. 15:27-31), sino cierta horrenda expectación de juicio, y la furia de un fuego que ha de consumir a los adversarios. Cualquiera que viola la ley de Moisés muere sin misericordia por (el testimonio de) dos o tres testigos. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que ha hollado bajo sus pies al Hijo de Dios, y ha tenido por inmunda la sangre del pacto por el cual fue santificado, y ha ultrajado al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo pagaré. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo!» (B. de las Américas). Este pasaje me resulta mucho más difícil que el anterior en cuando a discernir si se trata aquí de «apóstatas» de una fe que nunca fue genuina, o de creyentes salvos «que han vuelto los ojos hacia las ollas de Egipto». Por una parte, el lenguaje de los vv. 29 y 31 es durísimo; por otra, la mención de «la sangre del pacto por el cual fue santificado» y la semejanza con Números 15:30-31 («ultraja a Yahweh» = «ha ultrajado al Espíritu de gracia»), me hacen pensar en el creyente que está sufriendo una crisis parecida a la del Pródigo, pero... un día va a volver a la casa del Padre.

4. Algunas consideraciones teológicas sobre el tema

A) Muchos universalistas piensan, y dicen, que un limitacionista no puede predicar sinceramente a todos el Evangelio de la salvación, ya que la

salvación es privilegio exclusivo de los elegidos. Pero los limitacionistas replican, con mucha razón, que, aunque Dios *no vaya a salvar a todos los oyentes*, ese mismo Dios ha ordenado que «la fe venga por el oír, y el oír por la palabra de Dios» o, mejor, «por el dicho de Cristo» (gr. *rhéma Jristou*) (Ro. 10:17); por consiguiente, el predicador ha de dirigirse *a todos en general, porque él no sabe quiénes son los elegidos*. Grudem, a pesar de ser, en principio, limitacionista, habla en su obra, págs. 594-603 (*D. The Extent of the Atonement*) de tal forma que resulta, prácticamente, un «ilimitacionista» (muy provechoso para quien sepa inglés).

- B) Uno de los argumentos de los limitacionistas a favor de su tesis es que, si Cristo murió por todos, y no todos se salvan, gran parte del valor de la sangre de Cristo se habrá perdido. Pero este argumento carece de base por estar fundado en un mal planteamiento de la cuestión, como ya vimos en la *Introducción* de la presente lección. Si el planteamiento se hace en la debida forma, nada del valor de la sangre de Cristo se pierde, ya que, por una parte, sirve para proveer un sacrificio de valor universal por el que pueda salvarse *todo aquel que cree*; y, por otra parte, ese mismo sacrificio tiene valor *realmente salvífico para los elegidos*.
- C) Otro argumento que algunos limitacionistas usan a favor de su tesis es que, si Cristo murió por todos, entonces *los pecados de los no elegidos quedaron expiados en la cruz, ¿cómo pueden, entonces, volver a pagar por sus pecados eternamente en el Infierno?* Este argumento cojea del mismo pie que el anterior. Voy a resumir la comparación con la que Ryrie (o.c., pág. 323) contesta a este argumento: El israelita que rehusara aplicar al dintel de su casa la sangre del cordero pascual, ¿pagaría dos veces por sus pecados? ¡no! Sus pecados quedaban «cubiertos» al ser inmolado el cordero pascual; pero, si no aplicaba la sangre al dintel, moría. *Este no era un 2º pago por sus pecados; simplemente, el único y suficiente pago no era aplicado a esa casa*. La expiación de Cristo fue suficiente para pagar por los pecados de todo el mundo, pero cada individuo tiene que hacer suyo ese pago mediante la fe (ver 2 Co. 5:19-20).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 15

- 1ª pregunta* En el punto 3 de la presente lección, y comentando Hebreos 10:26-31, dije que algunas de las frases del versículo 29, etc., «me hacen pensar en el creyente que está sufriendo una crisis parecida a la del Pródigo, pero... un día va a volver a la casa del Padre». ¿Conoce el lector algún caso real de esto? Por mi parte, le diré que no sólo he conocido varios casos, sino que lo he pasado en mi propia experiencia personal. Recuerdo, sobre todo, el caso de un individuo, convertido en la iglesia a la que, más tarde, fui invitado a pastorear, el cual dio buen testimonio de su conversión y fue bautizado, siendo después muy activo en dar testimonio a otros de su fe en Jesucristo. Después de cierto tiempo, se volvió al mundo y en el mundo permaneció durante muchos años. Cuando llevábamos cuatro años en aquella iglesia, *volvió con claras señales de sincero arrepentimiento, confesó su pecado delante de toda la congregación*, se condujo desde entonces como buen cristiano y murió al poco tiempo *con el gozo de una salvación segura*.
- 2ª pregunta* Si Cristo llevó los pecados de usted al madero y, con ellos, la ira de Dios contra el pecado, así como la pena capital de muerte eterna que usted, lo mismo que yo, merecía por sus pecados, ¿ha pensado alguna vez que la ira de Dios puede algún día volverse contra usted, como creyente? Si tuviera ese pensamiento, lea, una vez más, Romanos 8:31-39.
- 3ª pregunta* ¿Cree usted que algunas de las dificultades o de las amarguras que experimenta en la vida se deben a que Dios está airado con usted?
- 4ª pregunta* Volviendo sobre la pregunta anterior: Si Dios no está airado contra nosotros, ¿por qué experimentamos los cristianos, con demasiada frecuencia, grandes adversidades y terribles sufrimientos? En el momento en que escribo esto, yo mismo estoy pasando por el peor trance de mi vida, no precisamente en mi propia persona, sino en lo que más quiero en este mundo: en mi esposa. Y, sin embargo, por fe en la palabra de Dios (Ro. 8:28), «sabemos que a los que aman a Dios, *todas las cosas les ayudan a*

bien». Dice: «todas», esto es, las que todo el mundo llama «prósperas» y las que casi todo el mundo llama «adversas». ¿Lo cree usted, lector? Yo también lo creo, y mi esposa también lo cree, pero, ¡cómo cuesta, a veces, ejercitar ese acto de fe!

5ª *pregunta* ¿No es cierto que uno de los textos más consoladores y estimulantes, cuando nos hallamos fatigados y acongojados por las experiencias amargas de la vida, es aquel en que Jesús dijo a quienes le escuchaban: «Venid a mí todos los que estáis exhaustos de tanto trabajar (B. de las Américas –margen) y cargados, y yo os haré descansar» (Mt. 11:28)?

6ª *pregunta* A la vista de Mateo 11:28, ¿está usted dispuesto a confiar en Cristo, ahora y siempre, no sólo en el asunto de su salvación, sino también en este de las dificultades, fatigas y cargas de la vida? Si no se había dado cuenta antes de cuál es el remedio infalible para descansar, tranquilo y confiado, en Jesús, lea usted detenidamente el contexto posterior (vv. 29-30): «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y mi carga ligera».

LECCIÓN 16

La función intercesora de Cristo

I. INTRODUCCIÓN

Ya mencioné en la *Introducción* de la lección 12 la intercesión de Cristo como parte de su función sacerdotal. Volví a mencionarla, para destacar su *perpetuidad*, en el punto 3, C) de la misma lección. Finalmente, dediqué todo el punto 5 de la referida lección a probar que el ámbito de dicha intercesión se extiende únicamente *a los salvos*, corrigiendo de ese modo lo que escribí en *La Persona y la Obra de Jesucristo*, páginas 353-354. En esta lección, voy a tratar directamente de este aspecto de la función intercesora de Jesucristo.

1. *Jesucristo está orando continuamente por nosotros*

Una de las funciones de los sacerdotes del A.T. era orar a favor del pueblo. Esto mismo se simbolizaba en el incienso que se quemaba en el altar de oro de los perfumes. Este altar, contiguo al segundo velo, era así tipo de la intercesión que nuestro Gran Sumo Sacerdote ejercita en el Cielo. *Romanos 8:34* dice de Cristo: «... el que también *intercede por nosotros*». Y *Hebreos 7:24-25* lo expresa más extensamente: «Mas éste (Jesús), por cuanto permanece para siempre, tiene *un sacerdocio intransferible* (B. de las Américas -margen); por lo cual puede también salvar completamente (más probable que «perpetuamente») a los que por él se acercan a Dios *viviendo siempre para interceder por ellos*».

Hay quienes objetan que la intercesión de Cristo se reduce al acto de permanecer constantemente en presencia del Padre como recuerdo perpetuo de la

expiación llevada a cabo en el Calvario a nuestro favor. Pero esta objeción carece de consistencia, ya que el verbo griego con el que, en ambos lugares, se expresa la intercesión es *entunjánein*, vocablo que comporta el sentido específico de «presentar ante alguien alguna demanda o petición», como se confirma por el uso del mismo verbo en Hechos 25:24 y Romanos 11:2.

Es cierto que nuestro Padre «sabe de qué cosas tenemos necesidad, antes que le pidamos» (Mt. 6:8), pero la palabra de Dios nos dice también que «no tenemos lo que deseamos porque no pedimos» (Stg. 4:2), que «echemos sobre Dios toda nuestra ansiedad, porque él tiene cuidado de nosotros» (1 P. 5:7), y que «si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, *sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho*» (1 Jn. 5:15).

Ahora bien, nuestras oraciones no tendrían efecto si nouviésemos un abogado junto al Padre (1 Jn. 2:1), como nuestro *único Mediador* de nuestras oraciones ante el trono de la gracia, lo mismo que de la salvación que, de parte del Padre, nos trajo a este mundo (véase Jn. 14:13; 15:16; 16:24; 1 Ti. 2:5; He. 13:15; Ap. 5:8). Ningún otro ser humano, por muy santo que haya sido en la tierra, puede participar de la función intercesora de Cristo.

Por eso, como bien dice A.H. Strong (o.c., p. 775), «Toda verdadera intercesión es directa o indirectamente la intercesión de Cristo. Los cristianos son órganos del Espíritu de Cristo. Suponer que Cristo en nosotros ofrece oraciones a uno de sus santos, en vez de ofrecerlas directamente al Padre, es blasfemar de Cristo y equivocarse totalmente sobre la naturaleza de la oración». Hemos de orar *por* otros, pero no debemos orar *a* otros.

2. Jesucristo es nuestro abogado junto al Padre

Normalmente se traduce como «abogado» el vocablo griego *paráketos* que Juan aplica a Jesucristo (1 Jn. 2:1). Jesús aplica implícitamente a Sí mismo el mismo término cuando dice: «Yo rogaré al Padre, y él os dará *otro* Consolador (gr. *paráketon*)» (Jn. 14:16), pero el griego *paráketos*, por su misma etimología, significa «llamado (*kletós*) al lado de (*pará*)»; esto es, «alguien que es llamado para que venga al lado de otro», ya sea para consolar, aconsejar, proteger o ayudar de cualquier otro modo.

Pero el propio Señor Jesús aplica el vocablo directamente al Espíritu Santo (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7) y Pablo lo asegura también implícitamente al decir que «el Espíritu *nos ayuda* en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene no lo sabemos, pero el Espíritu mismo *intercede por nosotros* con

gemidos inefables» (Ro. 8:26). Y, en el versículo siguiente, leemos de nuevo acerca del Espíritu, que «conforme a la voluntad de Dios, *intercede por los santos*».

3. *Jesucristo nos conduce continuamente a la presencia del Padre*

Los sacerdotes del A.T. no limitaban su función a ofrecer sacrificios por el pueblo, sino que también se presentaban ante Dios como representantes de una nación «sacerdotal». Jesús hace mucho más que eso, puesto que, como nuestro Gran Sumo Sacerdote, *nos conduce él mismo a la presencia del Padre*, de forma que ya no tengamos necesidad de un templo terrenal ni de una casta sacerdotal que intervenga ante Dios a nuestro favor.

Este acceso directo al Padre fue tipificado cuando, al ofrecer Jesús un perfecto sacrificio por los pecados, el velo del templo que cerraba el paso al Lugar Santísimo «*se rasgó por medio*» (Lc. 23:45b), es decir «*se partió en dos, de arriba abajo*» (Mt. 27:51; Mr. 15:38). Por eso, leemos en Hebreos 6:19-20: «La cual (esperanza -v. 18) tenemos como segura y firme ancla del alma, y *que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre...*». Y, más adelante (He. 10:19-22): «Así que, hermanos, *teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos...*».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 16

1ª *pregunta* ¿Qué sentimientos ha suscitado en usted el estudio de la presente lección? Quiero traducir para mis lectores un párrafo verdaderamente devocional de Berkhof (*Systematic Theology*, pág. 403):

«Es un pensamiento consolador el que Cristo está orando por nosotros, incluso cuando somos negligentes en nuestra vida de oración; que está presentando al Padre las necesidades espirituales que no estaban presentes a nuestra mente y que, con frecuencia, descuidamos incluir en nuestras oraciones; y que Él ora por nuestra protección contra los peligros de los cuales ni siquiera somos conscientes, y contra los enemigos que nos amenazan, aun cuando no nos percatamos de ello. Está orando para que no cese nuestra fe, y para que salgamos victoriosamente al final».

2ª *pregunta* ¿Le ayuda la presente lección a sobrellevar con mejor ánimo las dificultades y contrariedades de la vida? Voy a traducir para usted unos pensamientos devocionales de D. Logan a propósito de *Mateo 11:2, 11*:

«¿Está Vd. “encarcelado” por mala salud o por su avanzada edad? ¿Ya no es posible el servicio que otrora llevó a cabo Vd. por Dios? Note Vd. que fue precisamente cuando Juan estaba impedido de servir a Dios como lo había hecho antes, y estaba muy desanimado, cuando Cristo tuvo para él esas palabras de alabanza. No sólo es afectado el Señor con el sentimiento de nuestras dolencias, sino que no se olvida de nuestro servicio pasado. “Yo conozco tus obras... has guardado mi palabra” (Ap. 3:8, 10)».

3ª *pregunta* ¿Qué le parece la descripción del reinado de Salomón en 1 Reyes 4:20-34; 10:14-29? ¿Piensa usted, como miembro de la Iglesia, que tiene menores privilegios que Salomón (sobre todo, si usted lo está pasando mal), o cree que los tiene mayores, cualesquiera que sean sus circunstancias?

4ª *pregunta* Volviendo al caso de Salomón, ¿no le parece a usted que causa inmensa tristeza leer, a continuación de la prosperidad de Salomón en el

capítulo 10 de *1 Reyes*, el capítulo 11, donde vemos su desastroso final? Por muy afligido que esté usted y por muy pobre que sea en recursos económicos, ¿cambiaría su condición de cristiano por la sabiduría y la pompa de Salomón? ¡Cuánta verdad en aquello de que

«Aquél que se salva, sabe;
y el que no, no sabe nada»!

- 5^a *pregunta* Aun en el caso de que usted no sea pastor evangélico, líder de iglesia o predicador del Evangelio, ¿puede percibir ahora en su vida algún cumplimiento de su papel como sacerdote? ¿Es usted un intercesor *fiable*? ¿O dice al afligido «voy a orar por usted todos los días», y después no cumple su promesa?
- 6^a *pregunta* De seguro que estará de acuerdo conmigo en que He. 10:19-22 es una porción sumamente consoladora y estimulante; pero, ¿se ha fijado usted en las condiciones requeridas para disfrutar al máximo de esos privilegios? Estas condiciones son cuatro y, en mi opinión, están escalonadas de más a menos en orden de importancia. Traduzco del original, y haré una pequeña observación acerca de cada una: (A) «Acerquémonos *con corazón genuino* (= «sincero»). El corazón es el centro de la vida de una persona, y todo pende del estado y de las motivaciones de ese corazón; (B) «*en plena seguridad de fe*», es decir, con una fe arraigada en firme convicción. (C) «*Habiendo sido rociados de* (gr. *apó* –preposición de alejamiento) *una conciencia malvada (en cuanto a) los corazones*. El uso del verbo «rociar» nos lleva aquí a 1 Pedro 1:2, tipificado en Levítico 8:30, con la gran diferencia de que, en Levítico 8:30, era rociado el *exterior* de los sacerdotes, mientras que en Hebreos 10:22, es rociado el *interior*, lo verdaderamente «íntimo»: el corazón. (D) «*Y habiendo sido lavados con agua pura* (gr. *katharó* –de la misma raíz que el verbo usado en 1 Jn. 1:7, 9) *en cuanto al cuerpo*», tipificado en Lv. 8:6. El cuerpo tiene su importancia como integrante del ser humano y como instrumento del espíritu para el bien y para el mal (véase Gn. 2:7; Ecl. 12:7; Ro. 6:19; 12:1; 1 Co. 6:19-20; 9:27; 2 Co. 5:10; 1 Ts. 5:23). De paso, advierto que la versión literal de 2 Co. 5:10 no es «mientras estaba en el cuerpo», sino «*mediante el cuerpo*». En efecto, ni siquiera una pasajera «idea» se fabrica en nuestra mente sin la intervención de nuestro cerebro, *que es materia*.

LECCIÓN 17

Cristo, el Gran Resucitado

I. INTRODUCCIÓN

La resurrección del Señor Jesucristo puede contemplarse desde tres puntos de vista:

- Como un hecho *histórico* que necesita ser verificado;
- Como una prueba *apologética de la mesianidad de Jesús*;
- Como un elemento *teológico* que concierne a nuestra salvación en sus tres fases: justificación, santificación y glorificación.

1. Aspecto histórico de la resurrección de Jesús

La resurrección del Señor es un hecho registrado con todas las garantías de credibilidad.

- A) Tanto los Evangelios y Hechos, como las Epístolas y el propio Apocalipsis, dan a la resurrección del Señor una relevancia especial. Todo el Nuevo Testamento da testimonio de la resurrección de Cristo. Los enemigos del cristianismo han inventado toda clase de sofismas y han echado mano de todos los recursos, incluso los más ridículos, para intentar destruir o, al menos, rebajar la evidencia de un hecho, cuyas pruebas son superiores a las de cualquier otro hecho de la antigüedad.
- B) Los testigos personales de la resurrección del Señor, que fueron quienes registraron el hecho:

- (a) No estaban *alucinados*, porque las alucinaciones no resisten la prueba del tacto, y ellos *palparon a Jesús y comieron juntamente con él después de resucitado* (ver Lc. 24:39; Jn. 20:25; Hch. 10:41).
- (b) Tampoco estaban *sugestionados*. Aparte de lo difícil que resulta una sugestión *colectiva* en distintos momentos y días, hasta de 500 personas de una vez (1 Co. 15:6), está el detalle importantísimo de que los discípulos, lejos de estar preparados para una sugestión, *estaban dispuestos a no creer en la resurrección de Cristo* (véase Mr. 16:9-14; Lc. 24:9-11, 21-26, 37-43; Jn. 20:8-10, 24-27; 21:1-14).
- (c) *Menos aún estaban interesados en proferir una mentira*. ¿Para qué podía aprovecharles inventar el cuento de la resurrección del Señor, si no hubiese sido un hecho bien probado? ¿Para obtener riquezas, favores, honores? ¿Para subir algún peldaño en la vida social? Es tradición, bien fundada en la Escritura (ver Jn 15:18-16:4, 33; 17:14) que todos ellos pagaron con su vida el testimonio de su fe en el Resucitado, menos Juan que lo pagó con el destierro a Patmos (ver Ap. 1:9). De Jacobo, el hermano de Juan, lo sabemos por Hechos 12:2. De Pedro, por Juan 21:18-19, comp. con 2 Pedro 1:14. De Pablo, por 2 Timoteo 4:6. Decía B. Pascal: «De buena gana creo a testigos que se dejan matar», lo cual, en mi opinión, sólo en parte tiene fuerza probatoria, porque, como bien escribió Agustín de Hipona: «No hace mártires la sentencia (de muerte), sino la causa (por la que mueren)».
- C) Los incrédulos han recurrido al hecho de la pronta muerte del Señor, en comparación con la de los ladrones crucificados junto a él (véase Mr. 15:44; Jn. 19:31-33), para decir que, en realidad, Jesús no murió entonces, sino que José de Arimatea y Nicodemo lo bajaron a toda prisa de la cruz, aprovechándose de las tinieblas y de la confusión que se produjo entre la gente por el terremoto, etc. (ver Mt. 27:54), le curaron las heridas y lo escondieron por algún tiempo. Contra esto decimos:
- (a') Que los soldados se cercioraron bien de que Jesús *estaba muerto; por eso no le quebraron las piernas* (Jn. 19:33).
- (b') Por si fuera poco, «uno de los soldados *le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua*» (Jn. 19:34-35). Eso habría sido suficiente para matarle, si no hubiese estado ya muerto.
- (c') Y, si todavía hubiese quedado algún resquicio de vida, *la forma de embalsamar era suficiente para matar al más vivo* (ver Jn. 19:38-42).

(d') ¿Llevarse de la cruz a Jesús, *vivo o muerto*? Podemos estar completamente seguros de que, si ese hubiese sido el caso, las autoridades judías habrían buscado el cadáver hasta en los últimos rincones del país hasta encontrarlo y, entonces, exhibirlo públicamente por las calles y plazas de Jerusalén y por toda la Judea, etc. ¡No lo buscaron! Y, es muy de notar que, en Hechos 4:13-18, les prohíben hablar en nombre de Jesús, *pero no los llaman mentirosos* ¡NO PUEDEN NEGAR LOS HECHOS!

- D) Todas las medidas necesarias para impedir que alguien se llevara del sepulcro el cadáver, fueron tomadas por los enemigos de Jesús: Fue sellada la gran piedra del sepulcro y fue puesta una guardia de soldados (ver Mt 27:62-66) que, por supuesto, estarían bien armados y guardando el sepulcro por relevos. Sin embargo, *esta misma guardia* es la que va a la ciudad para dar cuenta del hecho (ver Mt 28:11-15). Resulta cómico el recurso de las autoridades, aconsejando a los soldados (y, con el consejo, el soborno) que dijese: «Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, *estando nosotros dormidos*» (v. 13). Bien replica Agustín de Hipona: «¿Y pones por testigos a durmientes? ¡Tú sí que estabas dormido cuando tales palabras proferías!»
- E) Hay dos versículos en Juan (Jn. 20:6-7) que requieren la máxima atención por la fuerza especial que presentan contra los que persisten en sostener que alguien se llevó el cadáver. Dicen así: «Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio *los lienzos puestos allí, y el sudario* que había estado sobre la cabeza de él (Jesús), *no puesto con los lienzos, sino enrollado en un* (gr. *héna* –numeral, no artículo) *lugar aparte*». Si se presta la debida atención a cada palabra, se da una perfecta cuenta de que, al salir de los lienzos y del sudario el cuerpo resucitado de Cristo con las características que vemos en 1 Corintios 15:42-44 (bien demostradas al entrar y salir Jesús con «las puertas cerradas» –Jn. 20:19, 26), tanto los lienzos como el sudario *quedaron en la misma posición que ocupaban cuando contenían el cuerpo y la cabeza de Jesús, pero «desinflados», por decirlo así, al haberse ausentado el cuerpo resucitado de Jesús*. Ahora bien, ¿quién se habría detenido a colocar de forma tan meticulosa los lienzos y el sudario, si intentaba robar el cadáver? Pero, ¿es que habría podido hacerlo, cuando a las pocas horas de ser embalsamado *con unas cien libras de mirra y áloes* (ver Jn. 19:39-40), *tanto los lienzos como el sudario formarían una pasta compacta, extremadamente difícil de disolver?*

F) Finalmente, está la gran prueba de *la tumba vacía*. El obispo católico americano Fulton Sheen escribía en su *Vida de Cristo (Life of Christ)*, London, 1969, pág. 478) que la tumba vacía constituye «la más seria herida de la tierra». Podía haber añadido algo importante que voy a añadir yo: «Una herida que fue, en realidad, *un trauma de parto*, según el original de Hechos 2:24, donde dice Pedro el día de Pentecostés: «al cual (Jesús nazareno -v. 22) Dios levantó, *soltando los dolores de parto* (gr. *odínas*) *de la muerte*». Podríamos dramatizarlo, sin necesidad de alegorizar, diciendo que el sepulcro se revolvía ansioso, deseando «dar a luz», cuanto antes, «al cuerpo de la gloria suya» (Fil 3:21), incapaz de retenerlo, por más tiempo, en su seno. Al dar «suelta» (libertad) a estos dolores de parto de la muerte, Dios *movió la gran piedra del sepulcro con Su mano omnipotente*. ¿Quién, si no, pudo remover esa piedra? ¿Los enemigos de Cristo? No les convenía (véase Mt. 27:62-66; 28:11-15). ¿Los soldados? ¿Qué interés podían tener en ello? ¿Los discípulos de Jesús? Aparte de lo dicho en (B), ¿cómo podían hacerlo sin que los guardias se enterasen y los arrestaran?

2. Aspecto apologético de la resurrección de Jesús

La resurrección de Jesús tiene su aspecto apologético, ya que, con ella, Cristo cumplió lo que tantas veces había predicho de sí mismo (v. Mt. 16:21; 17:23; 20:17-19; 26:12, 28, 31; Mr. 9:30-32; 14:8, 24, 27; Lc. 9:22, 44-45; 18:21-34; 22:20; Jn. 2:19-21; 10:17-18; 12:7).

- A') En efecto, Jesús predijo su resurrección como la *gran señal de su mesianidad* (ver Mt. 12:39). Aunque el texto no habla de manera explícita de la resurrección, la mención de «tres días y tres noches» daba a entender su salida del sepulcro al tercer día; de lo contrario, su comparación con la experiencia de Jonás habría perdido toda su fuerza. El recuerdo de la frecuente profecía de Cristo sobre su resurrección no se apartaba de la memoria de sus enemigos, como puede verse por Mateo 27:63-64. Igualmente aparece como «gran señal» en Juan 2:18-22. Y así fue presentada ante el tribunal del sumo sacerdote, aunque los falsos testigos la tergiversaron (ver Mt. 26:59-62).
- B') Contra quienes sostienen que la resurrección de Cristo no tiene demasiada importancia como artículo de fe (Barth, Brunner), Pablo lo propone,

en 1 Corintios 15:1-5, dentro del núcleo mismo de la fe cristiana. Más aún, en ese mismo capítulo, vv. 14-15, le da un valor apoloético *primordial*. Dice así: «Y si Cristo no resucitó, *vana* (gr. *kenón* = vacía) es entonces nuestra predicación, *vana* (gr. *kené* = vacía) es también nuestra fe. Y somos ballados falsos testigos de Dios; porque testificamos (aoristo, no presente) contra Dios (lit.) que resucitó a Cristo, al cual no resucitó si los muertos no son resucitados». Por tanto, la creencia en la resurrección de Jesús es absolutamente necesaria para que nuestra predicación y nuestra misma fe no se queden «vacías» = *pura cáscara, sin contenido*.

3. Aspecto estrictamente «teológico» de la resurrección de Jesús

Pero la resurrección del Señor tiene también una vertiente teológica de la máxima importancia. Tanto que, según Romanos 4:25 y 1 Corintios 15:17-22, es *esencial para nuestra justificación*. Veámoslo:

- A») Dice Pablo en Romanos 4:25, hablando de «Jesús, Señor nuestro» (v. 24): «el cual fue entregado a causa de nuestras transgresiones (gr. *paraptómata* = «caídas fuera de lugar»), y resucitado a causa de nuestra justificación (gr. *dikaíōsin* = «el acto de justificar», no el veredicto o sentencia de justificación)». Es versión literal, y conviene tenerlo siempre en cuenta. Este «a causa de» no puede tomarse como si nuestros pecados fuesen la causa de la muerte de Cristo, y como si nuestra justificación fuese la causa de la resurrección del Señor, pues por ambos lados resulta totalmente falso, sino en el sentido de que, como dejo dicho en mi comentario de Matthew Henry, «la muerte de Cristo fue la provisión divina para el perdón de nuestras transgresiones, así como su resurrección lo fue para otorgarnos la justicia. Una fe en el Cristo muerto sería una fe muerta. No basta con morir al pecado; hay que salir a una nueva vida». De esta manera, la resurrección del Señor tiene un valor, con respecto a la justificación del pecador, que los escolásticos llamarían «de causa eficiente instrumental».
- B») La misma línea adopta el Apóstol en 1 Corintios 15:17-22, donde dice: «Mas si Cristo no ha resucitado (lit. no ha sido levantado), inútil (es) vuestra fe, *todavía estáis en vuestros pecados*. Entonces también los que durmieron en Cristo, *perecieron* (el mismo verbo de Jn. 3:16). Si solamente en esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más

- dignos de lástima de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que han quedado dormidos. Porque *así como en el Adán todos mueren, así también en el Cristo todos serán vivificados*» (vers. lit.). Analicemos brevemente esta importante porción:
- (a) En el versículo 17 leemos que, «si Cristo no ha resucitado», la fe en él sería *necia, inútil, sin valor*. El Apóstol no usa ahora el término gr. *kené* = vacía sino *mataía* = inútil, que no vale para nada; por eso añade que, en tal caso, estaríamos *en nuestros pecados* (comp. Jn. 8:24). El perdón de los pecados y la donación de la justicia son como una sola «moneda» con dos caras; no se puede tener lo uno sin lo otro: Si no hay perdón de pecados, no se otorga la justicia; si no se imputa la justicia de Cristo, no puede uno presentarse como «inocente» ante el tribunal de Dios.
- (b) Bien puede, pues, añadir Pablo en el versículo 18 que, en tal hipótesis, a los que, como buenos cristianos, habían dormido en Cristo (ver 1 Ts. 4:14), de nada les ha servido su fe, pues era *inútil: «perecieron»*, se han perdido para siempre.
- (c) Sigue diciendo Pablo (v. 19) que, en esa hipótesis, la fe en Cristo serviría como un «anestésico» en las dificultades y persecuciones por causa del Evangelio y como un «freno» contra las pasiones; «el opio del pueblo», como decía Marx. Los mundanos estarían en mejores condiciones, pues ya que todos estaríamos abocados al mismo destino final, ellos, al menos, le pueden sacar a esta vida todo el «jugo» posible. De paso, note el lector cuál es la correcta sintaxis de este vers. No es «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo...», sino «Si solamente en esta vida esperamos en Cristo...». Sé que hay quien ha sacado la conclusión (con la lectura de la RV), que *no debemos esperar solamente en Cristo*. Si se lee como se debe leer, no hay ambigüedad de sentido.
- (d) Aludiendo a Levítico 23:9-14, dice Pablo (v. 20) que Cristo ha resucitado como *«primicias de los que han quedado dormidos»*. De forma que, así como la dedicación de los primeros frutos comportaba la consagración de toda la cosecha, así también *la resurrección de Cristo comporta la nuestra*.
- (e) Da la razón de esto el Apóstol en los vv. 21 y 22, diciendo que, así como *mediante un hombre (entró) muerte, también mediante un hombre (entró) resurrección de muertos* (lit.). Se advierte, pues, aquí como en Romanos 4:25, la virtud «eficiente» de la resurrección de Cristo en la nueva vida que en él se nos otorga. Copio del comentario de M. Henry:

«Por nuestra unión congénita con la primera cabeza de la raza humana, todos morimos en la muerte de Adán... Por nuestra unión, por fe, con la segunda cabeza, Cristo, todos los que nos unimos a él, en él somos vivificados».

- C») Precisamente a causa de la nueva vida que se nos otorga en el Cristo resucitado, como acabamos de ver, la resurrección de Cristo se convierte, para el cristiano, en un «poder» que energiza toda su vida de creyente. En Filipenses 3:10, refiriéndose a Cristo, expresa Pablo su deseo de «conocerle y el poder (gr. *dúnamin*) de su resurrección». *Dúnamis* (o, *dynamis* (¡dinamita!) es la fuerza colosal, encerrada en la nueva vida del Resucitado. Es esa «fuerza» la que el Apóstol ansiaba para correr hacia la meta. En el v. 21, vuelve a referirse al Señor Jesucristo (v. 20), «el cual transfigurará el cuerpo de nuestra baja condición (gr. *tapeinóseos*) haciéndolo conforme (= de la misma forma, conforme al modelo –ver Ro. 8:29) al cuerpo de su gloria, *de acuerdo con* (gr. *katá*) el poder (gr. *enérgeian* = la fuerza activa, el poder en acción; no es el mismo vocablo del v. 10) de poder (gr. *dúnasthai* –infinitivo–, de la misma raíz que *dúnamis*) él y someter para sí todas las cosas». Es, pues, parte de su poder omnímodo, divino, el transformar nuestro cuerpo miserable conforme a la imagen de su cuerpo glorioso. Este poder ejerce su influencia, como queda dicho, en toda la vida del creyente:

(a») *En la regeneración* (ver 1 P. 1:3, comp. con Ef. 2:5-6; Col. 3:1). Pero es en Efesios 1:19-20 donde Pablo acumula epítetos para designar el poder de Dios «a favor de los que creemos», como lo mostró «al resucitar a Cristo de entre los muertos».

(b») *En la santificación*. Habiendo salido de muerte a vida, «el pecado no se enseñoreará de nosotros» (Ro. 6:14). Por nuestra unión con Cristo, el Espíritu Santo nos capacita para «ir dando muerte a las prácticas carnales» (Ro. 8:13. Lit.). No olvidar aquí Filipenses 3:10.

(c») *En la glorificación* (véase 1 Co. 6:14; 15:12-58; 2 Co. 4:14; Fil. 3:21).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 17

- 1ª *pregunta* Después de su larga discusión sobre la resurrección, Pablo termina (1 Co. 15:58) con esta conclusión tan práctica: «Así que, hermanos míos amados, estad firmes, incommovibles, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro pesado trabajo no es vacío en el Señor». Esta es la versión literal, palabra por palabra, pero quiero transcribir la versión que da la *Nueva Biblia Española*, comunicando maravillosamente el sentido: «Por consiguiente, queridos hermanos, estad firmes e incommovibles, trabajando cada vez más por el Señor, sabiendo que vuestras fatigas como cristianos no son inútiles». ¿No le parece que este versículo es como una explicación del 19 y un contrapunto del 32b? ¿No le da a usted ánimo para «trabajar cada vez más por el Señor»?
- 2ª *pregunta* Teniendo a la vista Colosenses 3:1-4, ¿no es cierto que el pensamiento de la aparición en gloria del Señor (comp. con 1 Jn. 3:2), nos estimula grandemente a *buscar constantemente las cosas de arriba*? (el imperativo «buscad» está en presente continuo en el original).
- 3ª *pregunta* ¿Cómo le hace sentirse a usted el pensamiento de tener un día el cuerpo que describe Pablo en 1 Corintios 15:42-44? ¿Aspira usted fuertemente a que llegue ese momento, o es de los creyentes que, más que marchar de la tierra al Cielo, *desearían que el Cielo bajase a la tierra*?
- 4ª *pregunta* ¿Qué actividades o habilidades desearía Vd. ejercitar en esta vida, pero se halla incapacitado por ahora a causa de la debilidad o de las limitaciones de su cuerpo? ¿Cree que dichas actividades serían apropiadas para su futura vida en el Cielo? La respuesta le demostrará a usted mismo donde tiene su corazón la mayor zona de interés.
- 5ª *pregunta* En el punto 1, C), (d') de la presente lección, he mencionado Hechos 4:13-18 como prueba de que las autoridades judías no pudieron negar el hecho de la resurrección del Señor. Quiero aludir ahora a la última frase del versículo 13, donde, con referencia a Pedro y a Juan, el texto

sagrado nos dice que esas autoridades de Jerusalén «*les reconocían que habían estado con Jesús*», el mismo que tantas veces les había avergonzado con su profunda sabiduría. Así se explicaba, no sólo la sabiduría con que hablaban, sino también su gran valentía; incluso hablaban la lengua del pueblo con el mismo acento que el Maestro, aquel acento que había traicionado a Pedro en el patio del sumo sacerdote (ver Mr. 14:70). ¿Puede usted asegurar, puedo yo asegurar, que los enemigos de Cristo, y la gente en general, *reconocen que hemos estado con Jesús*? ¿Nos traiciona el «acento galileo»? ¿O pasamos desapercibidos, casi (o «sin casi») confundidos con los del mundo?

LECCIÓN 18

Cristo, Cabeza de la Iglesia

I. INTRODUCCIÓN

Toda la vida del cristiano, desde su elección en la eternidad (ver Ef. 1:4) hasta la glorificación final (ver Fil. 3:21), se lleva a cabo en virtud de la solidaridad de Cristo con nosotros (ver He. 2:10-18). Y, mediante esta *unión* con Cristo, la Iglesia en general, y cada creyente en particular, recibe la *plenitud* de Dios en Cristo (véase Jn. 1:14, 17; Ef. 1:23; Col. 1:19; 2:9-10). Esta unión con Cristo –expresada, de ordinario, con un «estar en» (ver Ro. 8:1)– es presentada en el N.T. bajo diferentes símbolos que pueden verse en las lecciones 8 y 9 de mi libro *La Iglesia, Cuerpo de Cristo*. Pero voy a entrescar aquí los tres principales, de los que trataré a continuación. Estos símbolos son los siguientes:

- A) «Cepa-pámpanos», que predomina en *Juan*, con énfasis en la *vitalidad*;
- B) «Piedra angular-santuario espiritual», que predomina en *Pedro*, si bien la encontramos en las epístolas de Pablo, con énfasis en lo *cultural*;
- C) «Cabeza-Cuerpo», que es usado exclusivamente por Pablo, con énfasis en la *solidaridad*.

1. La Iglesia bajo el símbolo de «Cepa-pámpanos»

Este símbolo aparece especialmente en Juan 15:1 y ss., donde la viña, imagen familiar del pueblo de Dios (véase Sal. 80:9; Is. 3:14; 5:1-7; 27:2 y ss.; Jer. 2:21; 10:12; Ez. 15:2; Os. 10:1; Jl. 1:7), queda reducida a una sola «cepa», de

cuya vitalidad todos los pámpanos han de participar en íntima comunión para poder dar fruto en abundancia. El símbolo se halla, de otra forma, en Romanos 6:5, bajo la metáfora del *injerto*.

2. *La Iglesia bajo el símbolo de «Piedra angular-santuario espiritual»*

El edificio construido para ser casa, o templo, de Dios es también imagen favorita del N.T. para designar a la Iglesia. Ya en Mateo 16:18, Jesús, «el carpintero» (gr. *téhton* –propriadamente, «albañil, que trabaja con madera»), como lo llama la gente de Nazaret en Marcos 6:3, promete «construir Su Iglesia». Pero de esa Iglesia, Él mismo es, no sólo el constructor, sino también la «piedra angular» (véase Ef. 2:20; 1 P. 2:6). En ambos lugares se usa el término griego *akrogoniaíos* (adjetivo, en funciones de sustantivo), cuya etimología es sumamente interesante, pues *ákrōn* significa «punta», «límite superior», «cima», y *gnoiaios* significa «puesto en la esquina»; de ahí que la frase griega «*kephalé gonías*» = «cabeza de ángulo» venga a designar a Cristo (ver Hch. 4:11; 1 P 2:7) como «piedra angular principal». No obstante, es *akrogoniaíos*, según la etimología arriba descrita, el término que mejor nos presenta el papel de Cristo como «Piedra» que sirve, a la vez, de *suelo firme, normativa recta y techo acogedor*. Sobre esta «Piedra principal del ángulo», se levanta el santuario de Dios en la tierra, un edificio espiritual que no está hecho de piedras materiales (la Iglesia no es un edificio –el edificio es sólo lugar de reunión–, sino una congregación de cristianos, organizada de acuerdo con la palabra de Dios), sino de *piedras espirituales, vivas* (1 P. 2:4-5) y por tanto, destinadas a *crecer*, no sólo en cantidad, sino especialmente en calidad, y a *moverse* con el impulso, y bajo la dirección, del Espíritu Santo.

3. *La Iglesia bajo el símbolo de «Cabeza-Cuerpo»*

Conforme al título de la lección, este es el símbolo que más nos interesa de momento. Y, de entrada, quiero hacer la advertencia de que estamos usando una *metáfora* que, además de requerir atención al núcleo donde está la semejanza, tiene dos *facetas* distintas que habremos de analizar con todo cuidado. Extraeré lo principal de la lección 9 de mi libro *La Iglesia, Cuerpo de Cristo*, punto 3, y añadiré nuevas consideraciones que han ido madurando en mi interior en años más recientes.

Examinando los lugares del N.T. en que aparece esta metáfora, vemos que el objetivo primordial de Pablo, al proponerla, es hacernos ver que la Iglesia es una *unidad viva e indivisible, dentro de la diversidad existente en todo organismo, donde cada miembro tiene que vivir para el conjunto, donde tanto el bienestar como el malestar de cada miembro afecta a los demás y donde cada miembro, así como todo el cuerpo, tiene que estar sometido a la Cabeza. Con este objetivo primordial a la vista*, el Apóstol emplea los distintos pasajes en que presenta la metáfora para decirnos:

- (a) Que los cristianos son un solo Cuerpo en Cristo (Ro. 12:5).
- (b) Que, siendo muchos, forman un solo Cuerpo (1 Co. 10:17).
- (c) Que son bautizados en un solo Cuerpo (1 Co. 12:13).
- (d) Que son los miembros del Cuerpo de Cristo (1 Co. 6:15; Ef. 5:30).
- (e) Que son el Cuerpo de Cristo (1 Co. 12:27).
- (f) Que son miembros los unos de los otros (Ro. 12:5; Ef. 4:25).
- (g) Que son miembros de un mismo Cuerpo con los judíos (Ef. 2:16; 3:6).
- (h) Que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo (Col. 1:24).
- (i) Que Cristo es la Cabeza del Cuerpo (Ef. 1:22-23; 4:15-16; 5:23; Col. 1:18; 2:19).

La metáfora tiene un punto importante donde se quiebra la analogía con el cuerpo humano: En el cuerpo humano, la cabeza posee una identidad física individual con el cuerpo y, por ello, participa de las vicisitudes del cuerpo: con un cuerpo fuerte, es una cabeza fuerte; con un cuerpo débil, es una cabeza débil. En cambio, el Cuerpo de Cristo recibe de la Cabeza todo cuanto es y tiene en el orden de la gracia, pero la Cabeza no participa de la debilidad o languidez espiritual del Cuerpo.

4. Las dos «caras» de la metáfora «Cabeza-Cuerpo»

Los eclesiólogos de la Iglesia de Roma han trabajado de firme en lo que va de siglo, hasta producir obras que pueden llamarse «monumentales». Como es obvio, los evangélicos no podemos admitir *todo* lo que dicen, pero ya quisiera yo que, del lado evangélico, dispusiéramos de libros como *La Iglesia*, de H. Küng, aunque el autor, católico «impenitente», está hoy puesto en cuarentena por su propia jerarquía.

De los tiempos en que yo era profesor de Teología Dogmática en un Seminario Católico Romano, recuerdo que los profesores de la Universidad Gregoriana de Roma distinguían entre «El Cuerpo Místico de Cristo» y «El Cuerpo del Cristo Místico». Veo en W. Grudem, o.c., pp. 858-859, una distinción parecida, pero expuesta con mayor claridad:

- A) Tomando como base el capítulo 12 de 1 Corintios, hace ver Grudem que, en esta vertiente de la metáfora, «*todo el cuerpo* es tomado como metáfora por la Iglesia, porque Pablo habla de “oreja”, de “ojo” y de “olfato”» (1 Co. 12:16-17). En esta metáfora, no se ve a Cristo como la cabeza unida al cuerpo, porque los miembros individuales son ellos mismos partes de la cabeza» (el destacado es suyo).
- B) La cosa es diferente en Efesios 1:22-23; 4:15-16; Colosenses 2:19. «En esos pasajes –dice Grudem–, Pablo dice que Cristo es la cabeza y la iglesia es como *el resto del cuerpo, como distinto de la cabeza*: “... crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las junturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”» (Ef. 4:15-16. El destacado es suyo).

5. *¿Pertenecieron a la Iglesia los israelitas del Antiguo Testamento?*

Grudem, como todos sus «instructores», radicalmente opuestos al Dispensacionalismo, sostiene que la Iglesia es una continuación de Israel. «Tanto los teólogos protestantes como los católicos fuera de la posición dispensacional –afirma Grudem– han dicho que la iglesia incluye lo mismo creyentes del Antiguo Testamento que creyentes del Nuevo Testamento en una iglesia o un cuerpo de Cristo». ¿Está claro? En esto, no puedo seguir a Grudem ni a sus preceptores.

Acabo de oír, por casete, un sermón en el que el predicador era todavía más explícito: «Desde Abel hasta el último creyente del mundo pertenecen a la Iglesia».

Lo curioso es que no hace falta buscar apoyo en el dispensacionalismo para demostrar, a la clara luz de la palabra de Dios, que los creyentes del Antiguo Testamento no supieron absolutamente nada de la Iglesia de Dios. Veamos

lo que dice Pablo en Efesios 2:14-3:10, del que entresacaré los versículos más importantes para no desviar la atención del lector:

2:14. «Porque él (Cristo) es nuestra paz, que de ambos pueblos (gentiles y judíos) hizo uno, derribando la pared intermedia de separación,

2:15. «... *para crear en sí mismo de los dos un solo y un nuevo hombre*, haciendo la paz,

2:16. «y mediante la cruz reconciliar con Dios *a ambos en un solo cuerpo*,

3:3. «que *por revelación me fue declarado el misterio*,...

3:5. «*misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas* (comp. 2:20) *por el Espíritu*:

3:6. «*que los gentiles son coherederos y MIEMBROS DEL MISMO CUERPO*»,

3:8. «A mí... me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo,

3:9. «*y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del MISTERIO ESCONDIDO DESDE LOS SIGLOS EN DIOS*,

3:10. «*para que la multiforme sabiduría de Dios sea AHORA DADA A CONOCER POR MEDIO DE LA IGLESIA A LOS PRINCIPADOS Y POTESTADES EN LOS LUGARES CELESTIALES*» (comp. 1 P. 1:10-12).

De esta porción, podemos sacar las siguientes conclusiones:

- A) Cristo ha creado en sí mismo, de gentiles y judíos, un *solo hombre*, en un *solo cuerpo*, con *igualdad de membresía*.
- B) «Hasta *ahora*» (el momento en que Pablo está hablando), esto era un *misterio escondido en Dios y desconocido de los hijos de los hombres* hasta tal punto que ni los ángeles malos (Ef. 6:12) ni los buenos (1 P. 1:10-12) *lo conocían* –la Iglesia es ahora la «profesora» de ese tema, del que los ángeles son «alumnos».
- C) El misterio no consiste en que tanto gentiles como judíos puedan ser igualmente salvos de gracia mediante la fe (Ef. 2:8), sino en que *ambos ahora forman en Cristo un solo cuerpo*.
- D) Pablo ha dicho ya varias veces en esta misma Epístola que *este cuerpo es la Iglesia* (ver 1:22-23; 4:15-16; 5:23).
- E) Luego *la iglesia es algo nuevo, desconocido de todos hasta el Día de Pentecostés, por lo menos*.

6. Algo sobre el dispensacionalismo

Por vía de breve información y remitiendo al lector, para más detalles, a mi libro *Escatología II*, págs. 244 y ss., sólo diré que entendemos aquí por «dispensación» cada uno de los «métodos» usados por Dios a lo largo de la historia de la salvación, desde el momento en que creó una pareja humana y la sometió a prueba en el Edén.

La historia de la salvación, conforme se nos refiere en la Biblia, nos presenta diferentes situaciones en las que Dios ha colocado (falta por llegar la del milenio) al hombre, con el resultado de que, en todas ellas, el corazón humano ha demostrado ser tan *engañoso y perverso* como siempre (ver Jer. 17:9). A estas siete situaciones llamamos «dispensaciones».

Lo que caracteriza al dispensacionalismo no es sólo la defensa de distintos métodos de Dios en su trato con la humanidad, sino también, y especialmente, la afirmación de que «con referencia a la historia *nacional* de Israel, el periodo actual es un paréntesis» (E. Sauer, *De eternidad a eternidad*, pág. 246. El destacado es suyo). Animamos al lector a leer y estudiar dicha obra, así como el resto de las obras de E. Sauer, y también *Dispensacionalismo, hoy*, de Ryrie, ambos editados por Portavoz Evangélico. Más sobre este tema en la lección 19.

El hecho de que judíos y gentiles formen, en la Iglesia, un solo Cuerpo y estén, en pie de igualdad, al mismo nivel en cuanto a la salvación, da ocasión a los adversarios del dispensacionalismo para decir que las fronteras raciales y nacionales se han borrado. Cuando Pablo dice en Gá. 3:28 «Ya no hay judío ni griego...», da a entender que todos estamos en pie de igualdad en cuanto a ser «*todos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús*» (v. 26), pero quedan:

- A) *Las diferencias raciales*: En Romanos 11, Pablo distingue bien entre gentiles y judíos; y él mismo nunca dice «yo era judío (o, hebreo)» (véase, p.ej., 2 Co. 11:22; Fil. 3:5). El capítulo 11 de *Romanos*, si se estudia sin prejuicios, pone bien de manifiesto las diferencias.
- B) *Las diferencias sociales*: En Efesios 6:5-9, Pablo da por supuesto que no han desaparecido las diferencias entre esclavos y amos.
- C) *Las diferencias sexuales*: Tanto Pablo (ver 1 T. 2:8-15) como Pedro (ver 1 P. 3:1-7) dan como obvias las diferencias entre varón y mujer, tanto en casa como en la iglesia.

7. *Un pasaje muy significativo (Mt. 25:31-46)*

Por su contenido y estructura, también podría intercalarse en la lección 19 o en la 20, pero viene también a cuento aquí, como prueba del papel especial de Israel en la historia de la salvación.

Para todos está claro que el *Rey* de los vv. 34 y 40 es el *Hijo del Hombre*. Por su destino final (v. 46) se ven dos grupos de signo opuesto. Pero, ¿hay sólo dos grupos en la escena? ¡No! Hay un tercer grupo: los «hermanos más pequeños del Rey» (vv. 40, 45). Y la división de ovejas y cabritos se hace en vista a cómo cada uno de los dos grupos se ha comportado con Israel durante la Gran Tribulación. Es el juicio de las naciones, es decir, de los *gentiles* de ese periodo. No verlo es señal de miopía.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 18

- 1^a *pregunta* Cuando piensa usted en la Iglesia Universal como Cuerpo de Cristo, ¿cómo le afecta esto en cuanto a su posición como miembro de ese Cuerpo?
- 2^a *pregunta* ¿Cree usted que la iglesia local a la que pertenece es una iglesia verdadera, genuina? Si no lo fuese, ¿ve claro el camino que debe seguir?
- 3^a *pregunta* Entiende usted bien su papel, como verdadero creyente, en cuanto a fomentar la continua vivificación que cada iglesia, como cada miembro, debe experimentar?
- 4^a *pregunta* En el medio en que usted vive, ¿se echa de ver la unidad de los verdaderos creyentes?
- 5^a *pregunta* Si las cosas marchan mal en la congregación a la que usted pertenece, ¿qué método cree que se debe seguir: (A) marcharse a otra iglesia; (B) quedarse y procurar crecer espiritualmente usted mismo; o (C) advertir al pastor (o, a los pastores) y unirse más estrechamente con quienes piensan como usted? ¿O cree que hay algún otro camino para salir del atolladero?
- 6^a *pregunta* ¿Cree usted que el Nuevo Testamento da alguna indicación en cuanto al número de miembros (como tope) que una comunidad cristiana debe tener?
- 7^a *pregunta* Según el don (o dones) que Dios le ha otorgado a usted, ¿cómo piensa que podría contribuir con mayor efectividad al bienestar espiritual de su comunidad eclesial?

LECCIÓN 19

Cristo, Rey de Israel

1. El Mesías había de ser Rey de Israel

La condición de *Mesías* comporta la de ser *Rey* de Israel. La palabra de Dios deja claro este punto, como veremos de inmediato. Los textos son numerosos:

Génesis 49:10. En su lecho de muerte, Jacob profetiza la suerte respectiva de las doce tribus de Israel y, refiriéndose a Judá, dice: «No será quitado el *etro* de Judá, ni el *legislador* de entre sus pies, hasta que venga *Siloh*; y a él se congregarán los pueblos». Sea cual sea el significado del hebreo *shiloh*, todos los comentaristas cristianos y muchos de los rabinos judíos ven en el versículo una profecía mesiánica.

Números 24:17. Balaam se ha visto forzado por el poder de Dios a dar a Israel bendiciones, en lugar de maldiciones como quería Balac (ver cap. 23) y, al ser despedido con cajas destempladas por Balac (24:11) le da de propina otra profecía; esta vez, apuntando al Mesías: «Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca; saldrá *estrella* de Jacob, y se levantará *etro* de Israel...». Los rabinos explican de diversas maneras este versículo, pero se niegan a ver en él al Mesías, pero los expositores cristianos han visto siempre en él una profecía mesiánica. En la excelente versión de Cantera-Iglesias, dicen los autores en nota a los vv. 15-19: «Segundo oráculo yahvista. Visión del esplendor de la monarquía de David, al que se llama “estrella” y “gobernante” (“etro”, “bastón”, según otros). La tradición judía (?) y cristiana han visto aquí un anuncio del futuro Mesías, descendiente de David, en quien se cumplirían perfectamente estos oráculos.» El interrogante es mío.

Salmo 2. Este Salmo constituye un testimonio tan claro del Mesías como futuro Rey de Israel que el gran rabino Rashí se vio obligado a decir: «Nuestros rabinos lo explican como referente al rey Mesías» (en el comentario del rabino A. Cohen a los *Salmos*).

Isaías 9:6. Es un lugar que siempre suele aducirse por el apoyo que tiene en Mateo 4:15 y ss.; Lucas 1:32 y ss. Dicen Cantera-Iglesias, en nota a los versículos 1-6: «Promesas de liberación en forma de himno de acción de gracias o, según otros, en forma de canto de entronización con muchos motivos propios de la ideología real. En medio de una difícil situación (probablemente fuera la invasión asiria, cf. 8, 23 n.), Yahweh ha hecho cambiar el curso de los acontecimientos; el nacimiento de un príncipe de la casa real de David es signo de que Yahweh está realizando ya la salvación de su pueblo. Para algunos es el mismo niño anunciado en 7, 14, aunque no se puede afirmar con certeza. La tradición cristiana ha visto en estas palabras una magnífica descripción de la venida del Mesías».

Jeremías 23:5-6. «He aquí que vienen días, dice Yahweh, en que levantaré a David renuevo justo y reinará como Rey, el cual será dichoso y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Yahweh, justicia nuestra». Esta profecía, que se halla de forma muy parecida en 33:14-17, asegura que Yahweh hará surgir un digno heredero de David en el trono de Israel, en contraste con la situación que Jeremías está viendo y sufriendo en los últimos años de la monarquía, pues Sedecías era un rey impuesto por el rey de Babilonia.

Zacarías 9:9. «Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de Júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna». Aquí se le pide a la *hija* de Sión (en paralelo con «hija» de Jerusalén), es decir, a la población de la ciudad, que se alegre grandemente, porque viene a su interior *su Rey*. Para mostrar que viene en son de paz, entra cabalgando sobre un asno, hecho que no quita solemnidad al acto, sino que lo simboliza como conviene, pues una entrada a caballo habría significado que venía en plan guerrero (véase el contraste con Ap. 19:11-16).

Mateo 21:4-5. Esta porción señala el cumplimiento de Zacarías 9:9.

Marcos 15:31-32. Este lugar tiene la máxima importancia, porque son los propios enemigos de Jesús quienes dan fe de las profecías del A.T. concernientes al Rey-Mesías: «De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. *El Cristo, Rey de Israel*, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos».

Lucas 19:38. Ahora es «toda la multitud de los discípulos» (v. 37) la que prorrumpe en alabanzas a Dios, «diciendo: ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor (gr. *kuríou* –aquí, Dios el Padre); paz en el cielo, y gloria en las alturas!». Lo de «Bendito el rey que viene en el nombre del Señor» es una cita de Salmo 118:26, cantado por los peregrinos conforme subían por el camino que llevaba a la Ciudad Santa, con lo que se confiere al Salmo la categoría de mesiánico. La última frase es parecida a la de Lucas 2:14, pero hay un cambio muy significativo: En 2:14, los ángeles celebran el nacimiento del Salvador, que era una prueba de la buena voluntad de Dios hacia los hombres (comp. Jn. 3:16), pero en 19:38, el Salvador entra en Jerusalén para ofrecer allí, en el término de pocos días, el sacrificio mediante el cual Dios reconciliará consigo al mundo (2 Co. 5:19) y será posible «tener paz para con Dios» (Ro. 5:1).

Juan 1:49. Sorprendido por la omnisciencia de Jesús, dice con todo entusiasmo Natanael: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; *tú eres el Rey de Israel*».

Juan 12:13-15. Este lugar es un paralelo de Mateo, Marcos y Lucas, y señala el cumplimiento de Salmo 118:26 y Zacarías 9:9.

Juan 18:33-37. En esta conversación de Jesús con Pilato, se ve que el gobernador estaba enterado de lo que se discutía acerca de si Jesús era o no el Mesías anunciado y, por tanto, *el Rey de los judíos*. Ahora tiene la oportunidad de tomar este asunto entre sus manos y, por eso, interroga a Jesús sobre este punto. La respuesta de Jesús es muy mal entendida por los adversarios del dispensacionalismo, como si hubiese negado que habría un reino milenarismo en este mundo. Pero lo que Jesús dijo es: «Mi reino no es de (gr. *ek* –procedente de) este mundo», esto es, «mi reino no tiene su origen en este mundo, viene de arriba, porque es instaurado por mi Padre, no como los reinos de este mundo». Lo confirma el dato de Hechos 1:6-7, donde a la pregunta de los discípulos «¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?», Jesús responde: «No os toca a

vosotros saber los tiempos o sazones que el Padre puso en su sola potestad». Cristo no niega el reino milenarista, sólo habla de tiempos y sazones que el Padre se ha reservado. Compárese esta respuesta con la que da a Felipe en 14:9.

Apocalipsis 11:15. En la dramatización que todo este libro presenta, al toque de la 7ª trompeta es cuando se oye en el cielo la aclamación de «Los reinos de este mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos» (comp. con Lc 1:33). Sin embargo, leemos en 1 Corintios 15:24-26 que, cuando llegue el fin con la resurrección final, *entregará el reino al Dios y Padre*. El reino –como decía el profesor Trenchard– «tiene varias provincias», y es preciso estar alerta al texto sagrado para no confundirse. Como confirmación de lo que vengo diciendo, es menester entender lo que significa la frase «en medio del trono» de Apocalipsis 5:6. No significa –no puede significar– que Cristo aparezca ya sentado *en medio del trono de Dios*; ¿dónde estaría entonces el Padre? ¿a la derecha del Hijo? (volviendo del revés Sal. 110:1). Lo que se da a entender en ese texto es que, en la óptica de Juan que contempla desde fuera toda la escena, el Cordero es visto en la línea que podría trazarse *por en medio del trono, y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos*. Esta afirmación queda reforzada por el hecho de que, en 4:6, con respecto a los cuatro seres vivientes, se dice de ellos que (estaban) «en medio del trono y alrededor del trono» (vers. lit.), es decir, de los cuatro había uno que, en la perspectiva de Juan, aparecía *en medio del trono*. La escena es diferente de la de 22:1, donde se menciona «el trono de Dios y del Cordero».

Apocalipsis 12:5. Dentro de este capítulo, lleno de sugerencias acerca de la historia de Israel, aparece una cita de Salmos 2:9, ya estudiado, tomada de los LXX, que dicen «los *pastorearás...*», en lugar del «*romperás*» del hebreo. Lo importante es la mención de la «*vara de hierro*», siendo el hierro símbolo de fuerza (o violencia, según los casos) drástica, de «palo y tente tieso», como suele decirse. La alusión al reino mesiánico milenarista está clara.

Apocalipsis 17:14. En el v. 13, Juan se ve a sí mismo en el momento en que los «diez reyes» del v. 12, «han dado su poder y su autoridad a la bestia» (el Anticristo –v. el cap. 13) y, pasando del pretérito al futuro, continúa: «Pelearán con el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque *él es Señor de señores y Rey de reyes...*». En *Apocalipsis 19:11-21*, el futuro pasa a ser presente, y Juan describe la victoria del Cordero, presentado ahora bajo la figura de un jinete que monta

un *caballo blanco* (¡no confundirlo con el de 6:2! No coinciden en ningún otro detalle). En los versículos 13-16 de este capítulo 19 hallamos una ampliación de 17:14, con detalles muy significativos, por lo que voy a transcribirlos literalmente del original:

Versículo 13. «Y vestido de un manto empapado en sangre, y se ha llamado su nombre *el Verbo de Dios*»,

Versículo 14. «y los ejércitos, los (que hay) en el cielo le seguían en (gr. *epí* = sobre) caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco, limpio.

Versículo 15. «y de su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él los *pastoreará con vara de hierro*; y él pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios el Todopoderoso (comp. Is. 63:3).

Versículo 16. «Y tiene sobre su manto y sobre su muslo su nombre escrito: *Rey de reyes y Señor de señores*».

Apocalipsis 20:4. La última frase de este vers. es presentada en su propio sentido en la versión de Cantera-Iglesias: «volvieron a la vida y empezaron a *reinar con el Mesías mil años*». El destacado es mío. Para entender quiénes son estos decapitados que vuelven a la vida y obtienen el privilegio de reinar con Cristo en el reino mesiánico milenar, hay que volver la vista a 6:9-11; 12:17; 13:7; 14:12-13; 17:6; 18:24. Un estudio de cada uno de los lugares mencionados traspasaría los límites de este CURSO.

2. Jesucristo no es Rey de la Iglesia

Quien lea reposadamente las profecías mesiánicas y *todo* el N.T., se percatará de que Cristo, el Mesías, es llamado *Rey de Israel*, pero en ningún lugar de la Biblia leerá que es *Rey de la Iglesia*. Para salir al paso de los adversarios del dispensacionalismo, diré enseguida que esto *no hace de menos a la Iglesia*, porque,

- A) La Iglesia disfruta ya de las bendiciones espirituales del Reino de Dios, de todo aquello que está en el núcleo mismo del reino y sin lo cual no se puede entrar en él ni siquiera verlo: el «nuevo nacimiento» que supone la fe y el arrepentimiento (véase, p.ej., Mt. 3:2; Mr. 1:15; Lc. 3:3 y ss.; Jn. 3:3, 5).
- B) La Iglesia es la *Esposa* y el *Cuerpo* del Rey, *de tal Rey*, lo cual es un privilegio mucho más elevado que ser *súbdito del Rey*.

3. Aspectos importantes del Reino de Dios

- A) En primer lugar, un rápido repaso al N.T. nos hace ver que sólo Mateo usa la expresión «el reino de los cielos» con preferencia a la de «el reino de Dios», pero esta última aparece en Mateo 6:33; 12:28; 19:24; 21:31,43 –cinco veces, frente a las 27 en que aparece la primera–, pero esas 5 veces bastarían para convencernos de que «el reino de los cielos» y «el reino de Dios» son una misma cosa. Es muy probable que Mateo, al escribir con la mira puesta especialmente en los lectores judíos, tratase de evitar, en lo posible, el uso del nombre de Dios.
- B) El reino de Dios viene *de arriba* (ver Dn. 7:13, 14, 18, 22, 27), mientras que la Iglesia surge *de abajo*, pues es una «congregación» que supone una «segregación»: un pasar del pecado a la gracia, del mundo a Cristo, del poder de las tinieblas al reino del Hijo de su amor (véase, p.ej., Hch. 2:40; 1 Co. 6:9-11; Gá. 4:8; Ef. 2:5; Col. 1:13; 1 Ts. 1:9-10).
- C) El reino de Dios se llama «perpetuo» (ver, p.ej., Is 9:7; Dn. 7:14, 18, 27; Lc. 1:33; He. 12:28; Ap .11:15) porque no lo puede destruir ningún poder creado y porque desembocará en la eternidad (ver 1 Co. 15:24, 28); no obstante, en su «provincia» mesiánica, con especial atención a Israel, estará limitado al *milenio*. Los adversarios del dispensacionalismo recurren incluso al hecho de que sólo en Apocalipsis 20 ocurre la expresión «mil años», para decir que *un solo lugar y envuelto en símbolos* es poca base para sostener lo del reino milenarista. Un expositor inglés ha llegado a incluirlo entre las «herejías que añaden algo indebido a la Biblia», equiparando los milenaristas con los judaizantes: «los judaizantes –dice– afirman: “Evangelio + Ley”; los dispensacionalistas, “Cristo + Milenio”». Estas frases constituyen un doble disparate mayúsculo, porque, por una parte, el caso del dispensacionalismo no tiene ninguna semejanza con el de los judaizantes, abiertamente opuestos al Evangelio de pura gracia mediante la fe; y, por otra parte, el “Milenio” no es una añadidura a la “Cristología”, sino que es *una parte de la Cristología*. En cuanto a su única explícita mención en Apocalipsis 20, contestaré que hay muchas verdades bíblicas que aparecen una sola vez en las Escrituras, pero no por eso dejan de ser *palabra de Dios*. Además, los lugares que tratan del reino milenarista sin la mención explícita de los «mil años» son numerosos.
- D) Dios y su Mesías no reinan todavía en el mundo, cuyo «príncipe» y «dios» es Satanás (véase Lc. 4:6; Jn. 14:30; 16:11; 2 Co. 4:4; Ef. 2:2). Sólo después

de Apocalipsis 11:15 –final de la primera «espiral» del libro– es cuando se nos refiere el traspaso de poderes. Es muy de notar, en el diálogo de Satanás con el Señor (Lc. 4:5-8), que, ante la afirmación del diablo de que «la autoridad y la gloria de los reinos de la tierra» le había sido entregada a él, Jesús no le contradice, pues en eso el «padre de la mentira» estaba diciendo la verdad. Los reinos de este mundo le pertenecen al diablo, *no por derecho propio*, sino mal adquirido. De este derecho quedó privado por la obra de la Cruz (ver Col. 2:15), pero sigue gobernando *de hecho* (véase 1 Jn. 5:19 «el mundo entero yace en el Maligno» –lit.).

- E) El reino de Dios se fragua *en el interior*. Lucas 17:21 nos ha conservado una frase muy significativa de Jesús: «El reino de Dios *dentro de vosotros* está» (lit. –la única versión correcta del gr. *entós* no es «entre», sino «dentro»). Esto requiere una aclaración: La frase que hemos vertido literalmente no significa que los «fariseos» del v. 20 tuviesen *dentro de sí mismos* las realidades espirituales del reino de Dios pero tampoco significa (contra el parecer de otros expositores) que el reino estuviese *ya* allí por la única razón de que *el Rey estaba ya allí* (no se olvide que todavía no estaba reinando, como hemos mostrado en D). Lo que Cristo da a entender aquí bien claro es que el reino de Dios no consiste en fenómenos externos, llamados a excitar la fantasía de los hombres, sino que ha de comenzar por un *cambio en el interior del hombre* que capacite para ver el Reino de Dios como es menester y, en su debida luz, al futuro Rey, a ese Mesías que se está moviendo entre ellos y poniendo los fundamentos espirituales del reino mesiánico, sin los cuales el disfrute de las promesas temporales no tendría efecto.

4. Profecías bíblicas que tienen que ver con el reino milenarío

Algunas de ellas han sido ya estudiadas en el punto 1 de la presente lección (Sal. 2; Ap. 20:4). Pero quedan muchas más que conciernen *directamente* al reino, y sólo indirectamente al Rey. Me limitaré a mencionarlas, dejando que el lector las estudie por su cuenta, pues no ofrecen dificultades y detenerme a analizarlas ocuparía en el CURSO un espacio indebido. Véanse 2 Samuel 7:10-16; Salmos 2:6-12; 110:3; 149:6-9; Isaías 2:2-4; 11:6-9; 29:17-24; 60:1; 61:4-11; 65:17-25; 66:10-14; Daniel 2:35; 7:13 y ss.; 12:12; Oseas 14:4-8; Joel 3:18; Amós 9:13-15; Abdías v. 21; Miqueas 4:1-3; 5:4-15; Mateo 26:29; Lucas 1:33; 23:42; Hechos 1:6; 3:19-21; Colosenses 1:13; Hebreos 2:5,8; 8:6; Apocalipsis 20:1-6.

De entre todos estos lugares, escojo solamente uno, por la forma especial con que presenta la profecía: *Hechos 3:19-21*. Es conveniente leer todo el contexto anterior y posterior, a fin de percatarse bien de lo que significa este discurso de Pedro a los judíos reunidos en el pórtico del templo «que se llama de Salomón» (v. 11). Dicen así los citados vv. 19-21: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; *para que vengan de la presencia del Señor tiempos de alivio* (lit.), y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba *hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas*, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo». Nótese los siguientes detalles:

- A) Pedro exhorta, *primeramente*, al arrepentimiento y la conversión en orden al perdón de los pecados, pues sólo *un cambio de mentalidad* de los judíos rebeldes respecto al Mesías podría traer, *como consecuencia*, los «tiempos de alivio», es decir, de descanso apacible.
- B) Mediante ese cambio radical en el corazón de los judíos rebeldes, se apresuraría (v. 20) la Segunda Venida del Mesías. Dice la versión de Cantera-Iglesias, en nota a la frase «Y envíe a Jesús»: «la conversión de los judíos adelantará la Segunda Venida de Jesús (los lectores de 2 P. 3:12 deben aguardarla y “apresurarla”)».
- C) La frase del v. 21 «a quien de cierto es necesario que el cielo *acoja* (lit. –es el mismo verbo de 1 Co. 2:14) *hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas*» nos lleva a 1:6, donde los discípulos, conocedores del hecho, preguntan a Jesús: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?»
- D) El v. 21 termina diciendo que de eso precisamente «*habló Dios por boca de sus santos profetas desde el siglo*» (lit.). Pedro menciona en particular la profecía de Moisés en Deuteronomio 18:15-16, pero después (v. 24) habla de «*todos los profetas desde Samuel en adelante*», quizá porque con Samuel comenzaron las «escuelas de profetas» y, más aún, porque fue Samuel quien ungió por rey de Israel a David, fundador de un reino cuyo trono permanecerá para siempre (ver 2 S. 7:10-16).

5. *¿De dónde le viene a Jesús de Nazaret el derecho al trono de Israel?*

Este punto está destinado, ante todo, a una corrección que los poseedores de mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo* deben hacer con urgencia en la página 173, cosa que yo hice cuando el libro acababa de ver la luz pública. Ya era tarde, pero sobrepuse, a máquina, cubriendo justamente lo que quedaba en dicha página del punto B). Tuve que corregir también, en la nota 71, indicada tras la palabra «Scofield», el verbo que yo empleaba y sustituirlo por «dice». Así lo hicieron también mis alumnos del Seteca de Guatemala y algunos otros que estuvieron entre los primeros a la hora de adquirir el libro.

Con la corrección hecha allí, respondo a la pregunta que encabeza este punto 5, transcribiendo íntegro para efectuar la mencionada corrección el apartado B) de páginas 172-173:

B) Mateo da la genealogía de José, mientras que Lucas da la de María. Esta opinión ha conseguido convencer a un número creciente de expositores, entre los que destaca Scofield.⁷¹ Esta opinión puede tenerse por segura, ya que pendía sobre Jeconías, último rey de Judá, una repetida maldición (Jer. 22:24-30; Ez. 21:25-27; Os. 3:4-5) de que ningún descendiente suyo se sentaría en el trono. Siendo José descendiente directo de Jeconías, a él le pertenecía legalmente la corona y, mediante él, a Jesús. Por otra parte, Jesús descendía físicamente, por medio de María, de David por la línea de Natán, que no estaba maldita.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 19

- 1ª *pregunta* El Apóstol Pablo, desde que se convirtió a Cristo, fue odiado a muerte por sus propios congéneres (ver Hch. 9:23). Pero él no se volvió atrás (ver, p.ej., Gá. 2:18). Si es usted un creyente genuino (sea cual sea el medio de donde proceda: judío, católico, budista, sin religión, etc.), ¿está Vd. dispuesto a sufrir lo que Pablo sufrió por causa del Evangelio?
- 2ª *pregunta* A pesar de la enemistad mortal de los judíos inconversos hacia Pablo, ¿no le conmueve a Vd. leer lo que él dice en Romanos 9:1-3? Es admirable ¡Tan odiado por los suyos, y tan amante de los suyos! El v. 3 me recuerda la oración de Moisés en Éxodo 32:31-32 ¿Estaría Vd. dispuesto, como esos dos héroes del amor hacia sus hermanos de raza, a ser «anatema» y «raído del libro de la vida» por quienes sean sus enemigos e incluso puedan odiarle a muerte?
- 3ª *pregunta* En Romanos 9:4-5, Pablo enumera los auténticos privilegios de los judíos en su especial intimidad con el verdadero Dios, Yahweh. Pero esa porción no debe quitarnos de la vista otra: Filipenses 3:3-9. Con estas dos porciones a la vista, le propongo que examine tres maneras de conducirse de un cristiano con respecto a Israel; conozco casos concretos de cada una de esas opciones: (A) Un creyente, no judío, con una afición tan grande para todo lo de Israel que desearía circuncidarse, aunque no padece de fimosis; (B) Un creyente, que presume de ser judío, aunque no posee ningún documento que lo avale, y se mira a sí mismo por encima de los que no somos de extracción israelita; (C) Un creyente, no judío, totalmente indiferente a los avatares del pueblo de Israel. ¿Estaría usted satisfecho adoptando una de esas tres posturas? La forma en que usted piense acerca del texto de la presente lección puede determinar la forma de contestar a esa pregunta.
- 4ª *pregunta* En la lección 18, punto 6, vimos algo sobre el dispensacionalismo. También en la presente lección hemos aludido más de una vez al dispensacionalismo, por la conexión que tiene con el tema de la peculia-

ridad de Israel. Pero el dispensacionalismo tiene también cabida en otras áreas de la hermenéutica bíblica. Dice el profesor Ryrie, en su libro *Dispensacionalismo, hoy* (trad. del Dr. Evis L. Carballosa –Publicaciones Portavoz Evangélico), pág. 24:

El dispensacionalismo, entonces, afirma ser una ayuda porque proporciona la respuesta a la necesidad de distinciones bíblicas, ofrece una filosofía adecuada de la historia y emplea un principio de interpretación consistentemente normal. Estas son áreas fundamentales en el entendimiento correcto de la Biblia. *Si el dispensacionalismo tiene las respuestas, entonces éste es el instrumento más eficaz en la interpretación de las Escrituras. Si no es así, debe ser descartado como inservible*» (el destacado es mío).

¿Cree usted, todavía, que «debe ser descartado como inservible»? Discúlpeme si este pensamiento no le ha pasado nunca por la cabeza.

LECCIÓN 20

La Segunda Venida de Cristo

I. INTRODUCCIÓN

La Segunda Venida de Cristo ocupa un lugar destacado dentro de la Cristología, como puede verse por la atención que la Biblia presta al tema. Quizás no haya otro texto tan relevante a este propósito como 1 Tesalonicenses 1:9-10, donde Pablo les hace a la memoria a sus lectores el destino que Dios tenía para ellos en su elección (v. 4), y es un destino *doble*: «... cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y *esperar de los cielos a su Hijo*, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera».

La comunidad cristiana de los tiempos apostólicos tomó muy en serio este glorioso retorno del Salvador. Antes de la bendición final de toda la Biblia, aparecen aquellas palabras del Señor (Ap. 22:20): «*Ciertamente vengo en breve*». A lo que Juan responde: «Amén; sí, ven, Señor Jesús». Ver también el v. 17a.

Si el Señor no quiso descubrir a los discípulos el tiempo de Su Segunda Venida, después de mencionarla muchas veces, fue por un motivo muy práctico: A fin de que, desconociendo el momento de su Venida, pero estando seguros de su llegada, cada creyente, y la Iglesia en general, se mantuviese en vigilia tensa y animosa expectación, como una novia segura de que el novio que le prometió volver para llevarla consigo (ver Jn. 14:3) había de volver efectivamente en cualquier momento y a cualquier hora del día o de la noche.

El liberalismo bíblico y el modernismo han hecho que, en amplios círculos tanto reformados como católicos, la idea del retorno físico del Señor haya

quedado olvidada o desfigurada. Incluso para muchos cristianos fundamentalistas, viene a ser prácticamente poco más que un artículo de fe en la constitución de la iglesia.

1. Términos con que la Biblia expresa la Segunda Venida del Señor

Espero que el lector tenga a mano, además de mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo*, en la lección 30, mi libro *Escatología II*, en las lecciones 14 a la 31 inclusive. Aunque este 2º libro fue escrito sólo cuatro años después de escribir el 1º, con la docencia en el SETECA de Guatemala, las ideas se me habían clarificado muchísimo. De ambos libros resumiré los conceptos necesarios para que los estudiantes de este CURSO tengan las suficientes ideas claras acerca del tema.

Lugar preferente ocupa Hechos 1:11, donde los dos varones vestidos de blanco dicen a los discípulos que continuaban mirando al Cielo tras la ascensión del Señor: «Varones galileos, ¿por qué estáis parados mirando al cielo? Este Jesús que os ha sido arrebatado hacia arriba, al cielo, *así vendrá, a la manera que le habéis contemplado marchándose al cielo*». Ese «*así vendrá*» nos lleva, por una parte, a Daniel 7:13; Mateo 26:64; y, por otra, a Zacarías 14:4. Otros lugares del N.T.: Mateo capítulos 24 y 25; Marcos capítulo 13; Lucas capítulo 21; 1 Corintios 1:7; 3:15; 4:5; 11:26; 15:51-57; Filipenses 3:20; Colosenses 3:4; 1 Tesalonicenses 4:13; 5:4; 2 Tesalonicenses 1:7-12; 2:1-4; Tito 2:13; Apocalipsis 1:7; 22:6-20.

Tres son los términos con que en N.T. expresa la Segunda Venida del Señor:

- A) *Parousía*. Del verbo *páreimi* = estar presente, significa «presencia», pero podríamos definirla mejor como «presentación» (véase Mt. 24:3, 27, 37, 39; 1 Co. 15:23; 1 Ts. 2:19; 3:13; 4:15; 5:23; 2 Ts. 2:1, 8; Stg. 5:7, 8; 2 P. 1:16; 3:4, 12; 1 Jn. 2:28).
- B) *Apokálupsis*. Significa «revelación» (remoción de un velo) y enfatiza el hecho de que el retorno de Jesús comportará una especial revelación de sí mismo, la cual habrá estado velada hasta entonces (ver 1 Co. 1:7; 2 Ts. 1:7; 1 P. 1:7, 13; 4:13).
- C) *Epipháneia*. Según su etimología (*epí* = sobre, y *pháino* = brillar o alumbrar), significa una «aparición» o «manifestación», súbita, desde arriba; en este caso, de forma *gloriosa*, pues implica que algo ha estado oculto, sin salir a la luz (véase 2 Ts. 2:8; 1 Ti. 6:14; 2 Ti. 1:10; 4:1, 8; Tit. 2:13).

2. ¿Una o dos Venidas?

La respuesta a esta pregunta depende del punto de vista que se sostenga respecto a la «Gran Tribulación».

¿Qué entendemos por «Gran Tribulación»? Lo resumo de *Escatología II*, lección 18: Los 7 años que median entre el arrebatamiento de la Iglesia (bien claro –expresamente– en 1 Ts. 4:17) y la manifiesta aparición del Señor para derrotar al Anticristo (ver 2 Ts. 2:8; Ap. 19:11 y ss.).

Si creemos que esos dos acontecimientos están separados por algún espacio de tiempo, hemos de creer que la 2ª Venida de Cristo abarca *dos* momentos: el 1º, antes de la «Gran Tribulación», *para recoger a los suyos*; el 2º, después de la «Gran Tribulación», *para venir con los suyos*. Los que opinan que se trata de *un solo* momento tienen que admitir que la Iglesia ha de pasar por la «Gran Tribulación», contra la clara enseñanza de las Escrituras (ver Jer. 30:7; Dn. 9:27; 1 Ts. 1:10). Voy a detenerme por unos momentos en estos tres versículos:

Jeremías 30:7. «¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto que no hay otro semejante a él; *tiempo de angustia para Jacob*; pero de ella será librado». En mi opinión, los vv. 7 y 10 presentan el nombre de *Jacob*, el débil suplantador que actúa por sus propios medios, insuficientes, en lugar de *Israel*, que señala al que ha luchado con Dios y ha logrado su bendición y, con ella, su ayuda cumplida. ¿Qué «día» es ése del que habla Jeremías? Es, sin duda, el «Día de Yahweh», que comienza con terrible aflicción para las naciones y, a su tiempo, para Israel (ver Is. 13:6; Jer. 46:10; Lm. 2:22; Ez. 30:3; Jl. 1:15; 2:1).

Daniel 9:27. Se trata de la 70ª semana de Daniel. La profecía de las 70 semanas (mejor, 70 unidades de siete) comienza en el v. 24 y termina en este v. 27, que empieza así en el original «Y por otra semana hará que se concierte un pacto con muchos». Pero el v. continúa diciendo: «*a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda*». Es en esta 2ª mitad de la última semana cuando la angustia de Jacob llegará a su punto más alto. Apocalipsis 13:14 nos ofrece el cumplimiento de esta profecía.

1 Tesalonicenses 1:10b. «... a Jesús, *quien nos libra de la ira venidera*». Ambos verbos están en presente continuo, con lo que podría traducirse: «quien nos *está librando* de la ira que *está viniendo*»; esto nos muestra que hay una acumulación continua de la ira de Dios, como en Romanos 2:5, 8; 5:9; 9:22; 13:5; 1 Tesalonicenses 2:16, para darle rienda suelta en su día (ver Ap. 6:16-17).

He aludido, al comienzo de este punto 2, a 1 Tesalonicenses 4:17, porque en él usa el original el verbo *harpázo* que, en este contexto, sólo puede significar «arrebatar». Tenemos, en mi opinión, una confirmación de esto en 2 Tesalonicenses 2:6-7, cuya interpretación más probable es la siguiente: *Lo que* está impidiendo que se manifieste «el hijo de la perdición» (lit.) –el mismo Anticristo, como se ve por los detalles que aportan los vv. 3-5, es la Iglesia. En cambio, en el v. 7 aparece un sujeto, no en neutro, sino en masculino: *El que* lo detiene... «hasta que él se haga (gr. *génetai*, el mismo verbo de Jn. 1:14) de en medio» ¿Quién puede ser? Como Scofield, Chafer y Walvoord (Ryrie lo admite como alternativa), creo firmemente que es el E. Santo. Algo tan espantoso como «el misterio de iniquidad» sólo puede ser detenido por un personaje de mayor poder que el del Anticristo y el del diablo que le comunica ese poder, según Ap 13:2, 4 (comp. con 1 Jn. 4:3-4).

3. *Distintas formas de ordenar los acontecimientos del final*

Resumo aquí la lección 22 de mi libro *Escatología II*.

Vamos a deslindar dos puntos que son totalmente distintos: A) Relación de la Segunda Venida de Jesús con el Milenio; B) Relación de la Iglesia con la «Gran Tribulación».

- A) En cuanto a lo primero, las opiniones de los evangélicos se dividen en tres grupos:
- a) *Amilenaristas*. No creen en un Milenio literal. Aplican a la Iglesia los textos que hablan de un reino terrenal. Admiten una sola resurrección literal y otra espiritual en Apocalipsis 20:4-5, y un solo momento en la Segunda Venida de Cristo, conforme a Mateo 25:46; Juan 5:29. El diablo ya está atado. *Crítica de esta postura*: Si las profecías que afectaban al pasado se cumplieron literalmente (p.ej. Is. 53), ¿por qué se han de tomar alegóricamente las que están por cumplir? Admitir una resurrección espiritual en un contexto claro de volver a la vida creyentes decapitados, es algo totalmente arbitrario. Mateo 25:46 será explicado luego; Juan 5:29 se limita, como Daniel 12:2, a dar los dos destinos opuestos de los fallecidos, pero 1 Corintios 15:20-24 sólo se entiende si hay *más de una resurrección de los salvos*. Y que el diablo esté ya atado *ahora*, difícilmente puede sostenerse a la vista de Hechos 5:3; 2 Corintios 4:4; Efesios 2:2; 6:12; 1 Juan 5:19.

b) *Postmilenaristas*. Sostienen que la Segunda Venida será *después* del Milenio literal, al que habrá sido preparada la humanidad mediante un periodo de paz y prosperidad como consecuencia de la predicación del Evangelio hasta los últimos confines del orbe, entendiendo así Isaías 11:9. Después de la 1ª Guerra mundial (1914-1918), perdió muchos seguidores. El mundo, en vez de ir *a mejor*, está pasando por una crisis religiosa, moral y económica sin precedentes. En fin, lugares como Mateo 7:13-14; 24:15-31; Lucas 18:8; 2 Tesalonicenses 2:3-4; 2 Timoteo 3:1-5, 12-13; 4:3-4 son suficientes para rebatir el postmilenialismo.

c) *Premilenaristas*. En general, admiten el Milenio literal, antes del cual se habrá llevado a cabo la Segunda Venida del Señor. Los vueltos a la vida reinarán con él en paz y prosperidad, aunque un gran número de corazones, a juzgar por Apocalipsis 20:9, no habrán sido regenerados interiormente, y serán así seducidos por el diablo –suelto de nuevo por un poco de tiempo– para «rodear el campamento de los santos y la ciudad amada». Esta vez (v. 10), «serán consumidos por el fuego descendido del cielo de parte de Dios» (comp. 21:2 –en contraste– con la misma fraseología).

B) Recuérdese la división hecha en las primeras líneas de este punto 3. Al hablar de «Relación de la Iglesia con la «Gran Tribulación» vamos a mencionar tres ramas diferentes de los premilenaristas:

a') *Pretribulacionistas*. Sostienen que la Iglesia será arrebatada *antes* de que comience la Gran Tribulación. Es la opinión que mejor se compagina con todas profecías en general, y con Apocalipsis en particular. Sin esta posición, el dispensacionalismo cae por su base. Y el dispensacionalismo, aparte de lo que dije en la lección 19, tiene la suma ventaja de que, con él, *toda la palabra de Dios, en todas sus porciones, encaja maravillosamente como las piezas de un enorme rompecabezas*.

b') *Mediotribulacionistas*. Sostienen que la Iglesia pasará por la Gran Tribulación, siendo arrebatada a la mitad de la semana 70ª de Daniel. Sus apoyos bíblicos son 1 Corintios 15:52 comp. con Apocalipsis 11:15 (la misma trompeta); Apocalipsis 11:2; 12:6 (de esta mayor Tribulación será liberada la Iglesia); Apocalipsis 11:11 presenta el «arrebataamiento». *Crítica*: La trompeta de 1 Corintios 15:52 es la de 1 Tesalonicenses 4:16 («trompeta de Dios»); la de Apocalipsis 11:15, «trompeta de ángel». La mujer de 12:6 no es la Iglesia, sino Israel (bien identificable, si se analiza 11:19 y 12:1. Los «dos testigos» de 11:3-12 no son personajes del Nuevo Testamento, sino del Antiguo. La Iglesia aparece ya en el Cielo, en los capítulos 4 y

5, representada por los 24 ancianos, *antes de que comience la Gran Tribulación*.

c') *Posttribulacionistas*. Opinan que la Iglesia será arrebatada después de pasar por toda la Gran Tribulación, la semana 70^a. de Daniel *entera*. Apoyo bíblico: Jn 15:20; 16:33 (Jesús promete que tendrán «tribulación»); Ap 7:9 y ss. (multitud innumerable, salida de -gr. *ek* = de en medio de, no *apó* = preservados de- *la gran tribulación*). *Crítica*: La Tribulación de Apocalipsis 7:14 es «Gran Tribulación», no las pasadas y presentes aflicciones que Jesús profetizó a los discípulos. La multitud de Apocalipsis 7:9 y ss. *no* incluye a la Iglesia, sino a los martirizados de toda índole durante la Gran Tribulación; no ha de extrañarnos que sea «innumerable», si tenemos en cuenta dos factores: (1) El arrebatación de la Iglesia será un suceso tan extraordinario que no podrá menos de afectar a miles y miles de personas; el pánico podrá dar paso a un temor de Dios que será avivado por el testimonio de los 144.000 judíos sellados (Ap. 7:1-8). (2) Es cierto que el Espíritu Santo *se habrá hecho de en medio* (2 Ts. 2:7), pero eso no significa que su ministerio haya cesado en cuanto a convencer de pecado, regenerar a los inconversos y santificar a los convertidos; *sólo habrá cesado como agente incorporador y Espíritu corporativo de la Iglesia*.

Como final de esta lección y, con ella, de la Parte II (Dios Redentor) del CURSO PRÁCTICO DE TEOLOGÍA BÍBLICA, quiero decir que, por encima de todas estas opiniones, debe reinar el *amor, vínculo perfecto* (Col. 3:14). Teólogos de las diversas opiniones están de acuerdo en esto. ¡Lástima que, con frecuencia, todo eso se quede en afirmaciones teóricas mientras en su corazón arde todavía el famoso «odio teológico», especie muy antigua en la historia del cristianismo!

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 20

- 1ª pregunta* ¿Está usted preparado para el feliz encuentro con el Señor? ¿O le resulta indiferente? ¿Pondría usted excusas, como aquellos invitados a la gran cena, en Lucas 14:18-20?
- 2ª pregunta* ¿Dónde querría usted que le sorprendiera la Venida del Esposo? Supongo que es creyente verdadero; ¿tendría que «alejarse de él avergonzado»? (v. 1 Jn. 2:28-29). ¿Aspira usted a tener «amplia entrada en el reino eterno»? (ver 2 P. 1:11 –lea todo el contexto anterior). ¿O es de los que dicen: «Yo, con tal de hallar un rinconcito allí...»?
- 3ª pregunta* Si es usted padre de familia, ¿qué actitud tomaría si sus hijos o hijas frecuentasen bares, discotecas, cines y salas de baile? Más aún, si ya han sido bautizados, habiendo dado testimonio de haber recibido al Señor. Si fuese ése el infortunado caso, les debería preguntar cómo se sentirían si el Señor los sorprendiera allí.
- 4ª pregunta* Respecto a la actitud de los discípulos en Hechos 1:10-11, ¿qué piensa usted? ¿Es que no está bien dedicar tiempo a la «contemplación»? ¿Qué le sugiere la advertencia de los «dos varones (ángeles) con vestiduras blancas»?
- 5ª pregunta* Si usted cree en el «arrebataamiento» de la Iglesia, ¿qué le parece la conmoción que ocurrirá en familias donde convivan juntos creyentes e inconversos? Si no fuese creyente, ¿qué sentiría si de pronto, una noche, desapareciera de su cama su esposa, o alguno de sus hijos ya convertidos? Un niño español, cuyo nombre no menciono porque todavía vive (que yo sepa), se despertó a hora temprana de la noche y, al no hallar a sus padres, prorrumpió en sollozos porque pensó que ya había ocurrido el «arrebataamiento». Así lo hallaron sus padres al volver de la reunión de oración.
- 6ª pregunta* ¿Lo de los 144.000 sellados de Apocalipsis 7:3-8 le ayuda a usted a calibrar el potencial misionero del pueblo de Israel? Una de las cosas que

más me conmueven, y hasta me hacen sentirme «muy pequeño», es leer de judíos convertidos a su Mesías dando testimonio a otro judío en su misma lengua hebrea, con la misma Biblia Hebrea en la mano de cada uno de ellos y con un poder persuasivo de quien ha sido tocado fuertemente por el Espíritu Santo y está comunicando a otro, su conocimiento, su experiencia personal y su fuego.

7ª *pregunta* Haciendo un comentario de las palabras de Pablo en 1 Corintios 1:7 «... *esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*», dice así una hojita de calendario (autor anónimo):

«Esperar presupone una esperanza no realizada todavía. Implica un amor aún no consumado. Anticipa un gozo aún no experimentado. Sugiere la necesidad de preparación, para ese encuentro. Requiere diligencia en la expectación, porque la venida es sin aviso previo. Declara una reunión de quienes se quieren mutuamente. Demanda estar ocupado hasta que venga. Motiva pureza de vida en el presente. Incita al corazón a cantar en días oscuros por la emoción de ello. Conduce al alma a la adoración por la maravilla de ello. Fortalece la voluntad para perseverar por la certeza de ello».

Parte III

DIOS
SANTIFICADOR

INTRODUCCIÓN

Necesito recordarle al lector que este nuevo CURSO DE TEOLOGÍA BÍBLICA no está destinado a sustituir al antiguo CURSO DE FORMACIÓN TEOLÓGICA EVANGÉLICA, sino a simplificarlo y completarlo a nivel devocional y como guía para profundizar en la palabra de Dios, a fin de conocerle cada día más y mejor de un modo experimental. En lo que concierne a esta Parte III, remito al lector a los tomos V y X de la mencionada Serie Teológica (DOCTRINAS DE LA GRACIA y ÉTICA CRISTIANA respectivamente).

No ha de extrañarle al lector que la presente Parte sea algo más extensa que las dos anteriores, ya que, en realidad, es la más importante.

En efecto, EL ESPÍRITU SANTO NOS ES IMPRESCINDIBLE, porque:

1. Sin la obra del Espíritu Santo, no tendríamos nada de orden sobrenatural

- A) *No tendríamos Biblia.* Dice Pedro (2 P. 1:21) «... llevados por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de parte de Dios» (lit.). Y, como veremos en la lección 18, el mismo Espíritu que «llevó» a los escritores sagrados a puerto seguro al inspirarles lo que habían de poner por escrito, guía también a los creyentes a toda verdad, enseñándoles y recordándoles todo lo que el Señor ha revelado.
- B) *No habría Iglesia.* La Iglesia nació el día de Pentecostés, al descender el Espíritu Santo sobre los reunidos en el Aposento Alto y posarse sobre ellos «lenguas como de fuego», atizado por un «viento recio» (Hch. 2:1ss), simbolizando todo ello el *bautismo de poder* con que Cristo (ver Hch. 2:33) bautizaba a los creyentes para capacitarlos como

testigos Suyos hasta los últimos confines de la tierra (Hch. 1:8). Este poder es el que Jesús les había prometido antes de subir a los cielos (Hch. 1:5, 8). Por su parte, el Espíritu Santo bautiza a cada uno de los creyentes con *bautismo de gracia*, haciendo que lleguen así a formar parte del Cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13). Y de este mismo Cuerpo, del que Cristo es la *Cabeza*, el Espíritu Santo es como el *alma* (ver Ef. 4:3-4). Se da *sin medida* a Jesús (ver Jn. 3:34) y *con medida* a cada uno de los miembros (Ef. 4:7), entre quienes reparte Sus dones «según quiere» (ver 1 Co. 12:3-4, 7ss.).

C) *No sería posible la salvación personal*. La salvación comprende tres etapas:

(a) *Justificación*. Esta es la 1ª etapa de la salvación (ver Ef. 2:8). El Espíritu Santo aplica la gracia de la *fe* al pecador convicto de pecado, lo *sella* para garantizar su salvación final y le *ilumina los ojos* del entendimiento (o, del corazón -Ef. 1:13, 18). *Nacido del Espíritu* (Jn. 3:5-8), el creyente *es adoptado* por el mismo Espíritu (Ro. 8:15), ya que, en el bautismo, fue introducido en la familia de la Trina Deidad (ver Mt. 28:19).

(b) *Santificación*. El proceso de la santificación progresiva se lleva a cabo mediante la conducción del Espíritu Santo (Ro. 8:9-14; 2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2). La justificación tiene que ver con el *estar en Cristo* (Ro. 8:1; 2 Co. 5:17; Gá. 2:17; Fil. 3:9), pero la santificación tiene que ver con el *andar en Cristo* (Col. 2:6) por medio del Espíritu Santo (Ro. 8:4; Gá. 5:25), siendo guiados por Él (Ro. 8:14).

(c) *Glorificación*. El toque final de la santificación es la glorificación, que Pablo llama «la redención de nuestro cuerpo» (Ro. 8:24). Como puede verse por Efesios 4:30, esto es obra del Espíritu Santo, ya que nuestra resurrección será llevada a cabo por el Padre mediante la obra del Espíritu (Ro. 8:11). Mediante Él, es llevada también a cabo la *mortificación* o muerte paulatina de las «prácticas del cuerpo» (Ro. 8:13 -lit.).

2. *Con el Espíritu Santo actúan también siempre el Padre y el Hijo*

En efecto, las Personas de la Deidad forman una familia muy bien avenida:

- A') No guardan fiesta –trabajan en domingo– (ver Jn. 5:15-18) y lo hacen conjuntamente (véase Jn. 5:19; 16:13).
- B') Lo que hacen *al exterior* (p.ej. en nosotros) es como una irradiación de lo que son y hacen *en el interior* de la vida intratrinitaria, lo cual tiene buena aplicación práctica para la Iglesia y para cada uno de los creyentes. Así,
- (a') Entre las tres Personas de la Deidad, hay perfecta unanimidad de pareceres (ver Jn. 5:19; 7:16; Ro. 8:27).
- (b') Actúan, por eso, de común acuerdo en toda empresa (véase Jn. 10:28-30; 14:10-11, 24).
- (c') No obstante, cada una pone al exterior la nota peculiar que la distingue de las otras dos en el interior de la Deidad. El Padre es principio original y último término en todo (ver Jn. 14:6b). El Hijo es intermediario en todo (ver 1 Ti. 2:5). El Espíritu Santo cierra el triángulo trinitario y es como punta de lanza amorosa al exterior –EL AMOR PERSONAL SE HACE DON PERSONAL– (Ro. 5:5; se *derrama* porque Su símbolo principal es el aceite).
- C') Cada Persona busca la gloria de las otras dos, no la Suya propia. Copio de mi libro *Espiritualidad Trinitaria*, página 61, lo siguiente:

«El elemento de *entrega* mutua, amorosa –en grado infinito– de las personas divinas, el cual nos muestra la constitución personal de las mismas mediante una *relación subsistente* (sustantiva *hacia otro*, no *hacia sí*), se manifiesta en las obras hacia el exterior (*ad extra*), por el hecho de que cada una de las personas divinas, en lugar de buscar Su propia gloria, busca la de las otras... ¡Ninguna de las personas divinas se glorifica a Sí misma!... ¡Qué modelo tan estupendo de lo que debe ser nuestra entrega a Dios y a los hermanos! “Ser para los demás fue la divisa de Cristo” (ver Hch. 10:38) y debería ser también la nuestra. ¡Este es el verdadero “amor libre”! (ver Gá. 5:13; 6:2).»

Quizá dirá algún lector: Seguramente que la obra del Padre y la del Hijo nos son tan imprescindibles, por lo menos, como la del Espíritu Santo. ¿Por qué, pues, le da el autor una relevancia especial a la obra del Espíritu Santo?

A esta pregunta respondo que es cierto que, en efecto, tan imprescindibles son la obra del Padre y la del Hijo como la del Espíritu Santo; pero recuerde el lector lo que ya he puesto de manifiesto en las dos Partes anteriores: Todo lo que nos afecta personalmente es *programado* por el Padre, *llevado a cabo* por el Hijo y *aplicado* por el Espíritu Santo. Y es precisamente esta «aplicación» la que da especial relevancia a la obra del Espíritu Santo, *no porque sea más importante, sino porque nos toca más de cerca.*

Finalmente, todo lo que escribí en la *Introducción* a la Parte I del CURSO PRÁCTICO DE TEOLOGÍA BÍBLICA es valedero para esta tercera parte, como ya lo hice saber también en la *Introducción* a la Parte II.

EL AUTOR,
FRANCISCO LACUEVA

Malmesbury (Inglaterra), 18 de junio de 1997

LECCIÓN 1

¿Quién es el Espíritu Santo?

I. INTRODUCCIÓN

Estamos en una etapa de la Historia de la Iglesia en que el tema del Espíritu Santo ha cobrado una nueva dimensión con el fenómeno pentecostal. Aun sin llamarse «pentecostales», se están formando numerosos grupos que se llaman a sí mismos «carismáticos» a secas, o «carismáticos moderados». Más aún, el fenómeno no es exclusivo de comunidades evangélicas, sino que prolifera dentro de la Iglesia de Roma y en la llamada «Ortodoxia», aunque la raíz del fenómeno es distinta en cada una de dichas organizaciones. Sin embargo, en todas se da ese afán por lo espectacular, como es, por ejemplo, «el hablar en lenguas».

¿Significa esto que el pueblo más o menos «cristiano» está alcanzando un mejor conocimiento doctrinal y experimental de la Persona y la Obra del Espíritu Santo? Aun cuando se me tache de «pesimista», creo firmemente que no es éste el caso. Sería interesante examinar a muchos que se autotitulan «pentecostales» o «carismáticos», usando como base de cuestionario el presente volumen.

A ellos, y a todos los lectores, va dirigido el presente volumen y, en especial, la presente lección. Procedamos por partes.

1. *El Espíritu Santo es Persona*

- A) Entendemos por *persona* alguien que se reconoce como un ser *distinto* de los demás, que es *consciente* de lo que ocurre en su propio interior, que *se percibe* de lo que pasa en torno suyo y que se siente *dueño* de sus actos, es decir, *responsable*.

- B) La Biblia no usa el vocablo «persona» para referirse al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo, pero vemos, por ejemplo, que Jesús –el Hijo de Dios–, utiliza los pronombres *personales* «yo», «tú», «él», para dirigirse al Padre y hablar del Espíritu Santo.
- C) Como el concepto de «persona» no se aplica de la misma manera a nosotros (limitados en el ser e imperfectos en el obrar) que a Dios (infinito en el ser y santísimo en el obrar), no podemos alcanzar una idea aproximada de la personalidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino:
- (a) Atendiendo bien al lenguaje de la Biblia, donde vemos la comunicación perfecta entre las mismas personas divinas y la revelación que de sí mismas nos han dado en la palabra de Dios (ver He. 1:1-2).
- (b) Analizando los elementos de la personalidad humana, ya que el hombre fue creado «en nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza», según dice Dios literalmente en Génesis 1:26. Es cierto que la imagen de Dios en el hombre quedó deteriorada por el pecado, pero no se borró del todo (ver Stg. 3:9).
- D) Que el Espíritu Santo es *persona* se muestra:
- (a') Por Mateo 28:19, donde aparece en línea con el Padre y el Hijo, de quienes nadie duda de que son personas.
- (b') Por el epíteto griego *Parákletos* (alguien que es llamado para que venga *al lado de* otro a fin de ayudarlo). Jesús lo aplica al Espíritu Santo en Jn. 14:26; 15:26 y 16:7. Con rara unanimidad, los expositores bíblicos de todos los colores arguyen del uso del pronombre masculino para afirmar que es *persona*, no una *fuera*, etc., ya que «espíritu» (*pnéuma* en griego) es de género neutro. Este argumento no tiene ninguna fuerza, ya que dicho pronombre masculino no concierne gramaticalmente con *pneuma*, sino con *Parákletos*, que es de género masculino.
- (c') Por las funciones de carácter *personal* que lleva a cabo en nosotros:
- 1) *Enseña*, hace recordar, guía a toda la verdad, etc. (véanse los textos aludidos en (b)'); 2) *Intercede* (Ro. 8:27) y reparte dones *como quiere* (1 Co. 12:11); 3) *Puede ser entristecido* (Ef. 4:30).

2. *El Espíritu Santo es una Persona de la Deidad*

- A) De nuevo, por Mateo 28:19, puesto que el bautismo simboliza ahí el ingreso del creyente en la familia de la Deidad (gr. *eis to ónoma* = hacia el nombre).

- B) La Biblia identifica al Espíritu como el Yahweh del A.T., en especial en citas en que habla Dios directamente, por ejemplo Hechos 28:25, comp. con Isaías 6:1-13; Hebreos 10:15-17, comp. con Jeremías 31:31-34.
- C) La blasfemia y la mentira contra el Espíritu Santo son consideradas en la palabra de Dios como blasfemia y mentira contra Dios (véase Mt. 12:31-32; Hch. 5:3-4, aunque en mi opinión este último texto hay que analizarlo con mucho cuidado).
- D) Más aún, por Mateo 12:32 y Marcos 3:28-30, vemos que el pecado contra el Espíritu Santo parece revestir mayor gravedad que el pecado contra el Hijo, quizá porque va directamente contra la aplicación del único remedio para no «perderse» (comp. Ef. 5:18).
- E) Si se compara 1 Corintios 3:16 con 1 Corintios 6:19, vemos que «templo de Dios» y «templo del Espíritu Santo» son sinónimos –y sólo a Dios se dedica un templo.
- F) En 1 Corintios 2:11 leemos que «las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios»; comparándolo con Lucas 10:22, se advierte que el Espíritu Santo es Dios.
- G) Romanos 8:11 atribuye al Espíritu Santo la función instrumental de «vivificar» –función divina, como se ve por Juan 1:4; 3:3-8; 4:14; 5:26; 7:37-39.
- H) Otros textos que pueden estudiarse son: Génesis 1:2; Job 26:13; Mateo 12:28 (comp. con Éx. 8:19); 1 Corintios 12:4, 13; Efesios 4:3-4. Incluso puede verse en Números 15:30-31, comp. con Hebreos 10:29: «... e hiciere afrenta al Espíritu de gracia».

3. *El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (o: del Padre por el Hijo)*

- A) Explícitamente se dice en Juan 15:26 que el Espíritu Santo «procede del lado del (o “de parte del”) Padre», pero el verbo mismo «ekporéuetai» (por el prefijo «ek») indica que *sale de dentro del Padre*. El verbo es el mismo de Juan 5:29, y la preposición es la misma de Juan 1:6, pero, en Juan 1:6, el verbo «enviado» nos indica que Juan *no salió de dentro* de Dios, sino que fue enviado *de parte de Dios*.
- B) En cambio, no se dice explícitamente que el Espíritu Santo *proceda* del Hijo, pero atienda el lector a las siguientes porciones:
 - (a) En el citado lugar (Jn. 15:26), dice Jesús, refiriéndose al Paráclito: «el cual yo os enviaré del lado (o “de parte”) del Padre». En Juan 14:26, este «envío»

se atribuye al Padre. Lo cual muestra: 1) Que el «envío» lo hacen *conjuntamente el Padre y el Hijo* (comp. Jn. 10:28-30). 2) Que el Hijo no podría enviar el Espíritu Santo si el Espíritu Santo no procediera *también* de Él, pues tal envío se lleva a cabo *desde el interior* de Dios (comp. Jn. 16:28). (b) El Espíritu Santo es llamado en el N.T. *Espíritu del Señor* (Hch. 5:9; 2 Co. 3:17), *Espíritu de Jesús* (Hch. 16:7), *Espíritu de Cristo* (Ro. 8:9) y *Espíritu de Su Hijo* (Gá. 4:6). Todas estas expresiones indican una *procedencia*, como puede verse volviéndolas del revés –donde no tienen sentido, por ser antibíblicas–: «Jesús del Espíritu», «Cristo del Espíritu», etc.

(c) En mi opinión, el argumento de mayor fuerza se deduce de Juan 16:14-15, donde Jesús, refiriéndose al «Espíritu de la verdad» del v. 13, dice literalmente: «Él me glorificará, porque de lo mío recibirá y os lo dará a conocer. Todo cuanto tiene el Padre, mío es; por eso dije que de lo mío recibe y os lo dará a conocer». Si se compara con Juan 5:19; 7:16-17 (que hablan del Hijo con relación al Padre), se echa de ver inmediatamente que, en Juan 16:14-15, está indicado claramente que el Espíritu Santo *recibe del Hijo lo que tiene, y juntamente del Padre, ya que todo lo del Padre es también del Hijo* (comp. con Jn. 10:30), *excepto el ser Padre*.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 1

1ª pregunta ¿Cree el lector que, en nuestra época de materialismo científico, tienen alguna relevancia las enseñanzas bíblicas que hemos estudiado en la presente lección? Vea lo que dice del hombre moderno J. Auer (*El Evangelio de la gracia*, pág. 22): «Quiere conformar su vida y a sí mismo de una forma autónoma y responsable. Lo que llegue a ser personalmente y lo que llegue a ser de su mundo quiere debérselo a sí mismo y no tener que agradecerse a nadie. Tanto más cuanto que el hombre de la edad técnica está persuadido de que cada vez puede y debe configurarse y configurar su vida más desde sí mismo. Todo, hasta las más hondas profundidades de su propio yo le parece manipulable».

2ª pregunta ¿Qué le objetaría usted a este hombre «de la edad técnica»? A quien crea en la palabra de Dios, se le puede convencer, con base en esa misma palabra, que nadie, converso o inconverso, tiene de qué jactarse (ver, p.ej., Ro. 5:2; 1 Co. 1:29, 31; 3:21; 4:7; 2 Co. 5:12; 11:30; 12:5-9). Pero, a quien no se crea «perdido», ¿cómo se le va a hablar de «salvación»? «Salvación», ¿de qué, si se siente satisfecho y a gusto con las cosas materiales que halla dentro de su pequeño horizonte?

3ª pregunta Pregunto ahora al lector: ¿Nos abandonaremos, pues, a un desolado pesimismo? ¿Es que el Espíritu Santo ha dejado de usar la palabra de Dios «como fuego y como martillo que quebranta la piedra» (Jer. 23:29)? Acabo de leer un libro del pastor evangélico W. Vernon Higham, titulado *The Turn of the Tide* (= La Vuelta de la Marea), en el cual, apoyado en su larga experiencia espiritual, afirma que, para los tiempos que corremos, de nada sirven las prácticas religiosas por santas que sean, si no hay un real «quebranto de corazón», que nos haga clamar a Dios conscientes de nuestra indignidad, como clama un náufrago a la vista de un buque que se aproxima. Todo el libro está apoyado en los capítulos 62, 63 y 64 de Isaías (nos convendrá repasarlos). Sólo voy a extractar una experiencia que él mismo tuvo cuando era un joven estudiante en Aberystwyth (Gales) y fue a predicar en una pequeña iglesia: «Me dijo uno de la congregación: Esta noche vamos

a tener una reunión conjunta. La Iglesia Congregacional de unos 300 miembros se va a unir con nosotros. Nosotros tenemos 200 miembros aproximadamente...» ¡Esa noche sólo estábamos siete! Prediqué a los siete, después de lo cual se levantó un anciano (es decir, un pastor de la congregación –el paréntesis es mío)... Se volvió hacia mí y, ondeando las manos hacia los bancos vacíos, dijo: «¡Un enemigo ha hecho esto!» Era un hombre alto y robusto y comenzó a llorar. ¡Nunca había visto llorar a un anciano, nunca! (El lector me perdonará que le llame la atención a este comentario –también este paréntesis es mío, pero no quiero que se me olvide)... Yo no sabía qué hacer; así que di la Bendición, que era la única cosa que pude pensar en hacer... Quizás lo entiendo ahora. ¿Cómo lo expresa el salmista? «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sión» (Sal. 137:1). Esto es lo que hacía este anciano. Se acordaba de Sión y lloraba. Podíamos aplicárnoslo nosotros...». Creo que nada mejor podemos hacer al comienzo de esta Parte III del CURSO PRÁCTICO DE TEOLOGÍA BÍBLICA, que meditar largamente sobre las preguntas de este primer Cuestionario, especialmente sobre esta 3ª pregunta.

LECCIÓN 2

Historia de la doctrina sobre el Espíritu Santo

INTRODUCCIÓN

La formulación de la doctrina sobre el Espíritu Santo, o Pneumatología, no surgió de repente en un determinado momento de la Historia de la Iglesia. Como ocurrió en la controversia trinitaria y, después, en la Cristología, a medida que surgieron los errores acerca de la Persona y la Obra del Espíritu Santo, se fue haciendo cada vez más explícita la doctrina bíblica sobre el Espíritu Santo. En la primitiva comunidad eclesial, «el énfasis principal –dice Ryrle (BT, pág. 383)– estaba en la experiencia del Espíritu, más bien que en la doctrina».

Por eso, la presente lección va a tratar de la historia de la doctrina del Espíritu Santo al paso de los errores que, en el decurso de los siglos, han surgido en contra de ella.

1. *Montanismo*

Ante la creciente frialdad de las iglesias, apareció en Frigia un movimiento despertador que tomó cuerpo hacia el año 170 mediante el ministerio de Montano y de dos mujeres llamadas Prisca y Maximila. Los tres se autotitularon «profetas» y anunciaron el nacimiento de una nueva era, la «era del Paráclito», en la que iban a proceder de Dios nuevas revelaciones. Pusieron de relieve la proximidad del fin del mundo y la necesidad de un nivel más alto de moralidad para los creyentes.

Aunque el montanismo surgió también en oposición al gnosticismo, enfatizando la comunicación personal con Dios mediante el ministerio del Espíritu

Santo, fue rechazado por la Iglesia por su insistencia en nuevas revelaciones. Con ello, la iglesia confirmaba que el Espíritu Santo no *revela* nada nuevo, aparte de lo que *enseña* de acuerdo con la Escritura Sagrada.

2. *Monarquianismo*

De este error traté ya en la lección 3 de la Parte I de este CURSO. Resumo aquí lo dicho allí.

En su forma *modalista*, fue Pablo de Samosata quien, a comienzos del siglo III, enseñó que el Espíritu Santo no era una persona distinta, sino sólo una manifestación de la gracia del Padre.

En su forma *dinamista*, fue Sabelio quien enseñó que en Dios no hay tres Personas, sino que la única Persona de la Deidad se manifestó como Creador y Legislador en su aspecto de *Padre*, como Redentor en su aspecto de *Hijo*, y como Vivificador en su aspecto de *Espíritu*.

3. *Arrianismo*

El péndulo comienza a moverse en sentido opuesto al monarquianismo y surge el subordinacionismo en sus dos formas, arriana y macedoniana.

A comienzos del siglo IV, Arrio, presbítero de Alejandría, enseñó que sólo el Padre es Dios eterno. El Hijo fue engendrado por el Padre y tuvo un comienzo. El Espíritu Santo fue lo primero que el Hijo creó, pues todas las cosas fueron creadas mediante el Hijo.

El primer Concilio, llamado Ecuménico por estar respaldado, aunque no representado, por el consenso general de la Iglesia, tuvo lugar en la ciudad de Nicea el año 325. El Concilio proclamó la consustancialidad del Hijo con el Padre, sin nombrar al Espíritu Santo.

A causa de este silencio, surgió una nueva controversia. Macedonio, obispo de Constantinopla, sostuvo que el Espíritu Santo es un ser creado por el Hijo y subordinado al Hijo. Ante las proporciones que tomaba el movimiento, el emperador Teodosio convocó en el año 381 un Concilio en Constantinopla, el cual formuló la enseñanza ortodoxa sobre el Espíritu Santo en los siguientes términos: «Creemos... Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre, que ha de ser glorificado junto con el Padre y con el Hijo, que habló por medio de los profetas».

4. *Novacianismo*

Este error suele ser tratado como «cisma», más bien que como «herejía». La ocasión se presentó cuando, al ser martirizado en enero del 250 el papa Fabián, la Iglesia se hallaba en tal aprieto que la elección del nuevo papa se retrasó hasta la primavera del 251. Fue elegido, por mayoría de votos, Cornelio, quien estaba a favor de la reconciliación de los fieles que, por debilidad, habían cedido ante la persecución de Decio. Los clérigos que habían resistido, firmes en su fe, durante la persecución, eligieron entonces al presbítero romano Novaciano.

Los novacianos fueron excomulgados por un Sínodo de obispos en Roma, pero ganaron muchos adeptos, especialmente entre los grupos montanistas de Frigia. Otro personaje influyente, que se unió a ellos, fue el presbítero de Cartago Novato, enemigo de Cipriano, pues Cipriano estaba a favor de la clemencia con los que, por debilidad habían caído en la persecución de Decio.

El cisma novaciano fue perdiendo adeptos desde el siglo V y se acabó definitivamente en el siglo VII.

5. *Prisciliano*

Resumo del excelente artículo en el *Evangelical Dictionary of Theology*, páginas 879-880, firmado por R.C. Kroeger y C.C. Kroeger.

El priscilianismo debe su nombre a Prisciliano de Ávila, un laico de talento que comenzó a organizar grupos independientes para estudiar la Biblia, con especial énfasis en la negación de sí mismo y en la necesidad de una vida espiritual más profunda y un afán por conocer el poder de la Palabra viva. Se animaba a las mujeres a participar en estas reuniones y a ejercitar sus dones en el ministerio. Incluso el clero y los obispos favorecieron este movimiento. Donde halló cierta oposición de parte de la iglesia en la región, fue precisamente en su dedicación al celibato; se le tuvo por maniqueo y fue condenado en el Concilio de Zaragoza el año 380. No obstante, fue consagrado obispo de Ávila, en medio de gran controversia. Como el papa Dámaso y el obispo de Milán Ambrosio no le respaldaron, puso su caso ante el emperador Máximo y fue decapitado el año 385, junto con seis de sus seguidores.

No cabe duda de que Prisciliano ha sido calumniado, especialmente en la Iglesia de Roma, sin distinguir entre sus escritos y los de algunos de sus seguidores. No se sabe de cierto si la negación de la Trinidad en Dios fue cosa suya, o los tratados que corren con su nombre son más bien obra de alguno de sus seguidores. Aquí hay materia para una buena tesis doctoral.

El priscilianismo continuó con vigor hasta el año 563, cuando fue condenado oficialmente en el Concilio de Braga.

6. *El Sínodo III de Toledo*

El Sínodo III de Toledo tuvo lugar el año 589, siendo a la vez una expresión de la fe de España y una celebración de la entronización de Recaredo como primer rey católico del país. En este Sínodo se proclamó solemnemente que el Espíritu Santo *procede del Padre y del Hijo*. Se discute cómo y cuándo entró este «y del Hijo» en el Credo Niceno-Constantinopolitano. Los obispos de la parte oriental de la Iglesia reaccionaron fuertemente contra esta añadidura, como destructora de la «monarquía» del Padre, y afirmaron que la fórmula trinitaria correcta es «*del Padre por el Hijo*».

7. *Se produce el cisma entre Oriente y Occidente*

El cisma comenzó cuando Focio, profesor de filosofía, fue nombrado en el año 858 Patriarca de Constantinopla, siendo depuesto el Patriarca anterior por orden del emperador Miguel III. Los seguidores de éste apelaron al obispo de Roma, el papa Nicolás I, que vio en ello la oportunidad de imponer su autoridad sobre la Iglesia Oriental. El cisma mostró varias diferencias entre el Oriente y el Occidente, como por ejemplo el tema del celibato eclesiástico, impuesto únicamente en la rama latina de la Iglesia, ya que, en la parte griega, incluso los obispos pueden ser casados. Pero la diferencia más notable estuvo en el modo de presentar el dogma trinitario. Focio sostenía que tanto el Hijo como el Espíritu proceden únicamente del Padre, mientras que los occidentales continuaron aferrados a la fórmula acuñada en el Sínodo III de Toledo. Como casi siempre, en la raíz de la discordia había una falta de «comunicación». El Papa y el Patriarca hablaban «diferente lenguaje».

Las cosas tomaron un giro inesperado cuando, por una parte, el sucesor del papa Nicolás, Juan VIII, pensó diplomáticamente que no convenía imponerse al Oriente, y hasta parece ser que aceptó la reintegración de Focio a su sede patriarcal, de la que había sido depuesto por el emperador León VI, hijo adulterino de Miguel III. Con todo, el cisma se mantuvo hasta consolidarse definitivamente al subir a la sede de Constantinopla (año 1043) Miguel Cerulario.

Al final del Concilio Vaticano II (1962-1965), el papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras, de Constantinopla, levantaron recíprocamente las respectivas excomuniones, pero no se ha llegado todavía a una unión de las dos ramas.

8. Dos «grandes» de la Edad Media

- A) Pedro Abelardo (1079-1142) fue el mayor filósofo de la Edad Media, pero, como teólogo, se discute mucho su ortodoxia respecto al tema trinitario; se le ha tenido incluso por sabeliano; quizás fue ortodoxo en esto, aunque las ilustraciones para explicar el dogma trinitario dieron lugar a tenerle por modalista. En lo que concierne a la Soteriología véase la lección 10 de la Parte II del presente CURSO.
- B) Tomás de Aquino (1225-1274) ha sido siempre en la Iglesia de Roma el portaestandarte de la ortodoxia católica, hasta el punto de que, en el Concilio de Trento (1545-1563), su *Summa Teológica* fue colocada en la mesa central junto a las Sagradas Escrituras. Con todo, en el tema de la Trinidad apenas fue más allá de la genial sistematización de Agustín de Hipona.

Lo peor de la Iglesia Occidental, la Iglesia de Roma en su rama latina, fue el retorno, en la práctica, a un monarquianismo en el que la jerarquía (Papa y obispos) asumió los poderes del Padre, se afirmó como representante del Hijo (el Papa, «Vicario de Cristo») y monopolizó las funciones del Espíritu en la interpretación y enseñanza de las Escrituras, privando a los fieles del libre acceso a la Palabra de Dios.

9. La Reforma

Entre los mayores logros de la Reforma se cuenta el haber devuelto a la Persona del Espíritu Santo el lugar y las funciones que las Escrituras le asignan. Mientras la Iglesia de Roma sostenía que sólo la jerarquía eclesiástica –el Papa, en definitiva– podía interpretar auténticamente las Sagradas Escrituras, la Reforma abogó abiertamente por el estudio de la Biblia, afirmando que *todos los creyentes* pueden aprender sus enseñanzas mediante el ministerio docente e iluminador del Espíritu Santo. Y, mientras Lutero trató largamente de la obra del Espíritu Santo en conexión con la justificación, Calvino puso de relieve los aspectos doctrinales de la obra del Espíritu en conexión con el dogma de la Trinidad y con el ministerio del Espíritu Santo en el corazón y en la vida de los creyentes.

10. *El socinianismo*

Los movimientos religiosos suelen favorecer la ley del péndulo, y la Reforma no podía ser excepción. Este péndulo se movió en dos direcciones principales, el socinianismo y el arminianismo.

- A) En el siglo XVI, los socinianos afirmaron que era un error creer que las Personas de la Deidad eran consustanciales, lo mismo que habían dicho los arrianos. Pero todavía fueron más lejos que los arrianos, pues negaron la preexistencia del Hijo y dijeron que el Espíritu Santo era como «una virtud o energía que fluía de Dios al hombre».
- B) Aunque libre de los errores del socinianismo, el arminianismo surgió como una reacción pendular contra el calvinismo extremo de la Iglesia Reformada de los Países Bajos, menoscabando la acción del Espíritu Santo en la obra de la regeneración del pecador y haciendo depender, al menos en la práctica, de la «decisión» humana la aceptación del Evangelio. El Sínodo de Dort (1618-1619) hizo frente, con éxito, al naciente arminianismo, pero, en mi opinión, fue demasiado lejos, como ya vimos en la lección 17 de la Parte I del presente CURSO.

11. *El sentimentalismo*

Como reacción contra el rampante racionalismo de los siglos XVII y XVIII, surgió como pionero del sentimentalismo el teólogo alemán F.D.E. Schleiermacher (1768-1834), tenido por padre de la teología liberal protestante. Proclamó que el fracaso del racionalismo se debía al énfasis que ponía en los conocimientos adquiridos mediante la razón, ignorando el sentimiento, que –según él– es la esencia misma de la religión. Tal definición de la esencia de la religión hace de la experiencia religiosa un fenómeno radicalmente subjetivo.

Con ello, las doctrinas fundamentales del cristianismo se venían abajo. Schleiermacher negó el valor objetivo de la Encarnación, de la Cruz y de la Trinidad. Negó –como los sabelianos– que el Espíritu Santo fuese una Persona distinta y definió la obra del Espíritu como «el Espíritu colectivo de la nueva vida corporativa que fue iniciada por Cristo».

12. *La neo-ortodoxia*

La neo-ortodoxia es un movimiento del siglo XX, que debe su nacimiento al teólogo suizo Karl Barth (1886-1968). Surgió como una reacción contra el

liberalismo imperante, hasta que el horror de la I Guerra Mundial hizo recapacitar a mucha gente acerca de su propia insuficiencia para resolver los problemas más graves de la humanidad.

Barth proclamó la necesidad de una nueva Reforma, volviendo a la Biblia como única solución para dichos problemas. Pero la Biblia de la neo-ortodoxia no es la verdadera Biblia, pues los teólogos de este nuevo movimiento negaron la inerrancia total de las Escrituras. En cuanto a la materia que nos ocupa, la mayoría de los escritores neo-ortodoxos niegan la personalidad distinta del Espíritu Santo. Según ellos, el Espíritu Santo es considerado como una actividad de Dios, más bien que como una Persona de la Deidad. Barth creía él mismo en la Deidad del Espíritu Santo, pero su modo de expresarse acerca de la Trinidad da motivo para pensar que fue un modalista.

13. El neo-liberalismo

La aceptación que, en amplios círculos, había recibido la neo-ortodoxia, hizo que el liberalismo examinase sus propios fallos y se dispusiera a renegar de su optimismo y a tomar el pecado de modo mucho más serio. Pero esto no ha significado tampoco una vuelta a las enseñanzas de la Biblia, ya que los corifeos de este movimiento han optado por negar la realidad histórica de la mayor parte de las Escrituras.

El personaje más influyente de dicho movimiento ha sido R. Bultmann (1884-1976) influido grandemente por su compatriota y coetáneo, el filósofo existencialista M. Heidegger (1889-1976). Para Bultmann, ideas como la resurrección de los muertos, la expiación mediante la sangre, la vida eterna, y la salvación como «historia» únicamente sirven para engañar a la gente: son como ideas primitivas, «mitológicas», que deben ser reinterpretadas en términos existencialistas. ¿Queda aquí algo de «la fe que ha sido dada una vez a los santos» (Jud. v. 3)?

14. El pentecostalismo

En la actualidad, el movimiento pentecostal o, al menos, «carismático», está ganando muchos adeptos, descontentos con la rutina y la esterilidad que siempre son el resultado de la autosatisfacción eclesial, de la miopía pastoral y de la falta de verdadero amor en tantas y tantas congregaciones que se titulan «evangélicas» y «fundamentalistas».

Del pentecostalismo volveré a tratar en la lección 20 y última del presente CURSO. Por ahora, para no prejuzgar la opinión de ninguno de mis lectores, me limitaré a copiar unas líneas del Dr. Ryrie (BT, pág. 390):

«Enfatiza el bautismo del Espíritu como una segunda obra de la gracia para revestir de poder, y promueve una vuelta a la experiencia de todos los dones que fueron dados y usados en tiempo del Nuevo Testamento. Se supone la doctrina ortodoxa acerca de la persona del Espíritu; lo que se promueve, y no siempre correctamente, es la realidad de la obra del Espíritu en las vidas de los cristianos».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 2

- 1ª pregunta* A la vista de los errores expuestos en la presente lección, formulo la pregunta al lector: ¿Le ha resultado a usted difícil, en el pasado, pensar que el Espíritu Santo es una Persona, más bien que solamente una «presencia» o una «fuerza»?
- 2ª pregunta* Durante el estudio de la presente lección, ¿ha habido algo en las páginas que preceden que le haya ayudado a usted a pensar más fácilmente del Espíritu Santo como «Persona»?
- 3ª pregunta* ¿Tiene usted conciencia de estar relacionado con el Espíritu Santo como con una Persona que es distinta realmente de Dios Padre y de Dios Hijo?
- 4ª pregunta* ¿Qué podría ayudarle a ser más consciente de esa distinción real entre las Personas de la Deidad según se relacionan con usted?
- 5ª pregunta* Cada uno de los errores expuestos en la lección podría dar abundante materia para pensar en el plano devocional. En mi opinión, el movimiento neoliberal de Bultmann es el más peligroso de todos; es más fácil convencer a un ateo o a un agnóstico que a un bultmaniano; ¿piensa usted del mismo modo? ¿Cómo respondería usted a quien le dijese que la historia de la salvación, según aparece en la Biblia, no es más que un conjunto de «mitos» (*mito* es un vocablo griego que significa *fábula*!) que han de interpretarse con la psicología de K. Jung –la Psicología Profunda– a la vista?

LECCIÓN 3

El Espíritu Santo en el Antigo Testamento

INTRODUCCIÓN

Sabemos por el Nuevo Testamento (Hch. 7:51; 2 P. 1:21) que el Espíritu Santo estaba obrando en el tiempo del Antigo Testamento. De hecho, no menos de un centenar de referencias al Espíritu de Dios en el A.T. son evidencia de Su obra durante ese periodo. Si eso significa que el texto del A.T. indica claramente que en esos lugares aparece la 3ª Persona de la Deidad como distinta del Padre y del Hijo, ya es otra cosa. Hay quienes, como P.K. Jewett, creen que, en el Antigo Testamento, la mención del Espíritu Santo nunca indica «una Persona distinta del Padre y del Hijo», sino «la naturaleza divina, vista como una energía vital». Sin embargo, hay lugares (p.ej. Sal. 104:30) donde es difícil ver simplemente «una energía vital». Otros, como Leon Wood, llegan a decir que «el tema de la identidad del Espíritu Santo en el A.T. no es precisamente una cuestión de lo que pensaba la gente respecto a este miembro de la Deidad, sino de cuál era la intención de Dios mismo que inspiró a los escritores».

Creo que, en esto, L. Wood va demasiado lejos, pues no estamos tratando de la intención de Dios, sino de la forma, más o menos explícita, de revelarse a nosotros mediante Su palabra escrita. Será, pues, necesario examinar cada caso en particular.

1. La obra del Espíritu Santo en la creación

Veamos los lugares que parecen más claros:

- Génesis 1:2*. «... y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas» (B. de las Américas).
- Salmos 33:6*. «Por la palabra de Yahweh fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el *aliento* de su boca».
- Salmos 104:30*. «Envías tu *Espíritu*, son creados, y renuevas la faz de la tierra».
- Isaías 40:13*. «¿Quién enseñó (mejor, “guió”) al *Espíritu* de Yahweh, o le aconsejó enseñándole?»

No todos estos lugares tienen igual valor probatorio. El más claro parece ser Isaías 40:13, aunque a mí todos me resultan dudosos. Varios autores aducen también Job 26:13; 27:3; 33:4, que para mí no tienen ningún valor.

2. La obra del Espíritu Santo en la revelación y en la inspiración

- A) Lugares del A.T. que mencionan explícitamente al Espíritu:
- (a) 2 *Salmos 23:2*. «El *Espíritu* de Yahweh ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua».
- (b) *Miqueas 3:8*. «Mas yo estoy lleno de poder del *Espíritu* de Yahweh».
- B) Lugares del N.T. que atribuyen a la autoría del Espíritu Santo ciertos pasajes del A.T.:
- (a) *Mateo 22:43-44*. Dice Jesús, en discusión con los fariseos: «¿Pues cómo David en el *Espíritu* le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor...», que es cita de Salmos 110:1.
- (b) *Hechos 1:16*. Dice Pedro, antes de echar suertes sobre el que había de sustituir a Judas en el ministerio apostólico: «... era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas...» ¿Dónde habla de esto la Escritura? En Salmos 41:9, en que dice David de Ahitófel: «Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar». El caso de Ahitófel es tan parecido, en muchos detalles, al de Judas, que Pedro no duda en identificarlos, como ya lo había hecho el Señor en Mateo 26:24 y paralelos.
- (c) *Hechos 4:25*. Dice otra vez Pedro: «el que por el *Espíritu Santo*, por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste: ¿Por qué se enfurecieron las naciones...», que es cita de Salmos 2:1.

(d) *Hechos 28:25-26*. Ahora es Pablo el que habla: «... Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo, y diles...», donde cita a Isaías 6:9-10.

(e) *Hebreos 3:7-11*. Aquí el autor de la Epístola, para prevenir contra la incredulidad, cita de Salmos 95:7-11.

(f) *Hebreos 10:15-17*. En la misma Epístola, dice el autor sagrado: «Y nos atestigua lo mismo *el Espíritu Santo*; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos...», donde cita de Jeremías 31:33-34.

3. *La obra del Espíritu Santo en las personas del Antiguo Testamento*

En este punto, es menester distinguir los siguientes aspectos: A) La *interioridad* de tal obra; B) Su *extensión*; C) Su *limitación*.

A) En cuanto a su *interioridad*, es notable *Juan 14:17*, donde Jesús dice a sus discípulos: «El Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conocéis, pues *junto a vosotros permanece, y en vosotros estará*». Nótese que Jesús habla en presente («permanece») al referirse al momento en que está hablando, pero en futuro («estará») al referirse al futuro =después de la venida del Espíritu en Pentecostés.

No obstante, hay algo que nunca debemos olvidar: La salvación, desde Génesis 3:15, 21 hasta el final de los tiempos, es *siempre de gracia mediante la fe*, y esto no es posible sin la operación *interior* del Espíritu Santo. En el apartado C), veremos cuál es la diferencia a este respecto entre la obra del Espíritu Santo en el A.T. y en el Nuevo.

B) En cuanto a su *extensión*, el texto sagrado usa tres vocablos diferentes para denotar tres clases de personas a las que vino el Espíritu Santo: (a) *Estuvo*, de algún modo, *en* algunos. Por ej., Faraón reconoció que el Espíritu estaba en José (Gn. 41:38), aun cuando Faraón no entendía que ese «Espíritu» era el Espíritu Santo. Un caso similar es el de Daniel (ver Dn. 4:8; 5:11-14; 6:3). En cambio, en el caso de Josué (Nm. 27:18), es muy poco probable que se trate del Espíritu Santo, sino de las cualidades espirituales de Josué.

- (b) *Vino sobre algunos*; especialmente sobre los jueces de la época de los Jueces, las «compañías de profetas» del tiempo de Samuel, sobre el propio Saúl y sobre Balaán y, siglos más tarde, sobre Azarías (véase Nm. 24:2; Jue. 3:10; 6:34; 11:29; 13:25; 1 S. 10:10; 16:13; 2 Cr. 15:1).
- (c) *Llenó a Bezaleel* (ver 31:3; 35:31). Por supuesto, como el contexto próximo inmediato da a entender, esta «llenura» nada tiene que ver con la de Efesios 5:18.
- C) En cuanto a su *limitación*, hemos de distinguir tres clases de limitación:
- (a) En cuanto a las *personas*. Dios escogió, de entre todas las naciones, a Israel y, por tanto, el Espíritu Santo obró especialmente en el pueblo de Israel, beneficiándose el país entero de dicha obra, a pesar de que no todos eran creyentes. Allí estaba especialmente el Espíritu Santo presente en el pueblo y guiando al pueblo (véase Neh. 9:20; Is. 63:10-11, 14). También lo hacía con algunos individuos de modo más especial (ver, p.ej., Nm. 11:29). Por otra parte, Juan 16:8 da a entender que, en el A.T., el Espíritu Santo *no convencía de pecado al mundo*.
- (b) En cuanto al *género* de ministerio, no hallamos los ministerios que se nos refieren en el N.T., especialmente en Hechos 1:5; 7:37-39; 1 Corintios 12:13; Efesios 1:13; 4:30; 5:18, etc. En los escritos del A.T., la *regeneración espiritual* no se menciona explícitamente, pero no cabe duda de que el Espíritu Santo obraba en la regeneración, justificación y santificación de los creyentes, pues, como hemos apuntado en el apartado A) del presente punto 3, todo eso es imposible sin la operación *interior* del Espíritu Santo. Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que *el único ministerio del Espíritu Santo que no tenía lugar en tiempos del A.T., ni lo tendrá después del arrebatamiento de la Iglesia, es vivificar CORPORATIVAMENTE a la Iglesia* (1 Co. 12:13; Ef. 4:3-4).
- Respecto a las naciones fuera de Israel, con base en Juan 1:9; 1 Timoteo 2:4-5, aunque la Escritura no menciona explícitamente casos de conversión –véase, no obstante, Rut 1:16; 2 Reyes 5:15-19–, es cosa segura que el Dios que desea la salvación de todos sin excepción (1 Ti. 2:4) y no quiere que ninguno perezca (2 P. 3:9), proveyó para cada individuo de la raza humana la *gracia despertante* del Espíritu Santo en todo aquel que obraba en conformidad con la ley escrita en su corazón (Ro. 2:10-11, 14-15). Es cierto que, *de su natural*, nadie busca a Dios (Ro. 3:10-11), pero lo que la naturaleza no puede, en cuanto a obrar el bien, lo puede la gracia (ver Ro. 7:15, 25). Cristo no murió para proveer salvación

a algunos, sino a *todos*, pasados, presentes y futuros (ver, p.ej., 1 Ti. 1:15; Tit. 2:11).

(c) En cuanto al *tiempo*, tenemos dos casos claros en que el Espíritu Santo capacitó a individuos para tareas especiales: (1) el caso de Sansón, causando estragos en los filisteos –enemigos declarados de Israel–, de quien el Espíritu (Yahweh) se apartó después (ver Jue. 13:25; 16:20); (2) el caso de Saúl, capacitado por el Espíritu para vencer su complejo de inferioridad, y abandonado después por el Espíritu a causa de su tenaz, e injustificada, persecución de David (véase 1 S. 10:10; 16:14).

Como es obvio, los ministerios del Espíritu Santo en la época de la dispensación de la Iglesia son mucho más extensos, intensos y permanentes que los de las anteriores dispensaciones, del mismo modo que el despliegue de la gracia de Dios en el Antiguo Testamento era diminuto en comparación de las oleadas de gracia que inundaron el mundo con la venida del Señor Jesucristo al mundo (ver Jn. 1:17; Tit. 2:11).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 3

- 1ª *pregunta* ¿Abandonó el Espíritu Santo a Sansón tan pronto como éste comenzó a pecar? (ver Jue. 13:25; 14:6, 19; 15:14).
- 2ª *pregunta* ¿Por qué cree usted que se prolongó tanto la clemencia y la paciencia del Espíritu con Sansón? ¿Qué nos enseña esto para que lo imitemos?
- 3ª *pregunta* ¿La presencia de un poder espiritual en el ministerio de una persona es garantía de que el Espíritu Santo no está entristecido por la forma de vida de tal persona?
- 4ª *pregunta* ¿Tiene usted la impresión, de vez en cuando, del contento o del disgusto del Espíritu Santo con algún procedimiento que usted está ahora tomando?
- 5ª *pregunta* ¿Hay algo ahora mismo en la vida de usted que está entristeciendo al Espíritu Santo? ¿Qué partido va a tomar usted respecto a esto?
- 6ª *pregunta* ¿Ha estado usted especialmente consciente del poder capacitador del Espíritu Santo en alguna situación específica del ministerio de usted? (Pudo ser en alguna campaña evangelística, en la enseñanza de la Sagrada Escritura, en la predicación, en la reunión de oración, en el culto de adoración o en alguna otra situación del ministerio de usted). ¿Hasta qué punto percibió usted la presencia del Espíritu Santo en esa ocasión, o qué le hizo ser consciente de Su presencia?

LECCIÓN 4

El Espíritu Santo en la vida de Jesús de Nazaret

INTRODUCCIÓN

Puesto que el Espíritu Santo es la Persona de la Deidad encargada de *aplicar* la obra de la redención programada por el Padre y llevada a cabo por el Hijo, por fuerza ha de tener el Espíritu Santo el papel más relevante en ese aspecto especial de la historia de la salvación. Esa salvación tiene su base en la obra llevada a cabo por Jesús, por lo que el Espíritu Santo intervino decisivamente en todos los estadios de la vida terrenal del Señor, desde su Encarnación en el seno de María hasta su Resurrección de entre los muertos.

1. La obra del Espíritu Santo en la Encarnación del Señor

Lucas 1:34-35. A la pregunta de María «¿Cómo será esto?», responde el ángel Gabriel: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra». Lo de «cubrir» parece una expresión tomada de la presencia de Dios en la nube de la *shekinah*, más bien que la metáfora empleada para designar, por parte del varón (o del macho en los animales), el acto de la procreación.

Este mismo anuncio es el que un ángel del Señor, en *Mateo 1:20*, le hizo a José: «... lo que en ella (María) es engendrado, del Espíritu Santo es». De aquí deducen algunos comentaristas y predicadores mal informados que el Espíritu Santo hizo en María las veces de «padre humano» de Jesús, lo cual es un absurdo, pues Jesús tiene únicamente por Padre a Dios (Lc. 2:49; Jn. 5:17, entre otros lugares), y el Espíritu Santo no puede ser el Padre del Hijo, pues precisamente procede del Hijo.

La obra del Espíritu Santo en la Encarnación de Jesús consistió en formar milagrosamente en el vientre de María un embrión humano que, desde el primer instante de su *formación* (*concepción*, por parte de la madre), fue asumido por la Persona del Hijo en la unión llamada *hipostática*.

La ilustración que suelo poner acerca de esto es la siguiente: Un joven va al servicio militar lejos de su casa, en una parte del país donde es muy duro el invierno. Su madre le hará un jersey para que no pase frío. Lo puede hacer de dos maneras: 1) Tejiendo el jersey y enviandoselo ya hecho; de este modo, la ilustración no nos sirve. 2) Tejiendo el jersey, desde el primer punto hasta el último, sobre el cuerpo mismo de su hijo. De forma similar fue formado por el Espíritu Santo el cuerpo de Jesús, pues desde la primera célula viva de Su cuerpo, allí estaba el Verbo de Dios asumiendo hacia Sí ese embrión humano que, durante nueve meses, se iba a desarrollar normalmente en el seno de María.

Repito, una vez más, lo dicho en la lección 6 del volumen II (*Dios Redentor*) del presente CURSO: María fue virgen, como lo atestigua la palabra de Dios (Mt. 1:18-25; Lc. 1:34-35) hasta que dio a luz a Jesús. Pero esa misma palabra no da pie para afirmar que fue también virgen en el parto, al dar a luz al Salvador (ver Lc. 2:22-24).

2. La obra del Espíritu Santo en el ministerio terrenal de Jesús

Consideración general

En el aspecto *humano* de su Persona divino-humana (véase Jn. 8:40; 1 Ti. 2:5), todo lo que Jesús hizo fue dirigido por el Espíritu Santo, ya que el Padre no le dio el Espíritu «por medida». Como «fuente de vida para todos» (Jn. 1:4; 5:26), el Espíritu vivificante debía permanecer en él de modo pleno y constante (Jn. 1:33). Y todas las maravillas que el Padre obraba en Jesús (Jn. 14:10 -y «las palabras»), las llevaba a cabo «en virtud del Espíritu de Dios» (Mt. 12:28), el mismo que en el lugar paralelo (Lc. 11:20) es llamado «el dedo de Dios» (comp. con Éx. 8:19).

Consideraciones particulares

- A) *Jesús fue lleno del Espíritu* (Lc. 4:1). El vocablo indica aquí que esa fue la característica de toda Su vida terrenal (comp. con el vocablo «llenos», «lleno» en Hch. 6:3, 5). No fue cosa de un momento, sino una relación de toda la vida.

- B) *Jesús fue ungido con el Espíritu* (véase Lc. 4:18; Hch. 4:27; 10:38; He. 1:9), como dando a entender que Él era el Mesías esperado, capacitado por el Espíritu Santo para su ministerio profético.
- C) *Jesús se regocijó en el Espíritu Santo* (Lc. 10:21 -así aparece en los MSS más fidedignos, a pesar de que el TR omite lo de «Santo»), lo cual parece ser evidencia de que estaba lleno del Espíritu.
- D) *Jesús fue capacitado por el Espíritu durante toda su vida*. Así había sido profetizado por Isaías (Is. 42:1-4; 61:1-2), y Jesús lo experimentó en su ministerio de predicación y al obrar milagros (ver Lc. 4:18 y Mt. 12:28 respectivamente).
- E) *Jesús inauguró su ministerio profético por el poder del Espíritu*. Al comienzo de su ministerio público, declaró Jesús que el Espíritu del Señor estaba sobre él para predicar el año agradable del Señor (Lc. 4:18). El versículo es una cita de Isaías 61:1-2. Hacemos notar una vez más que Jesús suspendió la cita a mitad del versículo 2, porque la segunda mitad de dicho versículo no había de ser cumplida hasta su segunda Venida.

3. *La obra del Espíritu Santo en la capacitación de Jesús para obrar milagros*

Especial atención merece este aspecto, no sólo por lo que significaba como prueba de su mesianidad, sino también porque ahí radicó la oposición que experimentó por parte de los escribas y fariseos. Vayamos por partes:

- A) *Algunos milagros de Jesús fueron llevados a cabo en el poder del Espíritu fuera de toda discusión*. Fue precisamente este aspecto el que provocó el incidente sobre el pecado imperdonable (Mt. 12:28, 31), del que luego hablaremos. *Dar vista a los ciegos* era una de las pruebas de que *el Espíritu estaba sobre él* (ver Lc. 4:18); en el A.T. «dar vista a los ciegos» era una función propia de la Deidad (ver Éx. 4:11; Sal. 146:8) y eso es lo que el Mesías había de hacer (ver Is. 29:18; 35:5; 42:7). Ni en el A.T. ni en el N.T. vemos que los ciegos recobrasen por sí mismos la vista. El caso de Pablo con Ananías (Hch. 9:17-18) no entra dentro de esta clase de curaciones. En cambio, véanse en Mateo 9:27-31; 11:5; 12:22; 15:30; 21:14; Marcos 8:22-26; 10:46-52 (y paral.); Juan 9:1-41, los numerosos casos de curación de ciegos por Jesús mediante el poder del Espíritu Santo. No menciono aquí los milagros que Jesús hizo por su propio poder como Dios.

B) Especial atención merece el caso en que Jesús curó a un «endemoniado, ciego y mudo» (Mt. 12:22-37). El episodio es narrado también por Marcos (3:22-30) con el detalle interesante en el versículo 29, según los MSS más fidedignos, de que el que blasfema contra el Espíritu Santo, «es reo de *pecado* eterno». Lucas también lo trae (11:14-23), donde, en lugar de «por el Espíritu Santo», leemos (v. 20) «por el dedo de Dios», que nos recuerda Éxodo 8:19. Según Ryrie, el caso de Lucas 11:14-23 es distinto y sucedió un año más tarde en Judea, pero considero más probable, después de todo, que Lucas lo intercalase donde mejor se ajustase al contexto.

Los hechos se desarrollaron del modo siguiente:

(a) El «endemoniado, ciego y mudo» fue traído a Jesús, y el Señor lo curó completamente (Mt. 12:22).

(b) La gente se quedó atónita y se preguntaban: «¿No será éste el Hijo de David?» (v. 23 -lit.).

(c) La reacción de los fariseos no se hace de esperar (v. 24): Atribuyen el milagro al poder del diablo, el «príncipe de los demonios».

(d) Jesús da pruebas de su omnisciencia (v. 25) y arguye con toda lógica (vv. 26-29) que si así fuese, Satanás destruiría su propio reino. Por tanto, la única conclusión sensata es que Jesús obra «por el Espíritu de Dios», y eso muestra que ya «ha llegado el reino de Dios» (ver Mr. 1:15).

(e) Y ahora viene el tremendo veredicto (vv. 31-32): Todo pecado y blasfemia, incluso contra el Mesías, será perdonado; pero el pecado y la blasfemia contra el Espíritu Santo no tienen perdón -no porque Dios no tenga poder para perdonarlo, sino porque manifiesta una *resistencia a toda costa contra la gracia de Dios* (comp. Hch. 7:51).

(f) Termino con la observación que Ryrie (BT, pág. 352) hace con relación a este episodio: «Cometer este pecado especial requería la presencia personal y visible de Cristo en la tierra; por tanto, sería imposible cometerlo hoy. Pero mostrar perversidad de corazón es imperdonable en todo tiempo, si alguien muere persistiendo en el rechazo de Cristo. El destino eterno de una persona se determina en esta vida, pero no hay pecado imperdonable mientras una persona tiene aliento de vida».

4. *La obra del Espíritu Santo en la muerte sacrificial de Cristo en la Cruz*

En Hebreos 9:14, hablando de la eficacia expiatoria de la sangre de Cristo, leemos que «mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios».

Como la frase se presta a cierta controversia (v. con alguna extensión en Ryrie -BT, pág. 353), copio lo que yo mismo escribí en el tomo correspondiente de Matthew Henry:

«Especial mención merece la expresión “*por medio del Espíritu eterno*”, pues discuten los autores si se refiere (a) al Espíritu Santo, quien potenciaba a Jesús en todas las funciones de su ministerio en la tierra; o (b) a la disposición de su propio espíritu humano, aunque esto no cuadra bien con el epíteto *eterno*; o (c) a la divina naturaleza de Cristo, con la que pudo superar la flaqueza innata de su naturaleza humana (ver 2 Co. 13:4). Los autores se inclinan mayormente a esta tercera interpretación, a causa de la extraña expresión “*Espíritu eterno*”, y sin artículo, lo que no se dice del Espíritu Santo en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. A pesar de ello, personalmente me inclino por la primera interpretación».

5. La obra del Espíritu Santo en la resurrección de Jesús

Los textos que varios autores aducen para probar que fue el Espíritu Santo quien resucitó a Jesús son Romanos 1:4 y 1 Pedro 3:18. Vamos a analizarlos por separado y añadiré después una prueba indirecta.

- A) *Romanos 1:4* dice así literalmente: «que fue determinado (o señalado) Hijo de Dios en poder (es decir, en plena ostentación de poder), según *el Espíritu de santidad*, con base en (o como resultado de) la resurrección de los muertos». Que el «Espíritu de santidad» se refiera aquí a la persona del Espíritu Santo es poco probable. En efecto:
- (a) El contraste con el «según la carne» del versículo 3 parece indicar que «según el Espíritu» del versículo 4 no se refiere a la persona del Espíritu Santo, sino al espíritu humano de Jesús y a su poder vivificante.
 - (b) Es muy extraño que Pablo mencione aquí una «resurrección de muertos» (lit. –sin la preposición *ek*, que siempre se emplea para designar la resurrección del Señor o de los creyentes, no la resurrección final, sino la que es «*de entre los muertos*»).
 - (c) Es, pues, mi opinión personal (véase en Ryrie, BT, pág. 354, las tres opiniones sobre este tema) que Pablo se refiere aquí a las resurrecciones que Jesús llevó a cabo durante su ministerio público en la tierra, las cuales

–contra el parecer de Ryrie– fueron hechas «por el Espíritu de Dios» (Mt. 12:28), como todo lo demás que Jesús llevaba a cabo (véanse los puntos 2, 3 y 4 de la presente lección).

- B) *1 Pedro 3:18*. Este lugar es todavía más problemático que el anterior, no sólo en sí mismo, sino también por su contexto posterior (vv. 19 y 20, una de las porciones más difíciles de toda la Biblia). El original dice escuetamente, según es vertido en la Biblia de las Américas y en el Nuevo Testamento Trilingüe: «muerto en carne, pero vivificado en espíritu». Está claro que aquí hay un contraste parecido al de Romanos 1:3-4 («según la carne..., según el Espíritu»), con la pequeña diferencia de que, en Romanos 1:4, aparece en ambos casos la preposición griega *katá* con acusativo de referencia, mientras que, en 1 Pedro 3:18, ambos nombres aparecen en dativo escueto, sin preposición pero también de referencia –una especie de dativo locativo. Puede, pues, asegurarse que aquí no se trata de la persona del Espíritu Santo.
- C) *Romanos 8:11*. En este lugar, que parece haber pasado desapercibido por los comentaristas, veo una prueba muy clara, aunque indirecta, de la obra del Espíritu Santo en la resurrección de Jesús. Dice así literalmente: «Mas si el Espíritu del que levantó a Jesús de entre (gr. *ek*) los muertos habita en vosotros, el que levantó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales *mediante su Espíritu* que inhabita en vosotros». Notemos los siguientes detalles:
- (a) El Apóstol se basa en nuestra unión con Cristo: «Pero si Cristo *está en* vosotros...» (v. 10).
- (b) Asegura Pablo que quien efectuó la resurrección de Cristo (esto es, el Padre), hará *también* lo mismo en nosotros.
- (c) Dice que nuestra resurrección será llevada a cabo «*mediante su Espíritu*».
- (d) Conforme a las estrictas normas de la lógica, el silogismo no admite más que una conclusión: «Luego la resurrección de Cristo fue *también* llevada a cabo *mediante el Espíritu Santo*».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 4

- 1^a *pregunta* ¿Se ha percatado usted, al estudiar la presente lección, de la importancia de nuestro *estar en Cristo*?
- 2^a *pregunta* ¿Percibe usted alguna diferencia en el modo como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se relacionan con usted en la vida cristiana de usted?
- 3^a *pregunta* ¿Podría explicar en qué consiste la diferencia que he mencionado en la pregunta anterior, y cómo se percata usted de dicha diferencia?
- 4^a *pregunta* En la experiencia espiritual de usted, ¿de cuántas maneras opera en usted la conducción del Espíritu Santo? ¿Es primordialmente (o exclusivamente) mediante las palabras de la Sagrada Escritura?
- 5^a *pregunta* Si eso ocurre mediante las palabras de la Escritura, ¿podría usted citar determinados lugares de las Escrituras que parecen volverse *vivos* o hablarle a usted con una fuerza especial en momentos como esos? ¿Cómo sabe usted cuándo tiene lugar esa experiencia?
- 6^a *pregunta* Si el Espíritu Santo le ha guiado a usted de otros modos que no sean mediante las Escrituras, ¿cuáles han sido esos otros modos?
- 7^a *pregunta* ¿Anhela usted el momento que Pablo menciona en Romanos 8:11, o prefiere que ese momento se difiera lo más tarde posible? ¿Cuál es su motivo para desear que ese momento tarde en llegar? ¿Es porque desea trabajar con denuedo para que la Segunda Venida del Señor se apresure, o porque el corazón de usted está todavía apegado a las cosas de este mundo?

LECCIÓN 5

El Espíritu Santo en la Iglesia

1. El Espíritu Santo, actuando en los primeros discípulos

A) *En el bautismo de poder del día de Pentecostés*

(a) Está claro en Hechos 2:1 y siguientes, que fue el Espíritu Santo (v. 4) quien llenó a los que estaban en el Aposento Alto, a fin de que pudiesen dar con denuedo testimonio de Jesús (comp. 4:23-31, especialmente el v. 31).

(b) Este es el «poder» del que Jesús les había hablado antes de ascender a los cielos (ver Hch. 1:4-5, 8). Antes de que descendiera sobre ellos el Espíritu Santo, no estaban *capacitados* para proclamar el Evangelio (comp. 2 Co. 2:16; 3:5). Por eso, Pedro, y los discípulos que lo siguieron para pescar en el mar de Galilea, obraron muy mal al desplazarse a Galilea desde Jerusalén (ver Jn. 21:1ss.), pues el Señor les había ordenado (ver Lc. 24:49) el día de su Resurrección: «Pero quedaos vosotros en la ciudad hasta que seáis investidos del poder de lo alto». Fue, pues, un acto de desobediencia..

B) *En el envío de los misioneros*

(a) De tal manera se hace notar la acción del Espíritu Santo en toda la obra de la Iglesia primitiva (esto es, en la época apostólica), que se ha dicho con mucha razón que el libro de *Hechos de los Apóstoles* (lit.) debería llamarse *Hechos del Espíritu Santo*.

(b) Es especialmente notable la porción de Hechos 13:1 y ss. En el versículo 4, se dice que Bernabé y Saulo marcharon a evangelizar

«*enviados por el Espíritu Santo*». La iglesia local, la de Antioquía de Siria, se limitó a «soltarlos», como dice literalmente el original para expresar lo de «los despidieron» de nuestras versiones.

(c) Como dato interesante, añadiré que el vocablo griego *pnéuma*, referido al Espíritu Santo, ocurre en el libro de *Hechos* nada menos que 55 veces. Es cierto que el vocablo aparece 379 veces en todo el Nuevo Testamento, pero más de la mitad de ellas se refieren al espíritu humano o a malos espíritus (demonios).

2. *El Espíritu Santo, actuando en los creyentes*

Lo que vamos a decir de aquí en adelante es ampliación de lo dicho en la *Introducción* general de esta Parte III del Curso y, a su vez, lo iré ampliando de nuevo en las lecciones respectivas.

A) *Necesidad de los ministerios del Espíritu Santo*

(a) Podemos decir que todo lo que el creyente *es* y *tiene* y de lo que *disfruta*, como segregado del mundo y dedicado a Dios, lo debe al «agente ejecutor» de la Trina Deidad, al Espíritu Santo. Por medio de él, Dios nos llama, nos vivifica, nos engendra espiritualmente y nos hace una nueva criatura (o, una nueva creación).

(b) El Espíritu Santo convence de pecado, guía a toda la verdad, nos conduce a Cristo, nos sella para el día de la redención de nuestro cuerpo y vive en nosotros como en su santuario (Jn. 14:17, 23 –el Padre y el Hijo vienen también porque tienen en común, con el Espíritu Santo, la Deidad).

(c) Es igualmente el Espíritu Santo quien testifica a nuestro espíritu (Ro. 8:16), nos da la adopción (Ro. 8:15), nos hace así clamar «abba, Padre» (nos enseña «las primeras letras») e intercede por nosotros desde dentro (Ro. 8:26), nos santifica (1 P. 1:2) y derrama el amor de Dios en nuestros corazones (Ro. 5:5).

(d) Por el poder del Espíritu Santo, abundamos en la esperanza (Ro. 15:13), aguardamos la esperanza de la justicia que es por la fe (Gá. 5:5) y hacemos morir las obras de la carne (Ro. 8:13). Igualmente, andamos por él en Cristo y vivimos por él (Gá. 5:25; Col. 2:6).

(e) En una palabra, desde la cuna espiritual hasta la tumba, *todo* se debe a la obra del Espíritu Santo.

B) *Necesidad de la obra del Espíritu Santo para la salvación*

(a) Si erramos aquí, es un error para toda la eternidad. La necesidad que tenemos de la obra del Espíritu Santo en nosotros surge del hecho de nuestra total corrupción natural. Por muy astutos, listos y sabios que seamos respecto a las cosas de este mundo, estamos muertos para Dios. Estamos cegados por las tinieblas y endurecidos por el pecado. La mente carnal es hostil a Dios (Ro. 8:87; 1 Co. 2:14).

(b) Por eso, es menester que el Espíritu Santo nos convenza de pecado. Puesto que él es quien usa la agencia de la palabra (ver Jn. 3:5), a él se atribuye en especial el poder de quemar y quebrantar, así como de llegar a los íntimos rincones del ser humano, poder que la Biblia atribuye a la palabra de Dios (véase Jer. 23:29; He. 4:12). Él es también quien ilumina los ojos de nuestro entendimiento (o, de nuestro corazón –Efesios 1:17-18).

(c) Sin la obra del Espíritu Santo, no hay fe, ni temor de Dios, ni amor a Dios y al prójimo ni santidad. Dejados a nuestras propias fuerzas, jamás seríamos capaces de ninguna cosa conducente a la salvación.

(d) Sin la obra del Espíritu Santo, nadie se vuelve a Dios, nadie se arrepiente, cree ni obedece. Ni la ciencia, ni la educación ni el arte pueden llevar al cielo una sola alma, ni vendar un corazón quebrantado ni sanar una sola conciencia herida. Podríamos pasar revista a los mayores filósofos, científicos, artistas y literatos de todas las épocas. Sus respuestas respecto a la condición de la humanidad caída son decepcionantes; sencillamente, no tienen respuesta válida para ninguno de los grandes problemas del hombre.

C) *Necesidad del Espíritu Santo para poder habitar con Dios en la otra vida*

(a) En efecto, para habitar con el Dios infinitamente santo en el Cielo por toda la eternidad, el ser humano necesita estar equipado convenientemente. El perdón de los pecados no sería suficiente sin la implantación de una nueva naturaleza, la «divina naturaleza» (2 P. 1:4), en armonía de nivel y calidad (aunque no de grado, pues en Dios es infinito) con la naturaleza misma de Dios. Ahora bien, Dios cambia (esto es, transforma) nuestra naturaleza cambiando nuestro corazón y poniendo dentro de nosotros su Espíritu (Ez. 36:26-27), si bien esto sólo tendrá pleno cumplimiento en la escatología.

(b) De esta forma, al ser quitada de nosotros la culpa del pecado, el poder del pecado es desactivado y se implanta en nuestro interior el deseo de agradar a Dios, a la vez que desaparece el miedo (no el temor filial) al juicio de Dios. Y al mismo tiempo que se retira el miedo al castigo, se adhiere a nosotros el amor a Dios y a la santidad. Dice a este respecto el obispo anglicano del siglo pasado Ryle:

«El Cielo mismo no sería Cielo, si entrásemos en él sin un corazón nuevo. Un Sábado eterno, y aun la compañía de los santos y de los ángeles, no podrían darnos en el Cielo felicidad alguna, a menos que el amor a los Sábados y a la compañía de los santos hubiese sido derramado en nuestros corazones ya en la tierra».

(c) Finalmente, y resumiendo, la total incapacidad del ser humano para volverse a Dios sin la obra del Espíritu Santo, y la total ineptitud del hombre para los goces del Cielo sin la capacitación que el Espíritu Santo suministra, son dos verdades fundamentales de la fe cristiana, que deberían estar firmemente arraigadas en la mente y en el corazón de todo creyente.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 5

- 1ª pregunta* ¿Le ha ayudado a usted la presente lección en orden a apreciar más que antes la obra del Espíritu Santo en toda la vida espiritual de usted?
- 2ª pregunta* ¿Siente usted al Espíritu Santo dentro suyo, dando testimonio juntamente con el espíritu humano de usted de que es usted hijo de Dios (Ro. 8:15-16; Gá. 4:6)? ¿Podría usted describir qué clase de sentimiento es ése o a qué se parece?
- 3ª pregunta* Dentro del ministerio que usted desempeña, sea el que sea, ¿se siente usted *enviado a él por el Espíritu Santo* o ha comenzado a desempeñarlo movido por su propio interés, por muy santo que sea el interés que usted tenía en él?
- 4ª pregunta* Hay quienes opinan que Pedro cometió (por lo menos) una grave imprudencia al proponer un sustituto para Judas (ver Hch. 1:21-26), en lugar de esperar a que descendiese sobre ellos el Espíritu Santo, con lo que, sin impacencias, Dios les habría guidado a escoger a Pablo, una vez convertido éste al cristianismo; después de todo –añaden–, ¿qué hizo Matías para la extensión del Evangelio? ¿Cómo juzga usted esta opinión? ¿Puede usted dar alguna razón, a favor de dicha opinión o en contra de ella?
- 5ª pregunta* De seguro que el Espíritu Santo tuvo sus razones, en Hechos 13:2, para pedir que «apartaran a Bernabé y a Saulo para la obra»; pero quizás podamos nosotros adivinar algún motivo. ¿Qué cualidades especiales se entrevén en la forma de actuar de ambos? ¿Halla usted algo en 1 Corintios 9:4-6?
- 6ª pregunta* ¿Le ha pasado a usted alguna vez por la cabeza que, si usted tuviese de parte del Espíritu Santo direcciones tan explícitas como la de Hechos 13:2 y la de Hechos 16:7, le resultaría sumamente fácil saber lo que Dios

pide de usted en ocasiones en que es urgente e importante tomar una decisión que esté en conformidad con la voluntad de Dios? No tenga vergüenza en confesarlo, si es que le ha pasado alguna vez por las mientes, pues yo tengo que confesar que me costó, al principio, comparar mi caso (sin ver jamás visiones ni oír voces audibles) con el de Abraham, por ejemplo, a quien Dios hablaba cara a cara y le comunicaba audiblemente lo que deseaba de él. ¿Podría usted citar alguna «bienaventuranza» del Señor Jesús a favor de aquellos que no vemos «visiones» ni oímos voces sobrenaturales?

LECCIÓN 6

El Espíritu Santo en la justificación del impío

I. INTRODUCCIÓN

Entramos ahora en la parte particular y más personalizada de la Parte III del CURSO y llegamos al punto crucial en las doctrinas de la gracia: «¿CÓMO Y CUÁNDO OBTENEMOS UNA CORRECTA POSICIÓN LEGAL DELANTE DE DIOS?» Esto nos lleva a lo que fue, en Lutero, el paso decisivo en la Reforma: LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE SOLA, SIN LAS OBRAS DE LA LEY (Ro. 3:28).

Pero una justificación legal, *forense*, no cambia la naturaleza del pecador. Sin un cambio en su naturaleza, sin santidad interior, «nadie verá al Señor» (He. 12:14). Este cambio se efectúa mediante la *regeneración*. Según el propio Señor Jesús (Jn. 3:3, 5), sin el «nacimiento de arriba», nadie puede ver el reino de Dios ni entrar en él. Y, si la fe supone la «iluminación de los ojos» (Ef. 1:18) interiores (de la mente o del corazón), estamos ante un difícil problema: ¿qué es antes, la justificación o la regeneración? Antes de dar la respuesta, necesito «definir».

1. Aclarando conceptos

Si no se tienen totalmente claros los conceptos, no es posible entender bien el presente tema. Dejando para la lección 7 el análisis de los conceptos de fe y arrepentimiento, veremos aquí los conceptos de regeneración y justificación.

- A) *Concepto bíblico de regeneración*. Como ya lo anuncia el vocablo mismo, la regeneración es una nueva «generación», una creación interior, por la

acción soberana del Espíritu Santo, a fin de *renovar* sobrenaturalmente, de pura gracia, al hombre caído en Adán y muerto en sus delitos y pecados. Esto lleva consigo la implantación de una nueva naturaleza, la «comunión en la divina naturaleza» (2 P. 1:4). En el sentido que tiene aquí, el vocablo «regeneración» (gr. *palingenesía*) sólo ocurre en Tito 3:5. Los lugares bíblicos son numerosos: Juan 1:12-13; 3:3, 5-8; Romanos 6:3-14, 17-22; 12:2; 1 Corintios 2:14-15; 2 Corintios 4:6; 5:17; Efesios 2:1-10; 4:22-24; Filipenses 2:13; Colosenses 3:9-11; Tito 3:3-7; 1 Pedro 2:2; 2 Pedro 3:18; 1 Juan 2:29; 3:6-10; 4:7; 5:4, 18.

Mediante el injerto en Cristo (Ro. 6:5, comp. con Jn. 15:1-5), la regeneración adquiere una dimensión cristológica, como pone de relieve Pablo en 2 Corintios 5:17; Gálatas 6:15; Efesios 2:5, 10; Colosenses 2:13. Por su parte, Santiago y Pedro añaden el detalle de que «mediante la palabra», Dios «nos hizo nacer» (Stg. 1:18), «habiendo sido regenerados» (1 P. 1:23 -lit.).

B) *Concepto bíblico de justificación.* Grudem define así la justificación: «Es un acto legal, instantáneo, de Dios en el cual (1) piensa de nuestros pecados como perdonados, y de la justicia de Cristo como perteneciente a nosotros, y (2) nos declara ser justos a sus ojos». Nótese bien -repite- que la justificación del impío es, por parte de Dios, un acto «forense», no causativo: Dios nos *declara* justos, inocentes; no nos *hace* justos mediante esa declaración.

¿Cómo puede Dios hacer esto sin contravenir lo dispuesto en Deuteronomio 25:1 y Proverbios 17:15? Estos lugares hablan de la justicia humana, donde los jueces sólo pueden declarar justo a un inocente, no a un malhechor. Pero en la justificación divina, hay un cambio de situación, hay una *sustitución* (ver 2 Co. 5:21).

Al llegar a este punto, para no alargar demasiado esta lección, recomiendo a mis lectores el estudio de las lecciones 17 y 18 de mi libro *Doctrinas de la Gracia* (CLIE), con una sola corrección: En la lección 17, página 108, punto 2, 2º párrafo, las líneas 6 a 9 inclusive deben leerse así: «La diferencia entre “dikáíoma” y “dikáiosis” está en que el 2º indica el proceso en marcha de declarar a alguien justo, mientras que el 1º indica el acto de declarar a alguien justo, cuando el proceso está ya terminado (véase Mt. 12:37; Lc. 1:6)».

2. ¿Qué es antes, la justificación o la regeneración?

La respuesta a esta pregunta depende enteramente del punto de vista que se sostenga respecto a los sistemas calvinista, arminiano o amiraldiano.

- A) Según el calvinismo supra y sublapsario, la regeneración y el nuevo nacimiento (que casi todos los expositores identifican) *preceden a la justificación*. Lugares en que se apoyan: Juan 3:5; 6:44; 6:65; Hechos 16:14; Romanos 3:11; 1 Corintios 2:14; Efesios 2:4-5; Colosenses 2:13. Para éstos, la gracia puede ser *común*, entendiendo por tal las luces naturales que Pablo describe en Romanos 1:19; Hechos 14:15-17; 17:24-27, y especial, *sobrenatural*, la cual siempre es *irresistible*.
- B) Según el arminianismo, la justificación *precede a la regeneración*, pues el pecador se justifica por fe, y ésta es la fe que le une a Cristo para obtener de Él una vida nueva, regenerada mediante el ministerio del Espíritu Santo. No hay ninguna gracia irresistible. Toda gracia es *suficiente*, tornándose eficaz por la cooperación del libre albedrío, lo cual no va contra la soberanía de Dios, pues la presciencia de Dios va por delante de cualquier decisión de la libertad humana. Textos como Juan 1:12; 3:18-21; Hechos 16:30-31; Romanos 10:9-13; Efesios 2:8; Filipenses 2:12, les sirven para su tesis.
- C) Según el amiraldianismo –como yo lo presento (en oposición al punto de vista de Calvino), no como lo presentan la gran mayoría de los amiraldianos (sosteniendo que su posición es la misma de Calvino)– es de todo punto necesario distinguir entre la *regeneración* y el *nuevo nacimiento*, del mismo modo que se diferencia la *concepción* del feto de su posterior *parto*. Lo curioso es que los amiraldianos nos basamos también en la mayoría de los textos bíblicos que usan los calvinistas y los arminianos, pero los vemos, en un contexto amplio de la palabra de Dios, en una perspectiva diferente.

La palabra misma de Dios me presta los elementos para una ilustración con la que se puede entender bien la distinción que hago entre *regeneración* y *nuevo nacimiento*. Ruego al lector que lea detenidamente la parábola del sembrador, especialmente la explicación que de ella da el Señor en Lucas 8:11-15, que es el informe más completo dentro de su concisión. Notemos que esa semilla –que es la palabra de Dios– (v. 11) es frustrada por tres clases de enemigos: (a) la

superficialidad frívola (v. 12); (b) la emoción pasajera (v. 13) y (c) la atracción de lo mundano en sus tres formas: poder, dinero y placer (v. 14). Sólo los del versículo 15 obtienen salvación (comp. Ro. 10:17).

Siguiendo con mi ilustración: Sólo los del versículo 15 llegan *desde la concepción al parto*. En los del versículo 12, no hay siquiera *concepción*, ya que al *semen* (vocablo latino para «semilla») no se le ha dado cobijo. En los de los versículos 13 y 14, sí que hubo *concepción*, pues la semilla *penetró*: en los del versículo 13, no al fondo, sino en un lugar somero donde el feto se desgració pronto; en los del versículo 14, el feto fue desarrollándose con gran dificultad, hasta morir finalmente, debido a las graves enfermedades de la «madre». Nótese bien que la *intención* del sembrador fue siempre *buena* (comp. Hch. 17:30; 1 Ti. 2:4): sembrar para obtener cosecha abundante. El «suelo» no hizo nada *a favor* de la semilla, sólo podía limitarse a *recibirla*; pero sí pudo hacer algo *en contra* de la semilla: obstaculizarla.

Y esto es precisamente lo que hacen los que se salvan y los que se condenan: (a') Los que se salvan es *porque Dios los salva con su gracia* (Ef. 2:8-10), (b') Los que se condenan es *porque resisten obstinadamente a la gracia de Dios*. Pero Dios mantiene siempre su soberanía: (1) porque Él es quien toma siempre la *iniciativa*; (2) porque Él es poderoso para quebrantar cualquier *resistencia*, aunque, por sus justos juicios, muchas veces no la quebranta para mayor castigo del pecador impenitente.

Otra forma de presentarnos esta enseñanza mediante una ilustración diferente es por medio del *dormir* y del *despertar*, con su paralelo de la *oscuridad* y la *luz*. Dice Pablo en Ef. 5:14: «... Despiértate tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo». Por su pura y amorosa iniciativa, Dios envió a su Hijo a este mundo para dar la vida espiritual comenzando por una *iluminación* (Jn. 1:4-5, 9), que el Espíritu Santo aplica a los ojos interiores del hombre (Ef. 1:18). Pero el pecador, aun alumbrado por esa luz que se ofrece a todo hombre (Jn. 1:9), puede cerrar voluntariamente sus ojos a la luz (Jn. 1:5, 10-11) y oponer resistencia al Espíritu Santo (Hch. 7:51), cerrando el paso a la verdad (Ro. 1:18). Dios actúa para salvación, pero el hombre se obstina en su condenación por rehusar creer (Jn. 3:17-18, 36) y con eso sella su propio veredicto: «Y éste es el juicio (gr. *krisis* –el proceso judicial): *que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas*» (Jn. 3:19).

3. ¿Cómo se demuestra que una persona ha obtenido la justificación?

Aquí viene a cuento la pretendida contradicción entre Santiago y Pablo respecto a «fe y obras», de lo que hablaré en la lección 7. Por ahora me basta con decir que la única prueba convincente de que un pecador ha sido justificado, es salvo, ha pasado de muerte a vida, consiste en la santidad de vida. Una fe que no da fruto de buenas obras no es una fe *genuina*. Dice Ryrie (o.c., pág. 300): «Lo que somos en Cristo se verá en lo que somos ante los hombres». Como digo en *Las Doctrinas de la Gracia*, página 75: «El regenerado puede todavía equivocarse y puede caer, pero el norte de su brújula queda fijado. Aunque el pecado llegue a anidar en él, será como un *cuerpo extraño* dentro de la nueva naturaleza (1 Jn. 3:8-9)». Debo hacer aquí una pequeña corrección y ruego a mis lectores que la hagan también ellos si poseen dicho libro: Juan dice claramente que el creyente puede *pecar*, es decir, cometer *actos pecaminosos* (1 Jn. 1:7-10; 2:1), pero no puede *practicar* el pecado, vivir *habitualmente* en pecado, pues eso mostraría que «la simiente de Dios NO permanece en él» (1 Jn. 3:8-9).

4. ¿Implica la regeneración un cambio ontológico de la persona?

Voy a explicar el sentido de la pregunta, que para mí reviste una importancia especial por lo que diré a continuación sobre la enseñanza de la Iglesia de Roma sobre este particular. El cambio *ontológico* se verifica cuando algo o alguien pasa de un estado del *ser* a otro; es un cambio *físico*. La Iglesia de Roma enseña que la participación de la divina naturaleza que Pedro menciona (2 P. 1:4), no es sólo una renovación moral, sino una cualidad sobrenatural que penetra en la persona, se *infunde* en ella y se convierte así en una *sobrenaturaleza creada*, que moldea toda la conducta de la persona. Dice Tomás de Aquino (*Summa Theologiae*, 1-2, cuestión 110, art. 2, hacia el medio):

«De otra manera es ayudado el hombre por la voluntad gratuita de Dios, según que Dios infunde al alma algún don habitual. Y esto, porque no es conveniente que Dios provea a quienes ama, a fin de que tengan un bien sobrenatural, menos que a las criaturas a las que ama, a fin de que tengan un bien natural. Mas a las criaturas naturales las provee de tal modo que no sólo las mueve a los actos naturales, sino que también

les otorga ciertas formas y energías que son principios de los actos para que ellas mismas se inclinen a tales movimientos. Y así los movimientos con los que son movidas por Dios se hacen connaturales a las criaturas y fáciles, según aquello de Sabiduría 8:1: *Y dispone todo suavemente*. Por consiguiente, a los que mueve para conseguir un bien sobrenatural eterno, mucho más les infunde algunas formas o cualidades sobrenaturales, conforme a las cuales las mueve Él suavemente y prontamente a conseguir el bien eterno. Y así, el don de la gracia es una cualidad».

Frente a este modo fisicista, ontológico, de considerar la regeneración del pecador ya justificado, hemos de sostener, conforme a la palabra de Dios, que el cambio que se opera en la regeneración es del orden espiritual, psicológico y moral; no es un cambio en el plano del *ser*, sino en el plano del *obrar*. Podemos decir que consiste en *una nueva orientación de toda la persona en la dirección correcta*.

Nosotros admitimos también que la regeneración requiere un principio sobrenatural ontológico, pero sostenemos que ese principio no es una *cualidad infusa, creada, sino el propio Espíritu Santo*, como agente que mueve nuestras facultades espirituales en dirección a Dios y a la vida eterna (ver Ro. 8:14). En consecuencia, entendemos la comunión en la divina naturaleza (2 P. 1:4), no como una «física comunión del hombre con Dios... por medio de un don creado» (así habla L. Ott, en *Fundamentals of Catholic Dogma*, pág. 257), sino como una participación moral en el modo divino de comportarse, huyendo del pecado y practicando la virtud, como aclara la frase final de 2 Pedro 1:4 y los versículos siguientes.

He dicho anteriormente que el cambio que se opera en la regeneración es del orden espiritual, psicológico y moral. En efecto, es:

- A) *Espiritual*, por la recepción del Espíritu Santo, que impulsa a nuestro espíritu en un sentido contrario al anterior.
- B) *Psicológico*, porque nuestra psique recibe nuevo poder y nueva orientación. El hombre tenía antes el poder de amar, pero lo dirigía hacia sí mismo; ahora lo dirige hacia Dios y hacia el prójimo como a sí mismo o más que a sí mismo. Con relación al pecado, teníamos antes el conocimiento del pecado por medio de la ley (Ro. 3:20), pero no el poder de frenar el pecado; después de la regeneración, ya podemos vencer el pecado con el poder del Espíritu Santo.

- C) *Moral*, porque, con la nueva naturaleza, el Espíritu Santo origina nuevos hábitos, nuevas costumbres en el plano del discernir y del actuar (comp. He. 5:14, de lo que hablaré en detalle en la lección 12). Estos nuevos hábitos no son *cualidades infusas*, como sostiene la Iglesia de Roma, sino *costumbres adquiridas* mediante la repetición de actos de virtud bajo la conducción del Espíritu Santo conforme a la voluntad de Dios.

Quiero insistir todavía en lo de la *nueva orientación de la persona*, en virtud de la nueva vida que la regeneración comporta. Para eso, necesito remontarme hasta el primer pecado cometido por la humanidad. Aunque este pecado no fue el que llamamos «original», pues fue anterior al comer del árbol prohibido, estuvo en el «origen» del pecado original.

Si analizamos bien el relato de Génesis 3:1-5, veremos que el primer pecado de la humanidad fue cometido por Eva cuando, cediendo a la insinuación de la serpiente (v. 5), *perdió la confianza en el amor de Dios*, al pensar que Dios era egoísta reservando para sí una parte del conocimiento, el conocimiento *útil* del mal, frente al conocimiento, *siempre útil*, del bien. Si nuestros primeros padres no hubieran desobedecido a Dios al quebrantar el único mandamiento, tan fácil, que les había impuesto, *habrían conocido el mal para su bien*, para guardarse mejor de cometer el mal; pero, con la desobediencia perdieron la comunión con Dios que es la Vida misma, y así el conocimiento del mal sólo sirvió para alienación y muerte.

Esta *alienación* (= enajenación) producida por el pecado se advierte ya en la primera pregunta que hace Dios en toda la Biblia: «¿Dónde estás tú?» (Gn. 3:9). Bien sabía Dios dónde estaba Adán, pero la pregunta encierra una enseñanza que debería hacernos temblar: *Adán no estaba en el lugar de costumbre*, no estaba donde debía estar. Era como un frasco vacío: estaba alienado, «fuera de sí» (comp. con lo de «*Mas vuelto en sí*» -Lc. 15:17 al pie de la letra). ¿Cabe mayor locura? El hombre no se vacía ni se seca por orientarse hacia el bien, por «darse sin perderse», sino por ir hacia el mal apartándose del Sumo Bien (ver Jer. 2:13).

Por eso, el proceso de rehabilitación que la comunión en la divina naturaleza opera en la persona es un proceso de *integración*: El hombre se integra y se unifica en sí mismo, a imagen del Dios *uno*, cuando, en vez de buscarse a sí mismo, se entrega a Dios en perfecta obediencia, motivada por el amor y, cuanto mayor es su comunión con Dios, mayor realce alcanza su *ser* y mayor valor obtiene su *obrar*. *¡Crece en la medida en que se vacía de sí mismo para llenarse de Dios!* (comp. Ef. 5:18 y ss.).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 6

- 1ª *pregunta* ¿Piensa usted que es bastante el que Dios le haya perdonado todos los pecados o cree que necesita también que le sea puesta en su cuenta la justicia de Cristo?
- 2ª *pregunta* Si es usted creyente, ¿confía en que Dios le haya declarado «no culpable» ante Sus ojos? ¿Podría decir cuándo tuvo lugar eso en su vida?
- 3ª *pregunta* ¿Piensa usted que Dios le ha justificado por algo bueno que usted había hecho anteriormente? ¿Cree que había sido tan bueno, que merecía que Dios lo tuviese en cuenta?
- 4ª *pregunta* Si no está usted seguro de que Dios le haya perdonado completamente y para siempre, ¿hay algo que usted deba hacer antes de que eso suceda?
- 5ª *pregunta* ¿Qué le convencería a usted de que Dios le ha justificado con toda seguridad?
- 6ª *pregunta* ¿Cree usted que la diferencia entre la enseñanza de la Iglesia de Roma y la doctrina bíblica acerca de la justificación y de la regeneración es una diferencia importante?
- 7ª *pregunta* Diga usted cómo se sentiría acerca de su relación con Dios si creyese que la enseñanza de la Iglesia de Roma acerca de la justificación que se puede perder es la doctrina correcta.
- 8ª *pregunta* ¿Cree usted que los católicos, al menos los que usted conoce, están de acuerdo con las enseñanzas de su Iglesia, o le parece a usted que piensan ahora de manera diferente?
- 9ª *pregunta* ¿Se ha preguntado usted alguna vez si Dios continúa castigándole de vez en cuando por pecados que cometió en el pasado? ¿Cómo puede ayudarle la doctrina bíblica de la justificación en esto?

LECCIÓN 7

Concepto bíblico de fe y de arrepentimiento

I. INTRODUCCION

En la lección precedente, hemos visto lo que Dios hace, por su pura iniciativa, soberana y amorosa, respecto a la correcta relación del hombre pecador con el Dios infinitamente santo. La palabra de Dios nos declara que el impío, una vez despertado por la gracia de Dios, tiene que «darse la vuelta» hacia ese Dios misericordioso que, en Cristo, ya se dio la vuelta Él, poniéndose de cara a la humanidad pecadora en general y a cada pecador en particular (ver 2 Co. 5:19-21). A este giro de 180 grados es a lo que llamamos «conversión».

1. Concepto de conversión

Grudem (o.c., pág. 709) define así la conversión:

«La conversión es nuestra respuesta a la llamada del Evangelio, en la cual nos arrepentimos sinceramente de nuestros pecados y ponemos nuestra confianza en Cristo para salvación».

Por consiguiente, la conversión requiere dos movimientos: 1) el *arrepentimiento*, por el cual nos apartamos del pecado; 2) la *fe*, por la que acudimos confiadamente al Salvador. Los trataremos respectivamente en los puntos 4 y 3 de la presente lección.

En la Iglesia de Roma, la conversión, como la justificación y la regeneración, está vinculada a los sacramentos del bautismo y de la penitencia: El bautismo

perdona todos los pecados pasados, incluido el original, y regenera completamente al individuo –«borrón y cuenta nueva», como suele decirse. La penitencia perdona también los pecados, pero requiere un grado, mayor o menor, de «contrición». La *pena* por los pecados cometidos después del bautismo nunca se borra del todo en esta vida. De ahí, la necesidad de «indulgencias», penalidades impuestas por el confesor o por el propio penitente, misas, bulas, etc. Pero *ni esto* puede borrar por entero la *pena*, aunque se haya borrado la *culpa* por la absolución del confesor (no por otro medio). Subrayo esto, porque entre los evangélicos, y aún entre la mayoría de los mismos católicos, las ideas a este respecto son falsas o, al menos, inexactas.

En las denominaciones cristianas que deben su nacimiento a la Reforma, existen movimientos que no van de acuerdo con las enseñanzas genuinas de la Biblia.

Por ejemplo, entre los metodistas, existe la llamada «experiencia de crisis», es decir, de una conversión tan completa que no admite la existencia de cristianos carnales y sostiene, además, que se puede llegar a una *perfección* espiritual en la que ya no se debería hablar de «pecados» sino más bien de «defectos».

En nuestro siglo, ha sido Karl Barth quien ha descrito la conversión como el suceso culminante de la Historia, consistente en la liberación y renovación del mundo en Jesucristo. La conversión personal puede admitirse –según él– en un sentido secundario y únicamente como un despertamiento del individuo a la realidad del suceso histórico. Es un punto de vista consecuente con su tesis universalista.

Otros puntos de vista que no están de acuerdo con las enseñanzas de la palabra de Dios pueden verse en la lección 2, puntos 10, 11, 13 y 14.

Para aclarar ideas ya apuntadas en la *Introducción*, debo decir que el hecho de que la conversión sea la «media vuelta» que el pecador da en su relación con Dios no significa que ese acto sea algo de su propia iniciativa; sólo podemos ser «activos» con base en la gracia y por el poder del Espíritu Santo. No podemos «decidir» salvarnos sin que antes hayan sido abiertos nuestros ojos a la necesidad de la salvación, teniendo en cuenta la «perdición» en que estamos sumidos. Como dice D.G. Bloesch (*Evangelical Dictionary of Theology*, pág. 273), «La conversión es la señal, pero no la condición, de nuestra justificación, cuya sola fuente es la libre e incondicional gracia de Dios».

La conversión puede considerarse como una decisión radical (opción fundamental) a seguir las pisadas de Cristo (1 P. 2:21), sin olvidar que este segui-

miento tiene sus altibajos en la mayoría inmensa de los casos. El propio Pedro tuvo que «convertirse» (gr. *epistrépsas*), no a la fe, sino a la comunión con Cristo (Lc. 22:32), *por haber seguido de lejos al Maestro* (Lc. 22:54b).

En lo referente a la conversión fundamental, puede efectuarse de dos maneras:

- (A) *Conversión de crisis*. Tiene lugar cuando el pecador es «tumbado» por la gracia de Dios, como si fuera fulminado por un rayo, y experimenta una angustia singular, seguida de un consuelo extraordinario al entregarse al Señor. Este fue el caso de Pablo (Hch. 9:3-6) y el del carcelero de Filipos (Hch. 16:27-34), entre otros que vemos en la Biblia, así como el de Agustín de Hipona y de J. Wesley, como ellos mismos refieren en sus escritos. Es de advertir que esto: (a) no significa que el Espíritu Santo actuase entonces por primera vez. A Pablo no se le borraba la impresión que le produjo la forma en que murió Esteban (Hch. 7:55-60), según se transparenta en la frase de Jesús (Hch. 9:5b) «dura cosa te es dar coces contra el agujón». (b) Tampoco significa que quien pasa por una conversión de crisis seguirá siempre *de muy cerca* al Señor (contra la opinión de los metodistas wesleyanos).
- (B) *Conversión de proceso*. Ésta ocurre cuando el Espíritu Santo «se toma tiempo» –por decirlo así– en la conversión de una persona, manejando delicadamente todas las estructuras psicológicas del sujeto, hasta llevarlo finalmente a la «opción fundamental» por Cristo. En mi opinión, esto sucede en la mayoría inmensa de los casos, especialmente en los medios evangélicos, donde los niños, desde la más tierna infancia, acuden con sus padres a los cultos y oyen frecuentemente hablar de religión en casa y, sobre todo, en la escuela dominical. Esto tiene una grave desventaja, frente a otras grandes ventajas: La de pensar que uno ya está convertido y dispuesto para recibir el bautismo, cuando quizá no ha tenido lugar un proceso de genuina conversión. En cambio, los que, desde un ambiente poco propicio para las cosas espirituales (el mundo, el negocio, la mala vida o un conocimiento superficial del catolicismo), acuden a cultos de evangelización, ya sea por invitación de amigos o por mera curiosidad, suelen experimentar una conversión genuina y se mantienen firmes en el seguimiento del Señor con una conducta realmente cristiana.

El hecho de que la conversión sea fundamentalmente una opción radical en el seguimiento de Cristo, no significa que nuestra actitud ante el mundo, ante el negocio, etc., vayan a formar un compartimento estanco que nada tiene que ver con lo espiritual. Como dice Bloesch (o.c., pág. 273), «La conversión es un acontecimiento espiritual con implicaciones sociales de gran alcance. Comporta el aceptar a Cristo, no sólo como el que nos salva del pecado, sino también como el Señor de toda nuestra vida».

Por supuesto, la conversión –como la justificación– es sólo un comienzo. Precisamente una de las señales más claras de la conversión genuina es el afán de crecer y, con él, el apetito de nutrirse, (a) con *la leche espiritual no adulterada* (1 P. 2:2), ya que el recién convertido es un «bebé» espiritual; (b) con el «alimento sólido» (He. 5:13-14), que traduzco literalmente: «Porque todo el que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es un bebé; mas de maduros es el alimento sólido, de los que por el hábito tienen los sentidos ejercitados para el discernimiento, tanto del bien como del mal». Un niño que carece de apetito comienza a preocupar seriamente a sus padres; así también un creyente que no tiene afán de conocer más y mejor la palabra de Dios comienza a preocupar al Señor.

2. Terminología bíblica

El Antiguo Testamento expresa la conversión mediante el verbo hebreo *shub* = volverse; este mismo verbo sirve igualmente para expresar el arrepentimiento del hombre, mientras que el verbo *nijam* suele ir asociado con el arrepentimiento de Dios. Según dijimos ya en la lección 10 de la Parte I de este CURSO, el arrepentimiento de Dios nunca significa un cambio de pensar (Dios es inmutable), sino una nueva situación de alguien frente a Dios (ver 1 S. 15:29, 35).

En el Nuevo Testamento tenemos el verbo griego *epistréfein* para convertirse y el verbo *metanoéin* para arrepentirse. De este último hablaremos en el punto 4 de la presente lección.

En cuanto al verbo *epistréfein*, de las 36 veces en que lo hallamos, sólo hacen a nuestro propósito Mateo 13:15; Marcos 4:12 (ambos citan Is. 6:9-10); Lucas 1:16; Hechos 3:19; 9:35; 11:21; 14:15; 15:19; 26:18, 20; 28:27 (ésta es, de nuevo, cita de Is. 6:9-10); 2 Corintios 3:16; 1 Tesalonicenses 1:9; 1 Pedro 2:25. En Santiago 5:19-20 no se trata de la conversión del impío, sino del extravío de un creyente.

En algunos lugares, hallamos el verbo simple *stréfein*, en lugar de *epistréfein*: Mateo 18:3; Juan 12:40 (de nuevo, cita de Is. 6:9-10). En Lucas 15:17, donde correctamente traducimos «vuelto en sí», el verbo no es ninguno de los dos mencionados, sino *érjesthai* con la preposición de acusativo *eis*, con el sentido de «llegar a algo nuevo, cambiado»; pero, además, aunque suele usarse toda la parábola en la predicación del Evangelio, en dirección, sobre todo, a inconversos, el Pródigo había perdido la comunión con su padre, pero no la unión de hijo con su padre; ya era «hijo» cuando se marchó de casa; y el banquete de bienvenida nos recuerda la cena de Apocalipsis 3:20, donde se trata igualmente de *comunión*, no de *unión*, como lo confirma el hecho (tan mal interpretado por muchos) de que sea el Señor quien espera que le abran la puerta, mientras que en la conversión es Dios quien abre la puerta del corazón *desde dentro* (ver Hch. 16:14).

3. Concepto bíblico de fe

Debemos comenzar diciendo que el vocablo *fe* puede significar: 1) *La fe que es creída* = la palabra de Dios, a la que se refiere Judas versículo 3 «la fe que ha sido una vez dada a los santos» y que no se puede alterar (véase, p.ej., Is. 8:20; Gá. 1:6-9; Ap. 22:18-19); 2) *La fe con la que creemos*, es decir, la fe del sujeto que cree, no el objeto de la fe, que es la fe de que habla Judas en su epístola.

La fe del sujeto es siempre una certeza fundada en una seguridad. Para los griegos, la verdad era un despertamiento a la realidad (gr. *alétheia*, lo contrario de *léthe* = el olvido, el «letargo»). Para el hebreo, la verdad es, ante todo, una seguridad (gr. *aspháleia*, de donde viene «asfalto»). Pero es en el hebreo del A.T. donde mejor se ve este concepto de *seguridad*; de modo que la *fe*, como adhesión a esa *seguridad*, participa de esa misma condición. Ya sea la fe como regalo de Dios (como en Ef. 2:8; Fil. 1:29), o como don del Espíritu Santo (fe como poder -p.ej. en 1 Co. 12:9), la fe que traslada montañas (Mt. 17:20; 21:21; Mr. 11:23), o la fe ciega en el poder del Señor (Mt. 9:22; 15:28; Mr. 5:34; Lc. 8:48), siempre encierra una *seguridad*.

En efecto, el hebreo del A.T. emplea para «creer» el verbo *beemín*, la forma Hiphil (causativa) de *amán* = «estar seguro» del cual se deriva toda una familia de vocablos muy significativos: *amén* = «así es» o «así sea»; *ommán* = «maestro artífice», *émeth* = «verdad», *emún* o *emunáh* = «firmeza, fidelidad, fe, veracidad». El único de estos vocablos que nos interesa de momento es *emunáh*, y el pasaje

bíblico más adecuado para su estudio es el bien conocido de Habacuc 2:4, el único en que se usa para designar la respuesta del hombre a Dios, pues en las demás ocasiones significa la fidelidad a Dios a su carácter santo, a su palabra, a sus promesas y amenazas.

En unos momentos tan graves para Israel como fueron los de la invasión caldea (fines del siglo VII y comienzos del VI antes de C.), el profeta Habacuc recibe de Dios un mensaje de castigo y, al mismo tiempo, de consuelo. El mensaje que debe escribir en tablas de barro cocido y de forma muy clara, para que pueda leerlo el que corre (v. 2. lit.) es el que leemos en el v. 4 y dice así al pie de la letra: «He aquí que su alma está hinchada (esto es, enorgullecida), no está recta en él; *pero el justo por fidelidad vivirá*». La primera parte del versículo se refiere al caldeo (Nabucodonosor) hinchado por sus triunfos sobre todas las naciones, y la segunda parte se refiere a todo israelita observante de la Ley, leal en todo tiempo a Yahweh, aun cuando haya de sufrir por sus principios religiosos. Este es, sin duda, el sentido primordial del hebreo *emunáh* en este pasaje, aunque el griego del N.T. usa *pístis* en los tres lugares en que aparece la cita de Hab. 2:3-4: Ro. 1:17; Gá. 3:11; He. 10:38; y, por cierto, donde se refleja el sentido de «fidelidad» del hebreo *emunáh* es precisamente en la *epístola a los hebreos*.

También en el N.T. (véase Mt. 23:23; Ro. 3:3 –aquí, de Dios–; Gá. 5:22; Tit. 2:10), el griego *pístis* significa «fidelidad», pero lo corriente es que Pablo, en una de sus varias acomodaciones (inspiradas por Dios, no lo olvidemos) da de *pístis* una noción de «fe» que no responde al *emunáh* hebreo, especialmente cuando habla de la *fe que justifica al impío*. Es menester cuando leemos, por ejemplo, en Romanos 4:3: «Creyó Abraham a Dios y le fue reconocido para justicia», ver que el Apóstol está citando de Gn. 15:6, que dice así al pie de la letra: «Y creyó en Yahweh, y la contó (Dios la fe de Abram) justicia». Abraham (Abram, cuando esto ocurrió) ya era creyente convertido (ver Gn. 12:1-9). El sentido claro de Génesis 15:6 *no es* que fuese Abram *justificado* por esa fe que puso en Dios, sino que la fe *le fue contada por obra justa*.

J.I. Packer, en el *Evangelical Dictionary of Theology*, antes citado, página 399, hablando del sentido del hebreo *emunáh*, manifiesta:

«Parece demandar para sí un sentido más amplio que el de “fidelidad” solamente –a saber, el sentido de autorenuncia, de confiada dependencia de Dios, la actitud de corazón de la que la fidelidad en la vida es expresión natural».

Es así como la misma *fe*, como «actitud» que empapa toda la conducta del creyente desde el momento de su conversión hasta el fin de su vida terrenal, adquiere su tono verdadero de *totalidad vital*, de vivencia radical. No es extraño que el capítulo 11 de *Hebreos*, donde la *fe* se nos describe en el v. 1 como «soporte seguro de las cosas que esperamos, argumento convincente de lo que no se ve», nos describa toda una galería de héroes de la fe, los cuales pasaron triunfantes por las pruebas más duras que se puedan experimentar en esta vida «como viendo al Invisible» (He. 11:27).

¿De dónde le viene a la fe esa fuerza? De ser una certeza mayor que la de cualquier evidencia racional, pues no es una certeza basada en una percepción sensorial ni en las pobres luces de nuestro intelecto, sino en la autoridad de Dios que no puede engañarse ni engañar. Todo otro conocimiento es falible y opinable, pero la fe en la palabra de Dios está asegurada y asegura la existencia misma del creyente, que puede decir, parodiando a Descartes: «Creo; luego existo». Por eso, cuando las creencias se resquebrajan, el navío de la existencia humana «hace agua», y los descreídos que no se refugian en el cinismo y la inautenticidad de la hipocresía están abocados al suicidio en su sentido más literal.

Permítaseme aquí una excursión por el campo filosófico, por la filosofía que es digna de su nombre: «amor a la sabiduría». Siempre digo que la filosofía que me enseñaron en el Seminario de Tarazona me ha ayudado mucho a pensar con lógica y expresarme con claridad. Y eso que esa filosofía era la aristotélico-tomista, de base intelectualista. Desdichadamente, la lectura de las obras de Unamuno, Ortega y Gasset, etc., nos estaba vedada. Sólo muchos años después, tuve acceso a las obras de tan ilustres pensadores. Hace poco tiempo, un joven evangélico, conocedor de mi simpatía por Ortega, me regaló su libro póstumo *Sobre la razón histórica*, del que primeramente cito tres líneas de la pág. 210 en elogio de la filosofía:

«La filosofía es un saber radical, y lo es porque se plantea los problemas últimos y primeros, por tanto, los radicales; y porque se esfuerza en pensarlos de modo radical».

Pero, si traigo a colación este libro de Ortega, es por lo que dice de las *ideas* en contraste con las *creencias* en la página 23 de dicho libro:

«“Verdad” es lo más que puede ser una idea, una teoría. Pero ese “más” con ser “mucho” es “harto menos” que la realidad automáticamente operativa de las creencias.

»Expreso este doble hecho diciendo que las *ideas* las tenemos, pero que en las *creencias* estamos. El hombre está siempre en la creencia de *esto* o de lo *otro*, y desde esas creencias –que son para él la realidad misma– existe, se comporta y piensa. El hombre, aun el más escéptico, es crédulo, esencialmente crédulo.

»Me sorprende que los teólogos cristianos no hayan tropezado con esta noción de creencia que permitiría llegar a un concepto más sencillo y más sólido de la fe, y daría –por vez primera, bien que por sólo una de sus caras–, sentido concreto y controlable a la sublime expresión de San Pablo cuando dice que en Cristo “nos movemos, vivimos y somos”».

Perdónesele a Ortega, a favor de su buena voluntad, su exégesis defectuosa, pero es cierto que su juicio sobre ideas y creencias es sumamente atinado. ¡Lástima que, tanto él como otros brillantes intelectuales (J. Marías, López Aranguren, Unamuno) no hayan captado el verdadero sentido de la Reforma y, al referirse al protestantismo, hablen «en católico» aun sintiéndose independientes, y hasta adversarios, de la jerarquía de Roma.

Pasamos ahora a describir los «ingredientes» del acto de la fe. Y, antes de entrar en materia, me apresuro a decir que *quien cree no es una parte u otra del sujeto, ni todas juntas, sino la persona misma* (véase a este respecto lo que se ha dicho sobre «persona» y «personalidad» en la lección 4 de la Parte I de este CURSO). El sujeto responsable es quien cree, y el sujeto responsable y culpable es el que peca, implicando en ello todos los constitutivos de su naturaleza humana (ver, p.ej., Ro. 12:1 y 2 Co. 5:10). Esto es verdad de la fe y del pecado, pero también es verdad respecto a otras acciones humanas, como el pensar filosófico. Pero la fe tiene su peculiar característica en que abarca y compromete al hombre en toda su trama existencial y para siempre, lo cual no ocurre con ninguna otra clase de conocimiento.

Después de este necesario preámbulo, diré que los ingredientes del acto (y de la actitud) de fe son tres:

- A) Una función del *intelecto*, por la que prestamos nuestro asentimiento a las verdades reveladas; se expresa en griego y en latín mediante el simple acusativo del objeto creído; en este sentido decimos que *creemos algo*.
- B) Una función del *sentimiento*, por la que damos crédito a las manifestaciones de una persona por considerar que lo hace para nuestro bien; se expresa en griego y en latín por medio del dativo; en este sentido leemos

del carcelero de Filipos (Hch. 16:34) «... y se regocijó con toda su casa de *haber creído a Dios*».

- C) Una función de la *voluntad*, por la que nos adherimos de corazón a Dios en Cristo, en virtud del don soberano de Su gracia; se expresa en griego mediante la preposición *eis* (en latín, con la preposición *in*) y acusativo de persona; en este sentido leemos, por ejemplo, en 1 Pedro 1:21: «... mediante el cual (Cristo, del v. 19) *creéis en Dios*». Ahora bien, *únicamente este ingrediente es el que sirve para obtener la justificación por fe, y sólo cuando el verbo está en tiempo presente podemos estar seguros de que el griego del N.T. se refiere a la fe salvífica*.

Voy ahora a decir algo sumamente importante para tener un concepto exacto acerca de la relación de la fe con la justificación: La palabra de Dios nos declara que somos justificados *mediante* la fe (Ef. 2:8), *por* fe (Hch. 26:17 –con dativo escueto), *en virtud de* la fe (Ro. 1:17 –genitivo con la preposición *ek*) y *con base en* la fe (Fil. 3:9 –*epí* con dativo), pero nunca *a causa de* la fe (*diá* con acusativo), pues entonces la fe sería un acto meritorio de la justificación = una *justificación por obras*.

¿Cómo describe el N.T. la noción de fe? De tres maneras (si nos limitamos a la fe de la justificación):

- (a) *Como una mirada al Calvario* (Jn. 3:14-15): «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que *todo aquel que en él cree*, no se pierda, mas tenga vida eterna». Con estas palabras, Jesús se comparaba a sí mismo, en la Cruz, con la serpiente de bronce, izada por Moisés en el desierto (ver Nm. 21:9 y ss.). Como dice Berkhof (*Systematic Theology*, pág. 495), «Aquí están todos los ingredientes de la fe: percepción de los hechos, satisfacción emocional y el acto deliberado de fijar los ojos en el objeto de la fe».
- (b) *Como un hambre y sed de Cristo* (ver Jn. 4:14; 6:35, 50-58). El texto de 6:35 es el más expresivo: «Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, *nunca tendrá hambre; y el que en mí CREE, no tendrá sed jamás*». Sin alimento, no se puede vivir por muchos días; sin recibir a Cristo por fe, no se puede tener vida espiritual ni por un segundo (ver Jn. 6:53).
- (c) *Como un recibir a Cristo* (Jn. 1:12). Dice Juan en este texto: «Mas a todos los que *le recibieron, a los que CREEN en su nombre*, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Vemos aquí que «recibir a Cristo» es sinónimo

de «creer en su nombre», es decir, en su persona divino-humana = en el Verbo de Dios hecho carne (v. 14).

Al comienzo de este punto 3, en el segundo párrafo, he dicho que «La fe del sujeto es siempre una certeza fundada en una seguridad». Y he mencionado tres clases de fe subjetiva: como regalo de Dios, como don del Espíritu Santo y como fe en el poder del Señor, enfatizando que, en los tres casos, la fe «siempre encierra una *seguridad*». Pero hay todavía una cuarta clase de fe subjetiva, que es a la que Pablo se refiere en Romanos 14:23, cuando dice: «Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado».

¿Qué entiende aquí Pablo por «fe»? No puede ser la fe de la justificación, porque Pablo se refiere en todo el capítulo al «débil en la fe» (v. 1). Por «débil» no entiende Pablo al cristiano carnal, sino al inmaduro que carece todavía de discernimiento (vv. 14-15, comp. con He. 5:13-14). Mientras no aprenda, mediante un mejor conocimiento de la palabra de Dios, que *todo alimento es ahora limpio* (v. 20), no tendrá *seguridad* en su conciencia moral para comer de todo sin dudar; y, faltando esa seguridad innata de la fe, *cometerá pecado si se atreve a comer de lo prohibido por la ley*. Por tanto, lo de «condenado» del v. 23 no se puede interpretar de condenación eterna; y lo de *se pierda* del v. 15 no significa perdición eterna (a pesar de que es el mismo verbo de Jn. 3:16), sino «ruina espiritual», como vierte bien *La Biblia de las Américas*: «... No destruyas con tu comida a aquel por quien Cristo murió».

Relación de la fe con las obras. Éste suele ser siempre un tema que requiere aclaración, pues parece como si Santiago 2:17, 24 estuviese en abierta oposición a Ro. 3:28, pero no existe tal oposición, pues hablan en un contexto diferente: Santiago habla de la fe que se muestra en obras; Pablo, de la fe a la que no precede ninguna obra que sirva para justificar. Como suelo decir: «Pablo habla de la fe que justifica al pecador; Santiago, de las obras que ‘justifican’ a la fe», esto es, que muestran la genuinidad de la fe. Pero, por una parte, Pablo también requiere obras que *sigan* a la fe (ver Gá. 5:6; Ef. 2:10); y, por otra parte, Santiago no niega la validez de la fe genuina, sino de la fe de «cabeza» (Stg. 2:19). Conviene notar la forma en que se expresa en 2:14: «Hermanos míos, ¿de qué sirve que alguien *diga* que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá *esa* fe salvarle?» (RV 1977). Nótese lo de «*diga*» (no la tiene, sólo *dice* que la tiene). Para «*esa*», es cierto que el griego usa el artículo determinado, pero ese artículo tiene claramente la fuerza de un demostrativo.

Véase cómo lo dice el Señor Jesús en Lucas 6:43-45 (también se halla, de forma parecida, en Mt. 12:33-34):

«No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto.

»Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas.

»El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca».

A este respecto, suelo referir una anécdota que yo mismo escuché en una ocasión: Dos cristianos están trabajando en una misma oficina. A uno de ellos, le sale mal algo que estaba haciendo y pronuncia una palabrota, diciendo a continuación: «No sé cómo se me ha podido escapar eso, pues no lo llevaba dentro». A lo que respondió prontamente el compañero: «Si no lo hubieses llevado dentro, no te habría salido afuera».

¡Cierto! De la abundancia del corazón habla la boca, y de esa misma abundancia piensa el cerebro y obran las manos y los pies. Como también dijo Jesús en Marcos 7:21-23 (algo más breve en Mt. 15:19-20):

»Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios,

»los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez.

»Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre».

Sólo añadiré aquí, pues lo creo muy importante, que lo de «los malos pensamientos» no significa en modo alguno «pensamientos obscenos», sino «malos razonamientos» (gr. *hoi dialogismoì hoi kakoì*), esto es, lo que solemos llamar «juicios temerarios» acerca del prójimo (parecido a lo que leemos en Stg. 2:4).

Con base a lo que acabamos de estudiar, advierto a mis lectores para que hagan un par de correcciones en la lección 16 de mi libro *Doctrinas de la Gracia*, si es que lo poseen:

(1) En el punto 1, hacia el final de la página 99, refiero la que llamo «famosa máxima de la Reforma: ‘Sólo la fe justifica, pero no justifica la fe que está sola’.» Esto no es del todo exacto. Es cierto que a una fe genuina ha de acompañar el arrepentimiento, y ha de seguir un amor que se traduce en obras (ver Gá. 5:6), pero ni el arrepentimiento ni el amor añaden nada a la fe *en su función de medio subjetivo de la justificación*. Además, hablando con exactitud, *la fe precede de algún modo al arrepentimiento, no viceversa*. El verdadero sentido de 1 Tesalonicenses 1:9b es el siguiente: «... y cómo os convertisteis desde los ídolos de cara a (gr. *pros* -la misma preposición de Jn. 1:1) Dios, para servir al Dios vivo y verdadero». Sólo cuando la fe alcanza su objeto primordial en la justicia y el amor de Dios en Cristo es cuando puede tener lugar un genuino arrepentimiento; de lo contrario, sólo habría remordimiento, pero no arrepentimiento; lo que Lutero llamaba «la contrición del patibulario» (ése fue el caso de Judas; en *intensidad*, le ganó a Pedro, pero en *calidad*, se quedó por muy debajo de Pedro).

(2) En el punto 2, hacia el final de la página 100 de dicho libro, y refiriéndome especialmente a Habacuc 2:4, digo: «La expresión significa en realidad que “el que es justo por la fe, vivirá”», lo cual es inexacto, ya que, como expliqué anteriormente en esta misma lección, el sentido claro es que *el justo conservará la vida por su fidelidad*.

Volviendo ahora al objeto de la fe (fe *objetiva*), es preciso añadir que ese objeto es doble: *general*, que abarca toda la revelación especial de Dios, conforme a Judas versículo 3; *especial*, que está limitado a un determinado número de *hechos salvíficos*, que Pablo enumera en 1 Corintios 15:3-4, comparándolo con Romanos 10:9.

En la Iglesia de Roma, la noción de fe quedó oscurecida por el influjo del sacramentalismo y de la filosofía de la época (Edad Media). La fe como *acto* se contaba como la primera preparación del sujeto en orden a recibir el bautismo y, con él, la justificación; como *hábito*, era la primera de las virtudes *infusas*, pero incapaz todavía de salvar si no iba acompañada de alguna contrición y un amor *inicial* (al menos) a Dios -y siempre, en relación con el sacramento. Es cierto que muchos teólogos católicos admiten en la actualidad una noción de fe muy semejante a la de la Reforma, pero la conciben como «estando ligados a la Iglesia». Vienen así a decir, en fin de cuentas, que «una persona es salva por pertenecer a la Iglesia», cuando la verdad es que «una persona pertenece a la Iglesia por ser salva».

Finalmente, cabe preguntarse: ¿Es la fe un acto humano o divino? Me explico: Está fuera de toda duda que quien cree no es Dios mismo, sino el sujeto humano. Por tanto, no es ése el sentido de la pregunta. Otra advertencia: Dijimos anteriormente que la fe (también el arrepentimiento) es una *actitud*, más bien que un *acto*; se cree porque se es creyente, como se peca por ser pecador, no al revés; con esta diferencia: Mientras ser pecador es congénito (Sal. 51:5), ser creyente es otorgado por gracia: nadie nace creyente, todos nacemos pecadores.

Hechas estas advertencias, a la pregunta de si la fe es un acto humano o divino responderé que la respuesta depende del punto de vista que se sostenga respecto a la conjugación de la gracia divina con la libertad humana. Los calvinistas, *monergistas*, responden que es Dios, con su gracia irresistible, quien impulsa al sujeto humano a creer; los arminianos, *sinergistas*, sostienen que Dios da a todos gracias suficientes y del sujeto depende que se vuelvan eficaces: lo mismo puede creer que no creer; de su «decisión» depende, en último término, salvarse o condenarse. Los amiraldianos, *energistas* (según los llamo yo), decimos que Dios, con su gracia resistible, *capacita* al sujeto humano para creer y *a ello le impulsa*, pero el hombre puede resistir a esa gracia, si bien Dios es soberanamente poderoso para vencer cualquier resistencia del albedrío humano. Así, pues, no confiere ninguna *eficacia* a la gracia de Dios; se limita a darle cobijo *creyendo*, aunque puede también resistirla y seguir siendo *incrédulo*.

El monergismo parece hallar algún apoyo en lugares como Efesios 2:8 que dice así: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don (gr. *dóron* = regalo, favor) de Dios». Pero no es ese el sentido de la frase; lo que es «don de Dios» es todo el complejo salvífico contenido en el versículo: la «salvación» como conjunto, en una palabra. Esto se confirma por el hecho de que, en Efesios 2:8, «fe» no puede ser el antecedente gramatical de «esto», pues en el original griego, *toúto* = esto, es del género neutro, mientras que *pístis* = fe, es del género femenino.

4. Concepto bíblico de arrepentimiento

Acerca del arrepentimiento, escribí un artículo el año 1993 en la Revista Evangélica de Teología «*Alétheia*», n° 4, páginas 37-42, de donde voy a tomar lo más relevante respecto al tema. Añadiré también algunos presupuestos que no figuran en el mencionado artículo.

Como ya apunté en el punto 2 de la presente lección, el hebreo del A.T. suele reservar el verbo *shub* (o *shuv*) para expresar la conversión, con énfasis

en el arrepentimiento, pero implicando también necesariamente la fe. El verbo propio para *arrepentirse* es *nijam*, pero se atribuye casi exclusivamente a Dios, siendo el caso más asombroso el de Éxodo 32:14: «Entonces Yahweh se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo». Ya di la explicación de este texto en la lección 10 de la Parte I de este CURSO.

El griego del N.T. usa para el arrepentimiento el verbo *metanoéin* y el sustantivo *metánoia*. El primero ocurre 34 veces, de las que casi todas se refieren al arrepentimiento para salvación. El segundo ocurre 22 veces, de las que casi todas (siendo He. 12:17 una *segura* excepción) tienen que ver con la salvación. Sin detenerme a comentar, destacaré los lugares más significativos:

Marcos 1:4. «Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados».

Marcos 1:15. «Diciendo (Jesús, del v. 14): El tiempo (gr. *krónos* = la sazón, el tiempo del «reloj» de Dios) se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio». Tanto estos dos lugares, como Mateo 3:2 y 4:17, nos dan la pauta para entender mejor la noción bíblica de «arrepentimiento» como un *cambio de mentalidad* con relación al Mesías. Los judíos creían en el verdadero Dios, pero, en su mayoría inmensa (incluidos los Apóstoles -antes de Pentecostés) tenían una idea equivocada del Mesías, esperándolo como un líder político y racista, inmortal, y capaz de libertarles del poder de Roma. Para los no judíos (los gentiles), la conversión implicaba *un cambio de fe*, de la fe en los ídolos a la fe en el único Dios vivo y verdadero (ver 1 Ts. 1:9) más bien que un cambio de mentalidad (ver, p.ej., la diferencia entre Hch. 2:38 y 16:31).

Lucas 24:47. «Y que se predicase en su nombre (de Cristo -v. 46) el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén». Este mensaje debía ser añadido, después de Pentecostés, a la proclamación de la Cruz y de la Resurrección, como declara el contexto anterior (vv. 44-46), pues en esos dos hechos salvíficos se halla el núcleo del Evangelio (ver 1 Co. 15:1-3). Una vez incorporados los gentiles a la Iglesia, el «arrepentimiento para vida» (Hch. 11:18) es otorgado también a ellos y, de ahí en adelante, vemos que *metánoia* se aplica indistintamente a judíos y gentiles (véase Hch. 17:30; 20:21; 2 P. 3:9).

2 Corintios 7:10. «Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, del que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte». En este versículo, el griego para «arrepentimiento» es *metánoia* = verdadero arrepentimiento; pero el verbo para «arrepentirse» no es *metanoéin*, sino el adjetivo *ametaméleton* = irremordible (perdone el lector este neologismo). En efecto, el verbo de la misma raíz *metamélomai* no significa «arrepentirse», sino «remorderse»; o «sentir pesar», aun cuando el sentido de «arrepentirse para salvación» podría encajar en Mateo 21:32, por ejemplo. El sentido claro de «remordimiento», no de «arrepentimiento» genuino, está evidente en Mateo 27:3, donde leemos: «Entonces Judas, el que le había entregado (a Jesús -v. 1), viendo que era condenado (Jesús, a morir en cruz), sintiendo remordimiento (gr. *metamelethéis*, aoristo medio de *metamélomai*), devolvió las treinta piezas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos».

El arrepentimiento, como la fe, en su primera experiencia de salvación, siendo –con la fe– elemento esencial de la conversión, es anterior a la regeneración espiritual, lo mismo que la justificación es anterior a dicha regeneración, según apuntamos en la lección 6, punto 2. No debe olvidarse la verdadera naturaleza del arrepentimiento, que es *un sincero cambio de mentalidad, obrado por la convicción del Espíritu Santo, y seguido por un cambio radical de conducta, en virtud de una «opción fundamental»*. Esté atento el lector a lo que voy a añadir: El arrepentimiento genuino *no consiste en dolor de corazón, en sentimentalismos que se expresan emocionalmente en gemidos, lágrimas, ansiedades, angustias, etc.* Eso puede ser sólo algo periférico, temperamental (en especial, tratándose de mujeres muy jóvenes) y, muchas veces, engañoso para el propio sujeto. Como digo al final de mi artículo en *Alétheia*, página 42: «Ni consiste en eso el arrepentimiento según Dios ni debe imponerse a nadie como algo necesario para obtener la salvación, la cual se otorga sencillamente “de gracia, mediante la fe” (Ef. 2:8; ver también Hch. 16:30-31).»

En la mayoría de los casos, esas manifestaciones de falso arrepentimiento, que tanto daño pueden hacer, no sólo al sujeto que las experimenta, sino también a oyentes inconversos que no sienten esas emociones, ya sea por temperamento o por falta de decisión, se deben a la insistencia del predicador en su invitación, el cual no quiere terminar su mensaje hasta que alguien levante la mano o pase al frente.

5. *¿Qué pasos da el Espíritu Santo para conducir al arrepentimiento y a la fe?*

Habrás notado el lector que, en los puntos 3 y 4 de esta lección, he tratado de la fe antes que del arrepentimiento. Lo hice adrede, para hacer ver que una persona sólo abandona los ídolos (arrepentimiento) después de haber sido atraído a la cruz del Calvario en busca de salvación. La insatisfacción que los ídolos causan (ver Jer. 2:13) no lleva de suyo a la convicción de pecado, sino a la indiferencia o a la desesperación. De ahí que Pablo diga a los fieles de Tesalónica (1 Ts. 1:9): «... y cómo os *volvisteis de cara a Dios desde los ídolos* para servir (gr. *douléin* –en función de “esclavos”, no de “servidores”; es decir, a tiempo completo y con todo el ser) al Dios vivo y verdadero» (lit.). Cuando les satisfizo el Dios vivo y verdadero, mediante el mensaje del Evangelio y la operación del Espíritu Santo, es cuando abandonaron a los ídolos y se dieron media vuelta hacia Dios.

Pero, si se analiza espiritual y psicológicamente el proceso que lleva al arrepentimiento y a la fe, veremos que Espíritu Santo ha obrado de dos maneras: A) Convenciendo al pecador de su pecado, de su estado de perdición; B) Aplicando al corazón del elegido el llamamiento a la fe.

A) Hablando de la venida (entonces futura) del Espíritu Santo, dijo el Señor a sus discípulos (Jn. 16:8): «Y cuando él (el Paráclito del v. 7) venga, *convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio*». Aquí se habla de convencer (gr. *elénxei* –lit. redargüirá) al mundo. El verbo no significa, pues, «persuadirá» o «convencerá», sino «dejará al mundo sin excusa y sin respuesta» (ver el mismo verbo en Jn. 8:46). En otras palabras, dejará al mundo, en su totalidad, *convicto*, pero no *convencido*, excepto algunos (ver Jn. 12:29 –lo de «todo el mundo» es una exageración de los envidiosos fariseos). Como los «no convencidos» carecerán de excusa para cerrar sus ojos a la luz, sólo a su contumacia se deberá el que no lleguen al arrepentimiento.

La secuencia, como la expone Jesús, en los versículos 9, 10 y 11, muestra, como dice Ryrie (o.c., pág. 325) «un orden lógico. El hombre necesita ver su estado de pecado, tener prueba de la justicia que el Salvador provee, y ser advertido de que, si rehúsa recibir al Salvador, se enfrenta con una condenación segura».

Sin esta operación del Espíritu Santo, nadie se convencería de estar en pecado y de ser un pecador. La conciencia podrá estar cauterizada, pero el Espíritu Santo puede ponerla «en carne viva» por medio de un adecuado mensaje del Evangelio, por medio del testimonio de cristianos consecuentes y hasta por directa acción sobre la conciencia sin aparente acompañamiento de factores externos al sujeto.

La convicción comprende: una penetración del mensaje hasta el fondo mismo del ser (ver He. 4:12), una prueba irrefutable de la verdad del Evangelio (véase Jn. 15:22-25) y una certeza de que a la muerte sigue siempre un juicio inapelable (He. 9:27), con la terrible consecuencia de que «el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» (Ap. 20:15). Ante esta perspectiva, la responsabilidad de los predicadores del Evangelio cobra unos niveles difíciles de sobrepasar.

B) Pasamos ahora a la otra manera de obrar del Espíritu Santo en el proceso que conduce a la fe.

El Apóstol, refiriéndose a los pasos que da Dios para llevar a sus elegidos a la justificación, después de haberlos predestinado a «entrar en el molde» de la imagen de su Hijo, dice (Ro. 8:30): «Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó...». Por tanto, a la justificación precede un llamamiento. Quien llama es Dios Padre, pero, como en todo lo que atañe a la salvación, el que aplica el llamamiento al sujeto predestinado es el Espíritu Santo.

Aunque este llamamiento es *eficaz* sólo respecto a los elegidos, hay un llamamiento *general, suficiente*, a todo pecador, como se prueba por las palabras del Señor Jesús en Mateo 9:13: «... Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento», especialmente si se compara con 1 Timoteo 1:15, donde dice el Apóstol: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (esto es, el «primero» en la fila, no en el tiempo). Está, además, implícito en 1 Timoteo 2:4-6, entre otros lugares.

6. *¿Es necesario para la conversión el firme propósito de guardar la Ley?*

En este punto, acerca del cual hay bastante confusión, es preciso deslindar los campos, dividiendo en dos la pregunta que encabeza este punto 6.

- A) 1ª pregunta: ¿Es necesario el firme propósito de obedecer al Señor en todo, para que la conversión sea sincera? A esta pregunta, respondo resueltamente: ¡No! El firme propósito de obedecer a Dios en todo lo que mande supone que el sujeto ha nacido ya de nuevo y es partícipe de la divina naturaleza. Antes de eso, sólo se le exige que crea en el Señor Jesucristo (Hch. 16:31), pues no puede hacer otra cosa. De lo contrario, no bastaría la fe sola para justificar al impío (Ro. 3:28). Es cierto que la fe es una «obediencia» (Ro. 1:5; 16:26, a la vista de Jn. 3:36), pero esa «obediencia» no es el cumplimiento de un mandamiento, sino la respuesta a la intimación del Evangelio (ver Mr. 1:15, por ejemplo).
- B) 2ª pregunta: ¿Obliga la ley mosaica al pecador convertido? A esta pregunta, respondo también resueltamente: ¡No! Pero aquí hay que aclarar el sentido de la respuesta a la vista de 1 Corintios 9:21, que dice al pie de la letra: «a los sin ley (los gentiles) como sin ley –no que esté (yo) sin ley de Dios, sino *dentro de la ley* de Cristo-, para ganar a los sin ley». En realidad, el vocablo griego *énnomos* = «dentro de la ley», indica algo más profundo = La «identificación» con Cristo. Por eso, la Nueva Biblia Española da magníficamente el sentido: «mi ley es el Mesías». Jesús dio un mandamiento nuevo: el del *amor* (Jn. 13:34-35), que engloba y desborda todos los mandamientos de la ley mosaica (Ro. 13:7-9). Y el amor al hermano es la piedra de toque para saber si alguien ama de veras a Dios (véase 1 Jn. 1:5-7; 2:9-11; 3:10-12; 4:7-8, 20-21; 5:1-2).
- Por supuesto, para que el arrepentimiento sea sincero, hay que estar dispuesto a poner en orden lo que haga falta: (a) *Reconciliación* con el hermano (v. Mt. 5:23 y ss.); (b) *restitución* de lo indebidamente adquirido (ver Lc. 19:2-10).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 7

- 1^a *pregunta* Amado lector, ¿ha llegado usted ya a recibir a Cristo personalmente, o tiene de los hechos salvíficos sólo un conocimiento intelectual o una emoción sentimental, pero sin la decisión de poner en el Señor toda su confianza?
- 2^a *pregunta* Si usted no se ha entregado todavía al Señor, ¿qué es lo que le tiene a usted todavía vacilando?
- 3^a *pregunta* ¿Le ha ayudado esta lección a pensar acerca de la fe en Cristo de forma más personal? Si es así, ¿cómo cree usted que ha podido aumentar el nivel de su fe personal?
- 4^a *pregunta* ¿Cree usted que podría ser más fácil para los niños pequeños que para los adultos llegarse a Cristo como a una *persona real* que está viva hoy? Apoye su respuesta en alguna razón consistente.
- 5^a *pregunta* Teniendo en mente la pregunta anterior, ¿qué le sugiere sobre la forma en que los padres cristianos deberían hablar a sus hijos acerca de Jesús?
- 6^a *pregunta* Si el conocimiento que usted tenía de Dios ha aumentado con el estudio del presente CURSO, ¿ha crecido también su fe en Dios al compás de ese conocimiento? Si no ha sido así, ¿qué podría usted hacer para hallar algo que estimule la fe de usted a crecer más de lo que ha crecido?
- 7^a *pregunta* En términos de relaciones humanas, ¿cuándo confía usted más en una persona, cuando no la conoce usted bien o cuando ha llegado a conocerla muy bien, suponiendo que tal persona sea fiable?
- 8^a *pregunta* Volviendo a la pregunta anterior, ¿qué le enseña eso acerca de la forma en que su confianza en Dios podría aumentar? ¿Qué podría usted hacer durante el día para llegar a conocer mejor a Dios, y para conocer mejor también al Señor Jesús y al Espíritu Santo?

- 9ª pregunta* Cuando recibió usted a Cristo por primera vez, ¿sintió usted un sincero arrepentimiento de sus pecados? ¿Podría usted expresar cómo lo experimentó entonces? ¿Le condujo eso a una firme decisión de abandonar la práctica del pecado? ¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que se dio usted cuenta de que su conducta había cambiado?
- 10ª pregunta* ¿Está usted seguro de que su arrepentimiento correspondió a la correcta exposición del Evangelio, o lo que usted escuchó fue un Evangelio rebajado, que no incluía el arrepentimiento? ¿Cree usted posible el que alguien confíe en Cristo para perdón de los pecados, sin arrepentirse también sinceramente de sus pecados?
- 11ª pregunta* ¿Cree usted que el arrepentimiento genuino basta con que implique sentimiento sincero de dolor por el pecado en general, o piensa que se necesita incluir un sincero pesar por pecados específicos y una decisión firme de apartarse de esos pecados concretos?
- 12ª pregunta* La fe y el arrepentimiento que usted experimentó en su conversión, ¿han continuado formando parte de su vida cristiana, o han crecido débilmente en su vida esas actitudes del corazón? ¿Cuál ha sido el resultado en la vida cristiana de usted?

LECCIÓN 8

Concepto bíblico de gracia

I. INTRODUCCIÓN

Como muchos otros vocablos con los que estamos familiarizados, el término «gracia» contiene una gran variedad de sentidos que iremos explicando en el decurso de la presente lección.

Advierto al lector que todo lo que voy a decir aquí sobre la gracia no es un estudio *sustitutivo* de la lección 5 de mi libro *Doctrinas de la Gracia*, sino un estudio *cumulativo* de dicha lección, aunque, como es obvio, los conceptos serán similares, si bien las expresiones podrán ser diferentes.

1. ¿Qué entendemos por «gracia» en esta lección?

Para poder abarcar todo género de «gracias», podemos definir la gracia diciendo que es *un favor inmerecido que Dios otorga libre y soberanamente al hombre*; concepto que está en el fondo, no sólo de la sana teología bíblica, sino también de toda genuina experiencia cristiana.

En todo momento es menester tener presente que la actuación de la gracia de Dios es un profundo misterio que sobrepasa nuestra limitada comprensión humana. Dios no trata a los seres humanos como si fuesen marionetas de teatro guiñol, sin intelecto ni voluntad. Nuestra dignidad humana de personas responsables nunca queda violada o menoscabada por la acción de la gracia. No puede ser de otro modo, puesto que esa dignidad nos ha sido conferida por el propio Dios.

2. Terminología bíblica

A) En el hebreo del A.T.

(a) *Jen*, del verbo *janán*, cuyo significado primordial parece ser el de «inclinarse bondadosamente hacia alguien que inspira compasión». De este significado primordial se derivan todos los demás que contemplamos en las Sagradas Letras. Así, pues, el sustantivo *jen* nos da la idea de «gracia» en el sentido de «favor otorgado por benevolencia» (ver, p.ej., en Gn. 6:8: «Pero Noé halló *gracia* ante los ojos de Yahweh»).

(b) *Jesed*. El significado primordial de este vocablo es el de «amabilidad amorosa», pero el A.T. lo usa como sinónimo de «misericordia» y es seguramente el concepto más similar al del griego *járis* en el N.T., como se advierte especialmente en el binomio *jesed veemeth* = «misericordia y verdad», cuyo paralelismo con el binomio griego *járis kai alétheia* = «gracia y verdad» (Jn. 1:14, 17) no puede estar más claro. Este sentido de *jesed* como «gracia» lo hallamos, por ejemplo, en Éxodo 20:6: «y hago *misericordia* a millares...»

(c) *Ratsón*. Este vocablo significa «contentamiento, satisfacción, aceptación, buena voluntad»; así lo vemos, por ejemplo, en Isaías 60:10, donde los LXX, no obstante, lo vertieron por *éleos*. Así también, en Mateo 9:13; 12:7, etc., hallamos el griego *éleos* como «misericordia compasiva» y en la versión hebrea del N.T. aparece como *jesed*; en cambio, en la misma versión hebrea, el griego *eudokía* = «buena voluntad» de Lucas 2:14 y Filipenses 2:13 es traducido como *ratsón*.

Estos tres vocablos, con sus correspondientes verbos, adjetivos, etc., se usan en el A.T. con una frecuencia impresionante que no podemos detenernos aquí a analizar.

B) En el griego del N.T., donde nos ceñiremos exclusivamente al vocablo *járis*.

Reservamos para la lección 20^a la diferencia entre *járis* y *járisma* = «don de poder» («los dones del Espíritu Santo» de 1 Co. 12).

(a) Sentido *objetivo*: Lo que da u ocasiona placer, delicia, «buena impresión». Se aplica, por ejemplo, a la belleza, o a la gracia simpática, de una persona, como en Lucas 2:52; o a su modo de hablar (Lc. 4:22 -«palabras de gracia»); o a sus obras (2 Co. 8:6 -«esta obra de gracia»; Col. 4:6 -«Sea vuestra palabra siempre con gracia»).

(b) Sentido *subjetivo*: Éste puede ser de dos clases, según tengamos en cuenta al *otorgador* o al *receptor*:

1) *Por parte del otorgador*, indica la disposición amistosa de la que procede el acto bondadoso, la gracia como bondad, la buena voluntad en general, como en Hechos 7:10; especialmente, con referencia a la gracia o favor de Dios, como en Hechos 14:26. Pero el sentido salvífico más profundo es cuando en *járis* se destaca la iniciativa libre y soberana de Dios en su disposición de salvar a todos cuantos se acerquen a él con fe genuina; en ese sentido, la hallamos en contraste con «deuda» (Ro. 4:4, 16), con «obras» (Ro. 11:6) y con la «ley» (Jn. 1:17; Ro. 6:14; Gá. 5:4).

2) *Por parte del receptor*, indica ser consciente del favor recibido, mostrarse agradecido (por ej., en Ro. 6:17; 1 Ti. 1:12), sentido que ya aparece en Lucas 17:9 –lit. «¿Acaso tiene gracia para el siervo...?»

(c) Hay un tercer sentido (*objetivo*) que dice referencia al efecto de la gracia, al *estado espiritual* de quienes se han ejercitado en cooperar a la gracia de Dios en la santificación, por ejemplo, en Romanos 5:2; 1 Pedro 5:12; 2 Pedro 3:18 (nótese que Pedro no dice: «crezca vuestra gracia», sino «*creced* en la gracia» –crece el creyente, más bien que la gracia, la cual se acumula en oleadas por la acción del Espíritu Santo, Jn. 1:16). Este sentido de *járis* se extiende también a los efectos prácticos de la gracia; por ejemplo, en 1 Corintios 16:3, donde la mejor versión es «obsequio» o «donativo», lo mismo que en 2 Corintios 8:6, 19. En cambio, en 2 Corintios 9:8, tiene el sentido –atendiendo al contexto– de «conjunto de las bendiciones que Dios otorga con referencia a los bienes terrenales».

3. La gracia como «favor» y como «poder»

Esta es también una división importante que vamos a considerar:

A) *Gracia como favor salvífico*. Para entender bien este sentido, conforme nos lo presenta el Nuevo Testamento, es menester percatarse del contraste entre «gracia» por parte de Dios, y «mérito», «esfuerzo», «obra», por parte del hombre, de forma que *járis* viene a significar así «el favor desmerecido (ver Ro. 5:6-10) de Dios al hombre»; y más en concreto «el *don inefable* de Dios, en Jesucristo, a los pecadores» (ver 2 Co. 9:15). Así la vemos, por ejemplo, en Hechos 20:24; Romanos 3:24; 5:15, 17, 20; 1 Corintios 15:10 (donde quizás está también implicada, de algún modo, la «gracia como poder»); 2 Corintios 6:1; Gálatas 1:15; Efesios 2:5, 8; Tito 3:7.

Esta gracia, llamada en el N.T. «gracia de Dios», «gracia en Cristo», «gracia del Señor Jesucristo», reviste los siguientes caracteres:

- (a) Es *revelada* por Cristo (Jn. 1:17 –«viene con Él»–).
 - (b) Es dada en atención a los méritos, obediencia pasiva y acción redentora de Jesucristo (Ro. 3:24; 5:21).
 - (c) Es en Jesucristo, «en el Amado» (Ef. 1:6-7) en quien somos *colmados de gracia* (gr. *ejarítosen*).
 - (d) Sus *frutos* han de verse (1 Co. 7:19; 2 Co. 5:17; Gá. 5:22-23; Ef. 2:10).
 - (e) Es consecuencia, por parte de Dios, de la *elección* eterna y se hace efectiva por el *llamamiento* de Dios en el tiempo (Jn. 6:44; Ro. 8:28-30; Ef. 1:3 y ss.; 2:8-10; 1 Ts. 1:4-5).
 - (f) La misma gracia que nos capacita para creer, nos impulsa, por el poder del Espíritu Santo, a cooperar con ella desde el primer momento de nuestra salvación y a mantenerse firme frente a toda tentación (1 Co. 10:12; 15:10; 2 Co. 6:1; 2 Ts. 2:13-17), lo cual no disminuye la fuerza de la gracia ni la seguridad del creyente.
 - (g) Finalmente, la gracia es el *Evangelio*, gr. *eu-angélion* = «Buena Noticia» de salvación para el perdido pecador (Hch. 14:3; 20:24, 32).
- B) *Gracia como poder*. Pero, en muchos otros lugares, la *járis* no significa, de suyo, un favor salvífico, sino un *poder y provisión* para el ministerio, p.ej., en Hechos 6:8; Romanos 1:5; 12:6; 15:15; 1 Corintios 3:10; Gálatas 2:9; Efesios 3:2, 7-8; 4:7; 2 Timoteo 2:1; Hebreos 13:9; Santiago 4:6; 1 Pedro 4:10.

Como ya indiqué en el punto 2, B), del *járisma* como «don de poder», trataré en la lección 20.

Hay un pasaje en Santiago (Stg. 4:5-6) ya mencionado entre los textos en que aparece la gracia (gr. *járis*) como «poder», que, por su especial dificultad, requiere una explicación. Voy a traducirlo literalmente: «¿O suponéis que la Escritura dice en vano, “hasta (llegar a los) celos anhela el espíritu que hizo habitar en nosotros”? Mas (Dios) da mayor gracia...». La dificultad se agranda con el hecho de que *to pnéuma* = «el espíritu», es del género neutro, por lo que, con base en lo puramente gramatical, no sabemos si es sujeto o término directo. Las explicaciones que se dan son las siguientes:

- A') Siendo *Dios* el sujeto implícito del versículo 6, también en el 5b debería serlo; entonces «*el espíritu*» debe ser el término directo. El sentido, entonces, es el siguiente: «Dios se siente celoso, si nuestro espíritu se deja llevar

por el espíritu del mundo». Se percibe mejor la conexión con el comienzo del versículo 4, que dice lit. «¡Adúlteras!...», no «*almas* adúlteras», con lo que se hace una dicotomía en la persona del pecador, del creyente mundano; el epíteto es femenino, por la sencilla razón de que el cristiano forma parte de la Esposa, cuyo Esposo es el Señor. Para evitar confusiones en el lector de la Biblia, sería preferible traducir: «¡gentes (o, personas) adúlteras!» En el caso de que se admita esta explicación, que a mí me parece la más probable, la frase no será una cita literal de la Escritura, pero su sentido se halla en lugares como Éxodo 20:5; Deuteronomio 5:9; Josué 24:19; Isaías 9:7; Zacarías 1:14; 8:2.

- B') Si se toma *el espíritu* como sujeto de la oración gramatical, deberá escribirse con mayúscula y leeremos entonces la cita del modo siguiente: «... el Espíritu que habita en nosotros nos anhela celosamente». Uno de los lugares que podría citarse a favor de esta versión sería Levítico 26:12 (comp. con 1 Co. 6:19 y, sobre todo, con 2 Co. 6:16, donde aparece citado Lv. 26:12), dando implícitamente el sentido de «celar Dios a Su pueblo». Pero esta lectura tiene dos inconvenientes:
- (a) Entonces, el verbo griego para lo de «habita» sería *katoikéin*, mientras que el verbo *katoikízein* está mucho mejor atestiguado en los MSS, comenzando por el Sinaítico, el Alejandrino y el Vaticano.
 - (b) El sujeto del versículo 6 habría de ser entonces *el Espíritu Santo*, lo cual va contra el uso general del N.T.
- C) Si se toma como sujeto del verbo *epipothéi* = «anhela», *el espíritu* del propio individuo, habremos de leer la cita del modo siguiente: «... *el espíritu que habita en nosotros hasta la envidia*», teniendo en cuenta que el griego *phthónos* significa también «envidia», no sólo «celos». El soporte escritural, en este caso, podría ser Génesis 6:5 (e incluso Gn. 4:4 y ss.), y Santiago 4:6 nos haría ver que, para contrarrestar esta mala inclinación del espíritu humano en su actual estado después de la Caída, *(Dios) da mayor gracia*. Pero esta manera de traducir la cita tiene igualmente dos inconvenientes:
- (a) El cambio de sujeto gramatical del espíritu humano (v. 5) a Dios (v. 6) es violento.
 - (b) La pregunta con que comienza el versículo 5, «¿O suponéis que en vano dice la Escritura...?», tiene poco sentido, tanto en sí como en relación con el contexto anterior.

4. *Gracia común y gracia especial*

Grudem (o.c., pág. 657) define así la gracia común: «*Es la gracia de Dios por la que da a la gente innumerables bendiciones que no son parte de la salvación*». Como todos los calvinistas, Grudem ve ejemplos de esa gracia común en Hechos 14:16-17 y Romanos 1:21, entre muchísimos otros lugares que sería prolijo enumerar. Dice que la gracia común se diferencia de la gracia salvífica: en sus *resultados* (no produce salvación), en sus *recipientes* (se da a creyentes e incrédulos por igual) y en su *fuentes* (no fluye directamente de la obra redentora de Cristo).

Pero lo curioso es que Grudem cita también a su favor *Juan 1:9* («*Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo*» -RV 1960), «en su función -dice Grudem- de creador y sostenedor del universo». Pero, si se conecta este versículo con los vv. 4 y 5, así como con *Juan 8:12* y *9:5*, se verá claramente la función *sobrenatural* de esa «luz». Pero basta con textos como Hechos 17:30 y 1 Timoteo 2:4-6 para deducir que, si Dios desea sinceramente que *todos* los hombres tengan acceso a la salvación y que *todos* se arrepientan, de seguro que va a proveerles de los medios necesarios para que puedan obtener el resultado que Dios desea.

En cuanto a la gracia especial, P.H. Hughes, otro calvinista, la define así (*Evangelical Dictionary of Theology*, pág. 480, 2ª columna): «*Es la gracia por la que Dios redime, santifica y glorifica a su pueblo*». Todos los textos que los calvinistas invocan a su favor, se refieren a casos en que la gracia ha resultado *eficaz* en concreto, por ejemplo 1 Corintios 15:10; 2 Corintios 5:18. Pero se callan los lugares en que la gracia puede ser eficaz o quedarse en suficiente, como 1 Timoteo 2:4 y 2 Pedro 3:9, o los tuercen con explicaciones y añadiduras antibíblicas. Además, los textos que ellos invocan a su favor no dicen *cómo* llegó a ser eficaz esa gracia, si por una *moción irresistible de Dios* o por la *cooperación del libre albedrío, con el que el hombre podría haber resistido a dicha gracia*. Esto me lleva al punto siguiente.

5. *¿Puede el hombre resistir a la gracia salvífica de Dios?*

En la forma en que está hecha la pregunta, respondo decididamente: ¡Sí! Me explicaré.

Es cierto que Dios puede vencer y romper cualquier resistencia que pueda oponerle una criatura suya, tanto si es un ser humano como si es un ángel quien le opone tal resistencia.

Es igualmente cierto, según la palabra de Dios, que el ser humano caído sólo puede, *de suyo*, poner resistencia a la gracia (ver Ro. 1:18 y ss.) Si acoge la gracia en lugar de rechazarla, *es porque el Espíritu Santo le capacita y lo impulsa para que pueda cooperar en lugar de resistir* (véase Hch. 7:51; Ro. 2:4-5).

Pero también es cierto que, *en principio*, toda gracia de Dios es *resistible*, pues de lo contrario, eso significaría que la voluntad humana *es forzada a rendirse* al impulso de Dios, lo cual va contra el mismo carácter santo de Dios, o que el sujeto *tiene perturbadas sus facultades normales*.

6. Gracia suficiente y gracia eficaz

Con lo dicho en el punto anterior, ya tenemos mucho adelantado para entender lo que voy a decir ahora.

Por gracia *suficiente* entiendo todo favor de Dios que basta para llevar al hombre a la conversión o a la santificación respectivamente, pero no consigue, de hecho, su efecto a causa de la resistencia del sujeto. Pero esto no toma por sorpresa a Dios ni frustra el plan divino, puesto que Dios, por su presciencia de los futuribles, lo sabía desde toda Su eternidad. Lo cual significa que, según entiendo la palabra de Dios, *no existe la gracia insuficiente*, pues ésta –repito una vez más– va contra la santidad (luz y amor) de Dios, quien, en tal caso, desearía el fin, pero no aportaría los medios.

Por gracia *eficaz* entiendo todo favor de Dios que, no sólo basta para conducir al ser humano a la conversión o a la santificación respectivamente, sino que, de hecho, consigue su efecto, haciendo que el sujeto *se rinda voluntariamente a la gracia*. La *eficacia* de esta gracia es *eternamente anterior a la cooperación del libre albedrío*, por la misma presciencia divina de los futuribles que hemos mencionado en el párrafo anterior.

Sin embargo, no por eso pierde el carácter de gracia *resistible* que tenía en principio, pues el previo conocimiento de los futuribles por parte de Dios sólo significa que, en un determinado cuadro de circunstancias, siempre posible, pero ahora *actual* gracias al decreto irrevocable de Dios, el libre albedrío de tal sujeto *fue visto –desde toda la eternidad– cooperando voluntariamente a la gracia*. Un repaso a la lección 11 de la Parte I de este CURSO le servirá mucho al lector para entender todo esto, que puede parecer difícil y abstruso a los «no iniciados».

7. *Gracia preveniente y gracia acompañante*

Por gracia *preveniente* entendemos la que *precede* a la posible cooperación del sujeto impulsándolo y capacitándolo para que no resista al favor de Dios. Ello significa que en toda actividad humana, especialmente en el plano sobrenatural, siempre es Dios quien, libre, soberana y amorosamente, *toma la iniciativa*; de lo contrario, el libre albedrío del ser humano caído jamás acogería la gracia de Dios, pues para ello necesitaría ascender, por sí solo, al nivel *cualitativamente* distinto de su naturaleza (v. 1 Co. 2:14).

Por gracia *acompañante* entendemos la que, una vez que el sujeto coopera con la gracia *preveniente*, continúa capacitando al sujeto en esa misma cooperación, pues no es, en realidad, una gracia *distinta*, sino la misma, con el matiz distinto de que antes actuaba *sola* y ahora actúa *acompañada*.

8. *Gracia actual y gracia habitual*

Antes de tratar este punto, debo advertir que esta división de la gracia sólo es relevante desde el punto de vista de las enseñanzas de la Iglesia de Roma. El teólogo católico romano L. Ott da las siguientes definiciones en su libro *Fundamentals of Catholic Dogma*, página 222:

«*Gracia actual*... es una intervención sobrenatural, pasajera (ingl. temporary) de Dios, por la que son despertados los poderes del alma a fin de llevar a cabo un acto saludable que tiene por objeto alcanzar, o preservar o aumentar la gracia santificante».

«*Gracia habitual* es una constante cualidad sobrenatural del alma, que santifica intrínsecamente al hombre y le hace justo y grato a Dios (gracia santificante o gracia justificante)».

Por estas definiciones de la teología católica se puede ver a qué grado de confusión llegó la Iglesia de Roma, en virtud de la desviación que, primero el sacramentalismo y después la filosofía aristotélica, produjeron –de manera totalmente antibíblica– en las enseñanzas de dicha Iglesia. Lo veremos más de cerca en el punto siguiente.

Si atendemos únicamente a las enseñanzas de la palabra de Dios –como se debe hacer–, nos percatamos en seguida de que lo que los católicos llaman gracia *habitual* o *santificante* (confundiendo la justificación con la santificación)

es un concepto espurio y antibíblico, ya que lo que constituye al pecador en «estado de gracia» –por llamarlo de algún modo– no es la «comunión» espiritual con Dios, la cual se pierde por cualquier pecado voluntario, sino la «unión» con Cristo, la cual no depende de los altibajos de la *comunión*, sino que se sostiene firme en virtud de la irrevocable fidelidad de Dios a Su carácter santo y a Su palabra inalterable.

9. *Historia de las enseñanzas de la Iglesia sobre la gracia*

Para tratar este punto, me basaré, por una parte, en lo que dice Ryrie (*o.c.*, págs. 383-390) sobre la *Historia de la doctrina del Espíritu* (él no menciona la historia de las doctrinas de la gracia) y, por otra parte, en lo que yo mismo digo en *Doctrinas de la gracia*, páginas 41-52 (lecciones 6 y 7 sobre los *Sistemas teológicos acerca de la gracia*). Resumiré cuanto pueda, a fin de no alargar demasiado la presente lección.

- A) Contra la creciente rutina y frialdad de las comunidades cristianas, ya en el siglo II, surgió el movimiento conocido con el nombre de *montanismo*, de la mano de un tal Montano y dos mujeres, de nombre Prisca y Maximila respectivamente, que en Frigia, el año 170, se anunciaron como profeta y profetisas y proclamaron la era del Paráclito en la que iban a darse nuevas revelaciones de parte de Dios. Como insistían en que los que se adhiriesen al movimiento habían de guardar una conducta cristiana muy santa, atrajeron a otros creyentes, de los cuales el más famoso es Tertuliano (aprox. 155-222). Fue rechazado oficialmente por su insistencia en nuevas revelaciones; de este modo, la Iglesia confirmó que el Espíritu Santo no revela ninguna cosa nueva que no esté en la Escritura.
- B) A comienzos del siglo III (215), surge el *sabelianismo*, forma modalista del monarquianismo. Sabelio enseñaba que Dios es uno, pero se manifestó en tres diferentes modos o formas: en la creación, como Padre; en la redención, como Hijo; en la santificación, como Espíritu Santo. Estas tres formas o modos de ser no son –decía– tres personas o hipóstasis, sino tres funciones desempeñadas por una única Persona divina. Doctrinalmente, este error fue más dañoso que el montanismo, extendiéndose además en gran número de comunidades cristianas.
- C) Todavía peor, por su extensión, por su base filosófica y por la persistencia con que sobrevivió en muchos lugares como España, fue el *arrianismo*.

Arrio (aprox. 256-336), el presbítero nacido en el norte de África, que dio su nombre a una de las herejías más peligrosas para la fe cristiana, enseñó que el único Dios eterno engendró un Hijo que comenzó a existir en el tiempo y por quien todas las demás cosas fueron creadas, siendo el Espíritu Santo el primer ser creado que salió de sus manos. Convocado por el emperador Constantino, se celebró en Nicea el primer Concilio de los llamados «ecuménicos» (el más reciente, 1962-1965, ha sido el Vaticano II). En ese Concilio, en mayo del año 325, fue condenado Arrio y su doctrina. Aunque el gran Atanasio tuvo muy poco que hacer en dicho Concilio, tres años después (328) fue nombrado obispo de Alejandría, y fue a partir de entonces cuando se convirtió en el campeón infatigable del dogma trinitario y de la fórmula de Nicea.

Arrio sostenía que, no siendo el Hijo engendrado en la eternidad, la «sustancia» o «esencia» (gr. *ousía*) de su Persona no era *como* la del Padre. Tras la condenación de Nicea, el arrianismo sobrevivió por algún tiempo en una fórmula de compromiso, por la que se afirmaba que el Hijo no tenía la misma sustancia del Padre, no era «consustancial» (gr. *homoousios*) con el Padre, sino *homoioúsios* = «de sustancia *parecida*» a la del Padre. El Concilio de Nicea no mencionó al Espíritu Santo, tal vez para no distraer el foco de la atención en la controversia acerca de Cristo.

- D) Como Nicea no se había pronunciado acerca del Espíritu Santo, pronto surgió la controversia acerca de la tercera Persona de la Deidad y, con eso, una nueva herejía, el *macedonianismo*, que debe su nombre a Macedonio, obispo de Constantinopla, quien sostenía que el Espíritu Santo era un ser creado y subordinado al Hijo. Sus partidarios fueron llamados «luchadores contra el Espíritu» (gr. *pneumatomajómenoí*). Atanasio había muerto el año 373, pero surgieron entonces, como campeones de la ortodoxia, Basilio de Cesarea, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa. En vista del cariz que tomaban las cosas, el emperador Teodosio convocó el año 381 un Concilio «ecuménico» en Constantinopla, y de allí salió la fórmula que fue añadida al credo niceno del modo siguiente: «Y creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre, que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y que habló mediante los profetas». La añadidura «y del Hijo» fue hecha primero en un Sínodo regional de Toledo el año 589 y posteriormente admitida en la rama occidental de la Iglesia, pero ha sido siempre rechazada por la rama occidental, especialmente después del cisma de Focio (aprox. 820-895).

- E) Después de la condenación del macedonianismo, tras la controversia trinitaria surfió la controversia cristológica, que se prolongó desde comienzos del siglo V hasta finales del siglo VII. La Iglesia se definió acerca de esto (a veces, con titubeos) en varios Concilios, más o menos «ecuménicos». El de Calcedonia fue, sin duda alguna, el más importante (año 451).
- F) Pero, al mismo tiempo que surgía la controversia cristológica, apareció el *pelagianismo*, que daba origen a una controversia (que nunca se acaba) sobre la conjunción de la gracia divina con el albedrío humano. Esta herejía debe su nombre al monje británico Pelagio (aprox. 360-422), cuyas enseñanzas pueden resumirse del modo siguiente: El pecado de Adán le afectó sólo a él. El hombre es libre para el bien y el mal; él mismo se acarrea tanto la salvación como la condenación. No necesita ninguna gracia *interior* para practicar la virtud y alcanzar el Cielo; le bastan sus luces naturales, la revelación especial de Dios y el ejemplo de Cristo.
- G) Pelagio encontró un adversario temible en Agustín de Hipona y fue finalmente condenado en el Concilio «ecuménico» de Éfeso (431). Pero entonces surgió el *semipelagianismo*, aunque no fue llamado así hasta el siglo XVII. Sus fautores principales fueron Casiano, abad de Marsella, Vicente de Leríns y Fausto de Riez. Éstos admitían la necesidad de la gracia para la salvación, pero añadían:
- (a) Esta gracia la consiguen todos cuantos se esfuerzan por alcanzarla;
 - (b) El hombre puede prepararse a sí mismo para conseguir la gracia y, con ella, perseverar hasta el fin en la virtud adquirida por su esfuerzo;
 - (c) Los niños que mueren antes del uso de razón sin haber sido bautizados, se salvan o se condenan según lo que Dios haya previsto que harían si llegasen a ser adultos. El semipelagianismo fue condenado en el Concilio regional de Orange el año 529, cuyas decisiones fueron después aprobadas unánimemente por las iglesias de la cristiandad.
- H) Durante la Edad Media, la Iglesia de Roma fue desviándose cada vez más de las enseñanzas de la Biblia y adoptó un concepto de gracia totalmente opuesto al que vemos en las Sagradas Escrituras. En esto, el prestigio de Tomás de Aquino (1225-1274) jugó un papel decisivo. La desviación se produjo en dos frentes:
- (a) En cuanto al estado del hombre después de la caída, se sostuvo que sólo se perdieron los dones *sobrenaturales*, como la gracia, y los *preternaturales*, como el dominio sobre la concupiscencia, pero no los *natu-*

rales, como la libertad de la voluntad humana, tanto para el bien (cooperando con la gracia) como para el mal (resistiendo a la gracia);

(b) en cuanto al concepto de *gracia*, se sostuvo que la gracia *habitual* (justificante y santificante) es una cualidad *infusa*, que reside físicamente en el sujeto justificado, pero puede perderse y, de hecho, se pierde por cualquier pecado mortal que cometa el sujeto bautizado, con lo que necesitará confesar ese pecado en el sacramento de la Penitencia para ser justificado de nuevo.

- I) En la época del Concilio de Trento (1545-1563), surgieron en la Iglesia de Roma tres tendencias distintas acerca de la *eficacia* de la gracia:
- (a) La *molinista*, de Luis de Molina, sostenida por los jesuitas, que sostiene el poder del libre albedrío para convertir en *eficaz* la gracia cooperando con ella, o dejarla en *suficiente*, resistiéndola;
- (b) La *agustiniana*, propia de los frailes agustinos, que sostiene la eficacia *psicológica* de la gracia por medio de una atracción (ver Jn. 6:44);
- (c) La *tomista*, propugnada especialmente por los frailes dominicos, siguiendo las huellas de Tomás de Aquino, pero radicalizada por Domingo Bañez (1528-1604), quien enseñó que Dios, lo mismo en el plano natural que en el sobrenatural, *mueve físicamente* a la voluntad en un sentido o en otro, pero sin ser culpable del acto pecaminoso del hombre. Posteriormente, surgió una opinión sincretista con Alfonso María de Ligorio (1696-1787), según el cual Dios da a todos gracia *suficiente para orar*; a quien persevera en la oración, le da *gracia eficaz para salvarse*. Modernamente, y en especial en el ámbito del Concilio Vaticano II (1962-1965), los teólogos católicos de «vanguardia» casi coinciden con los conceptos evangélicos de *fe* y de *gracia*. El *Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica*, edición española del año 1992, en el punto 1266, dice así:

«La Santísima Trinidad da al bautizado *la gracia santificante, la gracia de la justificación* que:

»-le hace capaz de creer en Dios, de esperar en él y de amarlo mediante las *virtudes teologales*;

»-le concede poder vivir y obrar bajo la moción del Espíritu Santo mediante los *dones del Espíritu Santo*;

»-le permite crecer en el bien mediante las *virtudes morales*.

»Así todo el organismo de la vida sobrenatural del cristiano tiene su raíz en el santo Bautismo».

Por lo demás, todo el libro, así como el papa Juan Pablo II que le da su completo respaldo y aprobación, se muestra muy cauteloso en sus expresiones, a fin de no molestar a sus «amigos» los anglicanos y metodistas y propugnar un «ecumenismo» que sólo los incautos o mal fundados en la palabra de Dios pueden aceptar. ROMA NO HA RENUNCIADO NI PUEDE RENUNCIAR A NINGUNO DE LOS DOGMAS QUE HA DEFINIDO SOLEMNEMENTE.

- J) Finalmente, la Reforma, a pesar de las diferencias entre sus primeros promotores (Lutero, Calvino, Zuinglio, etc.), sostuvo las enseñanzas de la Biblia con una fórmula que ya es clásica: «*Sola fide, sola gratia, sola Scriptura*» = «Con sólo la fe, sólo la gracia, sólo la Escritura». Las distintas tendencias nacidas dentro del Protestantismo se pueden clasificar de la forma siguiente:
- (a) El *arminianismo*, que debe su nombre a Arminio (Jacobo Hermand-zoon, 1560-1609), sostiene que el Espíritu Santo da a todos la gracia suficiente para cooperar a su regeneración espiritual. Quien usa bien esta gracia común, recibe la gracia eficaz de la obediencia evangélica. La elección divina se basa en la presciencia de la fe, la obediencia y la perseverancia en el bien, mientras que la reprobación se funda en la presciencia de la incredulidad, la desobediencia y la persistencia en el pecado. J. Wesley (1703-1791) defendió un arminianismo especial, acerca del cual puede el lector consultar la lección 17 de la Parte I del CURSO.
- (b) El *calvinismo* suele resumirse, después del Sínodo de Dort (1618-1619), en los siguientes cinco puntos:
- (1) La total depravación del hombre por la caída original.
 - (2) La elección eterna e incondicional de los que han de ser salvos.
 - (3) La redención limitada: Cristo murió sólo por los que han de ser salvos.
 - (4) El llamamiento eficaz a la salvación.
 - (5) La perseverancia final de los elegidos, debida a la preservación divina.
- (c) *Tres clases de calvinismo*. El calvinismo se divide en:
- (I) *Supralapsario*, que coloca el punto (2) delante del (1).
 - (II) *Sublapsario*, que deja los puntos como están colocados.
 - (III) *Infralapsario*, que pone el punto (3) delante del (2) y corrige el punto (3) del modo siguiente: Redención universal: Cristo murió por todos los hombres sin excepción.

En caso de desean más detalles, véase la lección 17 de la Parte I de este CURSO.

(d) Los *pentecostales*. No cabe duda de que el movimiento carismático ha surgido, con algunas características parecidas a las de Montano, Prisciliano, etc. (ya estudiados en la lección 2) como reacción contra la rutina y la frialdad de la mayor parte de las denominaciones cristianas, incluso de las más fundamentalistas. Hay grandes grupos de carismáticos que admiten, como los pentecostales, un bautismo especial del Espíritu Santo como «segunda bendición» destinada a investir de poder al creyente, y promueve como algo de singular importancia el uso de los «dones» (gr. *jarísmata* -ver 1 Corintios 12-, de donde «carisma» y «carismático») del Espíritu Santo.

Pero lo que define al «pentecostalismo», como algo que va más allá del simple «carismatismo», es la insistencia, como en algo de primerísima importancia, en el uso de la glosolalia (hablar «en lenguas») y en la eficacia curativa por imposición de manos, unción con aceite (esto, sólo en ciertos grupos), etc., con tal que el paciente dé crédito, sin vacilar, a las palabras del pastor o predicador que tiene la responsabilidad de llevar a cabo el rito. En ciertos grupos pentecostales, no se permite exponer la palabra de Dios desde el púlpito o la plataforma a quien no haya recibido el bautismo especial del Espíritu Santo y haya manifestado la realidad de tal bendición hablando «en lenguas».

Como este CURSO PRÁCTICO DE TEOLOGÍA BÍBLICA está destinado, *no a dividir, sino a unir* las distintas denominaciones cristianas evangélicas conservadoras, no pronuncio ningún juicio de valor sobre este punto; solamente lo hago en los casos de manifiesto error doctrinal o práctico y, sobre todo, en casos de herejía. Decir que el pentecostalismo es una herejía o un grave error doctrinal sería un juicio temerario, pues iría más allá de lo que la palabra de Dios permite juzgar. Yo mismo, sin llevar la «etiqueta» de pentecostal, he predicado varias veces a congregaciones carismáticas y pentecostales. Lo que hago desde el púlpito, cuando llega esas ocasiones, y lo repito desde aquí, es animar y estimular a los hermanos pentecostales a profundizar más y mejor en la *doctrina* (gracias a Dios, ellos mismos confiesan esa necesidad), ya que el Espíritu Santo, quien bien merece la atención especial que los pentecostales le prestan, es el primero en *conducirnos a toda la verdad* (Jn. 16:13) y el más interesado en que se le siga por ese camino. También quiero advertirles, para descargar mi

responsabilidad en este punto, que no admitan en sus congregaciones a quienes, más que ministros de la palabra, son «magos de circo», más aptos para manejar la varita mágica del payaso que para *manejar con precisión la palabra de verdad* (2 Ti. 2:15 –Biblia de las Américas).

10. *Los medios de gracia*

Grudem (*o.c.*, p. 950), define los medios de gracia del modo siguiente: «Los medios de gracia son cualesquiera actividades dentro de la comunidad eclesial, que Dios usa para dar más gracia a los cristianos».

Once son los medios de gracia que Grudem enumera, tras decir que la lista «quizás no sea exhaustiva, pero incluye la mayoría de los medios de gracia a los que tienen acceso los creyentes dentro de la comunión de la iglesia». Transcribo ahora la lista de Grudem:

1. Enseñanza de la palabra.
2. Bautismo.
3. La Cena del Señor.
4. Oración unos por otros.
5. Adoración.
6. Disciplina de la iglesia.
7. Dar.
8. Dones espirituales.
9. Compañerismo (ingl. *fellowship*).
10. Evangelismo.
11. Ministerio personal a individuos.

A continuación, pone Grudem la lista de los medios de gracia según la Iglesia de Roma, que son, ni más ni menos, los siete sacramentos de dicha Iglesia. Añade Grudem que la diferencia de listas no está sólo en los medios de gracia señalados en cada una, sino también «en su significado fundamental, ya que los católicos consideran los sacramentos como «medios de salvación», mientras que entre los protestantes, el sentido de los medios de gracia es simplemente que «añaden bendición dentro de la vida cristiana, y no añaden disposición para recibir de Dios la justificación». Con razón rechaza también (en nota al pie de la pág. 950), el punto de vista de Berkhof, quien en su *Systematic Theology*, pág. 610, dice que tanto la palabra como los sacramentos *«pueden ser administrados*

únicamente por los oficiales de la iglesia legítima y propiamente cualificados». De este modo –dictamina Grudem–, «restringe los “medios de gracia” a los medios administrados por los clérigos ordenados». Se nota ahí cierto tono de «sacerdotalismo», manifiesto en la Iglesia de Roma y, aunque en menor grado, en la comunión anglicana.

No me voy a extender en la explicación de cada uno de los medios de gracia, pues no será difícil para el lector reflexionar sobre cada uno de ellos y llevarlos a la práctica. Por mi parte, creo conveniente para todo lector hacer las siguientes consideraciones:

- A) Los medios de gracia son *medios especiales* de gracia, pero no son medios de *gracia especial*. Se nota la diferencia, ¿no es cierto?
- B) No se puede olvidar que *el principal medio objetivo* es el propio Espíritu Santo, sin el cual nada se puede hacer en el plano de la aplicación de la redención. Todo esfuerzo humano sería totalmente en vano.
- C) Tampoco se puede olvidar que *el principal medio subjetivo* es la fe; «*sin fe es imposible agradar a Dios*» (He. 11:6). Hablo aquí de la fe como «gracia o favor», no como «poder».
- D) Entre los *medios objetivos* quiero señalar uno que Grudem no menciona: La providencia de Dios en el modo de disponer las *circunstancias de manera que nos faciliten el crecer en la gracia*. La «circunstancia» de cada persona puede alcanzar niveles insospechados; recordemos a José (Gn. 50:20), a Ester en el palacio de Asuero (Est. 4:14), a Daniel de primer ministro de Caldea, a Nehemías de alto funcionario de Artajerjes, etc. Individuos que cambian el rumbo de la Historia. Moisés, educado en el palacio del Faraón. Pensemos también cuánto debemos a padres o tutores, buenos amigos, buen centro de educación, colegas y compañeros que son mucho mejores que nosotros y nos iluminan con su buen ejemplo, etc. La responsabilidad de personas en autoridad: ministros del gobierno, gobernadores, alcaldes, jueces, jefes militares, etc., es tremenda, precisamente por la influencia que pueden tener en la sociedad para bien o para mal.
- E) La importancia de la palabra de Dios es notoria. Dice Grudem (o.c., pág. 953): «Tan estrechamente están ligados el crecimiento y el vigor de la Iglesia al poder de la palabra de Dios en la vida de las personas, que más de una vez el libro de Hechos puede describir el crecimiento de la Iglesia como el crecimiento de la palabra de Dios». Y cita Hechos 6:7; 12:24; 13:49.

Por supuesto, esto se refiere a la predicación del Evangelio; pero también en el interior de cada creyente, la palabra de Dios está llamada a elevar el nivel de espiritualidad del individuo e, indirectamente, de la congregación. Lo que en este caso se necesita es que la palabra sea bien estudiada y profundamente meditada (Sal. 1:2-3): una lectura rápida de la Biblia, aunque vaya acompañada de notas aclaratorias o devocionales, y en familia, sólo puede servir para la satisfacción personal del cabeza de familia por el «deber cumplido»; y hasta podría ocurrir lo de la parábola del fariseo y el publicano...

- F) El Bautismo es una «ordenanza» para la Iglesia: «... bautizándolos en el nombre...» (Mt. 28:19). No me explico cómo un creyente sincero puede pasar mucho tiempo (a veces, toda la vida) sin solicitar esta ordenanza, pues equivale a «ponerse el uniforme de Cristo» (ver Gá. 3:27). Por otra parte, los pastores y guías de la congregación tienen la responsabilidad de inquirir diligentemente si el solicitante da señales inequívocas de fe sincera y de profunda convicción de pecado unida a un verdadero arrepentimiento. La ausencia de esta precaución sigue dando resultados desastrosos en muchas congregaciones de habla española.
- G) También a la Cena del Señor hay que darle la importancia que se merece. Creo que la costumbre de celebrarla cada primer día de la semana (ver Hch. 20:7) está de acuerdo con la palabra de Dios y la intención del Señor al instituirlo. Tiene toda la fuerza de una *proclamación completa, sin palabras, del Evangelio*: Dice Pablo (1 Co. 11:26): «Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, *la muerte del Señor anunciáis hasta que venga*». Nos retrotrae al pasado del Calvario donde nuestros pecados fueron expiados (ver 2 P. 1:9), nos sitúa firmemente en el presente para cumplir con nuestra función de «testigos de Cristo» (Hch. 1:8) y nos adelanta hasta el futuro más remoto de la Historia, con la esperanza gloriosa de su Segunda Venida (comp. 1 Ts. 1:9-10). Lo mismo que el Bautismo, también esta ordenanza del Señor (ver 1 Co. 11:23-25) ha sufrido deterioro por culpa de la rutina. El remedio no está en quitarle frecuencia, sino en alertar la conciencia de cada cual para reflexionar seriamente sobre su profundo sentido.
- H) Y, finalmente, ¿quién quitará un átomo de importancia a la oración? Nos referimos aquí especialmente a la oración corporativa, tanto en las llamadas «reuniones de oración» como en las oraciones de los miembros de la iglesia los unos por los otros. Dice Grudem (o.c., pág. 955): «Si la oración

de la iglesia no es simplemente pronunciar palabras sin intención sentida en el corazón, sino que es la expresión genuina de nuestro corazón y el reflejo de una fe sincera, debemos esperar entonces que el Espíritu Santo traiga a través de ella gran bendición». Cita Hechos 2:42; 4:24-31; 12:5; Efesios 6:18, comparándolo con Judas versículo 20. Dice D. Logan, en una hoja de calendario, con ocasión de Lucas 22:31-32: «Cuando veo una falta en un hermano creyente e intercedo por él ante Dios, imito a mi Salvador. Si, por otra parte, extiendo chismes acerca de él, estoy actuando como el propio Satanás, “el acusador de nuestros hermanos”. Con la gracia de Dios, seamos intercesores, no acusadores». Por mi parte, creo que lo más importante para un creyente en este punto es que se persuada de que un genuino espíritu de oración sólo puede mantenerse mediante una *constante actitud de oración* (ver Lc. 18:1-8, en una parábola muy expresiva). El propio Señor Jesús dio a entender qué significa «orar siempre y no desmayar». No se trata de ir rezando constantemente o de ir mascullando jaculatorias, sino de una actitud del corazón que se manifiesta frecuentemente por medio de la mente y de la boca.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 8

- 1ª pregunta* ¿Conoce el lector casos en que Dios ha respondido las oraciones de incrédulos que tenían problemas, o algún caso en que Dios haya respondido las oraciones de usted a favor de un amigo no creyente?
- 2ª pregunta* En el caso de que Dios haya respondido alguna oración de usted a favor de un amigo no creyente, ¿le ha dado a usted eso una oportunidad para hablar del Evangelio a ese amigo? ¿Ha resultado por fin que ese amigo ha llegado a recibir a Cristo para salvación?
- 3ª pregunta* ¿En qué forma va a cambiar el estudio de esta lección el modo en que va usted a relacionarse en el futuro con un amigo o un vecino que no sean creyentes? ¿Le estimulará eso a usted a ser agradecido por el bien que usted ve en la vida de ellos?
- 4ª pregunta* Si usted es amable con un incrédulo, y él, o ella, nunca llega a aceptar a Cristo, ¿ha resultado algún bien a los ojos de Dios? (véase Mt. 5: 44-45; Lc. 6:32-36). ¿Qué clase de bien ha sido ése?
- 5ª pregunta* ¿Por qué cree usted que Dios es bueno incluso con los que nunca serán salvos? ¿De qué forma cumple eso los designios de Dios para el universo?
- 6ª pregunta* ¿Piensa usted que tenemos alguna obligación de esforzarnos por mostrar el bien a los creyentes antes que a los no creyentes? ¿Podría usted citar algún texto de las Escrituras que ayudase a responder a esa pregunta?
- 7ª pregunta* ¿Ha cambiado el estudio de esta lección la manera en que usted consideraba algunas actividades creativas como la música, la pintura, la arquitectura o la literatura, e incluso el deporte y el atletismo?
- 8ª pregunta* ¿Ha cesado usted de orar por alguien por considerarlo como un «caso perdido»? Medite usted conmigo lo que escribe Edwin Fesche con

ocasión de Hebreos 2:11 («... por lo cual no se avergüenza -Jesús- de llamarlos hermanos»):

«Usted puede escoger sus amigos, pero no sus parientes. Es posible que tengamos parientes que nos parecen nada deseables, pero nuestro Señor Jesús está presto a hacer Suyos tanto a ellos como a nosotros (Jn. 15:15). Antes de poner a alguien la etiqueta de “incorregible” o “imposible”, pensemos una vez más en algunos de los que Él ha llamado a ser Sus “hermanos”. Pablo se llama a sí mismo blasfemo y perseguidor, y nosotros mismos quizá teníamos mucho de lo mismo. ¡No se desaliente usted por ningún alma! Dios ama a cada uno y los desea para Sí».

9ª *pregunta* En el punto 10, D) de la presente lección he puesto de relieve la importancia de las circunstancias como posibles medios de gracia de la mejor calidad, aunque también pueden ser de grave perjuicio si sirven para nuestro mal o, peor todavía, si hacemos que sirvan para nuestro mal. ¿Qué leemos en 2 Samuel 11:1? «Aconteció al regreso del año (esto es, en la primavera), en el tiempo en que los reyes salen a la guerra... Pero David permaneció en Jerusalén». Lo que ocurrió en seguida lo sabemos bien. El deber del rey David era ir a la guerra al frente de sus tropas para luchar contra los hijos de Amón, pero se quedó en casa. Bien dice M. Henry: «Cuando estamos fuera del camino de nuestro deber, estamos en el camino de la tentación».

10ª *pregunta* Volviendo de nuevo al punto 10, B), donde insisto en la incapacidad de cualquier esfuerzo humano sin la iniciativa y el soporte del Espíritu Santo, ¿no le parece que esto nos enseña la sencilla lección de que necesitamos, ante todo, la vestidura de la humildad? ¿No es cierto que nuestro mayor peligro es ascender a las alturas sin escuchar la voz de Dios o sin dejarnos guiar por Él?

En la elegía por Saúl y Jonatán, dice David: «La hermosura, oh Israel, ha perecido sobre tus lugares altos» (2 S. 1:19 -versión literal, como la anterior de 2 S. 11:1). Comentando este versículo dice J.R. McMillan:

«Los lugares altos han matado a muchos Jonatanes. Algunos no tenemos cabeza para las alturas. Estamos más seguros en la llanura, incluso abajo en el valle. Allí sentimos nuestra dependencia de Dios y nos asimos de Él».

11ª pregunta En la presente lección, punto 10, E), G) y H), he hablado contra la «rutina» como algo destructor de la realidad genuina y viva en las cosas del espíritu. Este vocablo «rutina», como su pariente lejano «tradición», pueden ser mal entendidos, especialmente por los más jóvenes de las congregaciones, quienes están inclinados a ir al extremo opuesto, pidiendo un cambio total en la organización de los cultos y el desempeño de los ministerios. ¿No le parece al lector, sea joven o viejo, que en esto, como en todo, es menester guardar cierto equilibrio? Escribiendo sobre Marcos 7:8, dice Steve Gaukroger:

«“Tradición” es la fe viva de los muertos; “tradicionalismo” es la fe muerta de los vivos. La “tradición” es un don maravilloso de Dios; el “tradicionalismo” es la maldición de la Iglesia. La vida de nuestra iglesia local necesita un repensar muy juicioso, pero radical, para separar los dos».

LECCIÓN 9

Presentación adecuada del Evangelio de salvación

I. INTRODUCCIÓN

En su *Basic Theology*, página 335, comienza Ryrie el capítulo 58 diciendo: «Abunda la confusión, tanto respecto al contenido como respecto a la presentación del Evangelio de la gracia de Dios. Algunos no lo presentan puramente; otros no lo presentan claramente; otros no lo presentan sinceramente. Pero, como Dios es misericordioso, con frecuencia da luz y fe a pesar de nuestro testimonio impreciso». De seguro que la clave del fruto o del fracaso del evangelismo está en esos tres adverbios de modo: «puramente», «claramente», «sinceramente». Sin embargo, no voy a dejar la lección aquí para que el lector reflexione sobre «los tres adverbios». Vamos a estudiar el asunto con más detalle. Veremos primero lo que *no es* una presentación adecuada del Evangelio, para ver después *qué es*, en realidad, la presentación adecuada del Evangelio de salvación.

1. Falsa presentación del Evangelio de salvación

El término «falsa» significa «gravemente defectuosa», sea cual sea el fallo en la presentación de algo tan urgente e importante para la salvación del ser humano como la presentación adecuada del Evangelio. Si el predicador presenta adecuadamente el Evangelio, toda la responsabilidad por el fracaso será del oyente (ver Ez. 33:1-9). Para este punto, voy a basarme en las «falacias» que Ryrie describe (o.c., págs. 335-339), distribuidas en dos grupos: A) Falacias en la presentación del Evangelio; B) Falacias en presentar el contenido del Evangelio.

A) *Falacias en el modo de presentar el Evangelio:*

(a) *La falacia de que el Evangelio no tiene por objeto primordial el pecado.* Por ejemplo, hay predicadores que dicen: «Usted necesita recibir a Cristo para tener gozo y paz de conciencia, y sus problemas quedarán resueltos automáticamente». Éstos olvidan que la falta de gozo o de paz, etc., son sólo síntomas del pecado que nos enajena de Dios y de nosotros mismos. Es menester atacar a la raíz, no a los síntomas. Después de todo, el ser humano no necesita primordialmente tener gozo, paz, solución de sus problemas, etc., para ser salvo. Lo que necesita es que le sean perdonados sus pecados.

(b) *La falacia de que hay diferentes clases de Evangelio para las distintas edades.* No, no hay más que un Evangelio para viejos y jóvenes, para hombres y mujeres, para personas que van a la iglesia y para las que nunca han sabido lo que era un lugar de reunión, adoración y predicación en una congregación cristiana. Lo que sí debe variar es el modo de presentar el Evangelio: profundo o sencillo, y con el vocabulario adecuado para las diferentes clases de oyentes.

(c) *La falacia de que la verdad no se halla solamente en la palabra de Dios, sino también en otros lugares, u otras religiones o sociedades literarias y científicas.* Las ciencias pueden confirmar lo que afirma la palabra de Dios, pero lo que nunca pueden hacer es sustituirla. Las experiencias psicológicas y religiosas de todo tipo pueden sumir a una persona en la meditación trascendental, en el éxtasis místico o en el nirvana, pero la *salvación* verdadera, del pecado y de la condenación, sólo se halla en la palabra de Dios leída o predicada. Debemos, como los Apóstoles, predicar la Palabra (Hch. 13:5) y razonar con base en las Escrituras (Hch. 17:2).

(d) *La falacia de que la agudeza de estilo, el encanto con que se presente el predicador (aseo, vestido, maneras, etc.) o el aparato de música, ilustraciones y otros entretenimientos son efectivos para producir la convicción de pecado y llevar a una genuina conversión.* Es cierto que el predicador debe preparar su mensaje lo mejor que pueda, que debe presentarse con aseo y decencia, y que una buena música puede disponer para escuchar mejor la palabra, pero ninguna de esas cosas tiene la primacía cuando se trata de la salvación eterna. Lo que debe esperar de los inconversos (y aun de muchos creyentes) el predicador fiel, es la oposición al «escándalo de la cruz» (Gá. 5:11 -B. de las Américas).

B) *Falacias en proclamar el contenido del Evangelio*

(a) *La falacia de exigir el bautismo para ser salvo.* La forma en que están redactados lugares como Marcos 16:16; Hechos 2:38; 22:16, no significa que la secuencia de los hechos corresponda a la sintaxis gramatical del propio original griego. En mi opinión, no es menester acudir a explicaciones rebuscadas, como las del propio Ryrie (o.c., págs. 336-337). Se trata sencillamente de que los autores inspirados: Marcos (en ese lugar, que omiten los MSS más fiables) y Lucas (en los dos lugares de Hch.) conectan actos que están relacionados entre sí, pero sin cuidarse del orden cronológico en que nuestra sintaxis «teológica» los presentaría. Marcos (si es genuino el pasaje) pone el énfasis en el «será salvo», y conecta previamente la fe con el bautismo (que es como la «dramatización» de la fe), sin desdoblarlos para dar el orden preciso que nosotros exigimos. Lucas hace lo mismo en Hechos 2:38, poniendo el énfasis en el «perdón de los pecados», sin desdoblar previamente el arrepentimiento y el bautismo, también relacionados entre sí, como la fe y el bautismo. Algo parecido hace en Hechos 22:16, donde el original conecta dos participios con dos imperativos, literalmente, «levantándote bautízate, y lava tus pecados invocando su nombre». Como dice Ryrie:

«Para hacer que este versículo enseñe el bautismo como necesario para la salvación, se necesita conectar las partes 2 y 3 –bautízate y lava tus pecados. Pero, en lugar de estar conectados el uno con el otro, cada uno de esos mandatos está realmente conectado con un participio. Levantarse es necesario antes del bautismo, e invocar antes de que los pecados sean lavados. Así que el versículo debería leerse de este modo: Levantándote, bautízate; lava tus pecados, invocando su nombre».

(b) *La falacia en confundir el significado del verdadero arrepentimiento.* Acerca de esto, sólo necesito remitir al lector a lo que dije en la lección 7, punto 4 (concepto bíblico de arrepentimiento).

(c) *La falacia de que para obtener la salvación inicial (justificación) es necesario rendirse totalmente a Cristo, no sólo como al Salvador, sino también como al Señor.* Esto es corriente entre los partidarios de la «Teología del Pacto» (Pink, Packer, Stott, etc.). Esto equivale, ni más ni menos, a exigir que el inconverso, *antes de recibir la nueva naturaleza*, esté dispuesto a guardar todo lo que Dios manda y a poner ya toda su

vida en orden; lo cual, no sólo es pedir que la justificación sea por fe y por obras, sino que va en contra de lo que la palabra de Dios dice al respecto. Basta con examinar, como hace Ryrie (o.c., págs. 338-339), tres casos: 1) el de Lot, del que Pedro (2 P. 2:7) dice que era «justo», a pesar de que no puede hablarse de un sometimiento suyo a la voluntad de Dios; 2) el de muchos de los convertidos en Éfeso que, por algún tiempo, habían continuado con sus prácticas supersticiosas (ver Hch. 19:18-19); 3) el de muchos que, según las enseñanzas del propio Señor Jesús (ver, p.ej., Lc. 14:16-33), pueden ser *salvos* sin llegar a ser *discípulos* en el sentido de una completa dedicación a seguir al Maestro en todo. Sobre el caso de la mujer samaritana, dice Ryrie (o.c., pág. 339):

«Recuerde el ejemplo del Evangelista Jesús. No exigió a la mujer samaritana poner en orden su vida pecadora, ni siquiera que estuviese dispuesta a ello, para que pudiese ser salva. No puso delante de ella lo que habría de esperarse en cuanto a cambios en su vida si creía. Dijo sencillamente que ella necesitaba conocer quién es Él y pedir el don de la vida eterna (Jn. 4:10)».

2. ¿Qué es, en realidad, una presentación adecuada del Evangelio?

Una presentación adecuada del Evangelio de salvación requiere, según manifiesta Grudem (o.c., págs. 694-695), cuyas ideas resumiré aquí, tres importantes elementos:

- A) *Una explicación de los hechos que tienen que ver con la salvación.* Estos hechos deben ser bien entendidos por la persona que escucha el mensaje; tres hechos, como mínimo, han de ser explicados:
 - (a) Todos hemos pecado y necesitamos salvación (Ro. 3:23).
 - (b) El castigo de nuestro pecado es la muerte segunda (Ro. 6:23).
 - (c) Cristo murió para pagar el castigo por nuestros pecados (Ro. 5:8).Pero entender estos elementos, y aun estar de acuerdo con ellos, no basta para la salvación personal.
- B) *Una invitación a responder personalmente a Cristo con fe.* En la exposición de este elemento, sigo a Ryrie y me aparto de Grudem, que, por cierto, no sólo exige un arrepentimiento que incluya el propósito de

cambiar de vida, sino que aduce a favor de su opinión textos como Mateo 11:28-30; y Apocalipsis 3:20; 22:17, los cuales no se refieren a la salvación inicial, sino a la comunión con el Señor.

El único arrepentimiento que se requiere para salvación es el sencillo cambio de mentalidad con respecto a Cristo como *el único que puede alcanzarnos la salvación con el perdón de nuestros pecados*, cosa que hizo ya al morir como sustituto nuestro en la cruz del Calvario (véase en A), (c)).

- C) *Una promesa de perdón y vida eterna para todo el que viene al Señor con fe* (ver Jn. 3:16; 6:35-37; Hch. 2:38; 3:19). Toda otra promesa de descanso, bendición, etc., es subsiguiente a ésta. Lo principal que se incluye en el mensaje de salvación es la promesa del perdón de los pecados y de la vida eterna en comunión con Dios.

Una invitación a recibir a Cristo que contenga los tres elementos mencionados ha de servir de instrumento adecuado, mediante el cual el Espíritu Santo apela al ser entero de la persona que escucha el Evangelio. Dice a este respecto Grudem (*o.c.*, pág. 695):

«Habla (Dios) a nuestro intelecto al explicarnos en Su palabra los hechos de la salvación. Habla a nuestras emociones al hacernos una cordial invitación personal a responder. Habla a nuestra voluntad pidiéndonos que escuchemos su invitación y respondamos voluntariamente con arrepentimiento y fe –que decidamos apartarnos de nuestros pecados y recibir a Cristo como nuestro Salvador».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 9

- 1ª pregunta* ¿Puede usted recordar la primera vez que respondió al mensaje del Evangelio? ¿Podría usted describir qué es lo que sintió en su corazón?
- 2ª pregunta* ¿Cree usted que, al responder al mensaje, el Espíritu Santo estaba actuando para que la invitación del Evangelio llegara a surtir su efecto en la vida de usted? ¿Resistió usted, durante algún tiempo, a esa llamada?
- 3ª pregunta* Si tiene usted el ministerio de la predicación, o exposición sencilla del Evangelio a otras personas, ¿falta en la explicación de usted alguno de los elementos estudiados en la presente lección? Si así fuese, ¿qué diferencia habría si añadiese usted dicho elemento a su exposición del mensaje? ¿Cree usted que es importante añadir esos elementos?
- 4ª pregunta* ¿Cuál piensa usted que es la cosa que más necesita para hacer que su proclamación del Evangelio sea más efectiva?
- 5ª pregunta* Antes de estudiar la presente lección, había pensado usted en que Jesús dirige personalmente a la gente, incluso hoy, las palabras de la invitación del Evangelio? Si los inconversos se diesen cuenta de que Jesús les habla de ese modo, ¿cómo cree usted que afectaría eso a la respuesta de ellos al Evangelio?
- 6ª pregunta* ¿Entiende usted mismo los elementos de la invitación del Evangelio con la claridad suficiente para presentarlos a otros?
- 7ª pregunta* Insistiendo en lo mismo, ¿podría usted con facilidad echar mano a su Biblia para hallar cuatro o cinco versículos apropiados al objeto de explicar claramente a la gente la invitación del Evangelio?
- 8ª pregunta* ¿Cree usted que uno de los primeros quehaceres de la vida del creyente consiste en memorizar los elementos de la invitación del Evangelio y los versículos que explican dicha invitación?

LECCIÓN 10

La seguridad de salvación del creyente

I. INTRODUCCIÓN

Desde la lección 6, hemos estudiado el tema de la justificación del impío, desde su noción y sus elementos integrantes hasta la presentación adecuada de la invitación del Evangelio que pueda conducir a esa salvación inicial, y pasando por el concepto de la gracia sin la cual sería imposible, de todo punto, la conversión. Podríamos decir que, con la presente lección tenemos, por un lado, la dichosa consecuencia de la conversión y, por otro lado, como el pórtico que nos conduce a la extensa 2ª porción de esta parte III sobre la santificación, quedando la lección 11 como un pequeño islote de refrigerio «vacacional», que lo mismo podía haber sido incluido después de la lección 1. Pensé que resultaría más pedagógico colocar la lección 11 en la forma en que lo he efectuado.

1. *¿En qué consiste la seguridad de la salvación eterna del creyente?*

El profesor Ryrrie la define (BT, pág. 328) del modo siguiente: «La seguridad eterna es la obra de Dios que garantiza que el don de la salvación, una vez recibido, es para siempre y no puede perderse».

Al llegar a este punto, creo que es necesaria de todo punto una distinción entre «seguridad» y «certeza». La *seguridad* es algo «objetivo», que está en las manos de Dios (Jn. 10:28-29) y no se puede perder jamás; la *certeza* es algo «subjetivo», que está en la mente del creyente (ver 1 Jn. 3:19-21) y puede nublarse

y oscurecerse, ya sea por carnalidad o por conciencia demasiado delicada; en este caso, se puede perder *el gozo de la salvación* (ver Sal. 51:12), pero no se puede perder *la salvación* (Ef. 2:8).

Estrechamente relacionado con la seguridad de salvación está el concepto de *perseverancia final de los elegidos*, la cual depende de la *preservación divina* mediante la continua operación del Espíritu Santo en el creyente. Grudem (o.c., pág. 788) define así la perseverancia final:

«La perseverancia de los santos significa que todos cuantos han nacido de nuevo realmente, serán guardados por el poder de Dios y perseverarán como cristianos hasta el fin de su vida, y que sólo los que perseveran hasta el fin han nacido de nuevo realmente».

Esto puede expresarse también con palabras de Gardiner Spring:

«El que es salvo *ahora, siempre* lo será; el que *no* es salvo *ahora, nunca* lo ha sido». Esto ha de servir para hacer temblar al falso profesante y aun al creyente carnal, y ha de servir también para inundar de gozo el corazón del creyente fiel. Con razón dice Thomas Brooks, al comienzo de su libro *El Cielo en la Tierra*: «Todo creyente genuino tiene asegurado el Cielo en el Cielo; este libro tiene por objeto enseñarle que puede también, de algún modo, tener el Cielo en la Tierra».

2. ¿Qué dicen las Escrituras a este respecto?

Cito sólo los lugares que, en mi opinión, expresan claramente la verdad que estamos considerando:

- A) *Juan 10:27-30*. Aquí vemos que las verdaderas ovejas de Cristo están seguras en las manos de Cristo, que son las mismas del Padre, pues una misma es la *naturaleza* de ambos, como lo aclara el versículo 30.
- B) *Romanos 8:38-39*. Pablo expresa aquí su *persuasión* de que «ninguna cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro». Nuestra salvación no depende de nuestro amor a Dios, sino del amor de Dios hacia nosotros, manifestado en Jesucristo.
- C) *Romanos 11:29*. «Porque *irrevocables* son los dones y el llamamiento de Dios». Para «irrevocables» el griego tiene *ametaméleta* (neutro pl.), que significa literalmente «cosas de las que no hay que sentir pesar», es decir, *de las que Dios no puede arrepentirse*.

- D) *Filipenses 1:6*. En este lugar, Pablo expresa de nuevo su *persuasión* de que Dios «que comenzó en vosotros una obra buena la llevará a cabo hasta el día de Cristo Jesús» (lit.). El mismo Dios que comenzó su obra en la conversión del creyente, velará sobre ella hasta el fin.
- E) *2 Tesalonicenses 3:3*. «Mas fiel es el Señor, quien os establecerá y custodiará del maligno» (lit.). El primer verbo expresa *firmeza segura*; el segundo, *preservación vigilante*.
- F) *2 Timoteo 1:12*. «... porque sé a quién he creído, y estoy persuadido (de nuevo, el mismo verbo de Ro. 8:38 y Fil. 1:6) de que es poderoso para custodiar (el mismo verbo de 2 Ts. 3:3) mi depósito (el mismo vocablo que el del v. 14 y de 1 Ti. 6:20) para el día aquel» (lit.). «El día aquel» es el mismo de Fil.1:6. En cuanto al vocablo «depósito» (gr. *parathéke*), su claro significado en 1 Timoteo 6:20 y 2 Timoteo 1:14, da a entender que también en 2 Timoteo 1:12 habría de significar «lo que se me ha encomendado». Sin embargo, suele entenderse como lo que Pablo «había encomendado a Dios» = guardarle con seguridad hasta el final. Las dos opciones pueden admitirse; incluso se corresponden. Dice Alan G. Nute, en el *A Bible Commentary for Today* (editado por G.C.D. Howley, F.F. Bruce y H.L. Ellison) sobre este punto:

«... Cualquiera de las dos (soluciones) sería legítima; tomadas juntamente representan los dos lados de una transacción. La verdad y su propagación, junto con el necesario don otorgado por Dios comprenden lo que Dios ha encomendado a Pablo; para tenerlos a salvo, él los encomienda a Dios. La exhortación de Pablo (v. 8) ha quedado reforzada, primero por su concepto del Evangelio, y ahora por su propio ejemplo».

Como puede verse, A.G. Nute interpreta el «depósito» como «la verdad y su propagación», esto es, «la predicación denodada del Evangelio» y éste es, sin duda, el sentido primordial del pasaje; pero el versículo 14 deja bien en claro que eso solamente puede llevarse a cabo «*mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros*» (lit.); conlleva, por tanto, la *preservación constante, hasta el final de su carrera, de Pablo*. Ver también 2 Timoteo 4:7-8.

- G) Hay otras porciones en las que se dice que quienes crean, tendrán *vida eterna*; por ejemplo, Juan 3:16, 36; 5:24; 6:4-7, 38-40; 1 Juan 5:11-13. En Juan 3:16-17, 36; 10:28, la «vida eterna» aparece en contraste con la con-

denación y el juicio que espera a los que rehúsan creer. *Vida eterna* es la vida interior (gr. *zoé*) de nivel sobrenatural, producida por el Espíritu Santo y que comienza en el momento de la conversión y perdura por toda la eternidad; por tanto, no se puede perder.

H) Hay finalmente, otros lugares en que se nos asegura que ya «*no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús*» (Ro. 8:1) y Dios no puede «condenar» de nuevo (ver Ro. 11:29); o que «*hemos sido sellados con el Espíritu Santo, que es la garantía de nuestra herencia*» (Ef. 1:13-14); o que «*somos guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación*» (es decir, la etapa final de la salvación) «*que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero*» (1 P. 1:5). En este último lugar, hay dos detalles dignos de ser notados:

(a) El verbo para «somos guardados» es el gr. *phroureín*, cuyo significado literal es el de «preservado de escapar», «protegido por todos los lados de ser atacado» y «custodiado con toda seguridad».

(b) El tiempo de dicho verbo es participio de presente de la voz pasiva, con lo que Pedro da a entender una «perfecta continuidad» de la acción preservadora del poder de Dios; en esta acción de Dios está el énfasis del verbo; pero esta operación divina lleva asociada la cooperación del propio creyente («*mediante la fe*»).

3. *Las Escrituras también advierten contra las falsas señales de conversión*

A) Tenemos, primero, el caso de Judas Iscariote, claramente «inverso» (ver Jn. 6:64, 70), pero cuya conducta exterior fue, hasta la última cena con el Señor, tan similar a la de los otros once apóstoles (Mt. 10:1-8; Mr. 6:7-13; Lc. 6:12-16; 9:1-6) –predicando el Evangelio, echando demonios, sanando enfermos–, que, cuando Jesús dijo que uno de ellos le iba a entregar, nadie volvió los ojos hacia Judas, sino que *todos, incluso Judas, «comenzaron a entristecerse y a decirle uno por uno: ¿Seré yo? Y el otro: ¿Seré yo?»* (Mr. 14:19 comp. con Mt. 26:20-25 y Jn. 13:21-30). ¡Qué rematadamente bien llevó su hipocresía hasta el final!

B) Mateo (Mt. 7:21-23) nos refiere unas tremendas palabras de nuestro mansísimo Salvador contra quienes invocarán en el último día al Señor recordándole las maravillas que hicieron «en su nombre» en esta vida. Y nótese en la respuesta de Jesús la frase «*Nunca os conocí*». No dice: «Os conocí

por algún tiempo, pero después obrasteis la maldad». El adverbio de negación «nunca» abarca todos los tiempos.

- C) En la parábola del sembrador, según la hallamos en Marcos 4:5-6, 16-17, Jesús se refiere a «*los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración...*» Cuando viene el tiempo de la prueba, muestran su verdadero color, *porque no tenían raíz en sí mismos*. No hubo «vida eterna» porque faltó la «raíz» de una fe genuina.
- D) También Pablo habla de «los obreros fraudulentos que *se disfrazan como apóstoles de Cristo*» y «*como ministros de justicia*» (2 Co. 11:13 y 15), así como de «*los falsos hermanos* introducidos a escondidas» (Gá. 2:4).
- E) Igualmente Juan (1 Jn. 2:18-19; 4:1-6) amonesta contra falsos maestros y profetas, introducidos solapadamente en las congregaciones cristianas de fines del primer siglo de nuestra era (ya lo había profetizado Pablo en Hch. 20:29-30). Nótese en 1 Jn. 2:19 lo de «*salieron de nosotros, pero no eran de nosotros*», es decir, no eran creyentes. Y da como razón *su falta de perseverancia final*: «*porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros*».
- F) Para terminar esta lista, quiero mencionar lo que el Señor dice en Mateo 12:43-45: «Mas cuando el espíritu inmundo sale del hombre (del ser humano) pasa a través de lugares sin agua, buscando reposo y no (lo) halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y en llegando (la) halla desocupada, barrida y adornada. Entonces se va y toma consigo otros (gr. *hétera* = diferentes) siete espíritus más malvados que él mismo y, entrando, se establecen allí, y la situación final de aquel hombre viene a ser peor que la primera. Así le pasará también a esta generación malvada» (vers. lit.). Acerca de este pasaje, dice Bullinger (DICCIONARIO DE FIGURAS DE DICCIÓN USADAS EN LA BIBLIA, pág. 634 de la ed. castellana):

«Ha de interpretarse con relación a la nación judía contemporánea del Salvador, como explica la última parte del versículo 45. Por *aplicación*, enseña también que el espíritu inmundo, en este caso, *sale por su propia voluntad*, sin ser arrojado (comp. con vv. 28-29). Cuando es arrojado, jamás vuelve; pero cuando se va por su propia voluntad, vuelve y halla solamente un ‘carácter reformado’, en lugar de la habitación del Espíritu Santo en una persona que ha nacido de nuevo». Los subrayados son suyos, y nos enseñan una verdad bíblica, de labios del propio Jesús, acerca de

la notable diferencia entre la condición espiritual de aquellas personas en las que el Espíritu Santo ha ejercido el ministerio de expulsar a los demonios, y la de aquellas otras personas en las que el conocimiento de la verdad sólo les ha servido para pensar altamente de sí por algún tiempo y rechazar después al Salvador cuando éste les ha invitado a un sincero arrepentimiento. Esta fue la experiencia de Juan el Bautista y del propio Señor con los escribas y fariseos de su generación, y ésta es siempre la experiencia con los hipócritas moralistas de todos los tiempos.

4. Pruebas deductivas de la preservación de los elegidos

Resumo aquí lo que dije en *Doctrinas de la Gracia*, páginas 153-154:

La doctrina de la preservación final de los elegidos, de la que depende, en primer término, la perseverancia final de los mismos y, con ello, *la seguridad de salvación del creyente*, se deduce:

- A) *De la doctrina bíblica de la predestinación.* Conforme lo vemos en Ro. 8:29-30, la predestinación implica que los elegidos serán salvos en virtud del llamamiento irrevocable de Dios que los conducirá a la conversión y, finalmente a la glorificación.
- B) *De la intercesión eficaz de Cristo.* Cristo está intercediendo siempre con el Padre a favor de los Suyos (véase He. 7:25; 1 Jn. 2:1-2). Esta intercesión es siempre *eficaz* (ver Jn. 11:42).
- C) *De la unión de los creyentes con Cristo.* El Espíritu Santo hace al creyente «miembro de Cristo» (ver 1 Co. 12:13). En Cristo y con Cristo formamos una sola planta (Jn. 15:1 y ss.), un solo Cuerpo (Ro. 6:4 y ss.; 12:4 y ss.; 1 Co. 12:13 y ss.; Ef. 2:1-6; 4:15-16; Col. 3:1-3).

5. Lugares conflictivos o problemáticos

- A) Hay textos que parecen ir a favor de la absoluta nulidad de la Ley, como Gálatas 5:4, «De Cristo os habéis separado, vosotros que procuráis ser justificados por (la) ley; de la gracia habéis caído» (lit.). Este versículo, dentro de su contexto, enseña que quien intenta usar la Ley como base para su justificación está renunciando a la única base, la gracia, (ver Ef. 2:8) que provee el medio de la justificación. Ni enseña que la Ley sea *nula* ni que el creyente, *justificado*, pueda separarse de Cristo (ver Ro. 8:35-39).

B) Otros textos parecen enseñar que el creyente puede perder la salvación. Por ejemplo:

(a) Juan 15:6. Este versículo –como todo el capítulo hasta el versículo 16– se refiere a la «comunión con Cristo», no a la «unión». Una vez más, hago notar que el versículo 2 debe verterse del modo siguiente: «Todo pámpano (que está) en mí no llevando fruto...». Lo del «estar» es anterior a lo de «llevar fruto». Así que todo lo que sigue se refiere al «fruto», no a la justificación. Dice Ryrie (BT, pág. 333): «El creyente que no permanece, aunque todavía en Cristo y, así, salvo, pierde sus oportunidades y recompensas, tanto en la vida como en el tribunal de Cristo».

(b) 1 Corintios 9:24-27. También este pasaje, como está explícito, se refiere a recompensas, no trata de la justificación ni de la pérdida de la salvación, como insinúa la frase de la *Vulgata Latina* al final del versículo 27: «ipse reprobus efficiar», que solía traducirse «yo mismo me vuelva réprobo», es decir, condenado.

Algunas de nuestras versiones, por desgracia, se acercan al sentido de la *Vulgata*. La RV 1960 «yo mismo venga a ser eliminado». La VM «yo mismo sea rechazado por indigno». La *Biblia de las Américas* vierte de modo conveniente «yo mismo sea descalificado». Pero no hay como el *Nuevo Testamento Trilingüe* (¡católico!) para verter hermosamente los versículos 26-27: «Yo, pues, así corro, no como a la ventura; así lucho en el pugilato, no como quien da en el aire; sino que abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a la esclavitud, no sea que, después de pregonar el premio para otros, quede yo descalificado».

(c) Hebreos 6:1-8 es uno de los lugares más problemáticos de toda la Biblia, pues parece insinuar que un creyente puede perder su salvación. Y en este sentido lo entienden muchos arminianos, especialmente los metodistas wesleyanos. Pero la mayoría de los expositores lo entienden de falsos profesantes que se apartaron del conocimiento de la verdad sin haber nacido de nuevo.

Sin embargo, el Dr. Ryrie ha demostrado de modo convincente (ver en BT, pág. 333, C. (3)) que se trata de creyentes inmaduros, como lo prueba el contexto anterior (5:11-14) y los vocablos clave del mismo texto en los vv. 4 y 5: «iluminados», como en 10:32; «gustaron» como en 2:9, y «partícipes», como en 12:8. Estoy de acuerdo con él y corrijo aquí algo de lo que escribí en *Doctrinas de la Gracia*, página 155, punto 2, C'). Algo parecido debo decir de Hebreos 10:26-31 a pesar del fuerte lenguaje.

Personalmente, la comparación de Hebreos 10:26 y 29 con Números 15:24-31 me ayuda mucho a entender el pasaje, especialmente teniendo en cuenta que la Epístola está dirigida primariamente a *Hebreos*.

6. *Objeciones contra la doctrina de la seguridad de salvación*

Estas objeciones son principalmente tres y vienen todas del lado católico romano, que entiende de modo muy diferente el concepto de fe, de gracia y de justificación.

- A) Esta enseñanza puede inducir al pecado, con la seguridad de ser salvo para siempre. Respuesta: Quien tenga la mentalidad equivocada de que puede continuar practicando el pecado, no ha nacido de nuevo (ver, p.ej., 1 Jn. 3:7-10). La justificación tiene por objeto la santificación: «escogidos... para ser santos y sin mancha» (Ef. 1:4).
- B) El Nuevo Testamento urge a perseverar en el bien como medio de alcanzar la salvación y amonesta contra el peligro de retroceso y apostasía (véase Mt. 24:12; Col. 1:23; He. 2:1; 3:14; 6:11; 1 Jn. 2:6). Hay incluso textos que van más allá (ver 1 Co. 9:27; 1 Ti. 1:19-20; 2 Ti. 2:17-18; 4:10; He. 6:4-6; 10:26-27, 39; 2 P. 2:1-2). Respuesta: De estos últimos, ya examiné 1 Corintios 9:27; Hebreos 6:4-6; 10:26-27. En cuanto a los demás, es preciso que las referidas advertencias serias de la Escritura sean entendidas en el sentido de su ministerio *instrumental* para estimular la cooperación activa de los elegidos en cuanto a una salvación que está asegurada por Dios; véase un texto claro en 2 Pedro 1:5-11 (Fil. 2:12-13 no es tan claro, ya que podría indicar el esfuerzo en ayudarnos los unos a los otros en la santificación, aunque el uso del griego «*beautón*» en lugar de *allélon* me inclina a pensar en la salvación personal, pero siempre en su 2ª etapa = la santificación, por requerirse el «trabajar»).
- C) El más santo de los hombres en la tierra, al conservar su libre albedrío, puede caer en pecado grave, perdiendo así la gracia y, si esto le llega a ocurrir en la hora de la muerte y no se confiesa a tiempo o, al menos, tiene contrición *perfecta* –no muy fácil a la hora de la muerte– con propósito de confesarse, si puede hacerlo, no le valdrán cuantos méritos y penitencias haya hecho en esta vida (han podido ser 60 o 70 años en una Cartuja); se irá al Infierno sin remedio (queda el único remedio de la Unción de los enfermos). Respuesta: Un creyente verdadero no puede

perder su salvación final, por cualquier acto de pecado que haya cometido, pues su «justicia» y la «salvación final» consiguiente no se hallan en manos de su variable libre albedrío, sino en las *manos omnipotentes de Dios*, de las que nada ni nadie lo podrá arrancar (ver Jn. 10:28-30).

7. *Evolución histórica de la enseñanza eclesial sobre este punto*

- A) Los primeros llamados «Padres de la Iglesia» (los «Santos Padres») no trataron directamente del tema, pues nadie atacaba las enseñanzas de la Biblia sobre la seguridad de la salvación. Pero, poco a poco, con el ejemplo de ermitaños y monjes, la ascesis personal desembocó en la noción de una salvación dependiente de la virtud del individuo. La idea llegó a su punto más alto con el pelagianismo.
- B) Agustín de Hipona, que ya se había opuesto a los movimientos que negaban la validez del bautismo o de la ordenación si el oficiante no tenía el Espíritu Santo habitando en él, se opuso y, con mayor fuerza aún, al pelagianismo, convirtiéndose así en el gran campeón de la soberanía de la gracia divina y la iniciativa de la gracia en la obra de la salvación, aunque su sacramentalismo y la distinción entre «carácter» y «gracia» le llevó a admitir la posibilidad de perder la gracia y, con ella, la salvación. Es cierto que admitió la predestinación y la preservación final de los elegidos, pero ¿quién podía estar seguro de pertenecer al número de los elegidos? Esto muestra que, cuando Calvino y Lutero decían: «Agustín es enteramente nuestro», sólo era una media verdad.
- C) En la Edad Media, los conceptos de fe, gracia, salvación, etc., se confundieron todavía más (la fe como asenso intelectual, la gracia de la justificación como cualidad infusa, etc.). La enseñanza del Purgatorio fue adquiriendo cada día mayor importancia; junto con eso, la necesidad de pagar con misas, penitencias, etc., por la pena de los pecados cometidos (incluso cuando la culpa, aún de los pecados «veniales», hubiese sido totalmente perdonada), dio finalmente paso a la doctrina de las «indulgencias», que llegó a sus últimos extremos en la exposición que de tal doctrina hizo el fraile dominico Tetzl con su famosa frase «Tan pronto como la moneda suene en el fondo del cofre, el alma de su deudo saldrá del Purgatorio». Fue precisamente esto lo que precipitó el estallido de la Reforma de parte de Martín Lutero.

- D) La Reforma restableció la doctrina bíblica de la perseverancia final de los creyentes, aunque hubo algunas diferencias entre los propios reformadores. Lutero puso el énfasis de la salvación en la *fe*, haciendo depender de la «continua actividad de la fe» la perseverancia final, mientras que Calvino puso correctamente el énfasis en la *gracia* que sostiene la actividad de la *fe*, conforme a Efesios 2:8, por ejemplo.
- E) En este punto concreto de la seguridad de la salvación, Arminio se mantuvo perplejo porque algunos de los textos difíciles que expliqué en los puntos 5 y 6 de la presente lección le daban la impresión de que la salvación podía perderse. Como ya dije en el punto 5, B), (c), los arminianos de base metodista, a la vista de textos como Hebreos 6:1-8, admitieron que un creyente puede perder su salvación; van, pues, más lejos que el propio Arminio.
- F) Aunque los distintos seguidores de Calvino difieren en el modo de ordenar lógicamente los decretos divinos sobre la obtención de la salvación y su aplicación a los seres humanos, *todos* están de acuerdo en afirmar la seguridad de la salvación del creyente genuino.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 10

- 1^a *pregunta* ¿Tiene usted la seguridad de que *realmente* ha nacido de arriba? ¿Qué evidencia ve usted en su propia vida para tener tal seguridad?
- 2^a *pregunta* ¿Cree usted que es el deseo de Dios que los creyentes se pasen toda la vida preocupados de si realmente han nacido de nuevo, o piensa usted que Dios quiere más bien que tengan firme seguridad de que son Sus hijos? Hallará un versículo muy expresivo al respecto en el capítulo 5 de 1 Juan.
- 3^a *pregunta* ¿Nota usted una línea constante de crecimiento espiritual en su vida cristiana?
- 4^a *pregunta* ¿Confía usted en sus propias fuerzas para continuar creyendo en Jesucristo, o en el poder de Dios que mantendrá activa y viva la fe de usted?
- 5^a *pregunta* Si usted tiene alguna duda sobre si realmente ha nacido de nuevo, ¿qué es lo que en su vida puede darle motivo para tales dudas? ¿Qué pasajes de las Escrituras podrían alentarle a resolver esas dudas? ¿Le dicen algo lugares como Mateo 11:28-30; Juan 6:37; 2 Pedro 1:5-11?
- 6^a *pregunta* ¿Cree usted que el Señor Jesús conoce ahora las dudas de usted y las comprende? ¿Qué le parece a usted que es lo que Dios quiere que haga usted ahora mismo para obtener una mayor certeza de su salvación?
- 7^a *pregunta* ¿Conoce usted personas, quizás en su misma congregación, cuyo «fruto» es siempre destructivo, divisivo, o perjudicial para el ministerio de la iglesia y de la fe de otras personas? ¿Tienen tales individuos mucha influencia? ¿Ocupan quizá puestos de liderazgo en la iglesia?
- 8^a *pregunta* ¿Piensa usted que una evaluación del fruto en la vida personal del creyente y lo que esto puede influir en otros, debería tenerse en cuenta a la hora de buscar personas con cualidades para el liderazgo?

- 9ª pregunta* ¿Puede darse el caso de personas que profesen estar completamente de acuerdo con todas las enseñanzas bíblicas y que no hayan nacido de nuevo? ¿Qué manifestaciones de genuina conversión son más fiables que la adhesión intelectual a la doctrina sana?
- 10ª pregunta* Si la salvación inicial es enteramente obra de Dios y el ser humano se ve adelantado por la iniciativa divina, ¿qué fruto se saca con predicar el Evangelio exhortando a la gente a convertirse? ¿No es absurdo, y hasta cruel, predicar el Evangelio y pedir una respuesta a personas que no pueden responder porque están espiritualmente muertas? ¿Cómo respondería usted satisfactoriamente a estas dos preguntas?
- 11ª pregunta* ¿Hay todavía áreas en la vida de usted donde no se ven claramente los resultados de la regeneración espiritual? ¿Cree usted que una persona puede haber nacido de nuevo y estancarse luego espiritualmente, de modo que se note poco, o ninguno, fruto en su vida?
- 12ª pregunta* ¿Cuáles pueden ser las circunstancias que influyan en una persona hasta conducirla al estancamiento espiritual y la carencia de fruto (si es posible tal cosa), incluso cuando esa persona haya nacido de nuevo realmente?
- 13ª pregunta* ¿En qué grado puede afectar al crecimiento espiritual de una persona la iglesia a la que asiste, la enseñanza que recibe, la clase de comunión fraternal que tiene, y la constancia en la lectura y estudio de la Biblia, así como en la oración?

LECCIÓN 11

Símbolos, tipos e ilustraciones del Espíritu Santo

1. Nociones

A) *Símbolo* (del gr. *símbolon* = echado, o puesto, juntamente) significaba antiguamente las dos mitades de un objeto (un anillo de sello, un hueso, una moneda o una piedrecita oblonga) que se usaban para darse a conocer. Las partes rotas se ponían después juntas para verificar la identidad del portador. Por ejemplo, en la invitación que se hacía para asistir a una recepción, el anfitrión después de partir una piedrecita blanca, daba una mitad a cada invitado y se quedaba él con la otra mitad. Esas partes rotas a mano se ponían juntas al llegar la hora de la recepción y el invitado mostraba así su calidad de tal. Esto es lo que se nos describe en Apocalipsis 2:7: «... daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca...». Otro ejemplo lo tenemos en casos frecuentes en puertos de mar a los que llegaban naves con cargamento de madera, especias, etc. El que deseaba comprar (a veces, a subasta), ponía su sello sobre la mercancía o dejaba la mitad de su sello en poder del vendedor, guardándose él la otra mitad. Esto se incluye, seguramente, en el sellado de Efesios 1:13 y Apocalipsis 7:3.

Usado como término bíblico, significa un objeto o una acción que representan, por pacto implícito, una realidad interior, de carácter espiritual y, por tanto, superior a la realidad física del símbolo. Como ejemplos, podemos citar: la paloma como símbolo del Espíritu Santo; el bautismo

de agua por inmersión como símbolo de nuestra inmersión interior en Cristo (véase Ro. 6:3 y ss.; 1 Co. 12:13) por medio de la fe.

- B) *Tipo* (del gr. *túpos*, de *túpto* = golpear), significa etimológicamente el efecto de un golpe, por lo que pasó a significar la impresión de un sello en un objeto para dejar constancia de la identidad del dueño o de la protección contra un extraño, como es el ejemplo citado anteriormente de Apocalipsis 7:2-3 (aunque ahí no figura el vocablo *túpos*, sino *sfragís*). En sentido bíblico, significa «figura»; por ejemplo, en Romanos 5:14, donde leemos que Adán «es figura (*túpos*) del que había de venir», esto es, de Cristo.
- C) *Ilustración* (del latín *in* = en y *lustráre* = dar brillo) significa lanzar luz sobre algo. En el sentido en que tomamos aquí el vocablo (acepción 2 del Diccionario de la Real Academia), ilustrar es: «aclarar un punto o materia con palabras, imágenes, o de otro modo». Por ejemplo, todo el episodio de Génesis 24 es ilustración –mediante figuras y acciones– de una función trinitaria respecto a la Iglesia, a partir de Isaac como tipo implícito de Cristo. En Levítico 14, hallamos la ilustración trinitaria junto con los símbolos respectivos (agua –comp. Jer. 2:13, sangre y aceite), según se usaban en la prueba de limpieza del leproso (ver Lv. 14:2).

2. Análisis de los símbolos, tipos e ilustraciones del Espíritu Santo

Son nueve y los doy por orden alfabético:

- A) *Aceite* («óleo», «unigénito», «perfume» -hebr. *sbémen*; gr. *élaion*). Siempre tenido por símbolo del Espíritu Santo («derramado» -Ro. 5:5) y de la *unción* del Espíritu (p. ej. 1 Jn. 2:20). De ahí, el simbolismo del *olivo* como árbol que representaba las bendiciones *espirituales* de Dios sobre su pueblo Israel. Hay, a propósito de esto, en la Biblia (Jue. 9:8-15) una deliciosa alegoría con cuatro plantas de diferente simbolismo. Bullinger (o.c., págs. 633-634) la explica del modo siguiente:

«Resulta interesante descubrir que los cuatro árboles mencionados en dicha *alegoría* –la higuera, el olivo, la vid y la zarza–, son precisamente los cuatro que se usan para combinar toda la historia de Israel. La HIGUERA representa la *posición nacional* de Israel, de la que sabemos por los evangelios sinópticos que se marchitó y tuvo que ser cortada. El

OLIVO representa los *privilegios del pacto* de Dios con Israel, los cuales siguen vigentes (Ro. 11). La VID representa las *bendiciones espirituales* de Israel, que sólo pueden hallarse en Cristo, la Vid verdadera (Jn. 15). Y la ZARZA representa el Anticristo, en cuya sombra vendrán los judíos a cobijarse, pero que resultará para Israel un fuego consumidor en el día de la “angustia de Jacob” (ver Jer. 30:7)» (los destacados son suyos).

En esta magistral exposición de Jueces 9:8-15 y hasta el versículo 20, habrá notado el lector una pequeña discrepancia con lo que digo yo sobre el simbolismo del olivo. Por referirse al Espíritu Santo, me pareció mejor aplicarle lo de las bendiciones *espirituales*, aunque éstas estén mejor representadas en la vid.

Ya hemos mencionado en el punto 1, C) lo de Levítico 14, donde aparece el aceite como símbolo del Espíritu Santo. Como puede verse en los versículos 14 y 16, el *aceite* había de ponerse sobre los mismos lugares en que se había puesto la *sangre*, símbolo claro de que la *aplicación* de la redención por obra del Espíritu Santo está enteramente basada en la *redención* misma llevada a cabo por Cristo mediante el derramamiento de su sangre.

Otras porciones en las que aparece el Espíritu Santo simbolizado en el *aceite* son Zacarías 4; Lucas 4:18; Hechos 10:38; 2 Corintios 1:21-22; 1 Juan 2:20.

- B) *Arras* (gr. *arrabón*, del hebr. *erabón* –ver, p.ej., en Gn. 38:17-20). El vocablo griego ocurre únicamente en 2 Corintios 1:22; 5:5 y Efesios 1:14, y significa que el Espíritu Santo nos es dado como prenda, garantía o fianza de la futura consumación de nuestra salvación. Este mismo sentido –el de fidelidad para cumplir algo futuro– tenían las trece monedas que, como «arras», depositaba el novio, juntamente con el anillo de boda, en manos de la novia en la celebración del matrimonio en la Iglesia de Roma (no sé si era entonces costumbre regional, o nacional o universal en dicha Iglesia).
- C) *Fuego*. El fuego, como símbolo del *bautismo de poder* con el Espíritu Santo, se halla especialmente en Hch. 2:3, donde se habla de las «lenguas como de *fuego*» que se asentaron SOBRE los reunidos en el Aposento Alto el día de Pentecostés. Comparando con Hch. 1:5 y 8, queda clarísimo que éste era el *bautismo de fuego*, profetizado por Juan el Bautista, según atestiguan los cuatro Evangelistas (Mt. 3:11; Mr. 1:8; Lc. 3:16; Jn. 1:33).

Nótese que Juan el Bautista, en Mateo 3:11; Marcos 1:8 y Lucas 3:16, dice «os bautizará...», no como en el bautismo de agua para impíos arrepentidos, sino a *creyentes* reconocidos.

Los comentaristas suelen desviar la atención del lector, al aplicar lo de «fuego» a «los juicios asociados con el regreso de Cristo» (*Biblia de estudio Ryrie*, aunque matiza su opinión con un «probablemente»). Matthew Henry lo entiende mucho mejor: «... ¿Consume el fuego? ¿Y no consume el Espíritu de juicio nuestras corrupciones?» Si comparamos 1 Corintios 3:15 con Hebreos 10:27 y 12:29, a pesar de las fuertes expresiones, deberemos percatarnos de que todos los lugares que hablan de «fuego» (aparte de 1 Co. 3:15, de valor escatológico), invitan a pensar en el *fuego* como elemento definitivamente purificador de las escorias de carnalidad, a fin de capacitar al siervo de Dios para ministerios especiales. ¡NO PUEDE HABER CAPACITACIÓN SINO HAY PURIFICACIÓN!

Siendo la palabra de Dios la agencia instrumental en manos del Espíritu Santo (ver Jn. 3:5), para hacer la disección interior (v. He. 4:12), al hallar un «corazón de piedra» (véase Ez. 36:26-27), primero lo tritura con el *martillo* de la palabra y, luego, lo reduce a pavesas con el *fuego* de esa misma palabra (comp. con Lc. 24:32), antes de poner dentro del pecho un «corazón de carne» (ver Jer. 23:29).

- D) *Fuente de agua viva*. El «agua viva» –«don de Dios»–, que Jesús ofrece a la mujer samaritana en Juan 4:10, 14, es manifiestamente el Espíritu Santo, como se aclara en Juan 7:37-39 y aparece incluso en Apocalipsis 22:1 como «río limpio, de agua de vida», que sale «del trono de Dios y del Cordero», es decir, *procede del Padre y del Hijo*. Ya hallamos referencias a este símbolo en Jeremías 2:13 y Zacarías 14:8.
- E) *Paloma*. Este símbolo se halla en Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22 y Juan 1:32, con referencia al bautismo del Señor Jesús en el Jordán. Es algo muy curioso el que, en Génesis 8:11, la paloma vuelva al Arca trayendo «una hoja de *olivo* en el pico». Las notas de la *Biblia de Estudio Ryrie* a Génesis 8:7 y a Génesis 8:8-9, pensamientos que ya me pasaron antes por la cabeza, son muy iluminadoras. Dice así:

«8:7. El *cuervo*, que se alimenta de carroña, no tendría problemas para encontrar alimento, ni escrúpulos para posarse en cualquier superficie lodosa, así que se ve claro que no regresó al arca.

»8:8-9. La *paloma* no querría descender a lugares sucios, así que regresó al arca».

También es significativo el que Asaf, en Salmos 74:19, pida a Dios: «No entregues a las fieras el alma de tu tórtola» (heb. *tor*). Es una metáfora que respira afecto y pide compasión. ¡Qué mejor ilustración para simbolizar y representar al Espíritu Santo, Don y Amor personal de Dios! (v. Ro. 5:5). También en 1 Pedro 1:22 y 1 Juan 4:13 aparece en un contexto de amor fraternal; y en Gálatas 5:22, su primero y principal fruto es *amor*.

- F) *Sello*. Este símbolo aparece en 2 Corintios 1:22; Efesios 1:13; 4:30, aplicado al Espíritu Santo. Copio del material que preparé para el estudio de *Efesios* en el INSTITUTO BÍBLICO EVANGÉLICO (año 1992), página 6:

«El Padre es el que sella, el Hijo es la imagen que lleva el sello (comp. Ro. 8:29), el Espíritu Santo es el sello mismo. De parte del Padre, es *protección* (ver Ap. 7:2 y ss.). De parte del Hijo, es *posesión* (ver Cnt. 8:6). De parte del Espíritu Santo, *garantía* de seguridad (ver Ef. 4:30b)... En el caso que nos ocupa, esa garantía es *absoluta*, debido a que no hay poder humano que pueda romper ese sello».

- G) *Sirviente*, en Génesis 24, que ya he mencionado en el punto 1 de la presente lección, C), tenemos una ilustración en la que el criado damasceno de Abraham, Eliezer (v. Gn. 15:2), es encargado por su amo a fin de buscar y hallar esposa para Isaac. *Eli-ezer* = «mi Dios es ayuda», resulta así un tipo implícito del Paráclito = «Ayudador» a quien se llama para que venga «al lado de» alguien (gr. *pará-kletós*) con el fin de cumplir una multitud de funciones expresadas en Juan 14:26; 15:26; 16:7-15. Abraham sería así figura del Padre; Isaac, del Hijo; Eliezer, del Espíritu Santo; y Rebeca, de la Iglesia.
- H) *Vestido*. En Lucas 24:49, Jesús resucitado ordena a sus discípulos que se queden en Jerusalén «hasta que seáis investidos –dice– de poder desde lo alto». Comparando este lugar con Hechos 1:4; 2:1, 4, se ve clara la alusión al Espíritu Santo. Por cierto, el verbo griego que Lucas usa para «investidos», *endúo*, es el mismo que Pablo usa cuando habla de *vestirse* del Señor Jesucristo (Ro. 13:14), de Cristo (Gá. 3:27) y del «nuevo hombre» (Ef. 4:24; Col. 3:10 –en este último lugar, la RV y muchas otras versiones dicen «revestido», quizás para mayor contraste con el «despojado» del v. 9).

Por consiguiente, el que es *investido* del Espíritu Santo es también *vestido* de Cristo, del mismo modo que los que somos exhortados a *andar en*

Cristo (Col. 2:6), somos urgidos también a *andar por* el Espíritu (Gá. 5:25). Pero son de notar dos diferencias muy importantes entre Colosenses 2:6 y Gálatas 5:25:

(a) El verbo griego es distinto: en Colosenses 2:6 es *peripatéin* = andar, caminar, pasearse; en Gá. 5:25 es *stojéin*, que literalmente significa «avanzar conjuntamente»; como suele decirse, «codo con codo».

(b) En Colosenses 2:6, lo de «*en él*» es un dativo de lugar con la preposición correspondiente (*en* –como en castellano), mientras que en Gálatas 5:25 es un dativo escueto, sin preposición, de los que yo llamo «instrumental objetivo», como el que las versiones traducen en Efesios 2:8 «*por gracia*», es decir, la *gracia-favor* es el medio *objetivo* con el que Dios salva, a diferencia de la *fe*, que es el medio *subjetivo* = «*mediante la fe*» que ejercita el sujeto que cree. Esas dos diferencias dan lugar a reflexiones devocionales que haré en las preguntas correspondientes a la presente lección.

- I) *Viento*. En el hebreo del A.T., la palabra *ruáj* puede significar «viento», «aliento» (respiración) o «espíritu», por lo que sólo el contexto puede inclinarnos a tomarlo en una u otra de las tres acepciones; pero, a veces, ni el mismo contexto lo indica con claridad. De ahí, la equivocada versión que del salmo 104, versículo 4 hicieron los LXX, aunque el sentido acomodado que resulta queda legitimado por el texto inspirado de Hebreos 1:7, tomado de los LXX.

En cambio, el griego del Nuevo Testamento distingue muy bien entre *pneúma* = espíritu, *pnoé* (de la misma raíz que *pneúma*) = aliento, y *ánemos* = viento. El vocablo *pneúma* ocurre 379 veces en el N.T. y *siempre* significa «espíritu» (divino, angélico o humano –en el caso de los ángeles, bueno o malo). *Pnoé* únicamente ocurre en Hch. 2:2 y 17:25. En el primer caso, se suele verter por «viento», y es la única vez en que aparece «asemejado» al Espíritu Santo, pues el texto dice: «... un estruendo *como* de un viento recio que soplabá», símbolo muy expresivo, ya que el viento es invisible en sí y, sin embargo, puede arrasarlo todo en un tornado, con mayor violencia que el agua y el fuego que son visibles y temibles. En el segundo caso (Hch. 17:25), la RV 1960 vierte correctamente «aliento», aunque la antigua versión traduce «respiración», quizá porque «aliento» podía considerarse como sinónimo de «ánimo». El vocablo *ánemos* ocurre 31 veces en el Nuevo Testamento y siempre significa «viento». Ello da a

entender que la versión de *pnéuma* por «viento» en Juan 3:8 es equivocada por cuatro razones:

- (a) Rompe el contexto, pues todo él se refiere al Espíritu Santo, no al viento.
- (b) Rompe la lógica, ya que la conclusión del versículo («así es todo el nacido del Espíritu» -lit.) no conecta con la agencia divina de tal nacimiento, el Espíritu Santo.
- (c) Rompe la morfología gramatical, ya que *pnéuma* no significa «viento» en ninguna de las otras 378 veces que ocurre en el N.T., mientras que para el vocablo «viento» el griego del N.T. dispone de su término exacto *ánemos*, el cual significa «viento» en cada una de las 31 veces que sale ese término en el N.T.
- (d) Rompe también la física, ya que el viento, aunque invisible, se sabe de dónde viene y adónde va; mojando un dedo con agua, o con saliva, y sintiendo en qué parte del dedo se nota un enfriamiento causado por el viento, el cual provoca una rápida evaporación, se sabe de qué parte de los puntos cardinales procede el viento y qué dirección toma.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 11

- 1ª pregunta** Recordará el lector que, en el punto 1, A) mencioné lo de la «piedrecita blanca» para ser usada en invitaciones a banquetes, etc., y puse como ejemplo bíblico Apocalipsis 2:17. Ese versículo insinúa lo de «comer» o «cenar» con el Señor, como en Apocalipsis 3:20, que tan mal suele entenderse, como si ahí se tratase de una invitación a la «conversión», cuando la invitación es claramente a la «comunión». Podemos, pues, imaginarnos que el Señor parte por la mitad la piedrecita y nos da una mitad en la que está escrito Su nombre (ver Ap. 2:17b, comp. con Ap. 3:12b). ¿No le parece, amigo lector, que es un altísimo privilegio el que el Señor Jesús nos invite personalmente, individualmente, no diluido en un grupo, a cada uno de nosotros? ¿Y no es cierto que el corazón se nos pone inmensamente alegre y agradecido cuando vemos que el Señor nos da la mitad de la piedrecita en la que está escrito su propio Nombre adorable? ¿Y no nos alegra todavía más saber que Él guarda celosamente la otra mitad de la piedrecita en la que está escrito el nombre de cada uno de nosotros? ¡Pensemos más y más en las cosas de arriba! (Col. 3:1-3).
- 2ª pregunta** Pasando ahora al punto 2, (A), quiero llamar la atención del lector al hecho de que el *aceite* es el líquido con mayor capacidad de penetración. Siendo el aceite el símbolo fundamental del Espíritu Santo, a mí me hace pensar en la penetración de su actividad santificadora y purificadora hasta lo profundo de nuestro ser entero (espíritu, alma y cuerpo). ¿Nos dejamos penetrar por Él o le resistimos, causándole tristeza? (Ef. 4:30). Aquí hay espacio para una profunda reflexión.
- 3ª pregunta** En el mismo punto 2, E), si recuerda las notas de la *Biblia de Estudio Ryrie* a Génesis 8:7 y 8:8-9, ¿no le parece que el agudo contraste entre el proceder del cuervo y el de la paloma nos invita a reflexionar seriamente sobre el grado en que cada uno de nosotros imita al uno o a la otra? ¿Hay en nosotros alguna falta de escrúpulos en «embarrarnos» en suciedades inmorales? ¿No nos incita el contraste a imitar la limpieza de la paloma? Si tomamos el lodo del Diluvio como figura del mundo, y el Arca

de Noé como figura de la congregación de los salvos, ¿no sería tristísimo que pudiera en nosotros la atracción del mundo más que la comunión íntima con el Señor y con los Suyos?

- 4^a *pregunta* Viniendo ahora a 2, H), ¿qué piensa de Colosenses 2:6 en cuanto a «*andar en Cristo*»? ¿Le parece que es sinónimo de «*estar en Cristo*» (Ro. 8:1)? En el mismo versículo hallará la pista para saber si el Apóstol habla en Colosenses 2:6 de la justificación o de la santificación. ¿Puede usted decir cuál es esa «pista» y a cuál de las etapas de la salvación se refiere ahí Pablo?
- 5^a *pregunta* Refiriéndome de nuevo a Colosenses 2:6, pero ahora acerca del verbo «*andad*» en contraste con el «*andemos*» de Gálatas 5:25, que en griego es un verbo diferente (los dos están en presente –continuativo– de imperativo), ¿qué le dice ese «*avanzad conjuntamente*» de Gálatas? Yo me imagino ese avance «codo con codo» algo parecido a la famosa falange macedónica que fue el instrumento de las victorias de Alejandro Magno: Avanzaban todos, cada uno en su fila, estrechamente unidos, protegidos con sus grandes escudos, con las lanzas en ristre, de cara al enemigo, llevando consigo el cuerpo de saeteros bien amaestrados para acertar en el blanco; ¿es así como avanza la congregación de usted, y usted dentro de ella, sin dejar resquicio por donde penetren los dardos encendidos del Maligno (Ef. 6:16)?
- 6^a *pregunta* Volviendo de nuevo a Colosenses 2:6 en contraste con Gálatas 5:25, pero ahora con referencia a la diferencia de composición sintáctica, ¿qué ideas y sentimientos suscitan en usted el dativo de lugar de Colosenses 2:6, por una parte, y el dativo instrumental objetivo de Gálatas 5:25, por otra? Yo mismo he comparado este último, en el texto, con Efesios 2:8, para ver la fuerza de ese dativo escueto; para el primero (Gá. 5:25), ¿halla usted alguna pista comparándolo con los dos «en» que aparecen en Ro. 6:5? Si sabe griego, no debe desconcertarle el dativo escueto «*homoiómati*», pues eso se debe a la implícita preposición «*sun*» que forma parte del vocablo anterior (*súmphutoi*).
- 7^a *pregunta* Todavía una pregunta más sobre 2, H), en cuanto al «vestirse de Cristo» (Gá. 3:27). Yo encuentro muy útil devocionalmente la comparación con el soldado el día en que se viste el uniforme de militar. Desde que lo llaman a filas es «soldado», pero cuando se pone el uniforme, *manifiesta*

sin palabras a todos que está al servicio del rey y para defensa de la patria. De manera parecida, el creyente, con haber recibido a Cristo, por fe, ya es salvo; pero, cuando baja a las aguas del bautismo, da público testimonio de que fue Cristo quien le salvó de la condenación y de que quiere seguir al Señor en la nueva vida de resurrección con el Señor. ¿Se había detenido usted a reflexionar sobre el hecho mismo espiritual? ¿Qué le parece de la comparación?

- 8ª *pregunta* Llegando ya al último símbolo del Espíritu Santo, punto 2, I), he mencionado en el texto el hecho, bastante frecuente, del tornado que puede arrasarlo todo con la mayor violencia. La diferencia entre el tornado y la actividad «arrasadora» del Espíritu Santo, patente en un genuino «avivamiento», está en que el tornado produce daños inmensos, a veces irreparables, con pérdida de vidas humanas, etc., mientras que el «tornado» del Espíritu Santo arrasa para consumir la escoria de la carnalidad, la rutina de oraciones de labios para afuera, la apatía de congregaciones que dormitan sin percatarse de las muchas personas que se quedan sin conocer el Evangelio, debido a que la mayoría de los que se llaman cristianos están descuidando el mandato del maestro de serle «testigos... hasta lo último de la tierra» (Hch. 1:8). Desde luego, el avivamiento no lo podemos hacer por nuestra propia iniciativa; es algo que depende de la libre y soberana iniciativa de Dios. Pero sí podemos hacer dos cosas con las que Dios suele responder con su «tornado»: Una oración personal, pero –sobre todo– comunitaria, en la que las palabras, o los gemidos, «respiran sangre del corazón», como alguien ha dicho atinadamente. La otra cosa que podemos –y debemos, hacer es humillarnos hasta el polvo delante del Señor y de la congregación, confesar que no merecemos ninguna bendición del Cielo, sentirnos realmente convictos de pecado por el Espíritu, por la parte de mundanidad que arrastramos (ver Jn. 16:8-9), y no ceder en nuestra actitud orante y contrita hasta que el milagro se produzca. Habríamos de gritar, como Isaías en 64:1-2:

«¡Oh, si rasgaras los cielos y descendieras, si los montes se estremecieran ante tu presencia

»(como el fuego enciende el matorral, como el fuego hace hervir el agua), para dar a conocer tu nombre a tus adversarios, para que ante tu presencia tiemblen las naciones!» (B. de las Américas –vers. lit.).

LECCIÓN 12

El Espíritu Santo en la santificación

I. INTRODUCCIÓN

Llegamos ahora a la segunda etapa de la salvación, es decir, a la santificación del creyente. Ya sabemos lo suficiente para distinguir entre las características de ambas, pero las voy a resumir para refrescar la memoria:

- A) La justificación implica una *posición legal*; la santificación, una *condición interior*.
- B) La justificación se produce de una vez por todas; la santificación es un proceso continuo que sólo acaba al morir.
- C) La justificación es, en su primer momento, obra sólo de la libre iniciativa divina, por la que el inconverso es capacitado para recibir la gracia de la salvación, aunque también puede resistir a esa gracia –según el esquema amiraldiano que defiende–. Según los calvinistas *supra* y *sublapsarios*, el inconverso a quien no se otorga dicha gracia no puede salir de su estado de condenación. En cuanto a la santificación, tanto calvinistas como *armorianos* están de acuerdo en que el creyente puede, y debe, cooperar a la gracia de Dios, pero el creyente carnal deja con frecuencia de cooperar.

1. Definición

Grudem (o.c., pág. 746) define la santificación del modo siguiente: *Es una obra progresiva de Dios y del hombre, la cual nos hace cada vez más libres*

del pecado y más parecidos a Cristo en nuestra vida actual. Como se ve, esta definición de Grudem pone de relieve la cooperación humana, al hablar de «obra progresiva de Dios y del hombre», pero no está de más advertir que, de parte del hombre, comporta una *docilidad* al Espíritu Santo más que un esfuerzo por santificarse.

2. Tres etapas de la santificación

La santificación, que es la segunda etapa de la salvación, comprende a su vez tres subetapas: A) Comienza en la regeneración; B) Progresa durante toda la vida terrenal; y C) Termina al morir o al regreso del Señor.

- A) En el momento de la *regeneración*, se verifica el comienzo de un cambio moral, psicológico y espiritual en el interior de la persona. En Tito 3:5, Pablo habla del «lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo» y Juan nos dice (1 Jn. 3:9) que «Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él». Podemos decir que, en un primer momento, la regeneración y la santificación se solapan, por lo que Pablo dice en 1 Corintios 6:11: «... mas ya habéis sido lavados, *ya habéis sido santificados*, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios». Ya he dicho en otro lugar que esta «renovación» no implica una nueva entidad física añadida a nuestro espíritu humano, sino una «reorientación» radical de nuestras facultades superiores, intelecto, sentimiento y voluntad, de modo que se muevan de forma alocéntrica, en lugar de la forma egocéntrica en que se movían anteriormente. Romanos 6:17-18 describe perfectamente este cambio de dirección.
- B) El Nuevo Testamento describe igualmente la santificación como un *proceso* que continúa durante toda nuestra vida terrenal, y este es el sentido primordial de «santificación». Por eso, Pablo tiene interés en advertir a los creyentes de Roma que, aunque deben considerarse «muertos al pecado y vivos para Dios» (Ro. 6:11), debido al poder del pecado que puede *ser desactivado, pero no destruido* (Ro. 6:6 -lector, corrija el «destruido» de su Biblia, si es que no lo había hecho ya), hay que estar siempre alerta arma en mano: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias...» (Ro. 6:12 y ss.). Cuando la gracia de Dios no halla obstáculo en el corazón del creyente,

«vamos siendo transformados en la misma imagen, como por el Espíritu, el Señor» (2 Co. 3:18 –vers. lit.). Como pasajes suplementarios, conviene leer y estudiar Filipenses 3:9-14; Colosenses 3:10; Hebreos 12:1; Santiago 1:22 y 1 Pedro 1:15. Especial importancia reviste Hebreos 12:14, donde leemos: «Seguid (lit. perseguid) la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». Cada palabra tiene su particular relevancia:

(a) «Perseguid», es decir, «haced todo esfuerzo posible por alcanzar», como persigue un galgo a una liebre; pero aquí, con mejor intención.

(b) «la paz», no sólo la ausencia de «guerra», de rencillas, envidias, malentendidos, etc., sino algo más positivo: el trato apacible y afectuoso, manso y humilde, paciente y comprensivo, etc.

(c) «con todos», no sólo con los que «me caen simpáticos», los que congenian conmigo y están de acuerdo con mis puntos de vista, sino *con todos*, con los «semejantes» y con los «diferentes».

(d) «y la santidad»; propiamente, la «santificación» (gr. *hagiasmón*), esto es, la separación de lo pecaminoso, de lo mundano, de lo «contaminante», de todo lo que impide una comunión más estrecha con el Señor.

(e) «sin la cual». La preposición griega no es aquí *áneu* = ausencia de compañía, sino *jorís* = ausencia de unión (es la misma de Jn. 15:5). Como diciendo: «Quien no la lleva dentro, actuando en él...».

(f) «nadie» (gr. *oudéis*, el masculino del neutro *oudén* en Ro. 8:1). Así como «ninguna condenación (ni mucha ni poca) hay para los que están en Cristo Jesús», así también «nadie (ni pocos ni uno solo) verá al Señor si no está revestido de santidad.»

(g) «verá», es decir –según el sentido del verbo gr. *ópsomai*, como vemos en Mateo 5:8; Apocalipsis 22:4–, «gozará del favor y del trato íntimo de Dios».

(h) «al Señor». Teniendo en cuenta que la epístola va dirigida a hebreos, *el Señor* ha de ser «Dios» en su atributo de «soberanía»; por lo que los que han vertido el N.T. del griego al hebreo, lo han traducido por *haadón* (la forma abreviada de «Adonay», precedida del artículo *ha*).

C) Finalmente, la santificación se acaba y completa en el momento de morir. Eso, en lo que concierne al espíritu y al alma de la persona. Los que no hayan muerto cuando el Señor vuelva por los Suyos, tendrán la santificación completa, incluso en cuanto al cuerpo, con lo que la santificación final se solapará con la glorificación inicial. Esta es la «redención de nuestro cuerpo» de la que Pablo habla en Romanos 8:23, ya que *también*

el cuerpo es parte integrante de nuestra persona (véase Gn. 2:7; Ec. 12:7; 1 Co. 15:23, 49; 2 Co. 7:1; Fil. 3:21; 1 Ts. 5:23).

Así que nuestra santificación nunca puede ser perfecta en esta vida (ver Ro. 6:12-13; 1 Jn. 1:8). Lo mismo hallamos en el A.T. (ver 1 R. 8:46; Pr. 20:9; Ec. 7:20). No estamos, pues, de acuerdo con los wesleyanos, que afirman la posibilidad de alcanzar la perfección espiritual en esta vida. Más de una vez he comentado la reacción de Isaías (Is. 6:5) cuando contempló la santidad infinita de Dios en el templo. Y Santiago (Jacob en hebreo) se incluye a sí mismo cuando dice en Santiago 3:2: «todos tropezamos en muchas cosas» (vers. lit.). De modo que, cuando leemos de «ser perfectos», como en Mateo 5:48; Filipenses 3:15; Hebreos 5:14; Santiago 3:2b (a continuación del «todos tropezamos...»), es necesario interpretarlo como «maduros» -lo cual es obvio cuando se comparan en Filipenses 3, los versículos 12 y 15.

En lo que se refiere a los vocablos con que el hebreo del A.T. y el griego del N.T. expresan los distintos aspectos de la santidad, no voy a repetir lo que ya escribí en la Parte I del CURSO (DIOS CREADOR), lección 14, punto 2. Léalo el lector allí.

3. *Los dos aspectos de la santificación progresiva*

La santificación progresiva, es decir, en la segunda de las etapas que acabamos de estudiar, presenta dos aspectos: (A) La mortificación del «hombre viejo»; (B) El reavivamiento del «hombre nuevo».

A) La mortificación, bien entendida en su sentido bíblico, es un proceso de (a) purificación; (b) integración.

(a) La *purificación* es consecuencia de nuestro nuevo nacimiento a una vida que es «comunidad con la divina naturaleza» (2 P. 1:4). Juan (1 Jn. 3:3) nos dice que «todo aquel que tiene esta esperanza en él (el que se manifestará al final = Cristo en su segunda Venida), *se purifica a sí mismo, así como él es puro*». «Puro» viene del gr. *pur* = fuego, porque así como el fuego purifica los metales haciendo que se desprendan de la escoria, así también el fuego del Espíritu Santo consume en nosotros todo aquello con que, por nuestra concupiscencia interior o por ceder al mundo, al demonio o a la carne, nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo se

han contaminado. La purificación es descrita en términos muy expresivos en Romanos 8:13: «... mas si por (el) Espíritu (gr. *pnéumati* = con el Espíritu como el medio para obtener el efecto –dativo escueto– (vais dando muerte a las prácticas de la carne, continuaréis viviendo» (literal). Hace notar Grudem (o.c., pág. 754) que Pablo no dice que sea el Espíritu quien va dando muerte a las prácticas de la carne, sino «si por el Espíritu *vais* (¡vosotros!) dando muerte...». «Dar muerte a las prácticas de la carne» equivale a «apartarse más y más de las cosas que la carne desea» y respecto a las cuales dice Pablo (Gá. 5:24) que «los que son de Cristo *han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*».

(b) La *integración* es una consecuencia de la *purificación*, ya que, en la medida en que alguien es *más puro*, es *más él mismo*, pues está más separado de todo lo que daña a la «sinceridad» de su *ser* y de su *obrar*. Nuestros primeros padres estuvieron «integrados» antes de contravenir el mandamiento de Dios de Génesis 2:17. Precisamente por querer «enterrarse» (= integrarse) del bien y del mal contra la voluntad de Dios, lo que obtuvieron no fue una mayor integración, sino una total «desintegración», sobreviniéndoles una triple *alienación* (= enajenación), como puede verse por Génesis 3:6-13. Quedaron alienados: 1) de sí mismos: «¿Dónde estás tú?... tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí» (vv. 9-10); 2) de Dios: «¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del que yo te mandé que no comieses?» (v. 11); 3) el uno del otro: «La mujer que *me diste* por compañera me dio del árbol» (v. 12), como diciendo: «Ella tiene la culpa, y tú también por habérmela dado». Adán habla ahora de muy diferente manera que en Génesis 2:23. Y la mujer echa la culpa a la serpiente (v. 13). Los dos *se excusan*, en lugar de *acusarse* y, además, *acusan a otro*; ¡TOTAL ALIENACIÓN! ¿Y cómo llamamos a un enajenado? «Está fuera de sí». Por eso, el proceso de *reintegración* comienza con «volver en sí», como puede verse en Lucas 15:17: «Y vuelto en sí...»; luego, hasta entonces, «estaba fuera de sí». Si se analiza bien Lucas 15:17-20, se advierte que ese proceso de reintegración comienza por la zona *mental* (cambio de mentalidad) en el versículo 17; sigue por la zona *emocional* (v. 18) y se completa en la zona *volicional* (v. 20). Muchos pecadores dan los dos primeros pasos, pero no el tercero, que es el decisivo. Por eso dice un proverbio vulgar: «El Infierno está empedrado de buenas intenciones». Espero que el amigo lector no llegue a tener una de esas «piedras».

B) Paso ahora al otro aspecto de la santificación progresiva, es decir, al reavivamiento del «hombre nuevo». Dicho *reavivamiento* comporta el ejercicio de la nueva vida en una dirección positiva; ya no es una «separación», sino un «acercamiento» progresivo al Maestro, hasta *seguir sus huellas muy de cerca*, como indica el original de 1 Pedro 2:21. Y es precisamente Pedro, el «convertido» (v. Lc. 22:32) el que confirma aquí a sus hermanos, el mismo que *renegó de Cristo*, por seguirle de lejos (ver Lucas 22:54-60). Pero, al menos, el amor a Cristo, avivado por la mirada del Señor y el canto del gallo, le llevó a un sincero arrepentimiento (vv. 61 y 62). ¡Que nadie sea temerario poniéndose en la ocasión, como Pedro! ¡Que nadie desmaye, si se arrepiente sinceramente, como Pedro! Sólo queda indicar en este punto que el reavivamiento se produce, no por el propio esfuerzo, sino «por el Espíritu», quien fortifica nuestro espíritu, tomando el control de todas nuestras facultades (v. Ro. 8:1, 14). La santificación es algo así como entregar al Espíritu Santo todas las llaves de nuestro corazón, para que tome posesión de sus aposentos, ¡que pueden ser muchos! Uno, dedicado a la esposa; otro, a los hijos; otro, al negocio; otro, al ministerio de la palabra; otro, a los miembros de la congregación; otro, a los amigos que no son creyentes; otro, o muchos, a entretenimientos: televisión, deporte, cultura secular, etc., etc. *No es malo tener muchos aposentos; lo malo es que los que son de nivel inferior ocupen mayor lugar que los de nivel superior*. Cuando Cristo enseñó que «Si alguno viene a mí y *no aborrece* a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:26), no dio a entender (lo mismo ocurre en Ro. 9:13) que se les debe *odiar*, sino que él, Jesús, ha de tener siempre la «preferencia». Comentando este punto dicen Bover-O'Callaghan, redactores del *NUEVO TESTAMENTO TRILINGÜE*:

«¿Qué alcance tiene esa *renuncia* (la del v. 33) que parece efectiva y que no se refiere a un grupo selecto, sino a todos los cristianos? El problema que corre por todo el evangelio, especialmente por el de Lucas, creemos que se puede y se debe resolver a base del montaje de pensamiento semítico subyacente en el cual lo que de hecho se afirma es el «amor preferencial» por Jesús o por el reino» (el destacado es de ellos).

Si aquí hemos visto la necesidad de mantener clara nuestra «escala de valores», también necesitamos tener nuestra «escala de valores» en la necesaria *separación* de todo lo que contradice a nuestra condición de seguidores de Cristo. Copio de mi libro *Espiritualidad Trinitaria* (CLIE) lo siguiente:

«En cuanto a *de qué* hemos de separarnos, dice Thieme: “La separación es PARA Dios. La genuina separación es el resultado de la espiritualidad... nunca el medio”. El mismo autor menciona lo que él llama “los cinco grandes” (tabúes): no fumar, no beber, no jugar a los naipes, no bailar y no ir al cine. Éstos no son *medios*, sino que deben ser el *resultado* de una genuina espiritualidad. Si se convierten en fines, sólo sirven para producir orgullo espiritual, que es el más temible de los orgullos (el “soy más santo que tú”, de Is. 65:5)» (o.c., pág. 214. Recomendando al lector la lectura de las páginas 212-215 de mi *ESPIRITUALIDAD TRINITARIA*).

Antes de pasar al punto siguiente, sólo me resta hacer notar, en cuanto al aspecto de *purificación* que la santificación comporta, que esa purificación, siempre llevada a cabo bajo la acción del Espíritu Santo, puede ser, en muchos casos, una medida *disciplinaria* de nuestro Padre (v. He. 12:6-11) que, al ejercitarnos en ella, no se propone «fastidiarnos», sino *dar fruto apacible de justicia* (el lector hallará más sobre esto en la lección 13 de la Parte I del CURSO (DIOS CREADOR), al tratar del problema del mal).

4. Los medios de santificación

Resumo aquí lo que escribí en *Doctrinas de la Gracia*, páginas 131-134. Voy a omitir aquí al Espíritu Santo, ya que es un «medio» *transcendente*, y la fe, como medio subjetivo primordial. Me ceñiré a los medios objetivos que sustentan, aquilatan y aumentan la fe y nos hacen más receptivos a la gracia. Dichos medios son los siguientes:

- A) *La Palabra de Dios*. Cuando las *Sagradas Letras* (2 Ti. 3:15, lit.) son vivificadas, interpretadas y aplicadas a una persona por el Espíritu Santo, resultan el medio primordial de santificación y equipamiento (véase 2 Ti. 3:16-17, así como Sal. 119:1, 9, 98, 104-105; 1 P. 1:22; 2:2; 2 P. 1:4, 19).
- B) *Las Ordenanzas* son también *medios especiales* de gracia, aunque no son medios de una *gracia especial*. Son símbolos ordenados por el Señor y

como «lecciones-objeto» o «palabras en acción», que contienen una vívida representación de las verdades centrales de nuestra fe cristiana.

- C) *La Providencia* que Dios tiene de sus elegidos, tanto en lo próspero como en lo adverso, es también un gran medio de santificación. Esa Providencia alcanza a todos los aspectos y detalles de nuestra vida: Nuestros genes, la educación (buena o mala) que hemos recibido, la carrera secular, o religiosa, que hemos cursado, la esposa que hemos tomado, los hijos que Dios nos ha concedido, los problemas que hemos afrontado, los gozos y los sufrimientos, etc. *Todo* ha sido ordenado, o reordenado (v. Gn. 50:20: «Dios lo desvió a bien...» -lit.) por Dios mismo.
- D) *La Comunión* con los hermanos en la fe es también un poderoso medio de santificación. Es cierto que algunos hermanos o hermanas, en vez de «ayuda» pueden ser «estorbo», pero Dios es poderoso para «ayudarnos» incluso por medio de los «estorbos», y capacitarnos para ser «ayuda» también a los «estorbos» (ver Gá. 6:1).
- E) *La Oración* es un medio principal de santificación; por algo se la ha llamado «la respiración del alma», pues consiste esencialmente en ponernos en perfecta sintonía con la voluntad omnipotente de Dios. El Espíritu Santo nos enseña a orar como conviene, según la voluntad de Dios (Ro. 8:26-27).

Cuando estos medios se descuidan o abandonan, el tono general de la vida cristiana decae, y la santificación sufre retrasos y retrocesos.

5. Historia del concepto de santificación

- A) Es asombrosa la rapidez con que las desviaciones penetraron ya en la Iglesia oficial en los siglos II y III de nuestra era. Primero fue el «moralismo» de base bíblica distorsionada, patente en los escritores eclesiásticos llamados «Santos Padres».
- B) Llegó luego el «sacramentalismo». Se pensó que el bautismo de agua limpiaba de los pecados pasados, y que los pecados del ya «regenerado» debían expiarse a fuerza de penitencias corporales y buenas obras.
- C) Con base estoica o platónica, entró también pronto el «asceticismo». La vida monástica fue considerada «estado de perfección», por su mayor oportunidad de consagración total a Dios. La virginidad fue tenida por muy superior al estado matrimonial.

- D) Pero fue durante la Edad Media cuando las desviaciones alcanzaron su mayor auge, al penetrar el concepto de gracia como *cualidad infusa justificante*, con lo que la justificación quedó confundida con la santificación. También la fe perdió su noción bíblica de *entrega cordial*, pasando a ser, esencialmente, *asenso intelectual*. La purificación se vio mezclada con la penitencia sacramental, las penitencias impuestas por el propio sujeto y, finalmente, la creencia en el Purgatorio y en la eficacia de las «indulgencias» con las que el poder papal llegó a su cima.
- E) La Reforma restableció los conceptos bíblicos de fe, gracia, justificación y santificación, aun cuando los Reformadores mantenían distintos puntos de vista acerca de muchos detalles.
- F) Uno de los pseudoproductos de la Reforma fue el *pietismo*, de muy diverso talante, pues, junto a ciertos grupos claramente de base bíblica y espíritu misionero, surgieron también otros de claro *asceticismo*, sin faltar los extravagantes y visionarios que siempre pululan junto a la religión.
- G) Una forma especial de pietismo es el *metodismo*, especialmente en la vertiente wesleyana con su *perfeccionismo*, según el cual el creyente espiritual puede llegar a evitar todo pecado en esta vida, aunque tenga sus «defectos».
- H) El grupo extremista de mayor avance y «garra» en el presente siglo es el de los «carismáticos», especialmente los «pentecostales» con su énfasis en los dones del Espíritu Santo que se enumeran en 1 Corintios 12 (también en Ro. 14), ocupando lugar principal entre los dones el de «hablar en lenguas», siguiéndole en importancia el de «curaciones». Los he visto «muchas veces y de muchas maneras».

6. Diferencia entre madurez y espiritualidad

Resumo aquí lo escrito en *Espiritualidad Trinitaria*, 3ª parte, capítulo 1.

- A) *La madurez* tiene que ver con el *tiempo* y la experiencia. Un creyente puede ser *carnal* y, sin embargo, tener la experiencia suficiente para saber de memoria numerosos pasajes de las Escrituras, solucionar casos de interpretación y dictaminar sobre situaciones prácticas de conducta. El pasaje donde mejor se describe la madurez es Hebreos 5:11-14:

«Acerca de lo cual, tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, puesto que os habéis hecho tardos para oír.

»Porque, debiendo ser ya *maestros, después de tanto tiempo*, otra vez tenéis necesidad de que se os enseñe cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a tener necesidad de leche, y no de alimento sólido.

»Pues (lit.) todo aquel que participa de la leche es *inexperto* en la *palabra de justicia*, porque es un niño;

»pero el *alimento sólido* es para los que han alcanzado la *madurez*, para los que, *por razón de la costumbre*, tienen los sentidos *ejercitados* en el *discernimiento* del bien y del mal».

Aquí tenemos todas las características de la *madurez*: maestría, tiempo, experiencia, buen conocimiento de la palabra de justicia, vianda sólida, costumbre, ejercicio y discernimiento. Hay, pues, un *hábito*, una especie de «capitalización», que permite al creyente abundancia de información y seguridad en sus criterios acerca de lo que es bueno o malo en la práctica. Puede darse la paradoja de que estas personas pueden aconsejar bien a otras acerca de lo «espiritual», sin que ellas mismas sean «espirituales».

B) *La espiritualidad* tiene que ver con la *dedicación* a Dios y la *docilidad* a la conducción del Espíritu Santo. Un creyente puede ser *inmaduro* por llevar poco tiempo de convertido y, sin embargo, ser espiritual por haberse consagrado al Señor desde el primer momento. Esta persona tendrá que pedir consejo a otros en muchas ocasiones por su falta de maestría en la palabra de justicia. Son varios los pasajes que nos describen la espiritualidad; están en forma de imperativos como para exhortar al creyente a una mayor espiritualidad. Escojo dos:

(a) *Romanos 12:1-2* (traduzco del original):

«Así que, hermanos, os exhorto por las compasiones de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto *espiritual*.

»No os adaptéis al estilo de vida de este siglo, sino id siendo *transformados* por medio de la renovación de vuestra mente, con el fin de *comprobar* qué es lo que Dios quiere: lo bueno, lo agradable, lo perfecto».

(b) *Efesios 5:18* (vers. lit.):

«No os embriaguéis con vino, en lo cual hay perdición (gr. *asotía*; comp. con el *asótos* = «perdidamente» de Lc. 15:13), sino id siendo *llenos* con el *Espíritu*».

Ambos lugares tienen en común tres rasgos gramaticales muy significativos: 1) Los verbos «transformar» y «llenar» están en *presente continuo*, lo que indica la «continuidad del proceso»; 2) están en *imperativo*, indicando que no se trata de una opción personal, sino de un mandato de Dios; 3) están en voz *pasiva*, indicando que la cooperación del creyente es una *docilidad* a la acción del Espíritu Santo. No hay aquí «capitalización» posible. Lo único que entra en juego es la constante *disponibilidad* en las manos del Espíritu Santo, pues no somos máquinas, sino agentes libres y responsables.

En el segundo de dichos textos (Ef. 5:18) se advierte, además, el contraste con la *carnalidad* del que prefiere la embriaguez con vino, antes que la «sobria ebriedad» *con el Espíritu*. Pero ésta del vino es sólo una de tantas especies de «carnalidad». Hay dos lugares en 1 Corintios 1:11-13 y 3:1-4, en los que se describe explícitamente otra clase de *carnalidad* y, por cierto, mucho más peligrosa. Los expongo a continuación:

(a') *1 Corintios 1:11-13*:

«Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas.

»Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo.

»¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?»

Aunque Pablo no menciona en esta porción la *carnalidad* de estos corintios, está explícita en el lugar paralelo que pongo a continuación:

(b') *1 Corintios 3:1-4*:

»De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a *carnales* (gr. *sarkínois* = “de carne”, “débiles”), como a niños pequeños en Cristo (*inmaduros*).

»Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía,

»porque aún sois *carneles* (gr.*sarkikoi*, el vocablo que expresa propiamente la *carnalidad*); pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois *carneles* (de nuevo, el gr. *sarkikoi*), y andáis como hombres (esto es, personas del mundo)?

»Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois hombres (lit.)?»

Comentando los versículos 3 y 4, digo en el volumen correspondiente del M. Henry:

«Ahora usa un adjetivo distinto: *sarkikós*, carnal; con él se expresa el aspecto de *pecaminosidad*, por proceder *al modo de los hombres* no regenerados. La frase final del versículo 4 dice literalmente: “¿No sois *hombres*?”, que, comparado con el versículo 3b, significa comportarse a la manera de los que son meramente hombres, no regenerados. ¿En qué se conoce este “modo humano” de comportarse? Lo dice expresamente el apóstol al volver (v. 4) a mencionar las divisiones en torno a personalidades, que ya había mencionado en 1:11-13. Formar partidos en torno a líderes es propio de los políticos (en su condición de ciudadanos de este mundo) no de los creyentes, quienes han de aspirar a la unidad del Espíritu dentro de la Iglesia. *Andar como los demás hombres* es una prueba evidente de carnalidad pecaminosa, no sólo de debilidad. ¿No tenían el Espíritu? ¿Por qué andaban según la carne?»

7. La buenas obras del creyente

Hablando de la salvación en el pasaje clásico de Ef. 2:8-10, dice Pablo hacia el final de la porción (v. 10): «Porque somos hechura suya (de Dios -v. 8b), creados en Cristo Jesús *para buenas obras...*»

El apóstol ha dicho que somos salvos «no *por* obras» (v. 9); no hay obras de ninguna clase por cuyo medio pueda obtenerse la salvación, que «*es don* de Dios» (v. 8); pero, una vez regenerado, el creyente tiene que manifestar por medio de buenas obras el cambio que se ha efectuado en él. Al decir «creados» Pablo da a entender que nuestra condición espiritual arranca de la «nada» de nuestra condición anterior: las buenas obras son efectuadas por el creyente, pero su base está en la gracia de Dios que da la capacidad para llevarlas a la práctica y en la operación del Espíritu Santo que les presta su recta dirección y su motivo

más noble. En un versículo que contiene lo que yo llamo «las vitaminas espirituales» (Fil. 4:8), dice Pablo a los fieles de Filipos: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo (gr. *dikaia*), todo lo puro (gr. *hagná*), todo lo amable (lo digno de ser amado), todo lo que es de buen nombre (lit. digno de elogio –gr. *eúphema*); si hay virtud (gr. *areté*, el mismo vocablo de 2 P. 1:5, con el sentido de algo que requiere “fortaleza espiritual”) alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad».

Merece la pena analizar en detalle este versículo, no sólo por lo que tiene de alimento espiritual, sino también porque en él nos ofrece Pablo una estu-penda lección de psicología.

Se ha dicho con bastante razón que «somos lo que comemos». Si esto ya se cumple en alguna medida a nivel fisiológico, ya que la condición de nuestro organismo refleja la dieta alimenticia con la que nos nutrimos, mucho más se cumple a nivel mental y espiritual. «En esto pensad», dice Pablo al final del versículo; como diciendo: «Hermanos, nutríos de eso». «Pensar en algo» es de tal importancia psicológica que, quien concentra su pensamiento en una cosa o en una persona, va ingiriendo tal cantidad de aquello en que piensa continuamente, que al fin termina por identificarse con ello. No hay más que ver al hombre de negocios, al enamorado, al deportista, etc., al creyente realmente *espiritual*, para percatarse de ello. *Configura todo el carácter de la persona.*

Por medio de los paréntesis que he intercalado en el texto del versículo, el lector entenderá fácilmente a qué clase de «vitamina» me refiero detrás de cada epíteto paulino, mas, para no alargar demasiado esta lección, ya de suyo larga, me ceñiré a los dos principales: «justo» y «puro», acerca de los cuales dice Stephen Olford, en la hoja correspondiente al día de ayer (30-7-97) en mi calendario de pared (traduzco del inglés):

«Aquí se nos confronta con dos palabras que significan literalmente justicia y santidad. Los patrones (ingl. *standards*) de Dios no son relativos, sino absolutos. La conformidad con el patrón de Su ley produce en nosotros justicia. La conformidad con el patrón de Su vida produce en nosotros santidad».

El lector hallará más información sobre este punto de las buenas obras en la lección 24 de mi libro *Doctrinas de la Gracia*.

8. La motivación

En cada acto moral, se realiza la persona entera; no es el cerebro *quien* piensa, ni la boca *quien* habla, ni la mano *la que* ofrenda el diezmo ni el pie *el que* corre presto en ayuda del hermano que ha caído al suelo, sino el «yo» que constituye nuestra personalidad.

En efecto, el *acto* moral se realiza dentro de una *intención*, surgiendo, de ordinario de una *actitud* que, a su vez, es el resultado de una *decisión radical* que yo llamo *opción fundamental* (ver Ro. 2:6-11). Es esta decisión radical la que marca el *destino* de una persona.

Motivo, como lo indica su etimología, es «lo que mueve» a una persona a obrar en un sentido determinado. El motivo adquiere su fuerza de un *valor*, real o imaginario, que el agente estima como un *bien* último o como un *medio* adecuado para obtener ese bien último o un bien intermedio que será, sin poder proceder hasta lo infinito, *medio para el bien último*.

Si analizamos la génesis del acto moral, notaremos que debe su caudal a numerosos afluentes:

- A) El *objeto* al que tiende el acto moral es como la *materia sustantiva* de la que se nutre. No existe ningún objeto creado intrínsecamente malo; si lo hubiese, su «maldad» rebotaría sobre el Creador. Pero su *uso* puede ser malo:
 - (a) por estar *prohibido*;
 - (b) por ser *peligroso*, dada la condición actual del corazón humano (ver Jer. 17:9).
 - (c) por alguna *circunstancia*;
 - (d) por un mal *motivo*;
 - (e) por desatender las malas *consecuencias* previsibles.
- B) La *calidad* del acto moral es como la *forma*, de la que depende el que dicho acto sea o no *conducente a la vida eterna*. Esta *calidad* siempre se da en concreto. En otras palabras, no hay actos «indiferentes», pues en todos hay una intención actual o virtual hacia el objeto que les da el color moral. Cuando esa «calidad» es simplemente «buena» en el plano natural, el acto es *moral*, pero no conduce a la vida eterna porque no es *sobrenatural*, no es producido bajo la acción del Espíritu Santo. Para ver la importancia de la intención, véanse 1 Corintios 10:30-31; Colosenses 3:17; 1 Timoteo 4:3-5.

- C) De parte del sujeto, *el motivo imprescindible que da valor a los demás motivos es el amor* (gr. *agápe* –ver 1 Co. 13:1-7, 13; el mismo vocablo de Jn. 3:16 y 1 Jn. 3:1). Sin amor, «nada somos»; con el verdadero amor, generoso, altruista, siempre somos «algo».
- D) Las circunstancias juegan un papel muy importante en la *coloración* del acto moral. El acto moral nunca surge «químicamente puro», para usar una metáfora útil. Son muchos los ingredientes que aumentan o disminuyen la densidad psicológica y el valor moral de la acción. Sólo Dios conoce el fondo de todo eso y sólo él puede juzgar con verdad y justicia la responsabilidad y el grado de culpabilidad. Voy a enumerar los que de momento recuerdo:
- (a) Los *genes* que nos proporcionan una «herencia» (fausta o infausta) de nuestros padres y antepasados. Como testimonio personal, diré que yo apenas pude conocer a mi padre (tenía yo seis años cuando él murió), pero con base en las anécdotas que mi madre y los compañeros que él tuvo en la Guardia Civil me han contado, adivino que mi psicología es enteramente igual que la suya.
- (b) Las *circunstancias* pueden, en cierta medida, contrarrestar la «maldad» de algunos genes o la «bondad» de otros genes; también puede ayudar a que el sujeto *mejore* su *buena* condición congénita, o a que *empeore* su *mala* condición ingénita. Esas circunstancias son de muy diversa índole:
- 1) El trato que la madre da al feto durante el embarazo.
 - 2) El trato que el bebé recibe de quienes le rodean. Con un trato *normal*, el niño puede crecer normal; con un trato de excesiva atención o de excesiva aspereza (el «Hada» o el «Ogro»), el niño va a resultar insoportable desde su misma infancia.
 - 3) La educación que se recibe: casa, colegio, calle, etc.
 - 4) La ocupación profesional que escoge de adulto (si no se la dan ya «escogida»).
 - 5) La mujer que escoge como compañera de por vida (si no se la ofrecen ya «escogida»). He oído a muchos creyentes -entre ellos, a líderes-, que es Dios quien arregla las bodas o que las bodas se programan en el Cielo. Siento tener que disentir de ellos; yo tengo por seguro que muchas bodas se arreglan en el Infierno, *aunque Dios tiene más que suficiente poder para desviar las intenciones de Satanás haciendo que, en último término, salgan «bienes» de los «males».*

6) El caso era todavía peor cuando unos padres «muy piadosos», o una mujer viuda, no muy amiga de «nueras», forzaba a un hijo único, por medio de amenazas, a escoger el celibato, «estudiar para cura» en el lenguaje vulgar. He dicho «el caso *era*», porque, a partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia de Roma abrió la mano con tal holgura, que miles y miles de «curas» obtuvieron el indulto necesario (así se llama a la dispensa papal del celibato –lo cual siempre me ha hecho reír, pues viene a significar que el celibato equivalía a la pena de muerte; o como decía un compañero mío de los años «treinta», al escuchar un comentario sobre el incidente de Jue. 11:34-40: «No me extraña que el profesor diga que Jefé no mató a su hija, sino que la conservó virgen, porque la virginidad es peor que la muerte»). Ya voy conociendo a muchos «curas» que prefirieron escoger la «ayuda idónea» que Dios preparó (Gn. 2:18-22).

El lector puede hallar mucha más información, distinta de la que aquí apporto, en las Partes 4ª y 5ª de mi libro *Ética Cristiana*. Si hubiese allí algo que no esté conforme con lo que escribo en la presente lección, ruego al lector que no lo tenga en cuenta.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 12

- 1^a *pregunta* ¿Puede usted recordar como experiencia personal el comienzo de su santificación al convertirse?
- 2^a *pregunta* ¿Experimentó usted, al entregarse al Señor, un claro final del poder opresor del pecado y del amor al pecado en su vida? ¿Cree usted de veras que usted está ahora incluso muerto a ese poder del pecado y a ese amor al pecado?
- 3^a *pregunta* ¿Cómo puede ayudarle esa verdad bíblica (ver Ro. 6:11) en áreas específicas de su vida donde todavía necesita usted crecer en la santificación?
- 4^a *pregunta* Volviendo la vista atrás a los últimos años de su vida como creyente, ¿puede usted ver una línea de claro crecimiento en la santificación?
- 5^a *pregunta* ¿Qué cosas hay que antes le solían gustar y que ahora no le interesan en absoluto? Y viceversa, ¿qué cosas hay que antes no le interesaban y que ahora le interesan muchísimo?
- 6^a *pregunta* Conforme va usted creciendo en madurez y espiritualidad, ¿es usted cada vez más consciente del peso del pecado que aún queda en su corazón? Si no es así, ¿por qué no tiene usted esa experiencia? ¿No cree que eso le ayudaría grandemente a una mayor dedicación? ¿Qué diferencia cree usted que eso operaría en su vida?
- 7^a *pregunta* ¿Cómo cree usted que le afectaría el pensar más a menudo en el hecho de que el Espíritu Santo está trabajando continuamente para aumentar la santificación de usted?
- 8^a *pregunta* En su vida cristiana, ¿mantiene usted un buen equilibrio entre el papel pasivo (docilidad) y el papel activo (esfuerzo) en la santificación, o tiende usted a dedicar mayor interés a un aspecto de esos dos? ¿Por qué

piensa usted que le sucede eso? ¿Qué podría hacer usted para corregir ese desequilibrio, si es que lo hay en su vida?

9ª pregunta ¿Había pensado usted anteriormente que la santificación afecta a su mente y al modo como usted piensa? ¿Qué áreas de su mente necesitan todavía un poco (o mucho) de crecimiento en santificación?

10ª pregunta En cuanto a sus sentimientos y emociones, ¿en qué áreas conoce usted que el Espíritu Santo necesita renovar para conducirlo a un nivel más elevado de santidad?

11ª pregunta ¿Hay algunos aspectos de la santificación que necesitan mayor impulso en lo concerniente al cuerpo físico de usted y a la sujeción que su cuerpo debe a los propósitos de Dios?

12ª pregunta ¿Hay áreas en las que usted ha puesto un esfuerzo especial por crecer en santidad, pero sin resultado? ¿Le ha ayudado la presente lección a recuperar la esperanza de progresar en dichas áreas? Para creyentes que sufren serios desalientos por la falta de progreso en la santificación, es muy importante que hablen personalmente acerca de esto con el pastor o con otro creyente maduro, antes que permanecer así por largo tiempo.

13ª pregunta En términos generales, ¿le ha servido a usted esta lección de ánimo o de desaliento para su vida cristiana?

14ª pregunta ¿Ha pensado alguna vez el lector que estar *obligado* a algo va contra la *libertad* de uno? Lea lo que dice G. Machen en *The Christian View of Man*, páginas 26-27:

«Dios es el ser más obligado que hay. Está obligado por Su naturaleza. Es infinito en Su sabiduría; por tanto, nunca puede hacer algo no sabio. Es infinito en Su justicia; por tanto, nunca puede hacer algo injusto, etc.».

Y unas líneas más adelante, añade:

«Por tanto, Sus acciones son más libres que las acciones de las personas limitadas; y al mismo tiempo, más determinadas directamente que las acciones de las personas limitadas (ingl. *finite*)».

LECCIÓN 13

La habitación del Espíritu Santo en el creyente

I. INTRODUCCIÓN

Entre los ministerios del Espíritu Santo para la santificación del creyente en la actual dispensación de la Iglesia, ocupa el primer lugar el de *habitar, como en su propia mansión*, en el interior de cada creyente cristiano. Este ministerio es como el fundamento y la raíz de todos los demás ministerios que ejerce en los creyentes en la época actual. Como opinión personal mía, que es también la de otros eminentes teólogos evangélicos, sostengo que ese ministerio, como todos los demás del Espíritu Santo, excepto el de incorporar conjuntamente al Cuerpo de Cristo a judíos y gentiles, ha sido, es, y será ejercitado por el Espíritu Santo con referencia a todo el que *es salvo de gracia mediante la fe*.

Aunque el Dr. Ryrie piensa de diferente modo que yo en lo que acabo de afirmar, sigo no obstante el orden y la forma de exposición que él usa en el tema de la presente lección.

1. ¿En quiénes habita el Espíritu Santo?

Antes de responder a esta pregunta, conviene tener en cuenta que Pablo suele usar, para expresar el hecho de la habitación del Espíritu Santo, el verbo griego *oikéin* = «habitar» con la preposición griega *en* = «en», como ocurre en Romanos 8:9; 1 Corintios 3:16, pero también usa la preposición *en*, sola, en 1 Corintios 6:19.

Supuesto el hecho de la inhabitación, respondemos ahora a la pregunta que encabeza este punto:

- A) *El Espíritu Santo es un Don de parte de Dios para todos los creyentes.* Así habría de esperarse, puesto que un *don* no es premio ni recompensa, así como no hay mérito ninguno en recibir este don. Lugares que enseñan claramente esta verdad son: Juan 7:37; Hechos 11:16-17; Romanos 5:5; 1 Corintios 2:12 y 2 Corintios 5:5.
- B) *Si alguien no tiene el Espíritu Santo es indicio de que no es salvo,* porque eso quivale a no pertenecer a Cristo. Dice Pablo en Romanos 8:9b: «... Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, *no es de él*». Y Judas dice en su Epístola (v. 19): «Estos son los que causan divisiones; los sensuales, *que no tienen el Espíritu*». El vocablo que usa para «sensuales» es *psujikoí* = naturales (lit. animales), el mismo de 1 Corintios 2:14. Aunque este vocablo afecta de lleno a los inconversos y, entre ellos, a los falsos profesantes, afecta también en alguna medida a los creyentes *carнаles*. En Judas versículo 19, es evidente que se trata de inconversos; en 1 Corintios 2:14, puede afectar a creyentes *carнаles*. Es significativo que Judas caracterice a esos «naturales» como causantes de divisiones, pues ésta era precisamente la *carнаlidad* de los corintios en 1 Corintios 3:1-4.
- C) *También los creyentes carнаles tienen el Espíritu Santo.* En efecto, Pablo dice en 1 Corintios 6:19: «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, *que está en vosotros, el cual tenéis de parte de Dios,* y que no sois de vosotros mismos?» (vers. lit.). ¿A quiénes fue dirigida esta Epístola? ¿Sólo a un grupo de cristianos realmente espirituales? Algunos lo eran; pero muchos de ellos eran carнаles, como acabo de decir. Y no sólo causaban divisiones en la congregación; uno de ellos estaba viviendo como fornicario (1 Co. 5:1), pero Pablo lo tiene por salvo (v. 5); otros estaban conteniendo ante los tribunales de justicia (cap. 6). Sin embargo, Pablo se dirige a *todos* sin excepción, y se basa precisamente en que *todos* tienen el Espíritu Santo habitando en ellos, para estimularles a una vida más santa.
- D) *Con el Espíritu Santo, también el Padre y el Hijo vienen a morar en el creyente.* Así lo dio a entender el Señor Jesús en Juan 14:23, cuando dijo: «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y *vendremos a él y haremos morada con él*». Esto es consecuencia normal de la comunidad de sustancia, esencia y naturaleza entre las personas de la

Deidad; lo único incommunicable es la *personalidad* de cada una de ellas. Por eso existen en teología los términos «propiedad» y «apropiación» a este respecto. Pongo ejemplos para ilustrar este punto doctrinal: Es *propio* del Padre ser sólo *Padre y, de ningún modo, Hijo*. Viceversa del Hijo. En cambio, digo: *Se apropia* al Padre ser Creador del Universo. ¿Qué quiero decir con esto? Que, aunque las tres personas de la Deidad son creadoras, hay en el Padre una nota *personal* que reclama esa «apropiación»: La de ser «el principio sin principio» dentro de la misma Deidad. Repase el lector las lecciones 3, 4, 5 y 6 de la Parte I del CURSO.

2. *¿Por cuánto tiempo permanece el Espíritu Santo habitando en el creyente?*

Entre los que están de acuerdo en que *todos* los creyentes tienen el Espíritu Santo, hay quienes piensan que el Espíritu Santo puede retirarse de los que cometen cierta clase de pecados. Pero entonces,

- A) ¿Qué clase de pecados pueden ser éstos? Por muy graves que sean, no es fácil que sean peores que la fornicación de la que nos habla Pablo en 1 Corintios 5 o los litigios de los creyentes ante los tribunales seculares del capítulo 6. Sin embargo, Pablo no los exceptúa en su afirmación de que el Espíritu Santo habita en ellos, como ya hemos visto en el punto 1, C).
- B) Además, si el Espíritu Santo se marcha de los creyentes que cometen pecados muy graves, entonces, según vimos en el punto 1, (B), no se les puede llamar «cristianos», de acuerdo con Ro. 8:9. El Espíritu Santo no puede abandonar la morada de un creyente sin arrojarlo a su condición anterior de persona no salva. La habitación del Espíritu Santo en el creyente y la seguridad de salvación del creyente son dos verdades bíblicas que están inseparablemente unidas.
- C) Y aún tenemos además la promesa segura del Salvador: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador (gr. *Parákleton*), para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad...» (Jn. 14:16-17).

El pecado afecta a la *efectividad* del Espíritu Santo en la vida del creyente, pero no a la *presencia* del Espíritu Santo morando en el creyente. Digo «morando», porque, como ya dije en la lección 12 de la Parte I (*Dios Creador*) de

este CURSO, Dios -las tres personas de la Deidad- están en el ser humano inconverso, como lo están en todo lugar, pero *no moran* (no tienen residencia ni comunión) con una persona inconversa.

3. *Algunos conceptos falsos relacionados con la habitación del Espíritu Santo en el creyente*

- A) *Es necesaria la disposición a obedecer a Dios para obtener la morada del Espíritu Santo*, pues Pedro dice en Hechos 5:32: «Y nosotros somos testigos suyos (de Jesús -v. 30) de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen». Respuesta: Es preciso definir a qué clase de «obediencia» se refiere Pedro en esta ocasión. Téngase en cuenta que está hablando a miembros del Sanedrín, y la obediencia que Pedro menciona desde el v. 29 y que concierne también al Sanedrín judío no tiene nada que ver con la obediencia en términos de la vida cristiana, ya que esos miembros del Sanedrín, si exceptuamos a Nicodemo y José de Arimatea (que, si eran realmente cristianos ya, habrían abandonado el Sanedrín o habrían sido expulsados de él), no eran creyentes. La obediencia a la que Pedro exhorta aquí es a «obedecer» a la verdad de que Jesús era el Mesías de ellos, es decir, a *creer* que Jesús es el Cristo. Así han de entenderse también lugares, más claros todavía, como Hechos 6:7; Romanos 1:5 y Hebreos 5:9.
- B) *Hay lugares bíblicos que van contra la permanencia absoluta del Espíritu Santo en una persona*; por ejemplo, 1 Samuel 16:14; Salmos 51:11; Lucas 11:13; Juan 20:22. Respuesta: Consecuente con su particular punto de vista, el Dr. Ryrie (o.c., pág. 357), responde que esos lugares pertenecen a la era anterior a la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, donde empieza una nueva dispensación. En mi opinión, esos lugares no tienen nada que ver con la habitación del Espíritu Santo en el interior del creyente. Lo voy a demostrar analizando uno por uno esos lugares:
- (a) *1 Samuel 16:14*. «El Espíritu de Yahweh se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Yahweh». ¿Y adónde se apartó el Espíritu al salir de Saúl? Lo dice el versículo anterior: «... y desde aquel día en adelante el Espíritu de Yahweh vino *sobre* David». Esa preposición *sobre* indica bien a las claras que el ministerio del Espíritu con Saúl no era de *gracia salvífica*, sino de *poder capacitador*, don que puede darse a inconversos como lo fue Saúl desde el principio. Basta un versículo para

probar lo que digo: «Entonces el Espíritu de Yahweh vendrá *sobre ti con poder*, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre» (Palabras de Samuel a Saúl, en 1 S. 10:6). La última frase no significa que Saúl obtuviese así la regeneración espiritual (vea el lector el cap. 9); el «cambio» iba a ser de «tímido» a «confiado».

(b) *Salmos 51:11*. «No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu». Este versículo se explica con base en 1 Samuel 16:14. David recuerda lo que le había ocurrido a Saúl (lo de «se apartó» tiene en hebreo fuerza de pluscuamperfecto, tiempo que no existe en hebreo, pero se suple con el perfecto) por pecar contra el precepto de Dios, y no quiere que a él le pase lo mismo por su pecado con la mujer de Urías. Es de notar que en el versículo 12 no dice: «Vuélveme *tu salvación*», lo que pediría si es que la salvación pudiera perderse, sino «Vuélveme *el gozo de tu salvación*, esto es, la *comunión* con Dios, la cual puede perderse sin que desaparezca la habitación del Espíritu Santo en el creyente. Véase lo dicho en el punto 1, C).

(c) *Lucas 11:13*. «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» En mi opinión, el Espíritu como «dádiva» (gr. *dóma* = regalo), el mejor «regalo» que, según informa Lucas como expresión del propio Jesús, en comparación de los demás «*dómata*», puede ser implorado, sin que esto signifique que el sujeto tenga o no el Espíritu Santo *habitando en él*. Se puede pedir el Espíritu Santo como *regalo* de Dios, como *carisma* capacitador (el caso de los dones de 1 Co. 12) e incluso como *enfervorizador de la comunión* con Dios y con los hermanos (el caso de implorar de Dios un reavivamiento, como en Is. 64:1-2), sin que eso afecte al *hecho de la habitación* del Espíritu Santo en los creyentes.

(d) *Juan 20:22*. «Y habiendo dicho esto (Jesús -v. 21), sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo». Este versículo no tiene nada que ver con la *habitación* del Espíritu Santo, por las siguientes razones:

1) Es evidente la conexión con el versículo 23, donde Jesús *capacita* a sus apóstoles para el ministerio de la palabra y el del ejercicio de la disciplina en la Iglesia.

2) Los apóstoles eran *ya* creyentes y, por tanto, tenían ya el Espíritu Santo habitando en ellos. Todos ellos creyeron en Jesús como el Salvador del mundo y el Mesías prometido (por lo menos, después de la resurrección del Señor) antes de Pentecostés.

3) La venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés no afectó a la habitación del Espíritu Santo en los discípulos, pues no lo recibieron entonces como *Espíritu de gracia*, sino como *Espíritu de poder* (véase Lc. 24:49; Hch. 1:4-5, 8, y la cita de Jl. en Hch. 2:16-18).

(C) *El retraso de Jesús en dar el Espíritu a los samaritanos prueba que la habitación del Espíritu Santo es posterior a la salvación.* En mi opinión, el Dr. Ryrie plantea mal la respuesta a esta objeción, pues supone que el cap. 8:4 y ss. de Hch. trata del Espíritu de gracia, cuando es obvio que trata del *Espíritu de poder* (lo cual está implícito en todos los carismas que tienen ahí su ejercicio, y explícitamente en el v. 19). Es como una extensión de Pentecostés a los samaritanos, así como lo será a los gentiles en casa de Cornelio, ¡ya creyente! en Hechos 10:44-47. Lo único que le faltaba a Cornelio y a toda su casa (ver 10:2) no era creer en Dios, sino *creer en Jesús de Nazaret como Salvador y Juez de todos* (vv. 36-43). Fue entonces, cuando al creer en Jesús, recibieron la manifestación de *poder* del Espíritu Santo; nótese la preposición «sobre» en el versículo 44. También es de notar, en la predicación del Evangelio, que Pedro (v. 43), al contrario que a los judíos de Hech.os 2:38, no menciona el arrepentimiento, sino la fe, como lo harán Pablo y Silas con el carcelero de Filipos (ver Hch. 16:31). También es digno de notar el contraste entre el modo como se dirigen los judíos a los apóstoles en Hechos 2:37 con el proceder de Cornelio en Hechos 10:25 y el del carcelero en Hechos 16:29-30. De todos modos, en lo referente al retraso de otorgar el Espíritu Santo a los samaritanos, resulta muy útil la consideración de Ryrie a este respecto. Dice así (o.c., pág. 357):

«La mejor explicación de este retraso en el caso de los samaritanos se halla en la naturaleza cismática de la religión samaritana. Su culto rivalizaba con el culto judío en Jerusalén; por consiguiente, Dios tenía que mostrarles que su nueva fe cristiana no iba a rivalizar con la iglesia cristiana en Jerusalén. La mejor manera de mostrar claramente que los cristianos samaritanos pertenecían al mismo grupo que los cristianos de Jerusalén (y viceversa, para mostrar a los líderes de Jerusalén que los samaritanos eran genuinamente salvos) era retrasar la donación del Espíritu hasta que Pedro y Juan viniesen de Jerusalén a Samaria. Este retraso y el uso que hizo Dios de Pedro y Juan para otorgar el don del Espíritu salvó a la Iglesia primitiva de tener dos iglesias madres o rivales».

D) *Hechos 19:1-6 muestra que la inhabitación del Espíritu es posterior a la salvación.* De nuevo siento disentir del Dr. Ryrie en el modo de responder a esta objeción. En el fondo late una cuestión que es necesario poner en claro para definirse sobre todo este tema. La cuestión es la siguiente: ¿Puede una persona ser salva por *su fe en Dios*, potenciada por la acción de la gracia, es decir, la actividad sobrenatural del Espíritu vivificante, incluso antes de conocer la existencia misma de Jesucristo? Si se responde que sí, según opino yo que lo piden lugares como 1 Timoteo 2:4-6, entonces hay que añadir que esa persona *tiene ya el Espíritu Santo habitando en su interior*; y, por consiguiente, la recepción del Espíritu Santo no añade nada a la inhabitación, es sólo *una manifestación externa y extraordinaria de la presencia del Espíritu de poder*. El Dr. Ryrie, según se deduce del modo de responder a las objeciones, ha de contestar que no y, entonces, el análisis de la porción en cuestión toma un giro totalmente diferente.

Hecha esta advertencia introductoria, voy a analizar dicha porción en lo que toca al tema presente: Me ajusto a lo que escribí en el volumen correspondiente del M. Henry. Quienes posean el original inglés de esta obra, verán que coincido con el autor en la línea de pensamiento:

(a) En el versículo 1 leemos que Pablo halló en Éfeso a ciertos discípulos («unos doce» -v. 7). Sólo el nombre de «discípulos» basta para identificarlos como «seguidores de Jesús».

(b) En el versículo 2, a la pregunta de Pablo «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?», responden: «Ni siquiera hemos oído (en gr. está en aoristo -«oímos» -pret. indef.) *si hay Espíritu Santo*». Esta frase ha de entenderse en su contexto histórico-geográfico: No quieren decir que desconocen la *existencia* del Espíritu Santo, sino su *efusión* en Pentecostés por medios extraordinarios.

(c) En el versículo 3, Pablo, entendiendo el significado de la respuesta, les pregunta de nuevo qué clase de bautismo habían recibido. Lo de «¿En qué...?», incluye también «¿en nombre de quién?» Responden ellos que «en el bautismo de Juan».

(d) En el versículo 4, Pablo les explica el verdadero significado del bautismo de Juan: el bautismo conectado con el *arrepentimiento*, pero que apuntaba hacia la *fe* en el que había de venir después de Juan: en *Jesús el Mesías*.

(e) En el versículo 5 vemos que, al oír esto, recibieron con gozo y gratitud la enseñanza del apóstol y *fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús*. Nótese bien: NO HAN RECIBIDO AHORA LA SALVACIÓN, SINO EL SIGNO Y LA MANIFESTACIÓN PÚBLICA DE SU FE EN EL SEÑOR.

(f) En el versículo 6, tenemos los elementos más importantes para el tema que nos ocupa:

1) Pablo les impone las manos, signo de identificación (como en 8:17). La experiencia de 10:44-47 es diferente. Al ser Cornelio y su casa las primicias de los gentiles en la formación de la Iglesia, el fenómeno es parecido al del día de Pentecostés; por eso, no precedió imposición de manos ni signo exterior a esta efusión del Espíritu Santo sobre los reunidos en aquella casa.

2) *Vino sobre ellos el Espíritu Santo*.. Nótese, una vez más, la preposición «sobre», ya conocida como signo del *Espíritu de poder*.

3) *Y hablaban en lenguas y profetizaban*. Son los fenómenos «carismáticos» similares a los del día de Pentecostés (v. 2:4). Ya he dicho que la experiencia de 10:44-47 es diferente. Dice Ryrie, a propósito de esto, algo muy conveniente para no dar a las «lenguas» una importancia que las Escrituras no les conceden:

«El modelo normal para los gentiles en cuanto a recibir el Espíritu fue establecido en casa de Cornelio, donde fue dado el Espíritu *cuando la gente creyó, lo cual ocurrió cuando Pedro estaba predicando y antes de que fuesen bautizados en agua* (10:44, 47)» (o.c., pág. 357 –el destacado es mío).

4. ¿Qué relación tiene la unción del Espíritu Santo con Su morada en el creyente?

También el Dr. Ryrie se plantea esta cuestión (o.c., pág. 358), y responde de forma consecuente con su modo de pensar, es decir, tomando la *unción* del Espíritu Santo en el mismo plano que la *habitación* del Espíritu Santo. Voy a contestar según mi opinión, ya expresada abundantemente a lo largo de estas páginas.

El primer objetivo de la «unción» en el A.T. era la consagración a Dios de una persona o cosa, que así quedaban santificadas: apartadas del uso común para su total dedicación a Dios (ver, p.ej., Éx. 40:9-15).

En segundo lugar, la «unción» estaba relacionada con el Espíritu Santo (cuyo símbolo principal es el aceite) y manifestaba la efusión del *Espíritu de poder* a fin de capacitar para servicios especiales (véase 1 S. 10:1, 9; Zac. 4:1-14).

Esta «unción de poder» no santificaba interiormente, esto es, no cambiaba la condición espiritual del sujeto; de cierto que no la cambió en el caso de Saúl; ya expliqué el significado de la frase «le mudó Dios su corazón» en 1 Samuel 10:9.

En el N.T., se expresa la «unción» con referencia a Cristo mismo (ver Lc. 4:18; Hch. 4:27; 10:38; He. 1:9) y también con referencia a los creyentes (2 Co. 1:21; 1 Jn. 2:20, 27). En los textos que se refieren a Jesucristo, dicha «unción» no comportaba una mayor santificación interior del Señor, sino una *capacitación* para su ministerio público. En los textos que hacen referencia a los creyentes, el caso es totalmente *distinto* de los casos citados del A.T., como lo da a entender el contexto:

- A) En 2 *Corintios* 1:21-22, la «unción» va conectada en el v. 22 con el «sellado» y «las arras del Espíritu», lo que nos lleva a Efesios 1:13-14, donde esos ministerios del Espíritu Santo están conectados con la *fe*; por lo que no puede haber duda de que la «unción» comporta la santificación interior del sujeto.
- B) En 1 *Juan* 2:20, 27, Juan llama a sus lectores «hijitos» (v. 18) y los contrasta implícitamente con los falsos maestros del versículo 19. Aquí (vv. 20 y 27), «la unción del Santo» = el Espíritu recibido del Señor, indica, por una parte, la *morada* del Espíritu Santo en ellos; y, por otra, la *capacitación* para conocer el verdadero sentido de las Escrituras, por efecto del ministerio de enseñanza del Espíritu Santo, como prometió Jesús a sus discípulos en Juan 14:26 («... él os enseñará todas las cosas» -la misma fraseología de 1 Jn. 2:20, 27).

Termino esta lección con el párrafo con que Ryrie termina también su capítulo 62 sobre la inhabitación del Espíritu Santo. Pero, en cuanto a la primera línea de dicho párrafo, tengo que hacer la salvedad de que, en mi opinión, *también* en el A.T. la inhabitación del Espíritu Santo en los creyentes tenía carácter permanente. Dice Ryrie (o.c., pág. 358):

«El Nuevo Testamento enseña claramente que todos los creyentes están habitados permanentemente. No dejemos que la familiaridad con

esto embote su importancia. Este ministerio universal, y permanente, a los creyentes está en agudo contraste con el ministerio de habitación del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento (Jn. 14:17). Ello significa que, ya sea que lo experimentemos o no, Dios el Espíritu Santo vive constantemente dentro de nuestro ser. Esto debería darnos (a) un sentido de seguridad en nuestra relación con Dios, (b) una motivación para practicar esa presencia de Dios, y (c) una sensibilidad para los pecados contra Dios».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 13

- 1ª pregunta* En el punto 1, D), de la presente lección, dije que, con el Espíritu Santo, también el Padre y el Hijo vienen a morar en el creyente. En la experiencia personal de usted ¿puede relacionarse con las tres personas de la Deidad que habitan en el interior de usted? ¿Se relaciona usted de modo diferente con cada una de ellas? ¿Podría usted describir esas diferencias, si es que las hay?
- 2ª pregunta* ¿Puede usted nombrar algunas épocas en su vida en las que ha experimentado de modo especial esa morada del Espíritu Santo en usted? ¿Cómo le parece que fueron esas épocas? ¿Puede usted pensar en algo que contribuyese particularmente a esa experiencia?
- 3ª pregunta* ¿Qué podemos hacer para incrementar la intensidad de esa relación particular con el Espíritu Santo?
- 4ª pregunta* En su vida de cada día, ¿tiene usted muchos momentos en los que es directamente consciente de que el Espíritu Santo mora y trabaja en usted? ¿Cómo son esos momentos? ¿Qué clase de cambios se efectuarían en su vida, si usted tuviese una mayor conciencia de ese hecho tan importante para su crecimiento espiritual?
- 5ª pregunta* ¿De qué forma puede la idea de su unión con Cristo y de la consiguiente morada del Espíritu Santo en usted incrementar el amor y la comunión de usted con relación a los hermanos, tanto de su congregación como de otras iglesias?

LECCIÓN 14

El sellado del Espíritu Santo

También en esta lección voy a seguir la pauta, bien marcada, del Dr. Ryrie (BT, págs. 359-361).

1. El hecho del sellado

Hay en el Nuevo Testamento tres lugares en los que se menciona el sellado del Espíritu Santo: 2 Corintios 1:22; Efesios 1:13 y 4:30.

- A) 2 Corintios 1:22. «el cual (Dios -v. 21) también *nos ha sellado* y nos ha dado las arras del Espíritu (comp. Ef. 1:13-14) en nuestros corazones».
- B) Efesios 1:13. «En él (Cristo -v. 12) también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, *fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa* (es decir, prometido)». La versión castellana podría sugerir que «habiendo oído» y «habiendo creído» son participios de pretérito perfecto, pero no es así: son participios de aoristo, con lo que una versión adecuada podría ser «al oír» y «al creer». La cosa tiene más importancia de la que parece a primera vista, puesto que lo que Pablo intenta decir a sus lectores es que el oír el Evangelio y el creer se produjeron simultáneamente con el sellado. Como digo en el comentario de M. Henry a este lugar:

«Es de suma importancia doctrinal advertir la sincronización de los tres aoristos griegos correspondientes a: “*oísteis*”, “*creísteis*”, “*fuisteis sellados con el Espíritu Santo*”, por donde vemos que el “sello del Espíritu”

no es una bendición posterior, adicional, al momento en que una persona recibe por fe la palabra de verdad, sino que se efectúa en el momento mismo en que una persona es salva de gracia mediante la fe (2:8).

- C) *Efesios 4:30*. «Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, *con el cual fuisteis sellados* para el día de la redención» (el día de la glorificación de nuestro cuerpo –comp. con Ro. 8:23). Al Espíritu Santo se le contrista con cualquier pecado, especialmente con los que Pablo menciona en el contexto anterior y en el posterior.

Dice Ryrie (o.c., pág. 359) que «este ministerio específico del Espíritu constituye algo que no se menciona en ninguna parte del Antiguo Testamento». Es cierto que no se menciona explícitamente, pero si, como dice L. Wood (*The Holy Spirit in the Old Testament*), citado por Ryrie, el sellado está relacionado con la seguridad del creyente y la habitación del Espíritu Santo, y los santos del A.T. tenían esa seguridad y la morada del Espíritu, se sigue lógicamente que también fueron sellados con el Espíritu Santo. Estoy de acuerdo con L. Wood y repito, una vez más, que el único ministerio del Espíritu Santo que es exclusivo de los creyentes de la presente dispensación es *la formación de un solo Cuerpo de Cristo con judíos y gentiles* (ver 1 Co. 12:13).

2. ¿Quiénes son sellados?

Lo mismo que la morada del Espíritu, el sellado del Espíritu pertenece a todos los creyentes y sólo a los creyentes. Por eso, Pablo no hace ninguna excepción en 2 Corintios 1:22, donde, en palabras de Ryrie, «escribe a un grupo en que las excepciones podrían ser justificadas fácilmente». Por otra parte, si el sellado fuese cosa de un grupo de creyentes «más espirituales», el Apóstol no habría podido generalizar al decir en Efesios 4:30: «... y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados».

3. ¿Cuándo se produce el sellado?

Ya dije en el punto 1, B) que el texto de Efesios 1:13 indica, según el original, la sincronización del «sellado» con el «oír la palabra» y el «creer». Por otra parte, Pedro asegura en Hechos 2:38 a los judíos que le interrogan en el versículo 37 que *recibirán el don del Espíritu Santo tan pronto como se arrepientan*.

Recuérdese que, para aquellos judíos, «arrepentirse» equivalía a «creer en el Mesías». También 2 Corintios 1:22 concuerda con esto al conectar el *sellado* con la *donación del Espíritu como arras*.

Volviendo a Efesios 1:13, queda un problema puramente gramatical. El verbo principal es, sin duda, «fuisteis sellados», por tener una indicación temporal más precisa que los participios (gerundios, en la versión RV) «oyendo» y «creyendo», que no son participios de presente. Es cierto que están ligados al verbo principal, pero si son anteriores o no, en cuanto al tiempo, al verbo principal, no se puede dilucidar con base en la gramática, ni siquiera en la exégesis, pero sí «teológicamente» con base en el tenor general de las Escrituras, porque si el sellado fuera posterior cronológicamente al acto de la fe justificante, tendríamos creyentes sin sellar, poniendo así en peligro la seguridad de la salvación.

4. ¿Quiénes sellan?

Pregunto ahora por los «agentes del sellado». Si volvemos a analizar los lugares bíblicos, vemos que en 2 Corintios 1:22, se nos dice expresamente que es *Dios* quien sella; es decir, «Dios el Padre», según la fraseología del N.T. En Efesios 1:13 «con el Espíritu» es, en griego, un dativo escueto (como «por gracia» en Ef. 2:8). Tratándose de una *persona de la Deidad*, no se puede traducir como en 2:8 «por el Espíritu». En mi opinión, es claramente un «dativo instrumental objetivo trascendente». Y en Efesios 4:30, «con el cual», el pronombre griego *hō* (en dativo) va precedido de la preposición griega *en* que, de suyo, significa «en», pero en muchos casos significa «por». Pongo aquí una ilustración del Dr. Ryrie (o.c., pág. 360):

«Si ambas («en» y «por»), sería como decir: «Fui al almacén en mi coche», viendo el coche como el agente que te condujo al almacén, o podrías indicar «sentándome dentro de mi coche», viendo el coche como un lugar cerrado en el que fuiste conducido. En realidad, hiciste ambas cosas. El coche sirvió de agente que te condujo y de lugar cerrado en el que ibas colocado. De manera parecida, el Espíritu hizo el sellado como agente y, como resultado, estamos dentro de Él».

Ryrie es un maestro poniendo ilustraciones, y evita así deducir conclusiones puramente teológicas, pero, de acuerdo con la metodología que expuse en la INTRODUCCIÓN GENERAL a la Parte Primera de este CURSO, considero totalmente legítimo deducir tales conclusiones.

Esas conclusiones, basadas en el tenor general de las Sagradas Escrituras, me llevan a la afirmación de que el «sellado», como *todas* las actividades de la Deidad al exterior de la propia Deidad, es llevado a cabo por las tres Personas conjuntamente, pero *se apropia* al Espíritu Santo por ser él, en realidad, el *sello*, siendo el Padre como la mano que empuña el sello, y el Hijo la imagen que aparece en el sello.

Repito también lo que ya he dicho en otro lugar: De parte del Padre indica «protección» (ver Ap. 7:2-4). De parte del Hijo, «posesión» (ver Cnt. 8:6). De parte del Espíritu, «provisión» y «garantía de seguridad» (véase Ef. 1:14; 4:30).

5. *¿Cuánto dura el sellado del Espíritu?*

En las últimas líneas del punto 4, he escrito que el sello es, de parte del Espíritu, «garantía de seguridad». Eso es lo que Efesios 4:30 nos da a entender claramente. También hemos visto en el punto 1, C) que «el día de la redención» es, en Romanos 8:23, el de la glorificación de nuestro cuerpo. Por consiguiente, el sellado del Espíritu tiene que permanecer hasta ese día como cumplimiento de las promesas que Dios nos ha hecho. Ni un solo creyente puede hallarse sin sellar en su camino hasta el Cielo.

6. *Otros aspectos relacionados con el sellado del Espíritu*

Los principales aspectos espirituales relacionados con el sellado son: A) *seguridad*, y B) *pureza*.

A) Por encima de todos los aspectos incluidos en el sellado del Espíritu, está el de la *seguridad* de las promesas que Dios nos ha hecho, especialmente la de la *seguridad de nuestra salvación final*.

Yo he hallado siempre en el certificado de paquetes en Correos el mejor símil para ilustrar este aspecto. También veo que lo usa el Dr. Ryrie, y lo desarrolla del modo siguiente:

«Cuando certificamos (“registramos” –dice él) un paquete, no sólo tiene que estar cerrado cuidadosamente, sino que el funcionario de Correos tiene que lacrarlo (así, en España –puede hacerse de otras maneras) y sellarlo con cuidado, y el funcionario de la oficina donde se recibe tiene que sellarlo varias veces a lo largo de las esquinas del sello

para poder detectar cualquier falsificación. Sólo dos personas pueden romper el sello legítimamente: el que recibe el paquete o el que lo envía, si le es devuelto. En el caso de los creyentes, Dios es el que envía, Dios es quien lo recibe y Dios es quien hace el sellado. Así que solamente Dios puede romper el sello, pero Él ha prometido no hacerlo hasta el día de la redención».

En cuanto a las «arras» conectadas con el sellado, tanto 2 Corintios 1:22 como Efesios 1:13-14 mencionan el don del Espíritu como «arras» junto con el sellado. Tal conexión es enteramente lógica, ya que el sellado es garantía de que hemos de recibir todo cuanto Dios nos ha prometido, y algunas de estas promesas aguardan todavía nuestra futura glorificación. La presencia del Espíritu en nuestro interior sirve de arras o compromiso de que se cumplirán *todas* las promesas de Dios para nosotros. Así ocurre igualmente en las transacciones humanas. Tan pronto como se han dado y recibido las «arras» (en el matrimonio) o la «prima de pago» (p.ej. en compraventa de fincas), ambas partes se comprometen a completar la transacción.

- B) Hay otro aspecto de consecuencias prácticas para nuestra conducta cristiana. El pensamiento del día de nuestra redención completa, cuando ya seremos perfectos, debería estimularnos a la *pureza de vida* y avergonzarnos de los pecados que cometamos ahora. Esta pureza halla un motivo más en la relación que nos une con el Espíritu *Santo*, quien es entristecido cuando pecamos. Es cierto que cualquier pecado le contrista, pero los dos versículos contiguos a Efesios 4:30 –los vv. 29 y 31, ponen de relieve los pecados de la lengua. No es extraño, pues lo que sale por nuestra boca es una indicación de lo que hay en nuestro corazón. Así que ser conscientes de haber sido sellados *por y en* el Espíritu Santo debería ser una buena cerradura para nuestros labios.

No pocos lectores de *Efesios* habrían colocado en ese contexto pecados relacionados con el sexo, pero Pablo muestra ser «llevado por el Espíritu» (ver 2 P. 1:21) cuando da la relevancia debida a los pecados de la lengua. Cuando Noé se embriagó, las Escrituras *no vuelven a mencionar el hecho*, pero la maldición de Canaán recorre todo el A.T. y perdura hasta el presente (ver Gn. 9:20-27).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 14

- 1ª *pregunta* ¿Ha sido esta lección motivo de nuevo gozo para usted? ¿Había caído usted antes en la cuenta de todo lo que va incluido en el sellado del Espíritu? ¿Le sirve esto para estimularle a un mayor crecimiento espiritual?
- 2ª *pregunta* ¿Qué sentimientos produce en su corazón el pensamiento de las «arras» en conexión con el sellado del Espíritu? ¿No le recuerda los «desposorios» de la Iglesia –de cada creyente– con Cristo? (ver Ef. 5:25-27).
- 3ª *pregunta* El «sellado» compromete a Dios a guardar Su palabra (y Dios cumple siempre, y perfectamente, sus compromisos). ¿Ha pensado usted en serio que esta plena *fidelidad* de Dios le compromete también seriamente a serle *fiel* a Él?
- 4ª *pregunta* ¿Piensa usted que la garantía ofrecida en Fil. 1:6 significa que la Iglesia de Filipos había de continuar hasta el fin, o que esa garantía se extiende a cada creyente en forma de preservación segura? ¿Cómo lo demostraría usted con textos bíblicos?
- 5ª *pregunta* ¿Cree usted –como afirman algunos arminianos– que nuestra constancia en la pureza de vida pone en peligro la libre y absoluta soberanía de Dios en su protección y en su garantía de seguridad de nuestra salvación final? ¿No es cierto que, lejos de poner en peligro la soberanía de Dios, nos ayuda más bien a entender que la protección soberana de Dios se conjuga perfectamente con nuestra responsabilidad en la práctica de una vida de pureza? (véase Fil. 2:12-13, aunque repito que el «vuestra salvación» del v. 12 podría indicar la preocupación recíproca por la «salvación» = santificación, del hermano).

LECCIÓN 15

El bautismo del Espíritu Santo

I. INTRODUCCIÓN

Entramos aquí en un tema sumamente conflictivo. Como lo vengo haciendo en las últimas lecciones, voy a seguir la pauta del Dr. Ryrie (o.c., págs. 362-365), pero siempre basado en la verdad –para mí, bíblica– de que el único ministerio del Espíritu Santo que es exclusivo (esto es, propio) de la presente dispensación es introducir conjuntamente en el Cuerpo de Cristo a judíos y gentiles.

A primera vista, mi opinión tiene que confrontar una grave dificultad: Dice Ryrie al comienzo de su análisis del tema (o.c., pág. 362): «Otro ministerio del Espíritu que es distintivo (esto es, propio) de esta Era después de Pentecostés es el de bautizar dentro del cuerpo de Cristo a los creyentes». Lo prueba con los textos, bien conocidos, de Mateo 3:11 y paralelamente Hechos 1:5, y termina diciendo:

«Este ministerio distintivo estaba al servicio de un objetivo particular –añadir personas al cuerpo de Cristo–, y como el cuerpo de Cristo es distintivo de esta era, entonces también lo habría de ser la función de bautizar del Espíritu».

En mi opinión, late aquí un sofisma que quiero aclarar de entrada, con lo que todo el tema podría cobrar una clarificación importante. Es preciso distinguir cuidadosamente en el bautismo del Espíritu dos aspectos: A) El bautismo *con* el Espíritu y B) el bautismo *del* Espíritu.

- A) El bautismo *con* el Espíritu tuvo lugar el Día de Pentecostés; fue *Cristo* quien bautizó *con* el Espíritu en ese día. En efecto, dice Pedro en Hechos 2:33: «Así que, exaltado (Jesús -v. 32) por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, *ha derramado esto que vosotros veis y oís*». PENTECOSTÉS NO ADMITE REPETICIÓN. Fue una experiencia exclusiva de este día, en que Cristo, ¡el Mesías!, derramó sobre los reunidos en el Aposento Alto el *Espíritu de poder*. Los que creyeron, recibieron como «regalo» (gr. *doreán*, no *járisma*) el Espíritu Santo como *Espíritu de gracia* en su interior (no *sobre* como en 2:3), y como prueba de su condición salva, *fueron bautizados exteriormente con agua* (ver Hch. 2:37-41, 17).
- B) En cambio, el Espíritu Santo nos bautiza, por decirlo así, con Cristo. Lo aclaro con el énfasis que el tema requiere: *el Espíritu de gracia ejerce Su ministerio específico de bautizar introduciendo a Cristo en nuestro interior, e introduciéndonos a nosotros en Cristo*, ya que Jesucristo es nuestra vida y, al mismo tiempo, la esfera de acción en la que nuestra vida se desenvuelve. Como acabo de decir en A), este *Espíritu de gracia* es el que recibieron quienes creyeron el mensaje que Pedro predicó el Día de Pentecostés. Todos los fenómenos extraordinarios, referidos en 8:6-20; 10:44-48; 19:1-6, fueron «pruebas de identificación con la comunidad original de Jerusalén» (véase la lección 13, 3, C).

1. *Exposición de varias opiniones que añaden una nueva confusión al tema*

Aparte de la confusión del propio Ryrie (-siempre, en mi opinión- como expuse en la introducción), él expone varias opiniones de teólogos que han sufrido grave confusión sobre este tema, aunque el propio Ryrie no las juzga tan «graves» como yo. Al final de su exposición, dice así (o.c., pág. 363):

«Hay que admitir que, algunas veces, esta falta de claridad es inocente; pero es una lástima que, a veces, estos falsos conceptos son promovidos deliberadamente. En ambos casos, se priva a los creyentes de una verdad importante que implica nuestra unión con Cristo y es una base sólida para una vida santa».

La confusión puede surgir por diversas razones. Por ejemplo:

- A) *Por no tener un concepto claro acerca del Cuerpo de Cristo.* Si se cree que la Iglesia comenzó con el primer creyente concreto, o con el «padre de los creyentes», Abraham, o con Juan el Bautista, no se podrá tener un concepto claro del bautismo del Espíritu. Ryrie cuenta a D. Guthrie entre los que padecen esta clase de confusión. Lo curioso del caso es que Guthrie yerra anticipando la era de la Iglesia, pero –siempre, en mi opinión– *acierta* en identificar el bautismo del Espíritu de gracia con la experiencia de la conversión, ya que este ministerio –repito– no es distintivo de la dispensación de la Iglesia.
- B) *Por conceder una relevancia indebida al bautismo de agua,* especialmente en el bautismo por inmersión. Se mire como se mire el bautismo del Espíritu Santo –de gracia o de poder–, de ningún modo debe confundirse con el bautismo de agua, que es signo de la unión, por fe, en Cristo en su sepultura y en su resurrección. En esta confusión cayeron teólogos de diversa formación como E.Y. Mullins, quien entendió que este bautismo era sinónimo de la entrada en la iglesia local, como si el bautismo de agua fuese una actividad guiada por el Espíritu según 1 Corintios 12:13, y D. Moody, quien afirma: «Dios otorga el Espíritu en el bautismo».
- C) *Por asociar el bautismo del Espíritu con lo que ha venido en llamarse «una segunda bendición».* El prestigioso Dr. M. Lloyd-Jones fue uno de los adeptos de esta opinión. Como es evidente, eso es ya un «eslogan» pentecostal. Todavía es más «pentecostal» si se afirma que «hablar en lenguas» es la principal evidencia de haber recibido el bautismo del Espíritu y tener ya «el Evangelio completo».
- D) *Por identificar el «sellado» con el bautismo del Espíritu, como experiencia posterior a la conversión, pero no participando en ella TODOS los creyentes.* Esta opinión, similar al pentecostalismo, se distingue, además, de él en que no exige la experiencia de las «lenguas» y considera dicho bautismo como una llenura para un poder especial. Ryrie cita aquí a hombres de tan eminente piedad y celo evangelizador como R. A. Torrey y D. L. Moody, pero faltos de claridad en este tema.
- E) Semejante en algunos puntos a Torrey y Moody, W. Grudem –no citado por Ryrie, ya que su obra es posterior a la *Basic Theology* de Ryrie– muestra gran claridad de ideas acerca de este punto. Refiriéndose a la importancia de entender correctamente este punto, propone las siguientes advertencias (cito sólo los titulares):

- «(1) *La Iglesia sufre daño por enseñar un cristianismo de dos clases.*
- »(2) *Hay varios grados de capacitación, comunión con Dios y madurez cristiana personal.*
- »(3) *Estar lleno del Espíritu Santo no siempre tiene por resultado hablar en lenguas.*».

Grudem dedica 22 páginas al tema del «Bautismo y Llenura del Espíritu Santo» (o.c., págs. 763-784). Del «Bautismo» estoy tratando en la presente lección; de la «Llenura» voy a tratar en la lección 16. Imposible hacer un resumen de todo lo que Grudem dice en esas páginas, pero sí quiero resumir, de su propia mano, la distinción entre los términos *pentecostal* y *carismático*, que él hace en la nota 2 de la página 763:

«*Pentecostal* dice referencia a cualquier denominación o grupo que tome como su origen histórico el reavivamiento pentecostal que comenzó en los Estados Unidos en 1901 y sostiene las posiciones doctrinales de (a) que el bautismo en el Espíritu Santo es ordinariamente algo posterior a la conversión, (b) que el bautismo en el Espíritu Santo se hace evidente por la señal de hablar en lenguas, y (c) que todos los dones espirituales mencionados en el N.T. han de ser buscados y usados hoy».

«*Carismático* dice referencia a grupos o personas que tomen como su origen histórico el movimiento carismático de las décadas de 1960 y 1970, y que buscaban la práctica de todos los dones espirituales mencionados en el Nuevo Testamento (incluyendo profecía, curación, milagros, lenguas, interpretación y discernimiento de espíritus), permitiendo los diferentes puntos de vista sobre si el bautismo en el Espíritu Santo es posterior a la conversión y si las lenguas son una señal del bautismo en el Espíritu Santo».

No conozco esta clase de «carismatismo» en Inglaterra ni en Estados Unidos; de lo que he visto en España, puedo decir que los «carismáticos» no pentecostales no tienen un programa tan ambicioso; más bien buscan en el culto la mayor libertad de expresión en oraciones sinceras, alabanzas fervientes, coreadas por los demás asistentes y, sobre todo, mucho cántico, acompañado de gran variedad de instrumentos musicales, en especial la guitarra eléctrica. La exposición de la Palabra suele ser preferentemente devocional, con poca profundidad doctrinal.

Los líderes mismos reconocen que necesitan ser enseñados en la exégesis de las Escrituras. Son pocos los grupos que conozco de este carácter y, por tanto, no pienso que ésta sea la pauta general de los «carismáticos».

2. Características del bautismo del Espíritu

Consecuente con mi opinión de que el único ministerio del Espíritu Santo que es exclusivo de la presente dispensación es la incorporación conjunta de judíos y gentiles al Cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13), siento disentir del Dr. Ryrie cuando afirma que el bautismo del Espíritu *tuvo su comienzo el día de Pentecostés*. Se basa en Hechos 1:5; 11:15-16. Pienso que estos lugares expresan el acontecimiento *único en la Historia de la salvación*, cuando, en el cumplimiento –no total– de la profecía de Joel 2:28-32, el Espíritu Santo fue derramado abundantemente y con gran poder sobre los reunidos en el Aposento Alto, *que ya estaban bautizados con el Espíritu de gracia*. Ese mismo Espíritu de gracia bautizó, bautiza y bautizará a toda persona que tenga la experiencia de la conversión a Cristo *en cualquiera de las dispensaciones*. En lo que, respecto al punto actual, voy a decir a continuación, sigo la pauta del Dr. Ryrie (o.c., págs. 363-364), siempre con las reservas necesarias.

A) *Todos los creyentes de cualquier dispensación, no sólo de la actual, experimentan el bautismo del Espíritu*. Tres datos bíblicos dan base para tal afirmación:

(a) 1 Corintios 12:13 dice claramente que todos ellos han sido bautizados, así como a todos se les ha dado a beber del mismo Espíritu (indicando lo segundo la «morada» interior del Espíritu). Y esto lo asegura Pablo con referencia a la iglesia de Corinto, con tanta variedad de condición espiritual de sus miembros, muchos de ellos «abiertamente carnales». Luego la carnalidad no es obstáculo para el bautismo del Espíritu, como no lo es para su morada en el creyente.

(b) En ningún lugar de las Escrituras aparece la exhortación a ser bautizados con el Espíritu, mientras las hay para *ser transformados* de lo mundano a lo sagrado (Ro. 12:1-2) y para *ser llenados del Espíritu* (Ef. 5:18).

(c) Es probable que lo de «un solo bautismo» en Efesios 4:5 se refiera al bautismo del Espíritu de gracia, con lo que estaría bien alineado con lo de «un solo Señor» y «una sola fe»; es decir, algo común a todos los creyentes.

- B) *El bautismo del Espíritu tiene lugar el día de la conversión y jamás vuelve a ocurrir de nuevo.* Analicemos las dos cláusulas por separado:
- (a) Si el bautismo del Espíritu no fuese un hecho el día de la salvación inicial, habría entonces creyentes realmente salvos que no pertenecerían al Cuerpo de Cristo por no haber sido bautizados con el Espíritu. Sería una situación totalmente anormal, pues ese es el bautismo que une a los creyentes en un solo Cuerpo; así que, si alguien pudiese ser salvo sin ser bautizado por el Espíritu, sería un creyente fuera del Cuerpo.
 - (b) Si el bautismo del Espíritu necesitase ser repetido alguna vez, eso significaría que el creyente había sido separado del Cuerpo de Cristo y necesitaba ser unido de nuevo a dicho Cuerpo. En efecto, el bautismo recibido en la conversión une a una persona al Cuerpo de Cristo; entonces, si se necesita un segundo bautismo, es señal de que, entre los dos bautismos, ha ocurrido una separación del Cuerpo.

3. *Consecuencias del bautismo del Espíritu*

- A) *Nos une al Cuerpo de Cristo.* Ya he tratado de esto en el punto anterior, pero conviene repetirlo por las importantes enseñanzas prácticas que de ello se derivan:
- (a) Estar en el Cuerpo de Cristo significa que hemos resucitado con Él a una nueva vida (Ro. 6:4) y deberíamos ejercitar nuestros dones a fin de contribuir a que ese Cuerpo continúe funcionando como es debido (ese es el contexto, anterior y posterior, de 1 Co. 12:13).
 - (b) La experiencia del bautismo del Espíritu sirve de base y de exhortación para guardar la unidad del Espíritu en el Cuerpo de Cristo (contexto anterior y posterior de Ef. 4:5).
 - (c) La conciencia de que no necesitamos un segundo bautismo nos proporciona la seguridad inamovible de nuestra posición en el Cuerpo de Cristo.
- B) *Hace efectiva nuestra crucifixión con Cristo* (Gá. 2:20). Al estar unidos con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección, tenemos la base para tomar conciencia de nuestra separación del poder del pecado que habita en nosotros y para ser estimulados a «*caminar en novedad de vida*» (Ro. 6:4 -lit. véase también Col. 2:12).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 15

- 1^a *pregunta* Antes de estudiar la presente lección, ¿cómo entendía usted el bautismo del Espíritu? ¿Ha cambiado el concepto que de él tenía usted anteriormente?
- 2^a *pregunta* En su vida de creyente, ¿han ocurrido experiencias que usted podría llamar «grandes pasos de crecimiento» en algún punto de su conducta cristiana? ¿O han sido pequeños, pero constantes, «pasos de santificación» en comunión con el Señor y en el ejercicio de los dones espirituales en alguna área de ministerio?
- 3^a *pregunta* ¿Conoce usted casos de creyentes que afirman haber recibido el bautismo del Espíritu después de convertidos? ¿Qué evaluación podría usted hacer de tales casos, en vista de los resultados prácticos evidentes en la vida de tales personas?
- 4^a *pregunta* Si usted mismo ha tenido tal experiencia, ¿cree usted que tomarla por el auténtico e irrepetible bautismo del Espíritu añadió algo esencial a tal experiencia, o piensa que tal bautismo no tuvo nada de especial?
- 5^a *pregunta* ¿Piensa que la experiencia aludida en la pregunta anterior no fue el bautismo de gracia, común a todos los creyentes, sino que, en realidad, obtuvo usted una «segunda bendición», según la terminología en uso?
- 6^a *pregunta* Si usted piensa que obtuvo la «segunda bendición», ¿no cree que en su vida cristiana, tendría usted los mismos –o mejores– resultados prácticos, si llamásemos a esa experiencia «la llenura del Espíritu Santo»?

LECCIÓN 16

La llenura del Espíritu Santo

1. El texto clásico: Efesios 5:18

El lugar bíblico que mejor expresa la llenura del Espíritu es Efesios 5:18, que dice así al pie de la letra: «Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay desenfreno, *sino sed llenos en el Espíritu*». Por su importancia, voy a analizar cada una de las palabras de este versículo:

- A) *Y*. Esta conjunción copulativa no debe desdeñarse, pues lo que Pablo va a decir ahora es una consecuencia del contraste entre la insensatez y el entendimiento que se expresa en el versículo anterior.
- B) *No*. La primera parte del versículo expresa *lo que no debe hacerse*, en contraste con la segunda parte, en la que Pablo exhorta a *lo que debe hacerse a cambio*.
- C) *Os embriaguéis*. Es presente de imperativo de la voz media, por lo que equivale a «*no continuéis embriagándoos con vino*». Sin embargo, ya que el Apóstol no menciona aquí la embriaguez como algo que domine todavía a los creyentes de Éfeso (véase, por contraste, 1 Co. 6:10-11, referente a «algunos» creyentes de Corinto), el imperativo ha de ser equivalente a «*no adoptéis la práctica de embriagaros con vino*», pues también así tiene su expresión el presente continuo.
- D) *Con vino*. El original usa aquí un dativo instrumental escueto: El vino es el *medio* para embriagarse. Nótese que este dativo va precedido del verbo «os embriaguéis». Ni Pablo (véase 1 Ti. 3:8; 5:23), ni el propio Jesús (ver

- Jn. 2:7-10, cuando ya habían bebido bastante) prohibieron el *uso* del vino, sino el *abuso*. Se da por supuesto que el creyente sabe controlar sus malas inclinaciones.
- E) *En lo cual*. Algunos traducen: «*en el cual*». Gramaticalmente, ambas versiones son correctas, pero el sentido pide que se traduzca «*en lo cual*», ya que, como he dicho anteriormente, el mal no está en el *vino*, si no en *embriagarse con vino*.
- F) *Hay*. En griego, es 3ª persona de singular del presente de indicativo del verbo *éinai* = «ser»; pero este verbo cubre también las funciones impersonales del verbo «haber» y, alguna vez (p.ej. en el primer «era» de Jn. 1:1), las del verbo «existir».
- G) *Desenfreno*. La RV 1960 vierte «disolución», pero es mejor «desenfreno» o «libertinaje». El término griego es *asotía*, lo contrario de *sotería* = «salvación»; por lo que literalmente significa «perdición», ya que el adverbio *asótos*, de la misma raíz, se traduce en Lucas 15:13 por «perdidamente» (no se confunda con el «no se pierda» de Jn. 3:16 –RV 1960, donde el sentido es de «perdición eterna» y el verbo es totalmente diferente).
- H) *Sino*. Con esta conjunción adversativa, la segunda parte del versículo da un giro completo para expresar *lo que hay que hacer en lugar de embriagarse con vino*.
- I) *Sed llenos*, al pie de la letra: *Id siendo llenos*. El término griego del original es «*pleroústhe*», acerca del cual es conveniente hacer las siguientes consideraciones:
- (a) El verbo está en tiempo presente; no es, pues, una llenura de una vez por todas, al contrario del sellado de 1:13. Hay que estar recibiendo continuamente la gracia y el poder del Espíritu Santo, porque sin él las energías de nuestra vida cristiana comenzarían a languidecer hasta palidecer por completo.
- (b) El verbo está en el modo imperativo; es un mandato, no un simple aviso o consejo. Todo creyente *debe* ser lleno del Espíritu.
- (c) El verbo está en la voz pasiva. Esto indica, ni más ni menos, que no somos nosotros los que *nos llenamos a nosotros mismos* del Espíritu Santo, sino que debemos *dejarnos llenar* (que no es lo mismo) del Espíritu Santo, ya que, siendo el Espíritu Santo una *Persona*, no un «viento», ni un «líquido» ni una «fuerza», no está en nosotros *tomar* poco o mucho del Espíritu, sino *dejar* que el Espíritu *tome* poco o mucho de nosotros: toma poco cuando no nos dejamos invadir de Su poder y de Su gracia; con

ello se tiende a «apagar» el Espíritu (1 Ts. 5:19); toma mucho cuando amorosamente nos dejamos llevar libremente de Él, avanzando así en espiritualidad y madurez.

Quiero copiar, a este propósito, unas líneas de M.J. Erickson (en *Christian Theology*, pág. 317):

«Nuestra salvación no es un logro nuestro. La comunión con Dios no se obtiene abriéndonos camino hasta Dios. Eso es imposible. No somos capaces de elevarnos hasta el nivel de Dios cumpliendo las marcas que Él nos traza. Y, aun cuando pudiésemos hacerlo, todavía no sería un logro nuestro. El hecho mismo de conocer lo que espera de nosotros se debe a la revelación que ha hecho de Sí mismo, no a un descubrimiento nuestro. Aunque no existiese, incluso, el problema adicional del pecado, todavía la comunión con Dios sería estrictamente un caso de Su dádiva a nosotros».

- J) *En el Espíritu*. Aquí se rompe la simetría con la primera parte del versículo. Al hablar de la embriaguez *con vino*, el Apóstol usa un dativo escueto, sin preposición, pero al hablar de la llenura del Espíritu usa el dativo precedido de la preposición griega *en*, la cual puede traducirse por «en», «por», «con», «de», ya que todas ellas vierten igualmente la preposición hebrea *be*, lo cual parecer influir en Pablo en algunos lugares.

Ahora bien, cabe preguntar: ¿Por qué, al hablar del vino, usa Pablo el dativo instrumental escueto y, al hablar del Espíritu Santo, usa el dativo precedido de la preposición *en*? ¿Será acaso por ser el vino un material inanimado, mientras que el Espíritu es una Persona de la Deidad? No puede ser éste el motivo, ya que el apóstol usa el dativo instrumental escueto con referencia al Espíritu, por ejemplo, en Gálatas 5:25 (dos veces, y con dos verbos distintos). Ha de haber, sin duda, otra razón.

La razón, a mi parecer, es la siguiente: El vino es una sustancia muy inferior, en naturaleza y esencia, a nuestra naturaleza humana (personal); de ahí que seamos *nosotros* los que podemos tomar poco o mucho, de acuerdo con el control que ejerzamos de nuestras propias inclinaciones. En cambio, el Espíritu Santo es una persona de la Deidad, infinitamente superior a nosotros en naturaleza y esencia; de ahí que sea Él quien tome de nosotros y ejerza el control de nuestras facultades; no podemos aumentar ni disminuir Su capacidad, aunque sí podemos resistirla, a no ser que nos tumbe con Su gracia soberana. Por

eso, en este tema de la *llenura*, el Espíritu nos desborda al llenarnos, siendo así, no sólo el Agente que nos llena, sino también como la «esfera» en la cual entramos. Y eso es precisamente lo que ocurre aquí; sobre todo, si comparamos este lugar con 1 Corintios 12:13b, donde el Apóstol dice que «*a todos se nos hizo beber hacia un solo Espíritu*» (vers. lit.).

En efecto, la preposición griega *eis* es vocablo de «dirección», pero también se utiliza como sustituto de la preposición *en* para indicar «descanso», «cobijo», «seguridad» y «comunión», como en Juan 1:18, donde Juan dice del «unigénito Hijo», «que está en (gr. *eis*) el seno del Padre».

2. ¿Hay una «llenura» o puede haber varias en un creyente?

Para que no haya confusión en este tema, advierto que estoy tratando de la *llenura del Espíritu de gracia* y, por tanto, en lo que tiene que ver con la *espiritualidad*, no con dones ni, directamente, con la capacitación para el servicio. Sobre esto trataré en el punto 3.

Con ese presupuesto, me parece que no están en lo cierto quienes, como Billy Graham, afirman que, en situaciones de emergencia (por ej., una fuerte, e imprevista, tentación, un problema grave, etc.), se requieren «llenuras» adicionales de carácter temporal (hasta que «amaine el viento» –como suele decirse). Billy Graham usa la siguiente ilustración: Para el consumo de agua de una vivienda, puede bastar el agua que de la cañería se sirve por los grifos. Pero, si ocurre en la casa un incendio imprevisto, hay que llamar a los bomberos para apagar el fuego.

Esta ilustración flaquea por el punto en que Billy Graham asienta su admisión de varias *llenuras*, porque el Espíritu Santo tiene poder infinito, siempre suficiente para que de Él obtenga el cristiano la gracia necesaria para hacer frente a los mayores problemas de la vida y a las tentaciones más graves con que los enemigos del alma puedan atacarle de improviso, mientras que el suministro de agua de una cañería, por abundante que sea, es siempre limitado.

Sostengo, pues, que *hay una sola llenura del Espíritu de gracia* y que, de esa plenitud, puede siempre el creyente obtener la energía suficiente para hacer frente a cualquier contingencia.

Además, el interior espiritual del creyente no es como un recipiente metálico o de cristal, cuya capacidad no puede aumentar, sino más bien «elástico». Dice Grudem (o.c., pág. 782):

«Alguien podría objetar que una persona que ya está “llena” del Espíritu Santo no puede llegar a estar más llena –si un vaso está lleno de agua, no se le puede echar más agua. Pero el vaso de agua es una analogía pobre para nosotros como personas reales, ya que Dios nos puede hacer crecer y tener capacidad para contener mucho más de la llenura y del poder del Espíritu Santo. Una analogía mejor sería un globo, que puede estar “lleno” de aire, incluso cuando tiene poco aire dentro. Cuando se le introduce más aire, el globo se agranda y, en este sentido, está “más lleno”. Así pasa con nosotros: podemos ser llenados del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, tener también mayor capacidad para recibir más del Espíritu Santo. Solamente a Jesús le dio el Padre el Espíritu sin medida (Jn. 3:34)».

3. ¿Son llenos del Espíritu Santo TODOS los creyentes?

Si no existiese tanta confusión entre los teólogos, por no saber distinguir entre el *Espíritu de gracia* y el *Espíritu de poder*, tal pregunta no tendría sentido. Pero para deshacer tal confusión, voy a decir lo siguiente:

- A) Cuando hallamos en las Escrituras las frases que expresan, de un modo u otro, la llenura del Espíritu, es menester preguntarnos: ¿Se refiere este texto a la *llenura de gracia* o a la *llenura de poder*? El contexto nos dará la respuesta de forma explícita o equivalente. Y hallaremos que incluso personas no salvadas pueden ser llenas del Espíritu (no simplemente teniendo el Espíritu *sobre* ellas).
- B) Las Escrituras, no sólo del N.T., sino también del Nuevo, nos refieren casos de llenura del Espíritu que no se refieren precisamente a la *espiritualidad* de la persona, sino a la *capacitación* de dicha persona para un servicio especial. Por ejemplo:
- (a) *Éxodo 31:1-5*. «Habló Yahweh a Moisés diciendo: Mira, yo he llamado por nombre a Bezaleel hijo de Urí, hijo de Hur, de la tribu de Judá; y *lo he llenado del Espíritu de Dios*, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte, para inventar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, y en artificio de piedras para engastarlas y en artificio de madera; para trabajar en toda clase de labor». El contexto nos dice claramente que esa «llenura del Espíritu de Dios» era un *don* que realzaba las habilidades artísticas de Bezaleel, de forma que *pudiese cumplir debidamente con su cometido en cosa tan sagrada como los utensilios del tabernáculo*.

(b) *Lucas 1:15*. Dice el ángel a Zacarías: «porque será (Jn -v. 13) grande delante de Dios. No beberá vino ni licor fuerte, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre». Es obvio que estamos aquí ante una «llenura de poder». El contexto posterior expresa los servicios especiales que Dios iba a encomendar a Juan el Bautista. Ver también *Lucas 1:41, 67; Hechos 2:4; 4:8, 31; 9:17 y 13:9*.

(c) *Hechos 6:3*. «Buscad, pues, hermanos de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo (servir a las mesas -v. 2)». Ryrie (o.c., pág. 376) tiene este lugar como uno de los que expresan *llenura del Espíritu de gracia*, lo mismo que *Lucas 4:1; Hechos 7:55; 11:24; 13:52 y Efesios 5:18*. Dejando aparte el análisis de los demás textos y la comparación con *Efesios 5:18*, el texto que ahora estoy examinando (*Hch. 6:3*) es, para mí, un caso muy claro de *la llenura de poder*, ya que:

(1) Si Esteban es una *excepción* (véanse los vv. 5 y 8) entre otros seis, que ya son *excepciones* (v. 3) entre los demás creyentes, tanto que es menester «buscarlos», es señal de que no estamos aquí ante la *llenura de gracia*, pues ésta está al alcance de *todos*, según *Efesios 5:18*.

(2) En el versículo 5, dice el texto que Esteban era «un varón *lleno de fe y del Espíritu Santo*». Pero la «fe» no puede ser aquí la gracia de la fe, pues ésta es común a todos los justificados por fe, sino la fe de poder, uno de los carismas del Espíritu Santo (*1 Co. 12:9*) que, como veremos en la lección 20, puede hallarse incluso en quienes no tienen el Espíritu de gracia.

(3) En el versículo 8 leemos que Esteban estaba «*lleno de gracia y de poder* (gr. *pléres járitos kai dunámeos*). La asociación de «gracia» con «poder» da a entender que el término «gracia» no indica la gracia como «favor santificante», sino como «don capacitante», al estilo de *1 Corintios 15:10* (la gracia del apostolado).

Así que, a la pregunta que encabeza este punto 3, respondo decididamente: Sí, sin excepción alguna, dependiendo de la obediencia de cada uno a la acción del Espíritu.

En otras palabras: A *ningún* creyente se le niega el acceso a la «llenura del Espíritu», de la que trata *Efesios 5:18* ni a una llenura «cada vez mayor».

4. Resultados de la llenura del Espíritu

Los resultados de la llenura del Espíritu pueden verse en el contexto posterior de Ef. 5:18 hasta llegar a 6:9. Son los siguientes:

- A) *Una actitud de adoración y de gratitud* (5:19-20): «Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, *cantando y alabando* al Señor en vuestro corazón; *dando gracias en todo tiempo* por todas las cosas al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Bien merece esta porción un breve análisis:
- (a) Notará el lector que, como primer resultado de la llenura del Espíritu, pone Pablo la adoración de *alabanza* al Señor, antes que la *acción de gracias*, porque en esta última ya entra nuestro propio interés (damos gracias *por algo que Dios nos ha dado*), mientras que la alabanza es completamente desinteresada (alabamos a Dios por lo que es en Sí). De ahí que, en los salmos laudatorios, ocurren dos verbos hebreos distintos entre sí: *Hallel*, que significa «alabar» y *yodé*, que significa «dar gracias». Es lástima que la Reina-Valera no los distinga casi nunca, vertiendo numerosas veces por «alabar» el verbo *yodé*.
- (b) Todo lo que sigue en el contexto posterior más cercano (no sólo los vv. 19 y 20, sino también el v. 21 y el 22 –éste implícito, sin verbo) está en gerundio castellano (participio griego), como señal clara de que *todo eso* habría de fluir espontáneamente de la llenura del Espíritu. Así, el versículo 21 comienza, según el original, «Sometiéndoo»; y el v. 22, con el verbo implícito «sometiéndoo» (más probable que «sometiéndose»): «Las casadas (sometiéndoo) a los maridos propios» -gr. *idíois* = «privados» o «particulares» (el mismo término que en 2 P. 1:20), es decir, «cada una al suyo».
- (c) Otra cosa digna de notarse es que, en la alabanza del v. 19, no sólo se menciona la música *cantada*, sino también –en mi opinión– la música *instrumental*, pues la mención de «salmos» implica un cantar acompañado con el «salterio» (ver Sal. 33:2; 150:3). Hoy día, es frecuente cantar acompañándose con la guitarra. Contra la opinión de muchos, sostengo que la guitarra no puede quitar reverencia al culto de adoración, cuando no la quita la voz «procedente del Cielo... semejante a la de *guitarristas que guitarreaban con sus guitarras*» (Ap. 14:2 –vers. lit.). Seguramente le interesará al lector que el término que las versiones suelen traducir por

«arpas» es, en el original griego, *kithára* = cítara, del que se deriva el castellano «guitarra».

(d) No debe pasarse por alto que Pablo, al hablar de la acción de gracias (v. 20), especifica que hay que «dar gracias» *en todo tiempo* (no hay tiempos «malos» para omitirlo) y *por todas las cosas* (no sólo las prósperas, sino también las que el mundo llama «adversas» –recordar Génesis 50:20 y Romanos 8:28).

B) *Una actitud de sumisión*. Esta sumisión afecta a diversas áreas de la vida cristiana:

(a) *Al área conyugal*. *Efesios 5:22-24*. «Las casadas, a sus propios maridos, como al Señor...». En el versículo 21, Pablo ha expuesto, como norma general, la «sumisión» recíproca de los miembros de la congregación. El verbo griego para «someterse» es *hupotássessthai* que, propiamente, no indica «sujeción», ni siquiera «sumisión», sino «subordinación». Es un término de connotación militar, donde el orden y la disciplina juegan un papel de la mayor importancia; pero no confiere señorío ni dominio ni en el ámbito de la congregación, ni en el de la familia ni en el de la sociedad. De paso diré que lo de «en el temor de Dios», del versículo 21, debe corregirse. El testimonio de los MSS a favor de la lectura «en el temor de Cristo» es abrumador. Significa «por respeto a Cristo». Dice J. Leal, en su comentario a dicho versículo: «Indica el motivo que debe vivificar la relación entre los diversos miembros de la familia cristiana».

Tras estos necesarios prenotandos, volvamos al versículo 22. Comienza, pues, el Apóstol aplicando la norma general de la subordinación a las relaciones conyugales (así, hasta el final del cap. 5). No voy a extenderme en un comentario amplio a toda la sección. El lector puede verlo en mi comentario de M. Henry. Me limito a decir que, a la esposa, Pablo le exige *subordinación* (v. 22), *en todo* (v. 24) y *respeto* (v. 33). No le pide «amor» al marido, porque la mujer no conoce el término medio de la «indiferencia»; *ama u odia, y para siempre*. La infidelidad conyugal no suele ser en ella un fenómeno espontáneo, sino reactivo. En cambio, al marido Pablo le exige *amor, más que a sí mismo, y sacrificio*, con el modelo de Cristo por delante (vv. 25-31). Al contrario que la mujer, el varón es *polígamo* casi por naturaleza; su corazón es voluble y puede cambiar del amor al odio, o a la indiferencia, y viceversa. La mujer puede cambiar *de opinión* con respecto a un hombre, pero no cambia de sentimientos; por el contrario, el hombre puede cambiar *de sentimientos* con respecto a una

mujer, pero no cambia de opinión, ya que, en lo tocante al amor, a la mujer se la conoce en seguida. Muchas de estas consideraciones no se hallan en mi comentario de M. Henry.

(b) *Al área familiar. Efesios 6:1-4.* «Hijos (gr. *tékna* = prole de ambos sexos), obedeced en el Señor a vuestros padres (gr. *gonéusin* = progenitores de ambos sexos)». Pablo añade aquí una razón diferente de la que expone en Colosenses 3:20 («porque esto agrada al Señor»). Aquí dice: «porque esto es justo (gr. *dikaion* = lo que pertenece a la justicia que el cristiano debe practicar)». Esta «justicia» la cumplen los hijos *honrando* (gr. *tíma* = «honor» compuesto de «respeto» y «aprecio») al padre y a la madre (v. 2). El Apóstol añade aquí (v. 3) una razón suplementaria: «para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra». Esta parece ser la «promesa» a la que se refiere en la 2ª parte del versículo 2. ¿Cómo dice que es «el primer mandamiento con promesa», cuando no es el primer mandamiento ni es la primera promesa aneja a un mandamiento? La única solución válida está en entender «primero» en sentido de «primordial para un israelita», no tanto por los bienes materiales como por la vida larga, en paz y en comunión con Yahweh, que la bendición paternal comportaba. A continuación, Pablo se dirige (v. 4) a los padres (gr. *patéres* = padres del sexo masculino), a quienes Proverbios 1:8 atribuye las funciones de *corrección* y *disciplina* que en este versículo 4 se indican (gr. *nouthesía* y *paidéia* respectivamente, que se hallan en orden inverso en Ef. 6:4). Permítaseme traducir literalmente Proverbios 1:8, por su importancia exegética y doctrinal:

«Escucha, hijo mío, la *corrección* (heb. *musar*) de tu padre
 »Y no desprecies la *instrucción* (heb. *torat* -¡la ley!) de tu madre».

Como puede ver el lector, la «corrección» pertenece al *padre*, a quien también pertenece la disciplina, de acuerdo con Hebreos 12:7-11. En cambio, a la *madre* pertenece enseñar algo así como el ABC de la Ley al niño que todavía está arrimado a su pecho. Un padre puede enseñar a sus hijos muchos *conocimientos*, incluso el conocimiento de las Sagradas Escrituras, pero la madre enseña al hijo las primeras verdades que *hacen sabio para la salvación* (2 Ti. 3:15). Véase también 2 Timoteo 1:5, y corrija el lector una palabra en 3:14; el original griego no dice «... de quién», sino «... de quiénes», en plural, apuntando sin duda a la abuela y a la madre de Timoteo. Además, el verbo no es pretérito perfecto, sino aoristo: «*aprendiste*», que implica una mayor anterioridad.

(c) *Al área social (vv. 5-9)*. Pablo se dirige a siervos y amos que son creyentes. Lo hace más brevemente en Colosenses 3:22-4:1. En ninguno de los dos lugares se mencionan amos no creyentes, pero conociendo la mentalidad del Apóstol (ver, p.ej., Ro. 12:17-21), se puede asegurar que lo que dice Pablo a los siervos (gr. *doúloi* = «esclavos») tiene también aplicación cuando los amos no son creyentes, y aun malvados. Sin embargo (ver 1 Co. 7:20-21), un esclavo creyente tiene derecho a emanciparse de su amo. Veamos brevemente lo que Pablo pide al esclavo y al amo:

(1) Al *esclavo* le pide: (I) obediencia; (II) respeto y sentido de la responsabilidad, pues eso es lo que significa la frase «con temor y temblor»; (III) «sencillez de corazón», es decir, sinceridad, integridad y laboriosidad; «*como a Cristo*» (la misma frase de 5:22) ya que todo lo que el cristiano practica adquiere carácter «sagrado»; no hay acción «neutral» para él: o sirve, en última instancia, al Señor o se sirve a sí mismo... o al diablo; (IV) no para ser vistos, esto es, no sólo cuando el amo está presente y vigilando. En la motivación, Pablo les recuerda (I') que, sirviendo así al amo, «están haciendo la voluntad de Dios»; (II') que cada uno cosechará de parte de Dios conforme al bien que haya hecho.

(2) Al *amo* le pide: (I) que se comporte con los esclavos en justa correspondencia con lo que se exige a los esclavos; (II) que no eche mano al látigo para castigar al esclavo que, a juicio del amo, no rinde lo que el amo esperaba de él. En la motivación, Pablo les recuerda que, sobre «esclavos» y «amos», indistintamente, hay en el Cielo un «Señor de ambos».

5. ¿Cómo puedo yo ser lleno del Espíritu?

Con este punto termina Ryrie el capítulo 66 sobre la *llenura del Espíritu*. A la pregunta que encabeza este punto, responde Ryrie de dos maneras:

A) *No hay que orar para ser lleno del Espíritu*, puesto que, tras la experiencia de Pentecostés, no existe en el N.T. ningún ejemplo de tal clase de oración. Personalmente, tengo mis reservas acerca de ese modo de pensar del Dr. Ryrie. Es cierto que la *llenura* es obra de la iniciativa soberana del Espíritu Santo, pero seguramente que un creyente puede orar para ser más y más lleno del Espíritu y para que lo sean otros creyentes.

¿Qué es un «reavivamiento» sino una mayor llenura personal y colectiva del Espíritu de gracia y de poder? Y, aunque nada podemos *hacer* para hacer bajar del Cielo un «reavivamiento», a buen seguro que podemos *pedir* con ansiedad, como Isaías (Is. 64:1): «¡Oh, si rasgases los cielos y descendieras...!»

- B) «Si la llenura –dice Ryrie (o.c., pág. 378)– tiene que ver con el control del Espíritu en la vida de una persona, entonces la llenura está relacionada con la obediencia rendida (íngl. *yieldedness*)... Puedo controlar mi voluntad, pero no puedo manipular Sus actividades». Totalmente de acuerdo, en esto, con el Dr. Ryrie.

Un alumno de W. Grudem (citado por él, en nota al pie de la pág. 783 de su o.c.), después de trabajar por más de diez años con estudiantes universitarios, confiesa haber hallado en los estudiantes cristianos un deseo muy grande por saber cómo pueden ser llenos del Espíritu Santo, y concluye que una enseñanza efectiva en el área de referencia debe incluir «la necesidad 1) de rendir completamente nuestra vida a Dios (Ro. 12:1; Gá. 2:20), 2) de depender completamente de Dios para el poder en orden a vivir la vida cristiana (Ro. 8:13; Gá. 2:20; 3:2-3) y 3) de obedecer los mandamientos de Dios en nuestra vida (1 Jn. 2:6)».

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 16

- 1ª pregunta* ¿Cree usted que sería correcto, conveniente, tratar de obtener en este momento de su vida una experiencia de llenura del Espíritu Santo? ¿Cómo podría uno llegar a esto?
- 2ª pregunta* Todos nos percatamos de que es posible dar demasiado énfasis a una cosa buena en la vida cristiana, hasta el punto de que nuestra vida cristiana llegue a desequilibrarse y no sea en el ministerio tan efectiva como debería ser. Pensando en los distintos aspectos en los que podemos crecer en la vida cristiana (conocimiento de la palabra de Dios, oración, amor a Dios y al prójimo –incluidos los no cristianos–, adoración, santidad de vida, uso de los dones espirituales, comunión con Dios, etc.), ¿en qué áreas cree usted que necesita pedir a Dios un mayor crecimiento en su vida?
- 3ª pregunta* Insistiendo en el mismo punto, ¿sería conveniente pedir al Señor una nueva llenura del Espíritu Santo para contribuir al crecimiento en las áreas mencionadas en la pregunta anterior?
- 4ª pregunta* Respecto a este tema de la llenura del Espíritu, ¿cree usted que las iglesias evangélicas, en general, están adquiriendo mayor unidad en cuanto a este aspecto, o piensa usted que, por el contrario, les está ocasionando mayor división?

LECCIÓN 17

El Espíritu Santo en la glorificación del creyente

I. INTRODUCCIÓN

Cristo vino a este mundo a morir por *nosotros* –las personas, no sólo una parte de nuestra naturaleza racional–, y su redención, por tanto, no sólo alcanzó a nuestro espíritu para rescatarlo del pecado, sino también a nuestro cuerpo. Así que la *aplicación* de la redención, en la que el Espíritu Santo está trabajando en el creyente, no será completa hasta que nuestro cuerpo esté completamente libre de los efectos de la caída original. La etapa de la aplicación de la redención en la que recibiremos el cuerpo de resurrección es lo que llamamos *glorificación*.

El día de nuestra glorificación será un día de espléndida victoria, porque en ese día será destruido el postrer enemigo, como dice la Escritura: «Porque preciso es que él (Cristo –v. 23) reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. *Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte*» (1 Co. 15:25-26). Y, al final de la discusión sobre la resurrección de los cuerpos de los creyentes, Pablo exclama: «Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Co. 15:54-55).

1. Definición

Podemos decir que la glorificación es «*el paso final en la aplicación de la redención*». Cuando el Señor regrese para tomar a los Suyos, los cuerpos de los que entonces no hayan experimentado la muerte física serán transformados, y

los creyentes que hayan muerto serán resucitados a la nueva vida del cuerpo de resurrección.

2. *Lugares del N.T. que muestran la glorificación del creyente*

La porción clásica acerca de la glorificación o resurrección del cuerpo es 1 Corintios 15:12-58. Dice el Apóstol: «Porque así como en Adán todos mueren, *también en Cristo todos serán vivificados*. Pero cada uno en su debido orden: Las primicias: Cristo; luego, los que son de Cristo, *en su venida*» (1 Co. 15:22-23 –el v. 23 es preciso ordenarlo sintácticamente de ese modo, para evitar confusiones). Y, más adelante, añade: «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; *pero todos seremos transformados*, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (vv. 51-52).

Otra porción importante es 1 Tesalonicenses 4:13-18, que dice así al pie de la letra: «Mas no deseamos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis también, como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá (gr. *áxei* = «conducirá» -el mismo verbo de Ro. 8:14) Dios con él a los que durmieron por medio de él. Porque os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron; pues el Señor mismo, en voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; después nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado, *seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor al espacio aéreo* (¡al primer cielo!); y así, para siempre con el Señor estaremos (éste es el orden sintáctico en el original). De modo que consolaos los unos a los otros con estas palabras».

No son éstos los únicos lugares del N.T. que nos proporcionan esta enseñanza. El lector puede estudiar también Juan 5:28-29; 6:39-40 (también vv. 44 y 54); Ro. 8:11; 2 Co. 5:1-10 y Fil. 3:20-21.

3. *¿Hay en el A.T. alguna evidencia de la futura glorificación?*

A esta pregunta respondo sin titubeos: El único lugar del A.T. en el que es evidente que se expresa la enseñanza de la resurrección de los muertos es Daniel 12:2 (que el propio Jesús recoge en Jn. 5:29), con la promesa del Señor

preencarnado al propio Daniel en el v. 13. Advierto aquí que otros lugares que suelen aducirse (Job 19:25-26; Sal. 49:15; 73:24-25; Pr. 23:13-14; Is. 26:19 –véase a la luz de Ez. 37) no prueban nada en buena hermenéutica.

Sin embargo, lo que es sumamente oscuro en el A.T. se hace claro en el Nuevo. Quiero decir, que el A.T. suministra una prueba *indirecta, a través de la revelación completa del N.T.* Así lo muestran los siguientes lugares:

- A) *Juan 11:23-24.* «Jesús le dijo (a Marta –v. 21): Tu hermano resucitará. Marta le dijo: «*Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero*». Esto indica que muchos judíos contemporáneos de Jesús tenían alguna esperanza en una futura resurrección corporal.
- B) *Hechos 24:15.* El sumo sacerdote Ananías y algunos de los ancianos descienden al tribunal del gobernador Félix con el fin de acusar a Pablo de ser «una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos» (v. 5). Cuando Félix le dio a Pablo permiso para hablar (v. 10), confesó, entre otras cosas, algo que le era común con los que estaban allí presentes para acusarle: «teniendo esperanza en Dios, la cual también ellos abrigan, *de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos*».
- C) *Hebreos 11:10* nos dice de Abraham que «esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios», por lo cual «habitó como extranjero en la tierra prometida» (v. 9). Esa *ciudad* no puede ser otra que la Jerusalén celestial de Apocalipsis 21:2. Algo que debe causar inmenso gozo a todo creyente es que dicha ciudad:
- (a) «*Tiene fundamentos*», es decir, está sólidamente edificada, no hay para ella peligro de derrumbamiento, ni de incendio ni de inundación.
- (b) «*Cuyo arquitecto... es Dios*». Esto explica que la ciudad no corra peligro en absoluto, puesto que quien ha trazado el plano, como arquitecto, ha sido el mismo Dios. Podemos imaginarnos la belleza de todas sus estructuras, como obra digna de la sabiduría, del amor y del poder infinitos de Dios. «No faltará ningún detalle» –como suele decirse.
- (c) «*Cuyo... constructor es Dios*». Si Dios fuese el arquitecto, pero no el constructor, siempre cabría algún defecto en el edificio, ya que sólo Dios es infinito en todas sus perfecciones y, por tanto, *totalmente fiable*. Pero el arquitecto es *también* el constructor. Dios no quiere delegar en nadie la tarea de preparar una mansión digna de Él para Sus hijos. Esta tarea amorosa, de la que Dios no tiene por qué avergonzarse, es la que se

menciona en el versículo 16: «Pero anhelaban una mejor (patria -v. 14), esto es, *celestial*; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; *porque les ha preparado una ciudad*».

D) *Hebreos 11:17-19*. «Por la fe Abraham, cuando estaba siendo probado (lit.), ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas (de tener una descendencia innumerable a través de Isaac) ofrecía a su unigénito (Ismael, el hijo de la esclava, no cuenta aquí), habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; *pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos*, de donde, en sentido figurado, también lo volvió a recibir». Esta porción explica muchas cosas del capítulo 22 del Génesis:

(a') Muestra la firmeza de la confianza que Abraham tenía en *el objeto de su fe: un Dios Todopoderoso*.

(b') Explica por qué dijo Abraham a sus siervos (Gn. 22:5) «... y *volveremos* (plural) a vosotros».

(c') También explica por qué, ante la pregunta inquietante de Isaac (v. 7), Abraham contestó (v. 8) «Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío».

(d') Finalmente, indica la firme determinación de Abraham al preparar, *sin pausas para considerar lo tremendo del acto que iba a ejecutar*, todo lo necesario para el sacrificio (v. 9) y, *sin pausa también* (v. 10), «*extendió Abraham su mano* (es decir, alargó la mano hacia el cuchillo) y *tomó el cuchillo para degollar a su hijo*». Pongámonos, por un momento, en el lugar de Abraham, ¿nos atreveríamos a degollar con un cuchillo a un hijo unigénito por el cual habíamos estado suspirando durante cien años? ¿Qué pensamientos pasarían por la mente de Abraham en ese momento? ¿Pensamientos? *Solamente uno: «Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos»*.

4. ¿Cómo será nuestro cuerpo en la resurrección?

A esta pregunta responde Pablo en 1 Corintios 15:42-44. Usando los símiles del grano de trigo que se siembra (vv. 36-39) y el del diferente brillo de los astros (vv. 40-41), dice: «*Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual*». Aquí tenemos las cuatro preciosas cualidades de los cuerpos de resurrección:

- A) «*Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción*». Nuestro cuerpo mortal está sujeto a toda clase de deterioro: dolores, enfermedades y, finalmente, la muerte que convierte el cuerpo en un montón de escombros. En cambio, el cuerpo de la resurrección estará inmune de todo deterioro. Pablo le aplica aquí el mismo vocablo de 1 Pedro 1:4: «para una herencia *incorruptible...*», es decir, imperecedera por su propia naturaleza. Nada ni nadie podrá destruir de nuevo nuestro cuerpo de resurrección (ver Ap. 21:4).
- B) «*Se siembra en deshonra* (mejor que «deshonra» –que tiene una connotación moral peyorativa), *resucitará en gloria*». El cuerpo muerto, especialmente cuando comienza la descomposición, queda despojado de cualquier atractivo físico que haya podido poseer en vida. Por contraste, el cuerpo resucitado brillará con el resplandor glorioso de la Transfiguración. Además, como el término «gloria» se aplica a menudo en las Escrituras al resplandor que rodea la presencia misma de Dios, el vocablo sugiere que el resplandor que envolverá nuestro cuerpo será una evidencia exterior muy apropiada de la posición tan elevada que Dios nos ha otorgado y de que somos semejantes a Cristo resucitado, llevando su imagen (v. 49). Ver Daniel 12:3; Mateo 13:43; Filipenses 3:21; Colosenses 3:3; 1 Juan 3:2. Ya se insinuaba la gloria de la era venidera en el resplandor que irradiaba el rostro de Moisés por la estrecha comunión con la gloria de Yahweh (Éx. 34:35).
- C) «*Se siembra en debilidad*». Nada tan inerte e impotente como un cadáver; al no tener vida, tampoco tiene capacidad de movimiento. En cambio, cuando *resucite en poder*, no sólo será inmune a la enfermedad y al envejecimiento, sino también lleno de energía y poder. Esto no significa que vayamos a ser en el cielo «superhombres» al estilo legendario de Hércules. Dice Grudem (o.c., pág 832): «Será la fuerza suficiente para llevar a cabo todo lo que deseemos hacer en conformidad con la voluntad de Dios».
- D) «*Se siembra cuerpo natural* (mejor que «animal» –es el mismo vocablo de 1 Co. 2:14); *resucitará cuerpo espiritual*». Se llama «natural» al cuerpo que ahora tenemos porque es un cuerpo adaptado a las características de nuestra existencia terrena, sometido a las concupiscencias desordenadas después de la caída original y gobernado por una voluntad inclinada al pecado. El cuerpo que recibiremos en la resurrección será «espiritual», no porque sea de naturaleza *espiritual*, ya que tendrá consistencia *física*, ni

tampoco porque esté animado por el Espíritu Santo, sino porque estará adaptado al *pnéuma* o principio de la vida espiritual en su doble aspecto de «intelectiva natural» y «espiritual sobrenatural».

Recordará el lector que repetidamente, a lo largo del CURSO, he hecho notar que la obediencia a Dios, lejos de disminuir la libertad, la consolida. Recientemente, lo he comentado en la lección 12 al hablar del proceso de «integración»; luego, en la pregunta 14 de la misma lección 12, y en la lección 16, en el punto 4, B), (c), (1) y en el punto 5, B). Con su inimitable estilo, C.S. Lewis, en *The Problem of Pain*, cap. VIII sobre el Infierno, hacia el final, páginas 115-116, hace ver esto mismo acerca de los bienaventurados en el Cielo, en contraste con la esclavitud autoimpuesta por los condenados en el Infierno. Lo pongo aquí, traducido del inglés, no sólo por su penetración teológica, sino también por su valor devocional:

«Ellos (los condenados) disfrutaban para siempre la horrible libertad que habían exigido y, por tanto, están autoesclavizados: así como los bienaventurados, sometiéndose para siempre a la obediencia, se vuelven por toda la eternidad más y más libres.

»A fin de cuentas, la respuesta a todos los que objetan a la doctrina del Infierno, es en sí misma una pregunta: “¿Qué le pide usted a Dios que haga?” ¿Que borre todos sus pecados pasados y que, a toda costa, les otorgue un nuevo comienzo, suavizando todas las dificultades y ofreciendo toda clase de ayudas milagrosas? Pero, si ya lo ha hecho en el Calvario. ¿Que los perdone? No quieren ser perdonados. ¿Que los deje solos? Ay, me temo que eso es lo que Él hace.

»Una advertencia, y termino. A fin de estimular las mentes modernas a un entendimiento de las consecuencias, me atreví a introducir en este capítulo una descripción de la clase de hombre malo del que más fácilmente percibimos que es verdaderamente malo. Pero una vez que la descripción ha cumplido su papel, cuanto antes se olvide, mejor. En todas las discusiones acerca del Infierno, deberíamos tener constantemente ante nuestros ojos la posible condenación, no de nuestros enemigos ni de nuestros amigos (pues ambos enturbian la razón), sino de nosotros mismos. Este capítulo no es acerca de la esposa o del hijo de usted, ni acerca de Nerón o de Judas Iscariote; es acerca de usted y de mí».

Volviendo a lo de las cualidades de los cuerpos resucitados, Pablo no menciona otras cualidades como la penetrabilidad y la ingravidez. De esta última (no estar sujeto a la ley de la gravedad), parece una consecuencia lógica de la «resurrección en poder» (1 Co. 15:43b) e incluso de la «resurrección como cuerpo espiritual», dócil al mando del Espíritu. En cuanto a la penetración (no estar sujeto a la ley de la impenetrabilidad), las Escrituras la mencionan al decirnos que «estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús, y puesto en medio...» (Jn. 20:19 –también en el v. 26). Igualmente salió del sepulcro sin remover la piedra y pasando a través de los lienzos que lo cubrían por completo (Jn. 20:6-8), como ya vimos en la lección 17 de la Parte II (*Dios Redentor*) del CURSO.

Entre otras cuestiones que podrían discutirse por su interés, está la de la identidad del cuerpo resucitado con el cuerpo que tenemos en esta vida, lo que tiene conexión con la cuestión sobre si nos reconoceremos mutuamente en el Cielo. Para responder a esto, voy a establecer las siguientes afirmaciones, con base en 1 Corintios 15:36-41:

- (a) El cuerpo resucitado es *diferente* del cuerpo sepultado (vv. 36-41).
- (b) El cuerpo resucitado está *relacionado* con el cuerpo sepultado (v. 36).
- (c) El cuerpo resucitado guarda una *identidad* con el cuerpo sepultado (v. 38).

Voy a mostrar a continuación la base bíblica de cada una de esas tres afirmaciones:

- (a) *El cuerpo resucitado es diferente del cuerpo sepultado.* En efecto, Pablo dice (vv. 37-38): «Y lo que siembras *no es* el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da un cuerpo *como él quiso*, y a cada semilla su propio cuerpo». Comentando estos versículos, dice Ch. Hodge (1 Co., pág. 318):

«La primera cláusula de este versículo (el 37) es absolutamente independiente. *Y en cuanto a lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha de salir.* Es decir, no siembras la planta, sino *el grano desnudo*, el simple grano, *que puede ser de trigo o de otro grano.* El propósito de la ilustración es mostrar que lo que sale es muy diferente de lo que se ha depositado en la tierra. Siembras una semilla y aparece una planta».

- (b) *El cuerpo resucitado está relacionado con el cuerpo sepultado.* Es decir, hay cierta *continuidad* entre ambos. Dice Pablo (v. 36): «Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes». La conexión sintáctica de estas dos proposiciones es tal, que no puede menos de admitirse que hay una continuidad entre el cuerpo que ahora tenemos y el que recibiremos en la resurrección. Ya Tertuliano tuvo que salir al paso de quienes negaban toda clase de identidad entre el cuerpo muerto y el resucitado. Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos hacían ver que la palabra misma «re-surrección» lo indicaba, ya que «re» da a entender que *vuelve a levantarse lo que cayó*. Ver Epifanio hacia el 375.

Si el cuerpo resucitado no tuviese ninguna conexión con el cuerpo muerto, tendríamos, como dice L. Ott (*Fundamentals of Catholic Dogma*, pág. 491), «la inquietante posibilidad de que el esqueleto de un muerto esté en la tierra, mientras que él esté en el cielo con el cuerpo resucitado». Y el teólogo bautista A.H. Strong escribe (*Systematic Theology*, pág. 1.019):

«Si mi cuerpo fuese aniquilado en este momento y, una hora más tarde, Dios crease un segundo cuerpo exactamente igual al actual, yo no podría considerarlo justamente el mismo aun cuando estuviera animado por la misma alma y esta alma hubiera existido sin interrupción entre el tiempo de la aniquilación del primer cuerpo y la creación del segundo. Así que, si el cuerpo depositado en la tumba fuese completamente disuelto en sus elementos, y Dios crease en el fin del mundo un cuerpo enteramente nuevo, Pablo no habría podido decir: “*Es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción*” (1 Co. 15:35), ni “*Se siembra en deshonra, resucitará en gloria*” (v. 43)».

- (c) *El cuerpo resucitado guarda una identidad con el cuerpo sepultado.* Dice Pablo (v. 38): «pero Dios le da el cuerpo como él quiso y a cada semilla su propio grano».

A causa de la fluidez con que el Apóstol va desarrollando su argumentación, no es fácil distinguir entre los diversos aspectos que estoy comentando. También podría organizarse la porción (vv. 36-38) del modo siguiente:

- (a') *Identidad* (v. 36).
- (b') *Diversidad* (v. 37).
- (c') *Continuidad* (v. 38).

Podemos concluir, pues, que Pablo no habla de un cuerpo *distinto*, sino de un cuerpo *transformado*, y que se está refiriendo únicamente al cuerpo de los salvos, de los que «durmieron en el Señor». Más sobre todo esto, en mi libro *Escatología II*, lecciones 14 y 15.

5. ¿Cuándo será la resurrección de los justos?

Entramos ahora en un tema polémico, sobre el cual sanos y salvos expositores bíblicos difieren conforme al concepto que tienen de la Segunda Venida del Señor. Trataré de resumir, con la mayor claridad posible, lo que escribí en *Escatología II*, desde la lección 16 hasta la 26 inclusive. Comenzaré por lo que aparece más explícitamente en las Escrituras, para pasar después a lo que no está tan explícito.

- A) Las Escrituras dicen explícitamente que hay *una diversidad radical* en la resurrección de los muertos (véase Dn. 12:2; Mt. 25:46; Jn. 5:28-29; Hch. 24:16).
- B) Las Escrituras dicen implícitamente que hay, por lo menos, *dos resurrecciones de los justos*. Veamos los siguientes lugares:
- (a) *1 Corintios 15:22-24*. «Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Las primicias, Cristo; luego los que son de Cristo, en su venida. Después (vendrá) el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre». Esta porción insinúa por lo menos que habrá tres resurrecciones de los justos, porque menciona 1) las *primicias*; es cierto que eso se refiere a Cristo, no a un grupo «suelto», pero la misma terminología nos lleva a las primicias de la cosecha en Israel, las cuales no se componían de un solo grano ni de una sola espiga, sino de uno o varios manojos de espigas; 2) *luego, los que son de Cristo en su venida*. Aunque no se admita más que un solo momento en la Segunda Venida de Cristo, éstos forman obviamente un segundo grupo; 3) *Después (vendrá) el fin...* Incluso expositores amilenialistas como los redactores de la Biblia Cantera-Iglesias, suplen el verbo «vendrá», con lo que se insinúa un tercer grupo de resucitados en «el fin», que no puede ser otro que el fin de la historia de la salvación. Ahora bien, no se puede objetar diciendo que la universalidad del versículo 22 pide que se entienda también de la resurrección de los no salvos, pues el verbo griego *zoopoiethésontai* = «serán vivificados» sólo puede referirse a salvos (comp. con Jn. 5:21).

(b) *Apocalipsis 20:4-5* dice de los mártires anteriormente *decapitados* que «volvieron a la vida y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección». Veamos lo que, en este texto, hay totalmente claro y lo que ya es discutible: 1) Está claro que se habla aquí de dos resurrecciones físicas; la *primera resurrección* no puede ser una resurrección *espiritual* porque todo el contexto prueba lo contrario; 2) El versículo 6 implica que la primera resurrección no tiene que ver con los no salvos, sino con el *bienaventurado y santo*. Pero 3) los 24 ancianos que aparecen en el Cielo ya en el capítulo de Apocalipsis es lo más probable que sean una representación regio-sacerdotal de la iglesia, *arrebatada* (1 Ts. 4:17) antes de la Gran Tribulación; forman, pues, un grupo de salvos distinto de los de Apocalipsis 20; y 4) es muy probable que, durante el Milenio mueran bastantes personas salvas (ver Is. 65:20); si es así, seguramente habrán de resucitar antes de ser presentadas ante el Señor en el Juicio Final, con lo que tendríamos un tercer grupo de resucitados salvos.

- C) Las Escrituras dicen explícitamente que existe un *Milenio*, ya que, hacia el final del Apocalipsis, en Apocalipsis 20:2-7, la expresión griega *jilía éte* = «mil años», aparece seis veces. Durante ese tiempo el diablo bien caracterizado con los cuatro nombres con que ocurre a lo largo de las Escrituras, estará atado y encerrado en el abismo.

Con lo que hemos dicho en B) acerca de las resurrecciones, parece obvio el tiempo en que tal acontecimiento ha de ocurrir. Sin embargo, hay numerosos expositores bíblicos que no lo ven así. Las opiniones se dividen en tres grupos:

(a) Los *amilenaristas* (o *amilenialistas*, y así en los otros dos casos), en general, niegan la existencia de un periodo literal de mil años de paz en la perspectiva profética del futuro; afirman que Satanás fue atado cuando Cristo triunfó sobre él en la Cruz y dicen que Cristo ya reina. *Crítica*: 1) No hay motivo para negar el sentido *literal* del Milenio. 2) Que Cristo esté reinando ya, cuando el mundo sigue rechazándolo, es demasiado optimismo. Con respecto a la Iglesia, Cristo es la Cabeza y el Esposo, pero no es el Rey. 3) Finalmente, que el diablo esté ya atado y encerrado no es conforme a la experiencia ni conforme a las Escrituras (ver, p.ej., Hch. 5:3; 1 Ti. 5:15; Stg. 4:7; 1 P. 5:8). Como alguien ha dicho, «si el diablo está atado, muy larga tiene que ser la cadena, pues llega hasta los últimos confines de la tierra».

(b) Los *postmilenaristas* admiten un Milenio literal, pero aseguran que la Segunda Venida de Cristo ocurrirá *después* del Milenio. En la era presente, la predicación del Evangelio efectuará progresivamente un aumento de paz y de toda clase de bendiciones, hasta que todo esté preparado para que se cumpla la profecía de Isaías 11:9: «*la tierra será llena del conocimiento de Yabweb, como las aguas cubren el mar*». *Crítica:* Para refutar esta opinión, no hace falta acudir a las Escrituras; la experiencia del presente siglo XX es suficiente para echarla por tierra. Esta escuela de pensamiento llegó a hacerse popular en los siglos XVIII y XIX, pero este siglo de dos Guerras Mundiales y constantes guerras y guerrillas ha dado al traste con el optimismo de los postmilenaristas.

(c) Los *premileneristas* tienen todos en común la opinión de que el Milenio ha de entenderse literalmente y que ha de ocurrir después de la «primera resurrección» física de los justos, conforme a la última frase de Apocalipsis 20:5. Durante el Milenio, habrá en la tierra completa paz y prosperidad, aunque habrá muchísimas personas inconversas, conforme al versículo 9. No son optimistas ni pesimistas, sino «realistas» que ven ir el mundo de mal en peor, aunque no en cada aspecto y detalle. Se dividen en tres grupos: pretribulacionistas, mediotribulacionistas y posttribulacionistas.

(1) Los *pretribulacionistas* sostienen que la Iglesia será arrebatada antes de la Gran Tribulación. Así piensan la mayoría de los premilenaristas; a su vez, la mayoría inmensa de los pretribulacionistas son también *dispensacionalistas*, respetando así las «fronteras» históricas de Israel y de la Iglesia, etc. En mi opinión, ésta es la que mejor se compagina con los pasajes proféticos en general y con el Apocalipsis en particular.

(2) Los *mediotribulacionistas* afirman que la Iglesia será arrebatada después de los primeros «tres años y medio» de la semana 70^a de Daniel 9:27. Se apoyan en dos puntos: (I) *Apocalipsis 7:14*, donde se habla de un número incontable de personas convertidas, y (II) *Daniel 9:27*, pues sólo a la mitad de esta 70 semana comienza la persecución notoria y virulenta suscitada por el Anticristo. *Crítica:* A pesar de la creciente acogida que esta opinión está recibiendo en ciertos círculos, no tiene en mi opinión la consistencia necesaria para poder sostenerse, pues (I') La multitud innumerable de Apocalipsis 7:14 no representa a la Iglesia, que ya estaba arrebatada en 4:1; (II') Es cierto que, conforme a Daniel 9:27,

sólo a la mitad de la semana 70, comienza la persecución sangrienta contra Israel al quebrantar el Anticristo el pacto concertado con los judíos, pero la persecución fiera, aunque solapada bajo la máscara de pacifismo (ver la figura del jinete que monta el caballo blanco de 6:2 –desarmado en apariencia, pero «le fue dada una corona, y salió venciendo y para vencer»), comienza desde el momento en que el Cordero abre el primer sello (6:1) cuya revelación da paso al drama que no cesará hasta el capítulo 19 y (III') El mediotribulacionismo, como todos los antidispensacionistas, no respeta las fronteras históricas de Israel y de la iglesia.

(3) Finalmente, los *postribulacionistas* afirman que la Iglesia será arrebatada después de la Gran Tribulación. Se apoyan, (I) en *Juan 16:33*: «*En el mundo tendréis aflicción*»; (II) en *Mateo 24:40-41*: «*... el uno será tomado, el otro será dejado..., la una será tomada, la otra será dejada*». *Crítica*: (I') Es cierto que, tanto en *Juan 16:33* como en *Mateo 24:21*, el griego usa el vocablo *thlipsis* = «aflicción», pero en *Mateo 24:21* no se trata de una *thlipsis* corriente, sino de una *thlipsis megále* = «grande aflicción». El versículo dice así literalmente: «Porque habrá entonces una aflicción (= tribulación) grande cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora *ni la habrá en modo alguno*». (II') En cuanto a la interpretación de *Mateo 24:40-41*, contra lo que se cree ordinariamente entre los «Hermanos» –por lo menos en España–, la solución más probable es la del Dr. Pentecost: «unos serán *tomados* para ser llevados a juicio, otros serán *dejados* para testimonio».

6. Función del Espíritu Santo en la glorificación

Como en todo lo demás que atañe a la *aplicación* de la redención, el Espíritu Santo es el agente ejecutivo de la glorificación del creyente. Esto es, en efecto, lo que hallamos en las Escrituras del N.T.

- A) *Juan 6:54*. «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero». Jesús promete aquí que quien le coma por fe (ver el v. 35), tendrá garantizada la resurrección en el día postrero. Ahora bien, que el Espíritu Santo es el agente ejecutivo de esa garantía, lo vemos por *Romanos 8:11*: «... *por medio de su Espíritu que inhabita en vosotros*» (lit.).

- B) Esta misma garantía es mencionada expresamente en Efesios 1:13-14, conectada con el *sellado* del Espíritu, siendo el Espíritu Santo el *sello* mismo, como ya expuse en la lección 14, punto 4.
- C) El sellado del Espíritu aparece en Efesios 4:30 como garantía *para el día de la redención*. Esta «redención», como es obvio, no es la del Calvario, ni siquiera la aplicación de la redención en el momento de la justificación, sino «*la redención de nuestro cuerpo*» (Ro. 8:23), es decir, la glorificación por medio de nuestra resurrección física.
- D) Puesto que el sello lleva la *imagen de Cristo*, según expuse en la lección 14, punto 4, el Espíritu que imprime esa «imagen» es el que como agente ejecutivo, «nos modela *conforme a la imagen del Hijo*» (Ro. 8:29).
- E) Por tanto, también es el Espíritu Santo quien da el último «toque» a esa imagen, de modo que «cuando él (Cristo) se manifieste, *seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es*» (1 Jn. 3:2).

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 17

- 1ª *pregunta* Pablo dice que aguardar la futura resurrección corporal es la «esperanza» en la que fuimos salvos (Ro. 8:24). ¿Es la esperanza de una futura resurrección de su cuerpo una de las mayores cosas que usted tiene en perspectiva para el futuro? Si no es así, ¿por qué no?
- 2ª *pregunta* Insistiendo en lo mismo, ¿qué es lo que podría aumentar la esperanza de usted en la futura resurrección del cuerpo?
- 3ª *pregunta* Tan grande era el anhelo de Pablo por el día venidero de la resurrección, y tan bien percatado estaba de las dificultades que aún sufrimos en esta vida, que pudo decir: «Si solamente en esta vida esperamos en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres» (1 Co. 15:19), y: «Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (1 Co. 15:32). ¿Tiene usted tal anhelo por la resurrección futura, que le produce también esa clase de sentimientos en su corazón? Si no es así, ¿por qué no contempla usted la resurrección del cuerpo con la misma óptica de Pablo?
- 4ª *pregunta* ¿Qué cree usted que podría ocurrir en su vida para darle un mayor anhelo de la resurrección de su cuerpo? Si tiene usted un abuelo o una abuela u otro pariente o amigo que murió ya mayor y partió para estar con Cristo, ¿cómo le parece a usted que esa persona aparecerá en el día de la resurrección? Estoy escribiendo esto el 13 de agosto de 1997, dos meses y medio desde que mi querida esposa partió para estar con Cristo; por eso, estas cosas tienen para mí una resonancia especial. Quizás algún lector haya pasado recientemente, o esté pasando ahora, por una experiencia semejante; ¿verdad, hermano, que me entiende usted bien?
- 5ª *pregunta* Volviendo al mismo pensamiento, ¿puede usted imaginarse cómo será el encuentro con esa persona en una nueva relación? ¿En qué será su relación con ella diferente de como lo fue en esta vida?

LECCIÓN 18

Otros ministerios del Espíritu Santo

I. INTRODUCCIÓN

Gran parte de los ministerios del Espíritu Santo han sido estudiados ya en esta Parte Tercera del CURSO, especialmente la obra de *gracia* en las tres etapas de la salvación y la obra de *poder* en la capacitación para los distintos servicios. Grudem trata este tema en su o.c., págs. 634-649, donde, después de una introducción, trata (A) de la capacitación; (B) de la purificación; (C) de la revelación; (D) de la unificación; y (E) de la evidencia mayor o menor que da «de la presencia y de la bendición de Dios de acuerdo con nuestra respuesta a Él». Destaco esto último por el tono «carismático» que comporta.

Ya he analizado este fenómeno en las lecciones 14, 15 y 16. En cuanto a los apartados A), B) y D), ya fueron tratados anteriormente, según mencioné al comienzo de esta *Introducción*. En cuanto al (C) es incorrecto y peligroso afirmar que el Espíritu Santo *reveló* o, peor aún, *revela todavía* alguna verdad de fe y conducta. *El Espíritu Santo no revela nada; la revelación se hizo mediante el Hijo* (He. 1:1-2).

No obstante, no podemos perder de vista la doctrina bíblico-teológica de la *apropiación*, como ya hemos hecho notar en otras ocasiones. En efecto, aparte de las relaciones intratrinitarias que son *propias* de las Personas respectivas, sólo una de las funciones divinas al exterior es *propia*: la encarnación del Verbo, *propia* –no *apropiada*– del Hijo = no es *común* a las tres Personas. Así, pues, la *revelación*, aunque se apropia a la 2ª Persona de la Deidad (ver, p.ej., Jn. 1:18; He. 1:1-2), es común a las tres Personas, y así vemos que las cosas que nadie

podía conocer, «*Dios nos la reveló a nosotros por medio de Su Espíritu*» (1 Co. 2:10) –se ve ahí, por cierto, que el Padre es como la fuente, siendo el Espíritu Santo el agente ejecutivo de la revelación. En realidad, el verbo «reveló» en 1 Corintios 2:10 equivale a «habló», así como el verbo «hablar» equivale en muchos lugares a «inspirar», si bien éste se apropia al Padre (2 Ti. 3:16), ya que la terminología en 2 Pedro 1:21 es diferente. El verbo *hablar* se apropia preferentemente al Padre, pero también se apropia al Hijo (Jn. 3:34) y al Espíritu Santo (Jn. 16:13; Hch. 28:25).

En el capítulo 67 de su *Basic Theology*, páginas 380-382, el Dr. Ryrie trata de este tema, dividiéndolo en cuatro secciones: I. ENSEÑANDO; II. GUIANDO; III. ASEGURANDO y IV. ORANDO. Vamos a seguir ahora las ideas que él desarrolla, ampliando lo que yo crea conveniente.

1. *El Espíritu Santo en el ministerio de la enseñanza*

Este ministerio del Espíritu fue prometido por Cristo a los apóstoles poco antes de su crucifixión en el Calvario (Jn. 16:12-15). Son de notar en ese pasaje las siguientes expresiones:

- A) «*El Espíritu de la verdad*» (v. 13) indica que el Espíritu Santo «es la verdad en persona» (W. Hendriksen) o, mejor aún, que «está relacionado con la verdad que es Jesús» (W. Wiersbe).
- B) «*Os guiará por el camino hacia toda la verdad*» (v. 13). Ya he dicho, en varias ocasiones, que el Espíritu Santo nos hace la «eiségesis» (la «entrada en la verdad»), así como el Hijo nos hace la «exégesis» (extrayendo la verdad –ver Jn. 1:18). El griego *hodegín*, que aquí usa Juan, da la idea de «abrir un camino, guiando por él».
- C) «*No hablará a partir de (gr. apó) sí mismo, sino que hablará cuanto oirá*» (mejor atestiguado en los MSS que «oiga»); es decir, «no hablará por su propia cuenta» –como traduce la RV–, sino «hablará lo que oiga», ¿a quién? Al Padre y al Hijo que en la eternidad se están comunicando constantemente. «Cuanto oiga» significa que *no va a callar nada de lo que oiga*, porque lo que está oyendo son palabras de amor de Dios a los hombres.
- D) «*Y os anunciará las cosas venideras*» (frase final del v. 13). Por eso, «la palabra profética» está conectada con el Espíritu Santo en 2 Pedro 1:19-21.
- E) «... *tomará de lo mío y os lo hará saber*» (lit. *anunciará* –el mismo verbo

del v. 13). Así en el versículo 14. Y, de nuevo en el 15: «... tomará de lo mío y os lo anunciará». «Tomar de lo de Jesús» equivale a «tomar de todo lo que pertenece a la Persona y a la Obra de Cristo» = *Todas las cosas le fueron entregadas por su Padre* (Mt. 11:27).

Con respecto a este ministerio, cabe preguntar cuatro cosas:

(a) *¿Cuándo se ejerce?* Desde el día de Pentecostés hasta el final de la historia de la salvación, es decir, mientras haya un creyente a quien el Espíritu Santo haya de enseñar. Disiento así del Dr. Ryrie que restringe este ministerio a «esta era» (o.c., pág. 380).

(b) *¿Cuál es su contenido?* «Toda la verdad», según vimos en B) de este punto, es decir, las verdades que hemos visto en C), D) y E). Comentando la frase «y os anunciará las cosas venideras», dice Ryrie (o.c., pág. 380): «Esta particularización de la promesa general concerniente a la enseñanza debería estimular a todo creyente a estudiar profecía».

(c) *¿Cuál es el objetivo principal de esta enseñanza?* La glorificación del Hijo por medio del Espíritu. Lo dice el propio Jesús al comienzo del versículo 14: «Él me glorificará». Así, pues, siempre que se hace exposición correcta de la palabra de Dios en el poder del Espíritu, se está dando gloria a Cristo. ¡Hermoso pensamiento! ¡Cómo debe estimularnos a ti, lector, y a mí a esta gloriosa tarea!

(d) *¿Cuál es el procedimiento? ¿Cómo enseña el Espíritu Santo al creyente?* Oigamos a Juan (1 Jn. 2:27): «Y en cuanto a vosotros, la unción (= el Espíritu Santo) que recibisteis de Él (Jesús) permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero así como su unción os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera y no mentira, y así como os ha enseñado, permanecéis en Él» (versión literal de la B. de las Américas). Esto no significa que tengamos que prescindir de los maestros que Cristo mismo ha regalado a su Iglesia (Ef. 4:11 –también en 1 Co. 12:28). ¿Qué uso, si no, habría de hacerse del «don de enseñanza» (Ro. 12:7)? Dice Ryrie (o.c., pág. 381): «Los maestros humanos son un vínculo necesario en el procedimiento de instruir a los creyentes, aunque la última autenticación de la enseñanza viene del Espíritu».

2. El Espíritu Santo en el ministerio de guiar

Este ministerio del Espíritu es uno de los más alentadores para el creyente. El hijo de Dios no ha de temer que haya de caminar jamás en la oscuridad;

siempre se ha de sentir libre para pedir y recibir dirección del Espíritu mismo. Las Escrituras del N.T. lo garantizan:

- A) *Juan 16:13*. «Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, *él os guiará por el camino hacia toda la verdad*» (lit.). Esto lo hace de tres maneras:
- (a) Por medio de la *enseñanza*: *Jn. 14:26a*. «Mas el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, *él os enseñará todas las cosas*». 1 *Juan 2:20, 27* nos dice que eso es, efectivamente, lo que hace (ver punto 1, (E), (d)).
 - (b) Por medio del *recuerdo*. Tenemos inclinación a olvidar las cosas buenas, porque las consideramos «normales»; necesitamos que alguien o algo despierte nuestra memoria. Eso es lo que hace el Espíritu Santo: *Jn. 14:26b*. «Mas el Paráclito, el Espíritu Santo... *os recordará todo lo que yo os he dicho*». «Recordar» es un verbo muy sugestivo, pues significa «volver a pasar las cosas por el corazón» (comp. *Gn. 50:21*: «Así los consoló y les habló al corazón»).
 - (c) Por medio del *testimonio*. En esto, nos estimula a hacer lo mismo: *Juan 15:26*: «Pero cuando venga el Paráclito... *él dará testimonio de mí. Y vosotros (v. 27) daréis testimonio también...*».
- B) *Romanos 8:14*. «*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*». El «ser guiado» confirma la «filiación» de una persona, porque de hijos es el ser guiados por sus padres. Vemos, pues, que este ministerio es apropiado al Espíritu Santo.
- C) Lo que vemos *afirmado* en *Romanos 8:14*, lo vemos *cumplido* en el libro de *Hechos*: 8:29; 10:19-20; 13:2, 4; 16:6, 7; 20:22-23.

3. El Espíritu Santo en el ministerio de asegurar

También es el Espíritu Santo quien nos asegura que el cristiano es hijo de Dios. Lo vemos claramente en las Escrituras:

- A) *Romanos 8:16*: «*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*». El vocablo para «hijos» aquí no es *huiói* –hijos ya crecidos que reciben la adopción, sino *tékna*, con una doble implicación:
- (a) Por tener como raíz la del verbo *tíkto* = engendrar, indica que lo son desde que fueron engendrados.
 - (b) Por tener como base el ser «engendrados» (no «adoptados»), implica

necesariamente que han nacido de Dios como de su propio Padre; el mismo término ocurre en Juan 1:12, lo cual es igualmente significativo.

- B) *Efesios 1:13-14*. «En él (Cristo –del v. 12) también vosotros..., *fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida*». Sin duda que esta seguridad le viene al corazón del creyente con un mayor entendimiento de las cosas que el Espíritu Santo ha hecho por él. Así, por ejemplo, esta seguridad crece y se ahonda cuando uno entiende qué significa ser sellado por el Espíritu y tener las arras del Espíritu como garantía de la consumación de la redención.
- C) *Romanos 8:11*. «Y si el Espíritu... *mora en vosotros*, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús *vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*». Si se compara con otros lugares como Romanos 8:29; 1 Corintios 15:16-20, 49; Filipenses 3:21, vemos que si se comprende lo que significa el ministerio del Espíritu al unirnos al cuerpo resucitado, inmortal, de Cristo, tenemos una nueva fuente de seguridad.

Por supuesto, comprender estas grandes verdades prácticas es parte del ministerio de enseñanza del Espíritu Santo, de modo que el Espíritu Santo está conectado de muchas maneras con la seguridad del hijo de Dios y está interesado en nuestra seguridad.

4. *El Espíritu Santo en el ministerio de la oración*

Este ministerio está expresamente declarado en una porción importante: *Romanos 8:26-27*. «*Y de la misma manera, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como debiéramos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles; y aquel que escudriña los corazones sabe cuál es el sentir del Espíritu, porque Él intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios*» (Biblia de las Américas).

Aquí se destacan:

- A) la necesidad de este ministerio;
- B) el método que el Espíritu Santo emplea en él;
- C) el resultado de la ayuda que este ministerio nos proporciona.

- A) Dice el Apóstol: «... el Espíritu nos ayuda *en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como debiéramos*». No dice «en nuestras *debilidades* (en plural), sino en esta *debilidad* específica, que es la incapacidad para orar sin la «ayuda» del Espíritu Santo y, sobre todo, cómo y qué hemos de orar.
- B) El método que el Espíritu Santo usa en este ministerio es descrito aquí por medio del verbo «ayuda» -en griego, *sunantilambánetai*, que significa literalmente: «pone Su mano a trabajar en cooperación con nosotros». Esta ayuda se hace específicamente, según el texto «*con gemidos indecibles*». Estos gemidos, demasiado profundos para ser expresados en palabras, sólo los entiende el Espíritu Santo. Nos basta con saber que Él «*intercede... conforme a la voluntad de Dios*» (v. 27), pues Dios nos ama y sólo quiere lo que es bueno para nosotros, aunque a veces sea amargo. La ayuda del Espíritu Santo en este ministerio aparece de otra forma en Efesios 6:18, donde Pablo dice literalmente: «*Mediante toda (es decir, toda clase de) oración y petición, orando en toda ocasión en el Espíritu*». Ahí vemos que el Espíritu guía y dirige nuestras oraciones, generalmente iluminando y moviendo la mente y el corazón del creyente. Esta es la oración que hemos de buscar y practicar determinadamente, la de los «gemidos indecibles» no está en nuestra mano provocarla, pues depende enteramente de la iniciativa del propio Espíritu Santo. Vienen aquí a cuento unas frases de J. Wesley que transcribo a continuación:

«Fije usted alguna parte de cada día para el ejercicio privado. Podrá obtener el gusto que no tiene ahora; lo que es tedioso al principio, será después placentero. Ya sea que a usted le guste o no le guste, lea y ore diariamente. Le va la vida en esto; no hay alternativa; de lo contrario, va a ser usted un productor de trivialidades todos sus días».

- C) El resultado de una vida de oración bajo el ministerio del Espíritu Santo va a ser para el creyente una mayor certeza de la seguridad de su completa redención futura (Ro. 8:23). Este ministerio del Espíritu entra también, de algún modo, en las arras que nos garantizan dicha redención, ya que una vida de oración que, en palabras de J. Wesley, llega a hacerse «placentera», nos ayudará a estar contentos y satisfechos en este mundo mientras aguardamos la consumación de la redención. De esta forma, el ministerio del Espíritu no está limitado a que Dios *escuche, y responda favorablemente, nuestras oraciones, sino más aún, ha de ayudarnos a someternos gozosamente a los designios de la voluntad de Dios*.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 18

- 1^a *pregunta* ¿En qué sentido cree usted que podemos decir que el Espíritu Santo *revela* alguna verdad? ¿Piensa usted que, alguna vez en su vida de creyente, le ha parecido que el Espíritu Santo le *revelaba* algo?
- 2^a *pregunta* He oído a varios creyentes, de conducta piadosa y bien intencionados, lo siguiente: «Yo no necesito ningún comentario para entender la Biblia; me basta con la dirección del Espíritu Santo». ¿Está usted de acuerdo con esas afirmaciones?
- 3^a *pregunta* Si alguien le dice a usted: «El Espíritu Santo me ha revelado, o inspirado, tal y tal cosa», ¿qué le respondería usted, sobre todo si *sabe* que lo que le ha dicho ese hermano –o esa hermana– no está conforme con lo que dice la palabra de Dios? ¿Le daría usted la razón? ¿Se callaría y lo dejaría seguir con «su tema»? ¿Qué actitud piensa usted que debe tomarse en ocasiones como ésta?
- 4^a *pregunta* ¿Le parece a usted que se puede pedir al Espíritu Santo que nos explique porciones bíblicas que los mejores expositores bíblicos no aciertan a interpretar? Si no es así, ¿qué cree usted que debe hacerse en tales casos?
- 5^a *pregunta* Supongo que si le pregunto a usted si se deja guiar por el Espíritu, lo más probable es que me diga que sí. ¿Alberga usted en su corazón algún resentimiento contra algún hermano –o hermana–, o le resulta demasiado difícil perdonar a esa persona? Si este fuera el caso, ¿piensa usted que tiene la garantía de que el Espíritu Santo le está guiando a usted por el camino de la verdad, ya sea en el estudio de la Biblia o en la decisión que va a tomar sobre algún asunto importante de su vida? En este punto, estoy hablando por experiencia propia, y lo digo porque sé que este punto es de suma importancia.
- 6^a *pregunta* Hemos visto en el punto 3, A) que «*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*» (Ro. 8:16). ¿De qué

forma le parece a usted que el Espíritu Santo nos da ese testimonio? ¿Con voz «audible»? ¿Dando seguridad a nuestra conciencia? Creo que aquí tenemos el mismo caso que el de la pregunta anterior con relación al versículo 14. Copio aquí unas líneas de lo que escribí en el comentario de M. Henry (final de la pág. 299 y comienzo de la pág. 300 del tomo correspondiente):

«Hay quienes hablan paz consigo mismos, cuando Dios no les está hablando paz, sino ira. Pero los que de veras han sido santificados, tienen el Espíritu de Dios que les da testimonio de que son hijos de Dios. Este testimonio del Espíritu está siempre en conformidad con las Santas Escrituras y tiene su base en la santificación del creyente, pues el Espíritu no puede dar testimonio de los privilegios de hijos a quienes no tienen la naturaleza ni las disposiciones que corresponden a los hijos de Dios».

7ª pregunta Espero que usted esté convencido, como lo estoy yo, de la importancia de llevar una vida de oración sin desmayo, conforme a los pensamientos de J. Wesley que traduje y transcribí en el texto, punto 4, B). No obstante mi convicción acerca de este tema, hay ocasiones en que me resulta muy difícil orar, aun en privado y, sobre todo, en público –en el culto, en la reunión de oración en la iglesia, y hasta en casa, especialmente en inglés que, al no ser mi idioma nativo, me resulta embarazoso dirigirme a Dios en una lengua que no es la mía propia, pero incluso me ocurre eso orando en castellano. Tenga en cuenta que, hasta que tuve 50 años, yo había «rezado» de un libro, pero nunca había orado vocalmente, ni había oído orar, con oración espontánea. ¿Qué le parece a usted de casos como éste, *de mi caso?*

LECCIÓN 19

Señales de la presencia del Espíritu Santo en el corazón del hombre

I. INTRODUCCIÓN

Hemos llegado al momento en que hemos de hacernos una pregunta de suma importancia: ¿Cómo puedo saber si he sido hecho «partícipe del Espíritu Santo» (He. 6:4)? O, de otro modo, ¿qué señales hay de que el Espíritu Santo habita en mí? (v. Ro. 8:9-11). Para esta segunda pregunta, hay una sola respuesta: Existe una señal general para conocer la presencia del Espíritu Santo en el corazón de un ser humano. En palabras de Jesús, «el árbol se conoce por sus frutos» (ver Mt. 7:16; 12:33; Lc. 6:44). Estos frutos son palpables para todo creyente bien instruido en las cosas de Dios (véase 1 Co. 2:11-16 y Gá. 5:22-23, en conexión con Ef. 2:10).

Además de esa señal *general*, hay cinco señales *específicas* de esa presencia del Espíritu Santo en el corazón del hombre, que voy a exponer en los primeros cinco puntos.

*1. Donde está el Espíritu Santo, hay convicción de que Cristo
es el único Salvador personal necesario y suficiente*

En efecto, aparte de la necesaria convicción de pecado, es también necesaria la fe en un Salvador personal que nos saque de la perdición. Y es el Espíritu Santo quien convence de pecado, muestra la infinita santidad de Dios y enseña la total corrupción de nuestra naturaleza caída. El Espíritu Santo abre nuestros

ojos para que veamos lo horrible del pecado y la hermosura de nuestro Redentor, y llena el corazón de odio al pecado, como a la cosa que más abomina Dios.

Quien no abriga esta mentalidad, está muerto espiritualmente y, por tanto, no tiene el Espíritu de Cristo.

2. Donde está el Espíritu Santo, hay una fe viva en el Señor Jesucristo como el único Salvador personal

Es función especial del Espíritu Santo dar testimonio de Cristo y tomar de las cosas de Cristo para darlas a saber a los hombres (véase Jn. 15:26; 16:10, 14-15). Él lleva al pecador a contemplar la obra del Calvario y percatarse de que Cristo consumó allí la obra de nuestra redención (Jn. 19:30), muriendo «*el justo por los injustos*» (1 P. 3:18).

El que carece del conocimiento experimental de estas cosas, y edifica sobre cualquier otro fundamento (ver 1 Co. 3:11), está muerto para Dios y no tiene el Espíritu de Cristo.

3. Donde está el Espíritu Santo, hay siempre santidad de conducta

El Espíritu Santo es Espíritu de santidad y Espíritu santificador, pues cambia el corazón duro, mundano y carnal, por un corazón tierno y espiritual que se deleita en la ley de Dios (Sal. 1:2). Él siembra en ese corazón el fruto de Gálatas 5:22-23, y hace que esas semillas se desarrollen y den cada vez más fruto.

Quien no presenta tal fruto de piedad concreta y práctica (comp. con 2 Ti. 3:5 «*que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella*»), es un cadáver espiritual y no tiene el Espíritu de Cristo.

4. Donde está el Espíritu Santo, siempre podrá hallarse el hábito de una oración personal ferviente

En efecto, *en el Espíritu* se hace «*toda clase de oración y petición*» (Ef. 6:18, lit.-, y Él nos hace clamar a Dios «*Abba, Padre*» (Ro. 8:15). Él hace que a un creyente le resulte el orar tan natural como a una persona el respirar, con la única diferencia de que a una persona sana no le cuesta ningún esfuerzo respirar, mientras que un creyente recién regenerado ora con gran esfuerzo, y aun con gran conflicto. Recuerde el lector la 7ª pregunta de la lección anterior.

Quien no sabe nada de la oración personal, sincera, viva y fervorosa, contentándose con rezos rutinarios u olvidando por entero la oración está muerto para Dios y no tiene el Espíritu de Cristo.

5. Donde está el Espíritu Santo, siempre habrá amor y respeto a la palabra de Dios

El Espíritu Santo ejerce también el ministerio de excitar el apetito del creyente por la vianda espiritual de la palabra de Dios y hace que el corazón del recién nacido a las cosas espirituales desee «*la leche espiritual no adulterada*» (1 P. 2:2), del mismo modo que el bebé busca y desea el pecho de la madre.

El que no ve una belleza especial en la Santa Biblia y no siente deseo ni experimenta placer en leerla, escucharla, estudiarla y entenderla de manera correcta, está muerto ante Dios y no tiene el Espíritu de Cristo.

6. ¿Es correcto nuestro conocimiento del Espíritu Santo?

Estando ya a punto de acabar el CURSO y, en concreto, esta Parte Tercera, dedicada a la Persona y a la Obra del Espíritu Santo, conviene hacernos cada uno, el autor y cada lector, la pregunta que encabeza este punto 6. Puede servir a modo de conclusión final (si bien es cierto que queda la lección 20ª, dedicada a los dones del Espíritu). Voy a desdoblar en dos apartados el tema que va implicado en la pregunta:

- A) *Estemos seguros de que nuestro conocimiento del Espíritu Santo es correcto y de que Su presencia y Su obra en nosotros es una experiencia clara.* Para ello:
- (a) Estemos seguros de que nuestra creencia en el misterio de la Trina Deidad está de acuerdo con las enseñanzas de la palabra de Dios, especialmente en lo que toca a la persona del Espíritu Santo.
 - (b) Demos al Espíritu Santo el honor debido a Su nombre, así como el lugar y la dignidad que la Sagrada Escritura le asigna.
 - (c) Tengamos bien fijo en nuestra mente que la obra de las tres Personas de la Trina Deidad es absolutamente necesaria para la salvación de cada ser humano. La elección y el llamamiento del Padre, así como la expiación efectuada por el Hijo en la Cruz, son el fundamento de nuestra fe cristiana. Pero la obra del Espíritu Santo, que nos aplica personalmente lo que el

Padre planeó y el Hijo llevó a cabo, pertenece igualmente al fundamento de nuestra fe.

(d) Los oficios y funciones de las tres Personas de la Deidad aparecen siempre juntos en la Santa Biblia, y juntos también actúan en la conversión del pecador perdido y en la santificación del pecador regenerado espiritualmente. Por tanto, nunca deben ser separados en la experiencia cotidiana de nuestra fe cristiana. Lo que Dios ha unido de forma tan bella, no lo separe ningún teólogo, o expositor de la Biblia, o predicador del evangelio o líder de cualquier denominación e iglesia.

B) *Estemos alerta para que no se cueñen falsos doctores o falsas enseñanzas acerca de este punto tan importante. Así que:*

(a') Siempre debemos estar precavidos contra toda clase de enseñanza que deshonre directa o indirectamente la obra del Espíritu Santo, aunque tal enseñanza se arrope con el manto de «cristiana».

(b') Estemos también precavidos, por un lado, contra el error de sustituir (si no en teoría, al menos en la práctica) la presencia y la acción del Espíritu Santo, por rutinas de tradición eclesiástica o por liturgias que saben y huelen a «sacramentalismo».

(c') Pero, por otro lado, estemos también precavidos contra el error de sustituir las enseñanzas claras de la palabra de Dios por repentinas emociones, sentimentalismos, luces espirituales, visiones y toda clase de fenómenos extraordinarios de muy dudoso origen y que, en fin de cuentas, sólo sirven para halagar el orgullo personal y tener en menos a quienes –como ellos dicen– «no han llegado aún a disfrutar de una segunda bendición» ni «han sido llenos del Espíritu Santo».

(d') Finalmente, que nadie abrigue la falsa presunción de que por llevar una vida moral más o menos honesta exteriormente, o por sentir a veces el remordimiento de la conciencia –experiencias que se dan en cualquier ser humano a pesar de la caída de la raza humana–, ya tiene bastante una persona para pensar que va camino del Cielo e, incluso, para presumir de tener en su interior el Espíritu de Dios. Sin el nacimiento espiritual, que es «de arriba», por medio de la gracia salvífica que el Espíritu Santo aplica, por medio de la fe, a todo pecador convicto de pecado y sabedor de que hay para él una fuente de perdón, limpieza y vida eterna en la sangre derramada por Cristo en la cruz del Calvario, *nadie va camino del Cielo ni tiene dentro de sí el Espíritu de Cristo.*

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 19

- 1^a *pregunta* Estando ya a punto de terminar este CURSO, ¿se había percatado usted antes de lo importante que es la obra del Espíritu Santo en su vida? A este respecto, voy a transcribir unas líneas de W. Grudem (o.c., págs. 648-649):

«Es sorprendente cuántas actividades se dice en el N.T. que son hechas “en” el Espíritu Santo: es posible *regocijarse* en el Espíritu Santo (Lc. 10:21), *proponerse* algo en el Espíritu (Hch. 19:21 –lit.), dar *la conciencia testimonio* en el Espíritu Santo (Ro. 9:1), tener *entrada al Padre* en un mismo Espíritu (Ef. 2:18), *orar* en el Espíritu Santo (Ef. 6:18; Jud. v. 20) y *amar* en el Espíritu (Col. 1:8). A la luz de estos textos, podríamos preguntarnos por cuántas de estas actividades, durante cada día, somos plenamente conscientes de la presencia y de la bendición del Espíritu Santo».

- 2^a *pregunta* Quizás le hayan turbado algunos de los pensamientos expuestos en el texto de la lección, pero le voy a repetir unas palabras de Gardiner Spring en su *Los Rasgos Distintivos del Carácter Cristiano*, tan duras o más que los pensamientos aludidos: «Es cierto que el que es ahora salvo, siempre lo fue; pero también es cierto que el que no da ahora muestras de ser salvo, *nunca lo ha sido*». Me atrevo a decir que puede usted estar tranquilo si contesta sinceramente a estas tres preguntas: (A) ¿Camina usted conforme a la conducción del Espíritu Santo? (B) ¿Tiene usted puesta la mente en las cosas del Espíritu? (C) ¿Puede asegurar que su ministerio, sea cual sea su forma, es ejercitado en el poder del Espíritu Santo?
- 3^a *pregunta* Repasando los cinco primeros puntos de la presente lección, ¿cree usted que no flaquea en absoluto en ninguno de ellos? ¿En qué se apoya para tener tal seguridad? Y si piensa usted que, en efecto flaquea en uno, o más, de esos puntos, ¿qué cree usted que podría hacer para corregir ese defecto?

4ª *pregunta* En lo que se refiere a corregir el defecto mencionado (si lo hay) en la pregunta anterior, ¿qué procedimiento piensa usted que le es más necesario, ahondar más en la palabra de Dios o motivarse mejor en el seguimiento de Cristo? Estamos tratando de asuntos muy importantes para usted y para mí.

LECCIÓN 20

Los dones del Espíritu Santo

I. INTRODUCCIÓN

Hemos dejado para el final del CURSO este tema por tener una característica peculiar –en mi opinión–, como veremos en el punto 5 de esta lección. Podemos decir ya de entrada que es el Espíritu Santo quien *dota con dones a los hombres*, mientras que Cristo *regala hombres dotados a su Iglesia*.

En el griego bíblico tenemos, como vocablo específico para «don», *járisma* que ocurre 17 veces, aunque no en todas tiene el sentido en que lo vamos a tomar en esta lección. Además, hay cuatro nombres y un adverbio de la misma raíz (= *didónai*, «dar»). Para diferenciar los que se escriben con *omega* de los que se escriben con *ómicron* (como *didónai*), escribiré poniendo los dos puntos de la diéresis (¨) sobre las *omegas*:

- A) *Dóma* = dádiva, don. Sale 4 veces, de las que únicamente Efesios 4:8 hace al caso.
- B) *Döreá* = don, regalo. Sale 13 veces, de las que hacen al caso Juan 4:10; Hechos 2:38; 8:20; 10:45; 11:17; Efesios 4:7 y Hebreos 6:4.
- C) *Döreán* = de regalo, de balde, gratuitamente, sin motivo. Se ve 7 veces, pero no hace al caso.
- D) *Dórema* = don. Aparece 2 veces (Ro. 5:16 y Stg. 1:17 –sólo éste hace al caso).
- E) *Dóron* = ofrenda, don, regalo. Sale 19 veces, de las que ninguna hace al caso.

Como hace notar el Dr. Ryrie (o.c., pág. 367), «la doctrina de los dones espirituales es casi exclusivamente una doctrina paulina, siendo en 1 Pedro 4:10 el único uso del vocablo fuera de Pablo».

Voy a dividir la lección en 5 puntos, todos ellos encabezados por la letra *d*: 1) Definición. 2) Distribución. 3) Descubrimiento y desarrollo. 4) Descripción. 5) Diferencia entre *járis* = gracia, y *járisma* = don.

1. Definición de los dones espirituales

Ryrie define (o.c., pág 368) el don espiritual del modo siguiente: «Es una capacidad (ingl. *ability*) dada por Dios para servir al Cuerpo de Cristo dondequiera y comoquiera que Él lo dirija».

En este punto vamos a estudiar A) la *fuerza* de los dones; B) la *naturaleza* de los dones. Destacaré en paréntesis, cuando ocurra, el término *járisma*.

- A) *La fuerza de los dones es el Espíritu Santo, el Don personal de Dios*. Los lugares que, a este respecto, pueden estudiarse son Juan 4:10; 7:39; Hechos 8:20; 10:45; Romanos 5:5 y 1 Corintios 1:7 (*járisma*); 7:7 (*járisma*); 12:4 (*járisma*, lo mismo que en los vv. 9, 28, 30 y 31); 2 Corintios 1:11 (*járisma*, como también en 1 Ti. 4:14; 2 Ti. 1:6 y 1 P. 4:10).
- B) *La naturaleza de los dones viene determinada por su propia nomenclatura*. En efecto, *járisma*, aunque distinto de *járis*, es de la misma raíz y viene a significar «regalo de pura gracia». Por eso, *son de desear* (ver 1 Co. 12:31). En cuanto a la *naturaleza* de los dones, hay que tener en cuenta lo siguiente:
- (a) Estos dones son llamados también «repartimientos (*merismóis*) del Espíritu Santo» (He. 2:4), según la *medida* que Él dispone (ver, p.ej., Ef. 4:7, comp. con Jn. 3:34), lo cual produce *diversidad en la unidad* (v. Ro. 12:4-5; 1 Co. 12:4 -*járisma*-, 13ss.).
- (b) Como vemos en 1 Corintios 12:7, los dones son «manifestaciones de Espíritu para provecho», ha de entenderse «*para provecho* de la congregación». Dios no hace nada inútil: ni los dones deben quedar sin ejercitar ni los miembros de la iglesia pueden ser perezosos escudándose en una pretendida incapacidad suya ni en la dificultad del don, porque en el Cuerpo de Cristo:

(1) *No hay mutilados de guerra.* En el orden natural, un soldado al que una granada de mano le amputó las piernas, queda mutilado de por vida; las piernas ortopédicas nunca podrán sustituir bien a unas piernas vivas. En cambio, en el orden sobrenatural, el mayor criminal del mundo, si se arrepiente y cree en el evangelio, queda totalmente limpio, más blanco que la nieve en la presencia de Dios, y los puntos negros de su vida pasada se convierten en constelaciones de perdón (Is. 1:18).

(2) *No hay inútiles.* Por pocas luces o fuerzas naturales que tenga un creyente, siempre sirve para algo (ver 2 Ti. 2:20-21). El que no tiene capacidad para el ministerio del púlpito, la tiene para otras actividades de la iglesia (¡hay tantas en 1 Co. 12!): cantar en el coro, decorar, pintar, hablar de Jesús a los niños, dar testimonio sencillo a cualquiera (ver Jn. 9:25).

(3) *No hay nadie sin empleo.* En la sociedad civil, hay jóvenes con suficiente capacidad para un oficio, pero no consiguen empleo si hay muchos que esperan conseguir un empleo, pero no hay suficientes empleos para todos. En cambio, en el Cuerpo de Cristo, nadie puede sentirse desempleado, porque tiene capacidad para «algo» y ese «algo» está al alcance de su mano según el don que el Señor le haya otorgado. En general, todo creyente puede imaginarse a Jesús diciéndole: «*La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*» (Lc. 10:2).

(c) Los dones pueden ser *ordinarios* y *extraordinarios*. Y esto, por doble motivo: por su *naturaleza* o por su *grado*:

(1') Son *ordinarios por naturaleza* los dones que perduran, de forma ordinaria, a lo largo de la historia de la Iglesia; *extraordinarios*, los que sólo excepcionalmente aparecen después de la época apostólica.

(2') Son *ordinarios por grado* los que están distribuidos entre todos los miembros de la congregación; *extraordinarios*, los que han sido impartidos a ciertos miembros de la iglesia (véase 1 Co. 12:28-30), que dice literalmente:

«Y a unos ciertamente puso Dios en la Iglesia, primero apóstoles, lo segundo profetas, lo tercero maestros, después poderes, después dones –gr. *jarísmata*– de sanaciones, capacidades de ayuda, capacidades de dirigir, géneros de lenguas.

»¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros?
¿Todos (con) capacidad de poderes?

»¿Tienen todos dones –gr. *jarísmata*– de sanaciones? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Interpretan todos?»

(d) Los dones (gr. *jarísmata*) son, de acuerdo con Romanos 11:29, *irrevocables* (gr. *ametaméleta* = sin remordimiento). Esto vale para todos los dones que aparecen en la lista de 1 Corintios 12:28. Podemos, pues, decir que son *vitalicios* (no hay sustituto ni sucesor mientras vive el que tiene el don), pues pertenecen al *organismo de la iglesia*. Habrá notado el lector que en dicha lista no aparecen los «ancianos» (gr. *presbíteroi*), porque ellos no pertenecen al organismo de la iglesia, sino a la *organización*. No tienen, por consiguiente, ninguna razón para considerarse a sí mismos «vitalicios» (una enfermedad bastante frecuente), aunque sean *vitalicios* los dones que poseen, si es que los poseen, pues «ni están todos los que son, ni son todos los que están» –como dice el refrán.

(e) Los dones (*jarísmata*) se diferencian de los talentos naturales; éstos son congénitos y pueden servir para el bien en general y, en ocasiones, sirven más para el mal por el mal uso que se hace de ellos; por ejemplo, una buena voz para el canto y la ópera; un «virtuosismo» para el piano, el saxofón o la guitarra, etc.; una habilidad especial para la poesía, la oratoria, la polémica, etc. Los dones espirituales los da Dios en la medida que a Él le place y para beneficio de la iglesia; según el deseo del Señor, habrían de ser también, indirectamente, para beneficio del propio individuo, pero se dan también en personas inconversas, como veremos en el punto 5. Además, los talentos naturales para el canto o la música instrumental, para la oratoria, la literatura, la poesía, etc., aunque no sean dones espirituales, pueden ser buen vehículo de expresión para los dones espirituales.

2. Distribución de los dones espirituales

Respecto a la distribución de los dones espirituales, hay que tener en cuenta los siguientes detalles:

- A) *Los distribuye el Señor Jesucristo después de su Ascensión* (Ef. 4:11). Como Cristo es la Cabeza de la Iglesia, el hecho de que sea Él quien reparte

estos dones (gr. *dómata* -v. 8), los eleva a un nivel superior por dos motivos:

- (a) Por ser Cristo-Cabeza quien los reparte.
 - (b) Porque los reparte para que los usemos en orden a la edificación de su Cuerpo.
- B) *La distribución es aplicada por el Espíritu Santo según le place* (1 Co. 12:11 -«*como quiere*»-, 18 «*como sería su deseo*»). Note el lector esas finas distinciones del original. Podemos adivinar que el motivo por el cual el Espíritu Santo distribuye sus dones de un modo determinado es porque conoce muy bien lo que el Cuerpo necesita y cuál es el don más adecuado para cada creyente a fin de servir a la comunidad.
- C) *De esta distribución no queda excluido ningún creyente.* Como ya dije en el punto 1, B), (b), (3), en el Cuerpo de Cristo no hay nadie sin empleo. No hay creyente que no tenga, por lo menos, *un don*. Pedro lo expresa claramente en 1 Pedro 4:10: «*Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*». Para «multiforme», Pedro usa el vocablo *poikíles*, que significa «de varios colores», con lo que la Iglesia aparece dotada de una particular belleza, como un grandioso arco iris sobrenatural.
- D) *No todos los dones se distribuyen a cada congregación.* En efecto, hay circunstancias de tiempo y lugar que lo impiden:
- (a) *De tiempo*, porque no todos los tiempos y sazones de la Iglesia son propicios para algunos dones. Hay épocas y generaciones en las que no puede esperarse un despliegue general y espectacular de los dones del Espíritu. Los apóstoles y los profetas pusieron los fundamentos (Ef. 2:20), ejercitando unos dones de los que carecieron muchos de los que les sucedieron; y viceversa, al desaparecer los apóstoles y profetas, nuevos dones se necesitaron.
 - (b) *De lugar*, pues hay congregaciones tan pequeñas que no se puede pedir que tengan tantos, y tan variados dones, como otras congregaciones más numerosas. Esto no quiere decir que les falte algo para su edificación y santificación, pues toda comunidad verdaderamente cristiana dispone de los medios de gracia estudiados en la lección 8 de esta Parte III del CURSO.

3. Descubrimiento y desarrollo de los dones espirituales

Para que funcione bien el ejercicio de los dones en la iglesia es necesario A) hallarlos; B) discernirlos y C) desarrollarlos.

A) *Hallarlos*. En esta tarea están involucrados:

(a) Los líderes de la congregación, quienes deben estar atentos a la voz del Espíritu y prestos a encontrar y discernir los dones que haya en la iglesia. A veces, el temor de ser suplantados por miembros más competentes o más jóvenes impide a los líderes ver con claridad en este asunto, con lo que se causa un grave perjuicio a la congregación y se viene a caer, muchas veces, en un círculo vicioso: no se detectan por egoísmo u orgullo del líder y no sirven a la congregación por no poder desarrollarse.

(b) Los miembros, en general, de la congregación, quienes, a veces (por diversos motivos), tienen mayores oportunidades de hallar y discernir dichos dones.

(c) Los individuos mismos a quienes el Espíritu Santo ha dotado con uno o varios de los dones. Por parte del individuo mismo se requieren:

(1) *Sincera humildad*, para hacer una correcta «automedición» (comp. Ro. 12:3 con 2 Co. 10:12). La «carne» tiende a *sobrevalorar* lo que uno *hace* y a *infravalorar* lo que uno *puede*. Haga la prueba el lector con alguien de la congregación que presuma de *hacer* grandes cosas en el evangelismo personal, etc., y propóngale que haga algo que es necesario para el bien de la congregación y para lo que tiene manifiesto don. Lo más probable es que responda: «¡Ah, yo no valgo para eso, que lo haga fulano!» ¡Cuán diferente era la mentalidad de Pablo! Refiriéndose a su disponibilidad en toda clase de circunstancias, dice literalmente en Fil. 4:13: «Para todo tengo fuerzas en Aquel que me da el poder» (al revés de como suele traducirse).

(2) *Total entrega al Señor* (Ro. 12:1-2). En la casa de Dios, no caben siervos holgazanes (ver 2 P. 1:5-8 –para «ociosos y sin fruto», el griego tiene los vocablos «*argóús*» = «sin trabajo», y «*akárpous*» = «sin fruto» –¡qué triste!).

(d) Esto significa que hay un doble peligro en la autoestima de los dones:

(1') *Falsa humildad*, que, en realidad, es pereza o cobardía o ambas cosas a la vez.

(2^o) *Audacia temeraria y ambiciosa* (afán de «mangonear» o «manipular» en la casa de Dios), lo cual puede tener éxito cuando se es apoyado por los miembros de la misma «camarilla».

B) *Discernirlos*. Aunque ya he dicho bastante en A) sobre el modo de discernir los dones en la congregación, todavía puedo añadir algo más sobre esto:

(a) Para poder discernir los dones, es preciso percatarse de que existen tres clases de dones en la vida de cada creyente:

(1^o) *Habilidades naturales*, dadas por Dios al nacer, tales como un elevado coeficiente intelectual, fuerza física, talento musical, facilidad para los idiomas, aptitudes mecánicas o artísticas, etc.

(2^o) *Habilidades adquiridas*, como guisar, coser, conducir un vehículo, aprender un idioma, aprender a tocar un instrumento musical, etc. Téngase en cuenta, para no menoscabar el valor de esas habilidades, que hay muchas personas que no han tenido la oportunidad de adquirirlas. Pongo el ejemplo de mi difunta esposa, que tenía gran afición, y dotes, para el canto y para instrumentos como el violín y el piano y, sin embargo, sus padres no le permitieron tomar lecciones de ninguna de esas cosas, para retenerla en casa trabajando desde tempranas horas de la mañana hasta altas horas de la noche.

(3^o) *Dones espirituales*. Un creyente debería informarse de la cuantía de las habilidades que Dios ha puesto en su vida, esto es, hacer una especie de «inventario» para saber qué tiene en «almacén» para el uso del Señor. Repasar con frecuencia este «inventario» le ayudaría a saber qué áreas de servicio debería explorar. He tomado del Dr. Ryrie, en este punto, las ideas que acabo de exponer (o.c., pág. 370).

(b) Para un buen discernimiento de los dones, conviene tener siempre presente lo que he dicho en A), (c), (2), sobre la necesidad de una *entrega total al Señor*. He mencionado allí Romanos 12:1-2, con la exhortación de Pablo a «presentar» (verbo sacrificial) espíritu y cuerpo en el altar del Señor. Una exhortación similar de Pablo a llevar una vida digna del llamamiento de Dios, aparece en Efesios 4:1-2, antes de hablar de dones. No faltan tampoco exhortaciones de Pablo a una dedicación total y limpieza de vida en 1 Corintios, antes de llegar al capítulo 12 sobre los dones (ver, p.ej., 3:16; 6:19-20; 10:31).

C) *Desarrollarlos*. Cada creyente tiene el deber y la posibilidad privilegiada de desarrollar, para bien de la comunidad y suyo propio, el don (o los dones) que Dios le haya otorgado, incluyendo las habilidades naturales y adquiridas, mencionadas en B), (a) (1») y (2»). Para actuar con efectividad en este punto, conviene observar las siguientes normas:

(a) *Procura estar dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad que se presente*. Si crees tener el don de enseñanza, ponte a estudiar de recio. Si tienes el don de ofrendar generosamente, procura ser un buen administrador en las demás áreas de tu vida. Si piensas poseer el don de exhortar, haz que esté basado en un buen conocimiento de las Escrituras. Mi querida esposa, que ya falleció hace dos meses y medio (escribo el 18 de agosto de 1997) solía decirme la frustración que experimentaba en su juventud, viendo en la calle a muchos jóvenes de ambos sexos perdiendo el tiempo porque no sabían qué hacer; ella deseaba con anhelo acercarse a ellos para hablarles del evangelio, pero le retraía el temor de no hallar las respuestas bíblicas adecuadas para las preguntas que ellos le pudieran hacer.

(b) *Procura desarrollar alguna actividad en la obra de Dios*, porque los dones se descubren y desarrollan por medio de la actividad. Dice Ryrie (o.c., pág. 370): «La práctica produce percepción del paquete total de habilidades, y la práctica desarrolla esas habilidades». Y, un poco más adelante, añade:

«Si estás activo en hacer lo que puedes, entonces pueden surgir otras oportunidades que sacarán a la luz dones espirituales adicionales. Por ejemplo, cuando nos encontramos por primera vez con Felipe en el Libro de Hechos, lo vemos ayudando a distribuir el dinero que aliviase la necesidad de las viudas quejumbrosas (6:5). ¡No es seguro que, antes de ejercer este ministerio, se sentase a decidir si tenía o no ese don espiritual! Se presentó una oportunidad para servir y la tomó. Mostró ser fiel en el desempeño de esta tarea propia de un criado. Entonces el Señor le encomendó otro ministerio, el de evangelizar a los samaritanos (8:5) y, más tarde, al eunuco etíope. Al usar este don, vino a ser conocido como Felipe el evangelista (21:8). Pero primero fue Felipe «el ayudador de viudas». Algo parecido le ocurrió a Esteban.

(c) *Procura ser un buen administrador, ya seas soltero, casado o viudo*,

pues cualquiera de estos estados es un don espiritual (1 Co. 7:7 –*járisma*). Es curioso ver que, en cualquier estado de la vida:

- (1^o) Se debe ser un administrador fiel (1 Co. 4:2).
- (2^o) Se debe redimir el tiempo (Ef. 5:16).
- (3^o) Se debe crecer en la santificación (1 Ts. 4:3).

4. Descripción de los dones espirituales

En este punto, voy a resumir el exhaustivo análisis que hace Ryrie en o.c., páginas 372-374:

A) *Apostolado*.

El vocablo «apóstol» significa «enviado». Pero lo usamos aquí en su sentido, por decirlo así, «técnico», es decir, específico. En este sentido:

- (a) Se refiere a los «Doce» y, quizás, unos pocos más como Pablo y Bernabé (Hch. 14:14).
- (b) Este don fue otorgado para fundar la Iglesia y fue acreditado con señales especiales (2 Co. 12:12; Ef. 2:20).
- (c) Dios no otorga ahora este don.

B) *Profecía*.

Lo mismo que el apostolado, también la profecía se usa en sentido amplio y en sentido «técnico». En sentido amplio, tiene que ver con la proclamación y, por tanto, con la predicación. Pero, en su sentido técnico, indica alguien capacitado para ver lo oculto y predecir lo futuro. Con respecto a este don, hay que notar:

- (a) Que, al parecer, estuvo bastante extendido en los primeros años de la Iglesia (ver Hch. 11:27-28; 13:1; 21:9; 1 Co. 14).
- (b) Que también este don fue otorgado para fundar la Iglesia (Ef. 2:20).
- (c) Que después de tener ya escrita toda la revelación especial de Dios, este don se hizo innecesario.

C) *Poderes (1 Co. 12:28) y Sanaciones (1 Co. 12:9, 28, 30)*

Recordemos que «poderes» es el vocablo bíblico aquí para significar los milagros. Se hallan juntos, en este apartado, con las sanaciones, ya que, en realidad, implica la capacitación para producir señales especiales que incluyen la curación física. Esta capacitación no era un don de efecto «automático», como «mágico». En efecto:

- (a) Pablo lo ejercitó en Hechos 13:11 –milagro sin curación–; 19:11-12 –curaciones milagrosas.

(b) Pero no lo ejercitó (o no pudo ejercitarlo) en 2 Corintios 12:7-9 -sea cual sea la interpretación de esta difícil porción-, ni en Filipenses 2:27; 1 Timoteo 5:23; 2 Timoteo 4:20.

(c) Es cierto que Dios puede siempre hacer milagros y curaciones milagrosas, pero los dones a que nos referimos ahora tenían un objetivo muy específico: autenticar el mensaje del evangelio.

(d) Ryrie termina este apartado diciendo:

«Desentenderse de los medios humanos disponibles para curar y limitarse a orar por una curación milagrosa es como orar por una cosecha y, luego, sentarse en una mecedora, negándose a plantar o cultivar el suelo».

D) *Lenguas e interpretación de lenguas (1 Co. 12:10)*

El don de lenguas es la capacidad de hablar en un idioma desconocido para el que habla. El de interpretación es la capacidad de interpretar ese mensaje en un lenguaje que los oyentes entienden. Puestos así los términos con la mayor claridad posible para el lector, es de notar:

(a) Que el objetivo de esos dones era comunicar algo de parte de Dios y, al mismo tiempo, autenticar la verdad del mensaje cristiano, especialmente para los judíos (1 Co. 14:5, 21-22). Como los fieles de Corinto estaban abusando de este don, Pablo se vio obligado a establecer ciertas normas (véase 1 Co. 14:27-34).

(b) Una lengua que no se interpretase resultaba inútil (ver 1 Co. 14:14), porque ni siquiera el que hablaba en lenguas sabía lo que estaba pidiendo.

(c) Sea lo que sea acerca del don de lenguas en la actualidad, una cosa es cierta: la enseñanza de que las lenguas son necesarias como signo de haber sido bautizado (o bautizada) por el Espíritu Santo es errónea. En efecto, Pablo dice claramente que todos los creyentes de Corinto habían sido bautizados por el Espíritu Santo (1 Co. 12:13), pero que no todos hablaban en lenguas (v. 30).

E) *Don de evangelizar (Ef. 4:11)*

El vocablo «evangelista» significa, en este versículo, un creyente con capacidad de exponer con toda claridad el mensaje del evangelio y con espíritu de pionero para ir recorriendo lugares donde no se ha sembrado antes (o se ha hecho de modo insuficiente) la palabra de Dios. Si tiene o no un creyente el don de evangelista, lo han de testificar los creyentes en general.

F) *Don de pastor (Ef. 4:11)*

Este don comporta la capacidad para pastorear: proveer pastos para el pueblo de Dios, cuidar del pueblo de Dios y proteger al pueblo de Dios, a imitación del Buen Pastor de Juan 10. En Efesios 4:11, este don está ligado al don de enseñanza, mientras que en Hechos 20:28 está ligado al don de gobierno.

G) *Don de ayuda (1 Co. 12:28) y servicio (Ef. 4:12)*

La capacitación para ayudar y servir en el sentido más amplio de la palabra.

H) *Don de enseñanza (Ro. 12:7; 1 Co. 12:28; Ef. 4:11)*

La capacitación para explicar a la gente las verdades de Dios. A veces se otorga solo, otras veces, conectado con el don de pastor.

I) *Don de fe (1 Co. 12:9)*

Ya nos hemos referido a esta «fe como poder» en la lección 7, punto 3, segundo párrafo, dentro de lo que la fe tiene como «seguridad» y, por tanto, en el sentido de *don especial de Dios a determinados creyentes*, es la capacitación para creer que Dios proveerá para ciertas necesidades específicas. Como dice Ryrie (o.c., pág. 374), «Todo creyente debería andar por fe y cada uno tiene una medida de fe, pero no todos tienen el don de fe».

J) *Don de exhortación (Ro. 12:8)*

Implica la capacitación para animar, consolar, advertir, amonestar, etc., a otras personas.

K) *Don de discernimiento de espíritus (1 Co. 12:10)*

Ésta era una habilidad especial para distinguir entre fuentes de la revelación especial, si eran genuinas o espurias, y entre enseñanzas de maestros en la iglesia, si eran verdaderas o erróneas. En la época apostólica, se trataba de la revelación sobrenatural en su forma oral, antes que se completase el canon de las Escrituras del Nuevo Testamento. Hoy, el discernimiento de espíritus viene a entrar en la madurez, como vemos en Hebreos 5:14.

L) *Don de hacer misericordia (Ro. 12:8)*

Como el don de servir, también éste implica capacitación para auxiliar; en especial, para socorrer y visitar a los enfermos y afligidos.

M) *Don de compartir (Ro. 12:8)*

Note el lector que el vocablo gr. *metadidoús* no significa «el que reparte», lo cual puede hacerse fácilmente con bienes ajenos, sino «el que imparte» o «el que comparte» de los bienes propios con una generosidad especial:

con alegría y sinceridad de corazón (ver 2 Co. 9:7), sin esperar ser recompensado en la tierra (comp. con Lc. 14:12-14).

N) *Don de presidir (Ro. 12:8) y de dirigir (1 Co. 12:28)*

Es la capacitación para ejercitar estas habilidades en la iglesia. Nótese que ni el vocablo gr. *proistámenos* (= el que está puesto al frente) de Romanos 12:8, ni el de 1 Corintios 12:28, *kubernéseis* (= capacidades de dirigir, lit. -no «los que administran» de la RV) implican señorío o gobierno sobre la congregación. En primer lugar, ese segundo vocablo griego está «despersonalizado», para que la etimología de «gobierno» no tiene a nadie a sentirse «gobernador de la iglesia». Y en segundo lugar, el vocablo procede de *kubernétes*, con el que se designaba al piloto de una nave, poniendo así de relieve, no el «mando», sino la «responsabilidad» que el privilegio de tal don comporta.

O) *Don de sabiduría y de conocimiento (1 Co. 12:8)*

Como todos los demás dones de la época apostólica, éstos implicaban la capacidad especial de entender las verdades de Dios y de transmitir las a otros. Copio de mi comentario de M. Henry:

«*Habilidad de hablar con sabiduría*» (v. 8) tiene relación con la penetración profunda en las verdades de la fe, mientras que la *“habilidad de hablar con conocimiento”* (mejor que “ciencia”, término que resulta hoy ambiguo) tiene que ver con la capacidad de adquirir información correcta sobre las verdades bíblicas y de exponerlas con claridad y precisión a los oyentes, aunque Arndt y Ginbrich hacen notar que Pablo asocia el vocablo *gnósis* con misterios, revelaciones y profecías (v. 13:3; 14:6). En todo caso, el término no tiene nada que ver con la “gnosis” de las religiones místicas y del teosofismo».

Después de acabar esta lista, dice Ryrie al final del capítulo 65 de su *Basic Theology*: «En ninguna parte hay insinuación alguna de que haya otros dones, y los que están en esta lista parecen ser suficientes para la edificación del Cuerpo de Cristo».

5. Diferencia entre JÁRIS = «gracia» y JÁRISMA = «don»

Lo que aquí voy a decir, hasta el final de la presente lección y, con ella, de todo el CURSO PRÁCTICO DE TEOLOGÍA BÍBLICA, es polémico, no en el

sentido de que sea «problemático» –pues está suficientemente respaldado por la palabra de Dios–, sino porque la mayoría de los teólogos y expositores bíblicos que conozco, y la mayoría inmensa de los «Hermanos» (y no «Hermanos») con quienes *me he encontrado* personalmente (en el doble sentido de «encontrarse con alguien»), sostienen a toda costa que Dios no da Sus dones a inconversos = falsos profesantes y falsos maestros.

A pesar de esta cerrada oposición a mi creencia en este punto, lo sostengo con la Biblia abierta y respaldado también, en esto, por el gran teólogo puritano John Owen, de quien tomo los conceptos que voy a exponer. Aunque Owen señala *siete* diferencias, pienso que pueden reducirse a cinco:

- A) El objetivo directo de los *carismas* es la edificación y provecho de la comunidad (1 Co. 12:7), mientras que la *járis* (= gracia salvífica) tiene por objetivo inmediato la salvación y santificación del individuo (Ef. 2:8), aunque, como es obvio, esta santificación personal repercute en beneficio de todo el Cuerpo de Cristo.
- B) Los *dones* son *efecto* del Espíritu y obran *sobre*, no *en*, los dotados (Is. 61:1; Hch. 2:3), mientras que la *járis* tiene que ver con el *fruto* del Espíritu y actúa desde las raíces de la persona. Esto es así, debido a que el *járisma* está relacionado con el «Espíritu de *poder*», pero la *járis* está relacionada con el Espíritu de *gracia*.
- C) La *járis* se apodera del hombre entero (comp. con Ro. 12:1 y 1 Ts. 5:23), mientras que el *járisma* tiene su asiento en la *mente*, la cual sólo necesita ser renovada en el orden sobrenatural (Ro. 12:2), no en el plano natural, donde el sujeto puede valerse de las habilidades naturales que pueden darse y se dan (a veces, en mayor cuantía y calidad) en inconversos –meros «canales» de los dones (véase Mt. 7:21-23; 1 Co. 13:1-4).
- D) La *járis* es efecto de una *elección para la vida eterna*, mientras que los *dones* son efecto de una *elección para desempeñar ciertos oficios en la iglesia u obrar en el mundo* (ver Jn. 6:70: «... ¿no os elegí yo a los doce, y uno de vosotros es diablo?»). Es curioso, y estremecedor, que el «más judío» (aunque también había otro Judas –el «bueno»–) entre los doce, ejerció los dones espectaculares de expulsar a los demonios y sanar enfermedades (véase Lc. 9:1-6 y comp. con Mt. 7:22-23) con tal maestría y en el arameo de la metrópoli, sin el *acento galileo* que traicionó a Pedro (ver Mr. 14:70) y es probable que predicase con especial elocuencia. Desde luego, lo hacía todo con tan magistral hipocresía, que ni siquiera

poco antes de entregar él mismo a Jesús con un beso, se dieron cuenta los otros once de la clase de *compañero* que habían tenido por más de tres años. Jesús, descendiente de *Judá* (hebr. *Yebudá* = «gratitud»), fue entregado a la muerte por un *Judá* –pues ése es el verdadero nombre de Judas–. Toda la escena de Juan 13:2-30 es digna de profunda meditación: Cristo lavando los pies de Judas (v. 5); Cristo traicionado por Judas, como David lo fue por Ahitófel (v. 18); Cristo ofreciendo a Judas un bocado especial (v. 26).

- E) La *járis* tiene que ver con el oficio *sacerdotal* de Cristo, pero los *dones* tienen que ver con el oficio *regio* de Cristo («los poderes del siglo venidero» –He. 6:5). En efecto, el *sacerdocio* comporta *consagración* («SANTIDAD a Yahweh», en Éx. 28:36; 29:30; Zac. 14:20; «que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio...», en Ro. 12:1); por tanto, está conectado con la *járis*. En cambio, la *realeza* comporta *señorío* y, por tanto, *járisma* de mando (la *kubérnesis* de 1 Co. 12:28).

Como final de este punto 5 y de todo el CURSO PRÁCTICO DE TEOLOGÍA BÍBLICA, y para no confundir a quien tenga el original inglés de J. Owen, tengo que confesar que he añadido aquí a sus conceptos algunos pensamientos de mi propia cosecha.

CUESTIONARIO

Preguntas para la lección 20

- 1ª pregunta* En relación con el punto 2, C) de la presente lección, no es fácil que el propio individuo se percate de los dones que Dios le ha otorgado; algunos pueden manifestarse mucho después de la conversión; algunos otros podrían quedar, por varias causas, sin manifestarse durante toda nuestra vida en este mundo. Dice a este propósito el Dr. Ryrie (o.c., pág. 368); «Probablemente, no podemos decir qué particular combinación de dones tenemos, hasta que podamos mirar retrospectivamente a nuestras vidas y ver cuáles de ellos usó Dios a lo largo de todos nuestros días». ¿Qué sentimientos le produce al lector este pensamiento del Dr. Ryrie? ¿No es cierto que nos llena el corazón de temor y responsabilidad?
- 2ª pregunta* ¿Ha descubierto el lector recientemente algún don que antes no pensaba poseer? ¿Le ha estimulado este descubrimiento a usar sus dones con mayor diligencia y dedicación?
- 3ª pregunta* ¿Hubo algún momento en su vida de creyente en el que se sintió como decepcionado por no poseer algún don que usted veía en algún hermano o hermana, que usted desearía poseer? Si ése es el caso, ¿ha aprendido ya a estar contento con sus dones y dispuesto a hacer uso de ellos siempre que se presente la ocasión?
- 4ª pregunta* ¿Ha perdido de vista alguna vez que los dones (*jarísmata*) son primordialmente *para provecho* (1 Co. 12:7) de la Iglesia? Si se ha percatado de este hecho recientemente, ¿qué nueva motivación ha añadido esto al ejercicio de los dones que usted poseía ya?
- 5ª pregunta* ¿De qué forma valora usted los dones en general, por el *efecto* que producen o por el *servicio* que prestan? ¿Cómo le ayuda esto mismo a valorar sus propios dones?
- 6ª pregunta* ¿Qué opina usted personalmente acerca de si los dones extraordinarios *por naturaleza* cesaron o no después de la época apostólica? Si

¿cree usted que todavía perduran, ¿en qué lugares bíblicos se apoya para tal afirmación?

7ª pregunta Con respecto al punto 5 de la presente lección, ¿cuál es su opinión personal acerca de las diferencias entre la *járis* y los *jarísmata*? ¿Admite usted que los *jarísmata*, incluso los *extraordinarios*, pueden hallarse en personas inconversas? Si no lo admite (y nadie debe coaccionarle a admitirlo), ¿en qué lugares bíblicos se apoya usted para mantener su opinión?

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía Parte I

Un Dios en tres Personas, F. Lacueva (CLIE). Este libro mío (escrito en 1974) tiene muchas cosas útiles que serán usadas en este CURSO, pero hay también mucho que es producto del raciocinio teológico, por lo que no me satisface en la actualidad.

Espiritualidad Trinitaria, F. Lacueva (CLIE). Este libro supone un avance sobre el anterior (fue escrito en 1983), y puede servir de útil información en cuanto a nuestra participación en el ministerio trinitario.

Conociendo a Dios, J. Packer, libro que ya hemos recomendado encarecidamente en las primeras líneas de esta parte.

Trinidad y Reino de Dios, J. Moltmann (Sígueme, Salamanca). De gran profundidad teológica. Este autor tiene otro libro todavía más profundo y valioso, con el título de *El Dios Crucificado*, pero no recuerdo si la edición castellana ha sido publicada en la misma editorial que el anterior.

Trinidad como Historia, B. Forte (Sígueme, Salamanca). El autor es un religioso italiano católico, pero su libro es de una valía extraordinaria.

Dios como Espíritu y Persona, X. Pikaza (Secretario Trinitario, Salamanca). El autor es religioso mercedario y profesor de la Universidad Eclesiástica de Salamanca. Su libro es de una originalidad y profundidad extraordinarias. No apto para principiantes.

El Dios Uno y Trino, por J. Auer (Herder, Barcelona). El autor es un clérigo de habla alemana. Su libro como gran Manual de texto de la materia que nos ocupa es lo mejor que conozco, tanto en el plano doctrinal como en el devocional. Vale la pena adquirirlo.

Para quienes entienden el inglés, recomiendo, como la mejor obra teológica devocional que conozco

Systematic Theology. An introduction to Biblical Doctrine, de Wayne Grudem, editada por Inter-Varsity Press (Leicester, Inglaterra).

Bibliografía Parte II

Si el lector desea información, al final de mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo* (tomo IV del CURSO DE FORMACIÓN TEOLOGICA EVANGÉLICA) hallará una amplia Bibliografía. Pero, si no quiere perder tiempo y dinero, bueno será que concentre sus esfuerzos en estudiar y vivir lo que le decimos en el texto y en los cuestionarios que van al final de cada lección. Para lectura y estudio adicionales, le recomendamos, además de mi ya citado libro, los siguientes, que no aparecen en la Bibliografía correspondiente:

Conociendo a Dios, J. Packer (CLIE), libro que ya recomendamos en las primeras líneas de la Parte I (*Dios Creador*).

El Dios Crucificado, J. Moltmann, autor del libro *Trinidad y Reino de Dios*.

La doctrina bíblica sobre la Cruz de Cristo, Horacio H. Alonso (CLIE).

Teología Básica, Ch.C. Ryrie (Unilit). Como siempre, Ryrie es aquí modelo de competencia, concisión y claridad. Puede pedirse a cualquier Librería Evangélica. Quienes disfrutan con un buen castellano, no van a disfrutar con su lectura, pero podrán gozarse con su contenido.

Para quienes entiendan suficientemente el inglés, les recomiendo las tres obras siguientes:

Systematic Theology, Wayne Grudem (Inter-Varsity Press).

Christian Theology, Millard J. Erickson (Baker Book House).

The Cross of Christ, John R.W. Stott (Inter-Varsity Press).

Bibliografía Parte III

El lector puede hallar amplia Bibliografía al final de mis libros *Doctrinas de la Gracia y Ética Cristiana* (tomos V y X respectivamente de nuestro CURSO DE FORMACIÓN TEOLÓGICA EVANGÉLICA, editado por CLIE). Pero creo que tendrá bastante con dos de los publicados en castellano:

Conociendo a Dios, J. Packer (CLIE), libro ya recomendado en las dos partes anteriores.

Teología Básica, C.C. Ryrie, también recomendado con anterioridad. Es precisamente en la sección dedicada al Espíritu Santo donde Ryrie trata el tema de modo más extenso y más completo, aunque siempre con la concisión que le caracteriza.

Para quienes entiendan el inglés, les recomiendo encarecidamente las tres obras siguientes:

Systematic Theology, de Wayne Grudem (Inter-Varsity Press).

Christian Theology, de Millard J. Erickson (Baker Book House). Ambos fueron recomendados anteriormente.

Evangelical Dictionary of Theology, edited by Walter A. Elwell (Marshall and Pickering).

También le serán útiles al lector todas las obras reseñadas en la Bibliografía de la Parte I.